ESTUDIOS PUBLICOS

OTOÑO 1993

Friedrich A. von Hayek
La competencia como proceso de descubrimiento

Arturo Fontaine Talavera
Friedrich A. von Hayek

Oscar Godoy Arcaya
Hayek: Libertad y naturaleza

Gabriel J. Zanotti
Hayek y la filosofía cristiana

Ezequiel Gallo
Hayek y la investigación histórica: Algunas reflexiones

Chandran Kukathas
El liberalismo, el nacionalismo y el federalismo en los escritos de Hayek

John Gray
Hayek: El orden espontáneo en las sociedades post comunistas en transición

Vitaly Naishul
Liberalismo, derechos consuetudinarios y reformas económicas en Rusia: Una interpretación hayekiana

Monseñor George Pell
Rerum novarum*: Cien años después*

Monseñor Jorge M. Mejía
Etica y economía de empresa

Michael Novak
Juan Pablo II: Una nueva ética de la empresa

Juan Andrés Fontaine
Transición económica y política en Chile (1970-1990)

Juan Carlos Méndez
Análisis de las fuentes de financiamiento de Codelco

Jorge Edwards
El otro Occidente

DOCUMENTOS

Oscar Godoy *Antología de* La Política *de Aristóteles*

Indice por temas y autores de Estudios Públicos *(N°s 1-50)*

CENTRO DE ESTUDIOS PUBLICOS

LA COMPETENCIA COMO PROCESO DE DESCUBRIMIENTO*

Friedrich A. von Hayek**

Este es uno de los ensayos clásicos de Friedrich A. von Hayek. Quizás el que mayor influencia haya tenido en el pensamiento posterior. Su idea central consiste en que el conocimiento necesario para el desarrollo económico no es algo que esté dado de antemano, sino que sólo se descubre en el marco de la libre concurrencia. El mercado es, entonces, un mecanismo de extracción y transmisión de la informa-

FRIEDRICH A. VON HAYEK. Destacado representante de la Escuela Austríaca de Economía y Premio Nobel de Economía (1974). En su extensa y fructífera trayectoria intelectual fue Director del Instituto Austríaco de Investigación Económica y profesor del London School of Economics, así como de las universidades de Chicago y Friburgo, entre muchas otras instituciones. Mentor y primer presidente de la Sociedad Mont Pelerin, fundada en 1948, fue miembro de la Academia Británica, Director de la revista *Economica* y Presidente Honorario del Centro de Estudios Públicos hasta su fallecimiento, el 23 de marzo de 1992.

De su vasta e influyente obra cabe mencionar: *Teoría monetaria y ciclos económicos* (1933), *Ganancias, tasas de interés e inversión* (1939), *Teoría del capital* (1941), *Camino de servidumbre* (1946), *La constitución de la libertad* (1960), *Derecho, legislación y libertad* (1973, 1976 y 1979), *La fatal arrogancia: Los errores del socialismo* (su última obra), coedición para Chile de Unión Editorial y Centro de Estudios Públicos. *Estudios Públicos* ha traducido al castellano y publicado varios de sus ensayos más importantes. El listado de éstos aparece en el "Indice por materias y autores de *Estudios Públicos* (Nº 1-50)", que se incluye en esta edición.

*Esta conferencia, sin la segunda sección incluida en esta versión, fue pronunciada originalmente en una reunión de la Philadelphia Society, en Chicago, el 29 de marzo de 1968; luego fue repetida, en alemán, el 5 de julio de 1968, sin la

Esto puede parecer tan obvio e irredargüible a primera vista como para que no merezca ninguna atención. No obstante, de la formulación explícita del aparente axioma anterior se siguen de inmediato algunas interesantes consecuencias, las que no son tan obvias. Una de ellas es que la competencia es valiosa *sólo* porque, y en tanto, sus resultados son imprevisibles y diferentes, en general, de aquellos que alguien pudiera haber perseguido deliberadamente. Y, aún más, que los efectos generalmente provechosos de la competencia deben incluir el desilusionar o derrotar algunas expectativas o intenciones particulares.

En estrecha conexión con esto hay una interesante consecuencia metodológica, la que es de gran utilidad para explicar el descrédito en que ha caído el enfoque microeconómico de la teoría. A pesar de que esta teoría, a mi juicio, pareciera ser la única capaz de explicar el papel de la competencia, ya no es comprendida ni siquiera por algunos supuestos economistas. Por consiguiente, vale la pena decir inicialmente algunas palabras acerca de la peculiaridad metodológica de la teoría de la competencia, cualquiera ésta sea, puesto que ella ha hecho que sus conclusiones resulten sospechosas para muchos de los que aplican habitualmente una prueba sobresimplificada para decidir qué es lo que están dispuestos a aceptar como algo científico. La consecuencia necesaria de la razón por la que utilizamos la competencia es que *en aquellos casos en que es relevante* nunca puede demostrarse la validez empírica de la teoría. Podemos someterla a pruebas en modelos conceptuales y podríamos examinarla en situaciones reales, creadas artificialmente, donde los hechos que deberían ser descubiertos por la competencia son ya conocidos por el observador. Pero en tales casos ello no tiene ningún valor práctico, de modo que llevar a cabo el experimento no justificaría su costo. Si no podemos conocer los hechos que esperamos descubrir por medio de la competencia, nunca podremos comprobar cuán efectiva ha sido ésta para descubrir aquellos hechos que podrían revelarse. Lo único que podemos descubrir es que, en general, las sociedades que se atienen a la competencia para lograr este propósito han alcanzado sus objetivos más exitosamente que las otras. Esta es una conclusión que la historia de la civilización parece haber confirmado fehacientemente.

La peculiaridad de la competencia —lo que tiene en común con el método científico— es que su desempeño no puede ser sometido a pruebas en los casos particulares en que es significativa, sino que se demuestra sólo por el hecho de que en comparación con otras disposiciones alternativas será el mercado el que prevalecerá. Las ventajas de los procedimientos científicos aceptados nunca pueden ser probadas científicamente; únicamente la experiencia común puede demostrar que, en general, dichos proce-

ción, no substituible por la planificación, puesto que sin él, simplemente, dejaría de estar disponible.

Estudios Públicos reproduce este ensayo como un homenaje póstumo a Friedrich A. von Hayek.

I

Es difícil defender a los economistas del cargo de haber discutido la competencia, por cerca de 40 o 50 años, basándose en conjeturas que si reflejaran la verdad del mundo real harían que la competencia fuera algo sin interés e inútil. *Si* alguien conociera efectivamente todo lo concerniente a aquello que la teoría económica llama *datos*, la competencia sería, en realidad, un método inútil para asegurar un ajuste a estos hechos. No es sorprendente, por tanto, que algunos se hayan visto inducidos a concluir que podemos prescindir totalmente del mercado, o que los resultados de éste sólo deberían usarse como un primer paso para garantizar una producción de bienes y servicios que podamos manejar, corregir o redistribuir del modo que queramos. Otros, cuya idea de la competencia pareciera derivar únicamente de los textos modernos, han concluido, naturalmente, que ésta no existe.

Contra esto es útil recordar que *dondequiera* que se pueda justificar racionalmente el uso de la competencia, ello será sólo sobre la base de que *no* conocemos anticipadamente los hechos que determinan las acciones de los competidores. Ya sea en los deportes como en los exámenes, y no menos en la adjudicación de contratos gubernamentales o de premios a la poesía, sería obviamente inútil organizar competencias si supiéramos de antemano quién será el ganador. Como se indica en el título de la conferencia, propongo que la competencia sea considerada como un procedimiento para descubrir hechos que, de no recurrir a ella, serían desconocidos para todos o, por lo menos, no serían utilizados.[1]

---

presente sección final, ante el Institut für Weltwirtschaft de la Universidad de Kiel. Primeramente se publicó la versión en alemán, en "Kieler Vorträge", N. S. 56, Kiel, 1968, y luego en los ensayos completos del autor, bajo el título de *Freiburger Studien* (Tübingen, 1969). La versión en inglés, con la segunda sección incluida, se publicó en *New Studies in Philosophy, Politics, Economics and the History of Ideas* (Londres: Routledge & Kegan Paul, Ltd., 1978).

La presente versión en castellano fue traducida del inglés por el Centro de Estudios Públicos y cuenta con la debida autorización.

[1] Con posterioridad a este escrito, he reparado en el artículo de Leopold von Wiese, "Die Konkurrenz, vorwiegend in soziologish-systematischer Betrachtung", *Verhandlungen des 6. Deutschen Soziologentages*, 1929, en el que se describe la naturaleza "experimental" de la competencia (p. 27).

dimientos son más aptos para suministrar los bienes que los enfoques alternativos.[2]

La diferencia entre la competencia económica y los exitosos procedimientos de la ciencia consiste en que la primera es un método para descubrir hechos particulares que son relevantes para alcanzar objetivos específicos temporales, en tanto que la ciencia aspira al descubrimiento de lo que se denomina a veces "hechos generales", que son regularidades de los acontecimientos. La ciencia se ocupa de hechos particulares únicos, sólo hasta el punto en que éstos ayudan a confirmar o refutar teorías. Dado que ellos se refieren a rasgos permanentes y generales del mundo, los descubrimientos de la ciencia disponen de mucho tiempo para probar su valor. En contraste, los beneficios de los hechos particulares, cuya utilidad se descubre mediante la competencia en el mercado, son en gran medida transitorios. En lo que concierne a la teoría del método científico, sería tan fácil desacreditarla, basándose en que ésta no lleva a predicciones comprobables respecto a lo que puede descubrir la ciencia, como lo sería desacreditar la teoría del mercado sobre la base de que no logra predecir los resultados particulares que éste alcanzará. Dada la naturaleza del caso, la teoría de la competencia no puede hacerlo en ninguna situación en que fuera razonable utilizarla. Como veremos, su capacidad de predecir está necesariamente limitada a vaticinar el tipo de patrón o el carácter abstracto del orden que se forma, pero no se extiende a la predicción de hechos particulares.[3]

II

Habiéndome despojado de esta enojosa preocupación, volveré al tema central de esta conferencia, señalando que la teoría económica parece cerrarse a veces, desde un principio, el camino hacia una evaluación del carácter del proceso de la competencia, ya que parte de la suposición de una oferta "dada" de los bienes escasos. Pero, cuáles son éstos o qué cosas constituyen mercaderías y cuán escasas o valiosas son éstas es lo que la competencia, precisamente, debe descubrir. Unicamente los resultados

[2] Véanse los interesantes artículos de Michael Polanyi en *The Logic of Liberty* (Londres: 1951), donde muestra que el análisis del método científico lo llevó al estudio de la competencia en los asuntos económicos; y véase también *The Logic of Scientific Discovery* (Londres: 1959).

[3] Sobre la naturaleza de las "predicciones de patrones" véase mi ensayo "The theory of complex phenomena", en *Studies in Philosophy, Politics and Economics* (Londres y Chicago: 1967).

provisorios, que resultan del proceso del mercado en cada etapa, indican a los individuos lo que deben buscar. La utilización del conocimiento, ampliamente disperso en una sociedad que tenga una distribución extensiva del trabajo, no puede descansar en el hecho de que los individuos conozcan todos los usos particulares a los cuales pueden aplicarse las cosas que les son familiares dentro de su propio medio ambiente individual. Los precios dirigen su atención a aquello que vale la pena descubrir respecto de lo que el mercado ofrece en materia de ciertos bienes y servicios. Esto significa que las combinaciones de conocimientos y habilidades individuales —en alguna medida, siempre únicas—, que el mercado permite usar, no constituyen, ni siquiera en una mera primera instancia, un conocimiento de los hechos que los individuos puedan registrar y comunicar, si alguna autoridad así lo solicitase. El conocimiento al cual me refiero consiste más bien en una capacidad para descubrir las circunstancias especiales, lo que sólo será efectivo si los poseedores de este conocimiento son informados por el mercado acerca de qué clase de bienes o servicios son requeridos y cuál es la urgencia de esta necesidad.[4]

Esto debe bastar para indicar a cuál tipo de conocimiento me refiero cuando llamo a la competencia "un método de descubrimiento". Habría mucho que agregar para revestir con carne concreta los huesos desnudos de esta afirmación, y, de este modo, poder demostrar toda su importancia práctica. Pero debo contentarme con indicar brevemente, en esta forma, lo absurdo que es el procedimiento usual de iniciar el análisis con una situación en que todos los hechos son supuestamente conocidos. Esta es una *situación* que la teoría económica, curiosamente, denomina "la competencia perfecta". Esta no deja lugar, en parte alguna, a la *actividad* llamada competencia, la que se supone que ya ha ejecutado su tarea. Sin embargo, debo apresurarme para examinar una cuestión en la que existe aún mayor confusión, a saber, el significado del argumento de que el mercado ajusta espontáneamente las actividades a los hechos que descubre, o la cuestión de la finalidad con que el mercado utiliza esta información.

La confusión que aquí predomina se debe principalmente a la manera errónea de considerar el orden que produce el mercado como una "economía", en el estricto sentido de la palabra, y al hecho de juzgar los resultados del proceso del mercado con criterios que son apropiados solamente para

[4] Véase Samuel Johnson en J. Boswell (ed.) *Life of Samuel Johnson*, revisión de L. F. Powel de la edición de G. B. Hill, Oxford 1934, vol II, p. 365 (18 de abril 1775): "Hay dos tipos de conocimiento. Conocemos un tema por nosotros mismos, o bien sabemos dónde podemos encontrar información acerca de él".

una específica comunidad organizada, al servicio de una jerarquía determinada de fines. Pero tal jerarquía de fines no es relevante para la compleja estructura compuesta por innumerables disposiciones económicas individuales. A esta última, desafortunadamente, también la describimos con la misma palabra: "economía", pese a que es fundamentalmente diferente y debe ser juzgada, entonces, por patrones distintos. Una economía, en estricto sentido, es una organización u ordenamiento en el que alguien adjudica deliberadamente recursos a un orden unitario de fines. El orden espontáneo producido por el mercado no es de esta especie, y en muchos aspectos importantes no se comporta como una economía propiamente tal. En particular, el orden espontáneo es diferente porque no garantiza que aquellas necesidades que la opinión general considera más importantes serán siempre satisfechas, antes que las escaseces menos trascendentes. Esta es la razón principal por la cual la gente objeta este orden. En efecto, el socialismo no es otra cosa que un requerimiento para que el orden del mercado (o "catalaxia", como prefiero llamarlo, para evitar toda confusión con una economía propiamente dicha)[5] se transforme en una economía en su sentido estricto, en la que una escala común de prioridades determine cuáles de las diversas necesidades deben ser satisfechas y cuáles no.

El problema que presenta este objetivo socialista es doble. Así como ocurre en toda organización deliberada, sólo el conocimiento del organizador puede participar en el diseño de la economía propiamente tal, y todos los miembros de dicha economía —concebida como una organización intencional— deben guiarse en sus acciones por la jerarquía unitaria de los fines que ésta sirve. Por otro lado, las ventajas del orden espontáneo del mercado, o de la "catalaxia" son, respectivamente, dos: 1) el conocimiento que se usa en el mercado es aquel que poseen todos sus miembros, y 2) los fines que sirve son los objetivos propios de aquellos individuos, en toda su variedad y desacuerdo.

De esta realidad surgen ciertas dificultades intelectuales que inquietan no solamente a los socialistas sino también a la totalidad de los economistas que quieren cuantificar los logros del orden del mercado, ya que si éste no está al servicio de un orden determinado de fines, y si, en realidad, al igual que todo orden formado espontáneamente no puede estimarse legítimamente que *tenga* fines particulares, tampoco es posible, por tanto, expresar el valor de sus resultados como una suma de sus productos individuales

[5] Para una discusión más extensa, véase mi *Law, Legislation and Liberty*, vol II, *The Mirage of Social Justice* (Londres y Chicago: 1976), pp. 107-120.

determinados. ¿Qué entendemos, entonces, cuando afirmamos que el orden del mercado produce, en cierto sentido, lo máximo o lo óptimo?

A pesar de que no puede decirse que la existencia de un orden espontáneo, no creado para un fin particular, tenga propiamente una finalidad, dicho orden puede, sin embargo, conducir en gran medida al logro de muchos fines particulares diferentes, los que no son conocidos, en su conjunto, por ninguna persona singular ni por grupos relativamente pequeños de individuos. En efecto, la acción racional sólo es posible en un mundo totalmente ordenado. Por consiguiente, es lógico intentar crear las condiciones bajo las cuales será sumamente probable que un individuo, tomado el azar, alcance sus fines en forma tan efectiva como le sea posible, aun cuando no pueda predecirse cuáles serán los objetivos particulares favorecidos y cuáles no.

Como hemos visto, los resultados de un método de descubrimiento son, por naturaleza, imprevisibles, y lo único que podemos esperar de la adopción de un método efectivo de descubrimiento es mejorar las oportunidades de los individuos que no conocemos. El único objetivo común que podemos perseguir al elegir esta técnica de ordenamiento de los asuntos sociales es la clase general de patrón o el carácter abstracto del orden que se formará.

III

Los economistas suelen referirse al orden que produce la competencia como un equilibrio; un término poco feliz, ya que tal equilibrio presupone que los hechos ya han sido descubiertos, y que ha cesado, por tanto, la competencia. El concepto de "orden", que prefiero al de equilibrio —por lo menos para la discusión de los problemas de la política económica—, tiene la ventaja de que podemos hablar significativamente de un orden que hasta cierto punto es abordable, en diversos grados, y que puede ser conservado a través de un proceso de cambios. Si bien el equilibrio económico no existe, hay cierta justificación para afirmar que la clase de orden, del cual nuestra teoría describe un tipo ideal, llega a ser alcanzado en alto grado.

Este orden se manifiesta, en primer lugar, en la circunstancia de que las expectativas en torno a las transacciones que logren efectuarse con otros miembros de la sociedad —sobre las cuales se basan los planes de los diversos asuntos económicos— pueden ser satisfechas en su mayor parte. Este ajuste mutuo de los planes individuales es originado por aquello que —desde que las ciencias físicas comenzaron también a preocuparse de los órdenes espontáneos o sistemas auto-organizativos— hemos aprendido a

llamar "retroalimentación negativa". En efecto, como lo reconocen inteligentes biólogos: "[M]ucho antes que Claude Bernard, Clark Maxwell, Walter B. Cannon o Norbert Wiener hubieran desarrollado la cibernética, Adam Smith, en *La Riqueza de las naciones*, usó esta idea en forma igualmente clara. La 'mano invisible' que regula los precios hasta el último detalle está manifiestamente contenida en esta idea. En un mercado libre, dice Smith, los precios se regulan por la retroalimentación negativa".[6]

Veremos que es de crucial importancia para la comprensión del funcionamiento del mercado el hecho de que un alto grado de coincidencias de expectativas tenga por causa la desilusión sistemática de algún tipo de expectativas. Pero lo que logra el mercado no es sólo un ajuste mutuo de los planes individuales; también garantiza que todo lo que se produce lo será por la gente que puede hacerlo a menos precio (o por lo menos igualmente barato) que otros que no lo producen (y que no pueden dedicar su energía a elaborar algo que sea comparativamente más barato), y que todo producto será vendido a un precio inferior a aquel que pudiera suministrar otra persona que, de hecho, no lo produce. Esto, por supuesto, no excluye la posibilidad de que algunos obtengan ganancias considerables sobre sus costos si éstos son muy inferiores a aquellos del productor potencial más eficiente. Pero ello significa que, de la combinación de mercaderías que de hecho se producen, conseguiremos producir la cantidad que nos lo permita algún método conocido. Por supuesto que no será tanto como lo que pudiéramos producir si el conocimiento que alguien tuviera o pudiera adquirir fuese dirigido por una entidad y puesto en un computador (el costo de descubrirlo, sin embargo, sería considerable). Pero no somos ecuánimes con los logros del mercado si lo juzgamos desde lo alto, comparándolo con un patrón ideal que no podemos conocer de manera alguna. Si juzgamos al mercado, como debería ser, desde abajo, entonces deberíamos contrastarlo con lo que podríamos alcanzar por cualquier otro método, especialmente en relación a lo que podría ser producido si se le impidiese hacerlo a la competencia, es decir, si sólo aquellos a quienes alguna autoridad hubiera dado el derecho de producir o vender algunas cosas particulares estuvieran autorizados para hacerlo. Sólo debemos tener presente cuán difícil es, dentro de un sistema competitivo, descubrir formas de abastecer a los consumidores con bienes de mejor calidad o más baratos que los que ya obtienen. Dondequiera que detectemos la existencia de esas oportunidades no aprovechadas, descubriremos por lo general que ellas no se han desarrollado, no son utilizadas, porque su uso es impedido ya sea por el poder de la autoridad

[6] G. Hardin, *Nature and Man's Fate* [1951] (Mentor ed. 1961), p. 54.

(incluso por la imposición de privilegios de patentes) o por algún mal uso personal del poder que la ley debería prohibir.

Al respecto, no debe olvidarse que el mercado sólo ocasiona una aproximación hacia algún punto de esa superficie multidimensional, en virtud de lo cual la teoría económica pura representa el horizonte de todas las posibilidades hacia las cuales puede intentarse llevar la producción de cualquier combinación proporcional de mercancías y servicios. El mercado deja, en gran medida, la combinación particular de bienes y su distribución entre los individuos a circunstancias imprevisibles y, en este sentido, a la casualidad. Esto es, según lo había comprendido ya Adam Smith,[7] como si hubiéramos aceptado participar en un juego, parcialmente de habilidad y también, en parte, de suerte. Este juego competitivo, al precio de dejar a la casualidad, en alguna medida, la cuota de cada individuo, garantiza que el equivalente real de lo que resultará ser su cuota será tan grande como sepamos hacerlo. El juego no es, como se dice hoy, uno de suma-cero, sino uno a través del cual, si se juega conforme a las reglas, se amplía el pozo compartible, dejando las cuotas individuales en el pozo, en gran medida, a la suerte. Una mente que comprenda todos estos hechos podría seleccionar de la superficie el punto que deseara y distribuir este producto del modo que estimase más adecuado. Pero el único punto presente (o tolerablemente cercano) en el horizonte de las posibilidades que podemos alcanzar es aquel al cual llegaremos si dejamos su determinación al mercado. El así llamado "máximo" que alcanzamos en forma natural no puede ser definido como una suma de cosas singulares, sino sólo en función de la oportunidad que ofrece a gente desconocida de obtener el más amplio y efectivo equivalente posible para sus cuotas relativas, las que serán determinadas en parte por la casualidad. Puesto que sus resultados no pueden simplemente evaluarse en términos de una escala única de valores, como es el caso en una economía propiamente tal, resulta muy engañoso intentar evaluar los resultados de la "catalaxia" como si ésta fuera una economía.

IV

La interpretación errónea del orden del mercado, como una economía que puede y debe satisfacer necesidades diversas en un cierto orden de prioridad, aparece especialmente en los esfuerzos de las políticas destinadas

[7] Adam Smith, *The Theory of Moral Sentiments* (Londres: 1759), parte VI, cap. 2, penúltimo párrafo, y parte VII, sección II, cap. 1.

a corregir los precios e ingresos, en función de lo que se denomina "justicia social". Cualquiera sea el significado que los filósofos sociales hayan atribuido a este concepto, en la práctica de la política económica éste ha implicado siempre la protección de ciertos grupos, para evitar que éstos desciendan necesariamente de la posición material absoluta o relativa que han disfrutado durante cierto tiempo. No obstante, éste no es un principio sobre cuya base se puede actuar en forma general, sin destruir con ello los fundamentos del orden del mercado. No sólo el incremento continuo, sino que en ciertas circunstancias aun la mera mantención del nivel existente de ingresos, depende de la adaptación a ciertos cambios imprevisibles. Esto implica necesariamente que la cuota relativa y, quizás también la absoluta, de algunos deberá reducirse, aunque éstos no sean responsables en manera alguna de su reducción.

El punto que siempre debe tenerse presente es que *todo* ajuste económico se hace necesario a raíz de cambios imprevisibles; y que la razón, en rigor, para emplear el mecanismo de precios es la de señalar a los individuos que lo que están haciendo o pudieran hacer ha llegado a ser menos o más requerido, por motivos de los que ellos no son responsables. La adaptación de todo el orden de actividades a las nuevas circunstancias descansa en la remuneración (*remuneration*) que deriva del cambio en estas diversas actividades, independientemente de los méritos o faltas de aquellos que han sido afectados.

El término "incentivos" es usado frecuentemente, en este contexto, con connotaciones en cierto modo engañosas, como si el problema principal fuera inducir a la gente a esforzarse suficientemente. Sin embargo, la indicación más importante que ofrecen los precios no consiste tanto en cómo se debe actuar, sino en qué es lo que se *debe hacer*. En un mundo que cambia continuamente, incluso la mera mantención de un nivel determinado de riqueza requiere de incesantes modificaciones en la dirección de los esfuerzos de algunas personas, las que sólo tendrán lugar si se aumentan las remuneraciones de ciertas actividades y disminuyen las de otras. Con estos ajustes, que en condiciones relativamente estables sólo son necesarios para mantener la corriente de ingresos, no hay ningún "excedente" (*surplus*) disponible que pueda ser usado para compensar a aquellos contra los cuales se revierten los precios. Sólo en un sistema que crezca rápidamente podemos esperar que se eviten descensos absolutos en las posiciones de ciertos grupos.

Al respecto, los economistas modernos frecuentemente pasan por alto el hecho de que aun la relativa estabilidad que muestran algunos de los conjuntos que la macroeconomía considera como datos, es en sí el resultado

de un proceso microeconómico del que los cambios en los precios relativos son una parte esencial. Es sólo en virtud del mecanismo del mercado que las personas se sienten motivadas para entrar a éste y llenar la brecha provocada por el fracaso de algunos en satisfacer las expectativas de sus asociados. En efecto, todas aquellas curvas agregadas de demanda y oferta, con las cuales nos gusta operar, no constituyen en realidad hechos objetivamente determinados, sino resultados del proceso de competencia que continúa ininterrumpidamente. Tampoco cabe esperar que, a través de la información estadística, podamos llegar a saber cuáles son los cambios necesarios en los precios o ingresos para que se originen ajustes en los cambios inevitables.

El punto principal es, sin embargo, que en una sociedad democrática es totalmente imposible crear por mandato cambios que no son considerados justos, y cuya necesidad nunca podrá ser claramente demostrada. La regulación premeditada en dicho sistema político siempre tenderá a asegurar aquellos precios que parecen ser justos. Esto significa, en la práctica, la conservación de la estructura tradicional de ingresos y precios. Un sistema económico en que cada uno obtiene lo que otros piensan que merecen será un sistema altamente ineficiente; aparte de ser también intolerablemente opresivo. Toda "política de ingresos", por consiguiente, se inclina más a prevenir que a facilitar aquellos cambios en las estructuras de precios e ingresos que son necesarios para adaptar el sistema a circunstancias nuevas.

Una de las paradojas del mundo actual es que los países comunistas están probablemente más libres de la pesadilla de la "justicia social" y, a la vez, más dispuestos que los países capitalistas a dejar recaer el peso en aquellos para quienes el desarrolllo ha sido desfavorable. Para ciertos países occidentales, al menos, la situación no parece tener remedio, precisamente, porque la ideología que domina su políticas hace imposibles los cambios que son necesarios para que la condición de la clase trabajadora se eleve lo suficientemente rápido como para provocar la desaparición de esta ideología.

V

Si en los sistemas económicos altamente desarrollados la competencia es importante como proceso de sondeo, en el que los exploradores buscan oportunidades no aprovechadas, las que al ser descubiertas pueden ser utilizadas también por otras personas, lo es aún más en los países subdesarrollados. Mi atención se ha volcado principalmente, en forma deliberada, a los problemas de la preservación de un orden que sea capaz de

proveer con eficacia las condiciones que se precisan para conocer la mayoría de los recursos y las técnicas, y donde las adaptaciones constantes de las actividades se hacen necesarias sólo a través de cambios menores inevitables, los que posibilitan la mantención de un nivel determinado de ingresos. No consideraré aquí el papel indudable que juega la competencia en el avance del conocimiento tecnológico. Pero sí quiero señalar que éste es cuanto más importante donde no ha habido antes una competencia activa, y donde la tarea principal consiste en descubrir las posibilidades aún desconocidas de la sociedad. La creencia de que podemos prever y controlar la estructura de la sociedad que emergerá en los países altamente desarrollados, en virtud del desarrollo tecnológico, tal vez no sea del todo absurda, aunque es en gran medida errónea. Pero es simplemente irreal creer que podemos determinar anticipadamente la estructura social de un país cuyo problema principal es todavía descubrir cuáles son los recursos materiales y humanos disponibles, o que seamos capaces de predecir las consecuencias particulares de cualquiera medida que podamos tomar respecto a tal país.

Aparte del hecho de que en esas sociedades existe tanto más por descubrirse, hay además otra razón por la cual la mayor libertad de competencia parece ser más importante en tales países que en otros más avanzados. Esta es, que los cambios requeridos en los hábitos y costumbres tendrán lugar sólo si algunos pocos, que desean y son capaces de experimentar con métodos nuevos, consiguen que la mayoría se vea, por necesidad, obligada a seguirlos, y si son capaces, al mismo tiempo, de mostrarle a esa mayoría el camino a seguir. El necesario proceso de descubrimiento será impedido u obstaculizado si la mayoría logra mantener a la minoría sujeta a los hábitos tradicionales. Una de las razones principales de la aversión a la competencia es, evidentemente, el que ésta no sólo muestra cómo pueden hacerse las cosas en forma más efectiva, sino que enfrenta a aquellos que dependen del mercado para sus ingresos con la sola alternativa de imitar a los más exitosos o perder parte de sus ingresos. La competencia produce, de esta manera, una especie de coacción impersonal que obliga a numerosos individuos a ajustar su estilo de vida de un modo que ningún precepto o mandato lograría hacerlo. La dirección centralizada, al servicio de la así llamada "justicia social", talvez sea un lujo que sólo pueden permitirse las naciones ricas, por un período largo quizás, sin que se perjudiquen mayormente sus ingresos. Pero éste no es ciertamente un método mediante el cual los países pobres puedan acelerar su adaptación a las circunstancias rápidamente cambiantes, de lo cual depende su crecimiento.

Talvez merezca aquí mencionarse que las posibilidades de crecimiento tenderán a ser mayores cuanto más extensas sean las posibilidades

aún no utilizadas de un país. Aunque esto parezca extraño a primera vista, una alta tasa de crecimiento es, con frecuencia, prueba de que las oportunidades han sido descuidadas en el pasado. En esta forma, una alta tasa de crecimiento puede testimoniar, a veces, las políticas erróneas del pasado antes que las buenas políticas del presente. En consecuencia, no es razonable esperar en los países altamente desarrollados una tasa tan alta de crecimiento como la que puede alcanzarse en los países donde la utilización efectiva de los recursos fue impedida durante mucho tiempo por obstáculos legales e institucionales.

Por lo que he observado en el mundo, la proporción de personas privadas que están preparadas para ensayar nuevas posibilidades —cuando éstas parecen prometer mejores condiciones, y cuando sus congéneres no se lo impiden— es muy similar en todas partes. La tan lamentada ausencia de un espíritu de empresa en muchos de los países nuevos no es una característica inalterable de los habitantes individuales, sino la consecuencia de las restricciones que ejercen sobre ellos las costumbres e instituciones existentes. Por esta razón, sería fatal que en tales sociedades se permitiese que la voluntad colectiva dirija los esfuerzos de los individuos; el poder del gobierno, en cambio, debiera confinarse a defender a los individuos de las presiones de la sociedad. Tal protección de las iniciativas y empresas individuales solamente puede lograrse mediante la institución de la propiedad privada y el conjunto total de las instituciones libertarias contenidas en la ley. □

FRIEDRÍCH A. VON HAYEK*

Arturo Fontaine Talavera

Acerca de la Viena de comienzos de siglo, dice Robert Musil en su novela *El hombre sin atributos:* "Si a alguien le caía en suerte hacer entonces la entrada en el mundo, sentía ya en la primera esquina el soplo acariciador del espíritu sobre sus mejillas". Los historiadores no cesan de asombrarse de la eclosión cultural que se produjo en tomo a la capital del Imperio Austro-Húngaro y que resultó determinante para el temple intelectual de nuestra época: Freud y el psicoanálisis; la filosofía de Wittgenstein y de Popper; Morgestern en matemáticas; Shönberg, Von Weber y Mahler en música; Loos, Wagner y Hoffmann en arquitectura; Klint, Shiele y Kokoshka en pintura; Moser en diseño; Von Mises y Schumpeter en economía, en fin, el propio Musil en literatura. Es el clima intelectual en el que se forma Friedrich A. von Hayek, fallecido el martes recién pasado, un economista cuya honda reflexión acerca de su disciplina lo llevó a plantearse cuestiones centrales de teoría política y a repensar los clásicos de la filosofía del siglo XVIII. Lo hizo teniendo a la vista un fenómeno característico de su tiempo: la sociedad totalitaria. Su pensamiento es hoy imprescindible para comprender en qué consiste el enfoque totalitario, sea de derecha o de izquierda.

ARTURO FONTAINE TALAVERA. M.A. y M. Phil. en Filosofía, Universidad de Columbia; Licenciado en Filosofía, Universidad de Chile. Profesor del Instituto de Ciencia Política de la Universidad Católica de Chile. Director del Centro de Estudios Públicos.

* Una versión anterior de este artículo fue publicada en el diario *El Mercurio* el 30 de marzo de 1992, pocos días después del fallecimiento de Friedrich A. von Hayek.

Von Hayek concibió el desarrollo económico como el resultado de un proceso de creación y transmisión de conocimiento práctico. Planteó las instituciones de la economía de mercado como configurando un "método de descubrimiento". Desde este punto de vista, las empresas son centros de exploración de los mercados que operan con los procedimientos de "tanteo" propios de la acción humana. La multiplicidad de los exploradores y una tradición institucional que haga recaer sobre cada cual los efectos de sus decisiones son naturales, en el sentido de que corresponden a las condiciones de incertidumbre bajo las cuales se actúa. A la inversa, la concentración del proceso de toma de decisiones hace de la actividad empresarial el privilegio monopólico de un núcleo burocrático. Los efectos de sus decisiones se repartirán de manera incontrolable entre la población. Un marco jurídico que abra los mercados y permita la competencia tenderá a favorecer la creatividad y la invención. Por consiguiente, las reglas que organizan y propician la creatividad en materias económicas no son tan distintas de las que lo hacen en el campo científico o artístico. En definitiva, lo que está en juego para Von Hayek —en la definición de un sistema económico— es una cuestión epistemológica.

Von Hayek, al insistir en el carácter disperso y fragmentario del conocimiento relevante para la decisión empresarial, detectó el problema básico del socialismo clásico: su incapacidad para recoger y procesar adecuadamente información útil para la vida económica. Y no sólo eso: el proyecto de hacerlo equivale a la instauración de una sociedad totalitaria. Porque al controlarse los medios económicos requeridos para el logro de los fines de las personas se le está confiriendo a ese núcleo burocrático un poder incontrolable para determinar, de hecho, a qué fines deben tender las personas y cuál es el grupo en el poder que las veda. La planificación centralizada de la economía corre a parejas con la planificación monopólica de la vida.

De este modo, el pensamiento de Von Hayek se encuentra con la tradición filosófica de Kant, en tanto éste propone para el Estado, como tarea, no la definición de qué sea la felicidad de las personas, sino el establecimiento de un orden general justo que permita la consecución de proyectos de vida individuales. La definición del sistema económico tiene, según Von Hayek, fuertes concomitancias éticas. Sin embargo, al analizar el tema de la justicia distributiva —si bien su espíritu crítico siempre es lúcido— no logra, creo, fundamentar una verdadera teoría. Con todo, sus argumentos tendrán gran importancia para filósofos como John Rawls y Robert Nozick, que se abocarán al tema posteriormente.

A partir de la obra pionera de su maestro Ludwig von Mises, mostró

cómo ese carácter totalitario de la planificación centralizada no se borra adosándole un sistema democrático de gobierno. Por el contrarío, su teoría permite entender por qué la concepción centralista e intervencionista de la economía tiende a debilitar la democracia y a poner en marcha fuerzas de corte autoritario. La definición del sistema económico tiene así fuertes implicancias políticas.

Por otra parte, Von Hayek revitaliza la tradición conservadora que brota de Hume y de Burke. Esto, por su crítica al constructivismo social, es decir, al intento de diseñar la sociedad de modo autoritario y conforme a un modelo *a priori*, y por su confianza en los valores y prácticas que han emergido en forma espontánea y que avala la tradición. En esto su pensamiento discurre en diálogo con el filósofo inglés Michael Oakeshott. Von Hayek resistió ese modo tecnocrático de ver la sociedad como si fuese sólo un material al cual la voluntad y el diseño deliberado, racional, han de darle forma. En este tema se echa de menos, en su pensamiento, la huella de ciertos escritos de Heidegger al respecto.

Von Hayek acometió la tarea de conciliar el liberalismo clásico con el conservantismo. Lo hizo reinterpretando ambas tradiciones en busca de una síntesis original. Las tensiones subyacentes son parte del trabajo que su valiosa obra deja por delante como desafío. □

ENSAYO

HAYEK: LIBERTAD Y NATURALEZA

Oscar Godoy Arcaya

El autor expone las líneas centrales del pensamiento de Hayek acerca del orden espontáneo liberal y sus figuras opuestas y antagónicas, que son los órdenes artificiales surgidos de la razón constructiva del racionalismo moderno.

En este contexto, hay dos preocupaciones principales para el autor. Por una parte, la función que ejerce la libertad en la constitución del orden espontáneo. Y por otra, la índole de los principios —normas o leyes— sobre los cuales se sustenta ese orden. Respecto del primer tema se analizan las bases de la libertad individual, la prioridad de ésta y las limitaciones que le pone la coacción, legítima o ilegítima, que necesariamente impone la vida de las relaciones inter-individuales. Y sobre el segundo tema, que constituye uno de los ejes del ensayo, el autor desarrolla una evaluación crítica sobre la ambigüedad de los principios hayekianos, su alejamiento de numerosas corrientes cercanas al liberalismo, como el utilitarismo, y su aparente cercanía a una concepción del derecho natural.

OSCAR GODOY ARCAYA. Doctor en Filosofía, Universidad Complutense de Madrid. Profesor Titular de Teoría Política y Director del Instituto de Ciencia Política de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Miembro de la Academia de Ciencias Sociales, Políticas y Morales del Instituto de Chile. Consejero del Centro de Estudios Públicos. Autor de numerosos ensayos; entre los más recientes publicados en *Estudios Públicos* cabe mencionar "Analítica del poder: En torno a Michael Foucault", "Liberalismo, Ilustración y dignidad del hombre" y "La amistad como principio político", en los números 40, 45 y 49 respectivamente.

Estudios Públicos, 50 (otoño 1993).

Una de las tesis fundamentales de Hayek es la afirmación de que existe un orden espontáneo, al cual deben ceñirse las acciones humanas, especialmente aquellas que son sociales, para ser política y económicamente válidas y eficaces. Y que, por el contrario, todas las trasgresiones a ese orden, emanadas de su sustitución por una voluntad constructivista, constituyen la fuente y el origen de los errores que la humanidad ha cometido en los últimos dos siglos. Una clave del pensamiento de Hayek, en consecuencia, es la antítesis entre espontaneidad y constructivismo. Esta oposición cruza transversalmente la obra del ilustre vienes, como un *leit motiv,* y permite delimitar el campo de su concepción del liberalismo.

A primera vista, la obra de Hayek entraña una reconstrucción del liberalismo tradicional. Pero no es así. Más bien debe hablarse de una nueva versión del mismo, o sea, en sentido estricto, de una recreación o refundación. Es cierto, como veremos enseguida, que Hayek retoma una cierta tradición liberal, relacionada con la libertad anglicana, como opuesta a la libertad galicana. Pero, por otra parte, en su versión del liberalismo descubrimos algunas características innovadoras que le dan un rostro nuevo. En esta revisión es evidente que juega un papel crucial su polémica con el socialismo, que tiene rasgos distintos a aquel que enfrentaron los liberales doctrinarios del siglo XIX. El socialismo que encara Hayek no es solamente una concepción filosófica, sino una experiencia histórica, vivida por una buena parte de la humanidad entre los años 20 y 80 de este siglo.

Las innovaciones que Hayek hace al liberalismo revitalizan la fuerza de este movimiento intelectual y político que ya cumple tres siglos de existencia; pero, al mismo tiempo, plantean problemas que no parecen suficientemente resueltos por su autor. Habitualmente se ha interpretado el liberalismo a la luz del utilitarismo, especialmente en su versión más radical, aquella de Jeremy Bentham. Hayek da un giro importante para desarraigar al liberalismo de esta filiación y darle una base de sustentación distinta. Pero, a pesar de toda la riqueza y atractivo que tiene su concepción del orden espontáneo, su última base, la teoría de los principios o normas de la libertad, es débil y confusa. O, al menos, carece de la fuerza y consistencia del utilitarismo (en sus distintas modalidades). Se podría afirmar que Hayek se acerca, en su empresa de encontrar un nuevo anclaje filosófico, a una concepción de los derechos naturales y, que, quizás, habría descubierto allí un suelo más sólido. Pero no lo hace. En este ensayo analizo esta postura.

El orden espontáneo

En los años anteriores a la Segunda Guerra Mundial se desarrolló una ardua polémica relacionada con la asignación de los recursos económicos en la sociedad. Frente a la posición clásica, que sustenta la "mano invisible", los autores socialistas propusieron la factibilidad del cálculo centralizado de los recursos y la posibilidad de una distribución racional o artificial de los mismos.[1] Hayek extrae de esa discusión los elementos esenciales de su posición. En efecto, se puede decir que el primer problema meta-económico que ella planteó era de índole epistemológica. El cálculo o estimación racional de la producción y distribución de los bienes y servicios que necesita una sociedad cualquiera, como substituto del mercado, involucra ciertamente el uso de un gran acervo de conocimientos.

El punto de partida de Hayek es que no existe un modelo epistemológico capaz de hacer ese cálculo. Se trataría de simular la actividad cognoscitiva de millones de personas, poseedoras de una gran cantidad de información, muchas veces intransferible. La tentación que ofrecía en los años 40 el progreso de los instrumentos cuantitativos para abordar esa empresa era muy grande.[2] Por otra parte, esa tentación estaba alimentada por la creencia de que los pronósticos de Marx sobre la crisis final del capitalismo se acercaban a su realización.[3] De este modo, se suponía un consecuente advenimiento del socialismo político. La literatura económica socialista más seria había focalizado su atención sobre el cálculo de los recursos y la eventual extinción del capitalismo. Por esta razón, Hayek relaciona la existencia de individuos portadores de conocimientos dispersos con la libertad. El cálculo productivo y distributivo y la ejecución de las decisiones planificadas exigen la existencia de un Estado fuerte y centralizador (representado en la dictadura del proletariado), que necesariamente

[1] Véase especialmente en Friedrich A. von Hayek, *New Studies in Philosophy, Politics and Economics and the History of Ideas* (Chicago: University of Chicago Press, 1978), los capítulos "The Errors of Constructivism" y "The Pretence of Knowledge". También del mismo autor, *Derecho, legislación y libertad* (Madrid: Unión Editorial, S. A., 1978), vol. 1, capítulo 1. Una obra anterior sobre este tema es *Individualism and Economic Order* [1949] (Londres y Henley: Routledge & Kegan Paul, 1979), especialmente los capítulos "Economics and Knowledge" y "Socialist Calculation", I-II-III.

[2] Ludwig von Mises, *La acción humana* (Madrid: Unión Editorial, 1980), p. 1.020.

[3] Existe una gran cantidad de literatura motivada por la obra de V. Lenin, *El imperialismo, última etapa del capitalismo;* entre ella cabe destacar la de los autores J. A. Hobson, L. Woolf, R. Hilferding, además de otros.

está obligado a restringir las libertades a través de la coerción. La antítesis *modelo unificado de conocimientos vs. modelo disperso de conocimientos* tiene como correlato otra antítesis: *decisiones centralizadas vs. decisiones individuales*. Ambas pueden expresarse o resumirse en la siguiente tesis: la substitución de las decisiones individuales, basada en la información que cada cual posee, por la decisión colectiva, fundada en los conocimientos globales del planificador, entraña limitar la libertad, entendida en este caso como la aptitud individual para emplear sin restricciones sus propios conocimientos.

La verdad es que las decisiones del planificador se refieren a la suma de las actividades de los individuos. En una nota anterior hice una breve alusión a las observaciones de Von Mises sobre los problemas que enfrenta esa aspiración o designio de los economistas socialistas de los años 40 y 50. Pero lo importante es que esa suma o cualquier simulación del libre y complejo entrecruce de las acciones humanas no refleja ni la realidad ni la verdad de las mismas. Eso parece claro y hasta la fecha no se ha podido demostrar lo contrario. Hayek expresa esta idea de la siguiente manera: "los órdenes de elevada complejidad, es decir, los únicos susceptibles de integrar un número de datos particulares superior a lo que todo cerebro puede aprehender, tan sólo pueden surgir de un juego de fuerzas de carácter espontáneo".[4] Y si recurriéremos a un argumento *de facto*, como es la desvirtuación de los valores de la persona humana, cuando se la reduce a una mera unidad de producción y consumo, tendríamos razones suficientes para explicarnos el fracaso histórico de los grandes proyectos socialistas durante el siglo **XX.**

Para Hayek, además, los órdenes espontáneos, por el hecho de ser órdenes, son estructuras o sistemas regulados por normas. La espontaneidad no es puro azar. Ese orden es abstracto, según nuestro autor, en el sentido de que su contenido no puede ser conocido o previsto a través de una actividad o acción intelectiva omnicomprensiva, y se refiere al marco en el cual se realizan los actos humanos libres y concretos. Dada su complejidad, las actividades que se despliegan en su esfera, deben ser confiadas a circunstancias desconocidas por quienes rigen el conjunto del sistema.[5] Por esta razón, el control o autoridad que se ejerza sobre ella no puede depender sino de normas genéricas y nunca de mandatos específicos.

En el marco recién descrito surge el orden espontáneo, que, en última instancia, consiste en el movimiento producido por la actividad

[4] Friedrich A. von Hayek, *Derecho, legislación y libertad (op. cit.)*, vol. 1, p. 70.
[5] Ibídem, p. 84.

humana cuando cada individuo toma decisiones a partir de los conocimientos que posee. El énfasis de Hayek está en la emergencia de un orden desde una cantidad enorme de información diseminada en millones de individuos. Se trata, sin duda alguna, de una nueva versión de la metáfora de Adam Smith, la "mano invisible". Ese orden, en efecto, viene a ser el resultado de la espontaneidad de los individuos que parecen concertados por una fuerza supra individual cuando, en la consecución de sus fines privados, realizan también el interés general. Pero, por otra parte, tal espontaneidad está sujeta a las condiciones ya apuntadas antes, es decir, a la existencia de principios o normas.

El argumento tiene, entonces, dos dimensiones diferentes, que deben distinguirse. Por un lado, se sostiene la superioridad de las decisiones libres de los individuos y, por otro, la existencia y aplicación de principios o normas sin los cuales el orden espontáneo no puede darse. Respecto de lo primero, es bastante claro que hay una fuerte similitud e identidad entre las argumentaciones de Smith y Hayek. Basta con recoger un texto muy revelador del primero para demostrarlo: "Es evidente que es el propio individuo, desde el lugar en que se encuentre, aquel que puede juzgar mucho mejor que lo que podría hacerlo por él ningún estadista o legislador, cual es la clase de actividades a que puede dedicar su capital en el país o cuál es el producto que es probable que represente un valor mayor. Un estadista que se propusiera adoctrinar a los particulares sobre la manera como deberían éstos emplear sus capitales, no sólo se echaría encima una preocupación innecesaria, sino que asumiría una autoridad que no sólo no puede confiarse tranquilamente a una sola persona, sino a ninguna clase de junta o cuerpo legislativo, y que nunca resultaría tan peligrosa como en las manos de quien tuviera la insensatez y la presunción de imaginarse con capacidad para ejercitarla debidamente".[6] Es cierto que hay diferencias enunciativas, especialmente por la referencia de Smith a la decisión de invertir capitales, pero es claro que ella se aplica a las actividades económicas en general. Y la última frase tiene una fuerza predictiva similar a las de Tocqueville, cuando se refería, a mediados del XIX, a la aparición en el siglo XX de un poder centralizador y tutelar, que intentaría dirigir prolija y detalladamente todas las acciones humanas.

Entre Smith y Hayek no hay grandes diferencias en la función y beneficios anexos al uso libre de los conocimientos individuales para tomar decisiones económicas. Sin embargo, hay una segunda dimensión del argumento en la cual estos dos autores parecen distanciarse. Me refiero a la

[6] Adam Smith, *La riqueza de las naciones* (Madrid: Aguilar, 1961), p. 895.

condición que establece Hayek para el ejercicio de esa libertad. O sea, como hemos dicho antes, a la existencia de principios o normas de un orden espontáneo que permite y maximiza la libertad de los individuos.

La teoría del gobierno limitado, por ejemplo, como la esfera política y jurídica en que se despliegan las libertades individuales, pertenece al patrimonio común del liberalismo clásico, tal como lo encontramos formulado en Locke. El pensamiento de Smith se inscribe en la misma tradición y bastarían algunas citas del libro V de *La riqueza de las naciones* para confirmar este juicio. Dicho de otro modo, también Smith postula el gobierno limitado como marco político de las libertades individuales. Sin embargo, no parece tan claro si entre ambos autores hay acuerdo respecto de los principios que informan el orden espontáneo y el gobierno limitado. Este es un aspecto acerca del cual he encontrado mayores problemas de interpretación y me parece un punto en el cual el liberalismo hayekiano se distancia del liberalismo clásico. En efecto, tanto en Locke como en Smith, esos principios son atribuidos, en última instancia, a la naturaleza y a Dios. Para Locke, ese fundamento está claramente expresado en su *Segundo tratado sobre el gobierno civil,* en el cual encontramos el siguiente texto: "Dios que ha dado el mundo a los hombres en común, les ha dado también la razón, para que realicen mejor los intereses de sus vidas y circunstancias"; que es tan significativo como este otro de Adam Smith: "el Ser divino, cuya benevolencia y sabiduría, desde toda eternidad, ha construido y orientado la inmensa máquina del universo para producir en todos los tiempos la mayor cantidad posible de felicidad". Smith, como puede advertirse, defendía el argumento utilitarista de que la felicidad de todas las criaturas racionales era un propósito o fin de la naturaleza, y, en definitiva, de su creador divino. Se podría, respecto de ambos autores, recrear algunos argumentos donde la idea de la naturaleza, como ultima *ratio* de la libertad y espontaneidad de la sociedad civil y de las actividades económicas, juega una función central.

La antítesis del orden espontáneo es el orden artificial. Esta dicotomía fue establecida originalmente en el mundo antiguo, bajo la forma de una distinción, por ejemplo, entre naturaleza y convención, entre las cosas naturales y las cosas convencionales. Las primeras serían el producto o comparecencia de la naturaleza en los actos humanos, en el ejercicio espontáneo de los códigos desde los cuales ella opera. En cambio, las cosas artificiales o convencionales son creaciones del hombre, y, más específicamente, de su razón constructiva, aquella que le permite ser un fabricante de artefactos y un ser libre, incluso para trasgredir los límites de su propia libertad. El pensamiento de Hayek no es asimilable al de los antiguos, pero conviene con ellos en atribuir el establecimiento de órdenes artificiales a la razón. La

primera característica de estos órdenes es que se originan en la capacidad constructiva de la razón. De allí la expresión "constructivismo" que tan abundantemente usa Hayek.

Hayek sostiene que el *constructivismo* se caracteriza por un uso exacerbado de la razón humana. Este uso entraña un trasgresión de los límites de la misma, bajo el supuesto falso de su capacidad inconmensurable de conocimientos. La expresión más radical de esta tendencia es su tesis de que la sociedad puede ser organizada desde una voluntad única. Esta tesis incluye la substitución completa de toda espontaneidad por una racionalidad omnicomprensiva.

La libertad y la limitación a la coacción

Hayek ha dedicado un importante esfuerzo analítico para establecer su propia concepción de la libertad. En esencia, nuestro autor desarrolla la idea de libertad como ausencia de coacción.[7] La libertad consistiría en una *condición humana* "en cuya virtud la coacción que algunos ejercen sobre los demás queda reducida, en el ámbito social, al mínimo".[8] A esa condición Hayek denomina *estado de libertad.* En un plano ético y programático político, la promoción de ese estado constituiría *una política de libertad.*

El concepto hayekiano de libertad tiene una deuda con la tradición clásica, que a la luz de la esclavitud definía al hombre libre como habilitado para "hacer lo que se quiere", por el simple hecho, sancionado por el derecho, de "ser dueño de sí mismo". El esclavo, como es sabido, se define justamente por carecer de voluntad propia y hallarse irrevocablemente sujeto a las decisiones de su propietario. El esclavo no puede hacer lo que quiere porque no es dueño de sí mismo. Todos los énfasis de esta concepción de la libertad están puestos en la independencia o autonomía frente a la voluntad de un tercero, que eventualmente puede obstaculizar e incluso impedir su despliegue. Por eso, el ejercicio de esta libertad presupone la existencia, cierta y segura, de una esfera de vida privada. O, lo que es lo mismo, un "conjunto de circunstancias en las cuales los otros no puedan intervenir".[9]

Esta concepción de la libertad negativa se encuentra también recogida en la tradición liberal. Hayek precisa su contenido a través de dos

[7] Friedrich A. von Hayek, *Los fundamentos de la libertad* (Madrid: Unión Editorial S. A, 1975), p. 31.

[8] Ibídem, p. 31.

[9] Ibídem, pp. 35-36.

expedientes: por una parte, comparándola con otras acepciones de la noción de libertad, y, por otra, analizando cuidadosamente el significado de la coerción, como obstáculo o limitación de la libertad.

Hayek nos pide no confundir su idea básica de libertad con la libertad política. Esta última se refiere a la facultad o derecho de los individuos a participar en los asuntos públicos. Y, de un modo más radical y preciso, a su participación para elegir al gobierno, legislar y controlar la gestión administrativa de las autoridades. Esta libertad puede ser compatible con una ausencia de la libertad negativa". Un pueblo libre no es necesariamente un pueblo de hombres ubres; nadie necesita participar de dicha libertad colectiva para ser libre como individuo",[10] afirma el autor, porque con esa libertad podría decidir, y de hecho ha decidido muchas veces, anular o limitar la libertad individual. Esta distinción permite acentuar un rasgo central de la concepción hayekiana de libertad, que es su vínculo primario con el individuo. Este vínculo es anterior a la libertad colectiva y, por lo mismo, ella es una condición *sine qua non* de esta última. En sentido estricto, sin esa condición, la libertad colectiva o política debería cambiar de nombre.

Un contraste de la libertad individual con la libertad interior, o facultad subjetiva de elegir racionalmente entre distintas alternativas, permite determinar aún mejor el pensamiento de Hayek.[11] Según Hayek ambas nociones difieren entre sí, pero son interdependientes. En efecto, una cosa es el proceso individual de decisión y otra muy diversa el grado de impedimentos que la voluntad o el poder de un tercero le pongan a su ejecución. Pero una y otra se exigen mutuamente, porque ambas son necesarias para determinar la esfera real de realización de nuestras decisiones.

Un tercer contraste, ahora con la libertad entendida como poder, nos entrega más precisiones. Hayek se refiere a la libertad ilimitada y que viene a significar omnipotencia de la voluntad humana. En efecto, una de las utopías de nuestro siglo ha consistido en asegurarnos que la libertad colectiva es un poder, a través del cual se pueden alcanzar metas ilimitadas de bienestar público. Pero la constitución de ese poder colectivo en la esfera pública exige la limitación de la libertad individual. Por esta vía, nos dice Hayek, "en los estados totalitarios la libertad ha sido suprimida en virtud de la libertad".[12]

Las líneas argumentales se orientan hacia el primado de la libertad individual protegida de la coacción. Ahora bien, todos tenemos una cierta

[10] Ibídem.pp. 35-36.
[11] lbídem,p.36.
[12] Ibídem,p.39.

idea del significado y campo de la coacción, pero ella es insuficiente para comprender en todas sus dimensiones el pensamiento de nuestro autor. Hayek recurre al inglés para precisar que, tal como en el caso de la libertad, tendemos a confundir la acción de los demás sobre nosotros con los efectos que tienen las circunstancias físicas sobre nuestra propia realidad. Nos dice: *"To compel* se usa para indicar una obligatoriedad por causas o circunstancias físicas; *To coerce* se usa para indicar una coacción originada por algún agente humano".[13] Esta distinción permite acotar el ámbito de la coacción que puede padecer nuestra libertad individual; ella se refiere, en rigor, a aquella que pueden ejercer los demás sobre mi persona, y no a las causas físicas no racionales que podrían constreñirla.

De este modo, el campo de la coacción es el mismo de las relaciones inter-individuales, pero no se refiere a la posibilidad de que aquel que "sufre la coacción se vea privado de la facultad de elegir".[14] Pues, en realidad, esa facultad puede permanecer intacta aun cuando se limite severamente la libertad individual. A lo que apunta Hayek es al hecho de que si no se dan ciertas condiciones es posible, e incluso probable, que mi facultad de elegir se transforme en un mero instrumento de la voluntad de otro. Por ello "el que sufre coacción no está privado, simplemente, de utilizar sus facultades, pero sí de la posibilidad de emplear sus conocimientos al servicio de sus propios fines".[15] La coacción, en definitiva, "es mala porque se opone a que la persona use de un modo completo su capacidad mental, impidiéndole, por lo tanto, hacer a la comunidad la plena aportación de que es capaz".[16] Esta noción de coacción se aplica con una amplitud enorme, porque incluye desde diversas formas de fuerza física, violencia y opresión hasta la manipulación sutil y sofisticada de la inteligencia individual.[17]

La libertad, entendida como ausencia de coacción, no podría existir sin el establecimiento de esa esfera inviolable que es la vida privada, como ya se mencionó. Pero tal inviolabilidad depende de la existencia de una autoridad, con poder suficiente para garantizarla. Esa esfera, entonces, está protegida por la autoridad, hasta tal punto que sin esa protección, la coacción se generalizaría rápida y radicalmente.

Ahora bien, ¿a qué recurso apela la autoridad para garantizar la vida privada? La respuesta obvia, difundida en nuestra época, es enumerar una

[13] Ibídem, p. 179.
[14] Ibídem, p. 180.
[15] Ibídem, p. 180.
[16] Ibídem, p. 181.
[17] Ibídem, pp. 181-186.

serie de derechos individuales que debería incluir, como escudo protector, la esfera de lo privado. Pero la respuesta hayekiana es distinta. En efecto, según Hayek, si no se quiere que el establecimiento mismo del ámbito privado se transforme en un acto de coerción, no debe fijarse su extensión y contenido a través de la "asignación deliberada de cosas determinadas a hombres determinados".[18] Porque, agrega, si esto ocurriera, simplemente la esfera privada dependería de la voluntad de un individuo o de un grupo de individuos asignadores, y, por lo mismo, "estaríamos ante una simple transferencia del poder de coacción a dicha voluntad".[19]

La protección contra la coacción es una versión del concepto ya enunciado de libertad negativa. Si se trata de impedir que la voluntad individual se encuentre limitada por los demás, entonces la primera condición externa para establecer la esfera privada es la aceptación de un principio de propiedad. Hayek expone argumentos clásicos para sostener este carácter primario de la propiedad, que es el "primer paso en la delimitación de la esfera privada que nos protege contra la coacción".[20] Pero, además, nos entrega una versión actualizada del sentido que tiene hoy día esa institución, que no consiste tanto en la posesión de bienes, cuanto "en que los medios materiales que le permiten (al individuo) proseguir cualquier plan de acción no se hallen todos bajo el control exclusivo de cualquier otro agente".[21] En definitiva, se trata de que la propiedad esté repartida, para que nadie tenga la posibilidad de controlar la voluntad de los demás. Por otra parte, la coacción también está limitada en la medida que se asegura la facultad de contratar libremente, que desde tiempos muy remotos ha sido la práctica y la institución jurídica central en la cual se ha apoyado el intercambio espontáneo de bienes y servicios entre los individuos. De la propiedad y el contrato se derivan otras prácticas e instituciones que forman parte e integran a una sociedad libre y que sería largo e innecesario enumerar aquí. Más importante, para los efectos de este trabajo, es verificar que Hayek considera que ellas son el objeto de las normas generales o leyes.

La ley y el orden espontáneo

Hayek habla de una *ley de la libertad*, y para ello se refiere a la enunciación que le dio F. G. von Savigny, el famoso jurista del siglo XIX:

[18] Ibídem, p. 187.
[19] Ibídem.p. 187.
[20] Ibídem, p. 188.
[21] Ibídem, p. 188.

"Es la regla en cuya virtud se fija la frontera invisible dentro de la cual el ser y la actividad de cada individuo tienen una esfera segura y libre".[22] Esta ley vendría a ser un principio jurídico fundamental, por cuanto serviría de criterio directriz del ordenamiento jurídico de las sociedades libres. Sin embargo, el punto crítico sostenido por Hayek es que este principio ha sido abandonado durante el presente siglo. Se trata, entonces, de analizar las causas de este abandono y la posibilidad de su recuperación, porque en este campo se sitúa la recuperación del orden espontáneo del liberalismo.

Ese principio es el eje de la concepción hayekiana de la ley. La esfera de lo privado debe ser delimitada por reglas, y es a partir de esa delimitación que surge un derecho como el de la propiedad. La función de tales reglas es, entonces, fundamental. Ahora bien, ¿qué son las leyes para nuestro autor?

El tema de la ley emerge en el contexto de la conceptualización que Hayek hace acerca de la libertad y la coerción. El punto de partida de su argumentación es la afirmación de que la vida social de los hombres es posible porque los individuos actúan conforme a ciertas reglas.[23] En la interpretación esencial de esas reglas se hace presente, como supuesto de la misma, la espontaneidad del orden liberal. En efecto, según Hayek, esas normas surgen de un fondo inconsciente; no son deliberadas, no son imputables a una mente humana que las hubiese construido, son anteriores a la comunicación, no necesitan ser formalmente enunciadas y, por lo mismo, son anteriores a toda formulación a través del lenguaje humano.[24] En su obra *Derecho, legislación y libertad,* Hayek nos dice que "las normas son observadas en la práctica sin que, de forma expresa (de manera verbal o explícita), sean conocidas por quienes se someten a ellas".[25] Estas características no podrían conducir fácilmente a una concepción del derecho natural. Pero antes de llegar a cualquier conclusión, conviene revisar con más detención esas características negativas de las leyes.

Para Hayek, una ley es una respuesta constante del individuo a circunstancias que solamente tiene algunas características comunes. Por esa razón, ellas son abstractas y generales. Si se las compara con los mandatos, se puede advertir que éstos son mucho más concretos y particulares. A través del mandato, además, se realiza más bien la voluntad de aquel del

[22] Ibídem.p. 197.
[23] Ibídem, p. 198.
[24] Ibídem.pp. 198-199.
[25] Friedrich A. von Hayek, *Derecho, legislación y libertad (op. cit.*), vol. 1, p.37.

cual emana, mientras que en el caso de la ley prevalece la voluntad del individuo que la aplica, como un elemento más en el momento que toma la decisión de actuar. El mandato es una construcción intelectual de quien manda, o sea, de quien tiene autoridad para hacerse obedecer. En cambio, la ley seguiría un proceso de decantación, que arranca del inconsciente y se eleva lentamente a niveles muy complejos de racionalidad y de autodefinición formal. Así, los hábitos inconscientes pueden llegar a "ser declaraciones explícitas y coherentes a la vez que más abstractas y generales".[26] El despliegue de aparición de la ley sería entonces espontáneo, y, por lo mismo, no se fundaría en una actividad deliberativa de una inteligencia individual o colectiva. Ese proceso, nos dice Hayek, es "tan poco atribuible a cualquier mente humana como la invención del lenguaje, del dinero o de la mayoría de las prácticas y convenciones en que descansa la vida social".[27] Las demás características ya enunciadas se deducen de estas premisas. Y todas ellas indicarían una anterioridad y una posterioridad entre lo implícito y lo explícito que integra en su interior todo proceso que emerge de un fondo inconsciente, en viaje hacia las esferas más luminosas de la racionalidad. La práctica de la ley, así entendida, es anterior a su enunciación en el discurso del lenguaje y no requiere de alguien o algunos que la hayan formulado expresamente. De este modo, la ley, "en su forma ideal, puede ser descrita como mandato u orden dictada de una vez y para todos, dirigida al pueblo, promulgada con prescindencia de cualquier circunstancia particular en orden al espacio y el tiempo y considerando tan sólo las condiciones concurrentes en cualquier lugar y momento".[28]

Otra característica central que Hayek les atribuye a las normas es que ellas son adoptadas "en razón de la superioridad que, de hecho, les otorga el grupo humano que las practica, y no porque sus efectos sean conocidos por quienes deciden someterse a ellas".[29] Por ésta y las razones ya enunciadas, la ley, norma abstracta y general, tendría asegurado un carácter impersonal. No sería la voluntad de una persona, individual o colectiva, la fuente de su vigencia, sino un proceso que podríamos llamar, por el momento, de esclarecimiento espontáneo. Surge inmediatamente una pregunta, ¿es la ley la costumbre? Hayek señala que hay una evolución similar entre el paso de lo específico y concreto a la generalidad y abstracción de la ley y el desarrollo

[26] Friedrich A. von Hayek, *Fundamentos de la libertad (op. cit.),* p. 198.
[27] Ibídem, p. 198.
[28] Ibídem, p. 200.
[29] Friedrich A. von Hayek, *Derecho, legislación y libertad (op. cit.)* vol. 1, p. 37.

de la costumbre. Sin embargo, la costumbre conserva los caracteres principales de la norma concreta, detallada y minuciosa que definen al puro mandato. Es cierto que aquellos que ciñen su conducta a la costumbre —por ejemplo, a un rito— no obedecen a la voluntad de otro, dada su impersonalidad, pero limitan su facultad de elegir y, en consecuencia, su libertad.[30] La costumbre tiende a establecer modalidades únicas e invulnerables de acción. Pero, por otra parte, la costumbre puede ser un puente hacia la constitución de la ley. Y cuando ello ocurre, esa transición esclarece por sí misma, como ningún otro argumento, la naturaleza de la ley: la evolución que va desde el carácter concreto de la costumbre a la abstracción de esta última. Acerca del mismo campo de actos humanos, a veces reducido y ritualizado por la costumbre a una o muy pocas acciones concretas, la ley solamente va a especificar "que en ciertas circunstancias, la acción debe satisfacer determinadas condiciones, pero que todas las múltiples clases de acción que satisfagan dichas condiciones son permisibles".[31] Así, en conclusión, la costumbre puede ser un paso hacia la aparición de la ley. Pero ello puede no ocurrir. Y, para Hayek, está claro que la costumbre no es la ley.

Un cierto formalismo jurídico considera ley toda norma que aprueba y promulga apropiadamente un poder legislativo.[32] Pero, dentro del conjunto de esas leyes, solamente una mínima parte regula las relaciones entre los individuos o entre ellos y el Estado. La gran mayoría restante se refiere al Estado mismo, a sus actividades y funcionarios. Hayek considera que debería legislarse separadamente en virtud de esta distinción. O sea, la legislación sobre estas dos clases de asuntos debería estar a cargo de asambleas legislativas distintas. En definitiva, Hayek apunta a radicalizar las diferencias entre la esfera privada y la pública y el origen de las reglas que rigen a una y otra. El poder legislativo, en sentido estricto, es la facultad de hacer leyes. Y éstas, como ya vimos, son reglas generales y abstractas que enmarcan la actividad inter-individual. Se trata, bien entendido, del sistema legislativo de una sociedad libre, porque solamente en ella el individuo tiene una esfera privada "claramente reconocida y diferente de la esfera pública".[33]

El párrafo anterior supone que la ley es un producto espontáneo de la libertad humana. Y que, en cambio, las normas que rigen la actividad estatal son, más bien, construcciones de la razón humana. A mi juicio, cada vez más, a medida que nos adentramos en la filosofía política de Hayek, nos

[30] Friedrich A. von Hayek, *Fundamentos de la libertad (op. cit.)*, p. 202.
[31] Ibídem, p. 202.
[32] Ibídem, p. 288.
[33] Ibídem, p. 290.

vamos encontrando con la disociación entre espontaneidad del hombre y constructivismo de la razón.

Constructivismo, positivismo y derecho natural

En este punto conviene, para fortalecer esta exposición, incluir una mención a la dura crítica que hace Hayek al positivismo jurídico. Esta mención me permite, además, incluir el tema del concepto de ley natural, pues, hasta el momento, parecería que Hayek se orienta hacia una idea similar.

El positivismo, según Hayek, se ha opuesto tradicionalmente a la idea de ley natural. Hayek advierte que a pesar de que las escuelas que sustentan el derecho natural son variadas, todas ellas están de acuerdo en la tesis de la existencia de normas que no son el producto deliberado de ningún legislador humano.[34] Igualmente, ellas concuerdan en que toda ley positiva se funda y deriva su validez y legitimidad en preceptos que no son creaciones del hombre, sino solamente descubrimientos del mismo.[35] Las diferencias surgen al atribuir el origen y la fuente de esas normas anteriores a la ley positiva a Dios o a la razón humana. Pero tanto las afinidades como las diferencias de las escuelas naturalistas son rechazadas por el positivismo. Todas ellas entrañan una limitación a la potestad legislativa propia de toda sociedad civilmente organizada. El positivismo encontró en Alemania, y en la concepción del *Rechtsstaat,* su mayor campo de cultivo y su principal enemigo. En efecto, éste exigía que las reglas de derecho tuvieran ciertas propiedades a las cuales debía adecuarse la ley positiva, y sin cuya conformidad no podía haber ley propiamente tal. Esa concepción fue substituida por el concepto formalista de que bastaba que la acción del Estado estuviese autorizada para dar legalidad a una norma. De este modo, es ley todo aquello que la autoridad declare legal.[36] El punto de partida de la ley, su origen último y su justificación, radica en la facultad legislativa, y no hay nada anterior a ella.

La crítica de Hayek descansa sobre dos argumentos. El primero se refiere a su cuestionamiento del constructivismo voluntarista. Dadas las premisas ya expuestas, cuyo eje es la antítesis entre espontaneidad y

[34] Ibídem, p. 323.
[35] Ibídem, p. 323.
[36] Ibídem, p. 324; véase también Friedrich A. von Hayek, *Law, Legislation and Liberty* (Chicago: The University of Chicago Press, 1976), vol. 2, pp. 44-45.

constructivismo, Hayek rechaza la afirmación de que es ley toda decisión de un poder legislativo autorizado. El segundo, es un argumento histórico práctico. Nos remite a la expansión del poder del Estado moderno, al cual todo le está permitido sobre la base de su potestad legislativa. La formulación más completa e integral del positivismo contemporáneo se encuentra en la *teoría pura del derecho* elaborada por Hans Kelsen. La obra de este autor, nos dice Hayek, marca "el eclipse definitivo de todas las tradiciones de gobierno limitado".[37] Este juicio, a todas luces exagerado, está escrito a fines de los años cincuenta, cuando había razones para ser muy pesimista y muchos se habían convencido que se estaba llegando a un punto de no retomo en la evolución de la humanidad hacia el socialismo. El núcleo central de la discrepancia entre Hayek y Kelsen consiste en que éste sostiene que la libertad individual será substituida por la libertad colectiva y que ello traerá consigo la superación del liberalismo por la democracia.[38] El paso del tiempo ha mostrado una realidad diferente, y la democracia de la que hoy empieza a disfrutar el mundo es esencialmente liberal y entraña un nuevo auge del gobierno limitado.

Los planteamientos expuestos son extraños para el liberalismo del siglo XIX. No puede decirse lo mismo si nos referimos a los orígenes del liberalismo, donde encontramos una posición más cercana a la de Hayek. El liberalismo decimonónico se caracterizó por un gran pragmatismo, cuya característica principal era no apegarse a principios. En apariencia, lo que Hayek nos dice es que tales principios existen, pero que cumplen su función orientadora de los procesos sociales, económicos y políticos cuando se expresan espontáneamente desde un fondo inconsciente. Sería relativamente fácil argumentar que tales principios son *naturales,* o sea, inscritos o pertenecientes a la naturaleza, y que, en consecuencia, las leyes positivas son explicitaciones y desarrollos de los mismos. Pero Hayek no da ese paso.

Más aún, cuando da el argumento —expuesto antes— acerca de la superioridad de las normas espontáneamente priorizadas por una sociedad, se plantea el tema de su transmisión a través de las generaciones. Hace un símil con el aprendizaje del lenguaje y verifica que "toda persona que crece en el seno de una determinada cultura encuentra en sí ciertas normas", y es "capaz de discernir si el comportamiento de sus semejantes se ajusta o no a las mismas". A renglón seguido, se pregunta si acaso esa conducta está

[37] Ibídem, p. 325. Para un análisis más detallado de las ideas de Kelsen véase Friedrich A. von Hayek, *Law, Legislation and Liberty* (Chicago: The University of Chicago Press, 1973), vol. 2, pp. 48-56.

[38] Ibídem, p. 325.

vinculada a la naturaleza humana. Su respuesta es la siguiente: "Esto no quiere decir, claro está, que se trate de algo permanente e inalterable, ligado a la naturaleza humana. Es tan sólo algo que forma parte de una herencia cultural que tiene grandes probabilidades de mantenerse constante, sobre todo mientras las correspondientes normas no hayan tomado forma oral o escrita, y no sean, por ello, susceptibles de discusión o examen consciente".[39]

Las razones de fondo las encontramos en un párrafo importante de su obra *Law, Legislation and Liberty*.[40] Allí Hayek sostiene que cuando se rebate al positivismo se es etiquetado como partidario del derecho natural. Se trataría ésta de una falsa dicotomía, porque oponerse y refutar el positivismo no significa *eo ipso* adscribir al derecho natural. Tal dicotomía ha sido inventada por los positivistas, para quienes no reconocer que la ley se sustenta solamente en el acto formal del legislador humano es aceptar que ella es el producto último del designio de una inteligencia supra-humana. El positivismo, radicalizando el *dictum* de Hobbes, *non ventas sed auctoritas facit legem*[41] postula que las normas que regulan a la acción humana solamente pueden emanar de la voluntad humana y no de la razón humana.[42] De este modo, la ruptura del positivismo con las dos vertientes mayores del iusnaturalismo es frontal. La ley no se origina ni en una razón divina ni en la razón humana.

Hayek piensa que los autores positivistas calificarían fácilmente sus ideas como expresiones del iusnaturalismo.[43] Pero, según nuestro autor, esta interpretación está subordinada a una cierta concepción de aquello que es natural. Hayek usa el término "natural" para referirse a un proceso de selección evolutiva de los principios que rigen la vida social libre; para significar, en definitiva, que tal proceso, desde el cual emerge la ley, no es el producto de ningún designio racional.[44] Ese proceso evolutivo sería *natural*. Y, en la medida que no obedece a ninguna fuente racional, se separaría inequívocamente del iusnaturalismo, tanto clásico como racionalista.

Incluso más. Hayek sostiene que dada la diversidad de significaciones que tiene "natural" y "naturaleza" es preferible evitar su uso en las discusiones científicas. Así, por ejemplo, si ambos términos se usan para

[39] Friedrich A. von Hayek, *Derecho, legislación y libertad (op. cit.)* vol. 1, p.38.

[40] Friedrich A. von Hayek, *Law, Legislation and Liberty* (1973, *op. cit.)*, vol. 2, pp. 59-61.

[41] Ibídem, vol. 2, p. 45.

[42] Ibídem, vol. 2, p. 45.

[43] Ibídem, vol. 2, p. 45.

[44] Ibídem, vol. 2, p. 59.

describir el orden del mundo material o externo, en contraste con aquello que es *sobrenatural* o con lo que es artificial, es bastante claro que se le está dando un significado diferente a aquel por el cual definimos a algo como parte de la naturaleza de una cosa.[45] Hecha esta precisión, nuestro autor afirma que no existen razones para representar las reglas de la conducta justa como naturales, "en el sentido que ellas son partes de un orden externo y eterno de las cosas",[46] o de "una naturaleza inalterable del hombre",[47] o, incluso, de una estructura intelectual humana configurada "de una vez por todas" de un modo determinado y al cual deben adaptarse las reglas particulares de conducta.[48] Todo lo anterior no quiere decir, afirma Hayek, que las reglas que de hecho guían a la acción deberían ser el producto de una elección deliberada por parte de los individuos, o bien que éstos son capaces de construir a la sociedad civil adoptando cualquier regla de acción, o, en fin, que esas reglas podrían no dárseles a ellos independientemente de la voluntad de una persona particular.[49] De este modo, si las reglas en cuestión no provienen de la naturaleza, en las acepciones ya mencionadas (iusnaturallismo), ni de una racionalidad deliberada (positivismo), ¿cómo se originan?, ¿de dónde vienen? La primera pregunta tiene una respuesta analítica, que ya vimos antes; la segunda es apenas una suposición. En efecto, recordemos que Hayek afirma que las reglas o leyes se originan en un *proceso evolutivo*. Y se supone que aquello que emerge de tal proceso proviene de un fondo inconsciente pero innominado y acerca del cual Hayek no desarrolla un trabajo analítico acabado.

El proceso evolutivo del cual surgen los principios o reglas de conducta, y, por lo mismo, el contenido justo y verdadero de la ley, no tiene por qué ser formulado explícitamente. Más bien se expresa como un *sentimiento general de que ciertas cosas no se hacen* (similar al *bonumfaciendum, malum vitandum* del iusnaturalismo tomista). En esta idea se funda la crítica de Hayek a la formulación detallada de principios y derechos naturales. Nos dice con toda claridad: "ni los derechos fundamentales que tradicionalmente han integrado las 'Tablas de Derechos' son los únicos que, en aras de la libertad, merecen protección, ni cabe enumerar de modo exhaustivo el conjunto de derechos cuyo respeto permita garantizar la libertad individual".[50]

[45] Ibídem, vol. 2, p. 59.
[46] Ibídem, vol. 2, p. 60.
[47] Ibídem, vol. 2, p. 60.
[48] Ibídem, vol. 2, p. 60.
[49] Ibídem, vol. 2, p. 60.
[50] Friedrich A. von Hayek, *Derecho, legislación y libertad* (Madrid: Unión Editorial S. A., 1982), vol. 3, p. 193.

La razón que nos da se refiere a la historicidad de tales enumeraciones. Tal historicidad restringe el sentido abstracto y general que debe tener la ley.

Para comprender la teoría de Hayek sobre el proceso evolutivo que nos preocupa, y del cual surgen las leyes, hay que dar una nueva mirada al tema del orden espontáneo.[51] Según Hayek todo *orden* supone una multiplicidad de elementos y una relación entre los mismos. El conocimiento de una parte espacial o temporal del conjunto "nos permite formular acerca del resto unas expectativas adecuadas o que, por lo menos, gocen de una elevada probabilidad de ser ciertas".[52] Por otra parte, es evidente que toda sociedad posee un orden "y que muchas veces ese orden existirá sin haber sido deliberadamente creado".[53] En las palabras anteriores nos encontramos con los datos esenciales: el orden es un compuesto de partes; el conocimiento de una parte de ese compuesto permite suponer la configuración del todo; la sociedad es un orden y este orden puede ser espontáneo o artificial.

Los órdenes espontáneos son sistemas autorregulados o autógenos. En cambio, los órdenes artificiales son regulados por una inteligencia creadora y exógena. Los griegos, dice Hayek, usaron el término *taxis* para designar al orden en tanto artificial y *kósmos* para nombrar el orden espontáneo.[54] Por una tendencia antropomórfica, tendemos a asimilar todos los órdenes a la idea de *taxis*. O sea, a atribuirles en general un carácter artificial; por eso, como creaciones de la inteligencia humana, les adjudicamos "ciertas propiedades que sólo corresponden a la ordenaciones deliberadas".[55] Ahora bien, resulta que los órdenes artificiales son relativamente simples porque están limitados por el nivel de complejidad que la inteligencia de su autor es capaz de alcanzar. Además, son concretos, en el sentido de que su existencia puede ser verificada por una simple inspección. Y, finalmente, obedecen al designio de su creador; a los propósitos que éste les asigne. Según Hayek, "ninguna de dichas características concurren necesariamente en un orden espontáneo o *kósmos"*,[56] Este no está limitado en su complejidad por los alcances estrechos de la inteligencia humana; su existencia no es abarcable cognoscitivamente por una simple inspección; y, por último, por no provenir de una "creación intencionada, no puede decirse legítimamente que

[51] Hayek trabaja extensamente este tema a lo largo de su vida y hay énfasis distintos según los períodos del desarrollo de su pensamiento.

[52] Friedrich A. von Hayek, *Derecho, legislación y libertad* (1978, *op. cit*.) vol. 1, pp. 64-65.

[53] Ibídem, vol. 1, p. 65.

[54] Ibídem, vol. 1, p. 67.

[55] Ibídem, vol. 1, p. 69.

[56] Ibídem, vol. 1, p. 69.

persiga un fin determinado",[57] aun cuando su existencia facilite la consecución de los fines de cada individuo. Resulta interesante cómo Hayek les atribuye incognoscibilidad (exhaustiva, al menos) y no finalismo a las estructuras complejas de los órdenes espontáneos. Se puede argumentar que si algunos de esos órdenes no son plena y exhaustivamente cognoscibles, no se puede sostener que carezcan de finalidad. La contradicción es patente.

Las características enunciadas señalan que los órdenes espontáneos no son totalmente controlables, como lo son los artificiales. Hayek introduce una relación entre orden artificial y organización. Estas últimas, justamente, admiten un control tan amplio como aquel que determine la razón constructiva de su autor. En cambio, los órdenes espontáneos nacen de la subordinación de sus elementos a ciertas normas, "como reacción de los mismos al medio que los rodea".[58] Esas normas no precisan ser conocidas; basta con que los elementos que componen el orden se comporten de acuerdo a ellas. Y, por esta razón, se expresan a través de *regularidades.* Ahora bien, si se las conoce, de un modo insuficiente, es bajo la forma de *descubrimiento.* Hayek da un ejemplo: "aunque el hombre siempre se haya sometido a leyes, durante cientos de miles de años las mismas no eran por él 'conocidas' en el sentido de que fuera capaz de enunciarlas".[59]

El evolucionismo hayekiano, en esencia, se define por el reconocimiento de que los órdenes espontáneos son la única alternativa de regulación de realidades extremadamente complejas, como son las sociedades modernas. Estos órdenes incluyen elementos variados, que escapan a toda constatación y manipulación. En la configuración de estos órdenes se da un proceso de selección de los elementos prevalentes. Y cuando existe una configuración prevalente, que se expresa como regularidad, estamos frente a un orden espontáneo. De este modo, estos órdenes son el producto de un proceso de selección, que sería imposible de conseguir artificialmente, justamente por su alto grado de complejidad. Por esta razón, "si se desea seguir utilizando al máximo el saber que entre todos los miembros se halla disperso, no sólo resulta imposible reemplazar un orden espontáneo por una organización, sino que tampoco cabe mejorarlo o corregirlo mediante intromisiones directas".[60]

El *descubrimiento* de un orden espontáneo, que no puede ser intervenido, a riesgo de producir efectos perversos, no queridos, pero generados

[57] Ibídem, vol. 1, p. 70.
[58] Ibídem, vol. 1, p. 75.
[59] Ibídem, vol. 1, p. 76.
[60] Ibídem, vol. l, p. 85.

por la complejidad misma de todos los elementos que la integran, nos pone nuevamente delante del problema sobre el origen de sus principios. Una vez más, toda la argumentación apuntaría a la determinación de principios que aun cuando estén dotados de autonomía respecto de la razón constructiva, tienen, no obstante, algún fundamento en la misma naturaleza humana. Esta alternativa, excluida explícitamente por Hayek, no es contradictoria con una visión evolucionista. Pues, en efecto, la existencia de principios de un orden espontáneo, subyacentes a la naturaleza humana, admite una explicitación o despliegue evolutivo. E, incluso, un proceso evolutivo de ensayo/error, en el cual esos principios no se desarrollan de una manera lineal, sino a través de avances y retrocesos. En esta perspectiva, y al límite, el iusnaturalismo nunca ha estado ajeno a los procesos de descubrimiento progresivo en el tiempo de las virtualidades de un principio natural.

Conclusión

Hayek ha prestado un servicio inestimable a la filosofía política contemporánea. En este ensayo he querido destacar sus aportes alrededor del tema de la espontaneidad y el constructivismo y el poder de su crítica a las pretensiones de la razón constructiva para implantar órdenes artificiales en cuyo seno el individuo pierde o ve limitada su libertad original. Hayek ha fortalecido la reflexión acerca de la libertad, descubriendo variedades nuevas y más sutiles de coerción. Su conceptualización de la libertad, fundada en el individuo, ha renovado una visión más agresiva sobre las prioridades que deben establecerse en el momento de organizar a la sociedad sin caer en el constructivismo. Para Hayek, la libertad individual y la ausencia de coacción de terceros sobre ella tienen un primado irrestricto sobre los otros valores de la vida social y política. Solamente de ese modo se pueden articular sin impedimentos esas configuraciones eficaces que se denominan órdenes espontáneos. Y digo eficaces, porque ese es un resultado del orden espontáneo en el campo de la vida política y de la economía. Estimo que sus argumentos sobre la imposibilidad de simular o substituir el movimiento epistémico social que generan los conocimientos que aplican millones y millones de individuos, cuando toman sus propias decisiones al interior de las sociedades modernas, constituye una de sus grandes contribuciones al debate sobre el dirigismo estatal, el socialismo y todas las formas contemporáneas de suplantación de la libertad individual.

Mi punto crítico se refiere a la indefinición o vaguedad que tiene su posición frente a los principios del orden espontáneo. Toda su obra está

cargada de una suerte de ansiedad por discernir un fundamento a los principios del orden liberal. No los encontró ni en el utilitarismo, donde creyeron hallarlos algunos autores del XIX, ni en el pragmatismo ni en el positivismo ni en el racionalismo, ni tampoco en alguna versión de los derechos naturales. He centrado mi atención en este último caso para mirar un punto vulnerable del pensamiento de Hayek desde esa perspectiva. En especial, porque creo que las premisas de sus argumentos conducen más bien a sostener un orden espontáneo fundado en ciertas líneas de continuidad de la naturaleza humana, antes que en el vago evolucionismo que parece defender. Quizás esa vacilación le confiere a su obra un aire de desconfianza a las relaciones que entre naturaleza y razón constructiva tan admirablemente expuso John Locke, padre del liberalismo libertario. Todo ello, sin desmedro de la deuda que tenemos con su inmensa obra. □

HAYEK Y LA FILOSOFÍA CRISTIANA

Gabriel J. Zanotti

En el presente ensayo se procura demostrar que el eje central del pensamiento de Hayek no es contradictorio con la "filosofía cristiana fundamental". Previa reconstitución lógica del planteamiento hayekiano, Gabriel Zanotti señala que su eje central es la "teoría del orden espontáneo", la cual se funda, a su vez, tanto en la premisa gnoseológica de que el conocimiento humano es limitado como en la noción de que los individuos poseen capacidades y disposiciones innatas de conducta con las cuales se integran a ese orden espontáneo, que se da en los distintos aspectos del quehacer humano (económico, jurídico, político, etc.), y a partir del cual se va construyendo la institucionalidad. Dicho orden espontáneo —según Hayek— no tiene una finalidad.

Las disposiciones innatas en el hombre y, por otra parte, su capacidad de conocimiento limitado, sostiene Zanotti, son perfectamente explicables en la filosofía realista moderada de Santo Tomás. La idea hayekiana de que el orden espontáneo no tiene una finalidad que pueda ser prevista y planificada por una mente humana no es contradictoria con la posibilidad filosófica de que ese orden —espontáneo para el ser humano— provenga de Dios. Es más, Zanotti plantea que el tomismo fundamenta mejor, filosóficamente, la teoría del orden espontáneo.

GABRIEL J. ZANOTTI. Filósofo. Profesor e investigador en la Escuela Superior de Economía y Administración de Empresas (Eseade) y en la Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino (Unsta), Argentina. Autor de libros y ensayos; entre ellos cabe mencionar *Economía de mercado y doctrina social de la Iglesia*

En la parte final Zanotti comenta ciertas concepciones de Hayek y su posible compatibilidad con aspectos de la doctrina social de la Iglesia.

Introducción

El objetivo central del presente estudio es demostrar que el eje central del pensamiento de Friedrich A. von Hayek no es contradictorio con la "filosofía cristiana fundamental".

Al mismo tiempo, y como resultado concomitante, haremos una síntesis expositiva del pensamiento de Hayek, la que será planteada objetivamente y en forma independiente del propósito central referido.

Debemos decir, asimismo, que guiados por la experiencia de otros trabajos similares —especialmente el que hemos realizado acerca de Ludwig von Mises[1]— tenemos ya establecidas metodológicamente ciertas pautas generales para este tipo de trabajo. Ellas son las siguientes: a) la expresión "eje central" hace referencia a la parte fundante del pensamiento de un autor, alrededor de la cual se estructuran lógicamente los demás temas. Esa parte fundante es, pues, una premisa de tipo lógico, y no un ítem histórico del pensamiento de ese autor, lo cual implica que el eje central de un pensamiento puede haber estado constituyéndose a lo largo de toda la historia de los escritos del autor en cuestión y no haber sido necesariamente explicitado por él en una obra en particular. Es lo mismo que si dijésemos que el eje central de la metafísica de Santo Tomás es su teoría de la participación: Santo Tomás no tiene ninguna obra titulada "La participación como eje central de mi pensamiento". Esto debe tenerse muy en cuenta en el caso de Hayek. b) La demostración de la ausencia de contradicción se refiere específicamente a ese eje central. Alrededor de él un autor puede haber planteado muchos temas, algunos necesariamente derivados de esa premisa fundante, otros no. Ahora bien, una vez demostrada la ausencia de contradicción con ese eje central fundante, los temas derivados de él reciben transitivamente la misma ausencia de contradicción. Los otros temas que no derivan necesariamente deben ser analizados

(Buenos Aires: Ed. Belgrano, 1985); *Introducción a la Escuela Austríaca de Economía* (Buenos Aires: Centro de Estudios sobe la Libertad, 1981). Varios de sus ensayos han sido publicados en *Estudios Públicos,* entre ellos "Persona humana y libertad", N° 20 (1985); "Ludwig von Mises y la filosofía cristiana", Nº 21 (1986); "Modernidad e iluminismo", Nº 35 (1989).

[1] Véase Gabriel J. Zanotti, "Fundamentos filosóficos y epistemológicos de la praxeología", *Libertas* 13 (mayo 1990), Eseade, Buenos Aires.

en cada caso. c) La expresión "ausencia de contradicción" implica que dicho eje central no presenta contradicción lógica con algo, pero ello no implica que se derive necesariamente de aquello con lo cual no se contradice. Esto es importante porque el aporte del autor en cuestión puede tener su nivel de autonomía y originalidad respecto de aquello con lo cual no es contradictorio. Aunque esto suene algo abstracto y tal vez irrelevante, es todo lo contrario. Es como decir que ser un buen jinete no es contradictorio con pilotar un avión. De ser un buen piloto no se deriva necesariamente ser un buen jinete, aunque esto último no sea contradictorio con lo primero. La demostración se hace simplemente porque hay personas empeñadas en afirmar que no se puede ser un buen piloto y un buen jinete al mismo tiempo. d) La demostración de la ausencia de contradicción sigue este esquema central: en primer lugar tenemos el problema de que la fundamentación del eje central en sí está realizada, por parte del autor en cuestión, con elementos cuya gran parte no es compatible con la filosofía cristiana fundamental. Entonces distinguimos entre ese eje central (núcleo) y los otros elementos que lo rodean, la mayoría contradictorios con la filosofía cristiana fundamental (protoplasma). A partir de allí, demostramos que ese eje central en sí mismo es fundamentable en la FCF,* y entonces, al mismo tiempo, lo distinguimos y simultáneamente separamos del protoplasma aludido, rodeándolo del protoplasma de la FCF. A la vez, buscamos en el protoplasma elementos también no contradictorios con la FCF y los incorporamos al nuevo protoplasma. Concluido este trabajo de "microcirugía filosófica", queda cumplido el objetivo. e) La expresión "filosofía cristiana fundamental" (FCF) alude a una metafísica creacionista,[2] en la cual se demuestre racionalmente que Dios existe, que El es esencialmente distinto de las criaturas y al mismo tiempo su causa última; que el espíritu del hombre subsiste a la muerte; que éste tiene libre albedrío y que existe un orden moral objetivo. La expresión "cristiana" *no* implica que las conclusiones referidas necesiten una premisa mayor revelada, sino que a) no son contradictorias con el dogma católico; b) pueden haber sido positivamente inspiradas por temas originados en la revelación de dicho dogma (por ejemplo, la reflexión sobre cuestiones filosóficas tales como la distinción entre naturaleza y persona por los dogmas de la Encarnación y la Trinidad). No hay sólo una filosofía cris-

* FCF: Filosofía cristiana fundamental.

[2] Véase Francisco Leocata, *Del iluminismo a nuestros días* (Buenos Aires: Ed. Don Bosco, 1979), caps. 1 y 11.

tiana fundamental; en la historia de la filosofía se observan varias FCF en competencia, sin contradicción con el dogma (agustinismo, tomismo, tomismo suarista, etc.). En nuestro caso, no por fe, sino por razón, consideramos la filosofía de Santo Tomás como la expresión más acabada de la FCF, y a ella nos referiremos cuando digamos FCF. Lo cual implica que no rechazamos otras FCFles que, por alguna razón, nos convenzan.

Creemos que las aclaraciones metodológicas aludidas son suficientes para aclarar el tipo de trabajo que realizaremos.

2. Esquema lógico del pensamiento de Hayek

Habitualmente hay dos modos de exponer el pensamiento de un autor. Uno es el histórico, respetando cierto orden temporal en la exposición de sus obras. El otro es más bien lógico: se elige el eje central fundante de su pensamiento y en función de él se ordenan los demás. Cada sistema tiene sus ventajas y sus desventajas. Nosotros elegiremos el segundo método, simplemente porque nos resulta más sencillo.

Primero diremos, en forma esquemática, cómo se ordena lógicamente el pensamiento de Hayek, y luego especificaremos su contenido. Aclaremos desde ya que, al hacer esto último, la síntesis y el resumen serán inevitables. Cada parte de su pensamiento da para mucho, si se lo trata en detalle.

Hayek parte de una premisa fundante de tipo gnoseológica, que es la limitación del conocimiento humano. Esa premisa es el fundamento de aquello que es el eje central de su pensamiento, que es su teoría del orden espontáneo. Esta teoría se aplica principalmente a tres áreas: a) economía política, b) epistemología, y c) filosofía política. (En estos últimos temas se sigue, más o menos, un orden histórico.) En el área de la economía política desarrolla su teoría del proceso de mercado; la imposibilidad de cálculo económico en la sociedad socialista; su teoría del ciclo económico y sus propuestas teóricas y prácticas de tipo monetario. En el área epistemológica desarrolla la aplicación del OE* a las ciencias sociales por medio de tres ensayos importantes que ya veremos, con un período más influido por Mises y luego con aportes popperianos, pero siempre bajo el tamiz de su pensamiento original.[3] Y en el área filosófico-

* OE: Orden espontáneo

[3] Véase Gabriel J. Zanotti, "Caminos Abiertos", obra inédita, presentada al Departamento de Investigaciones de Eseade, 1990.

política desarrolla la aplicación del OE al surgimiento de las instituciones políticas de limitación al poder, lo cual puede subdividirse en los siguientes temas: a) la distinción entre tipos de normas en el sistema político y el surgimiento del *common law;* b) la evolución del sistema político y la cuestión de las tradiciones culturales en competencia; c) la cuestión de la división de poderes en el sistema institucional de limitación al poder y la cuestión de la democracia; d) la crítica al racionalismo constructivista. Todos estos temas están tratados en dos obras sistemáticas, que citaremos más adelante.

Esto implica que el esquema sería el siguiente:

PREMISA GNOSEOLOGICA (protoplasma)

TEORÍA DEL ORDEN ESPONTANEO (eje **Central)**

a) Economía	Proceso de mercado. Debate del cálculo económico. Teoría del ciclo. Teoría monetaria.
b) Epistemología.	Modelos y hechos en ciencias sociales Particularidades de las ciencias sociales. Predicción en las ciencias sociales.
c) Filosofía política	Distinción *nomos/taxis;* *commom law.* Evolución de las ciencias sociales. División de poderes/democracia. Constructivismo (crítica).

3. Exposición resumida de los temas enunciados

La expresión "exposición resumida" alude a que trataremos de enunciar en cada caso la esencia de la cuestión, tratando de evitar —aunque la norma tendrá sus excepciones— largas citas textuales. Nuestra interpretación de Hayek no intenta eludir la lectura indispensable para su conocimiento, y, además, esta exposición es instrumental respecto del objetivo central de nuestro estudio, en función de lo cual menos aún intentamos sustituir la lectura de Hayek. Debemos advertir, asimismo, que la demostración de la ausencia de contradicción queda para el próximo punto, no para éste.

Si vamos a hacer una exposición lógica, no histórica, del pensamiento hayekiano, no es extraño que comencemos con su teoría del conocimiento. Todos los autores tienen un metasistema metafísico y gnoseológico ontológicamente previo —esto es, condición necesaria para lo demás—, conscientemente o no. En el caso de Hayek, ese sistema es explícitamente planteado a lo largo de toda su obra. Pero una de las oportunidades donde más clara y sintéticamente lo plantea es su pequeño y sustancioso artículo "La primacía de lo abstracto",[4] donde expone las razones últimas de uno de sus puntos favoritos: la limitación del conocimiento humano.

El título del artículo es explícito respecto de lo que Hayek intenta plantear, y que siempre había planteado. Se trata de una toma de posición acerca de la cuestión de los universales y el origen del conocimiento humano. Este último no deriva del encuentro entre una inteligencia desnuda de esquemas previos y datos concretos y singulares, a partir de los cuales se elabora el dato abstracto. Al contrario, Hayek se ubica en un tipo *sui generis* de conceptualismo neokantiano,[5] en el cual: a) lo abstracto y lo universal tienen primacía (esto es, es condición necesaria para) sobre lo particular, y esto, a su vez, porque: b) el ser humano está dotado —previamente a su encuentro con lo concreto— de esquemas clasificatorios previos, fruto de ciertas pautas o disposiciones previas de acción. O sea que, contrariamente a lo que muchas veces se supone, los esquemas universales con los cuales el ser humano aborda el mundo concreto no son fruto de una observación previa, sino que, al contrario, esos esquemas universales son condición necesaria para que los datos de la observación concreta adquieran sentido y relevancia.

Hayek se sirve principalmente de tres fuentes para fundamentar su posición. En primer lugar recurre a los datos de la etología, que nos habla de pautas innatas de acción en los animales. En la evolución filogenética que conduce hacia el hombre, estas pautas habrían evolucionado hacia ciertas capacidades innatas que le permiten desarrollar algunas habilidades, independientemente de la educación formal.[6] Cita, en segundo lugar,

[4] Friedrich A. von Hayek, "Primacía de lo abstracto", *Nuevos Estudios* (Buenos Aires: Eudeba, 1981), p. 31.

[5] Sobre el problema de los universales, véase especialmente E. Gilson, *La filosofía en la Edad Media* (Madrid: Gredos, 1976).

[6] Véase "La primacía de lo abstracto", en *op. cit.*, pp. 34-35. Con "educación formal" nos referimos a los procesos de escolaridad en sentido propio. No, necesariamente, a "sector estatal".

datos de la lingüística (refiriéndose a Chomsky), para ejemplificar una de esas habilidades, esto es, el lenguaje. Y, en tercer lugar, se refiere a la teoría del conocimiento de Popper, según la cual las conjeturas universales son anteriores a cualquier tipo de observación inductiva previa. Esas conjeturas son también fruto de una "evolución emergente",[7] de la cual han derivado disposiciones innatas de acción que al ser humano lo proveen de conjeturas intelectualmente elaboradas para actuar en un mundo cuya esencia queda desconocida.[8] Reiteramos que la lectura de éste y otros ensayos de Hayek al respecto[9] sugieren una interpretación neokantiana de esta posición: la primacía de lo abstracto implica en última instancia la primacía de una serie de *sui generis* categorías a priori (esto es, no las kantianas estrictamente), sobre los datos de un mundo singular y concreto, los que son ordenados por esas categorías. Esto explica perfectamente el agnosticismo metafísico en el cual se ubica permanentemente Hayek.

Nuestro próximo paso será el siguiente: explicaremos lo que en nuestra opinión es el eje central del pensamiento de Hayek, esto es, su teoría del orden espontáneo, y luego diremos cuál es su relación con el punto anterior.

Ante todo, expliquemos cómo se origina la cuestión del orden espontáneo en el pensamiento de Hayek. En 1920 Ludwig von Mises había escrito un artículo en el que sostenía que en el sistema socialista —entendido como el sistema de división del trabajo en ausencia de propiedad privada de los medios de producción— es imposible el cálculo económico. Este es un tema clásico e importante dentro de la Escuela Austríaca de Economía.[10] Expresado de modo muy sintético, digamos que Mises demuestra que un mercado libre —cuya condición jurídica es la propiedad privada— es condición necesaria para la existencia de precios, los cuales a su vez son condición necesaria para evaluar el método menos

[7] Véase Gabriel J. Zanotti, "Popper: Búsqueda con esperanza", obra inédita (1991), parte II, 1.

[8] Ibídem, parte II, 2.

[9] Véase John Gray, "F. A. Hayek y el renacimiento del liberalismo clásico", *Libertas* 1 (octubre 1984).

[10] La bibliografía al respecto es amplísima, pero ésta, junto con una buena sistematización del problema, puede encontrarse en D. Lavoie, "Crítica de la interpretación corriente del debate sobre el cálculo económico socialista", *Libertas* 6 (mayo 1987). Es también muy detallado el trabajo de Cecilia Gianella de Vásquez Ger, "El cálculo económico: Una visión contemporánea", inédito, presentado al Departamento de Investigaciones de Eseade, 1992.

costoso de producción y conjeturar las valoraciones futuras de la demanda. Economistas socialistas tratan de contestar sobre la base del modelo de competencia absoluta, en el cual, conocidos los fines y presuponiendo información perfecta, pueden evaluarse, desde un centro planificador, los medios correspondientes. Hayek desarrolla entonces con más amplitud lo que Mises también había afirmado: la noción de mercado y competencia que tanto él como Mises manejaban —la cual se traspasa luego a la nueva generación de austríacos educados por Kirzner[11]— es distinta. El mercado no es, afirma Hayek, un modelo mecánico estático, en equilibrio, con supuestos de conocimiento perfecto. O sea que rechaza el paradigma habitual de la profesión, a saber, los modelos de competencia perfecta, con sus variantes. Al contrario, el mercado es un proceso esencialmente dinámico, que está en una situación de esencial desequilibrio, y en el cual la información y el conocimiento de oferentes y demandantes son esencialmente limitados e imperfectos. La labor de la ciencia económica es explicar cómo, a partir de esos supuestos, el mercado tiende a la economización perfecta de los recursos, asintóticamente, sin alcanzarla nunca. Hayek desarrolla este tema en una serie de importantes y ya clásicos artículos: "Economics and Knowledge" (1945); "The Use of Knowledge in Society" (1945); "The Meaning of Competition" (1946); y también en "Competition as a Discovery Procedure" (1968),[12] además de desarrollar este tema en dos de sus obras sistemáticas: *Derecho, legislación y libertad,* y en su último libro —excelente resumen de todo su pensamiento— *The Fatal Conceit: The Errors of Socialism.*[13] Hayek advierte, ya desde 1935, que el mercado es un proceso cuyos agentes obran con conocimiento limitado y disperso. Pero la interacción de todos ellos, bajo ciertas condiciones jurídicas, produce un resultado global —la tendencia a la economización de recursos— que no hubiera sido posible de ser planeado por ninguna mente humana sola, pues ninguna puede aisladamente coordinar toda la información necesaria para producir ese resultado (y tal es

[11] Véanse, al respecto, el comentario y bibliografía presentados por I. Sarjanovic, "El mercado como proceso: Dos visiones alternativas", *Libertas* 11 (octubre 1989).

[12] Los tres primeros pueden encontrarse en Friedrich A. von Hayek, *Individualism and Economic Order* (University of Chicago Press, 1948); el último en Friedrich A. von Hayek, *Nuevos Estudios (pp. cit).*

[13] Friedrich A. von Hayek, *The Fatal Conceit: The Errors of Socialism* (Routledge and Chicago University Press, 1988); versión en castellano: *La fatal arrogancia: Los errores del socialismo* (Unión Editorial, Centro de Estudios Públicos [Santiago de Chile], Eseade [Buenos Aires], 1990).

su contestación a la pretensión de coordinación central socialista). Esa información se coordina en el mercado a través de los precios, que son así caracterizados como sintetizadores y coordinadores de información dispersa. La agencia central socialista no puede suplir ese proceso de coordinación: aun en el supuesto de que hubiera logrado estar informada de cuáles fueron las valuaciones de la demanda, no podría saber con certeza cuáles serán. El empresario particular tampoco tiene esa certeza, pero el proceso jurídico de competencia tiende a hacer permanecer en el mercado a aquellos que mejor conjeturan al respecto.[14] Por eso el mercado es un "procedimiento de descubrimiento"; no sobre fines y medios dados, sino sobre fines y medios que deben ser descubiertos. La agencia central socialista, al carecer de los precios, frutos del mercado libre, no puede recurrir a las señales de las que se sirve el agente particular en el mercado para conjeturar sobre las valuaciones de los otros.

La concepción del mercado como proceso, en contraposición a los modelos de competencia perfecta, ha sido uno de los principales aportes de Hayek a la ciencia económica, sobre la base de las enseñanzas de Ludwig von Mises. Pero el lector se preguntará dónde quedó la cuestión del orden espontáneo. Precisamente en que Hayek va advirtiendo, paulatinamente, que el proceso del mercado es un *caso* de orden espontáneo. En efecto, su conclusión en economía es que el orden del mercado es aquel en el cual oferentes y demandantes, con un conocimiento limitado, a través de sintetizadores de información dispersa, que son los precios, producen un resultado global, esto es, la economización de recursos, tal que si tuviera que ser producido deliberada y conscientemente —esto es, planificadamente—, requeriría una mente directriz con un conocimiento total que ninguna de las mentes inmersas en el proceso tiene ni podría poseer. Ahora bien: considerada tal situación en general, Hayek afirma que ese orden espontáneo es el caso general de los órdenes sociales:[15] cómo explicar "que la combinación de conocimientos fragmentados en diferentes mentes produzca resultados espontáneos tales que, si tuvieran que ser producidos deliberadamente, requerirían una mente directriz con un conocimiento total, que ninguna de las mentes inmersas en el proceso posee".[16] De este modo, Hayek advierte que entre procesos naturales

[14] Véanse I. Sarjanovic, *op. cit.*, y E. T. Thomsen, "Precios e información", *Libertas* 11.

[15] Véase Friedrich A. von Hayek, "Scientism and the Study of Society", *The Counter Revolution of Science* (Indianapolis: Liberty Press, 1979).

[16] Así lo habíamos explicado en Gabriel J. Zanotti, "Caminos abiertos" *op. cit.*, cap. 2, 1.

totalmente independientes del hombre y productos técnicos totalmente dependientes de un ordenamiento deliberado y consciente —los artefactos— existe una zona intermedia, los "órdenes espontáneos", fruto de "la acción humana pero no del designio humano".[17] Tener conciencia de esta zona intermedia es indispensable para las ciencias sociales, las que se enfrentan con procesos como el mercado, la moneda, el derecho, las instituciones políticas, que no han surgido de un momento determinado similar a una invención técnica, fruto de una sola mente, pero que tampoco son elementos donde el hombre no interviene, tal como la fauna silvestre. Y lo básico de esos órdenes espontáneos es que su resultado final no ha sido deliberadamente pensado y planeado por ninguno de sus intervinientes, no sólo porque no lo necesitan sino porque además todos ellos operan con un conocimiento limitado tal que les sería imposible planearlo.

No en vano el mercado aparece como uno de los mejores ejemplos de lo anterior. Supongamos que entramos a un supermercado de Nueva York a comprar una campera. En ese hecho cotidiano, aparentemente tan simple, se esconde una infinidad de procesos sumamente complejos. Debemos preguntarnos, a efectos de tomar conciencia de ellos, cuestiones que casi nunca nos planteamos. Primero: ¿tiene alguien el conocimiento para hacer por sí mismo una campera? Pensemos en los complejos engranajes de la cadena de producción que llevaron a ese producto; en la infinidad de oferentes y demandantes que se encontraron en ese proceso, sin conocerse entre sí, sin tener conciencia del resultado final: que alguien, en algún momento X entraría al lugar X a comprar una campera. O sea, hay una infinidad de agentes operando bajo una complejísima división del trabajo, todos ellos con un conocimiento muy parcial del proceso global en el cual están inmersos. Segundo, e íntimamente relacionado con lo anterior, habitualmente encontramos una sección donde hay un determinado número de camperas. ¿Por qué no están los sótanos de ese supermercado inundados de camperas? ¿Por qué no hay camperas por todos lados, que no se pueden vender, y con las cuales los dueños del supermercado no saben qué hacer? Y, al revés: ¿por qué no hay una multitud de gente haciendo cola para comprar una muy pequeña cantidad de camperas? ¿Por qué no hay un faltante generalizado de camperas? Y,

[17] Esta es una importante expresión de Adam Ferguson usada con frecuencia por Hayek. Véase al respecto al artículo de Ezequiel Gallo, "La tradición del orden social espontáneo: Adam Ferguson, David Hume y Adam Smith", en *Libertas* 6, IV, 1987.

lo más importante de todo, no hay una oficina gubernamental en Nueva York —al menos, hasta ahora— que se ocupe de la producción, distribución y venta de camperas. Y tal es precisamente la causa de que no existan esos problemas: *hay un orden espontáneo en el mercado cuya coordinación de información a través de los precios resuelve lo que miles de agentes burocráticos no podrían resolver.* Esto que parece hoy, en términos popperianos, corroborado por el fracaso absoluto de las economías centralizadas fue perfectamente visto y previsto por Mises desde 1920 y por Hayek a partir de los años treinta.

Nuestro siguiente paso expositivo es explicar cuál es la relación entre el orden espontáneo y las premisas gnoseológicas anteriormente expuestas. La relación es la siguiente: las disposiciones innatas de conducta y habilidades abstractas, previas a lo concreto, son causa de que individuos con poca instrucción formal, y con conocimiento muy limitado y disperso del proceso en el que se encuentran, formen parte y participen de ese orden espontáneo, en el cual se conectan y coordinan una infinidad de elementos y variables —intenciones, planes y valuaciones humanas diversas— que son inabarcables para quien pretendiera planearlo deliberadamente.[18] Hayek agrega a esto otra premisa de tipo metafísico antes que gnoseológico: niega finalidad a los órdenes espontáneos.[19] La categoría de finalidad queda reservada en su pensamiento para una decisión racional de un orden deliberado. Esto es coherente con su agnosticismo metafísico que le impide afirmar un fin natural, fruto de la racionalidad Divina, a órdenes no planeados deliberadamente por el ser humano. Sobre el tema, como podrá imaginar el lector, deberemos hacer importantes comentarios más adelante.

Establecidas las líneas generales sobre la cuestión del OE (orden espontáneo) veamos sus aplicaciones particulares a los tres aspectos anteriormente referidos (economía, epistemología, filosofía política).

Sobre las aplicaciones a la teoría económica debemos decir, en primer lugar, que dos de ellas, a saber, la teoría del proceso de mercado y el debate del cálculo económico, ya han sido expuestas, porque era imposible explicar *in abstracto* la teoría del OE sin referir su origen *in concreto* en esas dos cuestiones. En segundo lugar, sobre las dos otras materias pendientes —a saber, la teoría monetaria y la teoría del ciclo— nuestras

[18] Véase Friedrich A. von Hayek, "La primacía de lo abstracto", *op. cit.*

[19] Véase Friedrich A. von Hayek, "La confusión del lenguaje en el pensamiento político", *Nuevos Estudios, (op. cit.)*, p. 65.

referencias serán muy sintéticas, para no salimos del ámbito de nuestra profesión, y, a la vez, serán referencias cuyo interés central consistirá en mostrar su conexión con el OE.

Como dijimos, no está en nuestro ámbito ni en nuestra intención hacer siquiera una síntesis de los aportes más específicamente técnicos de Hayek en relación a estos temas. Remitimos a la bibliografía correspondiente en cuanto a las fuentes.[20] Lo que debemos apuntar es que la teoría del ciclo económico a veces descrita como teoría Mises-Hayek[21] es un ejemplo claro del tema del orden espontáneo. Por obra de una difundida "vulgata" keynesiana, muchos economistas, y a veces el público interesado en la cuestión, están convencidos de que crisis como la de los años treinta en los EE.UU. surgen de un defecto intrínseco al sistema de libre mercado, el que las autoridades gubernamentales por medio de oportunas políticas de expansión y retracción monetaria en el mercado de capitales deberían estar permanentemente corrigiendo. Pero la verdad es estrictamente la contraria. Las crisis cíclicas son el resultado de la intervención gubernamental en el mercado de capitales, a través de la cual la tasa de interés de mercado es artificialmente rebajada por una expansión de la oferta monetaria por parte del Estado. De ese modo, la tasa de interés aparece en el mercado alejada artificialmente de la tasa de interés originaria, que, rápidamente descrita, es aquella que señala la cuantía de ahorro existente. La tasa de interés de mercado tiene otros elementos, como la influencia del poder adquisitivo de la moneda y el factor riesgo. Y uno de los ejemplos del OE en el proceso de mercado es que, mediante su dinámica permanente, la tasa de interés de mercado tiende a acercarse a la tasa de interés originaria. Los empresarios pueden equivocarse en cuanto a la estimación de rentabilidad que hacen de su proyecto de inversión, en la que deben tener en cuenta la tasa de interés de retorno (en breve: la posibilidad de que la rentabilidad de su proyecto cubra el costo de la tasa de interés). Pero, precisamente, en situación de libre entrada al mercado y

[20] Véanse al respecto las siguientes obras de Friedrich A. von Hayek, *The Pure Theory of Capital* (University of Chicago Press, 1941; Midway Reprint, 1975); *Profits, Interest and Investment* [1939] (Clifton: Augustus M. Kelly, Publishers, 1975); *La teoría monetaria y el ciclo económico* [1932] (Madrid: Espasa-Calpe, 1936); *Prices and Production* (Augustus M. Kelly, Publishers, 1931).

[21] Se puede considerar, en efecto, que hay una "teoría unificada" de Mises y Hayek al respecto, que es como una síntesis de sus respectivos aportes. La contribución de Mises puede verse perfectamente sistematizada en el capítulo 20 de su tratado de economía: *Human Action.*

ausencia de protecciones especiales sólo tienden a permanecer en el mercado aquellos que conjeturan exitosamente sobre la rentabilidad de su proyecto. Esta parte de la explicación es clave para entender por qué prevalece en el mercado libre una tendencia al ajuste entre oferta y demanda, y no lo contrario. Y, en el caso del mercado de capitales, en tanto éste sea libre y no sea perturbado por intervenciones especiales o protecciones, el ajuste entre "oferta de bienes futuros" (ahorro) y "demanda de bienes futuros" (inversión) se produce por el mismo motivo. Y lo que funciona allí como sintetizador y conector de información dispersa es la tasa *libre* de interés de mercado.

Si las autoridades gubernamentales deciden rebajar (habitualmente mediante un aumento de oferta gubernamental de moneda que hace las veces de aumento de la capacidad crediticia) la tasa de interés, lo que están haciendo es, en rigor, falsear la información que proporciona la tasa de interés respecto de la cuantía de ahorro disponible. Engañados por esa tasa que refleja una cuantía de ahorro adicional que en realidad no existe, los empresarios encaran proyectos de inversión adicionales a lo que un proceso de mercado hubiera señalado. Una vez que cesa la expansión, la tasa de interés sube reflejando la oferta real de ahorros existente. Los proyectos, en ese entorno, comienzan a quebrar. Es el momento de la crisis.

Volvemos a reiterar que no pretendemos explicar esta teoría en detalle. Nuestro propósito, en cambio, es mostrar de qué modo este aporte de Hayek —que refuta a Keynes— tiene totalmente implícita su tesis global del OE. La intervención del Estado en las tasas de interés cambia el OE del mercado libre por un desorden deliberado, fruto de la acción de aquellos que creen que están ordenando lo desordenado, y en realidad están haciendo exactamente lo contrario.

Las teorías monetarias de Hayek, íntimamente conectadas con lo anterior, transcurren por carriles parecidos. La moneda es uno de los ejemplos más claros de OE. Surge, precisamente, no como fruto de una invención deliberada, de una sola mente, sino como el resultado de un largo proceso en el cual oferentes y demandantes van pasando del trueque a formas más elaboradas —esto es, indirectas— de intercambio, mediante una mercancía demandada libremente, como medio de intercambio general, en competencia con otras mercancías. La cuantía de moneda circulante, así como su precio —su poder adquisitivo—, quedan determinados por su oferta y demanda en un mercado abierto a la competencia de otras monedas. Esto último —crónicamente impedido por los intervencionistas gubernamentales típicos del siglo XX— es lo que garantiza que no haya

inflación, pues un mercado libre deja naturalmente de demandar y utilizar una moneda cuyo precio (poder adquisitivo) comienza a bajar. Pero ese OE del mercado es quebrado cuando el Estado intenta monopolizar la moneda y regular su oferta, sea cual fuere el aspecto cuantitativo de esa regulación. Para la Escuela Austríaca —específicamente para Mises y Hayek— puede, en ese sentido, haber inflación aunque los precios se mantengan estables o bajen, porque en términos relativos la intervención del Estado los puede hacer más altos de lo que hubieran sido en un mercado libre de moneda.

No casualmente una de las últimas intervenciones técnicas de Hayek en este punto fue su propuesta sobre desnacionalización de la moneda,[22] la que consiste esencialmente en la eliminación del curso forzoso. Esta propuesta, que parece una locura a quienes consideran la intervención del Estado en la moneda como algo más o menos decidido por Dios desde toda la eternidad, es sin embargo volver simplemente al OE el aspecto monetario. No habrá desorden alguno, porque la demanda del mercado establecerá cuál es la moneda con mayor poder adquisitivo, de igual modo que en el mercado internacional de divisas, donde afortunadamente todavía no existe una autoridad gubernamental mundial en el tema monetario.

La conexión de este tema con el anterior es clara. En primer lugar, la expansión de la oferta estatal de moneda en el mercado de capitales es inflacionaria, porque inflacionario es, según hemos visto, cualquier expansión de moneda por parte del Estado. En segundo lugar, un mercado libre de monedas es claramente compatible con la no existencia de un banco central estatal, lo cual es, a la vez, compatible con la no intervención del Estado en las tasas de interés. Una baja de las tasas de interés de mercado, en tales condiciones, sólo puede provenir de un aumento de ahorro, para lo cual el mercado libre funciona como condición. En tercer lugar, la inflación resultante de la intervención gubernamental hace subir, a largo plazo, la tasa de interés, lo cual es lo contrario de lo que se quiere lograr. Y, en cuarto lugar, el aumento de la ocupación a la que se quiere llegar con la intervención tampoco se logra, dado que a la desocupación friccional, fruto de los proyectos quebrados de inversión, se agrega la "institucional", producto de los salarios mínimos fijados por el Estado. Conclusión general: las crisis cíclicas, la inflación, la desocupación, son

[22] Véase Friedrich A. von Hayek, *La desnacionalización de la moneda* (Buenos Aires: Fund. Bolsa de Comercio de Bs. As., 1980).

efectos de las intervenciones gubernamentales, y no del OE del mercado libre.

Finalizada esta breve descripción de los aportes técnico-económicos de Hayek, pasemos a su epistemología general.

En otra oportunidad hemos descrito esta cuestión, relacionándola también con la filosofía cristiana.[23] El tratamiento será ahora más general.

Los aportes epistemológicos de Hayek pueden encontrarse ante todo en estos tres importantes ensayos: "Scientism and the Study of Society" (1942); "Degrees of Explantion" (1955); y "The Theory of Complex Phenomena" (1964).[24] Aclaremos una vez más que hemos dicho "ante todo", puesto que no sólo estos aportes se encuentran deplegados en toda su obra, sino además varios de los artículos citados al principio son también en sí mismos contribuciones epistemológicas.

En "Scientism and the Study of Society" Hayek sistematiza cuatro cuestiones. En primer lugar, cuáles son los "hechos" en ciencias sociales. Destaca al respecto que las ciencias sociales no se manejan con objetos del mismo tipo físico que las ciencias naturales, sino con conceptos que emergen de las intenciones de las personas interactuando. Es decir, lo que a la economía interesa sobre la moneda no son las propiedades físicas del oro o la plata, sino que constituye un medio de intercambio general. Ahora bien, esa noción depende del "para qué" utilizan las personas esos elementos en una determinada interacción; y así con todas las demás cuestiones. Esto implica, en segundo lugar, una crítica al colectivismo metodológico, según el cual las ciencias sociales podrían estudiar agregados (o conceptos generales) que "no" se reduzcan en su origen a la interacción de determinadas personas individuales. Y ello no es así precisamente, dado el punto anterior. La moneda, por ejemplo, como concepto general, es inexplicable sin referir su origen a una interacción entre personas. Esto es lo que Hayek defiende como individualismo metodológico.

La perspectiva gnoseológica de Hayek para defender ambas cosas (cuáles son los "hechos" de las ciencias sociales y el individualismo metodológico) es nominalista y neokantiana. Esto es, Hayek relaciona el individualismo metodológico con el individualismo ontológico, según el cual sólo existen individuos, y las esencias universalizadas en nuestra

[23] En Gabriel J. Zanotti, "Caminos Abiertos", *op. cit.*

[24] El primero en Friedrich A. von Hayek, *The Counter Revolution of Science, (op. cit.);* los dos últimos en Friedrich A. von Hayek, *Studies in Philosophy, Politics and Economics* (University of Chicago Press, 1967).

mente no tendrían fundamento real. La perspectiva neokantiana acompaña coherentemente a lo anterior. Los conceptos generales según los cuales estudiamos esas interacciones individuales no refieren a una esencia realmente existente, sino que son modelos generales mentalmente previos a cualquier observación (ya hemos visto este punto), lo cual Hayek relaciona, a su vez, con la limitación del conocimiento y el OE, tema que sería el tercer punto de este ensayo, y que ya hemos planteado.

El cuarto punto es uno de los más importantes de este ensayo. Hayek se ubica en una posición dualista metodológica en ciencias sociales, también sobre la base de los puntos anteriores. Para Hayek, siguiendo en esto la tradición de la Escuela Austríaca, las ciencias sociales tienen un objeto y método distintos a las naturales. No pueden utilizar el método inductivista de estas últimas. Al contrario, elaboran modelos generales de análisis de las interacciones sociales, a partir de los cuales se deducen determinadas consecuencias. Esas consecuencias son poco aptas para predecir el resultado preciso de una situación particular; no podrían ser verificadas según experimentos controlados, pero podrían ser desprobadas (falsadas) por la observación de eventos que serían imposibles según el modelo. Con ello Hayek se coloca en una posición totalmente antipositiva en ciencias sociales. En esto radica una de las consecuencias más importantes de esta concepción hayekiana: las ciencias sociales, y por lo tanto también la economía, no tienen por qué copiar el método de la física, o lamentarse por no haberlo alcanzado todavía, porque sus objetos y métodos de estudio son totalmente distintos. Analizaremos más adelante las consecuencias importantes de este punto desde una perspectiva ética y antropológica. Por ahora, destaquemos que Hayek tiene razón en que las ciencias sociales no usan el método inductivo; lo interesante es que Popper le señala, poco tiempo después,[25] que eso no es así no sólo respecto de las ciencias sociales, sino también con *toda* ciencia. Esto es: según Popper, *ninguna* ciencia utiliza el método inductivo y, en ese sentido, el modelo que Hayek propone para las ciencias sociales es el modelo que debe usar toda ciencia. Con lo cual, en la perspectiva popperiana, el dualismo metodológico hayekiano, correcto si lo comparamos con un monismo metodológico proveniente de un inductivismo rígido, se transforma en un monismo metodológico amplio, conforme al cual todas las ciencias, aunque con objetos diversos, tienen un método hipotético-de-

[25] En Karl Popper, *La miseria del historicismo* [1944] (Madrid: Ed. Taurus, 1961; Alianza ED., 1973), cap. IV.

ductivo según el cual se propone, previamente a la observación, una hipótesis o conjetura o modelo general del cual se desprenden ciertas consecuencias, no verificables, sino en todo caso falsables.[26]

Hayek aceptó, aunque con algunas restricciones, estas aclaraciones popperianas. Esto es lo que observa en su ensayo de 1955 "Degrees of Explanation". Cabe señalar que tal trabajo se encuentra en el libro *Studies in Philosophy Politics and Economics,* en cuyo prefacio, de 1966, afirma que Karl Popper —a quien dedica el libro— le ha enseñado que los científicos de las ciencias naturales no sólo no hacen lo que muchos de ellos dicen, sino que además instan a los representantes de otras disciplinas a imitar aquello que en realidad no hacen; pero que él va a seguir insistiendo en las peculiaridades de las ciencias sociales porque muchos de sus exponentes siguen tratando de imitar lo que erróneamente creen es el método de las ciencias naturales.[27]

En ese sentido, Hayek hace un reconocimiento general a los aportes metodológicos popperianos, pero advierte que su interpretación demasiado literal en las ciencias sociales puede llevar a confusión. No hay que olvidar, dice, en orden a su argumentación, que muchas veces son las ciencias sociales las que plantean permanentemente nuevas conjeturas para ser corroboradas; pero hay otras que toman esas conjeturas ya confirmadas y las aplican para la resolución de problemas más particulares (como la meteorología, por ejemplo). En ciencias sociales, continúa Hayek, esto implica que se puede usar una serie de hipótesis, en principio bien corroboradas, y deducir a partir de ellas, no recurriendo permanentemente a la verificación empírica, ni de los puntos de partida ni de las conclusiones. Evidentemente, Hayek piensa en el caso de la economía, donde se parte de principios básicos de la conducta humana y se infieren conclusiones a partir de ellos. Hayek no excluye, sin embargo, algún tipo de testeo empírico. Eso queda en principio aclarado en el ensayo "The Theory of Complex Phenomena" (1969) *[Studies in Philosophy Polines and Economics,* 1967].

En nuestra opinión, la parte más relevante de este ensayo es la explícita traslación epistemológica de la teoría del OE, especialmente en cuanto a sus posibilidades predictivas, cuestión que se preanunciaba ya en

[26] Véase Gabriel J. Zanotti, "Popper: Búsqueda con esperanza", obra inédita (1991) parte 1, punto 6.

[27] Friedrich A. von Hayek, *Studies in Philosophy, Polines and Economics, (op. cit.),* p. 3.

"Scientism and the Study of Society" (1942) *[The Counter Revolution of Science,* 1979]. Es la cuestión de la "predicción de modelos con información incompleta" *(pattern predictions).* Esto no es nada más ni nada menos que decir que la conjetura general que realizan las ciencias sociales implica un modelo sobre el OE en cuestión que se esté analizando. La limitación del conocimiento del OE no sólo queda entonces del lado de sus participantes, sino también del dentista social que está elaborando el modelo. El resultado global del OE es la predicción general prevista por el investigador, quien, por supuesto, no conoce la totalidad de factores que entran en juego en un proceso tan complejo, implicado esto, además, por el indeterminismo intrínseco a la conducta humana, como agregaría Popper, o por su libre albedrío, como diría Santo Tomás. Pero eso significa que la capacidad predictiva de las ciencias sociales es restrictiva: son predicciones generales, no particulares y específicas. Y, en principio, la única posibilidad de testeo empírico sería la observación de acontecimientos que, de acuerdo al resultado general previsto, serían imposibles. Obviamente, esto no entraña una falsación segura de la conjetura —como tampoco lo hace en ciencias naturales—.[28] Sólo implica la advertencia de que hay algún problema; eso es todo.

Así como la teoría del OE tiene una aplicación en economía, epistemología y filosofía política, esta teoría epistemológica tiene una aplicación reduplicativa, a su vez, en economía y filosofía política. La teoría del proceso del mercado es en sí una *pattern prediction,* y la teoría de la evolución de los sistemas políticos por las tradiciones institucionales en competencia es otra *pattern prediction.*

Esto último nos sirve como introducción al tercer aspecto del pensamiento hayekiano que intentaremos brevemente describir: su filosofía política.

Este tercer aspecto se encuentra sistematizado, sobre todo, en dos tratados: *Los fundamentos de la libertad* (1960) y *Derecho, legislación y libertad* (1974).[29] También puede accederse más resumi-

[28] Es a partir del debate Popper-Lakatos que sabe que así como no hay verificaciones con *certeza,* tampoco hay falsaciones con *certeza.* Lo que es falsado es un conjunto compuesto por las múltiples partes de la conjetura en cuestión más la multiplicidad de condiciones iniciales conocidas. La falsación no puede establecer qué parte de ese conjunto es el que está fallando.

[29] Véase Friedrich A. von Hayek, *The Constitution of Liberty* (Londres: Routledge and Kegan Paul, University of Chicago Press, 1960); y Friedrich A. von Hayek, *Law, Legislation and Liberty* (University of Chicago Press, 1973), tomo I; (1976) tomo II; (1979) tomo III. [Traducción castellana: *Los fundamen-*

damente a sus principales ideas en la segunda parte de *Nuevos estudios.*

En nuestra opinión, la filosofía política de Hayek podría sistematizarse en los siguientes puntos: a) el sistema de normas en el orden político; b) el *common law;* c) el sentido de la división de poderes en el ideal de gobierno limitado; d) la crítica al racionalismo constructivista; e) la evolución del sistema político.

Hayek realiza una distinción de normas en el sistema político-institucional sobre la base de su distinción entre el orden espontáneo y el deliberado. Del orden espontáneo surgen las normas tipo "nomos", y del orden deliberado, las normas tipo "tesis".

Las primeras emergen de una evolución no deliberada, según la cual el sistema judicial ha ido estableciendo las libertades y garantías individuales en la resolución de casos concretos. Estas normas, que estructuran el eje central del derecho, son normas "generales de conducta justa", aplicables después a todos por igual, y son ellas, en sí mismas, el fundamento de que el poder del Estado debe ser limitado.

Las normas tipo "tesis", en cambio, son deliberadas, esto es, planeadas para el logro de un fin específico relacionado con la administración concreta de un poder estatal. Normas tales como el presupuesto de un municipio, el monto y el tipo de impuesto y/o la administración de algún bien público a su cargo (que Hayek no descarta) constituyen ejemplos de este tipo.

Como puede observarse, esta teoría política de Hayek no es un modelo abstracto, si por tal entendemos elaborado con independencia de una situación histórica concreta y su contexto cultural. Está pensada desde la base de la evolución del *common law* inglés, sistema judicial que, por medio de la resolución de casos concretos, fue descubriendo las libertades individuales desde mucho antes de lo que habitualmente se denomina la modernidad.[30]

La evolución de las instituciones políticas que limitan los poderes estatales en función de esas libertades está planteada sobre las mismas bases. El establecimiento de un "poder legislativo" no fue, en Inglaterra, el resultado de una concepción según la cual el derecho se planifica

tos de la libertad (Madrid: Unión Ed., 1975); y *Derecho, legislación y libertad* (Madrid: Unión Editorial, 1978), tomo I; (1979) tomo II; (1982) tomo III.]

[30] Véase al respecto el artículo de Ricardo Rojas, "El orden jurídico espontáneo", *Libertas* 13 (mayo 1990).

deliberadamente por un poder colegiado, sino un intento teórico-práctico para limitar los poderes del monarca. La división de dos Cámaras, la de los Lores y de los Comunes, respondió al mismo espíritu. La primera era un elemento aristocrático que defendía el derecho, no sancionado por esa Cámara, sino ya existente en el *common law*. La segunda tendría por función ocuparse de aquellas normas tipo *taxis* que son precisamente lo que Hayek llama "legislación", a diferencia del derecho. El poder "legislativo", pues, no elabora el derecho; éste se encuentra ya existente en el *common law*. Aunque este espíritu degeneró posteriormente, por influencia de la concepción roussoniana, muestra claramente una noción donde las libertades individuales son máximamente autónomas de las voluntades arbitrarias de los poderes del Estado, ya sea un solo gobernante o una cámara colegiada. Ni uno, ni una minoría, ni una mayoría, tienen en esta concepción poder decisorio alguno sobre el derecho, cuyo eje central son las libertades individuales.

Cuando Hayek habla del aporte norteamericano, esto es, el constitucionalismo,[31] se observa claramente esta concepción. La Constitución federal norteamericana —en cuyas ventajas y desventajas no nos detendremos ahora—[32] no tuvo al principio la necesidad de declarar expresamente un cuerpo de derechos individuales. El sistema institucional no los estaba introduciendo en el contexto cultural, sino que *ya estaban allí*. Y era así porque vivían según el *common law* que habían llevado desde su contexto cultural británico. Los ingleses y norteamericanos no planearon, y después intentaron aplicar, un sistema de libertades individuales. Simplemente, un orden espontáneo las plasmó en su contexto cultural, las vivieron y después reflexionaron sobre ellas. La importancia de la tradición cultural en el pensamiento hayekiano es sencillamente vital.

Esta es la razón por la que Hayek critica tan intensamente el constructivismo racionalista en el orden político.[33] Esta corriente, que Hayek identifica con lo que él denomina liberalismo francés o continental, proviene del Iluminismo racionalista dieciochesco aplicado al orden

[31] En Friedrich A. von Hayek, *Los fundamentos de la libertad (op. cit.)*, cap. XII.

[32] Véase al respecto Alberto Benegas Lynch, "Los papeles antifederalistas", *Libertas* 10 (mayo 1989).

[33] Especialmente en *Nuevos estudios (op. cit.)*, segunda parte, y en *Studies in Philosophy, Politics and Economics (op. cit.)*, caps. 5 y 6.

político,[34] y da como fruto la concepción roussoniana del orden político y democrático. Según esta concepción (independientemente del problema de la exégesis de los textos de Rousseau), la sociedad y su orden serían fruto de un planeamiento deliberado de la inteligencia humana, con independencia de las tradiciones culturales existentes. Esta concepción puede estar mezclada con muchos elementos, de diversos orígenes, tales como una idea positivista de la ley, o una idea donde la ley es el resultado de la voluntad general, o una noción donde hay un derecho natural racionalísticamente concebido como una deducción *in abstracto* e independiente de circunstancias históricas, lo cual puede ser concomitante con sistemas de codificación al estilo francés; también puede estar ligada a una noción donde el "Estado-nación" unifica culturalmente a las personas por medio de políticas educativas estatales y, además, cubre a las personas en los aspectos de salud y seguridad social. E, incluso, el racionalismo constructivista está ligado, según Hayek, al origen del socialismo y los diversos totalitarismos. Todos estos elementos, obviamente, no son compatibles con la tradición de las libertades individuales tal cual habían sido concebidas en la "tradición del orden social espontáneo",[35] según la cual las instituciones humanas son fruto —como dice reiteradamente Hayek, citando a Ferguson[36] —de la acción humana pero no del designio humano.

Observemos lo que hemos dicho recién. Ello introduce a uno de los aspectos más complejos del pensamiento de Hayek. Las instituciones protectoras de las libertades individuales "también" han surgido de la evolución de un orden espontáneo. ¿Qué está diciendo Hayek con esto? ¿Que las instituciones políticas del gobierno limitado surgen necesariamente de una evolución social? ¿Que la razón humana nada tiene que hacer en cuanto a propuestas institucionales concretas?

[34] Empero, opinamos que tanto Hayek como varios tomistas se equivocan al colocar en R. Descartes el origen de ese racionalismo. El racionalismo cartesiano era un sistema "metafísico", actitud que nada tiene que ver con el cientificismo positivista del racionalismo criticado por Hayek. Por otra parte, consideramos falsa la tan extendida opinión de que el sistema de Descartes es idealista, como también consideramos falso que su *cogito* tiene implícito un principio de inmanencia que después concluye en Hegel. Pero sobre estas cuestiones no nos podemos extender en este momento y, además, las tenemos recién en la etapa de su primera investigación.

[35] Véase el artículo de Ezequiel Gallo, "La tradición del orden social espontáneo: Adam Ferguson, David Hume y Adam Smith", *Libertas* 6, IV, 1987.

[36] Ibídem.

En nuestra opinión, ninguna de las dos cosas; aunque reconocemos que los textos hayekianos al respecto son de hermenéutica compleja. Hayek toma una tradición de pensamiento[37] en la cual la naturaleza humana es una mezcla de sentimientos altruistas y egoístas *razonables*. Habitualmente, en la mayor parte de los seres humanos, que no son ni santos ni criminales absolutos (el criminal absoluto sería el egoísta irracional), la preocupación por los demás está balanceada por una preocupación por el bienestar propio y el de la familia, lo cual lleva a buscar relaciones pacíficas con el vecino. Esto no es necesariamente así, pero explica el surgimiento de ciertas instituciones que paulatinamente van definiendo los derechos de cada persona, garantizando así un libre intercambio en paz, y, al mismo tiempo, ciertas limitaciones a los poderes públicos en función de esos derechos. Una tradición cultural con dicha tendencia va maximizando las posibilidades de libertad individual, que para Hayek sería el valor moral fundante. Ahora bien, esa tradición cultural se encontrará en competencia con otras tradiciones que posiblemente fueron por el lado contrario. La paz y mayor productividad de las primeras contrastarán con la violencia y miseria de las segundas. Ese contraste, debido a dicha naturaleza humana, que es mezcla entre altruismo y egoísmo razonable, provocará, conjeturalmente, una tendencia a la imitación del primer tipo de tradición cultural.

Epistemológicamente, se observa que hemos descrito un modelo general, conjetural en sí mismo, del orden espontáneo en materia político-institucional. Hayek no dice, pues, que la evolución cultural que plantea sea necesaria, sino que establece el resultado *conjetural* de una competencia de tradiciones. A su vez, no es verdad que en este proceso la inteligencia humana nada tenga que proponer. Al contrario, este proceso se nutre de las variadas propuestas de reforma institucional que diversos seres humanos hayan realizado; pero cada una de esas propuestas no es en sí misma el sistema social perfecto y definitivo, sino una parte de esa información dispersa que el orden espontáneo conduce a un resultado institucional que en su globalidad no podría haber sido diseñado enteramente por ninguna mente aislada de la tradición cultural en cuestión.[38]

[37] Ibídem. Véase asimismo el artículo de Ezequiel Gallo, "La Ilustración escocesa", *Estudios Públicos* 30 (otoño 1988), Santiago de Chile.

[38] Véase al respecto E. Zimmermann, "Hayek, la evolución cultural y sus críticos", *Libertas* 6 (mayo 1987).

4. Análisis comparativo con la filosofía cristiana fundamental

No vamos a aclarar nuevamente el significado de "filosofía cristiana fundamental" (FCF), ni tampoco el método de análisis que utilizaremos a continuación, pues tales cosas fueron aclaradas al principio. El análisis comparativo será realizado según el orden de los temas planteados.

En primer lugar, comenzaremos con la fundamentación filosófica que Hayek da a su posición sobre el conocimiento limitado, que es esencial para la tesis del OE. Recordemos que Hayek fundamentaba su posición gnoseológica en un neokantismo *sui generis*, según el cual hay en la persona disposiciones cognoscitivas innatas que le permiten, consiguientemente, participar de órdenes sumamente complejos sin necesidad de instrucción formal. Eso estaba rodeado también por un nominalismo ontológico y gnoseológico y, además, la negación de la causa final para los OEs (órdenes espontáneos).

Nuestra tesis será la siguiente: las cuestiones que Hayek explica mediante su teoría del conocimiento —a saber, la existencia de un OE fundado en el conocimiento limitado de sus participantes—, *no implican necesariamente* la posición filosófica que Hayek sostiene. Dicho de otro modo: *que el conocimiento humano es limitado —premisa básica para el OE— puede ser explicado perfectamente por el realismo moderado de Santo Tomás de Aquino.*

Al comparar algunas posiciones popperianas con Santo Tomás, habíamos hecho un trabajo similar.[39] En primer lugar, Santo Tomás da gran importancia a la cuestión de los "sentidos internos",[40] entre los cuales, en los animales, se destaca —mediante un incipiente análisis "etológico"— el papel de la "estimativa", la capacidad interna que permite al animal la distinción entre lo útil y lo inútil a efectos de su supervivencia. En el ser humano, el sentido interno más alto es el *cogitativo.* La capacidad cogitativa sintetiza en una unidad todo el conocimiento sensible, lo cual permite a la inteligencia tanto la abstracción de la imagen como el conocimiento indirecto de lo singular material.[41] Ahora bien, todas las potencias, tanto sensibles como intelectuales, están unificadas por su origen

[39] Véase Gabriel J. Zanotti, "Popper: Búsqueda con esperanza", inédito (1991), parte I, 1.

[40] Véase Sto. Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, I, Q. 78, a. 3 y 4.

[41] Véase C. Fabro, *Percepción y pensamiento* (Pamplona: Eunsa, 1979).

"ontológico", a saber, lo que en Santo Tomás es el principio organizativo último del ser humano, que es su forma sustancial racional, de tipo espiritual. Esto implica dos cosas: a) las vidas vegetativa, sensitiva y racional se encuentran *unificadas* por la forma sustancial: b) la vida racional humana *integra*, por medio de ese principio unificador, a las demás capacidades,[42] y esa unificación e integración han "espiritualizado" a capacidades que en el mundo animal se encontraban no espiritualizadas, esto es, no humanas, lo cual incluye a las capacidades innatas de la estimativa animal.

Luego, que los seres humanos cuenten con ciertas disposiciones innatas que, espiritualizadas, son útiles para su supervivencia, no es ningún problema para la filosofía de Tomás. El hecho de que digamos "espiritualizadas" nos lleva al tema de la potencia de conocimiento intelectual, no sin hacer aclaraciones para evitar confusiones habituales. Como estaba implícito en la explicación anterior, el "espíritu" no es de modo alguno, en Santo Tomás, una especie de sustancia angelical pegada y/o metida y/o encerrada en un cuerpo que nada tiene que ver con ella, sino, al contrario, alma y cuerpo conforman en Tomás *una sola sustancia*, donde el alma es el principio organizante y el cuerpo el principio organizado.[43] Luego, "espíritu" hace referencia al principio organizante de una sustancia *corpórea* que tiene una capacidad de conocimiento racional propia que necesariamente deriva de su esencia, y esa racionalidad implica —gnoseológicamente— la espiritualidad de esa forma sustancial.

La potencia de conocimiento intelectual, a su vez, en cuanto potencia es innata y en cuanto tal implica el *intelectus*, esto es, el hábito sobrenatural innato de los primeros principios.[44]

Puede hablarse en ese sentido de disposiciones innatas de conocimiento intelectual, pero no en el sentido de categorías kantianas *a priori*, sino en cuanto a la disposición natural para captar *limitadamente* lo existente y el modo de ser de lo existente, y ambos aspectos de las cosas —su existir y su modo de existir— son *dados* a la inteligencia y no *puestos* por ella. Y eso "dado" a la inteligencia es una implicación necesaria de una posición realista asumida, incluso en términos popperianos.[45]

Esto nos lleva, en tercer lugar, al tema del conocimiento de las esencias. Hayek y Popper parecen haber absorbido un ambiente cultural

[42] Véase Sto. Tomás de Aquino, *Summa Theologiae (pp. cit.).*
[43] Véase Sto. Tomás de Aquino, *Summa contra gentiles,* libro II. cap. 56.
[44] Véase Sto. Tomás de Aquino, *Summa Theologiae,* I, q. 79.
[45] Véase Gabriel J. Zanotti, "Popper: Búsqueda con esperanza", inédito (1991), parte II, 4.

donde el término "esencias" haría referencia a un esencialismo de tipo platónico que evidentemente coloca al conocimiento humano más allá de sus posibles límites. Pero el realismo de Santo Tomás nada tiene que ver con ello. El encuentro de la inteligencia humana con la cosa existente implica a su vez el encuentro con "algo" del modo de ser de esa cosa existente, modo de ser que nos permite manejamos en nuestra vida cotidiana y distinguir una cosa de otra. No implica de ningún modo un conocimiento total, completo y absoluto de ese modo de ser, y, menos aún, un conocimiento científico-positivo de la cosa. Como vemos, se trata de un conocimiento "esencialmente limitado de la esencia" de las cosas. Además, la esencia de la cosa se encuentra realmente existente en cada cosa que existe, y en cuanto universal y por ende predicable de varios individuos se encuentra en la mente humana. Por eso el concepto universal, aunque como tal es mental, tiene sin embargo un fundamento en la realidad: el modo de ser realmente existente en la cosa existente.

Por lo tanto, las disposiciones innatas de conocimiento *limitado* son *perfectamente explicables en la filosofía de Santo Tomás.* Lo "innato" no implica en ese contexto, empero, una negación del encuentro de la inteligencia con algo "dado" a ella misma, y, menos aún, un innatismo clásico al estilo racionalista, sino el despliegue de las capacidades cognoscitivas que surgen del conjunto de las potencias humanas de conocimiento.

Luego, tanto el neokantismo gnoseológico como el nominalismo ontológico y el gnoseológico —que negarían la existencia y conocimiento de las esencias— quedan descartados como posibilidad única de fundamentación de la limitación del conocimiento humano.

A partir de aquí, el orden espontáneo puede ser explicado a la luz de lo expuesto, incluyendo la causa final. Esto es, puede ser explicado *sin contradicción* con la filosofía realista moderada de Santo Tomás.

(Si bien ya hemos aclarado suficientemente este punto, volvemos a reiterar que la expresión "no contradecirse con", que en diferentes tiempos y modos verbales usaremos reiteradamente, quiere evitar la confusión de pensar que si el elemento A no se contradice con B, el elemento A está necesariamente incluido de modo deductivo directo en B. Esto es importante porque nuestro ensayo no aspira a demostrar que un tomista "deba" aceptar el eje central del pensamiento hayekiano, sino que "puede", sin contradicción, aceptarlo, lo cual implica que puede no aceptarlo por motivos intrínsecos y autónomos a ese eje central, pero no porque sea intrínsecamente contradictorio con la filosofía de Santo Tomás.)

Un orden espontáneo implica que personas interactuando entre sí, con conocimiento limitado, producen un resultado global tal que no podría haber sido planeado deliberadamente por sólo una mente humana. *En cada caso* hay que elaborar una explicación sobre cómo ese conocimiento disperso produce ese resultado global, ya sea el caso del mercado, ya sea el caso jurídico-político. Ahora bien, es claro que el mismo planteamiento del asunto puede fundarse en los siguientes supuestos filosóficos de tipo tomista: a) la limitación del conocimiento con el que actúan las personas en su vida cotidiana; b) la capacidad —no especificada en qué grado— de aprender de sus errores y corregirlos, derivada del ejercicio *no* científico de la capacidad intelectual; c) el libre albedrío,[46] el cual implica que las valoraciones de las personas en el proceso no son ontológica, gnoseológica y epistemológicamente predecibles con certeza (esto es, una mente humana no puede predecir con certeza cuál será una determinada valoración, porque ésta *es* libre), aunque puedan ser conjeturalmente predecibles (esta es otra de las razones básicas de la limitación del conocimiento de los OEs); d) la causa final, implícita en el resultado global del proceso.

Hayek, recordemos, negaba que un cosmos u OE tuviera objetivos, porque relaciona a éstos con un sujeto individual inteligente que los establece. Como en un OE cada persona se plantea individualmente sus fines, pero no hay quien establezca un objetivo común a todos, entonces no habría finalidad intrínseca al proceso. Por otra parte, es obvio que en un esquema *neo*kantiano la causa final no es algo realmente existente, sino un modelo mental que explica factores de otro modo inexplicables.

Es coherente afirmar que un orden determinado, si es espontáneo, no puede tener un fin previamente asignado si no hay un ser inteligente que lo planeó. En el agnosticismo metafísico de Hayek, ese ser inteligente no puede afirmarse. Pero, como se podrá suponer, en la filosofía de Santo Tomás eso no presenta ningún inconveniente. El resultado global del orden espontáneo no puede ser planificado previamente por ningún ser humano, pero sí por Dios. Y dado que nos movemos en un contexto cultural en el cual la existencia de Dios parece ser un tema específicamente religioso, hay que repetir hasta el cansancio que la existencia de Dios es en Santo Tomás una cuestión filosófica. Obviamente, muchos estarán en desacuerdo con la demostración de la existencia de Tomás (que no pasa sólo por las cinco vías, como a veces se supone),[47] *pero el plano*

[46] Véase Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae,* I-II, Q. 10, a. 2.

[47] Véase E. Gilson, *La filosofía en la Edad Media (op. cit.) y* C. Fabro, *Drama del hombre y misterio de Dios* (Madrid: Rialp, 1977).

del debate es filosófico. Y, obviamente, Dios puede conocer ilimitadamente lo que el ser humano no, lo cual no implica que el resultado global del OE sea necesario, aunque su "planificador" sea Dios. Dios es también el creador de la libertad humana. Y la respeta, más que nosotros.[48] Dios no "predice". Dios conoce, en un eterno presente, lo que cada ser humano *libremente* decide.

Hayek no puede evitar relacionar la noción de fin en su concepción de orden, aunque expresamente trate de evitarlo.[49] No puede hablarse de OE sin aludir al resultado global de las interacciones sociales, resultado que precisamente es el no planificable por alguien *humano* en particular. Y ese resultado es, en la filosofía tomista, la causa final del OE. Causa final establecida por Dios, no por algún ser humano en particular. Sin la noción —que responde al orden real— medio/fin, no hay noción de orden. Justamente, el eje central de la quinta vía en Santo Tomás de Aquino parte de la constatación de órdenes naturales cuyos agentes carecen de conocimiento racional. Exactamente lo mismo se aplica a aquellos OEs donde el conocimiento racional es limitado.

Ahora bien, hay que distinguir dos órdenes de análisis. Con lo anterior hemos demostrado que las bases filosóficas de la teoría del OE pueden ser tomistas. No hemos pasado de allí, ni pretendemos hacerlo. Más allá de esto, cada caso de OE debe demostrarse con niveles de análisis más autónomos de ese nivel. Por ejemplo, debe demostrarse de qué modo, en caso del proceso de mercado, los precios son sintetizadores de información dispersa. Ello implica agregar premisas adicionales y autónomas de los principios filosóficos aludidos. Esto es: el debate de cada OE correrá por algunos carriles relativamente autónomos de la fundamentación filosófica general.

En ese sentido, los aportes técnicos de Hayek a la economía, que ya hemos descrito, tienen dos niveles de discusión: uno, en qué medida es verdad que partiendo del error, la incertidumbre y el conocimiento disperso de los agentes en el proceso de mercado, y suponiendo condiciones jurídicas de propiedad y libertad de entrada al mercado, la oferta de recursos escasos tiende a acercarse a las necesidades señaladas como prioritarias por la demanda. Ese es el nivel específicamente económico del debate. El otro nivel de discusión es en qué medida la afirmación de

[48] Véase Sto. Tomás de Aquino, *Suma contra gentiles* (Madrid: BAC, 1967), libro m, caps. 72 a 75 .

[49] Véase Friedrich A. von Hayek, *Derecho, legislación y libertad (op.* cit.), tomo I, p. 74.

ese OE presenta contradicción con la filosofía cristiana fundamental. Allí nuestra respuesta ha sido: ninguna. Un subnivel de este análisis es si el tomismo fundamenta mejor, filosóficamente, la teoría del orden espontáneo. Nuestra respuesta ha sido allí afirmativa.

Todo esto implica que nadie por ser tomista deducirá directamente la teoría del proceso de mercado como OE, pero alguien sí puede sostener esto último sin contradicción con el tomismo.

Lo mismo cabe afirmar de los niveles técnicos de explicación de la teoría del ciclo y las tesis monetarias, anteriormente descritas. Alguien puede diferir con ellas en *cuanto economista,* pero no se puede aludir ninguna contradicción con la filosofía cristiana fundamental.

Dicho lo anterior, estamos en condiciones de profundizar en los análisis epistemológicos de Hayek.

Recordemos que en el primer ensayo citado al respecto ("Scientism and the Study of Society"), Hayek se refería principalmente a cuatro aspectos: los "hechos" en ciencias sociales, el individualismo metodológico, el OE y el dualismo metodológico.

Sobre cuáles son los particulares objetos de estudio entre las ciencias sociales, opinamos que es uno de los casos donde más claramente se observa una no contradicción con la filosofía cristiana, y, al mismo tiempo, un enriquecimiento de lo que el mismo Hayek quiere decir. Las ciencias sociales estudian interacciones entre personas caracterizadas por la intención de los sujetos interactuantes. Pues bien: veamos la multiplicidad de elementos tomistas que pueden fundamentar y enriquecer esta concepción.

En primer lugar, una interacción entre personas nos habla de una relación real entre dos sustancias racionales. El fundamento de esa relación es cada acción en particular; la relación real en cuanto tal es una realidad accidental (en el sentido tomista del término) que como tal no supera la realidad sustancial de las personas que la componen, aunque en cuanto tal dice más que una mera suma de términos. A su vez, cada interacción entre personas se define por el fin, lo cual nos da la posibilidad de conocer *in abstracto* "la esencia" de cada relación. Esa esencia puede ser universalizada en la inteligencia, pero tiene como fundamento real la esencia objetivamente existente en cada interacción concreta.

Cuando la inteligencia define cada interacción (por ejemplo, "el precio es...", "la moneda es...") no está realizando un modelo mental independiente de la realidad, sino que, al contrario, está colocando universalmente —previa abstracción— a un modo de ser que en sí mismo

existe en cada interacción concreta, y que ha podido conocer esencialmente —a diferencia de las ciencias naturales— porque puede conocerse el fin de cada interacción. El carácter conjetural del modelo no radica, pues, en este punto, sino en que se le agregan hipótesis auxiliares que ya no dependen de un análisis esencial de la interacción. Tanto Bostaph[50] como Uskali Maki[51], dos importantes epistemólogos, han investigado este aspecto en Carl Menger, quien así trataba los objetos de estudio de la economía, aunque desde una perspectiva más aristotélica.

La refutación al colectivismo metodológico puede hacerse claramente, desde esta perspectiva, sin recurrir a un fundamento nominalista ontológico que afirme que sólo existen individuos. Al contrario, las esencias de las interacciones tienen existencia real, aunque en sí no sean individuales —ni universales—, y además, la relación entre los individuos es un "algo más" que ellos mismos, aunque accidental y no sustancial. Precisamente, el individualismo metodológico queda implicado a partir de esto: si las ciencias sociales estudian interacciones entre personas (habitualmente llamadas "individuos"), es obvio que no puede hablarse de cada interacción sin hacer referencia a las acciones de las personas que generan esas relaciones.

No reiteraremos el punto siguiente, a saber, la cuestión del OE. Pero sí nos referiremos al cuarto punto. Un dualismo metodológico como el que Hayek plantea, filosóficamente rodeado de un realismo moderado, no presenta contradicción con la filosofía cristiana. Principalmente, porque esta posición hayekiana se opone a una positivización de las ciencias sociales que olvide al elemento humano presente en las mismas.

Ya hemos visto que los modelos en ciencias sociales pueden definir determinadas interacciones con conocimiento de su esencia. Ese es un aspecto no conjetural (no hipotético). Ahora bien, se agregan a estos modelos hipótesis auxiliares de tipo conjetural, tales como la "comprensión" (cómo actuarían determinadas personas ante determinadas circunstancias) y el análisis de la acción racional.[52] Ambos aspectos conjeturales

[50] Véase S. Bostaph, "The Intellectual Context of Carl Menger's Research Efforts", inédito, Dallas University.

[51] Uskali Maki, "Carl Menger's Conception of Economics as an Exact Science", trabajo presentado en el symposium "The Methodology of Carl Menger: A Symposium on The Philosophical Foundations of Austrian Economics", en King's College, Londres, 20 de enero de 1990.

[32] Véase Gabriel J. Zanotti, "Popper: Búsqueda con esperanza", inédito (1991), parte 1. 6.

respetan plenamente una antropología filosófica de origen tomista con afirmación del libre albedrío. Es obvio que la conjetura general sobre cómo se comportarán determinadas personas ante tales circunstancias es de este tipo. El segundo aspecto, también, tanto si se trata de un criterio restringido de racionalidad, como amplio. El primero supone conocimiento perfecto y eficiencia en la noción de racionalidad. Siempre que se tenga en cuenta que un modelo armado bajo tal supuesto es siempre un paradigma conjetural aproximado (J. Stuart Mill tenía más conciencia de ello de lo que habitualmente se supone),[53] entonces estamos respetando, epistemológicamente hablando, la esencia de lo que el ser humano es. Ahora bien, lo interesante es que los modelos de Hayek, desde el principio, utilizaron un criterio amplio de racionalidad, donde la conducta racional incluye el error y la incertidumbre desde el inicio mismo del modelo (recordemos que éste era uno de los puntos de partida del OE). Esto no sólo es adecuado a la inteligencia limitada y al libre albedrío humanos, sino que permite plantear modelos epistemológicos cuyo nivel de realismo —esto es, incorporación de presupuestos reales, aunque abstractamente considerados— es mayor. Es más, se puede decir que, por ejemplo, el modelo del proceso de mercado, al incorporar desde el principio el error y la incertidumbre en su planteo, *parte de lo que el mercado es en sí mismo*. La no-contradicción con un realismo tomista es, en este caso, evidente. Y este es un detalle que no han advertido quienes, con claridad, captan lo inadecuado de un tratamiento positivista de las ciencias sociales y de la economía en particular. Esto es, no advierten que tienen en Hayek un aliado natural, y que sus aportes epistemológicos al respecto son separables del contexto filosófico no-tomista con el que los rodeaba.

Un caso similar presenta la cuestión de la predicción en las ciencias sociales, que Hayek soluciona con su tesis de las *pattern predictions*. Como se recordará, se trata de una predicción más cualitativa que cuantitativa (pues se trata del resultado global del OE), y eso aleja nuevamente a las ciencias sociales de la pretensión neopositivista de predicciones medibles, cuantificables y exactas. El factor humano es, pues, tenido en cuenta enfáticamente. Pero no por una imposibilidad epistemológica (esto es, como si se afirmara que la conducta humana individual y social está determinada, pero que por la limitación de nuestro conocimiento es

[53] Véase J. S. Mill, *Essays on Some Unsettled Questions of Political Economy* [1874] (Clifton: Augustus M. Kelly Plublishers, 1974), ensayo V. Hemos comentado esta cuestión en Gabriel J. Zanotti, "Caminos abiertos", *op. cit.*

impredecible, sino por un error e incertidumbre intrínsecos a la conducta humana perfectamente fundamentables en la antropología tomista.)[54]

No nos extendemos más en este punto para no adentrarnos en cuestiones más técnicas y específicas de la epistemología que escapan al objetivo de este ensayo, esto es, la demostración de la no-contradicción. En ese sentido, queremos aclarar que una parte de esta cuestión, a saber, si las ciencias naturales pueden recurrir a la inducción o, al contrarío, como dice Popper,[55] seguido en cierta medida por Hayek en sus otros ensayos, a la falsación y corroboración, es una cuestión más técnico-metodológica que tiene sus caniles autónomos de discusión. Existe una escuela tomista de filosofía de naturaleza (De Koninck, Simard)[56] que ha demostrado la ausencia de contradicción entre una versión inductivista amplia de las ciencias naturales con el tomismo. Nosotros coincidimos con que esa ausencia de contradicción existe, pero además tenemos razones metodológicas adicionales para preferir la versión popperiana del método hipotético-deductivo de las ciencias, también con una demostración de ausencia de contradicción con la filosofía cristiana. Remitimos a nuestro trabajo ya citado al respecto.[57]

Siguiendo el orden establecido, estamos ahora en condiciones de analizar la ausencia de contradicción en los aspectos filosófico-políticos.

En primer lugar, es claro que Hayek liga la noción de derecho al aspecto normativo de la ley humana derivado del *common law*. Esto tiene dos aspectos muy interesantes no contradictorios con la noción tomista clásica de ley natural y de derecho natural (esto es, la parte de la ley natural referida a la virtud de la justicia).

El primero consiste en que aleja la concepción hayekiana de una noción más bien racionalista del derecho natural, como ya habíamos visto. Esta noción trataría de deducir *in abstracto*, a partir de una naturaleza

[54] Hemos desarrollado esta relación entre la antropología tomista y la cuestión del error y la incertidumbre en la racionalidad humana en nuestra tesis "Fundamentos filosóficos y epistemológicos de la praxeología", citada en nota 1.

[55] Véase Karl Popper, *La lógica de la investigación científica* [1934] (Madrid: Tecnos, 1985).

[56] Véase al respecto la obra de E. Simard, *Naturaleza y alcance del método científico* (Madrid: Gredos, 1961). Sobre De Koninck véase la tesis de licenciatura de Oscar Beltrán "El conocimiento de la naturaleza en la obra de Ch. de Koninck", presentada a la Universidad Católica de Argentina en diciembre de 1991.

[57] Véase Gabriel J. Zanotti, "Popper: Búsqueda con Esperanza", inédito (1991).

humana abstractamente considerada, el conjunto del derecho. Los sistemas codificados tienen mucho que ver con esta actitud. Esta noción racionalista del derecho natural olvida el necesario componente de prudencia en la elaboración del derecho, que en nuestra opinión está presente en la noción de ley humana en Santo Tomás,[58] lo cual es perfectamente adecuable a una noción de los derechos individuales donde éstos van surgiendo de sentencias judiciales concretas en un proceso de evolución histórica. Así, cada derecho individual tendría un aspecto más abstracto y universal, esto es, lo que se puede inferir directamente de lo que es la naturaleza humana en cuanto tal (que es la parte formal y perfectiva de cada persona humana, metafísicamente hablando), y un aspecto más *in concreto,* relacionado necesariamente con un acto de prudencia que en cuanto tal tiene presentes ciertas circunstancias particulares de lugar y tiempo; aspecto, este último, necesario para la especificación final de los límites de cada derecho individual.

Como puede observarse, no decimos que de la noción tomista del derecho se deduce necesariamente el sistema del *common law,* pero sí que éste es plenamente no-contradictorio con dicha noción.

En segundo lugar, esta noción del derecho que tiene Hayek lo separa totalmente de cualquier concepción positivista de la ley.[59] Si el derecho no es producto de un orden deliberado (no espontáneo), entonces jamás podrá identificarse exclusivamente con un acto voluntarista, explícito y planeado por un legislador.

Adicionalmente, podríamos observar aquí lo que ya hemos sugerido anteriormente: la noción hayekiana del derecho, al ligar el surgimiento de las libertades individuales a la evolución espontánea de un sistema judicial *que es temporalmente anterior* al protestantismo, es uno de los elementos que quiebran totalmente la inútil dialéctica entre "cristiandad católica y modernidad protestante", tan usada por aquellos que, sin hacer ningún tipo de distinciones, ven contradicción entre "el" liberalismo y el catolicismo romano.

Ahora bien, debemos analizar si en la mente de Hayek hay compatibilidad entre la noción tomista de ley natural y su concepción del derecho. Por un lado, Hayek parece referirse con elogio a la concepción

[58] Véanse Sto. Tomás de Aquino, *Suma Teológica,* I-II, 95, 2, ad 3, y M. Villey, *El pensamiento ius-filosófico de Aristóteles y de Santo Tomás* (Buenos Aires: Ghersi, 1981), p. 127.

[59] Véase Friedrich A. von Hayek, *Derecho, legislación y libertad (pp. cit.)* tomo II, cap. VII.

tomista de ley natural, que influye en la segunda escolástica.[60] Pero, por otro lado, hay una parte del segundo tomo de *Derecho, legislación y libertad* donde explícitamente afirma que su concepción se aleja tanto de una visión positivista de ley como de otra en la cual se coloque el origen último de la ley en algún legislador suprahumano omnisciente,[61] lo cual, en nuestra opinión, es incompatible con la noción tomista de ley natural, en la que, si bien la naturaleza humana como tal es causa segunda y próxima del derecho natural, Dios, como creador de cada ser humano y su naturaleza, es causa "primera" y remota del derecho natural. Y volvemos a decir que la noción de Dios creador es en Santo Tomás una noción "filosófica" (si bien no sólo filosófica). No puede, por ende, calificarse esa noción de derecho natural como exclusivamente religiosa.

Es obvio, entonces, que el agnosticismo metafísico de Hayek implica en este punto una contradicción entre los fundamentos filosóficos últimos del derecho natural en Santo Tomás y los fundamentos filosóficos últimos que Hayek quiere colocar en el orden espontáneo del cual emerge el *common law: pero nosotros ya hemos explicado que esos fundamentos filosóficos últimos hayekianos forman parte de un protoplasma cuya prescindencia no afecta a lo esencial del eje central de su teoría del orden espontáneo, cuya posibilidad de fundamentación última en una concepción creacionista cristiana ya hemos visto.*

Sobre la concepción institucional de Hayek, digamos que más que nunca debemos tener en cuenta lo que significa "ausencia de contradicción", pues es obvio que de una metafísica y gnoseología creacionista y realista como la de Tomás no puede deducirse directamente *ninguna* forma *concreta* de gobierno. Empero, es obvio que la noción de ley moral objetiva de Tomás lo separa *ipso facto* de cualquier concepción voluntarista del poder humano, donde la legislación no tenga otra limitante que la voluntad de la mayoría (o de quien fuere). De ese modo, la contradicción manifiesta entre la concepción democrática rousseauniana del poder político y la noción tomista de ley acerca indirectamente a esta última a una concepción hayekiana, donde el derecho y la justicia son máximamente independientes de la arbitrariedad de los poderes gubernativos humanos. El término "acerca" debe entenderse como "hace más visible la ausencia de contradicción".

[60] Véase Friedrich A. von Hayek, *Nuevos estudios (op. cit.)*, cap. IX, punto 2.

[61] Véase Friedrich A. von Hayek, *Derecho, legislación y libertad (op. cit.)*, tomo II, cap. VII, p. 105.

Por otro lado, si vamos a cuestiones filosófico-políticas más concretas, debemos observar que, una vez más, la noción hayekiana de evolución institucional quiebra la dialéctica entre "monarquías absolutas cristianas medievales" y "democracias modernas no cristianas o anticristianas", si con ello se está haciendo referencia a la evolución de las instituciones inglesas y norteamericanas. Hayek —acertadamente, a nuestro juicio— no tiene una noción dialéctica de la historia, tan cara a ideologías cerradas y simplistas. La misma noción de evolución del sistema institucional implica que cada institución, teoría y/o autor no es juzgada como buena o mala en absoluto, como de este lado o del otro, sino en cuanto a su acercamiento —imperfecto en cuanto tal, y siempre inacabado— o no a sistemas institucionales respetuosos del derecho. En ese sentido, puede decirse que Santo Tomás no fue un reformador social ni planteó sistemas institucionales nuevos en relación a su época. Cuando defendía la monarquía como mejor forma de gobierno, lo hacía bajo el sencillo argumento de que eso favorece la unidad de mando[62] y evita las dificultades de lo que hoy llamaríamos poder ejecutivo colegiado. De ningún modo pensaba en una especie de déspota, ilustrado o no. Pero en la parte más evolucionada de su pensamiento político, contesta que el mejor gobierno es el mixto,[63] que combina la unidad de mando de la monarquía con la calidad de mando de la aristocracia y la participación popular de la democracia. Y coloca como ejemplo a determinada etapa del gobierno judío, detalle interesante para aquellos que, intensamente confundidos, ligan a Santo Tomás con el antisemitismo, este último, por definición, esencialmente anticristiano.

Desde esta perspectiva, querer encontrar en Tomás una defensa directa de la democracia constitucional al estilo anglosajón es una vana tarea, pero tan vana como encontrar una contradicción con ella. Santo Tomás no plantea límites institucionales específicos a los poderes del rey, pero plantea premisas generales que, enunciadas en la teoría del gobierno mixto, "van hacia" una concepción no-contradictoria con esos límites institucionales. Una concepción liberal clásica de la limitación del poder, al estilo inglés o norteamericano, integra los elementos de un gobierno mixto, especificando concretamente a cada elemento. El logro de este ideal no fue, obviamente, perfecto, pero sí evidentemente mejor que

[62] Véase Sto. Tomás de Aquino, *Opúsculo sobre el gobierno de los príncipes*, traducido por C. I. González, s. j., (México: Ed. Porrúa, 1975), cap. II.

[63] Sto. Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, I - II, Q. 105, a. 1c.

la contradicción manifiesta con Tomás de Aquino que implican los sistemas totalitarios tales como la democracia ilimitada al estilo rousseauniano, el nazi-fascismo y el comunismo.

No debe olvidarse, por otra parte, la concepción de naturaleza humana que hay detrás de esta concepción evolutiva, proveniente de la escuela escocesa, como habíamos visto. El ser humano es, en general, una mixtura entre elementos altruistas y egoístas razonables. Estos últimos —la preocupación por el bienestar propio y el de la propia familia, sin "molestar al vecino"— no son un mal moral, sino sólo cuando se los integra con la voluntaria omisión de la preocupación por las necesidades ajenas que vayan más allá de la estricta justicia.

En este sentido, una concepción institucional como la que Hayek propone está concebida *para seres humanos corrientes.* La evolución del sistema político hacia progresos institucionales, en tanto que "progreso" implique un mayor respeto por una justa libertad, está planteada bajo el supuesto de que los seres humanos no son, en general, ni santos ni criminales absolutos. Ahora bien, lo mismo pensaba Santo Tomás sobre la ley humana, la cual:

> [S]e establece para una multitud de hombres, en la cual la mayor parte no son hombres perfectos en la virtud. Y así la ley humana no prohibe todos los vicios, de los que se abstiene un hombre virtuoso; sino sólo se prohiben los más graves, de los cuales es más posible abstenerse a la mayor parte de los hombres, especialmente aquellas cosas que son para el perjuicio de los demás, sin cuya prohibición la sociedad no se podría conservar, como son los homicidios, hurtos, y otros vicios semejantes.[64]

De este modo, el planteamiento de Hayek sobre la evolución del sistema político no presenta, ni política ni epistemológicamente, ninguna contradicción con la filosofía cristiana fundamental. Su crítica al racionalismo constructivista coincide, por otra parte, con la crítica al iluminismo racionalista, común a todo el pensamiento tomista.[65] Ahora bien, como programa de investigación —cuyo núcleo central hemos sintetizado en el punto anterior—, esto es, como un programa que presente a la

[64] Sto. Tomás de Aquino, *Opúsculo sobre el gobierno de los príncipes (op.cit.).*

[65] Reiteramos en este punto la aclaración hecha en la nota 34.

evolución del sistema político hacia la libertad individual como un fruto de la competencia de tradiciones culturales, tiene en sí mismo dificultades metodológicas como cualquier programa de investigación. Sus anomalías no lo anulan,[66] sino que, en todo caso, hay que ver de qué modo lo hacemos empíricamente progresivo. Y, en ciencias sociales, esto es sumamente elástico. Pensamos que cuanto mejor planteadas están las bases filosóficas del núcleo central del programa, más corroborable será éste frente a la multiplicidad de circunstancias históricas. En ese sentido, es una ayuda la demostración de que ese núcleo central no es contradictorio con Santo Tomás.

ANEXO

Hayek y algunas cuestiones básicas de ética social católica

Algunos opinan que el pensamiento de Hayek presenta una total y completa contradicción con los principios básicos de la ética social católica que conforman el eje central de la doctrina social de la Iglesia. Aunque consideramos secundario este problema, vamos a analizar en qué medida es real. Aclaremos que lo consideramos secundario porque, aun cuando fuera manifiesta una oposición total y completa de Hayek a la ética social católica, la reelaboración del eje central de su pensamiento a la luz de la filosofía cristiana fundamental —como hemos dicho— haría desaparecer *ipso facto* ese problema, aun cuando el mismo Hayek estuviera en desacuerdo con nuestra reelaboración. (Si bien, lamentablemente, ya no le podríamos preguntar.)

Vamos a dividir esta sección en tres grandes cuestiones, en las cuales creemos se concentran los problemas: a) la cuestión del principio del bien común; b) la justicia distributiva o "social"; c) el principio de subsidiariedad.

Aclaremos que, de ningún modo, vamos a repetir lo que ya hemos dicho sobre estas cuestiones en otro ensayo.[67] Simplemente vamos a exponer sólo lo necesario con el fin de analizar estas cuestiones en relación al pensamiento hayekiano.

[66] Véase I. Lakatos, *La metodología de los programas de investigación científica* (Madrid: Alianza Ed., 1983).

[67] Gabriel J. Zanotti, *Economía de mercado y doctrina social de la Iglesia* (Buenos Aires: Ed. de Belgrano, 1985).

Sobre la cuestión del bien común, vamos a hacer algunas aclaraciones previas. En el pensamiento pontificio, el bien común ha sido habitualmente caracterizado como aquellas condiciones de vida social que facilitan el desarrollo y progreso de la persona humana. También, y sobre todo a partir de Pío XII, ha quedado claramente establecido que los derechos de la persona son un elemento esencial del bien común. En nuestro libro *El humanismo del futuro*[68] hemos hecho al respecto mayores especificaciones que no es necesario reiterar en esta oportunidad. La cuestión clave es la siguiente: aquellos que, de un lado o del otro, contraponen el bien común con los derechos personales, o no saben lo que es el bien común o no conocen lo que son los derechos personales, o ambas cosas.

El pensamiento hayekiano no maneja la categoría escolástica tradicional de "bien común", sino la más contemporánea de "bien público", que no es lo mismo, pero pueden ser conceptos análogos. Es claro, además, que en la medida que el pensamiento de Santo Tomás incorpora la causa final en la noción de bien común de la sociedad, eso será extraño a los fundamentos filosóficos hayekianos, donde la causa final no entra en los órdenes espontáneos. Pero ya vimos que esa misma causa final, desde el punto de vista de una filosofía cristiana creacionista, admite con plena coherencia ser utilizada en la noción de bien común anteriormente descrita. El bien común es, precisamente, un fin común a todos los integrantes del marco social, y ese fin común es un conjunto de condiciones que facilitan el desarrollo de cada persona. En ese conjunto de condiciones, el ejercicio de las libertades individuales es parte esencial. Luego, ese fin común es plenamente compatible con la diversidad de fines personales que el ejercicio de las libertades individuales permite desplegar. Cabe agregar a esto que quienes consideran contradictorios los derechos personales con el bien común confunden a éste con el bien del Estado, una raza, una supuesta nación o una supuesta clase —o alguna espantosa combinación de todo ello— y/o ignoran sencillamente lo esencial del pensamiento pontificio.[69]

[68] Gabriel J. Zanotti, *El humanismo del futuro* (Buenos Aires: Ed. de Belgrano, 1989).

[69] Véanse al respecto los siguientes documentos: *Pacem in Terris* (1961), de Juan XXIII; *Nous avons lu* (1927), *Non abbiano bisogno* (1931), *Mit brennender Sorge* (1937), *Divini redemptoris* (1937), de Pío XI; *Summi Pontificatus* (1939) y el discurso "La Iglesia Católica y el nacionalsocialismo", del 2/6/45, de Pío XII. Excepto el primero, todos en *Doctrina Pontificia* (Madrid: BAC, 1958).

Hayek estaba plenamente consciente de esta relación entre el "conjunto de condiciones" y el despliegue de la libertad personal. "El más importante de los bienes públicos —afirma— para los cuales el gobierno es requerido es, por ende, no la satisfacción directa de algunas necesidades particulares, sino la provisión de condiciones en las cuales los individuos y grupos pequeños tienen oportunidades favorables de ayudarse mutuamente en sus respectivas necesidades".[70]

Alguien me podría decir que esto no soluciona la cuestión por cuanto los derechos individuales en los cuales Hayek piensa no son los mismos en los que lo hace el Magisterio, pues éste incluye los derechos "positivos" tales como "derecho a la alimentación, salud, etc.", enfáticamente negados por Hayek.

Esto nos hace pasar al siguiente tema: la cuestión de la justicia distributiva.

En primer lugar, es cierto que Hayek y, en general, toda la tradición liberal clásica a la cual él pertenece, niega tales derechos "positivos".[71] Nosotros ya hemos argumentado, empero, en otras oportunidades,[72] que el Magisterio no afirma que tales derechos lo sean *en sentido propio,* sino en sentido analógico. No creemos estar solos en esta opinión. J. M. Ibáñez Langlois, en su libro *Doctrina social de la Iglesia,* afirma:

> [C]iertas enumeraciones de los derechos humanos, en exceso lineales por una parte y demasiado extensas por otra, pueden dar una idea equivocada de su naturaleza y provocar un desgaste en su sentido mismo. La propia Declaración de la ONU incurre en este defecto al incluir, junto a los que llama "derechos políticos y civiles" —derechos más propiamente naturales—, aquellos que llama "económicos y sociales", algunos de los cuales —v. gr., el derecho a "vacaciones periódicas con goce de sueldo"— no son derechos naturales en sentido estricto, sino aspiraciones más o menos universales a diversas formas de bienestar que resultan muy deseables, pero que no responden a la categoría lógica de "derecho": más bien son "ideales" o *desiderata,* que dependen en gran medida de la circunstancia económico-social. Un derecho propiamente dicho es tal, que nadie puede verse privado de él sin grave *iniuria.*

[70] Friedrich A. von Hayek, *Derecho, Legislación y libertad (op. cit.),* tomo II, p. 7 (p. 2 en el original inglés).

[71] Ibídem, apéndice al cap. IX, p. 172.

[72] Véanse de Gabriel J. Zanotti, *Economía de mercado y doctrina social de la Iglesia (op. cit.) y El humanismo del futuro (op. cit.).*

> sin afrenta a la justicia misma. Es la justicia, pues, la que debe imponer un limite y una jerarquización a los "derechos humanos" si se quiere evitar la retórica al respecto y conservar su sentido fuerte de derechos naturales.[73]

Por otra parte, cuando Hayek se opone, tanto a esa conceptualización de derechos como a la cuestión de la "justicia social"[74] se está refiriendo *en parte* a la extensión del *Estado providencia*, que indebidamente monopoliza funciones respecto de la seguridad social, salud, educación, etc. Nosotros ya hemos dicho que la ética social católica de ningún modo defiende ese tipo de Estado[75] y la encíclica *Centesimus annus* de Juan Pablo II así lo confirma.[76] Ahora bien, hemos dicho "en parte", porque no se trata sólo de un problema terminológico, sino también conceptual. Hayek niega que exista distribución en el mercado,[77] y en ese sentido no podría haber ningún tipo de "justicia distributiva" si por tal origen entendemos "justicia social". Y esa negación tiene un origen que estamos en plenas condiciones de entender: Hayek liga el concepto de "distribución" a un orden *deliberado*, que, como tal, obviamente no existe en el orden espontáneo del mercado, en el cual no hay *alguien* que distribuya.

En primer lugar, y como ya ha dicho Alejandro Chafuén,[78] en un gobierno liberal clásico hay justicia distributiva en sentido propio y estricto cuando los agentes gubernamentales reparten con justicia el fruto de los impuestos hacia las funciones específicas del Estado. Pero, en segundo lugar, nosotros hemos explicado ya la noción de distribución *analógica* en el mercado: no hay una *persona* que distribuye, sino un *proceso* que asigna los recursos de acuerdo a la productividad de quienes participan en el mercado. En ese sentido, el proceso de mercado distribu-

[73] Véase José Miguel Ibáñez, *Doctrina social de la Iglesia* (Santiago de Chile: Universidad Católica de Chile, 1986), p. 94.

[74] Precisamente, todo el tomo II de *Derecho, legislación y libertad (op. cit.)*, está dedicado a esta cuestión. Una versión más resumida de esta idea puede encontrarse en el cap. 5 de la 1ra. parte de *Nuevos Estudios (op. cit.)*.

[75] En Gabriel J. Zanotti, *Economía de mercado y doctrina social de la Iglesia (op. cit.)*, anexo 3.

[76] En su Nro. 48.

[77] Véase Friedrich A. von Hayek, *Nuevos Estudios (op. cit.)*, parte 1, cap. 5. punto 7.

[78] Véase Alejandro Chafuén, "Justicia distributiva en la escolástica tardía", en *Cristianismo, sociedad libre y opción por los pobres;* varios autores (Santiago de Chile: Centro de Estudios Públicos, 1988).

ye analógicamente recursos, aunque Hayek no haya manejado ese concepto.

Para nosotros, la asignación de recursos de acuerdo a la productividad es conforme a la *justicia legal* (aquella que va de los particulares al bien común) por cuanto cada uno recibe en tanto que *da* a aquella *parte* del bien común que es la economización de recursos. En otra oportunidad ya hemos dado nuestra opinión respecto de qué ocurre con aquellos que *no pueden* participar en este proceso.[79] También hemos opinado allí respecto de esta posible objeción: la productividad marginal como criterio distributivo, aunque análogo, no es siempre justa, pues la asignación de recursos de acuerdo con dicha productividad es óptima sólo en situación de competencia perfecta. Pero, como ya hemos visto, la noción de proceso de mercado de la Escuela Austríaca, a la cual contribuyó tanto el pensamiento de Hayek, nada tiene que ver con el modelo de competencia perfecta. Al contrario, supuestas las condiciones jurídicas del mercado libre, el precio de los factores de producción *tiende* a acercarse asintóticamente a su productividad marginal. Luego, las intervenciones del Estado, tendientes a "mejorar" el mercado, sólo quiebran las condiciones jurídicas que funcionan como condición (no única) para dicha tendencia. Y, en ese sentido, el resultado será menos justo, y no más, de lo que se pretendía.

Pasemos por último a la cuestión del principio de subsidiariedad. Volvemos a aclarar que no reiteraremos en esta oportunidad todas nuestras opiniones al respecto vertidas en *Economía de mercado y Doctrina social de la Iglesia y El humanismo del futuro.* Lo que ahora nos corresponde afirmar es lo siguiente: teniendo en cuenta que, *in abstracto,* el principio de subsidiariedad afirma que el Estado no debe hacer lo que los particulares pueden, Hayek afirmó explícitamente tal principio, e incluso asignó funciones "supletorias" al Estado que dejarían muy disconforme a más de un liberal clásico menos dadivoso en esta cuestión. Hayek afirmó explícitamente que ciertos bienes públicos "pueden" ser proporcionados por el Estado, *pero* con las siguientes restricciones que lo alejaban por completo del Estado benefactor: a) que el Estado no monopolice tales bienes y deje abierta la posibilidad de su posesión privada; b) que sean proporcionados por autoridades locales más que centrales, y financiadas también por impuestos locales.[80] Y, afirma esto —téngase en cuenta—

[79] En Gabriel J. Zanotti, *El humanismo del futuro (op. cit.),* cap. 3, punto 6.
[80] En Friedrich A. von Hayek, *Nuevos Estudios (op. cit.),* cap. IX, punto 14.

pero habiendo dicho antes que el más importante bien público a proporcionar es ese "conjunto de condiciones" que permiten a las personas lograr la satisfacción de sus necesidades por sí mismas.

Para dejar bien claro este punto, es interesante esta cita textual del tomo II de *Derecho, legislación y libertad:* "Mientras que el orden espontáneo global que la ley procura es condición imprescindible para el éxito de la mayor parte de los comportamientos privados, los servicios facilitados por el gobierno —aparte de garantizar el respeto a las normas de recta conducta— deben tener, desde luego, mero carácter colateral o subsidiario en relación con la provisión de las necesidades básicas normalmente atendidas por el sector privado". Y lo más interesante es que a renglón seguido escribe una nota a pie de página, donde afirma lo siguiente: "En este sentido, el principio de subsidiariedad suele ser ampliamente utilizado por la doctrina social de la Iglesia Católica".[81]

A partir de este momento, sólo quedaría un comentario interesantísimo, pero que nos abre a un panorama en el cual, tal vez, no sea el momento de introducirnos. Algún libertario podría decir: muy bien, hay similitudes y no contradicción entre las propuestas prácticas de Hayek y la doctrina social de la Iglesia, *pero ambos se equivocan.* Esto es: alguien podría afirmar que son erróneas las teorías que afirman la existencia del bien común, de los bienes públicos, de la justicia distributiva, del principio de subsidiariedad, y que, por lo tanto, muy bonita será nuestra desmostración de que muchos aspectos de las propuestas de Hayek no se contradicen con la doctrina social de la Iglesia, pero eso, en todo caso, demuestra que él estaba tan equivocado como "ella".

Otra vez: no es el caso de que repitamos aquí *in extenso* nuestras opiniones sobre esos temas.[82] Sólo quisiéramos aclarar dos aspectos: uno de moral fundamental, y otro de carácter epistemológico.

Respecto de lo primero, debemos decir: estamos convencidos, por argumentos de filosofía moral, *no* conjeturales, de que existe en la sociedad un bien común verdaderamente tal, que es la justicia, y que tiene primacía sobre cualquier otro bien personal que se le contradiga; estamos convencidos también de que, en caso de haber una autoridad legítima, debe haber una correcta distribución de los bienes que ella administra hacia los gobernados, lo cual es la justicia distributiva; y estamos también

[81] Friedrich A. von Hayek, *Derecho, legislación y libertad, (op. cit.),* p.13.

[82] Hemos tratado estas materias en Gabriel J. Zanotti, *El humanismo del futuro, (op. cit.).*

convencidos de que esa autoridad no debe hacer lo que las personas pueden por naturaleza realizar por sí mismas. Y todo esto, dicho *in abstracto,* sin considerar circunstancias particulares de lugar y tiempo, que entrañan una aplicación prudencial concreta de dichos principios.

En la medida en que la doctrina social de la Iglesia y las propuestas concretas hayekianas no presenten contradicción con esos principios, no es verdad que ambos estén equivocados, sino, al contrario, ambos están en la verdad.

Ahora bien, lo que muchas veces no se tiene en cuenta, tanto por muchos partidarios de la doctrina social de la Iglesia como por muchos .liberales clásicos o libertarios, es que cuando se pasa a un nivel más concreto de discusión, donde entran necesariamente a jugar circunstancias históricas específicas y determinado desarrollo de ciertas ciencias sociales, el debate se mueve en un nivel conjetural que, si se tiene conciencia de él, impide que pretendamos hacer de nuestras opiniones al respecto verdades del mismo nivel de certeza que las anteriores consideradas *in abstracto.* Y esto que digo es un resultado directo de la concepción popperiana-hayekiana de la epistemología de las ciencias sociales, que pocos tienen en cuenta al presentar su opinión como una verdad con un nivel similar de certeza a lo que puede ser una demostración metafísica (de la existencia de Dios, por ejemplo) o praxeológica (de la utilidad marginal, por ejemplo), para dar dos casos que cubran el espectro dual de lectores de este ensayo.

Así, yo, personalmente, estoy totalmente abierto hacia una conjetura que me explique de qué modo el mercado libre puede solucionar todas las externalidades negativas, internalizándolas, y de qué modo el mercado libre puede ir privatizando todos los bienes públicos (es más, nosotros mismos, en *El humanismo del futuro,* hemos realizado una conjetura de ese tipo); estoy enteramente abierto también a que *conjeturalmente* me demuestren que incluso la administración de justicia puede privatizarse. Creo que Hayek también estaría totalmente abierto a ello. Lo que él seguramente contestaría es que sería una pretensión constructivista afirmar tales programas de investigación como demostraciones necesarias y estrictas, que puedan hacer abstracción de todas las variables de la naturaleza humana, de la historia y de la evolución posible de las ciencias sociales —entre ellas la economía—, que no son cerradas, acabadas y perfectas como la lógica que Kant deseaba.

Por lo tanto, no es cuestión de cuál es el contenido concreto de la propuesta teórica y práctica que se afirme —por ejemplo, que la justicia puede ser privada—, sino la actitud *epistemológica* con que se la afirma.

Quien lo haga con la misma certeza que deben manejarse principios morales básicos e intemporales, cae sin darse cuenta en el constructivismo criticado por Hayek y desconoce la limitación del conocimiento que el dentista social tiene.

Aclarado esto, pasemos a nuestra reflexión final.

Reflexión final

Con este trabajo cerramos una especie de ciclo, en el cual hemos demostrado la ausencia de contradicción entre el eje central del pensamiento de tres autores liberales clásicos —Mises, Popper y Hayek—[83] y la filosofía cristiana fundamental.

Estas demostraciones no constituyen el eje central de nuestra vida contemplativa. Surgen, más bien, de una preocupación moral: estamos convencidos —como Popper—[84] de la responsabilidad moral del intelectual sobre su prójimo. Las aparentemente inocentes lucubraciones abstractas tienen consecuencias muy directas sobre la vida de cada persona.

Los aportes del eje central del pensamiento de Hayek tienen, en nuestra opinión, una importancia básica para la paz y para el bienestar de todos los hombres. No porque sus propuestas signifiquen aquellas promesas de paraísos terrenales que concluyen en infiernos, sino porque postulan un sistema social posible, perfeccionable, que no produce un paraíso, pero que puede implicar el mejoramiento progresivo de instituciones que impidan que este mundo ya difícil se convierta en un total infierno.

En este sentido, cabe recordar la enorme cantidad de seres humanos que, debido a ideas equivocadas, *mueren* debido a infrahumanas condiciones de vida, o terminan sus días en la cárcel de algún delincuente autodesignado jefe de Estado que se creyó el salvador del mundo. La

[83] El trabajo respecto de Mises lo hemos hecho en la tesis citada en la nota 1 (Gabriel J. Zanotti, "Fundamentos filosóficos y epistemológicos de la praxeología", *Libertas,* 13); en "La filosofía cristiana y el pensamiento de Ludwig von Mises", *Libertas* (5 octubre 1986), y en "Ludwig von Mises y la filosofía cristiana". *Estudios Públicos* 21 (verano 1986). Respecto de Popper, lo hemos hecho, en parte y muy resumidamente, en "Epistemología contemporánea y filosofía cristiana", *Sapientia,* 180 (1991), UCA, Buenos Aires; y, más extensa y detalladamente, en el libro "Popper: Búsqueda con esperanza", inédito (1991).

[84] Véase la conferencia de Karl Popper, "Tolerancia y responsabilidad intelectual" [mayo 1981] en el libro *Sociedad abierta, universo abierto* (Madrid: Tecnos, 1984).

correcta fundamentación última de los aportes de Hayek en la filosofía cristiana fundamental ayudará a mostrar el error de aquellos creyentes que piensan encontrar una imagen del paraíso en utopías totalitarias (y esto, en 1993 de ningún modo ha concluido). Eso no impedirá absolutamente que las atrocidades referidas sigan ocurriendo.

Simplemente, habremos hecho algo para enfrentarlas. □

HAYEK Y LA INVESTIGACION HISTORICA: ALGUNAS REFLEXIONES*

Ezequiel Gallo

En este artículo se analiza la contribución de F. A. von Hayek al debate historiográfico contemporáneo. En la primera parte se discute la importancia de las reflexiones de Hayek sobre el problema del conocimiento y su utilidad para la investigación histórica. El tema se ilustra con estudios del autor sobre la expansión de la frontera agrícola en el siglo XIX y el papel jugado en ese proceso por productores de muy modesto origen social. En la segunda parte se abordan ciertos aspectos de la obra epistemológica de F. A. von Hayek, analizándose dos etapas de su pensamiento sobre el tema: una primera signada por la clara influencia de la escuela de la comprensión; la siguiente por la aceptación de las propuestas metodológicas de Karl Popper. El autor concluye señalando que ambas etapas son compatibles entre sí y que la propuesta global ofrece un punto de partida fértil para intentar una conciliación entre dos tradiciones epistemológicas contrapuestas.

EZEQUIEL GALLO. Ph. D. en Historia, Universidad de Oxford. Investigador y profesor del Instituto Torcuato Di Tella, del Centro de Estudios Internacionales de la Universidad de Belgrano y de la Escuela Superior de Economía y Administración de Empresas (Eseade). Consejero del Centro de Estudios Públicos. Entre sus libros destacan *La formación de la Argentina moderna* (Paidós, 1968); *La República Conservadora* (Paidós, 1973); *La Argentina del ochenta al centenario* (Editorial Sudamericana, 1980); *La pampa gringa* (Editorial Sudamericana, 1984). En *Estudios Públicos* (Nos 21, 27 y 30, respectivamente) pueden encontrarse sus trabajos: "Notas sobre el liberalismo clásico", "Tradición liberal argentina" y "La Ilustración escocesa".

* Versión revisada del trabajo presentado en el seminario "El significado de la obra de Friedrich A. von Hayex" que organizara el Centro de Estudios Públicos los días 4 y 5 de agosto de 1992.

Friedrich A. von Hayek será recordado por sus contribuciones a la teoría económica y a la ciencia política. Es posible que sus reflexiones epistemológicas resulten también de algún interés porque, entre otras cosas, constituyen el nexo necesario para unir sus aportes a la economía con sus planteamientos en el ámbito político-institucional. En este trabajo intentaremos rescatar una dimensión menos conocida de la obra de Hayek, verbigracia, su contribución, al quehacer historiográfico.

Ciertamente el tema no es central en el pensamiento de nuestro autor, quien no escribió ningún trabajo referido específicamente al problema. Pero su obra está plagada de referencias que resultan de interés para la elucidación de distintos aspecto que conciernen a la investigación histórica. Hayek fue explícito en la importancia que otorgaba al conocimiento histórico en la configuración de las ideas y creencias vigentes en el mundo contemporáneo:

> Por ello, probablemente, los historiadores influyen sobre la opinión pública de manera más inmediata y completa que los tratadistas políticos que lanzan nuevas ideas. Es más, parece que tales nuevas ideas generalmente no penetran en amplios círculos en su forma abstracta, sino más bien a través de su interpretación de determinados hechos. En este sentido, el poder directo sobre la opinión pública está por lo menos un paso más cerca del historiador que del teórico.[1]

Es conocida también su preocupación por encabezar sus reflexiones teóricas con breves ensayos historiográficos sobre el tema específico que se proponía abordar. Algunos de estos ensayos constituyen ejemplos muy interesantes de lo que puede esperarse de la historia de las ideas para una mejor comprensión de temas contemporáneos. Para Fritz Machlup "(...) algunos ejemplos de esas historias de las ideas en miniatura son los ensayos sobre las doctrinas en las teorías del dinero y los precios, la creación del crédito bancario, el ahorro forzoso y la moneda (...)".[2]

La sensibilidad histórica puesta de manifiesto en los trabajos mencionados en el párrafo anterior no resulta sorprendente en un autor que ha colocado en el centro de su teoría una visión evolucionista del cambio

---

[1] "Historia y Política", en F. A. von Hayek (comp.), El Capitalismo y los historiadores (Madrid: 1974, [1e^{ra} ^{e}dición 1954]), p. 10.

[2] F. Machlup, "Hayek's Contribution to Economics", en F. Machlup (comp.), Essays on Hayek (Michigan, Hillsdale: 1976). Aparte de estos ensayos existen otras contribuciones dispersas sobre el pensamiento de autores como Mendeville, Hume, Smith, Ferguson, Menger, Mill, y otros.

social. Las reflexiones historiográficas están, por lo tanto, estrechamente ligadas al conjunto de su obra. En las páginas que siguen intentaré ilustrar su contribución a los debates historiográficos a través de dos instancias significativas. La primera se refiere a la utilidad de una de sus contribuciones a la teoría social y la segunda a su participación en el debate epistemológico contemporáneo.

1. El problema del conocimiento

La contribución de Hayek a este tema es uno de sus aportes más distintivos y conocidos a la teoría social. Es, quizás, el que mayor posibilidad tiene de perdurar en el tiempo. Su preocupación con el problema surgió en los años treinta durante el conocido debate sobre la posibilidad del cálculo económico en una comunidad socialista y recorrió, desde entonces, su vasta producción científica.[3]

A los efectos de este trabajo interesa señalar tres conclusiones que se desprenden de su análisis del tema: 1) El progreso de una comunidad depende, en buena medida, de la utilización más adecuada que se haga del conocimiento contenido en esa misma comunidad. 2) Ese conocimiento se encuentra disperso entre los distintos miembros de la comunidad, cada uno de los cuales tienen "porciones" del mismo que no son poseídas por los demás. Sowell ha ilustrado bien el caso:

> La persona que puede manejar con éxito una gasolinera, o incluso una estación de servicio completa, probablemente sabe poco o nada sobre la estructura molecular del petróleo, y un químico molecular está igualmente poco y mal informado sobre los problemas de las finanzas, mezclas, ubicación y otros factores que determinan el éxito o el fracaso de una estación de servicio, y ambos, el gerente y el químico, probablemente ignoran casi todo lo que se refiere a los principios geológicos que determinan el mejor camino y los mejores lugares para explotar la existencia de petróleo, o las complejidades financieras e inversiones especulativas que pagan este proceso caro y riesgoso.[4]

---

[3] La participación de Hayek en el debate mencionado en el texto puede verse en la introducción a la obra colectiva, Collectivist Economic Planning, Critical Studies on the Possibilities of Socialism, editado por F. A. von Hayek (Londres, 1935).

[4] Thomas Sowell, Knowledge and *Decisions (Nueva Yo*rk, 1980), p. 48. El trabajo de Sowell es la elaboración más sugestiva publicada hasta ahora de las ideas de Hayek acerca del conocimiento social.

Finalmente, el conocimiento útil contenido en una sociedad no se agota, ni mucho menos, en el saber científico. Para Hayek hay otro tipo de conocimiento igualmente crucial para el progreso social:

> Hoy es casi una herejía sugerir que el conocimiento científico no es la suma de todo el conocimiento. Pero una ligera reflexión muestra que no hay duda de que existe un cuerpo de conocimientos muy importantes pero desorganizados que no pueden ser llamados científicos en el sentido de conocimiento de reglas generales: el conocimiento de las circunstancias particulares de tiempo y lugar. Con respecto a esto último, prácticamente cada individuo tiene ciertas ventaja sobre todos los otros porque posee información única sobre qué uso benéfico se podría hacer con esta información, pero dicho uso sólo puede lograrse si las decisiones que le siguen son hechas por él o con su activa cooperación. Sólo tenemos que recordar cuanto tenemos que aprender en cualquier ocupación después de haber completado nuestro entrenamiento teórico, qué parte importante de nuestra vida profesional la pasamos aprendiendo trabajos particulares, y qué importante ventaja en todos los caminos de la vida es el conocimiento de la gente, de las condiciones locales y de las circunstancias especiales.[5]

Estas reflexiones resultan de sumo interés para evaluar el impacto de las distintas acciones individuales que confluyen en el proceso de cambio social. La importancia de estas acciones es frecuentemente minimizada por la influencia de teorías que han resaltado el papel decisivo de factores económicos, de condicionantes geográficos o étnicos o de actores colectivos escindidos de los individuos que los integran. Cuanto más, algunos estudios continuaban aferrados al papel significativo de algunos grandes personajes en la generación de cambios históricos relevantes. La contribución de Hayek al tema del uso del conocimiento permite, por el contrario, revalorizar el impacto producido por la acción de muchos individuos de distinta condición en los procesos de cambio económico y social y, además, tener una visión más amplia de la naturaleza de la función empresarial. En las páginas que siguen intentaré ilustrar brevemente este punto con un ejemplo extraído de mis propias investigaciones históricas.

Durante la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del XX un grupo de países jugó un papel significativo en la economía internacional.

---

[5] F. A. von Hayek, "The Use of Knowledge in Societys, en F. A. von Hayek, Individualism and Economic Order (Chicago, 1980 [1era edición, 1948]). En esta colección de ensayos se incluyen, también, "Economics and Knowledge" (1936), el primer trabajo donde Hayek plantea sistemáticamente el problema del conocimiento.

Estos países (Estados Unidos, Canadá, Australia, Argentina, etc.), se caracterizaron por la existencia de grandes espacios abiertos ("fronteras") y por su escasa población. El estudio de estas regiones estuvo mucho tiempo dominado por la gran influencia que ejerció el trabajo, ya clásico, del historiador estadounidense F. Turner ("The Significance of the Frontier in American History").[6]

Para Turner el rápido crecimiento económico de los Estados Unidos en el siglo XIX se había originado en la posesión de estos vastos espacios libres y su posterior incorporación al proceso productivo. La revolución de los medios de transportes y la adición de mano de obra vía la inmigración habrían sido los dos factores auxiliares que coadyuvaron en dicho proceso de crecimiento. Como surge de lo expuesto, la tesis estaba impregnada por un fuerte determinismo geográfico, ya que la "frontera" era algo dado por la naturaleza *(nature-given)* y los factores humanos jugaban un papel meramente pasivo.[7]

La influencia de la tesis de Turner se hizo sentir aun fuera de los Estados Unidos. En el caso argentino se argumentó que el factor "frontera" resultaba crucial para explicar tanto la rápida expansión económica producida a partir de 1870 como la posterior declinación iniciada luego de la Segunda Guerra Mundial. Otros factores, como la modificación en las reglas institucionales, pasaban de esa manera a jugar un papel insignificante en la explicación del comportamiento económico del país.[8]

Una explicación alternativa me fue sugerida por mis propias investigaciones sobre la evolución de la frontera agrícola argentina. En primer lugar, esa frontera era sólo parcialmente un factor "dado" por la naturaleza, sino que, por el contrario, debió ser "descubierto" por el hombre. Hasta la década del sesenta del siglo pasado, esas tierras eran consideradas poco aptas para el cultivo de cereales, una creencia basada en el voluminoso y

---

[6] El trabajo de Turner fue conocido por primera vez en 1893. Una edición más reciente del mismo puede verse en George Roger Taylor (comp.), The Turner Thesis (Boston, 1956). Turner estaba muy influido por el entonces popular economista italiano A. Loria. Cfr. L. Benson, Turner y Beard, American *Historical Writing Reconsidered (Illinois, 1960).*

[7] En rigor, el único elemento creativo, tratado muy al pasar por Turner, se vincula a los cambios ocurridos en los sistemas de transporte. El papel otorgado a los inmigrantes y otros ocupantes de la frontera es, como se dice en el texto, meramente pasivo.

[8] El ejemplo más elaborado para el caso argentino puede verse en G. Di Tella y M. Zymelman, Las etapas del crecimiento económico argentino (Buenos Aires, 1967). Una interpretación similar, aunque desde un ángulo diferente, ya estaba presente en J. Ortega y Gasset, "Meditaciones del pueblo joven" (1937), editado ahora con otros ensayos, y con el mismo título, en Madrid (1980).

erudito trabajo del geólogo alemán H. Burmeister sobre las características del suelo pampeano. Fueron modestos agricultores inmigrantes los que a través de un largo y a veces penoso proceso de experimentación localizaron las zonas aptas para los cultivos cerealeros. En segundo lugar, a través de un proceso similar esos mismos inmigrantes fueron introduciendo innovaciones en el tamaño de las explotaciones, en el instrumento agrícola, en los sistemas de comercialización, etc., para adaptar esos factores, tan disímiles a los que habían conocido en sus países de origen, a las características de la nueva frontera. En tercer término, procesos similares permitieron modificar sustancialmente la calidad de las pasturas para permitir la cría de ganado refinado y la posterior exportación de carnes rojas al mercado europeo.[9]

La frontera argentina que posibilitó la rápida expansión económica de aquella época (c. 1870-c. 1930) era algo radicalmente diferente a lo que había sido hacia mediados del siglo XIX. Esa gran diferencia sólo puede ser explicada por la presencia de todas esas innovaciones descritas anteriormente. Los inmigrantes, por lo tanto, no sólo agregaron *inputs* mecánicos y pasivos de trabajo –como estipula la tesis de Turner–, sino que aportaron, especialmente, capacidad empresarial e iniciativa para recrear una frontera cuya potencialidad productiva había sido ignorada con anterioridad. No está de más agregar que esas innovaciones fueron posibilitadas por la existencia de un marco jurídico-institucional que no inhibía ni restringía procesos riesgosos de prueba y error.[10]

La conclusión precedente está basada en dos fértiles intuiciones hayekianas. La primera es la importancia decisiva del conocimiento no-científico en esos procesos de experimentación e innovación.[11] Inmigrantes muy modestos, muchos de ellos analfabetos, fueron quienes cumplieron el papel más destacado en aquel ciclo de rápido cambio social. En segundo término, el papel crucial que juega el marco institucional en la generación y consolidación de esos ciclos expansivos, factores ambos que fueron dejados de lado por Turner y sus discípulos en otras latitudes.

---

[9] Cfr. E. Gallo, La pampa gringa (Buenos Aires, 1983).

[10] Cfr. E. Gallo, "Frontiera, Stato e inmigrante in Argentina, 1855-1910", en Altre Italia, Torino, noviembre, 1991.

[11] En rigor el resultado resulta algo paradójico. Una tesis científica errónea (la de Burmeister) fue corregida por la experimentación de sencillos "farmers", algunos de ellos como se menciona en el texto, analfabetos.

2. *Verstehen*

F. A. Hayek participó activamente en los debates epistemológicos contemporáneos. Centró su atención en aquellos aspectos que se refieren específicamente a las ciencias sociales. Sus aportes al tema tienen, en muchas ocasiones, referencias de interés para la labor historiográfica y aportan sugestivas consideraciones sobre el *status* científico de la disciplina.

Antes de entrar directamente en materia, resulta conveniente subrayar dos posiciones de Hayek que subyacen a toda su obra metodológica y epistemológica. La primera está estrechamente vinculada al tema del conocimiento y se expresa en la convicción de que la ignorancia y, en consecuencia, la incertidumbre, son aspectos centrales e invariables en las relaciones entre los seres humanos. La otra posición es de raigambre metodológica y se vincula con su conocida posición en el debate que contrapuso a "individualista" y "colectivistas" metodológicos. En uno de sus primeros libros (1931) Hayek ya había sostenido que "en realidad ni los agregados ni los promedios actúan los unos sobre los otros",[12] es decir, las correlaciones entre los mismos no prueban relaciones causales. Estas últimas sólo pueden ser establecidas si lo que afirmamos sobre los "agregados" es válido también para los seres humanos que los integran. En el campo económico esta posición implica que no hemos completado una explicación satisfactoria hasta que no logramos fundamentar nuestras afirmaciones macroeconómicas en la teoría microeconómica. Lo mismo podría afirmarse en teoría social con la utilización de construcciones colectivas como nación, clase social, etc., conceptos que pueden ser útiles en nuestros imprescindibles afanes clasificatorios, pero que no tienen vida independiente a los individuos que los componen.[13]

La posición de Hayek en el debate epistemológico no fue uniforme en el tiempo. En una primera etapa, que se extiende hasta comienzos de los años cincuenta, el autor parece adherir a las tesis de la escuela de la comprensión *(Verstehen)* representada por figuras como Dilthey, Rickert, Weber, Croce y Collingwood. Las posiciones de esta escuela podrían resumirse

---

[12] F. A. von Hayek, Prices and Pro*duction (Nueva* York, 1931), p. 4.

[13] La posición de Hayek sobre el tema en F. A. von Hayek, The Counter-Revolution of Science: Studies on the Ab*use of Reason (Indianápoli*s, 1979 [1era edición 1952]), pp. 93-111. Una muy útil recopilación sobre el debate mencionado en el texto es la de John O'Neill, Modes of Individualism and Colectivism (Londres, 1973). Para un análisis de la dificultades que surgen en la utilización de agregados colectivos como clase social, véase F. Korn, Clases sociales o la pereza de contar hasta catorce: Cuatro ensayos (Buenos Aires, 1988).

esquemáticamente en los siguientes puntos: 1) Existe una diferencia sustantiva entre el objeto de estudio de las ciencias físico-naturales y el de las disciplinas humanistas y sociales. La diferencia surge del hecho de que el hombre es un ser libre y como tal, impredecible; 2) Esta diferencia debe reflejarse en una distinción también radical en los métodos con que se estudian ambos objetos. Existe aquí, por lo tanto, un rechazo al ideal de la unidad de método para todas las ramas del conocimiento; 3) El método de las ciencias sociales y humanas debe basarse en la existencia de una simetría entre investigador y objeto de estudio (ambos son seres humanos), y no es otro que el de la comprensión empática. Existen, desde luego, diferencias significativas entre los autores que integran esta escuela. Interesa aquí rescatar la posición de Collingwood en referencia al tercer punto. Para este autor el esfuerzo comprensivo sólo puede dirigirse al pensamiento, o a las ideas, del individuo o individuos estudiados, quedando excluidos, por lo tanto, emociones, sentimientos, etc., de la tarea investigativa.[14] El trabajo de Collingwood es, además, útil para nuestro tema porque sus reflexiones están dirigidas a la investigación histórica.

La inclinación de Hayek hacia esta posición quedó claramente reflejada en un artículo no demasiado conocido, "The Facts of the Social Sciences" (1942).[15] La inclinación queda reflejada cuando tras señalar que el progreso científico en las ciencias físicas ha estado vinculado en un progresivo alejamiento de explicaciones antropomórficas se pregunta: "¿Quiere esto decir que no debemos tratar al hombre antropomórficamente? (...) ¿no es esta una extrapolación absurda de tendencias pasadas?".[16] Hayek, sin embargo, nunca fue tan tajante como otros miembros de la escuela de la comprensión, y dentro de ésta su posición aparece como más cercana a la expresada por R. Collingwood.

Vale la pena detenerse un instante en estas similitudes con Collingwood. En primer lugar, la respuesta que da Hayek a la pregunta de qué son los "hechos" que estudian las ciencias sociales, aparece claramente explicitada en el siguiente pasaje:

> Tomemos, v. gr., herramientas, medicinas, armas, palabras, oraciones, comunicaciones y actos de producción, o la manifestación particular de cualquiera de ellos. Creo que éstas son muestras claras del tipo de objetos de la actitud humana que aparecen constantemente

---

[14] La mejor exposición de la posición de Collingwood es la que el mismo hace en su An Autobiography (Oxford, 1978 [1era edición 1939]).

[15] "The Facts of the Social Sciencies" fue publicado por primera vez en 1942 y se encuentra incluido en F. A. von Hayek, Individualism and Economic Order, op. cit.

> en las ciencias sociales. Puede observarse con claridad que todos estos conceptos (y lo mismo sucede con ejemplos más concretos) no se refieren a las propiedades objetivas que poseen las cosas ni a lo que el observador puede averiguar acerca de ellas, sino a las opiniones que alguna otra persona tiene sobre esas mismas cosas. Estos objetos ni siquiera pueden definirse en términos físicos, porque no hay una única propiedad física que el miembro de una clase deba poseer. Además, estos conceptos no son meras abstracciones como las que empleamos en las ciencias físicas; en ellos se hace abstracción de todas las propiedades físicas de las cosas mismas. Todos ellos son ejemplos de lo que suele denominarse "conceptos teleológicos", es decir, pueden definirse únicamente indicando las relaciones entre tres términos: un fin, alguien que persigue ese fin y un objeto que la persona considera como medio apto para alcanzar ese fin. Si así lo deseamos, podemos decir que todos estos objetos se definen no en términos de sus propiedades "reales", sino de las opiniones que las personas tienen acerca de ellos. En resumen, en las ciencias sociales las cosas son lo que las personas creen que son. El dinero es dinero, una palabra es una palabra, un cosmético es un cosmético, solamente y en la medida en que alguien piense que lo son".[17]

Esta afirmación tiene bastante identidad con lo establecido por Collingwood: "[D]ado que la historia correctamente entendida es historia del pensamiento, no existen menos meros eventos; lo que inapropiadamente llamamos un 'evento' es en realidad una acción que expresa algún pensamiento (intención, propósito). La tarea del historiador es, por lo tanto, la de identificar ese pensamiento. Para el arqueólogo esto significa que todos los objetos deben ser interpretados en términos de propósitos. Cada vez que se encuentra un objeto la pregunta debe ser ¿para qué era?".[18]

En segundo término, y como se señaló anteriormente, dentro de la tradición *Verstehen* esta operación es factible por la ya apuntada simetría entre investigador y objeto de estudio, y en el caso de Collingwood, más específicamente, por la similitud en la configuración de nuestras mentes. La posición de Hayek al respecto es muy clara:

> ¿Cómo podemos llegar a saber que una persona sustenta ciertas creencias acerca del medio que la rodea? ¿Qué queremos denotar cuando decimos que sabemos que tiene ciertas creencias, por ejemplo, que usa una herramienta o tal o cual gesto como medio de comunicación? ¿No referimos solamente a lo que de hecho observamos en un caso particular, por ejemplo, que lo vemos masticando y

---

[16] Ibídem, p. 65.
[17] Ibídem, p. 59.
[18] R. Collingwood, op. cit., pp. 127-128.

> tragando su alimento, empuñando un martillo o emitiendo sonidos? O más bien, cuando decimos que "comprendemos" las acciones de una persona, cuando nos referimos al "por qué" está haciendo esto o aquello, ¿no le estamos imputando algo que trasciende lo que podemos observar, al menos lo que podemos observar en ese caso particular?
> Si consideramos brevemente las clases de acciones más sencillas en las que se presenta este problema, observaremos en seguida que, al analizar lo que para nosotros son acciones conscientes de otras personas, invariablemente las interpretamos sobre la analogía de nuestra propia mente.[19]

Hay un tercer aspecto, finalmente, donde es posible encontrar afinidades entre ambos autores. Es conocida la posición de Collingwood respecto de que toda investigación histórica comienza con una pregunta, la que surge de una conjetura (o teoría) previa que tenemos sobre el tema a estudiar. La procedencia de la teoría es igualmente explicitada por Hayek en relación directa a la investigación histórica:

> Entonces, en el sentido en que empleo el término, la teoría social precede lógicamente a la historia: explica los conceptos que ésta debe emplear. Por supuesto, esto no es inconsistente con el hecho de que el estudio histórico con frecuencia obliga al teórico a revisar las construcciones o a proveer otras nuevas en función de las cuales podrá organizar la información que encuentra. Pero en la medida en que el historiador habla, no sólo sobre las acciones individuales de personas particulares, sino acerca de lo que de alguna manera podemos llamar fenómenos sociales, sus hechos pueden explicarse como de determinada clase únicamente en función de una teoría de cómo se relacionan sus elementos. Los complejos sociales, los conjuntos sociales que analiza el historiador, nunca están dados como lo están las estructuras persistentes en el mundo orgánico (animal o vegetal). Los crea él mismo en un acto de construcción o interpretación, una construcción que, para la mayoría de los fines, se realiza en forma espontánea y sin ningún aparato elaborado.
> Empero, en lo que respecta a fenómenos tales como los idiomas, los sistemas económicos o los cuerpos jurídicos, estas estructuras son tan complicadas que no se las podría reconstruir sin la ayuda de una técnica elaborada, porque se correría el peligro de equivocarse y de caer en contracciones".[20]

---

[19] F. A.von Hayek, "The Facts of *the Social Sciencies", op. cit., p. 66.*

[20] Ibídem, pp. 70-1. Es interesante señalar que ninguno de los dos autores parece haber tenido el conocimiento del trabajo del otro. Ambos ensayos fueron publicados en épocas muy cercanas.

Este tercer aspecto ayuda, en mi opinión, a introducirnos en una segunda etapa en las reflexiones epistemológicas de Hayek, una segunda etapa que no compartirá con Collingwood. En lo que sigue intentaré, primero, describir esta nueva instancia para inquirir luego si la misma implica el abandono de lo descrito anteriormente o si, por el contrario, es posible compatibilizar a ambas posiciones.

3. La teoría de los fenómenos complejos

En un artículo publicado en 1955 Hayek afirma lo siguiente:

> La concepción de la ciencia como un sistema hipotético deductivo ha sido expuesta por Karl Popper de una manera que resalta algunos puntos muy importantes. Ha planteado claramente que *todas las ciencias teóricas* son esencialmente deductivas, que no existe un procedimiento lógico llamado inducción que nos conduzca de la observación de hechos a la formulación de reglas generales, y que las últimas son el producto de actos creativos de la mente que no pueden ser formalizados. [Popper] ha enfatizado también el importante punto de que las conclusiones derivadas de las teorías tienen esencialmente una naturaleza prohibitiva: ellas prohíben la ocurrencia de cierta clase de eventos y nunca pueden ser verificadas definitivamente, sólo pueden ser progresivamente confirmadas por intentos persistentemente fracasados por probar las erróneas. *En lo que sigue, esta parte del argumento será aceptada.* (Las itálicas son mías.)[21]

Lo primero que salta a la vista en la cita precedente es la aceptación lisa y llana de la idea de la unidad del método en su vertiente popperiana. Es claro, por lo tanto, que Hayek se aleja significativamente aquí de un postulado central de la escuela de la comprensión. Esta posición la mantendrá por el resto de su vida.

La aceptación de las ideas de Popper no es meramente pasiva. La preocupación de Hayek en este sentido sigue siendo la de establecer las diferencias entre ambas disciplinas del saber (físico-naturales y sociales) y analizar las consecuencias que se derivan de tales diferencias. Sigue habiendo, por lo tanto, una preocupación casi obsesiva por rechazar toda imitación servil de los métodos utilizados por las ciencias que estudian los fenómenos naturales. Aceptada la tesis central de Popper, la tarea de Hayek

---

[21] "Degrees of Explanation" (1955) en F. A. Hayek, Studies in Philosophy, Politics and Economi*cs (*Londres, 1967), p. 4.

consistirá por un lado en un intento de adecuarla a las ciencias humanas y sociales, y por el otro, de criticar severamente lo que denominó "las interpretaciones positivistas y operacionalistas de la tesis hipotética-deductiva".[22]

El título del artículo ("Degrees of Explanation") apunta claramente a la tesis central de Hayek. Las diferencias existentes en el objeto de estudio llevan necesariamente a diferencia en los modelos explicativos que es adecuado utilizar. ¿Cuáles son esas diferencias en el objeto de estudio? La respuesta es compleja y variada, pero aquí me detendré en el punto que creo relevante para el historiador.

Un segundo artículo publicado en 1964 tiene también un título que indica claramente la respuesta a nuestro interrogante: "The Theory of Complex Phenomena". Puesto en forma muy rústica y sencilla, para Hayek el investigador social debe tener en cuenta una cantidad significativamente mayor de variables que el estudioso de los fenómenos de la naturaleza.[23] El punto sería reiterado años después con mayor firmeza y claridad:

> [L]as ciencias sociales, como buena parte de la biología pero al revés de gran parte de las ciencias físicas, deben manejarse con estructuras de una complejidad *esencial*, cuyas propiedades características sólo pueden ser exhibidas por modelos que incluyen un número relativamente grande de variable. La competencia, por ejemplo, es un proceso que solamente produce ciertos resultados si tiene lugar entre un número relativamente grande de personas actuantes".[24]

El problema, para Hayek, no estriba exclusivamente en la cantidad de variables que deben ser tenidas en cuenta por el investigador. Casi más importante es la forma en que esas variables se relacionan entre sí:

> En algunos campos (...) las dificultades pueden superarse usando, en vez de información sobre los elementos particulares, datos sobre la frecuencia relativa o la probabilidad de la aparición de diferentes propiedades distintivas de los elementos individuales. Pero esto solamente se puede aplicar (...) en casos de fenómenos de "complejidad desorganizada", en contraste con aquellos de "complejidad organizada" con los cuales debemos enfrentarnos en las ciencias sociales. En este contexto, "complejidad organizada" significa que el carácter de las estructuras que la exhiben depende no solamente de las pro-

---

[22] Ibídem, nota en página 4.

[23] "The theory of Complex Phenomena", en F. A. von Hayek, Studies in Philosophy, Politics and Economics, op. c*it., pp.* 22-42.

[24] "The pretence of Knowledge" (1975), en F. A. Hayek, New Studies in Philosophy, Politics, Economics a*nd the History of Ideas (Londres, 1976), p. 2*6.

> piedades de los elementos individuales que la componen, o de la frecuencia relativa con que aparecen, sino, también, con la manera con la que dichos elementos se relacionan entre sí".[25]

La existencia de una "complejidad organizada" acarrea problemas considerables para la investigación social. Esta situación se ilustra claramente con los métodos experimentales que se han utilizado para contrastar teorías o generalizaciones explicativas. El método comparativo o la reciente utilización de hipótesis contrafactuales son dos instancias claras al respecto. La experimentación procede generalmente con la sustitución de un elemento individual del conjunto original y su reemplazo por uno nuevo, para observar luego los cambios producidos dentro de aquel conjunto. El problema estriba en que la remoción del primer elemento produce cambios significativos en el conjunto, con lo cual la introducción del nuevo se hace en un "mundo" diferente del original. Esto reduce considerablemente, como es obvio, el grado de comparabilidad entre ambos conjuntos y dificulta la evaluación del papel jugado por ambos elementos individuales (el viejo y el nuevo). Ambos procedimientos (el método comparativo y el uso de hipótesis contrafactuales) son útiles para diversos propósitos pero tropiezan con serias dificultades para establecer relaciones causales.[26]

¿De qué manera afecta lo anterior la capacidad predictiva de las ciencias sociales? Nuevamente en este punto Hayek da una respuesta matizada. Comienza por aceptar la tesis popperiana de que explicación y predicción son parte del mismo proceso lógico, pero sostiene que las predicciones que pueden esperarse de las ciencias sociales son significativamente diferentes de las que provienen del otro grupo de disciplinas. Quedan por empezar, excluidas predicciones de eventos singulares o de fenómenos específicos, pero son legítimas aquellas que se refieren al "tipo" de fenómenos *(kind of phenomena)* que pueden emerger. Dadas ciertas condiciones iniciales, se podría anticipar, por ejemplo, un alza general de precios, pero nunca cuáles son los precios individuales que van a subir y, mucho menos, las magnitudes de la variación.

---

[25] Ibídem, p. 26.

[26] Los problemas que surgen en la aplicación del método comparativo los he discutido en "El método comparativo en historia: Argentina y Australia (1850-1914)", en J. Fogarty et al. (comp.) Argentina y Australia (Buenos Aires, 1979). La utilización de hipótesis contrafactuales es un elemento distintivo de la denominada "New Economics History". Para una exposición de sus principios metodológicos cfr. R.. Fogel, The Economic History Review (2nd series), XIX, 1966. Para una interesante crítica cfr. M. Desai, "Some Issues in the Econometric History", The Economic History Review (2nd series), XXI, 1968.

El segundo tipo de predicciones que Hayek considera legítimas son las que denomina "negativas", es decir, aquellas que no anticipan lo que va a suceder, sino que señalan el tipo de eventos que "no" son esperables en función de la teoría o las generalizaciones utilizadas:

> [N]o se podría decir que estas teorías no conducen a predicciones, y que su valor no descansa en lo que son capaces de predecir. Las predicciones, sin embargo, son tan diferentes a lo que habitualmente se entiende por el término que no sólo el físico sino también el hombre común podría dudar antes de aceptarlas como tales. Son generalmente predicciones negativas de que determinadas cosas no pueden suceder, y más frecuentemente, de que determinados fenómenos no pueden ocurrir al mismo tiempo".[27]

Hayek considera útiles esta clase de predicciones, especialmente las que indican incompatibilidades entre fenómenos, y llega a sostener que en algunos casos las anticipaciones negativas pueden resultar más valiosas que las que apuntan a la ocurrencia de un fenómeno específico: "La información de que no voy a encontrar agua en determinada travesía puede resultar más útil que el conocimiento positivo de que voy a encontrar determinadas cosas".[28]

Hayek duda, a mi entender, acerca de la naturaleza de estas predicciones. En algunas ocasiones sostiene que el término más adecuado sería el de "orientación", apuntando, se me ocurre, al carácter más ambiguo y asistemático de las mismas. En algún otro pasaje sostiene que son más incompletas pero no menos ciertas que las que son habituales en las ciencias "físico-naturales": "Son más inciertas en el sentido de que dejan un margen mayor de incertidumbre porque dicen menos acerca del fenómeno estudiado, no en el sentido de que lo que pueden decir sea menos cierto".[29]

Cualquiera sea la posición respecto de este problema, parece indiscutible que esta etapa en el pensamiento epistemológico de Hayek podría resumirse en tres aspectos centrales: 1) la aceptación explícita de la idea de que existe un solo método para las dos ramas del conocimiento; 2) que subsisten, sin embargo, diferencias importantes entre ambas, y que esas diferencias están arraigadas en la disimilitud de los objetos estudiados, y 3) que la mayor consecuencia de esta situación se refleja en que las predicciones de los cientistas sociales dejan un campo mucho más amplio de incerti-

---

[27] "Degrees of Explanation", op. cit., pp. 16-17.
[28] Ibídem, p. 10.
[29] Ibídem, p. 17.

dumbre, y están, por lo tanto, más expuestas a contraejemplos que las que efectúan quienes estudian fenómenos naturales.

Lo expuesto anteriormente sobre las predicciones tiene importancia para la explicación histórica. Ciertamente el historiador no predice sino que "retrodice", es decir, conociendo el resultado indaga por las causas que lo generaron. En ambos casos, sin embargo, la operación descansa en las generalizaciones (o "leyes") utilizadas y, consecuentemente, la veracidad del relato depende en buena medida de la validez de esas generalizaciones.

4. Explicación y comprensión

Corresponde ahora volver a una interrogante planteada al comienzo de esta sección, verbigracia, si el giro "popperiano" de los años cincuenta implicó un cambio sustantivo en las posiciones manifestadas en trabajos anteriores. En éstos, como se recordará, Hayek había manifestado claras simpatías por algunos de los postulados del método de la comprensión (*Verstehen*). La elucidación del interrogante no es fácil, porque Hayek sólo se refirió esporádica y muy escuetamente al problema planteado.

Un primer aspecto no ofrece mayores dudas. Hayek no comparte, ciertamente, el rechazo al ideal de la unidad del método, uno de los postulados centrales de la escuela de la comprensión. Un segundo punto de divergencia podría señalarse también, sin mayores riesgos. Para Collingwood, por ejemplo, la tarea del investigador histórico se agota en el esfuerzo de comprensión. La adhesión de Hayek al método hipotético-deductivo indica que existen más pasos en la investigación, especialmente aquellos que permiten contrastar o refutar, aún débilmente, las hipótesis en generalizaciones utilizadas.

He podido encontrar sólo dos referencias al problema en trabajos posteriores de Hayek. La primera, y la única con algún grado de elaboración, aparece en un artículo publicado en 1962 ("Rules, Perception and Intelligibility").[30] De este trabajo surgen, a mi entender, dos conclusiones. En la primera, Hayek parece rechazar la idea de que *Verstehen* constituya un método de explicación científica: "Es cierto que no existe un procedimiento sistemático que nos permita decidir en una instancia particular si nuestra comprensión del significado de la acción de otros es el correcto".[31] Esta posición había sido ya explicitada con anterioridad por otros autores, especialmente por Theodore Abel en un artículo ya clásico dedicado al tema. Este autor consideraba que la llamada (por él) "operación *Westehen*" no podía ser considerada un método científico, aunque no negaba su utilidad

en el ámbito de la construcción de hipótesis (el "contexto de descubrimiento" de Karl Popper). Hayek parece compartir también esta posición cuando afirma que "puede proveer la intuiciones que generalmente preceden a la formulación conceptual".[32]

Es posible señalar, en segundo lugar, que Hayek va más allá que Abel en la importancia que otorga al método de la comprensión. Para Hayek la operación es casi inescapable en la construcción de los "datos" que utilizamos en nuestras investigaciones sociales y, por lo tanto, "deben entrar en nuestro relato científico de los resultados de las interacciones entre muchos seres humanos".[33] Podría afirmarse, por lo tanto, que una parte no desdeñable de lo expuesto en los artículos anteriores al giro de los años cincuenta fue retenido en la obra de Hayek. Esta afirmación parece confirmada por la defensa enfática que hace de la "operación" en respuesta a algunos críticos de la misma:

> La afirmación de que la inteligibilidad de la acción humana requiere una cierta semejanza entre el actor y el intérprete de sus acciones, ha llevado al error de que esto significa que sólo un historiador con mentalidad guerrera puede analizar a Genghis Kahn o a Hitler. No necesitamos ser iguales o poseer el mismo carácter con aquellos cuyas ideas o acciones encontramos inteligibles; sólo debemos poseer los mismos ingredientes, por más diferente que la mezcla sea en instancias singulares (...). No se requiere, obviamente, que uno esté con frecuencia violentamente colérico para tener familiaridad con un *pattern* colérico o para reconocer o interpretar un carácter de la misma naturaleza".[34]

En un artículo publicado en 1973, dedicado al pensamiento económico de Carl Menger, Hayek hace una escueta y algo enigmática referencia al tema bajo consideración. Vale la pena citar el pasaje íntegramente:

---

[30] Creo que existe una cierta tensión entre la idea de predicciones ciertas pero incompletas, por un lado, y predicciones genéricas y abiertas a contraejemplos, por el otro. Hayek no analiza este interesante problema. De cualquier forma, pienso que es el segundo tipo el más utilizado en historia.

[31] "Rules, Perception and Intelligibility" (1963) en Studies, op. cit., p. 60.

[32] Ibídem, p. 83. Véase también, T. Abel "The Operation Called Verstehen" en H. Feigh et. al. (comp.), Readings in the Philosophy of Science (Nueva York, 1953). Cfr. el sugestivo análisis de K. Popper en "A Pluralist Approach to the Philosophy of History", en E, Streissker (comp.) Roads to Freedom: Essays in Honour of Friederich A. von Hayek (Londres, 1969). Con matices diferenciales significativos, la posición de Popper se acerca más a la de Abel que a la de Hayek.

[33] "Rules, Perception...", op. cit., p. 60.

[34] Ibídem, p. 50.

> Menger creía que al observar las acciones de otras personas estamos en condiciones de comprender su significado en una forma a través de la cual no podríamos comprender eventos físicos (...). Creo que todavía se puede decir mucho en este tema en favor de la posición de Menger (...). Pero como el desarrollo reciente de las técnicas de la *curva de indiferencias* y, especialmente, de las *preferencias reveladas*, diseñadas para evitar la dependencia de este tipo de conocimiento introspectivo, han demostrado que en principio las hipótesis sobre comportamiento individual que requiere la teoría microeconómica pueden ser postuladas independientemente de esas premisas "psicológicas", dejaré de lado este punto un importante (...).[35]

Hayek no hace, lamentablemente, ninguna referencia a las razones por las cuales las nuevas técnicas son un sustituto aceptable del esfuerzo comprensivo. Tampoco señala qué es lo "mucho más" que puede decirse en favor de la tradición *Verstehen.* Esto último permite sospechar, sin embargo, que su posición no había variado sustancialmente con respecto a la expresada en el artículo de 1962, donde resultaba claro el esfuerzo por retener una función no desdeñable para algunos de los aportes de la escuela de la comprensión.

5. Consideraciones finales

El debate epistemológico, parcialmente reseñado antes, se ha movido generalmente entre dos posiciones extremas: las de aquellos que postulan una identidad entre el método desarrollado por las ciencias naturales y físicas y el que utilizan los historiadores y los que, por el contrario, señalan que las diferencias en el objeto de estudio exigen la utilización de métodos radicalmente diferentes ("dualismo metodológico"). Han sido pocos los que han propuesto algún tipo de integración entre ambas posiciones; cuanto más, se han ofrecido variantes que intentaban un cierto acomodamiento a las características singulares del objeto estudiado.[36]

Pienso, sin embargo, que esa integración es necesaria para acercar el debate a la realidad cotidiana de la investigación histórica. Comparto, en líneas generales, la posición de quienes sostienen que la escuela de la comprensión no ofrece un método en el sentido estricto de la palabra. Dicho de otra manera, no provee criterios para optar entre interpretaciones encontra-

---

[35] "The Place of Menger's Grundsätza in the History of Economic Thought" (1973), en F. A. von Hayek, New Studies, op. cit., p. 277.'

[36] Un ejemplo interesante de adecuación del modelo hipotético-deductivo a la explicación histórica puede verse en P. H. Nowell-Smith, "Historical Explanation", en H. E. Kieper et al. (comp.), Mind, Science and History (Nueva York, 1970).

das de un mismo evento histórico. Creo, también, que la utilización de generalizaciones es inseparable en toda reconstrucción histórica, aun cuando las mismas se presenten en una narrativa descriptiva con bajas pretensiones analíticas. Si esto es así, esas generalizaciones son susceptibles de refutación, por más que el procedimiento deje márgenes de incertidumbre considerablemente mayores que en otras ramas del conocimiento. Contrastar las generalizaciones ofrecidas en las reconstrucciones históricas es, pues, un paso ineludible en toda evaluación crítica de las investigaciones acerca del pasado.[37]

El rechazo a la propuesta dualista de la escuela de la comprensión no implica desconocer algunos de los aportes realizados por sus miembros. En plena euforia positivista fue sumamente benéfico y realista el pertinaz llamado de atención sobre las características singulares del objeto de estudio de cientista sociales e historiadores. No de menor importancia son las observaciones de Collingwood acerca del papel central de las ideas (en la acepción más amplia del término) en la configuración del mundo social. El acceso a ese mundo de ideas parece facilitado en buena medida por esa simetría existente entre investigador y objeto estudiado, por estar ambos provistos de una mente que opera con categorías similares. Podemos, ciertamente, utilizar el término "operación" en vez de "método" para denominar este procedimiento, pero parece difícil prescindir del mismo en las tareas de recrear el pasado. En este sentido, Hayek realiza una propuesta sugerente, que merece ser profundizada, al proponer que la operación resulta crucial en la construcción de los datos de la realidad que utilizamos en nuestras investigaciones.

Las reflexiones epistemológicas de F. A. Hayek proveen, por lo tanto, elementos iniciales fértiles para intentar una reconciliación entre las dos tradiciones de pensamiento aquí consideradas. Es, por cierto, incompleta, y en algunos pasajes ambigua y dubitativa. Pero, al intentar reconciliar una visión realista del método hipotético-deductivo con los aspectos más positivos de la tradición *Verstehen,* retoma un sendero iniciado tiempo atrás por Marx Weber y, lamentablemente, dejado de lado en los debates epistemológicos de las últimas décadas.[38] □

---

[37] Cfr. Ezequiel Gallo "Lo inevitable y lo accidental en la historia", en O. Combli't (comp.), Dilemas del conocimiento histórico: argumentaciones y controversias (Buenos Aires, 1992).

[38] Max Weber es muchas veces incluido como uno de los representantes de la escuela Verstehen. Esto es correcto parcialmente, pues fue explícito en la necesidad de combinar algunos de sus postulados con principios provenientes de la otra tradición. Cfr. Mac Weber, su Methodology of the Social Sciences (Nueva York, 1949), pp. 164 y ss.

ENSAYO

EL LIBERALISMO, EL NACIONALISMO Y EL FEDERALISMO EN LOS ESCRITOS DE HAYEK*

Chandran Kukathas

Frente a planteamientos recientes en el pensamiento liberal (Rawls, Kymlicka, Gray y otros), que postulan que la diversidad y persistencia de lealtades condicionadas por factores tribales, étnicos y nacionales sugieren la necesidad de modificar, cuando no de abandonar, las concepciones liberales, Kukathas se propone establecer en este ensayo que dichas posiciones son desafortunadas e innecesarias. Sosteniendo que hoy más que nunca se requiere reafirmar los componentes de carácter universal e internacional de la concepción liberal, el autor analiza los escritos de Hayek con el fin de determinar los elementos allí contenidos que pueden aportar a la concepción liberal en su vertiente clásica.

CHANDRAN KUKATHAS. Licenciado en Ciencia Política, Universidad Nacional de Australia. Doctorado, Universidad de Oxford. Ha sido profesor de las universidades Nacional de Australia y Oxford. Actualmente es profesor titular en Ciencia Política de la Universidad de New South Wales. Entre sus libros más recientes destacan *Hayek and Modern Liberalism,* (Oxford University Press, 1989); *Rawls: A Theory of Justice and Its Critics,* (Polity Press, 1990) y *The Transition from Socialism: State and Civil Society in the USSR* (Longman Cheshire, 1991).

* Texto del trabajo presentado en el seminario "El significado de la obra de Friedrich A. von Hayek" que organizara el Centro de Estudios Públicos los días 4 y 5 de agosto de 1992. Traducido del inglés por el Centro de Estudios Públicos.

Pero ahora que el nacionalismo y el socialismo marchan unidos —no tan sólo en el nombre— en el seno de una poderosa organización que amenaza a las democracias liberales, y ahora que, aun al interior de tales democracias, los socialistas se han vuelto rabiosamente nacionalistas y los nacionalistas decididamente socialistas, ¿será exagerado confiar en un resurgimiento del auténtico liberalismo, fiel a sus ideales de libertad e internacionalismo?

F.A.Hayek, 1939.[1]

¿Es el liberalismo, como filosofía política, relevante en los tiempos modernos? ¿Tiene algo que aportarnos en este siglo marcado por el más enérgico y enfermizo repudio a los ideales liberales, ejemplificado en los regímenes de la Alemania nazi y la Unión Soviética estalinista? ¿Puede ofrecernos algo en una época en la que varias regiones del mundo se hallan convulsionadas por movimientos que propician las más diversas formas del separatismo étnico, el secesionismo e incluso la guerra fratricida? ¿Tiene sentido reconsiderar las ideas liberales frente a los sentimientos nacionalistas que hoy florecen por doquier y la impaciencia que suscitan las filosofías de la mera tolerancia? Un rasgo persistente de la obra desarrollada por Friedrich A. von Hayek en casi medio siglo de labor es su respuesta afirmativa a estas interrogantes. Todavía más: él mismo ha sostenido en todo momento que son, precisamente, condiciones como las descritas las que sugieren la necesidad de potenciar los ideales políticos liberales.

Otros autores postulan, sin embargo, que la propia diversidad y la cualidad persistente de las lealtades tribales, étnicas y nacionales sugieren la necesidad de modificar las concepciones liberales o, incluso, de dejarlas enteramente de lado como filosofía política. Así, en la obra de John Rawls observamos el repliegue del pensamiento liberal al terreno de la argumentación historicista, la cual concede que las ideas liberales pueden resultar, a la postre, apropiadas únicamente para ciertas modalidades de la democracia occidental, como la que hoy existe en Estados Unidos.[2]

[1] En "The Economic Conditions of Interstate Federalism", *Individualism and Economic Order* (Chicago: University of Chicago Press, 1980), p. 271. Este ensayo se publicó por primera vez en *New Commonwealth Quarterly*, V. Nº 2 (septiembre, 1939), pp. 131-143.

[2] Véanse los escritos más recientes de Rawls, incluidas sus conferencias en torno a Dewey, "Kantian Constructivism in Moral Theory", *Journal of Philosophy*, 1980; "Justice as Fairness: Political Not Metaphysical", *Philosophy and Public Affairs*, 1985; y "The Idea of an Overlapping Consensus", *Oxford Journal of Legal Studies*, 1987. Véase también de Chandran Kukathas y Philip Pettit, Rawls, *A Theory of Justice and Its Critics* (Oxford: Polity Press, 1990), cap. 6.

Por otro lado, en un importante trabajo del filósofo canadiense Will Kymlicka hallamos argumentos en favor de modificar la teoría liberal —para adaptarla a las demandas de las culturas minoritarias— por la vía de reconocer explícitamente los derechos grupales.[3] Y en algunos de los escritos más recientes de John Gray se plantea la idea de que el liberalismo debiera abandonarse completamente, en favor de una concepción más conservadora de nuestra situación política y moral.[4]

Este artículo apunta, en lo esencial, a dejar sentado que estos aportes recientes dentro del pensamiento liberal contemporáneo son a un tiempo desafortunados e innecesarios. Hoy más que nunca se plantea, en el área de la filosofía política, la necesidad de reafirmar los elementos esenciales del individualismo de corte liberal. Y lo que requiere hoy de una defensa más ardua son aquellos elementos de carácter universalizante e intemacionalista que contiene la concepción liberal, pues aquello que hoy, con mayor razón, precisa de la crítica filosófica son las fuerzas del particularismo y el nacionalismo. Con todo, en esta ocasión en particular quiero abordar estas cuestiones de una manera indirecta, haciendo una revisión de la obra de F. A. Hayek con el fin de determinar los elementos que ellos pueden aportarnos a la hora de reforzar la argumentación en favor del liberalismo al estilo clásico.

Los escritos políticos de Hayek se han caracterizado, desde siempre, por su cualidad antihistoricista y antinacionalista, pero es difícil rastrear en cualquier punto de su obra argumentos detallados y explícitamente contrarios a tales tendencias. Por este motivo se requiere de cierto esfuerzo para fijar su posición al respecto. En virtud de ello mi artículo se organiza del siguiente modo. En primer término ofreceré un breve recuento de la filosofía general del liberalismo que Hayek propone, señalando cuáles son sus principios fundamentales. Luego me abocaré a explicar las que, a mi entender, son las consideraciones centrales que lo llevan a adherir y luego a intentar reformular y defender una filosofía política liberal. Aquí me ocuparé del acento que él pone en las características de la "gran sociedad" como un orden abstracto, y de su propia minimización de la importancia atribuible al consenso. Luego explicaré cómo conduce esto a una dimensión de su pensamiento que suele quedar de lado, esto es, su conclusión de que la *federación* de las naciones existentes es un elemento fundamental del ideal

[3] Véase de Will Kymlicka, *Liberalism, Community and Culture* (Oxford; Oxford University Press, 1989).

[4] Véase en particular el libro reciente de John Gray, *The Moral Foundations of Market Institutions* (Londres: Institute of Economic Affairs, 1992).

político liberal. Una vez desarrollados estos puntos, abordaré directamente la pregunta de si estas ideas de Hayek, y la noción del liberalismo que ellas proponen, son defendibles. Mi respuesta definitiva es que son no sólo defendibles sino esenciales para garantizar la paz y la libertad en las circunstancias actuales. El objetivo esencial de este ensayo es el de determinar por qué.

El liberalismo filosófico de Hayek

La mejor forma de entender el liberalismo de Hayek es considerarlo una respuesta al socialismo. El rasgo definitivo de este último es, a su juicio, la pretensión de organizar la sociedad en conformidad con cierto objetivo compartido. Lo que considera inviable del ideal socialista es la creencia de que esos intentos de organizar la sociedad habrán de alcanzar los objetivos propuestos. Y lo que considera objetable del socialismo es que éste resulta incompatible con la libertad individual, como él la entiende; en todo esto hay implícitos dos supuestos que Hayek ha intentado explicitar en su filosofía social y política. El primero consiste en que el orden es posible sin necesidad de un diseño o un comando central. De hecho, Hayek va incluso más allá, señalando que no es posible cumplir las expectativas de un control o dirección conscientes de los procesos sociales y que los intentos de mantener el control o de dirigir el desarrollo social sólo pueden conducir a la pérdida de la libertad y, en último término, a la destrucción del proceso civilizatorio. El otro supuesto es que no cabe entender la libertad individual en función de la capacidad del individuo para controlar sus circunstancias o en función de un autogobierno colectivo. Ocurre, más bien, que la libertad se alcanza cuando los individuos disfrutan de una esfera o un dominio resguardados, donde los demás no pueden interferir con sus propósitos y donde pueden abocarse a una búsqueda individual de sus propios objetivos.

Este liberalismo se opone claramente al socialismo como lo entiende Karl Marx. Para este último la libertad se alcanza únicamente cuando el individuo adquiere el control de las fuerzas sociales que, fruto de su propia creación, se las han ingeniado para dominarlo y controlarlo. Tan sólo se logra superar la alienación y se puede alcanzar la libertad cuando el discurrir autónomo de los objetos y fuerzas sociales queda abolido, lo cual se conseguirá únicamente en el socialismo, donde asistiremos al ordenamiento consciente y deliberado de la producción. Dicho en los términos que el propio Marx empleó en *El capital*, "el proceso vital de la sociedad, basado en el proceso de producción material, no se despoja de su velo mistificador

sino hasta que se lo empieza a considerar un proceso productivo a cargo de individuos libremente asociados y hasta que no es *regulado conscientemente por ellos, en conformidad con un plan establecido.*[5] El liberalismo de Hayek sugiere que esta aspiración es ilusoria. Debido a las limitaciones de la razón humana, el hombre no llegará jamás a adquirir la capacidad de controlar o rediseñar la sociedad. El hecho puro y simple de que ningún cerebro individual pueda abarcar más que una pequeña fracción de lo conocido por todos los cerebros individuales en conjunto plantea límites claros a los progresos que la dirección consciente puede hacer, los que no alcanzan a superar a aquellos de los procesos sociales inconscientes. En la concepción de Hayek, el liberalismo descansa, como filosofía social, en esta comprensión del carácter "espontáneo" de los procesos sociales. Toda respuesta a la interrogante de cuáles son las mejores condiciones sociales y políticas para el ser humano han de basarse en esta noción. La respuesta que el propio Hayek sugiere es que las relaciones humanas deben regirse por condiciones que garanticen la *libertad,* entendida ésta como "la independencia respecto del arbitrio de los demás".[6] Más exactamente, Hayek sostiene que una sociedad liberal es aquella en la que impera la ley, y que la justicia se alcanza únicamente si la ley opera para delimitar el espectro de la libertad individual. En suma, el liberalismo postula la idea de una sociedad *libre* en la que la conducta individual está regulada por ciertas normas de *justicia,* de modo que cada cual se aboque en *paz* a sus propios fines o propósitos.

En este esquema el ideal igualitario tiene un lugar sólo en la medida que, como el propio Hayek admite, "el objetivo mayor en la lucha por la libertad es la igualdad ante la ley".[7] Las diferencias individuales no justifican el hecho de que el gobierno haga distingos entre los individuos: "La gente debe recibir un trato igual a pesar de sus diferencias".[8] Lo que es preciso reconocer, empero, es que todo esto no puede sino conducir a la desigualdad en términos reales. La igualdad ante la ley, que es requisito de la libertad, conduce a desigualdades materiales. El argumento de Hayek es que "aun cuando el Estado ha de emplear la coerción por otros motivos, debe tratar a todo el mundo de igual modo; el afán de igualar la condición de todos es inaceptable en una sociedad libre como justificación de una

[5] Karl Marx, *El capital,* tomo I (Nueva York, 1967), p. 80.

[6] Friedrich A. von Hayek, *The Constitution of Liberty* (Londres: Routledge y Kegan, Paul, 1976), p. 12.

[7] Ibídem, p. 85.

[8] Ibídem, p. 86.

coerción adicional y discriminatoria".[9] Su objeción no es a la igualdad en sí, sino a los variados intentos de imponer en la sociedad un determinado patrón distributivo.

Su objeción a la distribución de los bienes según el *mérito* es de naturaleza similar. Si se aceptara el principio de recompensa según los méritos como justo fundamento, por ejemplo, en la distribución de los ingresos, ello nos conduciría a intentos claros de controlar las remuneraciones, que acabarían generando, a su vez, la necesidad de un control aún mayor sobre la actividad humana.[10] "Esto daría pie a un tipo de sociedad contraria, en lo esencial, a una sociedad libre; una sociedad en la que la autoridad decide lo que el individuo debe hacer y cómo debe hacerlo".[11] El temor a que esto suceda es, al mismo tiempo, lo que justifica su rechazo a las exigencias de una distribución igualitaria basada en la pertenencia a una comunidad o nación en particular, lo que supondría que el individuo tendría derecho a gozar de un estándar material condicionado por el nivel de riqueza general del grupo al que pertenece. La pertenencia a una comunidad nacional cualquiera no confiere, en la concepción liberal de Hayek, derechos o prerrogativas para compartir en ningún sentido la riqueza nacional. "La aceptación de tales exigencias a escala nacional serviría, de hecho, tan sólo para crear una suerte de derecho de propiedad colectiva (aunque de carácter no menos exclusivo) sobre los recursos de la nación, que no sería posible justificar a partir de los mismos fundamentos en que descansa la propiedad individual".[12] Es más, el hecho de aceptar esas demandas redundaría en que, "en lugar de brindarle al pueblo acceso a las ventajas de vivir en su país, esa nación en particular estaría prefiriendo dejar a todo el mundo al margen de ellas".[13] El ideal del liberalismo no da cabida, según Hayek, a estos sentimientos de corte nacionalista y, por el contrario, debe oponerse decididamente a ellos. De hecho, un rasgo característico de la concepción liberal que Hayek postula, y que él mismo describe como "el liberalismo en

[9] Ibídem, p. 87.

[10] David Hume reconoce lo anterior en *Enquiñes Concerning the Principles of Morals*, comp. L. A. Selby-Bigge (Oxford: Oxford University Press, 1976), p. 194, donde escribe: "La modalidad inquisitorial más drástica es la que postula la necesidad de detectar cualquier desigualdad apenas ella se hace presente; y la jurisdicción más severa es la de castigarla y compensarla (...), de modo que el exceso de autoridad degenera, a poco andar, en la tiranía y acaba siendo ejercida con gran parcialidad".

[11] Friedrich A. von Hayek, *The Constitution of Liberty, (op. cit.),* 100.

[12] Ibídem, p. 101.

[13] Ibídem, p. 101.

el sentido inglés", es "su oposición constante a la centralización, el nacionalismo y el socialismo".[14]

Los orígenes del liberalismo de Hayek

Lo dicho ha de resultar indudablemente conocido a la mayoría de quienes están familiarizados con el pensamiento de Hayek. Sin embargo, no suele hacerse el suficiente hincapié en la dimensión internacionalista (y antinacionalista) de sus concepciones. Para tener una idea del rechazo claro al nacionalismo en que se funda su pensamiento, es útil reconsiderar brevemente aquí algunas de las preocupaciones que habrían de conducirlo a dedicar tanto tiempo y energías al desarrollo y propagación de las ideas liberales. ¿Qué podía impulsar a un economista, cuyos intereses básicos residían en la investigación relacionada con el ciclo mercantil, a escribir un libro como *Camino de servidumbre* y dedicar el resto de su carrera intelectual a cuestiones de filosofía política?

La respuesta a esta interrogante podría ser que la investigación desarrollada por el autor en el área de los problemas teóricos que plantea el cálculo económico en los regímenes socialistas lo llevó, finalmente, a afirmar la superioridad de las condiciones que propicia el liberalismo económico, pero esta respuesta en particular resulta decididamente incompleta, pues omite el interés que Hayek demuestra en la dimensión no-económica del ideal de libertad individual. No era su intención demostrar, sencillamente, la mayor eficiencia de las economías capitalistas en relación a las socialistas, sino que el liberalismo era un ideal superior desde el punto de vista moral. Con esto pretendo sugerir que lo que inicialmente condujo a Hayek a reorientar sus empeños intelectuales en la dirección de la filosofía política fue su preocupación por el desarrollo del nacionalismo y el totalitarismo en Europa, y el fracaso aparente de los europeos para tratar esos fenómenos como dos fuerzas de orden intelectual.

Esta preocupación se manifiesta de manera temprana en sus escritos. Entre otros, en el párrafo introductorio de un artículo incluido en "Historians and the Future of Europe", leído por primera vez ante la Sociedad Política del King's College, de Cambridge, el 28 de febrero de 1944, escribió:

[14] Hayek, "Individualism True and False", en *Individualism and Economic Order* (Chicago; University of Chicago Press, 1980), p. 28.

> La respuesta a la pregunta de si seremos capaces de reconstruir algo parecido a una civilización europea después de esta guerra dependerá, ante todo, de lo que suceda en los años inmediatamente posteriores a ella. Puede ocurrir que los hechos asociados al eventual colapso de Alemania provoquen una destrucción tal, que ello margine del contexto europeo a la totalidad de la Europa Central durante varias generaciones o, incluso, que la deje permanentemente fuera de la órbita definida por la civilización europea. Es poco probable, sin embargo, que de ser así, sus consecuencias se limiten a la Europa Central. Y si el destino de toda Europa es en lo inmediato una vuelta a la barbarie, aun cuando de todo ello pueda resurgir en última instancia una nueva civilización, es a la vez improbable que este país consiga escapar a las consecuencias del fenómeno. El futuro de Inglaterra está atado al de Europa y, nos guste o no, el futuro de Europa habrá de decidirse en buena medida a partir de lo que suceda en Alemania. Nuestros esfuerzos han de ir cuando menos encaminados a recuperar a Alemania para esos valores en los que se funda la civilización europea y que, por sí solos, pueden brindarnos las bases a partir de las cuales podemos avanzar hacia la consecución de los ideales que nos guían.[15]

La preocupación de Hayek en ese momento era la amenaza de extinción que se cernía sobre determinados ideales morales, particularmente en Alemania, y el hecho de que su pérdida habría de impulsar a los pueblos hacia terrenos nacionalistas, en los que habrían de florecer, a la vez, las ideas totalitarias. Por ello era preciso, desde su perspectiva, reafirmar y afianzar esas ideas morales antitéticas con el totalitarismo, aun cuando no bastaba con acometer esa tarea en un solo país. En el caso de Alemania, el problema consistía en que el nazismo había dejado tras de sí un "desierto moral e intelectual" en el que los "numerosos oasis existentes, algunos de ellos muy notables [estaban] absolutamente aislados entre sí".[16] La ausencia de tradiciones compartidas —aparte de su oposición a los nazis y al comunismo— dificultaba los nobles propósitos de los hombres de buena voluntad: "No hay, con seguridad, nada más conspicuo que la impotencia asociada a las buenas intenciones carentes de ese elemento unificador que representan la moral y las tradiciones políticas compartidas, que hoy consideramos un hecho garantizado pero que en Alemania han quedado arrasadas por un quiebre total del sistema en un lapso de doce años, llevado a cabo

[15] En *The Collected Works of F. A. Hayek*, Tomo 4; *The Fortunes of Liberalism: Essays on Austrian Economics and the Ideal of Freedom*, comp. Peter G. Klein (Chicago: University of Chicago Press, 1992), p. 201.

[16] Ibídem, p.202.

con una meticulosidad que muy pocas personas en este país podrían siquiera imaginar".[17] Por este motivo fue tan importante que Alemania fuera, al final, reincorporada al redil de la civilización europea, de modo que pudiera valerse de los recursos acumulados por esa vasta tradición del viejo continente. £1 aislamiento pudo tener desastrosas consecuencias. (Hayek sugiere que, tras la primera guerra mundial, "la expulsión de los alemanes de varias entidades académicas y su exclusión de ciertos congresos científicos internacionales fueron dos de los grandes factores que impulsaron a los catedráticos alemanes a la facción del nacionalismo".)[18] Y, por cierto, buena parte de las energías de Hayek, en el período que va desde la publicación *Camino de servidumbre* en 1944 a la creación de la Sociedad Mont Palerin en 1947, estuvo encaminada a lograr la reintegración de la tradición académica alemana —y particularmente, la tradición histórica— a la vida intelectual europea.

Pero para que esto fuera posible era fundamental que hubiera ciertos criterios morales compartidos y percibidos como un marco que trascendía las fronteras políticas. "Ha de haber ciertos valores compartidos, por encima incluso del valor supremo que representa la verdad; un acuerdo, al menos, en torno a la idea de que las reglas comunes de la decencia han de aplicarse a la actividad política y, más allá de esto, un acuerdo mínimo en los ideales políticos más generales. Acuerdo este último que no precisa, con seguridad, ir más allá de una creencia compartida en el valor de la libertad individual, una actitud afirmativa hacia la democracia, sin concesiones supersticiosas a sus derivaciones dogmáticas, sin que se tolere de hecho la opresión de las minorías en mayor grado que la de las mayorías, y finalmente un rechazo uniforme a cualquier opción totalitaria, sea de derecha o de izquierda".[19] La colaboración sólo era posible entre quienes compartían tales valores. Pero a la vez, sostenía Hayek, "merced al cultivo de ciertos criterios morales compartidos, la colaboración interfronteras podría contribuir enormemente a los nuevos propósitos, en particular ahora que debemos lidiar con un país cuyas tradiciones se han visto tan resquebrajadas y sus estándares tan degradados, como ha ocurrido en Alemania en los últimos años".[20]

Por ende, era de la mayor relevancia, no sólo para Alemania sino también para Europa —y, por cierto, para el resto del mundo—, el hacer un esfuerzo para reconsiderar esos valores esenciales. Es más, en 1945, en un

[17] Ibídem, p. 202.
[18] Ibídem, p. 207.
[19] Ibídem, p. 208.
[20] Ibídem, p. 208.

memorándum relativo a la creación de una Academia Internacional de Filosofía Política, tentativamente denominada la "Sociedad Acton-Tocqueville". Hayek reiteró la importancia de que el intento no quedara restringido a un único país sino que "se apoyara en la colaboración de los hombres y mujeres de todo el mundo".[21] Sus razones para insistir en este punto nos indican muy claramente sus preocupaciones fundamentales. Por entonces escribió:

> La guerra ha dividido al mundo en un sinnúmero de islotes intelectuales, separados entre sí como nunca antes había ocurrido en la historia de los tiempos modernos. Tanto en los países beligerantes como en los que han permanecido neutrales, los años dedicados al esfuerzo bélico han generado, a pesar de las apariencias en contrario, una cuota de egocentrismo, e incluso de nacionalismo, de la que la gente es apenas consciente hoy, pero que ha apartado a muchos de los mejores individuos de los problemas comunes. Con todo, los peligros a que se enfrentan todos los países adscritos a la civilización occidental son los mismos y tan sólo un esfuerzo compartido, una fusión del pensamiento y la experiencia pueden recrear el trasfondo compartido de ideas y valores que requiere una civilización para sobrevivir.[22]

Análoga sensación aparece luego en un segundo memorándum titulado "The Prospects of Freedom", escrito a fines de 1945 o principios de 1946. "Existe en este país una tendencia", escribió allí, "a considerar el peligro en cierne como una amenaza al llamado 'estilo americano de vida' y a enfrentarlo en una vena aislacionista y de signo nacionalista, a considerar al resto del mundo como un todo sin esperanzas y a concentrarse en preservar los fundamentos de la 'civilización occidental' en los Estados Unidos. Esta actitud me preocupa, no tan sólo por la visión tan pesimista de Europa que ella implica. Me parece que, de afianzarse, ésta puede resultar fatal incluso para los Estados Unidos".[23]

[21] Memorándum inédito fechado en agosto de 1945, London School of Economics, pp. 1-13, en p. 1. El manuscrito se halla en la Colección de F. A. Hayek, en los archivos de la Hoover Institution, Universidad de Stanford, casilla 61, carpeta 8. El memorándum, rotulado como "confidencial", nunca fue publicado, aun cuando se lo distribuyó a un cierto número de personas, seleccionadas de entre las que Hayek consideraba proclives a sus intentos de formar una sociedad internacional para el cultivo de la filosofía política. La entidad se convirtió, eventualmente, en la Sociedad Mont Pelerin.

[23] "The Prospects of Freedom", memorándum inédito, conservado en la

Según Hayek, si la civilización pretendía sobrevivir a la embestida del totalitarismo, era esencial que enfrentara el desafío en el dominio de las ideas. Y las ideas que habrían de servir en este caso eran las de la libertad individual, contenidas en la tradición del liberalismo. El temor de Hayek era que, debido a su aislamiento, los liberales no asumieran el desafío de reafirmar las antiguas verdades[24] con las que habría de defenderse la sociedad moderna contra la invasión de las ideas totalitarias. Así fue que derivó resueltamente, en sus afanes, al terreno de la filosofía política: al problema de alentar a los sectores académicos que simpatizaban con la tradición liberal a actuar en defensa de las ideas liberales; y al problema de reafirmar los principios del liberalismo en el discurso del siglo XX.

El orden abstracto

Así pues, los esfuerzos desplegados por Hayek en defensa de los principios liberales se hallaban inspirados en su preocupación por la situación del mundo en la posguerra. Temía que las fuerzas combinadas del nacionalismo y el separatismo consiguieran finalmente imponerse y destruir la civilización contemporánea. Tales fuerzas sólo podían combatirse con las ideas que representaban su antítesis: las concepciones universalistas, igualitarias y libertarias del liberalismo.

Adherir a tales ideas era, en la práctica, coincidir con la concepción de un "orden abstracto", un punto de singular importancia para Hayek, quien advirtió tempranamente que si los valores morales habían de ser compartidos por un amplio espectro de individuos, ello acabaría reduciendo el margen de acuerdo sobre cuestiones sustanciales. He aquí, como lo sostuvo él mismo en *Law, Legislation and Liberty,* una de las razones por las que las ideas liberales eran tan difíciles de defender.

> Algo que también contribuyó a fortalecer las resistencias a la nueva moral de la "Sociedad Abierta" fue la repentina conciencia de que ella venía a ampliar indefinidamente el círculo de los individuos respecto de los cuales debíamos acatar las normas morales, y la

Colección de F. A. Hayek, casillero 61, carpeta 9, Archivo de la Hoover Institution, Universidad de Stanford, pp. 1-17, en p. 8.

[24] *The Constitution of Liberty* se inicia con las siguientes palabras: "Para que las antiguas verdades prevalezcan en la mente de los individuos, es preciso reafirmarlas en el discurso y en los conceptos de las sucesivas generaciones".

> percepción paralela de que esta ampliación del espectro en que operaba el código moral necesariamente traía consigo una reducción de sus contenidos.[25]

Subsiste, desde siempre, el anhelo humano de una moral personalizada, de carácter más singular. En los términos de Hayek, existe un conflicto fundamental entre la moral tribal y la justicia universal, que se ha puesto de manifiesto a través de la historia "en un choque recurrente entre el sentido de la lealtad y el de la justicia".[26]

A pesar de ello, esta sociedad ampliada ha de ser reconocida, según el autor, como un orden abstracto, vale decir, un orden regido por normas abstractas sobre lo que se considera el comportamiento justo. Las normas abstractas del comportamiento justo lo son porque, al ser cuestionadas, la controversia se dirime apelando a otras normas que comparten ciertos rasgos abstractos con la controversia planteada. Así, las disputas se resuelven sin invocar la importancia de los fines que persigue cada cual, o sin que exista un acuerdo previo sobre esos fines.[27] La aplicación continua de dichas normas abstractas a través de las épocas genera un orden abstracto que, en su conjunto, no cumple ningún fin en particular, pero que sin embargo favorece la búsqueda pacífica de los diversos fines. Es preciso dejar bien sentado que la sociedad ampliada es un orden abstracto, pues *no* se trata, en rigor, de una comunidad de individuos. "Orden abstracto" es el término que Hayek emplea para caracterizar lo que en otras ocasiones denomina "Sociedad Abierta" o "Gran Sociedad". Y sus escritos suelen advertirnos del intento de convertir este tipo de sociedad en una comunidad en la que las metas o propósitos sustantivos sean mantenidos en común. Esto constituiría una amenaza para libertad, o, peor aún, "todo intento de modelar la 'Gran Sociedad' a imagen y semejanza del pequeño grupo familiar o de transformarla en una comunidad por la vía de encauzar a sus integrantes hacia propósitos visibles y compartidos acabaría generando una sociedad totalitaria".[28]

Hay otros dos motivos por los que Hayek insiste en su obra en la importancia de no cerrar las fronteras de la "Sociedad Abierta" para convertirla en una comunidad y de no encaminarse por la senda del nacionalismo. El primero guarda relación con su visión del conocimiento y su expansión.

[25] *Law, Legislation and Liberty*, Tomo 2: *The Mirage of Social Justice* (Londres: Routledge y Kegan Paul, 1982), p. 146.

[26] Ibídem, p. 147.

[27] Ibídem, p. 15.

[28] Ibídem, p. 147.

La expansión y evolución del conocimiento humano —piensa él— suelen verse empañadas por los intentos de controlarlo o dirigirlo. Y ese proceso de expansión es tanto mayor cuando la interacción espontánea entre los individuos e instituciones para resolver los problemas de adaptación al entorno conduce a soluciones no previstas e inesperadas.[29] La amenaza a este proceso proviene de los intentos de organizar los procesos sociales y el más significativo de tales intentos —y amenazas— corre a cuenta del Estado. "En el pasado, las fuerzas espontáneas del proceso de expansión, aunque estuvieran restringidas, solían defenderse de alguna manera en contra de la coerción organizada del Estado.[30] Sin embargo, su temor estriba en que, ante el gran desarrollo de los medios de control tecnológico de que hoy disponen los gobiernos, el equilibrio del poder pueda cambiar. "No estamos lejos del punto en que las fuerzas deliberadamente organizadas de la sociedad puedan arrasar a aquellas fuerzas espontáneas que han hecho posible el progreso".[31] Hayek ve con sospecha, si no con franca alarma, las restricciones a la interacción humana en los límites que determinan las fronteras estatales, restricciones impuestas en nombre de la comunidad.

La segunda razón por la que insiste en la importancia de mantener abierta esa "sociedad abierta" y evitar la senda del nacionalismo está relacionada con su propia adhesión a la perspectiva que Lord Acton tiene del nacionalismo y el Estado, y su hostilidad hacia la de John Stuart Mill. En sus *Considerations of Representative Government,* Mill afirmaba que "es, por lo general, una condición necesaria de las instituciones libres que los límites del gobierno coincidan en lo esencial con los de las nacionalidades".[32] Para Hayek, uno de los reparos que cabía hacerle a Mill era que había asimilado bastantes más elementos de las doctrinas nacionalistas de los que eran compatibles con su programa liberal. Acton, por su parte, había apreciado más claramente que la libertad requería de la diversidad más que de la uniformidad o, incluso, del consenso. Acton había sostenido, correctamente, que "la combinación de diferentes naciones en un solo Estado es una condición tan necesaria de la coexistencia civilizada como la combinación de individuos dentro de una sociedad determinada", y que "esta diversidad

[29] Este es, en grandes, líneas, el argumento del capítulo 2 de *The Constitution ofLiberty:* "The Creative Powers of a Free Civilization". Se puede decir que es el tema global de toda la obra; en cierto momento Hayek consideró incluso la posibilidad de emplear el título del capítulo 2 como título (y posterior subtítulo) del libro.

[30] Ibídem, p. 38.

[31] Ibídem, p. 38.

[32] Citado en Hayek, "The Economic Conditions of Interstate Federalism", *op. cit.,* p. 270 n.

dentro de un Estado es una sólida barrera en contra de los designios gubernamentales que, trascendiendo la esfera política común a todos, se someten en el área social que escapa a la legislación y está regida por leyes espontáneas".[33] La diversidad fue el baluarte de la resistencia a la organización social.

Pero la pregunta que surge ahora es: ¿cómo nos enfrentamos al hecho de que el Estado existe, y que él existe en el contexto de otros Estados? Las fronteras deben delimitarse y continuarán delimitándose ¿Qué tiene que decirnos el liberalismo al respecto? Según Hayek, por cierto, el liberalismo tiene mucho que aportar y ello está, en buena medida, asociado a la defensa de la idea de una federación interestatal.

La federación de pueblos

"La idea de una federación interestatal, entendida como un derivado consistente del enfoque liberal, debiera aportar un novedoso *point d'appui* a todos los liberales que se han desesperanzado o han desertado de su credo en los períodos de vacilación".[34] Esto escribía Hayek en 1939, convencido de que el resurgimiento del "auténtico liberalismo, fiel al ideal de la libertad y el internacionalismo", planteaba la exigencia de implementar alguna modalidad de unión federal de Estados. Y postulaba una serie de argumentos teóricos en apoyo de este enfoque, aunque sus preocupaciones eran, a la vez, eminentemente prácticas, en particular durante los años cercanos a la guerra, lo cual se refleja en varios de sus escritos de este período. Vale la pena echar una ojeada a ambas facetas de su enfoque para entender por qué Hayek concebía las ideas liberales como la gran esperanza de la civilización europea y la razón por la que consideraba el federalismo como parte integral de las mismas.

La aplicación más nítida de las ideas federalistas a la solución de los problemas concretos se encuentra en sus propuestas para resolver el caso de Alemania, cuya vuelta al redil de la civilización europea consideraba, como ya hemos visto, de vital importancia para todo el mundo. En un ensayo titulado "A Plan for the Future of Germany", sugirió que había tres aspectos

[33] Acton, en *The History of Freedom and Other Essays,* citado en Friedrich A. von Hayek, "The Economic Conditions of Interstate Federalism", *op. cit.,* p. 270 n.

[34] Friedrich A. von Hayek, 'The Economic Conditions of Interstate Federalism", *op. cit.,* p. 271.

en la política de largo plazo para encauzar el retomo de los alemanes: los aspectos políticos, los económicos y los educativos o sicológicos.[35] El problema político era, en buena medida, el de conseguir que las ambiciones de Alemania se apartaran del ideal de un *Reich* alemán centralizado y unificado en pro de un objetivo común. Pero ello planteaba un dilema evidente:

La opción directa de fragmentar Alemania en varios componentes y prohibirles que se fusionen conducirá con seguridad al fracaso en el largo plazo. Sería la forma más segura de reactivar el más violento nacionalismo y hacer de la creación de una Alemania reunificada y centralizada la ambición principal de todos los alemanes. Algo que deberíamos ser capaces de evitar durante algún tiempo. Porque ninguna medida exitosa en el largo plazo puede prescindir del beneplácito del pueblo alemán y nuestra máxima fundamental ha de ser que toda solución exitosa del problema debe tener alguna probabilidad de subsistir cuando no estemos en posición de seguir imponiéndola por el continuo ejercicio de la fuerza.[36]

Para Hayek había sólo una solución a este dilema, la cual suponía, en primer término, dejar el gobierno central alemán bajo el control de los aliados, pero a la vez dejarles claro a los alemanes que ellos podrían sustraerse gradualmente a dicho control en la medida que desarrollaran instituciones representativas y democráticas en una escala reducida en los Estados individuales que componían el *Reich.* Posteriormente, todos esos Estados alcanzarían, en puntos variables, su gradual emancipación de la supervisión directa de los aliados, y el control ejercido por éstos se convertiría poco a poco en el "gobierno de una federación o incluso de una confederación".[37] Y todavía más, Hayek consideraba preferible que, tras su emancipación, los diversos Estados alemanes tuvieran la posibilidad de unirse a alguna otra federación de Estados europeos que estuviera dispuesta a acogerlos. Con el correr del tiempo, propuso que ellos podían llegar a formar parte de una federación europea más amplia, que incluyera a Francia e Italia.[38] El objetivo sería el de "confundir" a los Estados germanos con sus vecinos no alemanes, de modo que "fuese difícil que llegaran, una vez más, a desear fundir su individualidad en un Reich altamente centralizado".[39] El libre

[35] Publicado por primera vez con el subtítulo de "Descentralization Offers Some Basis for Independence", en *The Saturday Review ofLiterature,* 23 de junio, 1945, pp. 7-9, 39-40; la referencia actual corresponde a la reedición de este ensayo en *The Collected Works ofF. A. Hayek,* tomo 4, pp. 223-236, en p. 223.

[36] Ibídem, p.225.

[37] Ibídem, p. 225-226.

[38] Ibídem, p.226.

[39] Ibídem, p.226.

comercio era, en todo ello, una política de crucial importancia, no por los beneficios económicos que acarrearía sino para evitar que los Estados Unidos tuviesen demasiado poder sobre el sistema económico, cosa que sucedería de concedérseles la prerrogativa del comercio exterior. Y la opción contraria de preservar un sistema de precios único para la totalidad del Estado alemán conduciría a edificar un sistema altamente centralizado y autosuficiente, que era precisamente lo que se quería evitar.[40]

Cualesquiera sean los méritos o dificultades que suponen las propuestas concretas de Hayek, ellas revelan ciertas importantes inquietudes generales y un enfoque sobre el curso deseable del liberalismo. Su preocupación más arraigada y general era, sin duda, el peligro de que resurgiera un Estado totalitario y fuerte. La solución consistía en descentralizar el poder mediante el desarrollo de instituciones federales. Y estaba convencido de que "un régimen económico liberal [era] una condición necesaria para el éxito de cualquier federación interestatal".[41] Pero, más importante aún, pensaba a la vez, y lo sostuvo de manera explícita, que la opción contraria no era menos cierta: "La subordinación de las respectivas soberanías nacionales y la creación de un eficaz orden legal internacional eran el complemento necesario y la consumación lógica del programa liberal".[42]

Hayek expone todo ello en forma más directa en su ensayo "The Economic Conditions of Interstate Federalism", donde deja en claro que "el propósito fundamental de la federación interestatal es garantizar la paz, es decir, el de prevenir la guerra entre las partes integrantes de la federación, eliminando las causas de fricción entre ellas y proveyéndolas de mecanismos efectivos para la solución de cualquier conflicto que pudiera surgir, y evitar la guerra entre la federación y cualquier Estado independiente, confiriendo tal solidez a la primera que ello permitiera eliminar cualquier riesgo

[40] Ibídem, p. 227. Compárese con la observación de Oakeshott: "Pero de todas las prerrogativas de que disfruta el poder gubernamental en el colectivismo, la que proviene de su monopolio del comercio exterior es, quizás, la más peligrosa para la libertad; pues la liberalización del comercio exterior es una de las salvaguardias más efectivas de una comunidad determinada en contra del abuso de poder. Y al igual que la abolición de la competencia en el ámbito local hace que el gobierno intervenga en (y magnifique) cada conflicto que surge, el comercio exterior sujeto al colectivismo permite que el gobierno se involucre en las transacciones comerciales de signo competitivo y favorece la desarmonía internacional, aparte de intensificarla". Véase Michael Oakeshott, "The Political Economy of Freedom" en su *Rationalism in Politics and Other Essays* (Indianápolis: Liberty Press, 1991), p. 400.

[41] Friedrich A. von Hayek, 'The Economic Conditions of Interstate Federalism", *op. cit.*, p. 269.

[42] Ibídem, p. 269.

de un ataque extemo".[43] Para lograrlo, la federación debía implicar no tan sólo la unión política sino económica. La razón fundamental de ello era que la exclusión o el aislamiento económico de cualquier Estado dentro de la unión habría de generar una solidaridad de intereses entre los habitantes de ese Estado y un conflicto con los intereses de otros Estados. "Las barreras económicas generan comunidades de intereses sobre una base regional y de carácter más estrecho: hacen que los conflictos de intereses tiendan a convertirse en conflictos entre los mismos grupos de individuos en lugar de conflictos entre grupos de composición siempre variable, y que haya, en consecuencia, conflictos perpetuos entre los habitantes de un Estado en cuanto tales, y no entre los varios individuos por separado, lo que posibilitaría que se aliaran unas veces con un grupo determinado en contra de otro y otras veces, en alguna otra cuestión, con un segundo grupo en contra del primero".[44] La eliminación de las barreras económicas contribuiría enormemente, en consecuencia, a reducir las posibilidades de conflicto social.

Por otra parte, la unidad política y la supresión de la soberanía nacional permitirían reducir el grado de intervencionismo en la actividad económica. La planificación o el control centralizado de la actividad económica presupone la existencia de ciertos valores compartidos, "y el grado en que es posible implementar dicha planificación está limitado al grado de acuerdo que puede alcanzarse, o imponerse, en torno a esa escala de valores en particular".[45] La diversidad dentro de una federación actuará, sin embargo, como una barrera contra cualquier intento de acordar ciertos valores sustantivos que puedan redundar en la planificación generalizada, y brindará así ciertas salvaguardias para el ejercicio de la libertad individual.

Pero todo esto es posible únicamente si existe un acuerdo generalizado en torno a ciertos valores, que son los valores centrales de la filosofía política liberal y que incluyen el respeto a la idea de la libertad individual y el rechazo al totalitarismo. La federación no sería posible sin un grado mínimo de aceptación de esos valores. Resultaba cuestionable, por cierto, la posibilidad de que existiera voluntariamente una federación de Estados no liberales. Por este motivo, era importante no sólo ocuparse de garantizar las condiciones que hacían menos probable el consenso en torno a objetivos o fines sustanciales a escala nacional, sino a la vez promover la aceptación generalizada de los principios fundamentales del liberalismo más allá de las fronteras existentes. Esto suponía, necesariamente, difundir el liberalismo como un ideal que no estaba, en modo alguno, confinado a los intereses de

[43] Ibídem, p.255.
[44] Ibídem, p.257.
[45] Ibídem, p.264.

determinados pueblos o grupos nacionales. Era preferible presentarlo como lo que era: una doctrina de la libertad individual.

La relevancia actual de Hayek

¿Pueden aportarnos algo estas ideas en la actualidad o son tan sólo el reflejo del optimismo carente de realismo —esto es, la ingenuidad— del pensamiento liberal? Varias razones justifican este último reproche. Una de ellas es que, cualesquiera sean las pretensiones liberales de signo intemacionalista, se trataría de una doctrina inspirada en los supuestos de una cultura en particular y, como tal, sólo puede resultar atractiva a unas pocas sociedades. Por otra parte, se sugiere que los liberales han prestado siempre escasa atención a los reclamos de las comunidades minoritarias dentro de sus fronteras, y que deberían desligarse de su preocupación por la libertad o los derechos individuales y ocuparse, en cambio, de hacer un reconocimiento explícito —o de reconocer los derechos— de tales grupos. Finalmente, se dice que el liberalismo se equivoca al no reconocer el tremendo influjo de los nacionalismos, que suelen fundarse en lealtades regionales que habrán de ejercer siempre en la gente un atractivo mayor que los ideales abstractos del liberalismo individual, con su énfasis en los valores de procedimiento y no en los más tangibles. Basta con observar el resurgimiento del conflicto étnico, en lo que hoy queda de Yugoslavia, por ejemplo, para entender el escaso atractivo del liberalismo. ¿Qué puede decirnos Hayek a la luz de estos problemas fundamentales a los que se enfrenta el pensamiento liberal?

Mucho, a mi entender. Pero antes dejemos en claro lo que *no* nos dice. No insinúa que los sentimientos nacionalistas y separatistas no existan, o que no ejerzan un poderoso influjo en los individuos; ni que el interés de las minorías hacia sus respectivas herencias culturales sea irrelevante. Por el contrario, a lo que debemos prestar atención es, precisamente, a los problemas que tales factores originan. A juicio de Hayek, la cooperación entre los individuos no plantea problemas, porque la interacción espontánea entre ellos suele traducirse en orden. El asunto estriba en la interacción entre los grupos —ya sean tribus o naciones—, que tiende a resultar corrosiva de la paz y nociva para la libertad individual. Lo que se precisa es reducir el poderío económico y político de tales grupos para facilitar la interacción al nivel de los individuos. El problema es, con todo, cómo hacerlo sin crear un poder mayor que pudiera convertirse a su vez en una amenaza a la libertad individual. La opción, sugiere él mismo, es

suprimir la soberanía de la nación por la vía de incluirla en una federación de Estados.

Ahora bien, la potenciación de este enfoque en particular no equivale a propiciar ideas de un origen cultural restringido, pues la intención central de todo ello es asegurar la paz.[46] El propósito de la federación es únicamente ése. Al negarse a reconocer las demandas de otro grupo, no es que Hayek se muestre partidario de la intolerancia o indiferencia hacia sus intereses o que esté afirmando la superioridad del estilo de vida liberal. Más bien sugiere, con ello, que el conceder poder soberano a tales grupos nos conduciría a un conflicto aún mayor. La federación, sin embargo, limitaría ese poder al sustraerles el control de la política económica.

Con todo, es igualmente importante entender que en la óptica de Hayek la federación no resuelve por sí sola el problema. Es, a la vez, imprescindible que ciertas ideas provean el trasfondo apropiado a esos mecanismos institucionales. De aquí el énfasis que pone, al analizar el problema de recuperar Alemania para la civilización occidental, en la educación y los factores "sicológicos". El propósito de la educación sería, en dicha instancia, el de revivir las tradiciones de conducta que permitirían no sólo alcanzar sino preservar los cambios institucionales. Estas eran las tradiciones que hacían posible el orden abstracto.

Mi propia conclusión respecto del planteamiento de Hayek es que, cualesquiera sean las dificultades que uno descubra al analizar algunas de las proposiciones específicas, las líneas generales de su argumentación están bien fundadas. En primer término, es acertado en lo que se refiere a los peligros que supone el poder soberano, en especial si va unido a fuertes sentimientos nacionales. Esto se aprecia en pequeña escala cuando se garantiza el *status* grupal a ciertas comunidades dentro de un Estado, pues de ello resulta a menudo el conflicto entre los distintos grupos que componen la sociedad en un sentido amplio.[47] En el ámbito internacional se hace eviden-

[46] Se puede argumentar, por cierto, que también la paz es otro peculiar valor liberal; o cuando menos puede afirmarse que la paz es un valor supremo tan sólo para las culturas de inspiración liberal. Pero no me parece que sea una propuesta demasiado consistente. La historia está plagada de ejemplos de cómo las más diversas culturas intentan armonizar sus respectivos estilos de vida en lugar de imponerse por la fuerza a las demás. La España medieval nos brinda al respecto un ejemplo muy ilustrativo, con las comunidades judías, cristianas y musulmanas cohabitando durante siglos. Véase Joseph F. O'Callaghan, *A History of Medieval Spain* (Ithaca: Comell University Press, 1975).

[47] Véase al respecto mi ensayo *The Fraternal Conceit: Individualist versus Collectivist Ideas of Community* (Sydney: Centre for Independent Studies, 1990).

te, asimismo, el poder destructivo de gobiernos fuertes aislados y de inspiración nacionalista.[48] En segundo lugar, Hayek está en lo correcto al oponerse a un repliegue aislacionista, no sólo porque ello vendría a reforzar el poder soberano del Estado, sino a la vez porque debilitaría la capacidad de las naciones liberales de resistir a las fuerzas del totalitarismo. Las sociedades que presumen que los ideales de libertad y tolerancia son algo peculiar de su estilo de vida no ofrecen mayor resistencia a las ideologías o tradiciones más agresivas. Si las tradiciones han de quedar restringidas a determinadas fronteras, éstas no serán nunca muy seguras. Y, en tercer lugar, Hayek tiene razón al sostener que lo defendible es un orden abstracto, pues es únicamente dentro de ese orden abstracto que la diversidad es posible. No es que la diversidad deba ser considerada como intrínsecamente buena, pero ella es importante para garantizar la libertad individual al permitirnos, como sugiere Acton, resistir a las fuerzas de la organización y el control centralizados.

Subsiste, con todo, la pregunta de si todo esto es posible y, por cierto, de si estas ideas tienen alguna relevancia concreta en las circunstancias de la sociedad contemporánea. El propio Hayek no era ajeno a este problema cuando escribió sobre la idea del federalismo interestatal en 1939. Advirtió entonces, por ejemplo, que muchas veces puede resultarles imposible a los integrantes de una federación ponerse de acuerdo en la política económica, esto, que debería traducirse, simplemente, en la ausencia de legislación en la materia, bien podía conducir, en la práctica, a una legislación estatal que acabara provocando el quiebre de la unidad económica dentro de la federación. La respuesta de Hayek a este problema en particular es que no hay ninguna solución institucional posible. Al final, todo será una cuestión de "si estamos intelectualmente maduros para alcanzar esta organización supraestatal".[49] Lo que sugiere, de hecho, es que nunca será suficiente con establecer las instituciones de la federación. Es preciso además promover, en el seno de las sociedades en cuestión, la adhesión a las ideas o valores que contribuyen al funcionamiento de tales instituciones. Esto requiere de un esfuerzo para difundir las concepciones liberales de la libertad individual y la tolerancia como ideales internacionalistas.

Esto no equivale a decir que las ideas liberales habrán de resolver por sí mismas cualquiera de los conflictos hoy existentes. Los tratados

[48] Para citar tan sólo dos ejemplos, considérese, ¿n primer lugar, la invasión china del Tíbet y la destrucción subsecuente de sus prácticas culturales; y en segundo término, el arrasamiento de la vida aldeana en la Rumania de Ceausescu y, particularmente, el aniquilamiento de las comunidades de lengua húngara.

[49] Friedrich A. von Hayek 'The Economic Conditions of Interstate Federalism", *op. cit.,* p. 266.

acerca del liberalismo no pondrán fin a la guerra en Yugoslavia. El aporte concreto del discurso liberal consiste en reconstruir o reparar las tradiciones y en resistir la invasión de las ideas perniciosas. El mensaje concreto de los escritos de Hayek en torno al liberalismo, el nacionalismo y el federalismo es que, para el bienestar a largo plazo de las distintas sociedades, es importante que las ideas liberales se afiancen en tantas naciones como sea posible. En esto se muestra singularmente acertado, y el hecho que ello sea difícil no es razón para modificar nuestro pensamiento en la materia. Como él mismo expresó: "Cuanto más pronto reconozcamos las dificultades, más pronto llegaremos a superarlas. Si —como parece ser, a mi juicio— la consecución de ideales compartidos por muchos individuos es posible únicamente por medios que sólo unos pocos propician hoy, ni las exigencias de imparcialidad académica ni las consideraciones respecto de su viabilidad debieran impedirle a uno afirmar lo que considera son los medios apropiados para el fin buscado".[50] □

ENSAYO

HAYEK: EL ORDEN ESPONTANEO EN LAS SOCIEDADES POST COMUNISTAS EN TRANSICIÓN*

John Gray

A partir de una revisión de la contribución del análisis de Hayek sobre las funciones epistémicas de las instituciones de mercado, que lo llevó a plantear que la planificación centralizada presentaba problemas de conocimiento insuperables, John Gray se pregunta, sin embargo, si la teoría del orden espontáneo propuesta por Hayek ofrece verdaderamente pautas para que las sociedades post comunistas puedan avanzar hacia una sociedad civil basada en el mercado.

El modelo hayekiano del surgimiento espontáneo de las instituciones de mercado —señala Gray— está basado en la sociedad inglesa, por siglos una nación estable, donde los derechos de propiedad y las libertades contractuales adquirieron su sentido a través de la lenta evolución del derecho consuetudinario. Ocurre, sin embargo, que ninguna de las sociedades post comunistas se encuentra en situación análoga. Según Gray, el modelo de Hayek es, en buenas cuentas, una suerte de anarquía benigna, en la que falta la indispensable e ingrata

JOHN GRAY. Ph. D., Universidad de Oxford. Profesor del Jesus College, Universidad de Oxford. Es autor de numerosos artículos en revistas especializadas y varios libros, entre los que cabe mencionar: *Hayek on Liberty* (2da. edición, 1986); *Liberalism* (1986); *Limited Government: A Positive Agenda* (Londres, 1991) y *The Moral Foundations of Market Institutions* (Londres, 1992). Sus ensayos "Los liberalismos de Mill y los otros", "El derecho, la libertad y la asociación civil en Oakeshott" y "La libertad, lo derechos y la justicia en Hayek", se encuentran en los números 37, 45 y 46, respectivamente, de *Estudios Públicos*.

* Versión revisada del trabajo presentado en el seminario "El significado de la obra de Friedrich A. von Hayek", que organizara el Centro de Estudios Públicos los días 4 y 5 de agosto de 1992. Traducido del inglés por el Centro de Estudios Públicos.

coacción organizada. En la práctica —concluye el autor—, en las sociedades post comunistas la paz civil dependerá del arte de gobernar y del arte político, no de la redacción de constituciones. Si se trata de construir una utopía neoliberal, los Estados post-comunistas no van a tener éxito donde otros han fracasado.

I

En este último período, que comienza en 1985 con la inauguración pública de la *glasnost* soviética, la historia ha reivindicado el análisis que hizo Hayek sobre la planificación centralizada del socialismo.[1] Su colega Ludwig von Mises[2] había sostenido que la supresión de los precios del mercado, concomitante a la planificación centralizada, imponía a las instituciones encargadas de realizarla una tarea de cálculo imposible de efectuar. En toda compleja economía moderna, en la que los precios de mercado son efímeros y dinámicos debido a los cambios en las preferencias, escaseces relativas y tecnologías disponibles, los problemas computacionales que enfrenta una autoridad de planificación, al tratar de capturar en fórmulas matemáticas los miles de millones de transacciones que de otro modo habrían ocurrido en los mercados, son insolubles. Para Mises, en consecuencia, el socialismo, con la planificación total de la vida económica y la consiguiente eliminación de la propiedad privada y de los precios de mercado, era una imposibilidad computacional. O, expresado en forma más precisa, quizás, las instituciones socialistas de planificación jamás podrían llegar a tener éxito y sólo terminarían en un caos computacional. Sin embargo, Hayek percibió algo que Mises no vio: que los problemas epistémicos de la autoridad socialista de planificación no eran ni única ni principalmente cuestiones de cálculo, sino de conocimiento. Para Hayek, los precios de mercado constituyen un dispositivo epistémico, un proceso de descubrimiento que pone a disposición a los agentes económicos un saber que está disperso en la sociedad y que ninguna autoridad de planificación central puede reunir. Este conocimiento suele ser de carácter local, efímero y circunstancial, desactualizado ya al momento de reunírsele; con frecuencia se trata de un conocimiento práctico, incorporado en destrezas y aptitudes

[1] Friedrich A. von Hayek, *Individualism and Economic Order* (Londres y Henley: Routledge y Kegan Paul, 1976), capítulos II, IV, VII-IX.

[2] La aportación de Mises al debate del cálculo se analiza bien en D. Lavoie, *Rivalry and Social Planning: the Socialist Calculation Debate Reconsidered* (Cambridge: Cambridge University Press, 1985).

que a sus dueños y usuarios les es a menudo imposible expresar; otras veces es un conocimiento adquirido por la vía de la percepción empresarial. Debido a su naturaleza misma, este saber disperso no lo puede reunir en forma íntegra una entidad sola. Por tanto, el órgano socialista de planificación carecía del conocimiento indispensable para cumplir de una manera razonable, en términos de costo-efectividad, las tareas que le fijaban las autoridades políticas. Este podía intentar usar los precios que surgían en mercados paralelos, ya fueran negros o grises, o en mercados históricos o mundiales, para dar a sus actividades un cariz de racionalidad; pero dichos intentos irían acompañados inevitablemente de un inmenso desperdicio y de errores en la asignación de los recursos, incluso medidos contra las metas de los propios planificadores. El resultado que predijo el análisis teórico de Hayek, respecto de los problemas insuperables de conocimiento que enfrentaba la planificación central socialista, eran el caos económico, el empobrecimiento general, el desperdicio y las malas inversiones en escala colosal.

Hayek ganó las batallas intelectuales de los años treinta y cuarenta, en las que los economistas socialistas procuraron, sin éxito, desarrollar modelos —en especial el de Lange-Lerner de "socialismo competitivo"— que simulaban los procesos del mercado mediante la creación de precios sombra. A la vez, sin embargo, debido en parte a que la presentación del así llamado "debate del cálculo económico bajo el socialismo" fue recibida en los círculos académicos a través de la obra de Joseph Schumpeter,[3] esa victoria intelectual pasó inadvertida y sus argumentos quedaron marginados en un segundo plano. En consecuencia, la totalidad de la opinión occidental, expresada en los textos de economía de Samuelson y otros, en el periodismo especializado y en los análisis de inteligencia, propagó la idea de que las economías soviéticas eran casos exitosos que generaban (en la República Democrática Alemana) estándares de vida muy por encima a los de varios países de Europa occidental y, en la propia URSS, servicios sociales y de salud de nivel superior, además de un alto grado de innovación tecnológica. Esta versión, por cierto, era un absurdo a los ojos de cualquiera que hubiera vivido en sociedades estructuradas a la manera soviética, pero esas experiencias se pasaron por alto y nadie escuchó sus voces. La difusión de las pruebas que confirmaron el análisis de Hayek se debió a elementos de la propia élite soviética y no a ninguna vertiente de opinión occidental.

La *glasnost* soviética y la reunificación de Alemania pusieron en evidencia que las condiciones de vida en Rusia y en muchas partes de la Unión Soviética eran tan insatisfactorias como en muchos países del Tercer

[3] Joseph Schumpeter, *Capitalism, Socialism and Democracy* (Londres, 1954).

Mundo, o aun peores; maquinaria industrial antigua y obsoleta; técnicas contables y estadísticas semejantes a los mundos surrealistas imaginados por Borges; servicios médicos inservibles, servicios sociales inexistentes, disposiciones insuficientes respecto de la seguridad industrial o los accidentes del trabajo, y condiciones de vivienda catastróficas; junto con una degradación del ambiente natural, en muchos puntos de la Unión Soviética rayana en lo apocalíptico. Las condiciones, desde luego, variaban en distintas partes del antiguo bloque soviético. En Rusia, por ejemplo, el cuadro se complicaba notablemente por el hecho de que el sector estratégico-militar de la economía, que absorbía probablemente entre cuarenta y sesenta por ciento de los recursos, era mucho menos ineficiente que la economía civil y a veces producía artículos (como los aviones Mig-29) superiores a los que existían en Occidente. Además, como lo señaló Michael Polanyi en su crítica de Hayek,[4] en todas partes las imposibilidades epistémicas de la planificación centralizada hicieron que las instituciones (incluso las burocracias de planificación) siguieran su propio camino, reinventando mercados (a menudo de trueque) y simulando con ello, a nivel rudimentario, las instituciones de mercado occidentales. A decir verdad, nunca hubo planificación centralizada, pero la pugna por imponerla condujo en todas partes al mismo resultado: la ruina económica, moderada solamente por la corrupción, el resurgimiento de los mercados y (en el sector estratégico-militar soviético) la simulación de instituciones de mercado.[5]

El planteamiento de Hayek sobre las funciones epistémicas de las instituciones del mercado y los insuperables problemas de conocimiento que afectan a la planificación centralizada se basó en el análisis anterior de Mises, pero fue sobrepasado por el estudio más profundo de Polanyi, quien demostró que el intento de planificar en su totalidad la vida económica conducía al desperdicio del saber tácito incorporado en los procesos de mercado, así como el proyecto de planificar la ciencia condujo no al crecimiento del saber científico, sino al agotamiento del conocimiento tácito del que dicho crecimiento depende. Hayek hizo, con todo, un análisis extraordinario, que bien justifica su categoría de héroe intelectual en las tierras post

[4] Michael Polanyi, "The Span of Central Direction", *The Logic of Liberty* (Chicago: University of Chicago Press, 1951). El análisis de Polanyi se desarrolla en Paul Craig Roberts, *Alienation and the Soviet Economy: The Collapse of the Socialist Era*, 2a ed. (Nueva York y Londres: Holmes and Meier, 1990).

[5] En mi monografía "The Strange Death of Perestroika: Causes and Consequences of the Soviet Coup", *European Security Studies* 13, Londres, Institute of European Defence and Strategic Studies, 1991, analizo esta simulación de instituciones de mercado en el complejo estratégico-militar soviético.

comunistas. Dio una acabada explicación teórica del fracaso de la planificación centralizada y expuso las razones por las que cabía prever el colapso de las instituciones encargadas de llevarla a efecto. La pregunta que quiero hacer aquí es la siguiente: ¿ofrece pautas el pensamiento de Hayek para que las sociedades post comunistas puedan realizar la difícil transición desde sus instituciones derrumbadas a la sociedad civil basada en el mercado?, ¿contiene su análisis los medios para guiar la transición desde las ruinas heredadas de la planificación centralizada del socialismo hacia una economía de mercado estable? Dando aquí sólo la conclusión de mi argumento, respondo que no. Contrariamente a lo que sostienen los neoliberales en Occidente, el intento de encarnar los conceptos hayekianos en las políticas va resultar en un verdadero desastre virtualmente en todas las sociedades post comunistas, y ocasionará profundos trastornos económicos y gran turbulencia política. Aumenta la ironía el hecho de que la opinión neoliberal occidental aconseja hoy a los Estados post comunistas que adopten las recetas políticas de Hayek, en el preciso momento histórico en que los proyectos de reforma del mercado inspirados en dichos conceptos están sujetos al fracaso o al abandono en muchos países occidentales.

La pertinencia del pensamiento hayekiano para los problemas que enfrentan las sociedades post comunistas tradicionales se puede analizar en dos planos: teórico y práctico. En el plano teórico, la crítica que hace Hayek de la planificación centralizada va unida a una crítica más amplia del racionalismo constructivista y a la idea de que hay un orden espontáneo en la sociedad. En su obra posterior, la idea del orden social espontáneo se vincula con una teoría de darwinismo institucional, o de evolución cultural, que en muchos aspectos recuerda a la filosofía sintética de Herbert Spencer. De estos conceptos, ninguno resiste un examen crítico, especialmente cuando se combinan (como aparecen en los escritos posteriores de Hayek) para entregar una visión global del mundo. Consideremos la teoría de la evolución cultural, en la obra posterior de Hayek.[6] Esta teoría sostiene que entre los grupos sociales humanos existe una suerte de selección

[6] La teoría de Hayek sobre la evolución cultural se expone de manera muy explícita en su último libro, *The Fatal Conceit.* [Versión en castellano: *La fatal arrogancia: Los errores del socialismo* (Madrid: Coedición para Chile de Unión Editorial y Centro de Estudios Públicos, 1990)].

natural, de acuerdo con las prácticas y tradiciones particulares que los distinguen. Hay, por ejemplo, una selección natural entre religiones, según la cual las que prevalecen son aquellas que gozan de una ventaja darwiniana en virtud de su adhesión a las instituciones de la familia y de la propiedad privada, la que a su vez hace crecer la cantidad de adherentes. En esta postrer teoría hayekiana de la evolución cultural hay varias dificultades, algunas de ellas fatales. No conocemos ningún "mecanismo" de evolución cultural que sea análogo al de la selección ambiental de mutaciones genéticas aleatorias que aparecen en la teoría biológica de Darwin. Talvez sea efectivo que aquellas religiones que apoyan las instituciones promotoras de la fertilidad humana tengan una ventaja comparativa respecto a las que no lo hacen; pero, en términos históricos, el factor decisivo que explica el éxito de ciertas religiones y el fracaso de otras no está en las propiedades darwinianas de unas y otras sino en la habilidad o suerte que tengan para acceder al poder del Estado, y del uso despiadado que hagan de ese poder para eliminar a sus rivales. No se detecta en la historia de las religiones ningún mecanismo identificable de evolución cultural, sino sólo las contingencias de la fortuna política. En este respecto, como en otros, en los escritos tardíos de Hayek hay un desdén por la contingencia histórica, similar al que exhibe el marxismo. La nariz de Cleopatra ofrece una mejor pauta de las vicisitudes de la historia humana que la evolución cultural hayekiana.

La teoría de la evolución cultural no sólo carece de mecanismo; tampoco especifica una "unidad". En la biología neodarwiniana, la unidad no es la especie, ni siquiera el individuo, sino el gen o su linaje. ¿Cuál es la unidad correspondiente en la evolución cultural? Es sabido que los grupos sociales, sus prácticas y tradiciones, son particularmente difíciles de individualizar. Hayek enfrenta aquí un problema parecido al del funcionalismo en la teoría social: el problema de individualizar el sistema social. Un sistema social se puede describir, en teoría, como un todo equilibrado, homeostático, cuyo comportamiento es inteligible a la luz de sus tendencias autorreguladoras. Pero los sistemas sociales colapsan, así como los organismos perecen; ¿cuál es la modificación que viene a equilibrar el sistema social, y cuáles son los síntomas de su desintegración? Sólo si ya hemos especificado satisfactoriamente el propio sistema social podremos pretender dar una respuesta a estas preguntas. ¿Cuál es, en todo caso, la "medida" de la evolución cultural y cuál es su "criterio"? Hayek no parece distinguir entre estas dos interrogantes. Nos dice que el éxito de un grupo o de un conjunto de instituciones debe apreciarse en relación la población humana que sostiene, pero este es un criterio de evolución cultu-

ral muy indefinido. ¿Está la prueba en el tamaño real de la población humana que sostiene un conjunto de instituciones, o en la capacidad de carga de este conjunto, es decir, la población humana que un sistema dado de instituciones productivas "podría" sostener? ¿Y en qué lapso y a qué nivel de bienestar? Las instituciones de mercado de la sociedad industrial avanzada bien pueden sostener vastas poblaciones a un nivel de vida elevado, pero, debido a sus secuelas ecológicas o a su virtuosismo en la producción de armas de destrucción masiva, sólo podrá hacerlo por lapsos cortos; en cambio, las poblaciones más pequeñas de las culturas aborígenes, con técnicas neanderthalescas, pueden resultar capaces de reproducirse durante decenas o centenas de milenios. ¿Cuál de las dos pasa mejor la prueba de Hayek? ¿Y, por último, qué es lo que pretende establecer la prueba de población?

Estas preguntas, imposibles de contestar en la teoría de evolución cultural que se propone en la obra posterior de Hayek, rondan la idea misma del orden espontáneo. Esta noción, según se la usa en los escritos de liberales clásicos recientes, influidos por Hayek, no tiene un sentido único, claro, ni coherente, sino que es más bien una fusión ecléctica de varias tesis diferentes, muchas de las cuales son dudosas o bien abiertamente falsas. Es preciso separar estos distintos elementos antes de poder determinar qué es lo que queda de esta idea, si es que algo queda, que sea útil o válido. Comencemos con una observación simple. En la obra posterior de Hayek los órdenes espontáneos aparecen no sólo en las sociedades humanas sino también en la vida de otras especies y en fenómenos naturales, como las galaxias, las limaduras magnéticas, los cristales, etc. No queda claro lo que se entiende aquí por orden, aparte de una estructura autorreplicadora de algún tipo; pero está claro que el término "orden espontáneo" se emplea de una manera valóricamente neutra, como una clave explicativa para toda especie de sistemas autorreguladores. No obstante, si el orden es una idea despojada de valores, entonces los órdenes espontáneos pueden ser benéficos en la sociedad humana, como no serlo: basta con que carezcan de diseño, que sean relativamente estables, se reproduzcan en el tiempo, y así sucesivamente. Las mafias, y no sólo los mercados, valdrán como órdenes espontáneos: el orden espontáneo surgirá dondequiera aparezcan convenciones que coordinen las actividades humanas, de modo que su calidad de regulares y predecibles se intensifique. El surgimiento de las convenciones es un fenómeno que permea las interacciones humanas y se produce en los campos de batalla, las prisiones y los campos de concentración, en las relaciones entre pandillas criminales y en las guerras de precios entre empresas rivales. Si la idea del orden

espontáneo forma parte de la ciencia positiva y tiene aplicación cada vez que las actividades humanas se coordinan mediante el surgimiento de convenciones y no por intención, voluntad ni plan humanos, entonces se trata de una idea moralmente vacía, sin afinidad especial con la teoría de una sociedad libre. Los rasgos del mundo social que describe son universales y ubicuos; se presentan tanto en las tiranías como en las sociedades civiles liberales.

En la obra de Hayek, por cierto, la idea del orden espontáneo no se usa en todo momento como una clave explicativa de valor neutro, ni como aspecto de un programa de investigación en teoría social positiva. Dicha noción tiene un claro contenido normativo. Esto deriva de la visión de Mandeville, en el sentido de que los vicios privados pueden rendir beneficios públicos, y de la percepción de Smith de que los intercambios voluntarios, en particular cuando se repiten a menudo, no son transacciones típicas de suma cero, sino intercambios que acarrean beneficios para todas las partes. Lo que aquí se deduce es, por lo tanto, que toda vez que la vida económica se conduce por medio de una red de intercambios voluntarios, el bienestar de todos se verá incrementado. Es más, la idea del orden social espontáneo se apoya aquí en los argumentos epistémicos de Hayek contra la planificación centralizada cuando insinúa que la coordinación de actividades humanas que se produce dentro de una red de intercambios voluntarios va a ser superior a cualquiera otra que se pudiera obtener en virtud de la intencionalidad humana o la planificación global, racional. Se observa que la idea del orden espontáneo es en este aspecto una clave del proceso de mercado, aquel extenso nudo de intercambios voluntarios en que las actividades humanas se coordinan sin la intervención de ninguna autoridad de planificación. Sin embargo, debemos señalar de inmediato un punto crítico: los intercambios en el mercado poseen las cualidades benéficas que se les atribuyen en el concepto hayekiano del orden espontáneo, sólo en la medida en que su calidad de transacciones voluntarias esté garantizada por una estructura de instituciones (propiedad privada, libertad contractual y prohibición de la coacción extrajudicial) contempladas en la ley. La infraestructura jurídica de las instituciones de mercado, que define y protege las condiciones del intercambio voluntario, es la que asegura el efecto benéfico del orden espontáneo en el proceso de mercado. Sin la matriz de la ley y, por consiguiente, sin los derechos exigibles relativos a la propiedad y a las condiciones del contrato, el proceso de mercado, en cuanto orden espontáneo, tiene la misma probabilidad de ser benéfico que la mafia.

El error central del concepto de orden espontáneo que ofrece Hayek,

que se repite en el uso que hacen de él sus seguidores libertarios y liberales clásicos, está en que se generaliza indebidamente, puesto que, a partir de las propiedades benéficas de los procesos de mercado, en cuanto sistemas de intercambios voluntarios amparados por el marco jurídico de las instituciones de mercado, se atribuye a esos mismos ordenamientos jurídicos el carácter de órdenes espontáneos. La verdad es, precisamente, lo contrario: salvo en presencia de un sistema legal que garantice el intercambio voluntario, no hay motivo para suponer que los órdenes espontáneos han de ser benéficos. Es más, aquellos procesos de mercado rudimentarios que pudieran existir en ausencia de dicho marco jurídico tienen la misma probabilidad de ser explotadores e intimidatorios como de ser para las partes recíprocamente benéficos. Tampoco, y aquí volvemos a los errores de la teoría hayekiana de la evolución cultural, existe razón alguna para suponer que la evolución de los sistemas jurídicos va a favorecer sistemáticamente a las instituciones de mercado en cuanto sistema de intercambios voluntarios. La evidencia histórica da a entender lo contrario: las reglas jurídicas —que son las del juego de mercado— se convierten en objetos de los depredadores políticos, y el ordenamiento jurídico de las instituciones de mercado se conforma según los requerimientos de las coaliciones de grupos de interés colusionados. La idea que propone la teoría hayekiana, de que existe una selección evolutiva de reglas jurídicas, o de sistemas de dichas reglas, que actúa en favor de aquellas que mejor promueven las propiedades voluntaristas de las instituciones de mercado, es una ilusión tan sin fundamento y tan peligrosa como la ilusión paralela de que las sociedades libres, en competencia con sociedades no libres, tienen que ganar.

La historia sugiere otra cosa: que la competencia por el capital y las aptitudes entre jurisdicciones quedará impedida, probablemente, por la mortal rivalidad de la guerra. En efecto, la guerra malogrará los mecanismos de emulación y migración en que se basan la escuela escocesa y Hayek para suponer que las economías de mercado que han sido exitosas van a tener un "efecto de demostración" que conducirá a su imitación. De ahí que el lado oscuro de la escuela escocesa, el temor republicano civil de que la sociedad comercial debilite el espíritu marcial y se haga vulnerable a la barbarie militar, en tanto que las pasiones desencadenadas por la civilización comercial pueden expresarse con la misma facilidad tanto en envidia destructiva como en emulación benigna. Esta sombría posibilidad, anunciada ya en Ferguson y aun en Smith, aparece mucho más próxima a la realidad histórica que las armonías panglosianas de la teoría de Hayek.

¿Qué queda, pues, de la idea del orden espontáneo? Y ¿qué utilidad tiene, si es que la tiene, para las sociedades post comunistas en transición? Por el lado negativo, significa —sin duda, correctamente— que toda economía moderna es, por necesidad, policéntrica; sus actividades son coordinadas principalmente por las instituciones del mercado y no por un plan global. Como lo destacó Polanyi,[7] la opción no se da entre instituciones de mercado y planificación centralizada, puesto que ésta es imposible y, en efecto, la planificación centralizada soviética fue siempre ilusoria. La opción se da únicamente entre condiciones de mercado mejores y peores. Y este asunto, el "debate de sistemas" entre la planificación centralizada y las instituciones de mercado, es lo que la historia resolvió decisivamente.

Esto no quiere decir que las instituciones de mercado se autorregulan infaliblemente, que en ellas la descoordinación es siempre consecuencia de factores exógenos como la intervención estatal, cosa que Hayek, al parecer, a veces insinúa. Como ha sostenido G. L. S. Shackle,[8] los procesos de mercado están expuestos a sufrir descoordinaciones endógenas, a veces de proporciones macizas, y en tales circunstancias será necesaria una política macroeconómica por parte del gobierno. El "argumento del cálculo" señala que la planificación centralizada es imposible, no que el *laissez faire* sea inevitable ni superior. Por el lado positivo, da a entender que toda sociedad humana se mantendrá unida en sus actividades gracias al surgimiento de convenciones, normas no intencionales de conducta que otorgan a las interacciones humanas una medida de predictibilidad. Con un sesgo más especulativo, propone que la estabilidad de todas las instituciones humanas, en la medida en que son estables, dependen de un nexo subterráneo de ajustes e intercambios, que no aparece en la superficie visible de las instituciones, pero que es indispensable, sin embargo, para su identidad y estabilidad. Esta última es una verdad importante, pero vale para todas las sociedades, no única ni especialmente para las sociedades libres. Si apoya a alguna filosofía política, es al conservantismo tradicional, no al liberalismo clásico, ya que da a entender que la ingeniería social reformista es proclive a tener consecuencias desestabilizadoras e impredecibles, cualesquiera sean las sociedades o regímenes a los que se aplica.

[7] Véase Polanyi, *op. cit.*, nota 4, supra.

[8] Véase, especialmente, G. L. S. Shackle, *Epistemics and Economics* (Cambridge: Cambridge University Press, 1972).

En sus aplicaciones a las sociedades post comunistas en transición, la teoría hayekiana genera una multitud de ilusiones invalidantes. Sugiere que las instituciones de mercado emergen como resultados no planificados de las acciones humanas. Lo dicho, sin embargo, vale sólo para los mercados en sus formas más rudimentarias; las instituciones de mercado de las economías modernas no han surgido de esa manera sino que son artefactos de la ley y del Estado. Aquí, el análisis hayekiano de las instituciones de mercado delata otra generalización indebida: la experiencia inglesa —en la que las instituciones de mercado, a lo largo de los siglos, emergieron en virtud del desarrollo no planificado del derecho consuetudinario— se hace extensiva a las instituciones de mercado en todas partes. En todos los casos, las instituciones de mercado distintas de las más primitivas son creaturas de la ley: el contenido de los derechos de propiedad, las condiciones y limitaciones de la libertad contractual no son nunca hechos naturales sino artefactos del sistema jurídico. Sólo en Inglaterra, y en aquellos países a los cuales se exportaron las instituciones inglesas, las instituciones de mercado se formaron por la lenta evolución del derecho consuetudinario. En Escocia no las moldeó el derecho consuetudinario sino el derecho romano, que a su vez se imponía por decreto; en la Francia post revolucionaria y en sus extensiones departamentales y coloniales (incluso en el estado de Luisiana) fue el Código Napoleónico; en la Turquía de Attaturk, a través de la imposición autocrática del código civil suizo, y así sucesivamente. En verdad, al contrario de lo que sostiene Hayek, el caso inglés de establecimiento gradual de las instituciones de mercado a través de la lenta evolución del derecho consuetudinario es un caso limitante, no un ejemplo paradigmático.

Ninguna de las sociedades post comunistas tiene la libertad histórica para aguardar los resultados de siglos de evolución jurídica. Aun cuando la tuvieran, se podría pronosticar con confianza que la experiencia inglesa no se repetirá en ellas. En algunos países afortunados, como los territorios checos de Bohemia y Moravia, y tal vez en los Estados bálticos, persiste todavía el recuerdo histórico de las normas jurídicas anteriores al comunismo, y la práctica misma podría revivir, aunque modificada. En dichos países el regreso a las formas jurídicas tradicionales es tanto viable como apetecible, y carece de importancia el modelo hayekiano de la evolución, no planificada, del marco jurídico de las instituciones de mercado. En otros lugares, por ejemplo en Polonia, en Ucrania, y, sobre todo, en Rusia, es un engaño pernicioso. La infraestructura legal de una economía de mercado, ausente del todo en la mayoría de los Estados post comunistas, se puede crear en ellos solamente por medio de una legislación constructivista. Hoy ninguno de ellos dispone de una ley de propiedad ni de una ley de contratos

ni de un sistema bancario ni de un auténtico mercado de capitales. Si se adopta una política de "quietismo" jurídico, inspirada en ideas hayekianas relativas al orden espontáneo, podemos prever, en la mayoría de las sociedades post comunistas, una repetición de la experiencia rusa hasta la fecha, es decir, un ataque de privatización "salvaje", "espontánea" o "hayekiana", que no es sino el último episodio en la búsqueda de rentas por parte de la *nomenklatura*, en el contexto de un orden económico que se puede caracterizar mejor como un anarco-capitalismo propio de la mafia. Es muy improbable que una situación como ésta sea estable políticamente. Con ella se agudizará la sospecha popular, bien fundada en experiencias reales de mercados controlados por la *nomenklatura*, de que los intercambios de mercado típicos son transacciones explotadoras, de suma cero, y evocará la idea de un contragolpe político, de índole sindicalista, dirigista o autárquico, que buscará impedir el retorno del mercado.

Es cierto que, dadas las instituciones cuasi democráticas actuales, el proceso hobbesiano de apropiación de bienes productivos que inició la *nomenklatura* en Rusia posiblemente va a generarar élites políticas rivales, dedicadas a explotar las quejas populares; a más largo plazo, persista o no una política de reforma de mercado, lo probable es que se abandonen las instituciones democráticas en favor de alternativas autoritarias. Es posible que esto ocurra en la mayoría de los Estados post comunistas, salvo en aquellos (como los territorios checos) en que hay fuertes tradiciones democráticas autóctonas, o como Hungría, Lituania y Estonia, que estuvieron bajo la hegemonía de países (Austria, Finlandia, Alemania) en los que dichas tradiciones están firmemente establecidas. Contrariamente a las expectativas triunfalistas de Fukuyama, el "pluralismo democrático" a la anglonorteamericana no se va establecer en ninguno de los países post comunistas. La interrogante es la siguiente: ¿qué tipos de instituciones de mercado y qué clase de sociedades civiles se van a establecer en las tierras post comunistas? Y, ¿existe alguna alternativa a aquellas derivadas del modelo hayekiano que sirva para guiar la transición?

El punto de partida de toda reflexión sensata sobre los problemas de transición en las sociedades post comunistas es que si bien ellas tienen la tarea de desmantelar el aparato comunista heredado, no existe un modelo único de sociedad civil ni de instituciones de mercado que luego habrán de adoptar. Tanto la sociedad civil como las instituciones de mercado se dan en

variados tipos. Las sociedades civiles han estado protegidas por una diversidad de regímenes políticos, con más frecuencia autoritarios que democráticos, y siguen estándolo: no hay un vínculo necesario ni sistemático entre las instituciones de una sociedad civil y la democracia política. Aquéllas pueden existir felizmente en muchas formas de gobierno. Cuando digo sociedad civil, me refiero a aquella estructura de instituciones autónomas que existen entre el individuo y el Estado, pero cuya forma se define y se exige por ley, en la que personas y comunidades poseedoras de propósitos y visiones globales diferentes pueden coexistir, en paz e igualdad, bajo el imperio del derecho.[9] En todas las sociedades civiles, la mayor parte de la vida económica transcurre en las instituciones del mercado. La sociedad civil, y no la democracia liberal, es la negación efectiva del totalitarismo, el cual es un estado de *weltanschauung*, en que la nación y la economía se funden. Pero en nuestra época el totalitarismo no es el único enemigo poderoso de la sociedad civil; ésta tiene otro rival en el fundamentalismo.

También las instituciones de mercado son de diversos tipos, entre los cuales no existe uno ideal. Las instituciones de mercado del capitalismo anglonorteamericano muestran diferencias notables respecto de la economía social de mercado alemana y aún mayores respecto de las instituciones de mercado características de Asia oriental, en especial las de Japón y Corea del Sur. Difieren por cuanto a éstas no las anima una moral individualista ni dependen de la cultura legalista que permea las instituciones de mercado al estilo anglonorteamericano, especialmente en Estados Unidos. No carece de importancia el hecho de que en China continental el modelo declarado de reforma de mercado no es un modelo occidental, sino el de Corea del Sur. Lo dicho debe llevarnos a entender que el vínculo entre instituciones de mercado florecientes, por una parte, y una moral individualista junto con una sociedad civil basada en un modelo occidental, por otra, que para los pensadores escoceses era tan necesario como universal, no es sino un accidente histórico, incluso quizás de vida breve. No es menos importante comprender que las instituciones de mercado pueden existir, incluso prosperar, en ausencia de una sociedad civil. Arabia Saudita no es una sociedad civil, en ninguno de los sentidos que la expresión pueda tener, pero ¿quién podrá negar que su vida económica la gobiernan instituciones de mercado?

[9] He analizado el totalitarismo y la sociedad civil en mi artículo 'Totalitarianism, Reform and Civil Society", en E. F. Paul, ed. (Nueva Brusnwick y Londres: 1990). Esta se incluirá también en mi próximo libro, *Post Liberalism: Studies in Political Thought* (Londres: Routledge) a publicarse en 1993.

Las instituciones de mercado presuponen la propiedad privada y el mecanismo del precio, y la protección de la ley para las libertades económicas; no presuponen, sin embargo, que la sociedad en la que las instituciones de mercado están insertas sea una sociedad civil. Puede haber una economía de mercado próspera, y las ha habido, en sociedades que tienen una religión oficial y que carecen de algo siquiera parecido a la igualdad ante la ley o de la mayoría de las libertades civiles. La idea de que las instituciones de mercado van a florecer únicamente en una sociedad civil carece de tanto fundamento histórico como aquella noción de que las sociedades civiles siempre acompañan a las democracias liberales o culminan en ellas. Basta recordar las civilizaciones moriscas para pensar en instituciones de mercado que florecen en ausencia de una sociedad civil; o bien, en nuestro tiempo, tomemos a Hong Kong como ejemplo de sociedad civil sin instituciones democráticas.

Estas consideraciones históricas y teóricas, al parecer recónditas, de hecho son muy pertinentes para las sociedades post comunistas. En la mayoría de ellas, los trastornos producidos por las reformas de mercado van a destruir las frágiles instituciones democráticas o bien desrielarán el proceso de reforma, o ambas cosas. La verdad esencial que hay que tener presente es que en las economías post comunistas la privatización y la mercadización, conforme a cualquier modelo occidental, tienen forzosamente que fracasar.[10] Una cosa es privatizar cuando la mayor parte de la economía ya es una

[10] Yo pronostiqué hace algún tiempo el fracaso de la *perestroika.* En el *Times Literary Supplement,* del 27 de julio de 1989, escribí: "Cualquiera que sea el resultado inmediato de las negociaciones en curso, se puede aseverar sin peligro que ni la división de Alemania en su forma actual ni la relación actual entre Alemania Occidental y la OTAN podrán sostenerse mucho tiempo. La postura política y militar de Alemania Occidental, en su estado actual, hace caso omiso tanto de las realidades históricas como de las legítimas aspiraciones alemanas de unificación; y las presiones en pro de un arreglo separado entre Alemania Occidental y la Unión Soviética son, probablemente, irresistibles (...). El lado sombrío de la disolución del arreglo de post guerra está en la perspectiva de (...) una Alemania Occidental desprendida de la OTAN sólo para heredar las industrias enmohecidas y los pensionados indigentes de la RDA". En *The Financial Times,* Londres, del 13 de septiembre de 1989, manifesté: "El peligro está en que la decadencia del sistema totalitario que construyeron Stalin y Lenin va a conducir, no a la reconstitución de una sociedad civil estable, sino a un caos creciente y al derrumbe económico (...). Si es así, lo que estamos viendo en la Unión Soviética no es una reforma a medio camino sino el comienzo de una reforma, cuyo curso nadie puede predecir". En octubre de 1989, en *Totalitarianism at the Crossroads,* señalé: (...) el totalitarismo comunista clásico ya está dando señales de debilidad (como en Bulgaria) e incluso Rumania puede que no resulte inmune al cambio o al derrumbe (...). El modelo de dicha perspectiva (...)

economía de mercado, como en Gran Bretaña o Nueva Zelanda; otra cuando la economía de mercado, especialmente en el sector industrial, es rudimentaria o la traban controles burocráticos. Y también es otra cuando, como ha quedado de manifiesto en Alemania Oriental, buena parte de las instalaciones que hay que privatizar carecen virtualmente de valor. La lección que debemos aprender de Alemania Oriental es que la mayor parte de la economía industrial heredada no se puede privatizar, sino sólo se puede liquidar, a un costo inmenso en cuanto a desempleo y trastornos económicos. Está claro que el absorber la economía en bancarrota de Alemania Oriental (mediante la liquidación de la mayor parte de ella) va a ocupar durante años buena parte del capital de la economía más fuerte de Europa. Este proceso no será factible de repetir en Rusia ni en Ucrania ni en Polonia, si bien alguna versión de él se podría aplicar en Bohemia y Moravia, o en Hungría. En consecuencia, en la mayoría de los Estados post comunistas las políticas de privatización según modelos occidentales van a fracasar, y ello acarreará la ruina de los gobiernos reformistas que las propician.

Si hay modelos occidentales para las economías post comunistas, el más adecuado puede ser el de Alemania de post guerra. Allí se comprendió, en un espíritu muy opuesto al de Hayek, que para crear una economía de mercado se necesitaba, por parte del gobierno, un acto constructivista de legislación.[11] Sin embargo, la Alemania Occidental de post guerra se encontraba en condiciones mucho mejores de transitar a una economía de mercado que la mayoría de los Estados post comunistas. Su sistema de derecho civil y comercial estaba en su mayor parte intacto; la memoria histórica de las instituciones de mercado seguía viva, y la *nomenklatura* nazi se encontraba casi totalmente dispersa o destruida. Incluso es probable que la devastación material de las plantas industriales facilitara la ejecución de la reforma de mercado que inició Erhardt, por cuanto había menos intereses creados que la impidieran. Son ventajas derivadas de la derrota catastrófica de Alemania en la segunda guerra mundial y de la relativa brevedad del

puede ser la Yugoslavia contemporánea, con sus difíciles conflictos étnicos, sus profundos problemas económicos, sus gobiernos débiles y populistas y sus tendencias crónicas a la desintegración política". En muchas ocasiones se tildó estas advertencias de alarmistas.

[11] Como observa T. W. Hutchison a propósito de Eucken: "El lanzamiento de la economía social de mercado fue un acto constructivista explícito y así tenía que ser". Y como lo expresa el propio Eucken: "Al sistema económico hay que darle forma conscientemente". Véase T. W. Hutchison, *The Politics and Philosophy of Economics: Marxists, Keynesians, and Austrians* (Oxford: Basil Blackwell, 1981), p. 17.

régimen totalitario nazi, ventaja que no posee ninguno de los Estados post comunistas. Cosa parecida se podría decir del Japón de la post guerra, aunque en la explicación del renacimiento económico de ese país tras la guerra gravitan sus tradiciones culturales particulares.

En consecuencia, incluso el modelo alemán tiene aplicación limitada en la mayoría de los Estados post comunistas, y por tal motivo parece improbable que algún modelo pueda llegar a resolver las singularidades históricas que deberán sortear las sociedades en transición. Cada una de ellas enfrenta la tarea de desmantelar los restos de las instituciones de planificación, así como la tarea de establecer instituciones de mercado. Cada una deberá improvisar como mejor pueda, de acuerdo a su propia situación. Si se sigue el consejo de Occidente, que hoy recomienda adoptar variantes de los modelos políticos y económicos occidentales, el resultado será desastroso en la mayoría de los Estados post comunistas y se correrá el riesgo de provocar en Rusia (y no sería la primera vez) una reacción antioccidental. Lo dicho es tanto más probable cuanto que en Rusia, así como en China, un régimen estable auténticamente post comunista tendrá por fuerza que apelar a los restos sobrevivientes de tradiciones culturales autóctonas más que a importaciones de Occidente. Más probable aún por el hecho de que en ambos países hay una percepción popular y política del período comunista como una época en que las tradiciones natales estaban subyugadas bajo ideologías de occidentalización. No es de extrañar, pues, que en China el modelo de reforma de mercado es Corea del Sur y no un país occidental, ni debe sorprendernos que se invoque la tradición autoritaria de Confucio y no un concepto occidental de sociedad civil, y tampoco será de extrañar que el próximo paso político de Rusia, luego del probable derrumbe del gobierno reformista post comunista, sea un régimen autoritario que apele a las tradiciones y precedentes culturales rusos y no a una ideología occidental.

Ningún programa de reforma de mercado puede tener éxito en Rusia, ni en ningún otro punto del mundo post comunista, en condiciones de desorden civil. Incluso donde la sociedad civil forme parte del programa histórico, la iniciativa tendrá que fracasar si no hay paz civil. En consecuencia, en muchos lugares de la antigua Unión Soviética, pero especialmente en la Federación Rusa, la primera tarea del gobierno será hobbesiana. En todos los Estados post comunistas, pero especialmente en Rusia, la paz hobbesiana es condición previa indispensable para lograr la reforma económica, pero se incurrirá en un grave error si se la busca mediante la adopción de dispositivos constitucionalistas occidentales o modelos occidentales de sociedad civil, carentes de apoyo en las tradiciones culturales locales. En ciertas

regiones musulmanas de la antigua Unión Soviética puede que el modelo más adecuado sea el de Turquía, donde el ordenamiento jurídico de una sociedad civil occidental se impuso por decreto. En otros lugares, cualquier modelo occidental de sociedad civil puede ser enteramente inapropiado. Si se trata de Rusia, ningún modelo a nuestro alcance, incluso los paradigmas de Asia oriental, es capaz de encarar la magnitud y la singularidad de los problemas de transición por resolver. Lo que está claro es que el modelo hayekiano relativo al surgimiento de las instituciones de mercado, que no es sino una generalización grandiosa de su desarrollo en un solo país occidental, tiene poco o nada que ver con las dificultades que hoy enfrentan las sociedades post comunistas en transición.

El error mayúsculo del modelo hayekiano del surgimiento espontáneo de las instituciones de mercado está en que su ejemplo original, Inglaterra, fue durante siglos una sociedad y una nación estables, donde los derechos de propiedad y las libertades contractuales recibieron su sentido a través de la lenta evolución del derecho consuetudinario. Ninguna de las sociedades post comunistas se encuentra en situación análoga. Las menos, y las más afortunadas, son aquellas en que es posible revivir tradiciones de práctica jurídica anteriores al comunismo. En las demás habrá que crear por decreto las instituciones de mercado, y, en la mayoría de los casos, el modelo menos inadecuado para dicha legislación constructivista no va a ser el anglonorteamericano sino el alemán. En todos los casos habrá que optar, inevitablemente, por algún curso de acción para efectos de asignar los bienes productivos, y se precisarán leyes que definan nuevos derechos de propiedad.

Para llevar a cabo la tarea de crear nuevos derechos de propiedad y ejecutarlos, y para garantizar las libertades contractuales, los gobiernos necesitan un grado significativo de legitimidad popular y a la vez una capacidad de represión eficaz. Los fundamentos de estos poderes variarán de un país a otro, pero en ningún caso serán pertinentes, probablemente, los modelos de contrato social o constitucional. Sin excepción, los gobiernos de las sociedades post comunistas se verán obligados a vestirse con los harapos y vestigios de legitimidad que puedan rebuscar entre las ruinas de las tradiciones pre comunistas. En Rumania, todas las instituciones estatales son percibidas como ilegítimas, y sólo la restauración de la monarquía tiene alguna esperanza de recuperar la legitimidad; en Turcmenistán el

ejemplo de Attaturk tiene mucha fuerza; en los Estados bálticos, especialmente en Estonia, atrae el ejemplo finlandés, y así sucesivamente. El caso más difícil es el de Rusia, que no es un Estado-nación ni lo ha sido nunca, donde no sobrevive ninguna tradición pre comunista de gobierno legítimo y donde incluso la memoria histórica de la sociedad civil se ha perdido. En Rusia, ningún gobierno tiene la probabilidad de poseer ni la autoridad ni el poder suficiente para imponer una reasignación, en forma centralizada, de los bienes productivos que se habían socializado. El gobierno es demasiado débil y las mafias, unidas a elementos de los antiguos servicios de seguridad, son demasiado fuertes. En Rusia, incluso un gobierno autoritario tendrá que integrar estos intereses, en lugar de reprimirlos. Puede ser que en Rusia, donde incluso una paz hobbesiana sólo se puede garantizar con ayuda de una coacción organizada, no gubernamental, ciertas proposiciones hayekianas pueden resultar pertinentes: por ejemplo, la de las economías en competencia.[12] Es cierto que las perspectivas de establecer en Rusia un banco central, con facultades y autoridad para controlar la emisión de circulante en ese país, son remotísimas. Pero hasta la competencia hayekiana entre monedas presupone cierto grado de paz cívica.

En contraposición al modelo de Hayek, la escuela de Virginia[13] percibe correctamente la necesidad de que en los países post comunistas haya un activismo jurídico constructivista y una paz hobbesiana. Se equivoca en su confianza en los dispositivos constitucionales como medio para tales fines, y en su suposición de que los reglamentos constreñirán a los gobiernos. En el mundo post comunista, como en otras sociedades, la autoridad de los gobiernos depende en parte de la eficacia que muestre en desplegar el poder coercitivo y de su capacidad de expresar las tradiciones culturales locales. La forma constitucional de gobierno jamás ha tenido una importancia determinante. En el mundo post comunista, la autoridad del gobierno y, por tanto, el éxito de los proyectos de reforma para avanzar hacia el mercado y a una sociedad civil, dependerán del grado en que los gobiernos se muestren capaces de ejercer el poder coercitivo de manera prudente y eficaz, y de la medida en que reflejen las tradiciones pre comunistas de sus pueblos. Si en alguna parte del mundo post comunista se

[12] Véase Friedrich A. von Hayek, *Denationalisation of Money: An Analysis of the Theory and Practice of Concurrent Currencies* (Londres: Institute of Economic Affairs, Hobart Paper, 1976); y Kevin Dowd, *The State and the Monetary System* (Nueva York: St. Martin's Press, 1989).

[13] Hay una introducción a la escuela de "Public Choice" de la Universidad de Virginia, en J. Buchanan y G. Tullock, *The Calculus of Consent* (Ann Arbor: University of Michigan Press, 1962).

establecen instituciones de mercado y, en algunos países, sociedades civiles, éstas no serán sino creaturas de gobiernos que gozan de una autoridad legítima. Aquella autoridad va a emanar siempre de los restos de tradiciones, nunca de conceptos occidentales relativos al contrato constitucional, y precisará siempre de un Estado de derecho, aunque la forma de éste variará; podrá ser marcial, podrá ser el *shariya* islámico. En estas materias, es muy poco lo que los países post comunistas pueden aprender de Occidente.

El modelo de Hayek es, en buenas cuentas, una suerte de anarquía legal benigna, una "catalaxia" legal, en la que están ausentes la coacción organizada, necesidad tan antigua como ingrata. Semejante anarquía puede ser imaginada en una teoría ideal,[14] pero en la historia no hay ejemplos de ella. En el caso de Rusia, con su enorme complejo militar-industrial, en gran medida intacto pero en potencial desintegración, constituye una receta de caudillismo militar y anarquía nuclear.[15] En la práctica, en las naciones post comunistas la legitimidad política va a depender de su aceptación popular y de las cambiantes coaliciones de los grupos de interés; la paz civil y las perspectivas de la sociedad civil dependerán del arte de gobernar y del arte político, no de la redacción de constituciones. Si se trata de construir una utopía neoliberal, los Estados post comunistas no van a tener éxito donde han fracasado todos los demás.

Para que tenga algún valor, el consejo occidental a las sociedades post comunistas no habrá de ser ideológico sino histórico. A esas sociedades no les hace falta que les recuerden los desastres del socialismo ni las ventajas de las instituciones de mercado. En cambio, necesitan que se les haga presente que hay distintos tipos de instituciones de mercado y de sociedades civiles; que todos ellos requieren de gobiernos legítimos y que deben buscar en su propia historia, anterior al comunismo, fuentes de legitimidad. En suma, necesitan que se les recuerde que la autoridad —que el comunismo virtualmente destruyó, así como lo hizo con el derecho— es indispensable. En este sentido, no es probable que se beneficien con el ejemplo contemporáneo de Occidente, en el que la autoridad también ha virtualmente desaparecido. Y ese ejemplo, antes que un modelo a seguir, es una advertencia importante a la que se debe prestar atención. □

[14] Una anarquía de este tipo se contempla en el libro de Michael Taylor, *Anarchy and Cooperation.* Es lamentable que no tenga ninguna relación con el mundo real de Estados soberanos rivales.

[15] No sería raro que, en ausencia de una paz hobbesiana eficaz en Rusia, la economía política de este país sea la del caudillismo de guerra, organizada en tomo a los centros de producción militar; pero aquí no puedo explorar más a fondo esta perspectiva.

LIBERALISMO, DERECHOS CONSUETUDINARIOS Y REFORMAS ECONOMICAS EN RUSIA

UNA INTERPRETACION HAYEKIANA*

Vitaly Naishul

En este artículo se sostiene que las dificultades por las que atraviesan las recientes reformas económicas emprendidas en Rusia se deben a su manifiesto carácter estatista. El autor advierte que en tanto los reformadores quisieran transformar el sistema socialista en uno de mercado, dicho sistema evoluciona espontáneamente hacia el mercado. Así, la "privatización desde arriba", actualmente en etapa de planificación, puede resultar imposible y contraproducente. Naishul considera que el enfoque de Hayek y, en particular, su confianza en la evolución libre y gradual de las instituciones, es más adecuado para analizar las realidades de Rusia que el constructivismo de cualquier signo, incluido el que apunta a una sociedad libre.

VITALY NAISHUL. Graduado en Matemáticas, Universidad de Moscú. Investigador de la Academia de las Ciencias de Rusia. Miembro del equipo de asesores del Presidente Yeltsin. En el pasado fue investigador del Instituto de Investigación Científica (en Economía) del Comité de Planificación del Estado. Ha escrito numerosos artículos para diversas publicaciones rusas. Su trabajo "La fase superior y última del socialismo", se publicó en *Estudios Públicos* 41 (verano 1991).

*Este trabajo fue presentado primeramente ante el Symposium "Friedrich A. von Hayek en torno al Conocimiento, la Evolución y la Competencia", realizado en Friburgo, Alemania, entre el 13 y 16 de junio de 1992. La presente versión que se publica aquí recoge parte de su exposición en el seminario "El significado de la obra de Friedrich A. von Hayek", que organizara el Centro de Estudios Públicos los días 4 y 5 de agosto de 1992.

Traducido del ruso por el Centro de Estudios Públicos.

Introducción

Ya en los años setenta, en pleno período socialista, muchos leían con avidez en Rusia el libro *Camino de servidumbre*, a pesar de que tal lectura estaba prohibida y por ello se podía ir a la cárcel. El hecho de que Friedrich A. von Hayek sea hoy una de las figuras intelectuales con más prestigio en nuestro país se debe, naturalmente, a que predijo el desplome del comunismo. Pero hay otra razón más profunda aún, a mi juicio, que consiste en haber señalado muy claramente qué debían hacer los países tras el colapso de sus estructuras socialistas. Las dos direcciones principales del pensamiento de Hayek —su crítica del socialismo y la teoría del orden espontáneo— nos parecen extraordinariamente importantes, en efecto, cuando las examinamos desde el punto de vista de la realidad soviética y de la Rusia post URSS.

El presente análisis tiene por objetivo entregar, a la luz de los planteamientos hayekianos, una interpretación de los procesos de transformación por los que Rusia atraviesa en la actualidad. En breve, sostendré que en nuestro país hay en marcha un proceso de transición espontánea y gradual hacia un sistema de mercado, el que transcurre independientemente de cómo se gobierna la economía y al margen de quién se encuentra en el poder. A pesar de las decisiones erróneas de los más altos dirigentes, lo que ha sostenido a Rusia desde 1985 y la continúa sosteniendo ahora es, precisamente, el orden espontáneo que Hayek describió: ese orden que precede al orden organizado y que es más importante que éste. Y tal es la razón por la que no avanza la transformación artificial que nos aconsejan los expertos occidentales. Porque son los procesos espontáneos, y no otros, los que están dando origen a las instituciones organizadas de Rusia.

Antes de concluir estas palabras preliminares, quisiera agregar brevemente que el problema central de la transformaciones económicas en Europa Oriental radica, en mi opinión, en que las ideas de Hayek no fueron asimiladas oportunamente. En efecto, está en la tradición hayekiana el examinar atentamente cuáles son las prácticas y convenciones que existen en cada sociedad. Sin embargo, en vez de crear las condiciones que posibilitarían el desarrollo natural de esas sociedades, se ha intentado imponerles construcciones artificiales, procedentes de otras sociedades. Un ejemplo ilustrativo es el de Alemania Oriental, a la que se le ha impuesto el sistema que había desarrollado la otra Alemania. Desde el punto de vista del conocimiento: ¿es que Alemania Occidental dispone de todos los conocimientos de la economía de mercado, en tanto Alemania Oriental no sabe nada de nada? La mismo pregunta podría hacerse respecto de Rusia. Creo que Hayek la habría contestado en forma muy clara.

En breve, en este artículo procuraré demostrar que los denominados dogmas "progresistas" que cito a continuación:

> Tras el fracaso del sistema económico socialista es imperioso introducir drásticas reformas de corte liberal. Para ello será necesario, sin embargo, aplicar medidas impopulares. Las intrigas de los conservadores y la falta de conciencia de la población son las que retrasan el avance hacia una economía de mercado. Un gobierno pro-mercado tiene tres tareas principales que realizar: desregulación, privatización y saneamiento de las finanzas en gran escala.

no son tan obvios como parecen serlo a primera vista, y que, más aún, probablemente son por completo falsos, al menos en lo que se refiere a esta parte del mundo poscomunista que representa Rusia. Intentaré mostrar, en la medida en que el breve espacio de un artículo lo permite, que el sistema que se pretende transformar en uno de mercado es ya un sistema de mercado; que la "privatización desde arriba", actualmente en etapa de planificación, no es necesaria, pues la verdadera privatización ya se produjo (una nueva privatización implicaría, en consecuencia, un proceso de redistribución anticapitalista, al estilo bolchevique); que los partidarios de la liberalización de los precios (especialmente de los artículos de consumo) son los que trasgreden, de hecho, las obligaciones contractuales, en tanto que el pueblo mismo, sin respaldo de los economistas, ni siquiera de los liberales, es el que está empeñado en la defensa del principio liberal de la inviolabilidad de los contratos. Finalmente, sostendré que una política agresiva de estabilización de la moneda, cuya puesta en marcha precisaría de un Estado fuerte, no es únicamente innecesaria sino un obstáculo para el desarrollo natural de un sistema monetario más liberal y acabado. En términos generales, las dificultades que encaran las reformas económicas, supuestamente liberales, que se han propuesto en Rusia, provienen no tanto de su eventual radicalismo como de su carácter estatista y, por consiguiente, no liberal.

Es más, argumentaré que los procesos espontáneos que hoy se verifican en nuestro país ofrecen una solución novel al problema de la "sociedad rentista" (*rent-seeking society*) que aflige a Rusia, así como a muchos otros países en el mundo. En consecuencia, plantearé que, aparte de los dos enfoques —el constitucional y el autoritario— señalados por James Buchanan para abordar dicho problema,[1] existe una tercera vía, más liberal, que se ha estado llevando a efecto en Rusia.

[1] J. M. Buchanan (editor) *et al*., *Toward a Theory of the Rent-Seeking Society* (Texas, College Station: Texas A&M University Press, 1980).

Retrospectiva histórica

Hoy se reconoce ampliamente, tanto en la MEI como en el exterior, que el sistema de gestión económica que imperaba antes de la *perestroika* era un sistema "administrativo-y-de-comando". En esta expresión, en efecto, se funden dos conceptos que se solían usar para describir la realidad stalinista y post-stalinista: el de "economía de comando", introducido por el economista y sovietólogo estadounidense G. Grossman, y el de "sistema administrativo", introducido ya en la época de la *perestroika* por el economista soviético G. Popov.

En nuestra opinión, sin embargo, ya en la década de 1960, y con mayor razón en los años setenta y ochenta, la economía "administrativa y de comando" no existía en la URSS. En aquella época operaba otro sistema, basado en la coordinación interdepartamental. Los investigadores soviéticos P. Aven, S. Belanovski, V. Konstantinov, S. Kordonski, S. Pávlenko, Y. Ródnii, V. Shirónin y el autor del presente artículo la llamaban "economía de obtención de aprobaciones o mercado administrativo".[2] La ciencia económica occidental denomina a dichos sistemas "mercado burocrático".[3] Empero, nos parece que una administración que se dedica al comercio ya no es una burocracia clásica, y por eso resulta más exacto el término "mercado administrativo".

www.cepc.gob.es

Las relaciones

El esquema típico de conducción de la economía en el período de Brezhnev podría describirse de la siguiente manera: cada empresa presentaba sus solicitudes de recursos; la suma de estas solicitudes ascendía por la escala administrativa hasta llegar al órgano de poder facultado para fijar los objetivos de producción. Luego, estas metas se distribuían entre las empresas, las que en respuesta presentaban solicitudes de nuevos requerimientos

---

[2] Véase P. Aven y V. Shirónin, "La reforma del mecanismo económico: Realismo de las transformaciones proyectadas", *Izvestia* SO, Academia de Ciencias de la URSS, Serie Economía y Sociología Aplicada, Vol. 3, 1987. Véase también S. Pávlienko, *El dirigente de la empresa agrícola en el Sistema de interacciones administrativas* (Novosibirsk, Naúka, 1991).

[3] J. M. Buchanan y G. Tullock, *The Calculus of Consent: Logical Foundations of Constitutional Democracy* (Michigan, Ann Arbor: University of Michigan Press, 1962).

de insumos. Así, el circuito completo de la planificación debía repetirse una y otra vez.

El proceso de planificación no comenzaba "desde arriba", como en el sistema de comando que imperaba en la época de Stalin, sino "desde abajo", y en lugar de consistir en órdenes se caracterizaba por la búsqueda de acuerdos (coordinación) y por su carácter repetitivo. El tránsito de las solicitudes "hacia arriba" y el de las tareas "hacia abajo" iba acompañado de encarnizadas negociaciones de las autoridades con los subalternos, quienes procuraban lograr un mínimo de tareas productivas y un máximo de aprovisionamiento de recursos.

Esta compleja modalidad de administración de la economía hacía que participaran en la distribución de los recursos no una, sino varias jerarquías: normativas, de control, por ramas industriales de toda la Unión y por ramas industriales regionales. La coordinación final de las actividades de las diversas jerarquías entre sí y con "los requerimientos de la realidad", estaba a cargo de la jerarquía del Partido, flexible y adaptable. Esta misma jerarquía constituía el canal más directo para llevar "hacia abajo" las decisiones de los organismos superiores. El Partido Comunista era, de hecho, la principal fuerza integradora de la sociedad soviética. Esto quedó claramente de manifiesto, en su dimensión real, cuando se desmoronó la estructura del Partido.

El sistema de negociaciones verticales se complementaba con negociaciones e intercambios horizontales, tanto ilegales como legales o legalizados, entre las organizaciones. A medida que la complejidad de la economía aumentaba y, consiguientemente, el flujo de solicitudes, el proceso entero quedaba atorado en un verdadero "cuello de botella" administrativo, lo que hacía aún más difícil la distribución de los recursos mediante negociaciones verticales. En razón de ello, las negociaciones horizontales adquirían cada vez más importancia. (En la época de la *perestroika*, estas negociaciones horizontales salvaron a la economía de la ruina, al dar origen al actual mercado regional del trueque.)

Las negociaciones verticales y horizontales dependían en gran medida de la posición que ostentaban los participantes dentro de los escalafones de la burocracia. Por ello, en el mercado administrativo desarrollado a fines del período de Brezhnev se negociaba no sólo con bienes y servicios, como en Occidente, sino también con todo lo que tuviera valor en la sociedad jerárquica: posición social, poder y subordinación; las leyes y el derecho a infringirlas; grados académicos, títulos profesionales, etc.

El secretario de un comité regional agrario del Partido podía conseguir que el fiscal local hiciera "vista gorda" al hecho de que el presidente

de un koljós contratara trabajadores adicionales, lo que a su vez haría posible el cumplimiento del plan del koljós y de la región. Tales intercambios nunca han sido considerados corruptos (en sentido delictual), sino parte de un arrollador y complejo sistema de mercado administrativo global, donde todo se compra y se vende.

Efectos sociales

Las relaciones de intercambio originaron un proceso de nivelación de las posiciones sociales que destruyó el sistema jerárquico de *status* y, de paso, redujo las diferencias entre las distintas capas sociales (por ejemplo, durante los años 60 desaparecieron las empleadas domésticas). Fruto de ello, de la sociedad jerárquica comenzó a emerger una sociedad horizontal, democrática. El mercado administrativo de Brezhnev fue capaz de abordar tareas que otros sistemas económicos y sociales no consiguen acometer: la descentralización y la desregulación espontáneas. Los círculos inferiores de las jerarquías y los individuos empezaron a adquirir cada vez más derechos. Luego el uso confirmaba estos derechos, que en una serie de casos fueron incorporados en la legislación.

Aunque pueda resultar sorprendente, cambió también el carácter de las relaciones al interior de las empresas, en las que universalmente (tal como en nuestro país antes del gobierno de Brezhnev) se basan en la subordinación. Por lo general, cuando un trabajador postula a una empresa, no ofrece solamente su trabajo concreto, sino también su subordinación en el marco de sus obligaciones productivas directas. En nuestro país, en cambio, las relaciones entre el ejecutor y el jefe son sumamente sueltas, nadie debe nada a nadie.

La incomprensión del nuevo carácter "comercial" de esta sociedad es un error típico de los políticos y politólogos contemporáneos. En particular, el fracaso de la tentativa de golpe de Estado de agosto se debió en gran medida a los métodos de acción empleados por los golpistas, fundados en el concepto de que las relaciones de mando predominan en la sociedad o, al menos, en el KGB y en el Ejército soviético. Las nuevas autoridades democráticas siguen adhiriendo a dichos extintos métodos autoritarios.

El dinero

En la economía brezhneviana, el dinero tenía muy poca importancia y, a la vez, escasa relación con el dinero real del mercado.

El rublo soviético no era una moneda única sino un conjunto de diferentes medios de pago, muy limitados en su convertibilidad mutua. (Entre ellos, los principales eran el dinero "en efectivo" y, posteriormente, el dinero o la compensación contable [*accounting money*] consistente en una multiplicidad de cuentas no convertibles entre sí.)

Los diferentes tipos de rublos contables (*accounting rubles*) no eran portadores de un "derecho de compra" institucionalizado, sino que servían principalmente como instrumento contable (en este sentido, se asemejaban al dinero interno o vales de ciertas grandes corporaciones en Occidente). En calidad de freno real del consumo, se usaban pocas veces y en ámbitos de menor importancia, allí donde la jerarquía administrativa no podía ni quería ocuparse de "nimiedades". En todas las otras esferas, como regla general, la disponibilidad de dinero no daba derecho a adquirir bienes, pero su carencia tampoco era obstáculo para una potencial transacción de compraventa. Los bienes se distribuían "desde arriba" o bien se intercambiaban.

En el campo de circulación del dinero en efectivo (el comercio detallista), el equilibrio se mantenía no por métodos de mercado sino o a través de la distribución administrativa de los fondos y un exhaustivo control de los salarios.

Todo el período de la *perestroika* se vio afectado por la insuficiente monetarización de la economía y la falta de institucionalización del dinero.

Derechos

El impetuoso desarrollo de las relaciones comerciales en la época posterior a Stalin generó, de hecho, un sistema jurídico correspondiente a las relaciones del mercado administrativo. La economía perdió su carácter totalitario (cuando se puede asignar y ordenar, no es necesario negociar y ponerse de acuerdo). Las relaciones de intercambio, que exigen negociación y acuerdos, al abarcar sectores cada vez más amplios de la vida social dieron inicio a la formación de nuevo sistema jurídico basado en los usos y prácticas.

Lamentablemente, la práctica jurídica en la Rusia contemporánea es una materia que ha interesado poco a los investigadores, sean éstos de orientación comunista o anticomunista, quienes se han dedicado fundamentalmente a estudiar los modelos jurídicos normativos. (¡Ninguno de mis colegas pudo recordar el nombre de algún especialista en la costumbre jurídica rusa o soviética!)

La recopilación y estudio de esa costumbre jurídica es una tarea que

implica un desafío extraordinario y sin precedentes, lo que requerirá de teorías y enfoques totalmente nuevos.

La labor del investigador se complica por el hecho de que la práctica jurídica no se evidencia con claridad sino hasta el momento en que alguien la "invoca", y en muchos casos opera como un supuesto dado y no expresado. Normalmente, sólo emerge a raíz de las tentativas de cambio del orden habitual, o de algún conflicto, como lo demostró la *perestroika*. V. Kaganski ha llegado a proponer que los conflictos son necesarios, aún más, que el surgimiento de éstos debe ser provocado para poder esclarecer y crear, posteriormente, una estructura realista de la sociedad.

El fuerte desarrollo del derecho consuetudinario en la época de Brezhnev dio lugar a una ampliación enorme de los derechos políticos y económicos del pueblo, de los dirigentes y de las organizaciones. Señalemos, a modo de ejemplo, algunos hitos del período de Brezhnev: el empadronamiento y entrega de pasaportes a la población campesina; la concesión de derechos de propiedad a los ciudadanos que alquilaban viviendas estatales; la estabilización de la política de personal relativa a la *nomenklatura*; la separación de las unidades y direcciones económicas.

El llamado "departamentalismo" (*Vedemstvennost*), el fenómeno de los departamentos administrativos que persiguen sus propios objetivos, permanenetemente criticado porque no calzaba con el pensamiento totalitario (¿puede tener alguien derecho a disentir cuando el interés general de la sociedad esta en juego?), al parecer fue una de las primeras etapas de la privatización efectiva.

Desearía observar, en relación con esto, que el socialismo, incapaz, como demostró ser, de llevar a efecto sus consignas materiales, tuvo éxito en cambio en la fabricación de mitos que aún gravitan en las ideas de sus partidarios y de sus opositores, incluso después que el sistema mismo se desplomara. Uno de los mitos de mayor vitalidad resultó ser el de la propiedad estatal (o del pueblo), que hasta hoy predomina en los conceptos de la privatización. Ahora que las grietas abiertas por la *perestroika* dejaron en descubierto gran parte de la estructura interna de la sociedad brezhneviana, se comprende hasta qué punto era y es ilusoria la idea de que la propiedad estatal estaba subordinada, en realidad, a un centro único.

La *perestroika*

El comercio administrativo, en el que las decisiones se adoptaban por la vía de la "búsqueda de aprobaciones" y en el que la importancia de

los participantes dependía directamente de su nivel jerárquico y de la magnitud de los bienes que controlaban, solía contribuir a que los intereses particulares de los más altos escalafones del poder quedaran en un primer plano. Como resultado de ello, el sistema dirigido, y en especial sus eslabones más altos, comenzaron a volverse autosuficientes, distanciándose de las bases y del objeto de su gestión administrativa. Esta incapacidad de las estructuras superiores para abordar los problemas del nivel inferior quebró el desarrollo evolutivo del sistema, desembocando en una crisis: la *perestroika.*

El conflicto concluyó con una embestida contra las jerarquías de poder. A raíz de ello cambiaron las proporciones en la distribución del poder real de "arriba" y "abajo", lo que debilitó a la vez todas las relaciones verticales de intercambio, produciendo finalmente un vacío en la dirección de la economía nacional. Este vacío se observó con particular claridad a fines de 1989 y comienzos de 1990, cuando, a juzgar por los datos de las encuestas productivas[4] y por la información publicada en la prensa, los directores de las empresas estaban, más que enfurecidos, desorientados, sin poder comprender en general cómo seguir adelante y cómo resolver los problemas de la producción.

www.cepchile.cl

La economía del trueque

En este vacío, y a pesar de las medidas perturbadoras adoptadas por las autoridades superiores, surgió "desde abajo" un sistema espontáneo, de dinámica propia, que salvó a la economía nacional de un colapso que parecía inevitable. El nuevo orden económico que había emergido no fue inventado ni introducido "desde arriba". Los hechos confirmaron así la tesis de Friedrich von Hayek, quien había sostenido que el orden espontáneo es más importante que el orden organizado y anterior a éste.[5]

Las antiguas relaciones horizontales de intercambio del período brezhneviano sirvieron de base a la formación de un nuevo tipo de economía de transición: el mercado regional del trueque. Las propias empresas o sus conglomerados, vinculados hasta entonces con las ex oficinas regionales

[4] S. Belanovski, *Encuestas industriales,* Vol. 1-4 (Moscú: Instituto de Diagnóstico Económico Nacional, 1991-1992).

[5] Friedrich A. von Hayek, *The Fatal Conceit: The Errors of Socialism. The Collected Works of F. A. Hayek*. Vol. 1 (Routledge, 1988; versión en castellano de Unión Editorial y Centro de Estudios Públicos, 1990).

de abastecimiento estatal y con los Comités Ejecutivos Regionales, empezaron a comerciar con otros conglomerados, según al principio de entrega de lista contra lista (una práctica comercial similar se utilizó en los intercambios entre los países miembros del CAME). La separación económica de las regiones, tantas veces criticada, y la prohibición de transportar mercancías entre las regiones constituyeron una premisa indispensable para el funcionamiento eficaz del mercado regional del trueque, que ha permitido la supervivencia de la economía nacional.

Dicha autonomía regional forma parte también del proceso general de independización y descentralización de los derechos de propiedad, cuyo resultado último puede ser la privatización en gran escala.

Si bien el trueque regional es un sistema de mercado extremadamente rudimentario, la demanda de productos de consumo cumple en él un papel tan importante como el que le cabe en un mercado normal. A los éxitos del sistema del trueque se ha atribuido el inédito crecimiento de la producción de artículos electrodomésticos en 1990: refrigeradores (10%), televisores en colores (14%) y, en el sector agrícola, la mantención del volumen de la producción de alimentos. Las regiones productoras de artículos de consumo universal y general (alimentos, combustible, papel, neumáticos, etcétera) han sido las más favorecidas, como también las regiones productoras de artículos de exportación, no controlados por el gobierno central. Los productores de maquinarias complejas, cuya demanda interna es hoy muy baja, han resultado, en cambio, duramente golpeados. El éxito de la economía del trueque está muy ligado a las primeras crisis que afectaron al complejo industrial militar, que no produce artículos de consumo, y a Moscú, cuya principal mercancía, la administración del país, ya no encuentra suficiente demanda.

El dinero

Como se sabe, el trueque es un método poco eficaz de intercambio de mercancías. Sin embargo, la formación de relaciones económicas de trueque fue la continuación lógica de la evolución del sistema económico soviético. A raíz del derrumbe de las negociaciones verticales, se desarrollaron y se hicieron más complejas las relaciones horizontales. Pero el dinero contable no-efectivo fue incapaz de originar una circulación monetaria normal, por cuanto no estaba institucionalizado como instrumento de cambio. El ámbito de las relaciones de intercambio, que anteriormente se efectuaban por la vía del comercio vertical, conoció diversos tipos de instrumentos de

pago, con frecuencia tan primitivos como el propio sistema de mercado entonces en gestación. En términos generales, el sistema de circulación que surgió podría describirse como un sistema "multimonetario", en el que los medios de pago tales como objetos de trueque, servicios administrativos, divisas extranjeras, rublos contables no-efectivos a precio libre y rublos en efectivo, ocupaban determinados nichos funcionales.

El dinero constituye una clase particular de mercancía que sirve a las operaciones de intercambio. Su valor depende de su aplicabilidad a tales o cuales tipos de transacciones (lo que a su vez depende de sus propiedades objetivas y subjetivas), como también de la cantidad de obligaciones a que estén sujetas (incluidas las obligaciones políticas y sociales). Desde este punto de vista, es útil describir los medios de pago actualmente en circulación.

Los principales *objetos de trueque* circulan entre las grandes organizaciones que cuentan con servicios de aprovisionamiento y venta al detalle, siendo su liquidez mucho mayor que la del dinero no-efectivo. Los artículos que se emplean en el trueque están menos sujetos a obligaciones que el dinero no-efectivo: se prestan menos a la aplicación de impuestos; su confiscación por parte del Estado es menos aceptable según la práctica jurídica y físicamente más difícil de realizar que el saneamiento de las cuentas en dinero; en muchos casos, las transacciones por la vía del trueque no son fáciles de controlar. En general, el intercambio por la vía del trueque está relativamente protegido de las políticas financieras del Estado y, a la vez, bloquea los efectos negativos que tienen éstas sobre la economía nacional.

En comparación con el sistema de los servicios administrativos, las relaciones de trueque ofrecen una mayor libertad en las operaciones, pero son al mismo tiempo menos personales y menos confiables. Y en comparación con el intercambio monetario, llegan a un círculo mucho más amplio de usuarios y su reglamentación es menos severa. Entre las deficiencias obvias del "dinero de trueque" están los problemas de transporte, como también su insuficiente universalidad.

El *comercio administrativo* es un tipo de transacción poderoso y más maduro desde el punto de vista institucional. Hoy por hoy, el comercio administrativo, especialmente al interior de las regiones, junto con el trueque constituyen la base de las transacciones entre las empresas. Además, muchos productos específicos importantes se intercambian casi exclusivamente en el mercado administrativo. Sin embargo, las transacciones efectuadas en las cúpulas, habituales en la época brezhneviana, han disminuido significativamente. Su principal defecto, la lentitud y la imprecisión de las decisiones finales, las hace ser sumamente incómodas en un período

de cambios rápidos. Están decayendo, además, por las constantes reorganizaciones de las estructuras jerárquicas y el derrumbe de la Unión.

La venta a *precio libre en rublos contables* (*accounting rubles*) ocupa un lugar secundario respecto del comercio por trueque y del comercio administrativo, y, en general, aún no se ha institucionalizado. Son obstáculos para ello: la ausencia de acuerdo social sobre la aceptabilidad de este dinero, dado que, aun en el mejor de los casos de aplicación de una prudente política monetaria, para llegar a tal acuerdo se necesitaría bastante tiempo; el hecho de que el vender muy caro a los compradores tradicionales por ahora sigue siendo mal visto y, por último, la pesada tributación que afecta a los ingresos por ventas. El logro de una determinada convertibilidad mutua entre diferentes cuentas en rublos debe considerarse como el principal avance positivo en el ámbito de la circulación del rublo durante el período de la *perestroika*.

La venta a precio libre en rublos contables se ha extendido principalmente en el sector privado, y también en aquellos casos en que la empresa vendedora no cuenta con rublos suficientes para pagar los salarios.[6]

Las *transacciones internas en divisas* por el momento no se han extendido muy ampliamente. Las razones son: falta de divisas, ya que para obtenerlas dentro del país es necesario exportar el correspondiente volumen de mercancías al mercado internacional; la febril acumulación de divisas por parte de los individuos y las organizaciones de la ex Unión Soviética, tanto en efectivo como en cuentas de bancos extranjeros; las dificultades para abrir cuentas en divisas; la insuficiente libertad para realizar operaciones cambiarias y las incesantes medidas de confiscación adoptadas por el Estado. Al mismo tiempo, se observa un rápido aumento de la proporción de transacciones en divisas, tanto en el comercio mayorista como en las ventas al detalle.

Finalmente, la *circulación de dinero en efectivo* está ligada fundamentalmente a los sistemas de distribución que funcionan sobre la base del mercado administrativo. Las operaciones libres con dinero en efectivo se llevan a cabo solamente en los mercados koljosianos (donde la masa de la población rusa adquiere las verduras), en las transacciones ilegales y en el comercio detallista privado, que crece aceleradamente. El uso de la circulación de rublos en efectivo se ve obstaculizado por inconvenientes prácticos —el temor al robo y otros— y por su profusa reglamentación, incluso por medio del código penal, lo que con frecuencia lo hace muy peligroso.

Para terminar, señalaremos que, en la medida de lo posible, se procu-

[6] S. Belanovski y L. Oborótova, "Entrevista a los cuadros dirigentes de las regiones", manuscrito, 1991.

ra realizar las transacciones, sea cual fuere el medio de pago, dentro del círculo de relaciones personales. (La importancia de este factor en la formación del mercado ha sido destacada en repetidas ocasiones por V. M. Shirónin).[7] Las relaciones personales cumplen también la función de apoyar la ética de los negocios y de obtener información fidedigna. Además, brindan a las partes protección frente al derecho positivo, que a menudo está en contradicción con la práctica jurídica en la que se basan, precisamente, los contratos actuales. De este modo, la adecuación de la legislación escrita a la práctica jurídica es una premisa imprescindible para el establecimiento de relaciones económicas más liberales.

Los derechos

La *perestroika* aceleró bruscamente el proceso de configuración de derechos de propiedad. El anterior sistema de derechos, que estaba en armonía con la antigua estructura del mercado administrativo, comenzó a transformarse en un nuevo sistema, acorde con la nueva estructura del mercado del trueque. El nuevo tipo de mercado, de transición, próximo al mercado normal de bienes y dinero, dio origen a un nuevo sistema de derechos, más cercano a un sistema basado en la propiedad privada.

El quiebre de las relaciones verticales de subordinación condujo a un fuerte desplazamiento de los derechos administrativos hacia los niveles inferiores de las jerarquías, y a una reagrupación en la que los centros regionales de poder han desplazado a las ramas industriales. La antigua propiedad estatal, "de tipo departamentalizado", comenzó a transformarse en propiedad regional. Simultáneamente, fueron desgajándose de ella la así llamada "propiedad no estatal" y las estructuras comerciales, y los derechos de propiedad empezaron a ser distribuidos entre los dirigentes de las diversas jerarquías y niveles y entre los empresarios de las nuevas estructuras comerciales (quienes también poseen derechos importantes: su exención de muchas restricciones estatales y la disponibilidad de recursos financieros libres).

En su forma más acabada, este proceso deviene en una forma de privatización espontánea de la propiedad estatal. La *nomenklatura* (los directores de las empresas y organismos, los ex funcionarios del Partido), especialmente de edad mediana y joven, los dueños de cooperativas y de

[7] Véase I. Bóieva; T. Dolgopiátova y V. Shirónin, "Situación económica y particularidades del comportamiento de las empresas en el el primer semestre", manuscrito, 1991.

empresas en las que hay participación de capital extranjero, los diputados recientemente elegidos a los *soviets* locales, hacen uso de la legislación de la *perestroika* para privatizar en beneficio propio.

En este momento, la propiedad que existe en el país ha sido privatizada *de facto* (es decir, pertenece a compañías cuyo control total se halla en manos privadas) o, más frecuentemente, está dividida entre esferas de influencia, las que constituyen el único marco en el cual puede proseguir la privatización. Cada trozo del pastel social suscita las pretensiones de personas que esgrimen sólidos derechos fundados en el uso, apoyados por fuertes grupos de opinión, frente a cualquiera que intente arrebatárselos.

La administración

El debilitamiento de las relaciones jerárquicas verticales y el término de la función integradora del Partido hizo trizas el anterior sistema de búsqueda de aprobaciones administrativas. En esencia, el poder estatal como tal desapareció y se transformó en un sistema de oficinas administrativas autónomas con jurisdicciones parcialmente traslapadas, abocadas a sus propios intereses y no a los del Estado en su conjunto.

El surgimiento de un sistema político de centros múltiples que compiten por el poder en las áreas de traslapamiento de facultades ha contribuido enormemente a la liberalización de la economía. Señalemos a modo de ejemplo esclarecedor la guerra tributaria entre Rusia y la Unión en diciembre de 1990, que obligó a esta última a rebajar los impuestos cobrados a las empresas. La competencia entre organismos ha reemplazado hoy, parcialmente, el anterior mecanismo integrador de búsqueda de aprobaciones.

En un estado de cosas en que el desempeño de las autoridades y su comprensión de una situación de cambios vertiginosos dejan bastante que desear, la competencia entre organismos políticos cumple una función de defensa, la que sirve de sostén a la estabilidad política. Su papel estabilizador se hace especialmente patente ante los estallidos extremistas que surgen cada vez que la competencia decrece debido a la victoria temporal de una de las partes.

Examen teórico de los problemas de la continuación del tránsito hacia el mercado

El desarrollo del mercado sólo es posible a través del establecimiento de la propiedad privada, de la moneda dura y de la eliminación de las restricciones administrativas (desregulación). ¿En qué forma se pueden lo-

grar avances hacia la economía de mercado en la Rusia de hoy? A continuación ofrecemos un examen de un modelo económico normativo para la economía rusa.

La desregulación

En general, toda regulación administrativa implica un control del movimiento de los recurso, el que genera exceso de éstos en un área e insuficiencia de los mismos en otra. En consecuencia, emergen simultáneamente tres grupos principales de beneficiarios. Estos son los receptores de los ingresos administrativos, cuyas ganancias dependen, respectivamente, de la sobreabundancia del recurso, de su escasez y del derecho a controlar su movimiento. Si la regulación está institucionalizada y se considera natural, su eliminación pasa a ser un atropello de los derechos de propiedad de los grupos mencionados, los que han sido adquiridos y confirmados por el uso.

En todo el mundo hay grupos grandes y pequeños que están interesados en la supervivencia de la regulación administrativa y luchan abiertamente por conservarla o sabotean disimuladamente las medidas destinadas a su eliminación. El problema se complica por el hecho de que habitualmente la eliminación de una determinada regulación administrativa arroja ganancias tan pequeñas para cada uno dentro del contingente disperso de los demás participantes del mercado, que no se justifica que éstos inviertan tiempo en apoyar activamente tales medidas. Por otra parte, la conservación de la regulación suele aportar beneficios a un pequeño grupo de receptores de ingresos, para quienes la lucha por estos beneficios es cuestión de vida o muerte. Por consiguiente, las prohibiciones, una vez introducidas, se hacen extraordinariamente difíciles de revocar. Las llamadas "economías capitalistas" en el mundo occidental se deslizan lentamente hacia el socialismo, en un avance que se detiene sólo de vez en cuando, con alguna tentativa semiautoritaria (Reagan, Thatcher) o autoritaria (Pinochet) de reforma económica liberal.

Sin embargo, la ciencia económica afirma que con la desregulación aumenta el producto nacional. Por eso, incluso si se otorga una compensación total a los anteriores receptores de los ingresos administrativos, la desregulación de todos modos genera ingresos complementarios. Así, el problema radica en la forma en que los beneficiarios de la desregulación pagarán por la libertad económica a los anteriores dueños de los ingresos administrativos.

Una respuesta práctica a este problema es la desregulación espontánea, que en muchos países adopta la forma de actos ilegales y de corrup-

ción, mientras que en el nuestro constituye una característica orgánica del sistema de mercado administrativo. Los derechos de los receptores de ingresos administrativos son comprados por aquellos a quienes benefician las operaciones de mercado libre. De este modo se produce una liberalización económica voluntaria y pacífica.

Es indudable que durante la *perestroika* hubo una importante desregulación de la economía, relacionada en gran medida con el contexto jurídico de la época, que daba amplia libertad a la experimentación legal. En tales condiciones, el viejo intercambio de derechos que operaba en el mercado burocrático brezhneviano comenzó a formalizarse jurídicamente. En años anteriores, las restricciones reglamentarias eran eludidas mediante permisos especiales otorgados cada vez (los que no eran gratis, por cierto).

Durante la *perestroika* se configuró una nueva condición jurídica con fragmentos de distintas leyes, que dio amplia libertad de acción a los poderosos e influyentes compradores de derechos. Luego se produjo la extensión, no gratuita, de la nueva condición jurídica a los que desearan adquirir "una vida libre". Así, por ejemplo, se está llevando a efecto la desregulación del comercio exterior de la Unión Soviética.

El esquema general de la desregulación pacífica organizada es el siguiente:

1. En primer lugar, se aceptan legalmente los derechos adquiridos relativos a la regulación administrativa. Los ingresos administrativos, a pesar de su gran impopularidad, se reconocen como una propiedad defendible, exactamente igual a cualquier otro ingreso normal. Precisamente, la legalización formal de los ingresos administrativos abre la posibilidad de su ulterior eliminación.
2. En segundo lugar, se legalizan las operaciones de intercambio de derechos administrativos.
3. A continuación se produce la transacción mutuamente ventajosa de los derechos a eximirse de la regulación.

Ejemplo concreto

Examinaremos la aplicación de este método a la solución de una de las tareas más dolorosas de la transición a la economía de mercado: la desregulación de los precios de los comestibles al detalle, por ejemplo, el precio de la carne.

En el momento de escribir este artículo, el precio de la carne en los

comercios estatales era de 7 rublos por kilogramo, y de unos 50 rublos en el mercado (en Moscú y en Petersburgo). (En ese entonces. el salario mensual promedio era de 500 o 600 rublos) El consumidor podía elegir entre asfixiarse en las colas o comprar carne siete veces más cara. En tales condiciones, sólo las capas más adineradas se permitían comprar en el mercado.

Supongamos ahora que cada ciudadano recibiera un certificado en el que se estipularan sus derechos. Digamos que en Petersburgo, el derecho alcanzara a 2 kilogramos de carne por mes. Por cierto, el certificado debe tener la calidad de documento de valor y garantizar no una norma deseable sino la confirmación de una cantidad y calidad existentes y la indeterminación del suministro.

Para desregular los precios en la ciudad, las autoridades locales deben comprar estos certificados a la población a precio de mercado. Así, ambas partes ganan. Habiendo vendido mi certificado, digamos a 35 rublos, realmente podré comprar carne en el mercado a 15 rublos (50-35) en lugar de 7, pero sin hacer cola, lo que es preferible para muchos grupos de ingresos altos y medios (para simplificar esta reflexión, no haremos distinciones en cuanto a la calidad de la carne del mercado y la estatal). A su vez, las autoridades locales pueden enviar este kilogramo a la venta a precio libre y obtener los mismos 50 rublos y, de esta manera, también se benefician, puesto que en lugar de 7 rublos, reciben 15 rublos (50-35). Esto muestra que el comercio de derechos es ventajoso para todos.

Este esquema permitirá a la población de ingresos medios y altos apartarse sin sacrificios del comercio a precio fijo, con lo que dicho comercio se reducirá bruscamente en volumen, e ingresar en la esfera de los precios libres de una economía de mercado.

Posteriormente, cuando el proceso de compra de los derechos actuales a hacer uso de los precios subsidiados haya llegado a su término, y si en la economía existe algún tipo de moneda dura, las autoridades locales podrían dar el siguiente paso: entregar a cada habitante de la localidad un pasaporte para el control del otorgamiento mensual de certificados de carne, y después comenzar a comprar dichos pasaportes a la población, liberándose así por completo de la obligación de seguir proveyendo de carne a precios bajos a las personas que hayan vendido sus derechos

Con esta desregulación nadie pierde nada y no se ha violentado a nadie. Las personas a quienes conviene el actual comercio estatal pueden no vender su certificado y continuar viviendo según el antiguo sistema. Seguramente hay personas que no tienen tanto interés en ahorrar tiempo, o bien que valoren tanto cada centavo extra que para ellos no resulte aceptable ni siquiera un pequeño aumento de precios.

Para algunas categorías de personas modestas, como los jubilados o los pensionados, puede proponerse otro esquema de desregulación, más subsidiado. En lugar del actual subsidio indirecto al consumo, la diferencia entre el precio de mercado y el precio estatal de dos kilogramos de carne puede sumarse al monto de la pensión, si así lo desea el pensionado o el jubilado, a condición de que devuelva el "pasaporte de carne".

El esquema descrito anteriormente es un ejemplo, pues la desregulación real será, por cierto, mucho más complicada. En especial, es imprescindible tomar en consideración los intereses del comercio y de la industria alimentaria, hoy tan impopulares, y también los de los órganos de poder, sobre los que recaerá el peso de las medidas complementarias. Este esquema precisa que las autoridades locales posean algún grado de eficacia e idoneidad superior al actual; por ello, es posible que éste resulte a la postre simplemente irrealizable. Y seguramente por ello es que en lugar de la desregulación organizada, tendrá lugar un proceso gradual de anulación de los contratos tácitos reales sobre precios subsidiados, usando la fórmula jurídica: "en vista del imprevisto cambio de las circunstancias..".

Pero esta fórmula, que sólo puede operar en condiciones de inestabilidad, tiende a generar, a su vez, más inestabilidad.

www.cepchile.cl

Crítica a la desregulación forzada

Desde el punto de vista de las normas en que se basa la práctica jurídica, la desregulación forzada significa la ruptura arbitraria, por una de las partes, del contrato existente. Por más seductoras que parezcan las consideraciones relativas al interés general que proclaman los partidarios comunistas o anticomunistas de las transformaciones violentas, cualquier acto arbitrario ocasionará importantes trastornos en el funcionamiento de la sociedad. El tejido de la vida económica nacional necesitará mucho tiempo para sanar de una intervención quirúrgica agresiva e inhabilitante, aun cuando la operación haya sido exitosa. La posibilidad de que la arbitrariedad se repita siembra la inseguridad respecto del día de mañana y desincentiva la actividad empresarial.

En nuestra opinión, la enajenación forzada de los derechos sobre los ingresos administrativos puede justificarse económicamente sólo en aquellos casos en que las restricciones institucionales son tales que cierran toda posibilidad de acuerdo voluntario, es decir, cuando la sociedad se halla dividida en posiciones de *status* no intercambiables.

Propiedad y privatización

Una mirada a los problemas actuales desde el punto de vista de la costumbre jurídica hace cambiar totalmente los enfoques respecto de la introducción de reformas en el derecho de propiedad. La privatización no es necesaria y, aún mas, es perjudicial, porque en los hechos significa un nuevo reparto de la propiedad: el Estado arrebataría a las personas jurídicas sus derechos de propiedad y los entregaría a otras según un plan confeccionado y puesto en práctica por la burocracia. Los miembros de la *nomenklatura* que se oponen a la privatización actúan, por consiguiente, como verdaderos liberales cuando defienden los intereses de sus instituciones sobre la base de las normas de la costumbre jurídica, a diferencia de los falsos liberales que sólo valoran lo que está escrito en papel sellado fiscal y no prestan atención alguna a las leyes no escritas.

Sin embargo, el principal problema consiste en que no resulta conveniente utilizar el antiguo conjunto de derechos de propiedad, por cuanto fue elaborado para el tipo de mercado anterior (administrativo). Para que los derechos puedan ejercerse en el nuevo contexto, ellos deberán ser redistribuirdos mediante transacciones voluntarias. La privatización espontánea resuelve precisamente esta clase de problemas.

El carácter de esta privatización arroja alguna luz sobre las relaciones sociales en la sociedad soviética y da origen a directrices para la actividad legisladora. En primer lugar, a pesar de la opinión generalizada de que todos los ciudadanos del país tienen derechos de propiedad en las empresas estatales, apenas unos cuantos pequeños grupos sociales aspiran realmente a administrar la producción. Los modelos socialdemócratas de participación obrera en la dirección son, al parecer, absolutamente ajenos a la realidad rusa.

En segundo lugar, los directores de las empresas no están tan interesados en recibir una gran porción de la propiedad como en conservar sus derechos de administración en la empresa que consideran suya. Y están de acuerdo en compartir su autoridad sólo con personas que ellos consideran competentes. A sus trabajadores, por lo general, están dispuestos a darles ingresos, pero no autoridad. Algún instrumento que recuerde vagamente las acciones preferenciales occidentales sería tal vez la mejor manera de dar derechos de propiedad a los trabajadores durante la privatización.

En tercer lugar, las empresas en copropiedad suelen tener estructuras comerciales que frecuentemente actúan, junto con las personas que realmente han participado en los negocios de la empresa antes de la privatización (la cúpula directiva de la empresa, su jefatura superior y los órganos locales de poder), como iniciadoras de la reorganización de las empresas.

En cuarto lugar, los trabajadores de las empresas son sensibles ante la perspectiva de trabajar para un determinado dueño —una persona natural— pero no ocurre así cuando se trata de una persona jurídica, es decir, no les perturba en absoluto que el dueño de su empresa sea una firma comercial o el mismo ministerio de antes. Probablemente influya en esto no solamente la mentalidad socialista, sino también la preferencia de relaciones más impersonales y formales con el propietario. Para no provocar resistencia, es mejor que la privatización se haga a favor de personas jurídicas y no de personas naturales. Los directores, a su vez, pueden pasar a ser copropietarios de su empresa a través de una empresa intermediaria.

Por lo visto, las autoridades rusas deberían emitir una declaración general anunciando que el Estado reconoce toda decisión sobre derechos de propiedad que haya sido tomada por acuerdo entre las partes interesadas. Una medida coherente sería establecer un régimen de "reacción rápida", para la inmediata introducción de enmiendas a la legislación vigente sobre la privatización, cada vez que se dé a conocer que tal o cual artículo de la ley obstaculiza dicho proceso. En calidad de proveedores de tal información podrían actuar las agrupaciones y firmas de consultoría que estén tramitando la privatización de las empresas. Es muy importante que los legisladores se guíen por criterios que permitan evitar los conflictos y faciliten el avance rápido y fluido del proceso de formación de los derechos de propiedad privada, en lugar de basarse en una justicia social y seudoestatal mítica.

www.lectulandia.com

La autoridad administrativa

Al examinar los problemas de la estructuración futura del Estado, es preciso tener en cuenta que desde el período de Brezhnev se observa en el país no un exceso de burocracia, sino su ausencia. Ya no hay en el país organizaciones burocráticas ni burócratas activos capaces de cumplir con exactitud, congruencia y honestidad las instrucciones oficiales, y de proponer, si fuere necesario, a los órganos superiores del poder modificar las regulaciones existentes. El valor de cada instrucción no es absoluto, sino relativo, y puede cambiarse fácilmente por algo que sea de interés para el organismo controlador. Por eso es que la restauración del orden burocrático en el país sólo es posible si el Estado se limita a un mínimo de intervención en la economía y si nos apoyamos en el mercado en un grado significativamente mayor que lo usual en los países capitalistas tradicionales. Las leyes, por su parte, deben ser pocas y sencillas, y no deben estipular ninguna excepción. Fue precisamente este enfoque el que permitió poner

orden en la economía chilena. Los funcionarios, pocos en número, deben ser bien remunerados y no tener necesidad de entrar en transacciones, ni en sus relaciones de trabajo ni en su vida cotidiana. Su actividad debe basarse en reglamentos precisos y bien detallados, como los reglamentos militares.

Boris Lvin[8] ha subrayado que la homogeneidad nacional (no necesariamente étnica) es una condición imprescindible para la formación de una sociedad de mercado horizontal. Aplicada a la ingente Rusia, esto significa, al parecer, que la génesis de la sociedad de mercado no puede producirse de una vez en todo el país, sino sólo en forma separada, en territorios-repúblicas rusos homogéneos. Es posible que las asociaciones de regiones, actualmente en formación, sean el germen de ese tipo de comunidades.

El sistema monetario

Las recetas tradicionales que se han propuesto para resolver el problema de la circulación monetaria en los países del Tercer Mundo y en los Estados postsocialistas contemplan la aplicación de una política monetaria dura.

Pensamos que en las condiciones de nuestro país tal política no es necesaria y, peor aún, sería perjudicial. En primer lugar, la economía del país no está monetarizada, y, por consiguiente, el problema no consiste tanto en la estabilización de la circulación monetaria cuanto en su creación. En segundo lugar, en la actualidad ya tenemos una situación de multiplicidad de medios de pago y, por tanto, para la introducción de un rublo único se necesitan medidas orientadas a eliminar los otros medios de pago. Por cuanto la circulación del rublo aún no está institucionalizada, tales medidas no harían en la práctica más que desestructurar las relaciones económicas basadas en otros medios de pago, lo que prestaría un dudoso servicio a la ya difícil situación económica. En tercer y último lugar, la aplicación de una política monetaria dura exige un poder fuerte, capaz de hacer frente a las presiones de todos los grupos de interés, visión irreal en un estado de cosas en que cualquier reglamento se compra y se vende.

Puede esperarse que como consecuencia de la ruptura de la Unión y de los intentos de emisión de monedas nacionales se debilite significativamente la posición del rublo. Dado que parte importante de las transacciones de negocios se realiza entre las repúblicas, la introducción de

[8] B. Lvin, "Obstáculos para el desarrollo del Estado nacional ruso", *Estudios Públicos* 43 (invierno 1991), Santiago de Chile.

monedas nacionales probablemente haría desaparecer el rublo contable, y en tal caso cambiaría abruptamente la situación de los servicios monetarios en el mercado. En el espacio de libertad, que de ello resultare, podrían ingresar rápidamente las estructuras comerciales con sus propias proposiciones. Además, se acentuaría la dolarización de la economía.

Creemos que la proposición de monedas nuevas es posible en el ámbito de los negocios de trueque a modo de dinero mercantil; tal vez puedan utilizarse las construcciones de W. Eucken,[9] y también podrían emitirse medios de pago de menor calidad, pero más cómodos y confiables que los estatales, por parte de los bancos comerciales. También es posible la emisión de billetes de alta calidad por parte de bancos que tengan buena reputación. Con este último carácter pueden funcionar bancos extranjeros o de capital mixto extranjero y soviético.

En lugar de aplicar una política monetaria dura, es factible otro sistema de medidas, basado en los conceptos de la Escuela Austríaca y, en especial, de Friedrich von Hayek,[10] es decir, en la apertura de los mercados de dinero y en la libertad de iniciativa para emprender actividades destinadas a ampliar la oferta de moneda de buena calidad (régimen de *free-banking*).[11] Cabe señalar que esta política disminuiría la presión que se ejerce sobre los órganos de poder, los que podrían continuar funcionando libremente con rublos y pagando sus obligaciones con ellos hasta el momento en que se haya completado el proceso de monetarización de la economía nacional y se realice la conversión de todas las obligaciones y transacciones a moneda dura. Al parecer, el sistema de monedas en competencia, visto en perspectiva, sería capaz de resolver en el largo plazo el problema de cómo determinar el volumen de la emisión necesaria, y el de la creación de monedas funcionales para determinados tipos de transacciones. Si bien el sistema multimonetario es menos eficaz que el sistema de moneda única en términos de costos de transacción, es más estable y compensa las consecuencias de las decisiones incorrectas en política monetaria. Existe también una posibilidad potencial de que el negocio bancario liberal pueda constituirse en fuente de ventajas comparativas de nuestro país en las operaciones financieras internacionales.

---

[9] W. Eucken, *Grundsatze der Wirtschafspolitik* (Tabingen, 1989).

[10] Friedrich A. von Hayek, *Denationalization of Money* (Londres: IEA Publications, 1990).

[11] L. H. White, "What kind of Monetary Institutions World a Free Market Deliver?", *CATO Journal.* Vol. 9, Nº2.

Las lecciones de Rusia

El principal obstáculo para la reforma liberal de la economía es, por lo visto, la falta de reconocimiento de la costumbre jurídica. La legalización de la costumbre, relacionada con la regulación administrativa y con la así llamada "propiedad estatal", es especialmente difícil desde el punto de vista moral, porque precisamente en torno a la economía estatal se acumula mucha deshonestidad, cuya eliminación, según piensan muchos, es en sí una de las tareas de la reforma liberal. Sin embargo, el reconocimiento jurídico de los ingresos administrativos es el primer paso para eliminarlos. Dicho reconocimiento posibilita la lucha contra el mal con el arma más poderosa: la fuerza del propio mercado.

El reconocimiento de la práctica jurídica en el ámbito de la gestión administrativa hace que la desregulación propiciada por los economistas de las corrientes más en boga resulte ventajosa para todas las partes interesadas, sin necesidad de recurrir a la fuerza. Permite también proceder a la privatización no forzada, voluntaria, de las empresas estatales. De opositores a las reformas económicas, los grupos de interés pasan a ser una fuerza que las acelera.

Dado que las reformas son espontáneas, voluntarias y, en muchos aspectos, autocorrectivas, no exigen decisiones estatales de alta calidad ni de mucha elaboración, y, por consiguiente, no precisan de un vasto aparato estatal. Esto es especialmente importante para los países menos desarrollados, donde uno de los principales problemas es la escasez de funcionarios estatales competentes y no corruptos.

Finalmente, la experiencia rusa ha comenzado a demostrarnos que el sistema bancario centralizado no es indispensable para sobrevivir, y por lo tanto la economía puede arreglárselas sin un gobierno fuerte que controle la emisión monetaria. El sistema multimonetario es mucho más estable y constituye una protección contra los errores más burdos de las autoridades centrales.

En general, debemos la conservación de la estabilidad en Rusia al mercado administrativo, que ha permitido realizar una liberalización pacífica de la economía a pesar de las absurdas acciones, tanto de las autoridades como de la población, la que perdió la costumbre de resolver sus propios problemas. Tal vez esta estructura sea un verdadero hallazgo en el campo de la construcción del Estado. Nuestra tarea consiste en evaluar sus propiedades útiles y no perderlas en el futuro.

Bibliografía

Aven, P. y Shirónin, V. "La reforma del mecanismo económico: Realismo de las transformaciones proyectadas". *Izvestia* SO, Academia de Ciencias de la URSS, Serie Economía y Sociología Aplicada, Vol. 3, 1987.

Belanovski, S. "El mecanismo social de la planificación". *Postizhenie*. Moscú: Progreso, 1989.

_____. *Encuestas industriales*, Vol. 1-4. Moscú: Instituto de Diagnóstico Económico Nacional, 1991-1992.

_____. Oborótova, L. "Entrevista a los cuadros dirigentes de las regiones". Manuscrito, 1991.

Bóieva, I. Dolgopiátova, T. y Shirónin, V. "Situación económica y particularidades del comportamiento de las empresas en el primer Semestre". Manuscrito, 1991.

Buchanan, J. M. (editor), *et al*. *Toward a Theory of the Rent-Seeking Society*. Texas, College Station: Texas A&M University Press, 1980.

Tullock, G. *The Calculus of Consent, Logical Foundations of Constitutional Democracy*. Michigan, Ann Arbor: University of Michigan Press, 1962.

Eucken, W. *Grundsatze der Wirtschafspolitik*, Tabingen, 1989.

Konstantínov, V. y Naishul, V. "Tecnología de la dirección planificada". Moscú: CEMI, Academia de Ciencias de la URSS, 1986.

Kordonski, S. "La región como medioambiente de actividad vital". Compendio, *Trabajadores agrarios con buenas perspectivas y su modo de vida*. Novosibirsk, Naúka, 1985.

_____. "Algunos aspectos sociales de las relaciones económicas". *Problemas Teóricos del Perfeccionamiento del Mecanismo Económico*, VNIISI, Vol. 6, Moscú, 1986.

_____. "Problemas de las relaciones de intercambio, su esencia y su papel en la gestión de la producción". Compendio: *Los cuadros del APK en el sistema de interacción entre las direcciones*. Novosibirsk, 1987.

_____. "La estructura social y el mecanismo de freno". Compendio *Postizhenie*. Moscú: Progreso, 1989.

_____. "Estructura organizacional del mecanismo social de gestión de la producción: El mecanismo de cuadros; relaciones entre los niveles de dirección y gestión de la producción". Compendio: *Mecanismo administrativo-social de desarrollo de la producción*. Novosibirsk, Naúka, 1989.

_____. "Problemas teóricos y prácticos de la *perestroika*". *Pensamiento filosófico y sociológico*, NNN, Kiev, 1990.

_____. "El PCUS y los soviets en la lucha por los mercados". *Noticiero Postfactum*, Nº 12, 1990.

_____. "Tres mitos y cuatro ballenas de la *perestroika*". *El Siglo XX y el Mundo* 4, 1990.

_____. "Paradojas del socialismo real". *Problemas de Filosofía* 3, 1991.

_____. *Análisis y prevención de huelgas.* Moscú, 1991.

_____. (coautor). *La estructura de la dirección del complejo de la construcción.* Barnaúl, 1989.

_____. "El escenario U". *El Siglo XX y el Mundo* 3, 1990.

Lvin, B. “Obstáculos al desarrollo del Estado nacional ruso”. *Estudios Públicos* 43 (invierno 1991), Santiago de Chile.

Naishul, V. *Otra Vida*. Moscú: Samizdat, 1985.

_____. “Problemas de la creación del mercado en la URSS”. Compendio *Postizhenie*. Moscú: Progreso, 1989. [Versión inglesa en *Communist Economies*, L, Vol. 2, Nº3, 1990.]

_____. “Crisis”. *Enciclopedia «50/50»*. Moscú: Progreso, Payot, 1989.

_____. “¿Libertad para el Estado o para la economía?”. *Diputado del Pueblo* 4, abril 1991. [Versión inglesa: “Will the Soviet Economy Be Able to Stay Left of the American?”. *Communist Economies*, L., Vol. 2, Nº 4, 1990.]

_____. “La fase superior y última del socialismo”. Compendio: *Hundimiento en la Grieta*. Moscú: Progreso, 1990. [Traducción al inglés: “The Supreme and the Last Stage of Socialism”. CRCE Publications, L., 1990. Traducción al español: “La fase superior y última del socialismo”. *Estudios Públicos* 41, Santiago de Chile, 1991)].

_____. “¿Quién será propietario?”. *Izvestia* 342, 9 de diciembre de 1990.

_____. “Sufferings of Privatization”. *Soviet Analyst* Vol. 20, Nº 2, 1991.

_____. “Dinero privado”. *Niezavísimaia Gazieta* 1, diciembre de 1991.

_____. “La privatización espontánea”. *Panorama*, diciembre de 1990.

_____. “La economía soviética: Rumbo a Occidente”. *Niezavísimaia Gazieta*, 5 de febrero de 1991.

_____. “En busca de una salida”. *Niezavísimaia Gazieta*, abril de 1991.

_____. “¿Salvarán los extranjeros el complejo industrial militar?”. *Vostochni Express* 24, 1991.

_____. “¿Qué no toma en cuenta Yavlinski?”. *Niezavísimaia Gazieta*, 82, julio de 1991.

_____. “El mercado burocrático: Los derechos ocultos y la reforma económica”. *Niezavísimaia Gazieta*, 26 de septiembre de 1991.

Pávlienko, S. “El nivel de desarrollo de la economía y su política de construcción: Vías para la formación y reforzamiento de cuadros obreros calificados en la construcción agrícola”. Tesis expuestas en la Conferencia Científico-Práctica de toda la Unión, Barnaúl, 1984, pp. 131-135.

_____. “Dirigentes de empresas agrícolas, una función más compleja: El papel de los factores psicológicos en la intensificación de la economía”. Tesis expuestas en el Simpósium Científico de toda la Unión. Zvienigórod, 1984, pp. 41-43.

_____. “Problemas del trabajo de los dirigentes de las empresas agrícolas”. Novosibirsk, publicado antes por IE y OPP SO, Academia de Ciencias de la URSS, 1986.

_____. “Orientación de los trabajadores en la esfera del trabajo Social. Trabajadores agrarios con buenas perspectivas: Sus condiciones y modo de vida”. Novosibirsk, 1985.

_____. “Opinión de los dirigentes de las empresas agrícolas sobre las dificultades del desarrollo de la agricultura”. Programa de Productos Alimenticios sobre los Problemas Sociales del Campo. Novosibirsk, 1985.

_____. “Dirigentes de las empresas agrícolas: Dos grupos, dos tipos”. *Los Problemas Socioeconómicos de Siberia:* Tesis expuestas en la Conferencia de toda la Unión de Jóvenes Economistas y Sociólogos. Novosibirsk, 1986.

_____. "El comportamiento de los dirigentes de las empresas agrícolas en el sistema de producción social. El colectivo laboral como factor social del desarrollo económico". Moscú, 1985.

_____. "El comportamiento de los dirigentes de las unidades económicas en el sistema de interacción grupal". *Izvestia* SO, Academia de Ciencias de la URSS, Serie Economía y Sociología Aplicada, 1986, Vol. 3, Nº 12.

_____; Rívkina, R.V. *El comportamiento administrativo de los dirigentes de las empresas agrícolas: El desarrollo socioeconómico del sector agrario en Siberia*. Novosibirsk, Naúka, 1987.

_____. "Algunas tendencias al cambio en las interacciones administrativas en el APK. Los cuadros del APK: en el sistema de interacciones administrativas". Tesis expuestas en la Conferencia Científico-Práctica sobre Vías hacia el Perfeccinamiento de la Administración del Desarrollo Social del Sector Agrario de la Región. Barnaúl, 1987.

_____; Rívkina, R. V., Kosals, E.V., Kosals, L. Y. y Sujovski, M. L. *Los cuadros directivos del APK: Características sociales, problemas de su actividad y criterios para su evaluación.* Novosibirsk (publicado anteriormente por IE y OPP, SO, Academia de Ciencias de la URSS), 1986.

_____; Rívkina, R. V., Kosals, E.V., Kosals, L. Y. y Sujovski, M. L. *Los cuadros dirigentes del APK: Orientaciones y comportamiento, disposición a la perestroika*. Novosibirsk (publicado anteriormente por IE y OPP, SO, Academia de Ciencias de la URSS), 1986, 44.

_____. "El dirigente en la estructura del poder: Cambios y perspectivas" *Exito en la dirección y gestión de las organizaciones*. Tesis expuestas en la Conferencia Científica de la República. Tállin, 1988.

_____. "La dirección de la 'Economía Informal' ". *La sociología económica y la perestroika*. Moscú: Progreso, 1987.

_____. "La interacción administrativa informal". *Postizhenie*. Moscú: Progreso, 1989.

_____. *El dirigente de la empresa agrícola en el sistema de interacciones administrativas*. Novosibirsk, Naúka, 1991.

Von Hayek, Friedrich A. *The Fatal Conceit: The Errors of Socialism. The Collected Works of F. A. Hayek*. Vol. 1. Routledge, 1988 [editada en castellano por Unión Editorial (Madrid) y Centro de Estudios Públicos (Santiago de Chile)].

_____. *Denationalization of Money*. Londres: IEA Publications, 1990.

White, L. H. "What Kind of Monetary Institutions Would a Free Market Deliver?". *CATO Journal*. Vol. 9, Nº 2. □

RERUM NOVARUM: CIEN AÑOS DESPUÉS*

Monseñor George Pell

A partir de una reseña de los hitos y vicisitudes que marcaron a los pontificados inmediatamente anteriores a León XIII, de las circunstancias que rodearon la promulgación de *Rerum novarum* en 1891 y los sucesos y cambios acaecidos durante este siglo en los distintos campos y en el seno de la Iglesia misma, el obispo George Pell hace una relectura de dicho documento, en la que advierte que éste debe ser considerado en el contexto de una respuesta global a la secularización del espíritu europeo. Subraya, a la vez, su enorme gravitación, así como la plena vigencia de los criterios allí contenidos para juzgar la vida económica y social en nuestros días. Finalmente, el obispo Pell se refiere a la obra y figura de Juan Pablo II y plantea los desafíos que, a su juicio, deberá afrontar ahora la Iglesia tanto en las naciones occidentales como en los países en desarrollo de América Latina y el Tercer Mundo.

MONSEÑOR GEORGE PELL. Ph. D., Universidad de Oxford; M.A. en Educación, Monash Universtity (Melbourne, Australia) y Licenciado en Teología, Universidad Urbana, Roma. Monseñor Pell nació en Australia el año 1941; en 1966 fue ordenado sacerdote y en 1987 consagrado obispo auxiliar de la Arquidiócesis de Melbourne. Autor de numerosos artículos en diversas publicaciones, ha sido asimismo profesor visitante, entre otras universidades, en Oxford (Campion Hall) y en Cambridge (Saint Edmund's College). Miembro de la Congregación Vaticana para la Doctrina y la Fe y del Pontificio Consejo de Justicia y Paz.

*Publicado originalmente en la serie *the Boston Conversazioni* (© Trustees of Boston Urúversity, 1992). Su traducción del inglés y reproducción en esta edición cuentan con la debida autorización.

Es evidente que la enseñanza social de la Iglesia Católica sigue teniendo hoy una enorme relevancia en la vida pública, aun cuando la población, en su gran mayoría, no esté consciente de la evolución histórica de ese Magisterio ni de la cabal extensión del mismo. Ocurre en ocasiones que las influencias intelectuales de largo alcance, y las más persistentes, son subestimadas por quienes están más expuestos a su influjo.[1] Transcurrido un siglo desde que fuera promulgada, la encíclica *Rerum novarum* del Papa León XIII constituye un ejemplo preeminente de esa influencia generalizada y perdurable.

Rerum novarum fue la culminación de casi medio siglo de reflexión del catolicismo en torno a los logros y miserias de la Revolución Industrial. En este sentido, fue bastante más que la réplica oficial del catolicismo al desafío planteado por Marx, Engels y el pensamiento socialista, y debe considerársela en el contexto más amplio de una respuesta global a la Ilustración y a la Revolución Francesa. La Ilustración combatía los privilegios, las tradiciones y la idea de autoridad; ensalzaba la razón y la cualidad perfectible de la humanidad; era, en términos generales, contraria a la religión y, específicamente, al catolicismo, aunque no siempre se mostró proclive al ateísmo, pues incluía algunas vertientes importantes de la tradición deísta. Si bien es cierto que en buena medida estuvo restringida a una élite intelectual, derivó de todas formas en lo que Owen Chadwick ha descrito como la secularización radical del espíritu europeo.[2] Es evidente, pues, la conexión entre la Ilustración y los ideales de "libertad, igualdad y fraternidad" que profesaba la Revolución Francesa en 1789. Más problemática resulta esa otra conexión del pensamiento ilustrado con el lado oscuro de la Revolución y con buena parte de su horrenda progenie en la historia reciente: por ejemplo, con la violencia revolucionaria de un Lenin y un Stalin, con los crímenes maoístas del "gran salto adelante" y la etapa de la Revolución Cultural, y con el legado de los estalinistas parisinos que entrenaron a Pol Pot con miras al posterior genocidio camboyano.[3]

[1] Para un interesante comentario acerca de la deuda, con suma frecuencia no reconocida, de Occidente con el pensamiento cristiano, véase L. A. Siedentop, "Liberalism: The Christian Connection", *The Times* (Londres) *Literary Supplement,* 24 al 30 de marzo, 1989, p. 308.

[2] Owen Chadwick, *The Secularization ofthe European Mind in the Nineteenth Century* (Cambridge: Cambridge University Press, 1975).

[3] Coleridge diagnosticó el impulso inevitable del ateísmo jacobino hacia el despotismo y la urania. Véase Michael Casey, "Samuel Taylor Coleridge and Jacobinism", tesis, Monash University, Melbourne, 1989, pp, 62-65.

No es arbitrario afirmar, a estas alturas, que las revoluciones recientemente ocurridas en Europa Oriental y los gérmenes de libertad que hoy florecen en las antiguas repúblicas soviéticas son no sólo un triunfo del espíritu humano y un rechazo total a la filosofía marxista y sus concepciones económicas, sino ante todo el penúltimo golpe al proyecto global de la Ilustración.

Es claro que el comunismo sufrió las presiones y la acción corrosiva de fuerzas extemas, pero más importante que todas ellas fue su desplome interno. Ocurrió, sencillamente, que el pueblo dejó de creer en sus propuestas; que la economía arribó a un callejón sin salida y que un número cada vez mayor de hombres y mujeres les negó su lealtad a regímenes amparados en la mentira sistemática y la violencia organizada. La caída del comunismo ha asestado un golpe contundente al mito surgido con la Ilustración de que el progreso es inevitable, que la expansión de la naturaleza humana no tiene límites, que es posible —o un deber— ignorar las tradiciones y que la razón humana es todopoderosa. Es, al mismo tiempo, una prueba de que sin una sustentación en la religión es muy difícil, si no imposible, que el altruismo florezca y perdure, y pueda refrenar el egoísmo y las debilidades del ser humano. Parece imposible que ello pueda lograrse, en verdad, cuando no existe la creencia en un Ser Supremo inteligente y benigno, presto a recompensar y castigar y, hasta cierto punto, a expiar y compensar los peores sufrimientos humanos.

Y si es efectivo que la caída del comunismo representa, en algún sentido, el desenlace último de la Revolución Francesa, puede que la publicación de *Rerum novarum* en 1891 marcara el principio del fin, tras un siglo de radicales cambios políticos, económicos y sociales, a los que el Vaticano se opuso siempre con vigor, aunque no siempre con sabiduría.

En muchos sentidos el siglo diecinueve constituyó un desastre político e intelectual para la Iglesia Católica en toda Europa. Comenzó ciertamente mal, con la muerte del Papa Pío VI —que había condenado de manera terminante la Revolución— en Valence el año 1799, como prisionero de Francia, país que había ocupado los Estados papales. Su sucesor, Pío VII, fue también hecho prisionero, esta vez por Napoleón, que asumió al mismo tiempo el control total de la península itálica y designó rey de Roma a su joven vastago. Tras la derrota de Napoleón en Waterloo, el Cardenal Ercole Consalvi, Secretario de Estado del Vaticano, negoció exitosamente en el Congreso de Viena la devolución de los Estados papales, excepto Avignon y Venaissin. A diferencia de la mayoría de los Papas durante el siglo diecinueve, Pío VII consiguió, en virtud de su moderación en la esfera política, reforzar la autoridad internacional del papado tras la fase de agitación revolucionaria.

El Papa Gregorio XVI fue elegido tras un arduo cónclave de cincuenta días, con el apoyo del Príncipe Metternich, que anhelaba un Pontífice capaz de rehuir "la locura política de la época". Metternich no quedó decepcionado. Gregorio se enfrentó a varios levantamientos armados en los Estados papales, que habrían de seguir ocurriendo a lo largo de todo su pontificado y debieron ser contenidos con la ayuda de costosos ejércitos foráneos. El Pontífice detestaba a los sectores revolucionarios y, en *Miran Vos* (1832), se opuso a la libertad de conciencia, a la libertad de prensa y a la separación de la Iglesia y el Estado. El próximo Papa, y el predecesor inmediato de León XIII, continuó esta tradición política. Pío IX, que rigió entre 1846 y 1878, el pontificado más largo de la historia, ejerció su mandato sobre una Iglesia cuyos progresos estrictamente religiosos durante este período se vieron contrarrestados por gravosas pérdidas en lo político y por su declarada intransigencia en lo intelectual. Su popularidad inicial se diluyó rápidamente, al negarse a la conformación de un gobierno constitucional y a intervenir en la guerra para expulsar a Austria de la península. Su Primer Ministro fue asesinado en las escalinatas del Palacio de la Cancillería, y el propio Pontífice hubo de huir al sur y refugiarse en las costas de Gaeta, desde donde apeló, con éxito, a la ayuda francesa para restaurar el gobierno clerical. El 12 de abril de 1850 entró de nuevo en Roma. Sus flirteos con el liberalismo habían concluido e instauró un régimen estricto, hostil a las aspiraciones nacionales italianas, que excluyó a los sectores cultivados, en casa y en el exterior. Camilo Cavour, Ministro de Piedmonte, sacó provecho de esas debilidades y, tras derrotar a los ejércitos del Pontífice en Castelfiardo en septiembre de 1860, anexó todos los dominios papales al reino de Italia, exceptuando Roma, poniendo fin a once siglos de gobierno eclesiástico.

Pío IX jamás aceptó esta situación, y luego de autoproclamarse prisionero no volvió a abandonar el Vaticano, lo cual se convirtió en una tradición papal, interrumpida únicamente por las visitas de Pío XII a los suburbios romanos tras el bombardeo aliado durante la Segunda Guerra Mundial, hasta que Juan XXIII realizó varias romerías por el país y Paulo VI inició los viajes papales a ultramar, los que Juan Pablo II ha proseguido incansablemente y con tan espectacular acogida de los pueblos visitados.

Conocido por sus oponentes como "Pío No-No", Pío IX inspiró gran lealtad entre sus subditos católicos de todo el mundo. Yo nací en la pequeña ciudad rural del Ballarat, en Victoria, Australia. En 1873, al bendecirse la primera iglesia de piedra laja con carácter permanente, el pergamino depositado frente a la piedra fundacional estaba dedicado a "Pío IX, Pontífice Soberano que rigió a la Iglesia con acierto y sabiduría, en un mar de tribulaciones". Esta proclama en los confines de la Tierra no era en ningún

caso atípica, aun cuando hoy podamos afirmar, con toda justicia, que su pontificado fue un desastre en términos políticos. El pontificado de Pío IX coincidió a su vez con una regeneración espiritual persistente, y en ocasiones espectacular, en muchos lugares, especialmente en el mundo de habla inglesa. Un hecho que para mí —un joven sacerdote que recibió los hábitos inmediatamente después del Concilio Vaticano Segundo y que estaba comprometido a fondo con sus reformas de signo liberal— resultaba en extremo enigmático y ciertamente impactante. ¿Cómo podía ser que la intransigencia oficial hubiera coincidido con tan genuina reactivación de la fe, y contribuido incluso a que ella aflorara?

El término "intransigente" no resulta demasiado fuerte a la hora de calificar el programa religioso y la posición política de Pío IX. A fines de 1854, el Papa definió el dogma de la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora, estipulando que María, la Madre de Dios, fue concebida y nació sin pecado original. Esto dio nuevos ímpetus a la devoción mariana en el seno del catolicismo, la que se vio reforzada posteriormente por las apariciones de 1858 en Lourdes, en el sur de Francia. Y lo que es más importante para nuestros propósitos, en 1864, tras la encíclica *Quanta cura,* Pío IX denunció los ochenta errores fundamentales de la época en su *Sylabus* de errores, que refutaba, entre otras, la idea equivocada de que el Papa "podía o debía reconciliarse, o estar de acuerdo, con el progreso, el liberalismo y la civilización moderna" (Nº 80). También se condenaba la separación de la Iglesia y el Estado (Nº 55) y la noción de que "la abolición del poder temporal del que está investida la Sede Apostólica podría contribuir enormemente a la libertad y a la prosperidad de la Iglesia" (Nº 76).

Mucho más importante, en el largo plazo, fue su convocatoria del primer Concilio Vaticano en 1870. El Vaticano I no concluyó su tarea, pero sí alcanzó a establecer la infalibilidad del Papa, es decir, el dogma de que el Santo Padre, cuando enseña en su calidad de cabeza visible de la Iglesia y en su deseo de unir a todos los fieles, imparte enseñanzas inequívocas en materia de fe y moral. Esta afirmación categórica fue considerada como un desafío claro al racionalismo y al espíritu antijerárquico y contrario a la tradición que caracterizaba al materialismo cientificista y al liberalismo de la época. Pío IX no dio tregua a sus oponentes, pero, al final, no obtuvo demasiado a cambio. A su muerte, cuando su cadáver era trasladado a un nuevo lugar de reposo en 1881, una turba romana de inspiración anticlerical interrumpió la procesión e intentó arrojar el cuerpo al Tíber.

Desde el punto de vista intelectual y político, Pío IX fue contrario y hostil a muchas de las principales fuerzas dominantes en la Europa decimonónica. Pese a ello, los tiempos requerían de nuevos enfoques, y los

cardenales reunidos para determinar a su sucesor optaron por un pontificado más breve, capaz de llevar adelante cambios moderados. Gioacchino Vicenzo Pecci estaba muy debilitado y tenía ya sesenta y ocho años cuando fue proclamado León XIII en 1878. Nadie esperaba que estuviera demasiado tiempo a la cabeza de la Iglesia. Al final, ocupó el trono de San Pedro durante un cuarto de siglo, hasta su muerte en 1903. Su carrera sacerdotal había seguido un derrotero que hoy está vedado a los clérigos modernos. Poco después de su ordenación, el Papa Gregorio XVI lo nombró delegado apostólico (o gobernador) en Benevento, y luego en Perugia, donde probó ser un administrador muy capaz y muy popular, que se opuso a los liberales, luchó contra los bandoleros locales e introdujo mejoras económicas, incluido un banco para que los granjeros depositaran sus ahorros. En 1843 fue designado Nuncio papal en Bélgica por un período de tres años, en su único contacto prolongado con la Europa industrial, y quedó hondamente conmovido por la miseria de los trabajadores en las minas y las fábricas. En 1846 fue nombrado arzobispo de Perugia, donde permaneció, prácticamente, hasta que asumió el pontificado, se dice que a instancias del Cardenal Giacomo Antonelli, el último cardenal laico y posterior Secretario de Estado de Pío IX. Las cartas pastorales que escribió el Arzobispo Pecci durante sus últimos años en Perugia concitaron gran atención. En ellas proponía que la Iglesia se sumara a la corriente de la civilización moderna, una noción que luego expuso en su primera encíclica, *Inescrutabili Dei Consilio.*

La elección cardenalicia en el cónclave fue un voto a favor de un cambio explícito, aunque moderado, en las políticas de Pío IX, lo que habría de tener una importancia crucial para la enseñanza social de la Iglesia, por la que hoy se recuerda, fundamentalmente, a León XIII. Tenía ochenta años cuando comenzó a trabajar en *Rerum novarum y* llevaba, para entonces, doce largos años intentando fijar un nuevo curso para la Iglesia. Con todo, no impulsó un giro completo en las políticas de Pío IX. Prosiguió con los ataques al socialismo, el comunismo, el nihilismo y la francmasonería. Anhelaba, además, la restitución de los Estados papales y renovó la prohibición de que los católicos participaran en las elecciones italianas, para gran detrimento de la influencia católica. Previamente había manifestado su respaldo a la filosofía de Santo Tomás de Aquino, estimando que era particularmente apropiada para la Iglesia como útil en la batalla contra el liberalismo. León XIII renovó el afán de Pío IX por fortalecer la autoridad de la Santa Sede, desde ya vigorizada por la declaración de la infalibilidad papal y asistida por los avances en las comunicaciones y el declive de la autoridad política local de los obispos en toda la Europa continental. Apoyó el papel de los nuncios papales y alentó a varias órdenes religiosas para que establecieran sus sedes centrales en Roma.

Escribió ochenta y seis encíclicas, en lo que representa el aporte más significativo al Magisterio de la Iglesia desde la Edad Media. Hacia 1890 había no sólo anunciado su programa de acomodo condicionado a la era moderna, sino definido a la vez las distintas esferas de los poderes temporales y espirituales, proclamado su aprobación condicional a la democracia y sostenido que la Iglesia es, ciertamente, el custodio de la libertad, esta última bien entendida. La Iglesia no era hostil a ninguna forma de gobierno que buscara el bien común, y se instaba a los católicos a participar en la vida política y a valerse de la prensa y el sistema parlamentario para difundir los valores cristianos. En fecha tan temprana como 1880, había redactado un texto en apoyo de la concepción cristiana de la familia. En 1888 reiteró la oposición de la Iglesia a la esclavitud, como había quedado ya establecido a contar de la segunda mitad del siglo XV.

Aun cuando *Rerum novarum* es la encíclica social más renombrada y la más importante de León XIII, constituye sólo una parte de su obra total compuesta de doce encíclicas sociales. No obstante su subtítulo, "Sobre la condición de las clases trabajadores", se trata de un documento, en rigor, de alcance bastante mayor. Su título, *Rerum novarum* ("Sobre la nueva situación"), indica el amplio espectro de este texto marcatorio de una época. El Santo Padre trazó los principios básicos que habría de contener, y el Cardenal Tommaso Zigliara redactó el primer borrador. Posteriormente éste fue revisado bajo las instrucciones papales, corregido después por Zigliara y, finalmente, corregido por el propio León XIII. El Cardenal Henry Manning, de Inglaterra, hizo la traducción al inglés.

La encíclica es uno de los pocos ejemplos, en la historia reciente del pontificado, en que una contribución fundamental al Magisterio de la Iglesia surge, en parte, como respuesta a la situación social de los católicos de habla inglesa, tan distinta de la que vivían sus congéneres de la Europa continental. Por aquella época, la mayoría de los católicos angloparlantes de raza blanca pertenecía a la clase trabajadora, una mayoría originaria de Irlanda, donde los católicos recién se emanciparon en 1829 y donde la pobreza y la ignorancia eran males endémicos y, a ratos, catastróficos, como lo fue la hambruna de fines de la década de 1840. Prácticamente la totalidad de los sectores católicos angloparlantes era ajena a las élites gobernantes, no sólo por las diferencias de clase sino en virtud de su trasfondo étnico. Si el clero católico había de mantenerse en estrecho contacto con su grey, era políticamente imprescindible que éste se compenetrase explícita y articuladamene con las grandes masas de obreros industriales y sus sindicatos, y hay pruebas manifiestas de que la experiencia de Norteamérica influ-

yó en la actitud papal hacia la actividad de los sindicatos. En 1873 los sectores obreros fundaron en los Estados Unidos una organización llamada los "Knights of Labor", la cual, a causa de la legislación hostil a sus fines, funcionaba de hecho como un sindicato obrero clandestino. Ello provocó ciertos problemas a los sectores católicos, a los que se les prohibió el ingreso a sociedades secretas. A mayor abundamiento, la entidad mencionada había sido presidida por un francmasón, pero éste fue luego sucedido por un católico de buena posición. En 1886, dicho personero resolvió dirigirse a la asamblea de los obispos norteamericanos. Setenta de los setenta y cinco obispos allí presentes se declararon a favor del sindicato, y el Cardenal James Gibbons, de Baltimore, escribió a León XIII comentándole tan inusual situación.

Inicialmente el Vaticano hizo gala de considerables reservas al respecto, en buena medida porque los "Knights of Labor" habían sido ya condenados en Canadá. El viaje a Roma de una delegación de tres obispos estadounidenses se tradujo en un requerimiento formal del Vaticano al Cardenal Gibbons para que elaborara un informe. El 10 de febrero de 1887, en una amistosa si bien intrascendente recepción oficial, Gibbons presentó su informe al Papa. Ahí hablaba de una sociedad amenazada por "la avaricia, la opresión y la corrupción". Señalaba "no sólo el derecho de las clases trabajadoras a protegerse a sí mismas", sino el deber de todo el pueblo de ayudarlas. León XIII optó por garantizar la existencia de los Knights, siempre que algunas de sus reglas fueran modificadas para expurgarlas de un cierto matiz comunista. Poco después, los Knights se disolvieron y fueron sustituidos por la American Federation of Workers. Esta temprana decisión vaticana en favor de la tolerancia se debió en buena medida al Cardenal Gibbons, y reflejaba claramente las actitudes de otros importantes prelados en el mundo de habla inglesa. En Inglaterra, por ejemplo, el Cardenal Manning intervino en favor de los estibadores durante la huelga de 1889, y el exitoso acuerdo a que condujo su gestión llegó a ser conocido como "la paz del Cardenal". En Australia, el Cardenal Patrick Francis Moran, de Sydney, apoyó, a su vez, a los trabajadores marítimos durante la huelga de 1890.

En 1864, catorce años después de restablecida la jerarquía católica en Inglaterra y del escándalo que había suscitado la provocativa carta pastoral del Cardenal Nicholas Patrick Wiseman, *From the Flaminian Gate,* el propio Wiseman justificó la elección de Westminster como sede episcopal, señalando que estaba cerca de los "laberintos ocultos de los callejones y los patios, de las callejuelas menores y las barriadas pobres", donde bullía una

gran muchedumbre, en la que había muchos católicos nominales, "en oscuros rincones y sucias guaridas".[4]

No quiero decir con esto que únicamente los socialistas de la época y los católicos angloparlantes se preocuparon por las penurias de la clase trabajadora. En rigor, el movimiento metodista en pleno puede considerarse, ciertamente, un contrapunto al impacto social de la Revolución Industrial en Inglaterra. William Wilberforce, un hombre muy fervoroso dentro de la tradición evangélica, luchó en el Parlamento británico desde 1780, nueve años antes de la Revolución Francesa y sesenta y ocho años antes de la publicación del *Manifiesto Comunista*, por la abolición de la esclavitud en los confines del Imperio Británico, un objetivo que habría de conseguir recién en 1830. Y la figura dominante en la legislación sobre la industria británica, que buscaba poner límite a los horrores asociados a la fase temprana del industrialismo, fue Lord Shaftesbury, otro cristiano notable. Pero las raíces filosóficas de *Rerum novarum* no se hallan ni en el catolicismo anglófono ni en el socialismo. La nueva actitud papal hacia los sindicatos representó una opción a favor de un curso de acción que fue a un tiempo sabio, compasivo y, desde luego, cristiano, pero no cabe afirmar que el apone de los sectores católicos norteamericanos hubiese suscitado una nueva teoría social de la Iglesia Católica.

El planteamiento de León XIII se halla enraizado, en parte, en un terreno algo más profundo, remontándose en el tiempo a una época anterior al propio Jesucristo, y apela, en sus fundamentos, al derecho natural, que San Pablo recogió a su vez de los estoicos y cuya expresión más elevada se encuentra en Santo Tomás de Aquino. De raigambre antigua, asimismo, es la defensa cristiana de la familia que León XIII propuso. Naturalmente, al referirse al trabajo asalariado en la era posterior a la Revolución Industrial, recurrió a fuentes contemporáneas, como los escritos de Antoine Frédéric Ozanam y del obispo Wilhelm von Ketteler, de Mainz.

En *Rerum novarum*, el Pontífice se propuso explícitamente "refutar las opiniones engañosas" y abordar el problema que supone la condición de los trabajadores, para "dar pronto y oportuno auxilio a los hombres de la ínfima clase, ya que sin merecerlo se hallan la mayor parte de ellos en una condición desgraciada y calamitosa". Condena la codicia y la usura rapaz, pero defiende el derecho individual a la propiedad privada con tanta o mayor elocuencia que la que exhibe al oponerse al socialismo y la propie-

[4]B. A. Santamaría, "Marxism and Catholicism", en *Australia at the Crossroads: Reflections of an Outsider* (Melbourne: Melbourne University Press, 1987), p. 124.

dad estatal de todos los medios de producción. Subraya la importancia de la *familia y reitera con firmeza que los problemas de la sociedad no pueden* resolverse sin la ayuda de la Iglesia. Aunque las desigualdades sean inevitables, no hay justificación natural o ética para la hostilidad entre las clases sociales.

La tercera sección de *Rerum novarum* enuncia en términos constructivos el programa de acción social de la Iglesia. León XIII hace hincapié en que es preciso reconsiderar las realidades terrenas a la luz de lo eterno. Y escribe: "Entender en su realidad y apreciar en su justo valor las cosas perecederas es imposible, si no se ponen los ojos del alma en la otra vida imperecedera. Desaparecida la cual, desaparecerá inmediatamente el concepto y verdadera noción del bien y hasta se convertirá este universo en un misterio inexplicable a toda investigación humana" (Nº 32). Pero sería erróneo concluir, a partir de ello, que lo único que le interesaba a la Iglesia era la salvación de las almas: no hay razón alguna para tolerar la pobreza en nuestra vida terrena. Es, por el contrario, una condición negativa, que ha de combatirse ejerciendo la justicia y la caridad.

Más adelante, León XIII señala que es deber del Estado preocuparse por el bienestar de toda la ciudadanía, prestando especial atención al principio de la justicia distributiva. Escribe que es preciso respetar los derechos de cada cual y no menoscabar en ningún sentido al individuo y la familia, pero rechaza el *laissez faire*. Señala, a la vez, que las huelgas deben en lo posible evitarse. Dice que es necesario refrenar a los sectores revoltosos que auspician cambios revolucionarios, y proteger a las clases trabajadoras de su acción sediciosa. Manifiesta que debe propenderse a un salario justo y a la regulación estatal de las condiciones laborales, y generalizarse la propiedad privada de los medios de producción y garantizarse a los trabajadores un ingreso suficiente para que puedan ahorrar y adquirir bienes y propiedades. La sección final del documento plantea la legitimidad de los sindicatos o asociaciones de trabajadores, y de las diferentes organizaciones eclesiásticas abocadas a la acción social. León quería difundir esperanza entre la gente y poner freno, al mismo tiempo, a los prejuicios y la codicia, pues "la situación de los obreros es la urgencia del momento y nada puede ser del mayor interés, para todos, que el deber de resolverla de manera justa y razonable".

Rerum novarum constituye un hito en la doctrina social de la Iglesia. Pero, al releer ahora la encíclica, estoy sorprendido, por no decir desilusionado, al comprobar lo muy conciliadora, razonable y, ante todo, aceptable que resulta buena parte de su contenido. Esta reacción es en sí prueba suficiente de la perdurable influencia de la encíclica en los círculos católicos, y del hecho claro de que el ideario de León se ha transformado con el

tiempo en un pensamiento fundacional, casi un lugar común, dentro de la doctrina social católica.

Personalmente tuve la fortuna de ser criado en un medio en el que había un interés claro no sólo en la política, sino también en la teoría de la justicia social que propone el catolicismo. El obispo y muchos de los sacerdotes y feligreses de la diócesis rural australiana en la que discurrió mi infancia eran todos partidarios de "El Movimiento" de B. A. Santamaría, que inició su accionar en los años treinta y cuarenta y se vio claramente envuelto en la batalla para reducir la poderosa influencia del comunismo en los sindicatos australianos en la época inmediatamente posterior a la Segunda Guerra Mundial. Los *groupers,* como se los conocía entonces, fueron expulsados del Partido Laborista Australiano durante el cisma de 1955, lo cual redundó en que dicho partido no consiguiera ganar una elección a nivel nacional durante casi dos décadas.

Siendo un adolescente, recuerdo haber asistido a seminarios sobre el problema de la justicia social y colaborado con el párroco local en la ulterior publicación de la actas que surgían de tales reuniones. Esta cuestión puramente anecdótica, en un confín remoto del mundo de habla inglesa, es otra prueba de la vitalidad asociada a la tradición social del catolicismo que León XIII bendijo con su obra e hizo que se convirtiese en un aspecto fundamental de la vida moderna en todo el orbe. Tuve además la fortuna de que nuestra diócesis fuera sufragánea de un gran arzobispo australiano de origen irlandés, Daniel Mannix (1864-1963), de Melboume, cuyas intervenciones habituales durante los cuarenta y seis años que duró su episcopado, referidas a ciertas cuestiones del debate público como la libertad de Irlanda, la conscripción durante la Primera Guerra Mundial y la lucha contra el comunismo, hicieron de él una de las figuras más controvertidas de la historia australiana reciente. Después de Ned Kelly, nuestro bien conocido bandolero, el Dr. Mannix es la personalidad que más estudios biográficos ha suscitado en la historia australiana y todavía hoy persiste la controversia en tomo a su singular personalidad, capacidad y realizaciones.[5] Profundamente religioso, con una inusual evolución personal que lo llevó de la oratoria en las aulas a la retórica en la esfera pública, era un individuo reconcentrado, con un mordaz sentido del humor y el encanto propio de los irlandeses, lo cual habría de convertirlo en un héroe para su rebaño y conseguía enfurecer

[5] Compárese el artículo de Timothy O'Leary, "Truth, Justice and the ADB Way: Archbishop Daniel Mannix and the Judgement of History", con el de James Griffin, "Daniel Mannix: A Reply to Timothy O'Leary", *Quadrant,* enero-febrero, 1991, pp. 75-87.

o atemorizar a muchos ciudadanos australianos. Doscientas cincuenta mil personas repletaron la catedral, a su muerte, para rendirle un último tributo en la capilla ardiente donde reposaban sus restos. Mannix pensaba que la Iglesia Católica había reaccionado con lentitud a las oportunidades que se le brindaban de influir públicamente en las democracias industriales y se burlaba abiertamente de los "curas de sacristía", es decir, de los que no se interesaban en la situación política y económica de sus feligreses. Aunque muchas de las actividades que promovió contribuyeron a desdibujar ciertas distinciones útiles entre los ámbitos de la Iglesia y la política, o cuando menos entre el clero y la política, su propia historia, y la de Santamaría y sus seguidores, representan una variante interesante en las actividades de posguerra desarrolladas por la Democracia Cristiana en Europa, sin paralelo en otros países anglófonos.

La influencia e importancia de *Rerum novarum* es reconocida con frecuencia. Michael Novak, por ejemplo, piensa que, "globalmente considerado, el breve tratado de León XIII, de apenas treinta páginas, es prístino, equilibrado y muy elocuente. El texto dio ímpetu a las fuerzas proclives a las reformas. Y, quizás lo más importante, marcó la recuperación del intelecto católico y de su confianza en sí, y demostró, una vez más, que la fe católica no ha de reducirse a la sacristía sino encarnarse en la esfera económica y política".[6] La novedad e importancia de la oportuna carta de León se advierten fácilmente cuando se la compara con anteriores escritos y actividades papales durante el siglo diecinueve.

A diferencia de la mayoría de las encíclicas modernas, *Rerum novarum* iba dirigida, ante todo, a los obispos, es decir, a los congéneres del propio León, antes que a los laicos católicos o a todos los hombres y mujeres de buena voluntad. Es una encíclica de carácter eurocéntrico y, para el caso, continentalmente eurocéntrica. No se refiere a los Estados Unidos o a Gran Bretaña ni, en forma directa, al liberalismo o a la democracia. Tampoco contiene alusiones a las disparidades de riqueza entre las naciones, ya fuera en Europa o en las colonias y ex colonias europeas. El lector moderno puede llegar a percibir, anacrónicamente, tales rasgos como omisiones en el pensamiento de León XIII, pero son, en verdad, un indicio claro de la evolución que auspiciaba precisamente *Rerum novarum* dentro de la enseñanza social de la Iglesia Católica.

Los temas que la Iglesia Católica ha de abordar ahora en el área de las políticas sociales son, en parte, la culminación del proyecto de León XIII

[6] Michael Novak, *Catholic Social Thought and Liberal Institutions: Freedom with Justice* (New Brunswick, N. J.: Transaction Publishers, 2ª edición, 1989), p. 110.

y también el resultado de los grandes cambios políticos y religiosos acaecidos desde su muerte en 1903. Hemos asistido a dos guerras mundiales y a una gran depresión financiera, seguida por el renacimiento del poderío económico occidental, el desmantelamiento de los imperios coloniales británico y francés y el surgimiento del llamado Tercer Mundo. No es fácil imaginar hoy, tras el colapso de la Unión Soviética, qué va a ocurrir con China, Cuba y Vietnam. Queda abierta la pregunta de si Europa logrará conservar su antiguo predominio: Japón se ha convertido en un coloso económico y el mundo entero está ahora consciente del daño generalizado al medio ambiente que ha acompañado al crecimiento industrial.

Los cambios en la Iglesia Católica son, a la vez, muy significativos. El concordato con Mussolini, en 1929, liberó finalmente a la institución de la pesada carga de los Estados papales, de modo tal que el Vaticano dejó de constituir el gran obstáculo al nacionalismo italiano y no está ya embrollado en guerras o asuntos de gobierno. Por primera vez en más de quinientos años, el Papa no es italiano y tampoco hay mayoría de italianos en el Colegio de Cardenales o en la cúpula de la curia romana. Buena parte de los católicos se halla ahora fuera de Europa, y muy pronto, si no al presente, la mayoría de ellos no será de raza blanca. Los centros vitales del catolicismo están hoy en África, Asia e incluso en América del Sur, pese al progreso espectacular de las sectas protestantes en algunas regiones de este continente.

El Concilio Vaticano Segundo constituyó un nuevo punto de partida que produjo cambios profundos, incluso revolucionarios, cuyas consecuencias, buscadas y no buscadas, han sido asombrosas. El Concilio reforzó la autoridad de los obispos locales, introduciendo la ventaja de la cooperación ecuménica con otros cristianos, y dio pie a una opción cada vez más explícita de la Iglesia por los pobres y los oprimidos, lo cual tuvo efectos apreciables en América del Sur y Centroamérica y trajo consigo nuevos y fundamentales alineamientos políticos. Han transcurrido más de quince años desde que Nelson Rockefeller volvió de una gira por América Latina anunciando que no era posible ya confiar en la Iglesia Católica como un aliado de los intereses norteamericanos. En términos más generales, la postura de la Iglesia cambió desde la reticencia, e incluso la franca hostilidad hacia las fuerzas "progresistas" del orbe, a un diálogo cordial y a la cooperación con todos los hombres de buena voluntad.

Ello se ha traducido en resultados mixtos. Antes de su muerte, en 1978, incluso el Papa Paulo VI hablaba del "efluvio de Satán" en el seno de la Iglesia. No ha habido un rebrote de la fe y la práctica católica en Occidente. De hecho, la Iglesia se ha visto virtualmente abatida en algunos países como Holanda, y seriamente dañada en algunas panes del Canadá de habla france-

sa. Sin embargo, la nueva libertad de que disfrutan los católicos de la Europa Central y Oriental, tras la debacle del comunismo, debe anotarse al otro lado de la balanza, tal como su rápida expansión en Afinca (aun así, más lenta que la expansión islámica) y en ciertas regiones de Asia, como en Corea.

El desafío que plantea la secularización en los países avanzados no se limita a la erosión de la práctica religiosa habitual, sino al debate, no siempre adecuado, sobre la verdadera naturaleza del catolicismo. Los católicos angloparlantes han emergido de sus reductos fortificados y, en su anhelo febril de respetabilidad y de riquezas, corren ahora el riesgo de traicionar su legado. Ciertos problemas como la moral sexual, la posible ordenación sacerdotal de mujeres y la admisión de clérigos casados en el rito latino son de importancia crucial, pues atañen a los fundamentos del catolicismo. El reciente instructivo del Vaticano sobre la vocación de los teólogos[7] ha sido interpretado por algunos sectores como un ataque a la libertad académica e incluso como el anhelo de obstruir toda labor teológica creativa. No se trata de eso, ciertamente. Los límites a la libertad académica de quienes se dicen católicos es, desde luego, un tema a considerar. La pregunta fundamental es si debería haber límites reconocibles en la enseñanza católica de la fe y la moral: si debería permitirse a las instituciones católicas navegar a la deriva, con elementos tomados de la corriente principal del protestantismo, hacia el terreno pantanoso de la teología desacralizadora, liberalizada, donde es posible sostener prácticamente cualquier cosa, siempre que se respeten las reglas del debate y no se conceda a Dios un lugar demasiado relevante. Esta opción extrema no se corresponde con el catolicismo y no logrará subsistir, pero la Declaración de Colonia de 1989 (firmada por 163 teólogos disidentes) y otras objeciones similares formuladas por teólogos de varios otros países, incluido Estados Unidos, demuestran que hay en ciernes una larga batalla por delante, ante todo en el ámbito académico. Es probable que todo ello consiga distraer y debilitar a la Iglesia y limitar sus nuevas oportunidades de influir en la esfera pública, en especial en el mundo de habla inglesa. La amarga y nociva disputa en torno a la ordenación de mujeres en las comunidades anglicanas es una sana advertencia contra cualquier afán de emulación.

En esta época de grandes cambios y oportunidades, la Iglesia Católica ha sido excepcionalmente bendecida en la persona del Papa Juan Pablo II.[8] Su asequibilidad durante el medio centenar de viajes misionales a casi todas las

[7] Congregación para la Doctrina de la Fe, *Instruction on the Ecclesial Vocation of the Theologian* (Ciudad del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 1990), p. 28.

[8] Hay, desde ya, una gigante industria biográfica en torno al Papa Juan Pablo II. Las tres obras que aquí se mencionan ejemplifican diferentes enfoques, Paul

naciones del mundo (salvo Rusia y China) ha redundado en que lo haya visto y escuchado, en persona, más gente que a ningún otro hombre en la historia. Con todo, la enorme popularidad de que goza no debe opacar su prestigio real y sus logros. Desde cualquier perspectiva que se le juzgue, ya sea por su sufrimiento personal, sus escritos o sus dones, es uno de los pocos hombres que en dos mil años de historia reúne prácticamente todas las condiciones para ser verdaderamente Vicario de Cristo y líder de 900 millones de católicos. Es el único Papa —posiblemente desde que la Iglesia emergió de las catacumbas con Constantino, el primer Emperador cristiano— que ha sido previamente un trabajador manual. Uno de mis antiguos párrocos solía recordarme que Juan Pablo II consideraba mucho más dignos sus dos años de labor manual en las canteras y en una fábrica que sus dos doctorados. Estudioso del teatro antes de convertirse en seminarista, poeta y dramaturgo él mismo, es una figura pública con múltiples y excepcionales realizaciones.

Timothy Garton Ash ha escrito que la visita papal a Polonia en 1979 fue el hecho aislado más importante en la transformación reciente de la Europa del Este.[9] Estoy convencido de que el intento de asesinar al Papa en 1981 fue consecuencia, precisamente, de la esperanza popular que suscitaba. En el último Sínodo de Obispos en Roma, al cual asistieron por primera vez obispos de muchos países antes sometidos al comunismo, fue conmovedor escuchar el testimonio de los obispos respecto del sufrimiento de sus respectivos pueblos y oírles reconocer el papel fundamental del Papa en las transformaciones acaecidas. Algunos de ellos habían permanecido varios años en prisión. Recuerdo que un semanario italiano de inspiración laica lo motejó entonces de ¡segundo Moisés!

Con todo, al interior de la propia Iglesia, Juan Pablo no es una figura ajena a la controversia. Su determinación en favor del dogma y la moral tradicional, incluida su oposición al control artificial de la natalidad y su

Johnson, *Pope John Paul II and the Catholic Restoration* (Londres: Weindenfeld and Nicolson, 1982), es favorable al Pontífice; Frank Lake, *With Resped: A Doctor's Response to a Healing Pope* (Londres: Darton, Longman and Todd, 1982), lo aprueba con interesantes reservas; Peter Hebblethwaite, *Introducing John Paul II* (Londres: Collins, 1982), es escéptico e incluso hostil.

[9] Véase Timothy Garton Ash, "Eastem Europe: The Year of Truth", *New York Review ofBooks,* 15 de febrero, 1990, p. 17: "Si tuviera que señalar una única fecha del 'principio del fin' en esta historia oculta de la Europa Oriental, diría, quizás: junio de 1979. Puede que sea un juicio 'polacocéntrico' en extremo, pero creo sinceramente que la primera peregrinación del Papa a Polonia fue el momento decisivo".

negativa a consentir el sacerdocio femenino o la ordenación de hombres casados, lo han enfrentado a la opinión de los sectores católicos más liberales.[10] También ha provocado controversia en la esfera sociopolítica su resuelta oposición al sustrato marxista de la Teología de la Liberación. Los muchos años que vivió bajo el comunismo lo sitúan en una posición inmejorable —mejor que la que habría tenido cualquier otro Papa occidental— para insistir en la ayuda que debe brindársele a los más pobres y en la inutilidad, en términos económicos y religiosos, de asimilar el análisis y las ideas marxistas. Esta batalla no ha concluido. Bien puede ser que los últimos marxistas del orbe se hallen entre la *intelligentsia* católica de América del Sur, que todavía insisten, porfiada y aplicadamente, en restarle importancia al fracaso económico del comunismo en todas partes.

El Papa es un hombre de formación universitaria. Antes de su consagración pasó la mayor parte de su vida en las aulas y siguió practicando la docencia durante algunos años después de ser consagrado obispo. No debe sorprendernos, entonces, que haya continuado y ampliado el diálogo entre los órganos del Vaticano y el mundo del saber. El Pontificio Consejo de Justicia y Paz es claro ejemplo de ello, compuesto de veinticinco hombres y mujeres, laicos y religiosos, incluidos algunos obispos y trabajadores sociales, un ex presidente latinoamericano y un sacerdote (que se describe a sí mismo como un viejo amigo de los comunistas), media docena de académicos, incluido un especialista en el tráfico de armas, y el vicepresidente de un banco estadounidense. En noviembre de 1990, el Consejo propició un encuentro de quince destacados economistas occidentales en ética y economía, reunión que el Santo Padre presidió personalmente.

No es preciso insistir en las ventajas de este tipo de trabajo. Sin embargo, merece destacarse que el documento elaborado por el Consejo en torno a la cuestión del endeudamiento internacional ha sido de importancia decisiva para situar el problema financiero en un contexto ético apropiado.[11] Tales actividades simbolizan de manera muy importante la voluntad de la Iglesia de escuchar y aprender, entregando la perspectiva de una tradición viva que sirva de inspiración a especialistas y profesionales en todo lo que atañe al bienestar de la sociedad. En esta nueva situación y habiendo reco-

[10] Clifford Longley, "The New Inquisition of Pope John Paul II", *The Australian*, 26 de julio del 989, p. 15.

[11] Pontificio Consejo de Justicia y Paz, *An Ethical Approach to the International Debt Question* (Ciudad del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 27 de diciembre, 1986).

nocido la importancia de las políticas y planteamientos del Santo Padre ¿cómo podemos reafirmar la vocación cristiana por la justicia social?

Juan Pablo II ha continuado su labor en tal sentido a través de encíclicas como *Laborem exercens, Sollicitudo rei socialis* y, más recientemente, *Centesimus annus.* En esta carta conmemorativa, el Pontífice reconoce que en *Rerum novarum* León XIII había engendrado "un paradigma permanente para la Iglesia" (Nº 5). Inspirado en la historia evangélica del propietario que saca a relucir de su tesoro lo viejo y lo nuevo, Juan Pablo explica que lo viejo del tesoro "es la gran corriente de la tradición de la Iglesia (...) que permite descubrir las 'cosas nuevas', en medio de las cuales transcurre la vida de la Iglesia y del mundo" (Nº 3).

Mientras que *Rerum novarum* hizo su aparición cuando la Iglesia se hallaba replegada en términos políticos e intelectuales, *Centesimus annus* fue escrita sólo unos meses después del colapso del comunismo en Europa y la desintegración del imperio soviético, cuyo propósito original era liberar al mundo de la religión. No debe sorprendemos que Juan Pablo II se explaye en torno a los acontecimientos de 1989. Muchos en Occidente perciben la debacle del comunismo como una consecuencia directa de la ineficiencia económica. El Papa insiste en que las causas de ello son más profundas y complejas, rindiendo un justificado tributo a la defensa eclesiástica de los derechos humanos y al heroico sufrimiento de muchos cristianos y hombres de buena voluntad. Cabe reiterar que el Papa considera que la rebelión de los trabajadores polacos contra la violación de sus derechos y las ineficiencias del sistema económico, liderada por el movimiento "Solidaridad", tuvo un efecto gatillador en el colapso del imperio soviético: un hecho sin precedentes, por su cualidad repentina y la ausencia relativa de violencia con la que ocurrió (Nºs 23-24).

La batalla y la crisis no eran puramente económicas o técnicas, sino en última instancia culturales y espirituales, en la medida en que la Iglesia y los trabajadores se unieron como no lo habían hecho en el continente europeo desde el inicio de la Revolución Industrial: "El punto central de toda cultura lo ocupa la actitud que el hombre asume ante el misterio más grande: el misterio de Dios. Las culturas de las diversas naciones son, en el fondo, otras tantas maneras diversas de plantear la pregunta acerca del sentido de la existencia personal. Cuando esta pregunta es eliminada, se corrompen la cultura y la vida moral de las naciones" (N° 24).

La reciente y equilibrada declaración de los obispos estadounidenses a raíz del centenario de *Rerum novarum* ha captado también la esencia y la dimensión de fe de nuestra labor en pro de la justicia social: "Nuestra fe nos llama a trabajar por la justicia, a servir a quienes lo necesitan, a buscar la

paz y defender la vida, la dignidad y los derechos de nuestros hermanos y hermanas. Este es el llamado de Jesús, el desafío de los profetas y la tradición viva de nuestra Iglesia".[12] Una tradición históricamente caracterizada por sus matizaciones, un matrimonio de los Evangelios con elementos de la *philosophia perennis,* especialmente de Aristóteles y Santo Tomás de Aquino, que la Iglesia hizo suya tiempo ha. Es sumamente improbable que haya cambios radicales en esta postura, aun cuando nuevos acontecimientos y reflexiones la han llevado a un desarrollo continuo.

La vocación cristiana en pro de la justicia social es pane de nuestra tradición religiosa, "una dimensión constitutiva de nuestra respuesta al Evangelio".[13] Mientras que la santidad, como se encarna en San Vicente de Paul, Antoine Frédéric Ozanam, San Juan Bosco o la Madre Teresa de Calcuta, es el punto culminante de la *praxis* social de la Iglesia, "la economía de la salvación" —como ha hecho notar De Laubier— "no excluye una economía social y política eficaz. Incluso otorga una significación a dicha economía".[14] Hay buenas razones que explican por qué la enseñanza social del catolicismo no es una tercera vía entre el comunismo y el capitalismo[15] —entre ellas, y no es la menos relevante, está el hecho de que los postulados económicos del marxismo han perdido credibilidad—, pero la Iglesia ha sido, a la vez, crítica de la dinámica capitalista y ha habido al respecto una insistencia inflexible, si bien oscilante, en ciertas dudas y reservas manifestadas desde León XIII a Juan Pablo II, lo cual debería atenuar los clamores más vociferantes de los adalides del mercado en ésta, su hora de triunfo. La mayoría de las economías más avanzadas, salvo Alemania y Japón, están sumidas en la crisis del endeudamiento, y hemos presenciado hace poco el colapso de importantes entidades financieras en los Estados Unidos, Gran Bretaña y Australia, una caída en el ritmo de la actividad en Japón, el endeudamiento masivo de algunos de los países más prósperos del orbe, la inflación desbocada en América del Sur y los alarmantes quiebres institucionales en África.

Aunque tales limitaciones del capitalismo sean evidentes, tanto para quienes conocen como para quienes no conocen la doctrina social de nuestra Iglesia, no suele concedérseles la debida importancia como una explica-

[12] Obispos Católicos de los Estados Unidos, "Pastoral Message for the Centenary of *Rerum Novarum", Origins,* 22 de noviembre de 1990, p. 394.

[13] Ibídem, p.395.

[14] P. de Laubier, "The Social Doctrine of the Church", texto presentado ante el Pontificio Consejo de Justicia y Paz, Roma, 30 de enero de 1991.

[15] Véase *Sollicitudo rei socialis* (1987), Nº 41.

ción adicional de las continuas reservas de la Iglesia. Ocurre que la mayoría de los gobiernos occidentales se encuentran experimentando sus propias "terceras vías": diversas mezclas de iniciativa privada y control gubernamental. Aspiramos a colaborar con tales experimentos y queremos contribuir a evaluar en qué medida encaman la esperanza cristiana y una civilización del amor. Para ser más concretos, como afirman los obispos estadounidenses, "la prueba moral fundamental para una sociedad es la situación de sus miembros más vulnerables".[16] Nuestras enseñanzas sociales no constituyen un primer paso vacilante de vuelta a la Edad Media, hacia una teocracia de signo clerical, ni se inspiran en la nostalgia de la Edad Media. Por cierto, Juan Pablo II tiene ideas muy precisas sobre los distintos roles del clero y de los laicos en la esfera política (que, al decir de sus críticos, fue dejado de lado en Polonia) y ha prohibido la intervención de los sacerdotes en la vida política, en especial donde hay abundancia de laicos competentes.[17]

Por tales razones, la enseñanza social de la Iglesia apela, ante todo, a la responsabilidad y a la conciencia individuales, más que a ninguna receta de ingeniería social, y considera el problema como una cuestión de principios de la que se puede derivar una multiplicidad de aplicaciones prudenciales. Es una teoría centrada en el ser humano y su dignidad antes que en los esquemas o las instituciones. Los líderes de la Iglesia debieran promover la aceptación de los principios básicos de la moral cristiana, alentar la reflexión seria en torno a la tradición católica de la moral social e incentivar a los legos con convicciones católicas, que operan específicamente en el mundo, a que trabajen para mejorar la situación del hombre. El pluralismo político y económico entre los católicos angloparlantes es, a mi juicio, una necesidad, probablemente tan deseable como inevitable. Puede haber muchos programas diferentes, total o parcialmente inspirados en los valores cristianos, desarrollados de distintas maneras e incluso rivalizando entre sí. La Iglesia Católica no pretende imponer una camisa de fuerza económica o política a sus miembros, pero ha de recordarles las enseñanzas de Cristo acerca de los riesgos que supone la riqueza, de nuestra especial obligación con los pobres y las consecuencias eternas que puede tener el cerrar nuestros corazones y nuestro pecunio a quienes sufren hambre, están desnudos o encarcelados.[18]

[16] Obispos Católicos de los Estados Unidos, "Pastoral Message...", *op. cit.*, p. 395.

[17] Un ejemplo de ello fue la renuncia forzada de Robert F. Drinan, sacerdote jesuita de Massachusetts, al Congreso de los Estados Unidos en 1980.

[18] Se cuenta que en cierta visita de la Madre Teresa de Calcuta a una cárcel, uno de los celadores le preguntó si tenía algún consejo que darles para mejorar las

Puesto que la Iglesia Católica es una religión y no un partido político o una institución de beneficencia social, no debe considerársela una fuente de la que manan ciertas prescripciones políticas o económicas, aunque determinadas opciones como el nazismo y el marxismo estén excluidas de antemano. Dicho esto, debemos conceder que en el pasado, y hasta que las encíclicas *Populorum progressio,* de Paulo VI, y *Centesimus annus,* de Juan Pablo II, rectificaron esta tendencia, la Iglesia se ha preocupado en exceso de la distribución de la riqueza y prestado escasa atención a su creación.

Aunque el Santo Padre insiste en que, incluso tras el fracaso del marxismo, el capitalismo no es el único modelo de desarrollo económico (Nº 35) —reiterando las objeciones papales tradicionales al capitalismo descarnado (Nº 42)—, en especial en los países más pobres (Nº 33), y advierte en contra del consumismo (Nº 36) y el endeudamiento externo excesivo, reconoce a la vez que *"el libre mercado* es el instrumento más eficaz para colocar los recursos y responder eficazmente a las necesidades" (Nº 34).

El problema crucial sigue siendo la relación entre la eficiencia económica y la justicia social. Quizás el clero debiera promover también en los países más pobres una mayor discusión en tomo a las condiciones y precondiciones necesarias para intensificar la actividad económica, al igual que la reflexión en torno a los constreñimientos morales que deben regular el funcionamiento del mercado. Esto no será una tarea fácil, si se considera el aumento de la preponderancia numérica de los no-europeos en el seno de la Iglesia Católica. La abrumadora mayoría de ellos es pobre; la envidia y hostilidad hacia el capitalismo persisten, y el escepticismo respecto de Estados Unidos y Europa parecen ser el punto de partida en la mayoría de los debates sobre estos problemas. Hará falta mucho coraje y sabiduría de parte de los líderes de la Iglesia para contrarrestar esa obsesión infructuosa que atribuye enteramente las culpas económicas a ciertos chivos expiatorios tradicionales, como las multinacionales, o echa mano a formulaciones simplistas como la teoría de la dependencia, que postula que el Sur es pobre porque el Norte es rico.

Tales presiones pueden adquirir una dimensión nueva si llegara a elegirse a un Papa proveniente de alguno de esos países más pobres. Muchos sienten hoy que es sólo cuestión de tiempo hasta que el Papa sea originario de Sudamérica. La razón por la que los pontífices fueron italianos durante

condiciones del penal. Ella contestó recordándole que al maltratar a uno de los reos, era al propio Cristo a quien se estaba maltratando. La respuesta puso término al diálogo, pero resume bellamente las enseñanzas de Cristo contenidas en el Evangelio de Mateo (25, 31-40) acerca de la separación final entre la oveja y las cabras, entre el condenado bueno y el descuidado.

quinientos años fue, en no escasa medida, la división de Italia y su relativa debilidad en el concierto de las naciones. Independientemente de los méritos de los candidatos, es poco probable —incluso puede que imposible— que haya un Papa oriundo de Estados Unidos mientras ese país conserve su posición dominante en la escena mundial.

La doctrina social de la Iglesia Católica puede aportar a las sociedades angloparlantes un contrapeso a las extravagancias de las modas económicas y una cuota de "corrección política". En tales sociedades, de signo pluralista, suele partirse de la base de que la autoridad adscribible a cualquier enseñanza en particular no es nunca concluyente, y que los cristianos han de debatir la utilidad social y la adecuación moral de sus opciones. Los cristianos no van a imponer sus enfoques a los demás, sino que, ejerciendo sus derechos democráticos, trabajarán para que ellos sean aceptados por la mayoría. Y habrá, a la vez, un intercambio en el otro sentido. Los países católicos tienen mucho que aprender, en ciertas áreas, de las naciones de habla inglesa, especialmente en lo que hace a las precondiciones políticas de una sociedad libre y próspera. El gobierno democrático representativo, el sistema legislativo bicameral, el rol constructivo de una oposición fuerte, la independencia de la judicatura, la libertad de prensa y el respeto a los derechos de las minorías pueden no ser apropiados en todos los lugares, pero nos han sido beneficiosos hasta aquí. La tarea primordial del cristiano es la de recordar al hombre la primacía de lo espiritual. En última instancia, una economía eficiente requiere de hombres honorables.

Hace un siglo, al escribir acerca de los Estados Unidos de América, Alexis de Tocqueville sostenía que la democracia y la igualdad "predisponen el corazón a un amor desmesurado por la gratificación material", y que la gran ventaja de la religión es la de "inspirar principios diametralmente opuestos", por sobre las sensaciones y posesiones terrenas.[19] Esto sigue siendo relevante para la Iglesia, y todavía más difícil de conseguir hoy en día, aun cuando se vislumbra una reacción incipiente en contra de la proclama de Gordon Gekko, "la codicia es recomendable", el eslogan de los ochenta. Los católicos y otras fuerzas a favor de la vida habrán de proseguir, por otra parte, su dura batalla para proteger los derechos humanos desde el útero hasta la sepultura. Esta continuará siendo una área crucial, en la que el humanismo cristiano y muchos humanistas laicos concordarán, probablemente, en términos amplios y muy provechosos. La Iglesia necesita delimi-

[19] Alexis de Tocqueville, *Democracy in America* (2 tomos), tomo 2, traducido al inglés por Henry Reeve, Rev. Francis Bowen y Phillips Bradley (Nueva York: Vintage Books, 1990), libro I, capítulo 5, p. 22.

tar claramente hacia dónde nos dirigimos, algo que a menudo quedó obnubilado cuando las fuerzas contrarias a la vida iniciaron su arremetida en pos de las reformas legales.

El Cardenal John O'Connor de Nueva York ha enunciado con meridiana claridad cierta conexión singular: "Yo predigo que el 'derecho a morir' hará que el fenómeno del aborto, en magnitud, cantidad y horror, resulte diminuto. En la medida en que las madres se conviertan en agentes legalizados de la muerte de sus vastagos, los niños se transformarán eventualmente en agentes legalizados de la muerte de sus madres y de sus padres. El derecho legal de estos últimos a defender su vida no será mayor que el derecho que actualmente tienen a proteger la vida de sus hijos aún por nacer".[20] La dureza de esta batalla en particular, aun al interior de la Iglesia Católica, es un costo que habrá que sobrellevar, aunque sea con reticencias.

De igual modo, cualquier programa de justicia social que se lleve a cabo en el mundo de habla inglesa habrá de naufragar si no se hace un esfuerzo constructivo para resaltar y fortalecer la vida familiar. Estos esfuerzos no requieren de mayores justificaciones, pero son, hoy en día, especialmente necesarios a causa de los costos humanos y financieros de las rupturas familiares. Ninguna sociedad civilizada puede permitirse tanta complacencia ante el aumento evidente de un sector marginal lastrado por la guerra de pandillas y los quiebres familiares, los padres solteros y los niños abandonados a su suerte, el alcoholismo y el abuso de las drogas. El espectro de América del Sur, donde algunas estimaciones indican que veinte millones de niños viven en las calles, debiera llevarnos a plantear con coraje que los remedios actuales no están poniendo freno a esa situación, mucho menos revirtiendo el daño. El costo de la epidemia del SIDA es otro factor abrumador. Los que sufren de este flagelo merecen el respeto y cuidado que todo ser humano debe tener, y no resulta difícil suponer que el papel de la Iglesia en este sentido será cada día más importante, a medida que las actitudes públicas ante el fenómeno tiendan a endurecerse. Esto no significa que el gobierno deba propiciar la homosexualidad o que ella sea realzada como una actividad humana apropiada. Ni las relaciones homosexuales ni los acuerdos heterosexuales *de facto* deberían gozar de un *status* legal equivalente al matrimonio, ni el contrato matrimonial debe quedar sujeto a la posibilidad de ruptura con total impunidad.

Nos preocupa con razón el daño que el comportamiento irresponsable pueda infligir a la salud de las personas y al medio ambiente. Igualmente

[20] *New Covenant*, mayo 1989, pp. 23-24.

debería preocuparnos el daño ocasionado al medio ambiente moral, en especial cuando ello afecta a la juventud, no sólo por las horrorosas consecuencias que trae consigo la adicción a las drogas y el alcohol, sino también por los efectos de la violencia y la pornografía. ¿Cuánto tiempo puede sobrevivir una sociedad civil en la que los medios de comunicación difunden continuamente alicientes gráficos que promueven el hedonismo, ofreciendo contenidos pornográficos en los cines y videos y, de modo generalizado, en las gradaciones sutiles, próximas a la pornografía, habitualmente disponibles en programas televisivos de fácil acceso? Antes de convertirse al catolicismo, Malcolm Muggeridge escribió que los buenos cristianos del futuro no tendrán televisor, igual que los buenos cristianos del Imperio Romano no asistían a los torneos en que los gladiadores peleaban hasta darse muerte. En el pasado, la familia, la escuela y la religión proveían de antídotos contra las influencias externas nocivas, pero hoy en día estas tres instituciones están debilitadas, en especial entre los sectores más desvalidos. Toda sociedad requiere de autoridad y tradición, tanto para el ordenamiento y la purificación de la sexualidad, ese "fuego sagrado", como para incentivar a la vez el orden, la autodisciplina y el altruismo. Toda sociedad necesita de Dios.

El Estado habrá de esforzarse aún más para proteger a los débiles de los daños que pueden llegar a sufrir en tales áreas. Bien puede ocurrir que la catástrofe del SIDA —en términos humanos y financieros— se convierta en el factor catalizador. La tarea consistirá ahora en preservar sociedades decentes, tolerantes y pluralistas, evitando caer en la tentación de emplear la represión draconiana y la censura. Hay quienes no consideran tales cuestiones dentro de las preocupaciones tradicionales de la justicia social, pero tal como el acceso a la educación es parte esencial de cualquier intento por alcanzar la justicia en una sociedad avanzada, el respeto profundo por la vida, la familia y la decencia son aspectos esenciales de la existencia civilizada.

Como obispo católico, no considero que mi papel en Australia, y todavía menos en los Estados Unidos, consista en enunciar una serie obligatoria de opciones económicas. Lo mismo estima Juan Pablo II. *Centesimus annus* "no pretende dar juicios definitivos, ya que de por sí no atañe al ámbito específico del Magisterio" (N° 3). La gente precisa de bastante más que de algunas generalidades para poder analizar y actuar, pero la Iglesia no puede imponer opciones económicas, y su diseño y definición corresponden a otros. Con todo, sí suscribo, para consideración y guía de acción, el contenido general de *Rerum novarum,* que sigue ofreciendo un criterio excepcionalmente bueno para juzgar la vida económica. Cuando se fundan en

el servicio auténtico y consistente a favor de los pobres, los dogmas esenciales de la enseñanza social de la Iglesia brindan el marco apropiado para el gobierno y la vida económica.

León XIII puso una vez más a la Iglesia en la dirección correcta. Aunque se mantuvo rigurosamente fiel a la esencia de la fe católica, rompió los débiles lazos que aún la ataban a un orden social desaparecido. Vino a respaldar los esfuerzos que realizaban en forma aislada algunos miembros del clero en el continente europeo, para unir de nuevo a la Iglesia con los trabajadores, que conformaban el proletariado urbano. Este proceso no ha concluido, pero ha generado ya un resultado espectacular en el movimiento polaco "Solidaridad". La aprobación que dio León XIII a los sindicatos fue un factor decisivo para convertirlos en parte integral de la sociedad occidental. El éxito de los sindicatos fue, a la vez, una razón importante del fracaso de la predicción de Marx respecto del empobrecimiento creciente de la clase trabajadora en las sociedades capitalistas.

Hoy podemos continuar la fructífera labor de León XIII. El catolicismo es una fuente permanente de autoridad y tradición, un faro en nuestra sociedad pluralista. El Estado moderno, secular y de inspiración liberal, requiere de la cristiandad para transmitir esperanza, inspirar una vocación de servicio y alentar la autocontención. Por esto, me complace dejar la última palabra a un periodista londinense, quien, al comentar *Centesimus annus*, escribió lo siguiente:

> Puede que otros lean en ella toda suerte de matizaciones eclesiásticas excluyentes entre sí, o se burlen de los esfuerzos que hacen los publicistas del Vaticano para difundir esta encíclica. No siendo católico, prefiero pensar que las palabras de Juan Pablo II son auténticas. La intolerancia religiosa puede revestir un carácter sangriento, como bien lo han demostrado los acontecimientos en el Medio Oriente; pero la ausencia de toda religión es, como lo vislumbró John Lennon, una perspectiva aterradora. Haría que la humanidad, armada hasta los dientes, regresara a un estado salvaje. Todos necesitamos del Papa y sus encíclicas. De no existir nada de ello, sería preciso inventarlo.[21] □

[21] Joe Rogaly, *The Financial Times*, Londres, 3 de mayo de 1991, p.15.

CONFERENCIA

ETICA Y ECONOMÍA DE EMPRESA*

Monseñor Jorge M. Mejía

Monseñor Jorge M. Mejía se propone explicar en estas páginas los términos "ética", y "economía de empresa", exponiendo la relación que los une. Subraya, así, que la actividad económica, reconocida en su específica autonomía y complejidad (como lo hace *Centesimus annus),* no sólo tolera sino que requiere ser regulada y animada por una ética fundada en la libertad y en la verdad. Porque ambas, la libertad y la verdad del hombre, están inseparablemente unidas.

La libertad, reitera Monseñor Mejía, es un concepto principalmente ético, es decir, se ejerce y afirma en el campo de los valores. Y si se la precisa en el campo de la economía, es "porque allí responde a un derecho inalienable de la persona humana, cual es el derecho a la propia realización y al uso de los medios que a ella conducen". Este derecho, a la vez, se inserta en el complejo sistema de derechos y deberes que definen la realidad y la estructura del ser humano.

En consecuencia, la libertad de iniciativa económica depende y se refiere siempre a la "verdad del hombre", que es "cuerpo, alma y espíritu, individuo y sociedad, cultura y trascendencia". Así, advierte monseñor Mejía, el famoso párrafo 42 de *Centesimus annus* emplea este concepto de libertad, con la doble referencia ética y religiosa,

MONSEÑOR JORGE MARÍA MEJÍA. Nació en Buenos Aires, Argentina, el año 1923; fue ordenado sacerdote en 1945 y consagrado obispo en 1986. Actualmente es vicepresidente del Pontificio Consejo de Justicia y Paz. Es consultor, a la vez, del Pontificio Consejo para los Laicos y del Pontificio Consejo para la Unidad de los Cristianos.

*Conferencia pronunciada en Santiago de Chile, en el marco del seminario "Etica y economía de empresa", organizado por la Fundación Juan Pablo II el 26 de agosto de 1992.

como criterio para discriminar entre un capitalismo positivo y uno negativo.

En cuanto a la empresa moderna, haciendo hincapié en que ella es una "comunidad de personas" —compuesta por personas para servir a personas en un contexto de personas—, se vuelve nuevamente al tema de la libertad, para señalar que los límites del mercado son también los límites de la empresa. Las exigencias éticas, concluye monseñor Mejía, indican pues que "no todo puede ser producido y vendido, ni todo es igualmente prioritario, es decir, indiferente".

Como el tema general de este Seminario, al cual he tenido el honor de ser invitado y del que espero aprovechar mucho, se enuncia así: "Etica y economía de empresa", me ha parecido oportuno en esta breve presentación introductoria explicar primero el sentido de cada uno de los términos del título, como creo que se los debe entender, para exponer al mismo tiempo la relación que los une.

El punto de referencia del Seminario, como es lógico y necesario, es la encíclica *Centesimus annus*, primer documento de la enseñanza social de la Iglesia que se propone presentar una elaboración suficientemente completa sobre el tema *mercado y empresa*, y ello, obviamente, desde el punto de vista ético y de una ética evangélica.

Si bien no sería exacto decir que es la primera vez que el Magisterio Pontificio se ocupa de la empresa (y la publicación del P. Laurent y Emanuel Jahan, *Les Eglises face à l'enterprise* [París, Centurion, 1991], aparecida en marzo del año pasado, justo antes de *Centesimus annus*, lo prueba *ad abundantiam)*, es verdad que en esta última encíclica la empresa, como instrumento privilegiado de producción, es analizada bajo todos sus aspectos: no sólo éticos sino también económicos; no sólo genéricos, y por así decirlo apriorísticos, sino concretos y actuales.

Habrá, por consiguiente, que leer y releer *Centesimus annus*, sin preconceptos de un color o de otro, siguiendo las reglas usuales de hermenéutica de los textos papales, a fin de dejarse enseñar por *ella*, y no tanto enseñar a propósito y con ocasión de ella. Exégesis y no eisegesis es lo que se pretende; y es lo que yo querría hacer en lo que sigue, a fin de aprovechar toda la riqueza de un texto papal que se sitúa ciertamente en una corriente de tradición, como el texto mismo nota (el centenario de *Rerum novarum),* pero que en esa tradición marca una época: *nova et vetera*, como dice el número 3 de la encíclica, citando la conclusión del discurso parabólico en el Evangelio de Mateo (13, 52).

La ética

Hoy todo el mundo habla de ética. Dicho de manera negativa: ¿quién osaría defender hoy, en principio, aun en medios de extremo liberalismo (por no hablar del marxismo de capa caída), que la economía nada tiene que ver con la ética, que se rige por sus propios principios y leyes, y que si hay valores implicados ellos serían, a lo sumo, el respeto del séptimo mandamiento: no robar, o sea, respetar la propiedad privada? Y esto ya es algo, siempre que la propiedad se entienda en el recto sentido, y la motivación para respetarla sea la verdadera, como enseguida diré.

Surgen así, por todas partes, cátedras e institutos de ética económica, o de ética de empresa, o (como se dice en jerga técnica, ya internacional): *business ethics.*

La cuestión es de qué ética se trata. Porque a veces se oye decir, incluso en seminarios como éste, que la ética que se quiere promover es un factor necesario, por decirlo así, de la eficiencia económica. Es decir, si quieres que tu empresa progrese y produzca dividendos, respeta las reglas del juego. O bien: sé tú laborioso y sobrio y tu empresa marchará bien. Todos nos acordamos (pienso), en este punto, de las consideraciones weberianas sobre la relación entre protestantismo y capitalismo o eficacia económica. Digo claramente que, al menos en una perspectiva histórica, esta relación de ecuación me ha parecido siempre singularmente superficial. Cuando los monjes cistercienses reformaban y definitivamente orientaban la economía agraria de media Europa, no eran por ello menos católicos.

Sea como fuere, si es verdad que hay una relación entre virtudes, por así llamarlas, laborales —sobriedad, ahorro, puntualidad y diligencia en el trabajo— y eficiencia económica, la relación permanece todavía bastante externa; afecta, en realidad, no tanto a la actividad económica en sí misma, cuanto a la persona que la ejerce.

Por otra parte, la motivación de esta clase de ética no es, a decir verdad, una motivación propiamente ética. Si, en efecto, se observan ciertas normas de conducta personal porque así la empresa o el negocio han de prosperar, no se ha alcanzado todavía el verdadero nivel correspondiente a la dignidad de las acciones humanas como tales. El bien y el mal no se siguen o se rechazan porque convenga en lo personal, o a la tarea que se desempeña, sino porque simplemente lo uno es el bien y lo otro es el mal. Y así, aunque al seguir el bien y rechazar el mal el sujeto actuante pudiera sufrir o sufriera detrimento, lo mismo habría que hacerlo. Se falsearía la concurrencia, pues, si el empresario dejara de respetar las leyes justas sobre los impuestos porque ello no conviene a su proyecto económico o porque

otros no lo hacen. Y se pueden poner muchos otros ejemplos similares que muestra la vida cotidiana. Pensemos en los pretextos que ahora se aducen para explicar por qué se cede a la corrupción de tal o cual administración pública.

Se requiere, entonces, una ética que no sea de mera conveniencia y, por lo tanto, edificada sobre arena. Se precisa una ética que regule desde dentro la actividad económica, y no solamente desde fuera.

Esto supone, y quiero decirlo explícitamente, que esta actividad es reconocida primero en su propia y específica autonomía y en su creciente complejidad; y no reducida a un esquema apriorístico desencarnado, en el cual ningún empresario se reconoce. Uno de los méritos de *Centesimus annus* estriba en que esta autonomía, incluso en su complejidad tan especial, es reconocida y aceptada. Por eso, sin duda, los economistas —según he podido comprobar personalmente— y los operadores económicos se reencuentran en ella.

Ahora bien, precisamente esta autonomía y esta complejidad específica de la actividad empresaria, parte o caso particular a su vez de la autonomía y complejidad de la vida económica de nuestras sociedades actuales, no sólo soporta o tolera una regulación ética digna de ese nombre, sino que *la requiere.*

No se trata, en verdad, de encanalar solamente o de poner frenos o diques a la actividad empresaria, sino de *animarla* en su tarea propia. La moral no es un *garde-fou,* una camisa de fuerza, sino un camino que se recorre libremente, aun cuando sea un camino estrecho y empinado. Porque nadie ha dicho que sea fácil.

Una ética que no sea de mera conveniencia y que no se contente con regular desde fuera y a fuerza de imperativos categóricos la actividad económica o, *tout court,* la *actividad humana,* es una ética en la *verdad* y en la *libertad,* la una inseparablemente fundada en la otra. Y aquí no necesito presentar la lista de la serie de párrafos en que *Centesimus annus* vuelve sobre esta intrínseca relación de la libertad con la verdad, desde casi el principio (Nº 4), hasta prácticamente el fin, en el discurso sobre la democracia (Nº46).

Como estos textos no siempre son objeto de la debida atención, cito brevemente los dos a que acabo de aludir. En el Nº 4 nos dice lapidariamente: "¿[D]e dónde derivan todos los males frente a los cuales quiere reaccionar la *Rerum novarían,* sino de una libertad que, en la esfera de la actividad económica y social, se separa de la verdad del hombre?". Y en el N° 46 añade: "La libertad es valorizada en pleno solamente por la aceptación de la

verdad", y continúa: "En un mundo sin verdad, la libertad pierde su consistencia".

¿Qué quiere decir esto para nuestro discurso actual sobre ética y economía de empresa? El papel de la *libertad* parece claro: y si yo preguntara a los empresarios aquí presentes cuál es la condición necesaria de la propia actividad económica, responderían sin vacilar la libertad. La experiencia catastrófica del socialismo real está muy viva, además, en las memorias como para dudar que una economía dirigida y/o burocratizada es una economía que se autodevora y que, en lugar de producir, tarde o temprano se destruye a sí misma. Cuando producía algo, como el complejo militar-industrial de la ex Unión Soviética, lo producía —se puede decir— *a pesar* del sistema. En esto, creo, hoy estamos todos de acuerdo, no obstante los accesos de dirigismo que pueden aparecer todavía aquí y allá.

Una vez más, sin embargo, es necesario esclarecer los términos.

La libertad no es primariamente un concepto económico, ni su realización preferencial pertenece al campo de la economía.

La libertad *humana* es un concepto ético, y por consiguiente se ejerce y se afirma en el campo de los valores; y si se la requiere en el campo de la economía, es ante todo porque allí responde a un derecho inalienable de la persona humana que responde a su vez a la "verdad del hombre", para usar la misma expresión del Papa, citada más arriba. El derecho en cuestión es el derecho a la propia realización y al uso de los medios que a ella conducen, el derecho "a la iniciativa económica", en términos de la encíclica *Sollicitudo rei socialis* (N° 15) y de *Centesimus annus.*

Este derecho es tanto más valorado hoy, cuanto no sólo la caída del socialismo real sino también el amplio campo que se abre a la actividad económica —en función de la intensificación de los conocimientos científicos y de la renovación de las tecnologías— invita a las personas a poner por obra su imaginación y sus capacidades.

Pero el mismo derecho a la iniciativa económica se inserta en el complejo sistema de derechos y deberes que definen la realidad y la estructura del ser humano; es decir, de nuevo, "la verdad del hombre".

¿Qué significa esto, concretamente? Una libertad de iniciativa económica que fuera fin en sí y no tuviera en cuenta la totalidad de la compleja realidad humana —cuerpo, alma y espíritu, individuo y sociedad, y destino eterno hasta encontrarse con Dios—, se niega a sí misma y deja de tener un valor ético. Es una libertad no sólo al margen sino (a menudo, al menos) contra la verdad.

El único valor —o el valor supremo— no es, en efecto, la actividad económica, o aquello a lo cual ella tiende, la producción siempre renovada

de bienes y servicios y la ganancia que de ella deriva, y que es, por cierto, buscada y querida por quien produce.

Estos son valores, y estoy dispuesto a decir valores importantes, en sociedades como las nuestras, donde el ciclo trabajo-producción-ganancia-reinversión es como la estructura portante de la sociedad misma. El Papa lo admite sin reservas en *Centesimus annus* (cf. por ejemplo, el Nº 35 para la ganancia), como en otros textos.

Pero el hombre es más que eso, y la vida económica, por necesaria y absorbente que sea, no es toda la vida humana.

De nuevo, no se trata solamente de las virtudes "laborales" personales del *homo oeconomicus*, sino de "la verdad del hombre", a la cual se refiere y de la cual depende la libertad de iniciativa económica.

Quisiera explicar esto de la manera más clara posible, a fin de evitar equívocos y paralogismos.

Decía que el hombre es cuerpo, alma y espíritu, individuo y sociedad, cultura y trascendencia. En esta área de realidades humanas se inserta la iniciativa económica; y, en general, toda la actividad en ese orden. Y, por consiguiente, también la ética económica.

Esto quiere decir que la economía y el sujeto o los sujetos que la ejercen tienen que tener en cuenta la propia dimensión espiritual, el contexto familiar, el prójimo, la sociedad y el destino eterno, es decir, Dios. Y tal necesidad no se satisface solamente, como he dicho más arriba, con la mera práctica de las virtudes del trabajo. La actividad económica en su propia realidad intrínseca se ve así afectada: no puede tomar al hombre (o a la mujer) tan plena, tan radicalmente que su vida interior, su familia, los otros, el mundo en el cual vive, las necesidades presentes y futuras de la sociedad, queden al margen, como tantas hojas secas.

Todo esto tiene, además, valor *normativo*, y no solamente contextual. Es decir: no se trata de algo que está solamente, o existe, y uno no tiene más remedio que adaptarse, mientras no se presente una salida mejor. Al contrario, ello determina la propia actividad, las propias decisiones, las prioridades, al igual que —si no en mayor medida— las exigencias técnicas internas.

Por eso dice *Centesimus annus* (Nº 36), o sea el Papa, en primera persona: "Me refiero al hecho de que también la opción de invertir en un lugar y no en otro, en un sector productivo en vez de otro, es siempre una *opción moral* y *cultural*. Y continúa: "Dadas ciertas condiciones económicas, y de estabilidad política absolutamente imprescindibles, la decisión de invertir, esto es, de ofrecer a un pueblo la ocasión de dar valor al propio trabajo, está asimismo determinada por una actitud de querer ayudar y por la confianza en la Providencia, lo cual muestra las cualidades humanas de

quien decide". Hasta aquí el Papa. En el fondo, no he hecho más que interpretar este párrafo, lo que he citado y lo que no he citado.

¿Limita esto la libertad? Se puede decir que sí y que no. Que *sí,* porque le pone límites; que *no,* porque al limitarla paradójicamente la libera.

Todo depende de cómo se concibe la libertad. Si se la concibe como un absoluto en sí, sin más norma que la posibilidad de elegir lo que convenga o aproveche en un momento dado, no hay nada que objetar: lo dicho la limita, obviamente sin suprimirla. Siempre se puede decir que no y hacer como si no existiera Dios ni los otros hombres ni, en el fondo, la verdad auténtica de uno mismo.

Pero sabemos cómo esto encadena la libertad, y cómo la experiencia de cada uno de nosotros, como la describe admirablemente San Pablo, o sea, la Palabra de Dios, en el cap. 7 de la Carta a los romanos, es la de una libertad *encadenada.* Más la consideramos absoluta, más se la encuentra sometida. Solamente la "verdad", dice el Señor en el Evangelio según San Juan (8, 32), es decir, El mismo, nos "hará libres".

¿Y el Estado? ¿Qué hacemos del Estado?, se puede preguntar a esta altura. Porque la traba a la libertad que encuentra en el camino el operador económico o el empresario no es tanto la moral, sino la ley, el intervencionismo, el dirigismo.

En efecto, la moral se puede ignorar, aunque vuelva después por sus fueros. El Estado está allí y no se lo puede soslayar.

Bien conscientemente, recién ahora he pronunciado la palabra Estado, que a muchos operadores económicos (no sin razón) pone los nervios de punta. He hablado de sociedad, y del necesario contexto social donde el hombre ejerce su actividad económica, que es otra cosa. La sociedad es intrínsecamente normativa; y añado ahora, para salir del círculo estrecho de un país, la sociedad nacional y la *internacional.*

El Estado es el responsable del bien común de la sociedad y el gestor del mismo, pero sólo en nombre y en función de la sociedad. Y, a este título, es el protector y el garante de la libertad de todos, especialmente de los más débiles, y de todas las libertades, comprendida la económica. No puede, así, dejar que unas libertades ahoguen otras, ni que el libre ejercicio de algunas reduzca a otras a la impotencia. El discernimiento y la dosificación de esta proporción de libertades, que se llama justicia social, son delicados y difíciles. Nadie lo niega; y variarán según las épocas y las sociedades. Pero no se los puede suprimir, si la vida social no ha de convertirse en una selva, donde cada cual hace de lobo para el prójimo. El precio a pagar es un control estricto del Estado por parte de la sociedad, que por eso debe ser democrática y participativa, si quiere estar a la altura de las propias libertades.

Este continuo diálogo entre sociedad y Estado ¿limita la libertad? Digamos mejor que le señala un cauce, incluso a la libertad de iniciativa económica.

Así lo dice Juan Pablo II en *Centesimus annus,* en el Nº 42 que se ha vuelto famoso, aunque rara vez se lo lee y comenta íntegramente. Se trata de la calificación que se debe dar al "capitalismo" (entre comillas en el texto). Hay una posible calificación positiva y otra negativa.

La primera dice: "Si por 'capitalismo' se entiende un sistema económico que reconoce el papel fundamental y positivo de la empresa, del mercado, de la propiedad privada y de la consiguiente responsabilidad para con los medios de producción, de la libre creatividad humana en el sector de la economía, la respuesta ciertamente es positiva, aunque quizá sería más apropiado hablar de 'economía de mercado' (...)".

Y sigue con la segunda calificación, negativa: "Pero si por 'capitalismo' se entiende un sistema en el cual la libertad, en el ámbito económico, no está encuadrada en un sólido contexto jurídico que la ponga al servicio de la libertad humana integral y la considere como una particular dimensión de la misma, cuyo centro es ético y religioso, entonces la respuesta es absolutamente negativa".

El criterio de discriminación es, entonces, como he querido mostrar en lo que precede, la concepción de la libertad, con la doble referencia ética y religiosa.

Se reconocerá que también yo he procurado mantener desde el principio el enraizamiento religioso de la ética o, empleando el término usado más arriba, la motivación religiosa.

Una vez más, *religiosamente* ético no es solamente el hombre (o la mujer) que ejerce la actividad económica, como si aquello fuera incidental respecto de esto, como si se pudiera ser "religioso" y "ético" realizando una actividad económica o dirigiendo una empresa éticamente "neutra". Lo religioso y lo ético abarcan y orientan la creatividad económica misma, siendo ella la vocación de esas personas, que las lleva a Dios y al prójimo o de ellos las aleja. Por eso, la ética del cristiano (y del empresario cristiano) no puede ser sino evangélica. Es decir, no puede ignorar a los pobres y la pobreza.

La empresa

Y paso a la *empresa,* mencionada por Juan Pablo II en el párrafo recién citado.

Aquí será más fácil entenderse en los términos. Más bien, uno debería preguntar a los empresarios presentes si se reconocen y encuentran en las

varias referencias que el Papa hace sobre esta central realidad económica a lo largo de *Centesimus annus,* donde se desarrolla —puede afirmarse— toda una concepción de la empresa.

No la voy a repetir aquí. Me limitaré únicamente a dos o tres aspectos, que pueden ser ampliados en la discusión que sigue.

Si empresa y libre mercado no son necesariamente correlativos, porque el libre mercado ha podido existir (y, en parte, existe todavía en lo que se llama la economía "sumergida") sin la empresa, esta última no puede existir verdaderamente sin la libertad de mercado.

Volvemos, por consiguiente, al tema de la libertad. Quema solamente añadir ahora que los límites del mercado son también los límites de la empresa. No todo se puede comprar y vender; no todo se debe producir, aunque se pueda. No todo se rige por las solas leyes del mercado.

En el famoso Nº 34 de *Centesimus annus,* donde se afirma que "da la impresión de que, tanto a nivel de Naciones, como de relaciones internacionales, el *libre mercado* sea el instrumento más eficaz para colocar los recursos y responder eficazmente a las necesidades", se dice enseguida que "esto vale *sólo para aquellas necesidades que son 'solventables', con poder adquisitivo, y para aquellos recursos que son 'vendibles', esto es,* capaces de *alcanzar* un precio conveniente". Y continúa el texto: "Pero existen numerosas necesidades humanas que no tienen salida en el mercado"; para concluir "Es un estricto deber de justicia y de verdad impedir que queden sin satisfacer las necesidades humanas fundamentales y que perezcan los hombres oprimidos por ellas".

Aquí también el lenguaje es, por un lado, descriptivo, y acoge las realidades económicas en el valor propio que hoy se les atribuye; por el otro, es normativo y señala los límites más allá de los cuales el mercado no puede jugar y tampoco, por consiguiente, la libre actividad económica, caracterizada por la empresa, aunque no reducida a ella, como enseguida se verá.

Si aplicamos estas consideraciones éticas (porque normativas) a la empresa, me parece que se pueden deducir dos consecuencias: una interna, concerniente a la constitución y el funcionamiento de la empresa; la otra atañe a su ámbito operativo.

La primera se refiere a las *personas.* Las empresas modernas, aún sofisticadas como son, y a veces parte de un inmenso juego financiero que parece despersonalizarlas del todo, están compuestas por *personas,* para servir a *personas, en* un contexto de *personas.*

La verdadera ecuación no es: capital más técnica más mercado más obreros, empleados y dirigentes; sino exactamente a la inversa: personas

más mercado más técnica más capital. No insistiría demasiado en el orden de los demás factores, pero sí en el primero (o el último, en la otra hipótesis), o sea, las personas.

En esta doble enumeración las he reducido a quienes llevan la empresa adelante, pero no hay que olvidar a todas las demás, para quienes la empresa trabaja y a quienes tiene en cuenta el párrafo recién citado de *Centesimus annus* (N° 34).

Aún ahora la empresa es una "comunidad de personas", como la Iglesia siempre ha enseñado y la última encíclica reitera. No entendamos esto de manera minimista o meramente sentimental.

Las personas, dice *Centesimus annus* en otro texto memorable (Nº 32), son "el factor decisivo" de producción; es decir: "[S]u capacidad de conocimiento, que se pone de manifiesto mediante el saber científico, y su capacidad de organización solidaria, así como la de intuir y satisfacer las necesidades de los demás". Léase, el "empresario", pero sin olvidar a los destinatarios de los bienes producidos (aquéllos cuyas necesidades se intenta satisfacer) y a aquellas personas gracias a cuyo esfuerzo cotidiano la empresa funciona, o sea, los trabajadores y empleados.

Estos, porque son personas, no pueden ser vendidos ni comprados. Ellos no pertenecen al "mercado", a pesar de la expresión que a veces se usa para designarlos. Viven de la empresa, pero la empresa vive de ellos. Esta no les "roba" su plusvalía, como enseñaba Marx, si al pagarles un salario los incorpora a la producción como el primer factor determinante y, en realidad, humanizante de la misma.

De aquí se deduce también —siempre al interior de la empresa— el sentido y la justificación de la ganancia. Ya aludí a ese texto capital de *Centesimus annus* (Nº 35) que todos conocemos y del cual leo solamente las últimas frases: "Es posible que los balances económicos sean correctos y que al mismo tiempo los hombres, que constituyen el patrimonio más valioso de la empresa, sean humillados y ofendidos en su dignidad. Además de ser moralmente inadmisible, esto no puede menos de tener reflejos negativos para el futuro, hasta para la eficiencia económica de la empresa", porque (añado) tiende a destruirla como comunidad de personas.

Consecuencias, decía hace un momento, para el interior de la empresa. Consecuencias también para su función de "intuir y satisfacer" las necesidades de las personas.

Las exigencias éticas indican que no todo puede ser producido y vendido, ni todo es igualmente prioritario, es decir, indiferente. Esto sólo podría ser así si el beneficio fuera no "un elemento regulador de la vida de la empresa" (en frase de Juan Pablo II, 1, c.) sino el único. Entonces, sin

duda, lo mismo da producir armas que alimentos, o artículos suntuarios que de primera necesidad, por no hablar de aquellos productos que no sirven sino para el mal, como la droga y otros.

No quiero hacer una casuística y menos aún trazar una lista de productos lícitos o ilícitos. Mi intención es mostrar que, en una economía de libertad, la libertad no puede servir, como enseña San Pedro (1 Pe 2, 16), de pretexto para el desenfreno (que existe también en economía), sino que se realiza reconociendo y aceptando sus límites.

Me queda por mencionar otros dos aspectos de la economía de empresa que *Centesimus annus* no se propuso tocar, aunque están muy presentes en la vida económica actual. Es claro que las encíclicas no pueden decir todo, ni siempre deben decirlo todo. Está, además, la elaboración de la Doctrina Social de la Iglesia por parte de aquellos que se ocupan de ella o de quienes la aplican, como los empresarios.

Los enuncio solamente, para dejar el debate abierto y subrayar de paso su pertinencia directa al ámbito de la ética de valores, sin olvidar la ética evangélica.

Se trata de la *concurrencia* con sus reglas y sus peligros. Y se trata también, y no sin relación con lo anterior, de lo que se llama (bárbaramente) la "financiarización" de la economía: la aparente desviación del eje de la actividad económica desde la producción al mercado financiero mundializado, calificado de improductivo, y el consiguiente ingreso, más o menos definitivo, de los capitales de las empresas en este mercado, con todo lo que ello puede implicar para las personas. Todos sabemos lo que una OPA (opción preferencial de compra) "salvaje" puede representar no sólo para los trabajadores, sino para los accionistas y los destinatarios de una actividad productiva. Y, a nivel mundial, son quizás fenómenos como éstos (o como el *inside trading)* los que pueden haber hecho sentir más vivamente la necesidad de la ética en el campo económico.

Pero no es solamente entonces cuando se requiere a la ética; cuando, a saber, la libertad puede haberse realmente devorado a sí misma —según decía más arriba—, sino en la simple cotidianidad de la vida de hombres y mujeres que queremos concurrir a la construcción de "una sociedad basada en el trabajo libre, en la empresa y en la participación" *(Centesimus annus*, N° 35). Una sociedad, en suma, donde reine la libertad, como Dios nos la ha dado y Cristo nos la ha restituido.□

CONFERENCIA

JUAN PABLO II: LA NUEVA ETICA DE LA EMPRESA*

Michael Novak

Junto con reiterar que la Iglesia no tiene modelos económicos que proponer, el autor señala que en esta encíclica Juan Pablo II reconoce explícitamente la "positividad del mercado y de la empresa", destacando en "la moderna economía de empresa" tres rasgos esenciales: creatividad, comunidad y virtud. En cuanto al primero, la encíclica hace hincapié en la vocación creativa del hombre, el que creado a imagen de Dios debe cooperar en llevar la Creación a su perfección, y subraya que el origen de la riqueza está en el capital "intelectual" o el conocimiento. Así, acota Novak, no es accidental que el capitalismo se haya desarrollado primero en una región hondamente influida por el judaismo y el cristianismo.

Respecto de la comunidad, se observa que el sistema empresarial moderno está, en rigor, envuelto desde todo punto de vista en una

MICHAEL NOVAK. Teólogo. Director de Estudios Políticos y Sociales del American Enterprise Institute (AEI), en Washington D.C. De su vasta obra pueden mencionarse los siguientes títulos: *The Spirit of Democratic Capitalism* (AEI, Simon & Schuster, 1982); *Free Persons and the Common Good* (Lanham: Madison Books, 1989) y su libro más reciente, *The Hemisphere of Liberty* (Washington D. C: AEI, 1990). *Estudios Públicos* ha publicado varios ensayos suyos, entre ellos: "Estructuras de verdad, estructuras de pecado"; "Las virtudes de la empresa: Reflexiones sobre la comunidad y la persona"; "Si Santo Tomás estuviera vivo hoy..."; "El capitalismo correctamente entendido: La visión del humanismo cristiano", en los números 31, 35, 43 y 48, respectivamente.

* Traducción de la conferencia pronunciada en Santiago de Chile en el marco del seminario "Etica y economía de empresa" organizado por la Fundación Juan Pablo II el 26 de agosto de 1992.

construcción de comunidad. El capitalismo —destaca Novak— no estriba por consiguiente en el individualismo, sino en una forma creativa de comunidad en la que trabajar es "trabajar con otros y trabajar para otros", siendo el servicio a los demás la finalidad ética y económica de la empresa.

Finalmente, en relación a las virtudes comprometidas en el quehacer económico —diligencia, laboriosidad, prudencia, fiabilidad, lealtad, resolución de ánimo—, Novak señala que a diferencia de Max Weber, quien vio en dichas virtudes, y por tanto en los orígenes del capitalismo, una actitud negativa del protestantismo frente a la Creación, Juan Pablo II, en cambio, las sitúa positivamente en el contexto de la Creación y "a la luz de la imagen de Dios impresa en la naturaleza del hombre".

I.

Tras el colapso del socialismo real en su principal zona de influencia, el atractivo de esta doctrina se ha visto gravemente erosionado. Los botones de propaganda y los carnés de afiliación de los intelectuales socialistas han estado cayendo en todo el mundo como hojas de árboles en otoño. Sin embargo, este súbito derrumbe no supone la victoria del capitalismo, pues por su naturaleza misma, este último no es el tipo de sistema que pudiera describirse como triunfante. En parte, de hecho, sus orígenes están enraizados en la experiencia de la contingencia, la imperfección y el pecado del hombre. De ahí que, aun cuando su impulso positivo depende del grado de virtud, comunidad y creatividad humana que subsiste a las heridas infligidas por el pecado, el punto de vista capitalista es contrario a las utopías. Lejos de perseguir la victoria, éste procura ser realista y permanecer abierto a las rectificaciones que proceden de la experiencia humana. Si bien el capitalismo está expuesto a sufrir distorsiones, no constituye en sí una ideología sino un esfuerzo por alcanzar una sabiduría práctica certera y sujeta a verificación.[1]

[1] La ciencia económica es del todo diferente, por decirlo así, de la filosofía del capitalismo. La primera, como ciencia inserta en el molde moderno, aspira a ser tan objetiva, neutral y libre de valores como la física. La dificultad radica en que el comportamiento económico de los seres humanos no está, y no puede estar, exento de valores. Hasta este punto la economía como ciencia se encuentra intrínsecamente y por naturaleza algo apartada de la realidad concreta. Este distanciamiento con la realidad explica, en parte, por qué los economistas, en cuanto tales, suelen equivocarse en sus predicciones económicas. Los hombres pragmáticos aprenden pronto a

Por cierto, no es correcto hablar de un capitalismo triunfante en el mundo de hoy; sin embargo, no nos equivocamos cuando decimos que las encarnizadas batallas, el derramamiento de sangre y las furiosas disputas del siglo XX han enseñado a la humanidad algunas lecciones importantes sobre el socialismo y las economías precapitalistas del Tercer Mundo. Pese a no conducir a una utopía, el capitalismo es mucho más favorable para los pobres que el socialismo o las economías tercermundistas de Latinoamérica, África y Asia. En tanto el objetivo de un sistema económico sea mejorar la condición de vida de los más desvalidos, la experiencia demuestra que los resultados del capitalismo son mejores que los de cualquiera de sus dos adversarios principales. Ello, a pesar de sus defectos y del ataque emprendido en su contra por intelectuales de izquierda y de derecha a lo largo ya de un siglo. Si bien el capitalismo no es una doctrina triunfante, al menos ha sobrevivido a las terribles pruebas del siglo XX en mejores condiciones morales que sus antagonistas.

No obstante lo anterior, puesto que se relaciona de una manera tan directa con el pecado y la virtud de los seres humanos, la práctica cotidiana de las instituciones capitalistas está sujeta a ambigüedades y confusiones éticas. El capitalismo, en sus presupuestos antropológicos, difiere tanto del socialismo como de las cosmovisiones de las sociedades precapitalistas del Tercer Mundo. Los socialistas sustentan una concepción errónea en lo que toca a la inocencia, la virtud y la perfectibilidad de los seres humanos. A su vez, los dirigentes de corte tradicionalista y precapitalista del Tercer Mundo son bastante escéptícos respecto de los seres humanos: no creen que los hombres y las mujeres comunes, especialmente si son pobres o iletrados, puedan vivir libre y responsablemente sin la tutela de dictadores y élites gobernantes. Evitando caer en esos extremos, las instituciones capitalistas se basan en el abierto reconocimiento de la ambigüedad radical de la naturaleza humana, simultáneamente pecadora y redimida.

No hay en nuestros tiempos mejor demostración de realismo en el orden político y económico que la encíclica *Centesimus annus,* particularmente en sus números 32 y 42. Considerados en conjunto, esos párrafos permiten comprender, con mayor claridad que cualquier otro documento escrito hasta ahora por algún teólogo u organismo eclesiástico, la situación

aceptar con cautela las proyecciones económicas. Es más, los economistas se refieren a su propia disciplina como "la ciencia funesta", reconociendo las ambigüedades, las imperfecciones y las soluciones de transacción en las materias que tratan. En este sentido, incluso la ciencia económica es contraria a las utopías. Razón de más para que también lo sean los hombres y las mujeres en el ámbito de la práctica empresarial.

ética de los hombres abocados a la actividad empresarial. Mi objetivo es presentar los textos más importantes de estos dos números, que contienen los pilares de una ética de la empresa en el mundo de hoy.

Número 42: El sistema trilateral

En el número 42 Juan Pablo II expresa con exactitud lo que quiere decir con la palabra "capitalismo". De no definírsela, se le podrían atribuir diferentes significados,[2] pues se trata de un término que ha sido objeto de incesantes ataques por parte de socialistas y comunistas durante más de un siglo.

Y, lo que es más importante, el Papa Juan Pablo II sitúa el ordenamiento económico —para el cual el capitalismo es una denominación posible— entre otras dos esferas, y señala que es susceptible de ser corregido por un "sólido marco jurídico" y por una cultura "ética y religiosa" más amplia. En pocas palabras, el sistema económico recomendado por el Papa aparece en el Nº 42 como una de las *tres* instituciones claves de un orden social justo y libre. El ordenamiento económico debe, pues, ser considerado dentro del contexto de los ámbitos político, moral y cultural que lo modifican; separarlo de ellos equivaldría a trabajar únicamente con una abstracción, y de ese modo se incurriría en lo que en una encíclica anterior el Papa denominó "economismo".[3] Es importante considerar el capitalismo como una de esas tres esferas, todas interrelacionadas e interdependientes entre sí.

Número 32: La naturaleza interna del capitalismo, entendida correctamente

El número 32 se refiere específicamente a la dinámica interna del sistema económico. La empresa económica de nuestra época es absolutamente diferente a la de la sociedad tradicional e incluso a la decimonónica, de modo que aquí el Papa destaca sus aspectos novedosos. Dedica especial atención a tres de sus características: creatividad, comunidad y virtud. En

[2] Véase, por ejemplo, "Behind *Centesimus annus*", *Crisis* (julio-agosto 1991), p. 8, y los diferentes significados esbozados por Rocco Buttiglione en "Economics 101: Catholic Social Teaching in a Changing World", *Crisis* (julio-agosto 1992), pp. 32-36.

[3] *Laborem exercens,* N° 13.

primer lugar, la nueva economía de empresa se origina en el reconocimiento de que la forma de capital más esencial e importante es el capital humano, es decir, el hombre mismo, su conocimiento, su técnica y su saber: en suma, la creatividad humana. En segundo lugar, las empresas, las instituciones y los sistemas capitalistas son mecanismos sociales a través de los cuales los individuos "trabajan unos con otros", participando en una "comunidad de trabajo" que abarca círculos progresivamente más amplios. En tercer lugar, "en este proceso están comprometidas importantes virtudes". El Papa aborda la ética empresarial desde el punto de vista de la ética de las virtudes.

Estos tres elementos fundacionales —creatividad, comunidad y virtud— son, sin excepción alguna, decisivos en el mundo actual. Con todo, pocos teólogos o filósofos han percibido la manera en que ellos actúan en la realidad. En materia social, el número 32 constituye uno de los pasajes más brillantes y originales que presenta el Magisterio de la Iglesia, desde León XIII. Las encíclicas en este campo solían prestar estrecha atención a los movimientos sociales predominantes, distinguiendo pacientemente lo que ha funcionado bien de lo que ha fracasado, lo bueno de lo malo, separando la paja del grano. No es frecuente, por lo tanto, que el pensamiento pontificio se sitúe, como sucede en este caso, a la vanguardia del análisis social en el mundo. En realidad, cuesta recordar algún pasaje similar que haya motivado una reorganización del pensamiento de los estudiosos en tantas y tan variadas disciplinas.

En 1891, pese a que muchos de los principales intelectuales en el mundo estaban siendo cautivados por los ideales del socialismo, León XIII se atrevió a enumerar diez maneras en que este experimento, a la postre, resultaría ser "vano" y "perverso". Al derrumbarse el socialismo en 1989, la humanidad pudo comprobar que el Sumo Pontífice había tenido la razón. De igual modo, los números 32 y 42 de la encíclica del Papa Juan Pablo II establecen un nuevo estándar para profundizar en el análisis.

A continuación examinaremos, sucesivamente, cada uno de los principios básicos que propone el Papa Juan Pablo II respecto de la economía libre.

II. LOS TRES PRINCIPIOS BASICOS

Creatividad

Creatividad y capital humano

Antes de comenzar el número 32, el Papa había señalado que a lo largo de la historia es posible encontrar en toda sociedad la presencia de dos factores: el *trabajo* y la *tierra;* sin embargo, esos factores no siempre guardan la misma relación mutua.

> En otros tiempos *la natural fecundidad de la tierra* aparecía, y era de hecho, como el factor principal de riqueza, mientras que el trabajo servía de ayuda y favorecía a tal fecundidad. En nuestro tiempo es cada vez más importante *el papel del trabajo humano* en cuanto factor productivo de las riquezas inmateriales y materiales.[4]

Es más, después el Papa establece un vínculo cada vez más estrecho entre el trabajo y el conocimiento. *Y este es el cambio decisivo.* A diferencia de Marx, que creó la "teoría del valor", el Papa vincula el valor con el conocimiento: "El trabajo es tanto más fecundo y productivo, cuanto el hombre se hace *más capaz de conocer* las potencialidades productivas de la tierra y de *ver* en profundidad las necesidades de los demás hombres, para quienes se trabaja".[5] Es tal la importancia de esta percepción que cualquier énfasis resulta insuficiente. El origen de la riqueza está en el conocimiento, es decir, en la mente humana.

"¿Cuál es el origen de la riqueza de las naciones?". Esta pregunta había sido formulada ya por Adam Smith en 1776, y el Papa León XIII aludió a ella en la encíclica *Rerum novarum.*[6] Por su parte, Juan Pablo II la responde en forma concluyeme:

> Existe otra forma de propiedad, concretamente en nuestro tiempo, que tiene una importancia no inferior a la de la tierra: *es la propiedad del conocimiento, de la técnica y del saber.* En este tipo de pro-

[4] *Centesimus annus,* Nº 31.

[5] El énfasis ha sido agregado.

[6] Para un análisis al respecto véase Oswald von Nell-Breuning, s. j., *Reorganization of Social Economy* (Nueva York: Bruce Publishing, 1939), pp. 131-132.

> piedad, mucho más que en los recursos naturales, se funda la riqueza de las naciones industrializadas.[7]

Se trata, por cierto, de una afirmación sorprendente: la causa de la riqueza es el capital intelectual. Si la riqueza de las naciones se basa mucho más en la propiedad intelectual y el conocimiento que en los recursos naturales, entonces podemos entender que algunas naciones muy ricas en ellos (como Brasil) sigan siendo pobres, en tanto otras que prácticamente carecen de éstos (como Japón) se hallen entre las más ricas del mundo. El Papa ha hecho una aguda observación.

En este respecto, el Santo Padre establece una clara diferencia entre las postrimerías del siglo XX y épocas anteriores, incluso el final del siglo XIX:

> Hay, además, diferencias específicas entre estas tendencias de la sociedad moderna y las del pasado incluso reciente. Si en otros tiempos el factor decisivo de la producción era *la tierra y* luego lo fue *el capital,* entendido como conjunto masivo de maquinaria y de bienes instrumentales, hoy día el factor decisivo es cada vez más *el hombre* mismo, es decir, su capacidad de conocimiento, que se pone de manifiesto mediante el saber científico, y su capacidad de organización solidaria, así como la de intuir y satisfacer las necesidades de los demás.

¿Acaso no son estos los factores, precisamente, en que Japón exhibe superioridad: el saber, el conocimiento científico, la capacidad de organización solidaria y la facultad de percibir y satisfacer las necesidades de los demás? En estas fuentes de riqueza los nipones, que son extremadamente pobres en recursos naturales, han alcanzado una posición preeminente.

Por cierto, los recursos naturales continúan siendo importantes. Pero si los seres humanos no advierten su valor y no discurren métodos que permitan generalizar su uso, ellos podrían quedar en barbecho para siempre, sin ser descubiertos ni aprovechados. Así sucedió con el petróleo, el que yació bajo las arenas de Arabia durante miles de años sin que fuera explotado y siendo considerado un estorbo, hasta que los seres humanos crearon el motor de émbolos y descubrieron el proceso para convertir el crudo en gasolina. Fue el hombre quien transformó el líquido inútil en un "recurso natural". En este sentido, las cosas inanimadas no constituyen ni el más profundo ni el mejor ni el más inagotable de los recursos. Como señala

[7] *Centesimus annus,* Nº 32. (En adelante, las citas no identificadas corresponden al N° 32 de esta encíclica).

Julián Simón, la mente humana es "el último recurso".[8] No son las cosas de la Tierra las que fijan los límites de la riqueza en el mundo. El Club de Roma cometió un error elemental en este aspecto, pues muchas de las cosas de la Tierra son útiles en determinadas épocas e inútiles en otras (por ejemplo, el aceite de ballena), según sea el valor que la mente humana les confiere. En este sentido, la mente es la principal fuente de riqueza. Y no es de extrañarse, ya que desde lejos participa en el origen de todo conocimiento: el Creador. Así, pues, el Papa nos dice:

> En efecto, el principal recurso del hombre, junto con la tierra, es *el hombre mismo.* Es su inteligencia la que descubre las potencialidades productivas de la tierra y las múltiples modalidades con que se pueden satisfacer las necesidades humanas.[9]

El Santo Padre distingue tres formas en que el conocimiento humano constituye una fuente de riqueza. La primera la describe así: "Precisamente la *capacidad de conocer oportunamente* las necesidades de los demás hombres y el conjunto de los factores productivos más apropiados para satisfacerlos es otra fuente importante de riqueza en una sociedad moderna".[10] En segundo lugar, el Papa advierte que: "[M]uchos bienes no pueden ser producidos de manera adecuada por un solo individuo, sino que exigen la colaboración de muchos". Se requiere un segundo tipo de conocimiento para la creación de riqueza: el conocimiento acerca de la manera de organizar la comunidad en gran escala, el que es necesario para producir incluso una cosa tan sencilla como un lápiz.[11]

Si bien los teólogos no suelen reparar en ello, para los empresarios constituye una experiencia cotidiana el hecho de que un objeto tan sencillo como un lápiz esté compuesto de elementos tales como grafito, madera, metal, goma y barniz (para mencionar los más visibles y omitiendo otros que sólo conocen los especialistas), que además provienen de regiones del planeta distantes entre sí. Las aptitudes y el saber necesarios para preparar cada uno de estos materiales por separado, con miras a la función precisa que cumplirán en el lápiz, representan un enorme bagaje de conocimientos científicos y prácticos que ciertamente no están por completo presentes en

[8] Julian Simon, *The Ultimate Resource* (Princeton, New Jersey: Princeton University Press, 1981).

[9] El énfasis ha sido agregado.

[10] El énfasis ha sido agregado.

[11] Véase el clásico ensayo de Leonard Read "I Pencil", publicado en 1958 y reimpreso en *Imprimus* (Hillsdale, Michigan: 1992).

la mente de ningún individuo en particular, sino que se hallan dispersos entre investigadores, empresarios y trabajadores en fábricas y lugares de trabajo de diferentes partes del mundo. Todos estos factores de producción —materiales, conocimiento y trabajadores calificados— deben ser combinados antes de que cualquier persona pueda tener un lápiz en sus manos.

Por esas razones, el Papa reconoce de un modo admirable este segundo tipo de conocimiento como origen de riqueza: "Organizar ese esfuerzo productivo, programar su duración en el tiempo, procurar que corresponda de manera positiva a las necesidades que debe satisfacer, asumiendo los riesgos necesarios: todo esto es también una fuente de riqueza en la sociedad actual".

El Sumo Pontífice ha percibido hasta ahora dos tipos de saber que están en juego en la creatividad económica humana: una percepción exacta de las necesidades de los demás y el conocimiento práctico respecto de la manera de organizar un esfuerzo productivo a nivel mundial.

Pero existe, además, un tercer tipo de saber, fruto del denodado esfuerzo "por descubrir el potencial productivo de la tierra". Consideremos brevemente tres descubrimientos cuya difusión ha tenido una influencia enorme en los cambios experimentados en el mundo desde que Juan Pablo II fue entronizado en 1978: la invención de la fibra óptica, que en tantos lugares está reemplazando al cobre (aumentando así las dificultades que atraviesa la industria chilena de ese metal); la invención del procesador de texto y el desarrollo electrónico en general (que está modificando, a su vez, los fundamentos de la actividad industrial, desde las tecnologías mecánicas hasta las electrónicas); y el uso de los satélites y de los impulsos electrónicos para conectar a todo el mundo en una sola red de comunicaciones instantáneas. Estos tres descubrimientos asombrosos son, todos ellos, fruto del "principal recurso del hombre": su propia inteligencia creativa. El hombre "descubridor" ha sido concebido a imagen de Dios. La vocación humana consiste en ser creativos, en cooperar para llevar la Creación misma a su perfección.

No nos parece un hecho accidental, desde esta perspectiva, que la economía capitalista se haya desarrollado primero en una región profundamente influida por el judaismo y el cristianismo. Millones de personas, a lo largo de siglos, aprendieron del judaismo y del cristianismo a no considerar esta tierra sólo como una región de prohibiciones que nunca había de ser investigada o sometida a experimentos, sino, más bien, como un lugar donde ejercer las facultades humanas de indagación, creatividad e inventiva. El filósofo Alexander North Whitehead observó en otra época que el auge de la ciencia moderna era inconcebible si se lo separaba de los hábitos que

los seres humanos fueron adquiriendo a lo largo de los siglos bajo la tutela del judaismo y del cristianismo. Estas doctrinas enseñaron que el mundo y cualquiera de sus componentes son inteligibles, porque todas las cosas —incluso los sucesos contingentes y en apariencia accidentales— brotan de la mente de un Creador omnisciente. Esta enseñanza tuvo importantes consecuencias en el orden práctico. La creencia de que todo ser humano es *imago Dei* conduciría inevitablemente, de manera evolutiva y experimental, al desarrollo de un sistema económico cuya premisa básica consiste en que la causa principal de la riqueza es la creatividad humana.

Comunidad

En el número 31 Juan Pablo II observa que en este tiempo "es evidente que el trabajo de un hombre se conecta naturalmente con el de otros hombres. Hoy más que nunca, trabajar es *trabajar con otros* y *trabajar para otros:* es hacer algo para alguien". La moderna economía de empresa estuvo destinada desde un comienzo para transformarse en un sistema internacional, abocada a aumentar "la riqueza de las naciones", de *todas* las naciones, en forma sistemática y social. Jamás se concentró únicamente en la prosperidad de determinados individuos. En el número 32 el Papa adopta esta línea de pensamiento: "Se ha aludido al hecho de que *el hombre trabaja con los otros hombres,* tomando parte en un 'trabajo social' que abarca círculos progresivamente más amplios". A continuación advierte que "muchos bienes no pueden ser producidos de manera adecuada por un solo individuo, sino que exigen la colaboración de muchos". Y luego insiste en este aspecto: "Es [el] trabajo disciplinado [del hombre], en solidaria colaboración, el que permite la creación de *comunidades de trabajo* cada vez más amplias y seguras para llevar a cabo la transformación del ambiente natural y la del mismo ambiente humano".

En breve, desde todo punto de vista el empresario está envuelto permanentemente en la tarea de construcción de la comunidad. En lo inmediato, dentro de su propia compañía, él debe crear una comunidad de trabajo. Luego, para sus operaciones prácticas, esta empresa depende de una comunidad más amplia de proveedores y de clientes, de banqueros y de funcionarios gubernamentales, de sistemas de transportes y del imperio de la ley. En tercer lugar —como lo apreciamos en el ejemplo del lápiz—, los productos modernos proceden de todas las regiones del planeta. El sistema empresarial moderno refleja la interdependencia del género humano. En cada una de estas tres situaciones, por consiguiente, la empresa es una

actividad comunitaria. El capitalismo no se basa en el individualismo sino en una forma creativa de comunidad. En efecto, al referirse a los beneficios en el N° 35, el Papa expresa que en su composición interna la empresa es esencialmente una comunidad de personas:

> En efecto, la finalidad de la empresa no es simplemente la producción de beneficios, sino más bien la existencia misma de la empresa como *comunidad de hombres* que, de diversas maneras, buscan la satisfacción de sus necesidades fundamentales y constituyen un grupo particular al servicio de la sociedad entera.

Precisamente porque la empresa económica debe ser concebida, en esencia, como una comunidad, el Papa está en condiciones de señalar que "[l]a Iglesia reconoce la *justofunción de los beneficios* como indicador de la buena marcha de la empresa".

> Sin embargo, los benefícios no son el único índice de las condiciones de la empresa. Es posible que los balances económicos sean correctos y que al mismo tiempo los hombres, que constituyen el patrimonio más valioso de la empresa, sean humillados y ofendidos en su dignidad. Además de ser moralmente inadmisible, esto no puede menos de tener efectos negativos para el futuro, hasta para la eficiencia económica de la empresa.

En síntesis, la empresa privada, independiente del Estado, representa la mayor contribución del capitalismo al género humano, y lo principal de ella es que constituye una forma nueva e importante de comunidad humana. A su vez, entre los principales objetivos de esta comunidad está el obtener utilidades, esto es, crear nueva riqueza, más allá de la riqueza que existía antes de su advenimiento. El Papa advierte este aspecto con beneplácito: "Cuando una empresa da beneficios significa que los factores productivos han sido utilizados adecuadamente y que las correspondientes necesidades humanas han sido satisfechas debidamente".[12] En otras palabras, mediante el ejercicio del conocimiento la empresa económica hace uso de los factores productivos de la Tierra, percibe y satisface las necesidades humanas. Por esta senda, ella está "al servicio de toda la sociedad". El objetivo económico y ético de la empresa es servir a los demás. De ahí que ella representa en sí una nueva y a la vez importante forma de comunidad humana.

[12] *Centesimus annus,* Nº 35.

En el Nº 32, efectivamente, el Papa llega a extremos de gran audacia al describir el proceso empresarial moderno, pues advierte que éste "pone concretamente de manifiesto una verdad sobre la persona, afirmada sin cesar por el cristianismo", y en consecuencia "debe ser mirado con atención y positivamente". La verdad que el Santo Padre ve reflejada es la del hombre que trabaja en comunidad con otras personas, y por el bien de otras personas. Esta comunidad creativa es el mayor poder transformador del orden terrenal: "Es [el] trabajo disciplinado [del hombre], en solidaria colaboración, el que permite la creación de *comunidades de trabajo* cada vez más amplias y seguras para llevar a cabo la transformación del ambiente natural y la del mismo ambiente humano".

Las virtudes capitalistas

Las virtudes de la vida empresarial

Inmediatamente después de esta última cita el Papa señala: "En este proceso están comprometidas importantes virtudes", y luego las menciona:

> [L]a diligencia, la laboriosidad, la prudencia en asumir los riesgos razonables, la fiabilidad y la lealtad en las relaciones interpersonales, la resolución de ánimo en la ejecución de decisiones difíciles y dolorosas, pero necesarias para el trabajo común de la empresa y para hacer frente a los eventuales reveses de fortuna.

Pareciera, a primera vista, que estas virtudes pertenecen a una enumeración tomada de *La ética protestante y el espíritu del capitalismo,* el famoso libro de Max Weber. Pero, tras reflexionar, nos damos cuenta que el contexto y el significado son absolutamente diferentes. Max Weber vio las raíces del capitalismo en la actitud negativa de los protestantes frente a la Creación: en su sentido de abnegación, en su ascetismo y en su noción de que el hombre natural es corrupto. En contraste, el Papa Juan Pablo II sitúa estas virtudes de la vida corriente en el contexto de la bondad de la Creación, por cuanto brota de las manos del Creador, y a la luz de la *imago Dei* impresa en la naturaleza del hombre. Se advierte aquí un notable contraste, de modo que podríamos hablar con bastante propiedad de "la ética católica y el espíritu del capitalismo". Esta es la nueva ética que el Santo Padre recomienda a las naciones católicas del mundo, de las Filipinas a Latinoamérica, y luego a Europa Central y Oriental; en suma, a todos esos

pueblos que recién comienzan a transitar desde una economía socialista o precapitalista del Tercer Mundo a una capitalista.

Desde 1989, laicos y obispos católicos de todas las regiones del mundo han preguntando al Santo Padre: ¿Qué dirección debemos seguir ahora que los socialismos reales han fracasado? ¿Qué recomienda el Magisterio pontificio? Como respuesta, justo al comienzo del N° 42, el Papa escribe:

> Volviendo ahora a la pregunta inicial, ¿se puede decir quizá que, después del fracaso del comunismo, el sistema vencedor sea el capitalismo, y que hacia él estén dirigidos los esfuerzos de los Países que tratan de reconstruir su economía y su sociedad? ¿Es quizá éste el modelo que es necesario proponer a los Países del Tercer Mundo, que buscan la vía del verdadero progreso económico y civil?

Es mucho lo que está en juego en la respuesta a estas preguntas. Supongamos que el Papa hubiera dicho que no. Supongamos que hubiera sugerido que, a pesar de los fracasos de los socialismos reales, los católicos de todo el mundo deberían seguir avanzando hacia el socialismo, o bien hacia la tradicional economía precapitalista del Tercer Mundo ¿Qué habría ocurrido entonces? El pensamiento social de la Iglesia, en ese caso, habría estado comprometido con las consecuencias de esas opciones. Y, si se tienen en cuenta las experiencias anteriores, lo más probable es que esas opciones hubiesen tenido efectos devastadores para los pobres del mundo. El Papa, por el contrario, decidió proponer como modelo para los países del Tercer Mundo "un sistema económico que reconoce el papel fundamental y positivo de la empresa, del mercado, de la propiedad privada y de la consiguiente responsabilidad para con los medios de producción, de la libre creatividad humana en el sector de la economía". ¿Significa lo anterior que el Papa recomienda el capitalismo? Si *esto* es lo que se entiende por capitalismo, señala, "la respuesta ciertamente es positiva, aunque quizá sería más apropiado hablar de 'economía de empresa', 'economía de mercado', o simplemente de 'economía libre' ". Y este tipo de economía debe estar "encuadrada en un sólido contexto jurídico que la ponga al servicio de la libertad humana integral", reconociendo que el centro de la libertad humana es "ético y religioso".

En rigor, "La Iglesia no tiene modelos para proponer", sino que "ofrece, como *orientación ideal e indispensable,* la propia doctrina social, la cual —como se ha dicho— reconoce la positividad del mercado y de la

empresa, pero al mismo tiempo indica que éstos han de estar orientados hacia el bien común".[13]

III. CONCLUSIÓN

Estos son, en consecuencia, los tres principios básicos sobre los cuales descansa la concepción que tiene Juan Pablo II de la ética de la empresa: la creatividad, la comunidad y las virtudes. Los tres son sumamente exigentes y requerirán de cambios importantes en los mecanismos de los sistemas económicos, especialmente en aquellos que aún no promueven el derecho de todos los ciudadanos a la iniciativa económica individual.

Todo hombre, sin importar su grado de pobreza o de ignorancia, ha sido creado a imagen de Dios. Cada individuo tiene derecho a ejercer su propia creatividad económica. Por consiguiente, los actuales sistemas que reprimen el derecho a la creatividad económica individual deben ser reformados, pues insultan la imagen de Dios impresa en todos los hombres. Insultan esa imagen, al imponer dificultades prohibitivas al establecimiento de pequeños negocios; al no proporcionar fuentes de crédito barato a los pobres (cuando éste es el alimento fundamental para las nuevas empresas); al no proveer educación para todos, particularmente en lo relativo a las aptitudes creativas y prácticas de la actividad económica; y al no apreciar el capital humano y la propiedad intelectual como fuentes principales de riqueza. A decir verdad, para llevar a cabo la idea de Juan Pablo II acerca de una genuina ética del capitalismo será necesario emprender una revolución pacífica, pero profunda, en gran parte del Tercer Mundo. En el mundo desarrollado también será necesario efectuar importantes cambios, particularmente en el ámbito moral y cultural; pero ese es un tema distinto y más amplio que los fundamentos de la ética empresarial.

El corolario del argumento de Juan Pablo II consiste en que el verdadero desarrollo debe comenzar desde abajo, y luego ascender; debe ser universal y debe permitir que cualquier persona, sin importar su grado de pobreza o ignorancia, participe en lo que podemos denominar "activismo" económico. Así, pues, es preciso que toda sociedad libre examine sus instituciones para determinar si está promoviendo o reprimiendo la creatividad humana. La piedra de toque de un sistema empresarial es lo que está ocurriendo con los pobres laboralmente aptos. Ustedes pueden preguntarse

[13]Ibídem, Nº 43.

en Chile, así como nosotros en Estados Unidos, si estamos haciendo lo suficiente para incorporar a los pobres en las actividades empresariales; si los actuales programas gubernamentales en esta materia son una ayuda o un impedimento para ellos.

La encíclica *Centesimus annus* es una obra maravillosa y revolucionaria. Es original, clara y perentoria. Nos fija una extensa agenda y no deja lugar a la complacencia. Logra lo que ningún otro documento religioso ha conseguido antes: captar la interioridad de la vida empresarial, su emoción, su idealismo y sus desafíos.

Lo que muchos teólogos no han advertido es que es entretenido ser creativo. Los hombres y mujeres de negocios *disfrutan* creando algo que antes no existía. Los dirigentes empresariales han encontrado finalmente en el Papa Juan Pablo II a un líder eclesiástico que percibe claramente lo que los impulsa, que se refiere a ese espíritu en términos afirmativos, y que les plantea grandes desafíos. Como no hay nada que agrade más a los dirigentes empresariales que los desafíos, sería sorprendente que los hombres y mujeres de negocios no se sintiesen estimulados por esta encíclica a ser más creativos que nunca, y a encabezar la revolución en la economía mundial que vislumbra el Santo Padre.

Para el Papa Juan Pablo II, la ética de la empresa implica mucho más que acatar el derecho civil y no violar la ley moral. Supone imaginar y crear un nuevo orden económico basado en los principios de la creatividad individual, la comunidad y las virtudes específicas de la empresa. Supone respetar el derecho de los pobres a ejercer iniciativa en el campo económico y a desplegar su propia creatividad. Supone moldear una cultura digna de hombres y mujeres Ubres para beneficio de los pobres y mayor gloria de Dios.□

ENSAYO

TRANSICIÓN ECONÓMICA Y POLÍTICA EN CHILE: 1970-1990*

Juan Andrés Fontaine

El autor examina los orígenes y desarrollo de las transformaciones económicas y políticas en Chile en los últimos veinte años, en torno a tres tópicos centrales: i) la incidencia que habrían tenido las políticas económicas intervencionistas de los gobiernos de las décadas precedentes en el quiebre de la democracia en Chile a comienzos de los años setenta; ii) las reformas económicas emprendidas por el gobierno militar a la luz de la tensión existente entre la naturaleza autoritaria de ese gobierno y el carácter liberal de las políticas propiciadas; iii) la relación existente entre la instauración de una economía de mercado y la posterior transición desde un régimen autoritario a un gobierno democrático.

JUAN ANDRÉS FONTAINE. M. A. en Economía, Universidad de Chicago. Ex Director de Estudios del Banco Central. Profesor del Instituto de Economía de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Entre sus artículos publicados anteriormente en *Estudios Públicos* pueden mencionarse "El punto de vista económico", "El rol macroeconómico del Estado". "Los mecanismos de conversión de la deuda en Chile" y "Observaciones sobre la experiencia macroeconómica chilena de 1985-1989", en los números 2, 9, 30 y 40, respectivamente.

* Texto traducido del inglés del trabajo presentado por el autor en el seminario "Economic, Society and Democracy" que se realizó el mes de mayo de 1992, en Washington D.C., bajo el auspicio de la Hoover Institution y la AID.

Introducción

Chile ha llegado a desarrollar con éxito una economía de mercado. La transformación de la economía chilena fue llevada a cabo por un Gobierno militar y autoritario, el cual, a principios de 1990, entregó el poder en forma pacífica a las autoridades democráticamente elegidas. Desde entonces el pueblo chileno ha podido gozar de un régimen democrático y, a la vez, de una economía de mercado.

En las páginas que siguen intentaré describir en forma sucinta los orígenes y la evolución de la transición económica y política chilena. En muchos aspectos esta exposición puede verse influida por mi propia experiencia en el proceso de formulación de la política económica en el Banco Central de Chile entre los años 1984 y 1989, cuando el "modelo chileno" fue rescatado de un virtual naufragio, para luego consolidarse. Con todo, espero que esta particular perspectiva desde la cual analizo los desarrollos habidos en Chile no distorsione los hechos objetivos.

El trabajo está organizado de la siguiente manera: la primera parte trata del quiebre democrático chileno. Lo que aquí interesa es en qué medida tal quiebre puede explicarse, por lo menos parcialmente, por las políticas económicas intervencionistas de las décadas anteriores. En la segunda parte se describen las reformas económicas del Gobierno militar. La tercera parte se refiere a las conexiones entre las reformas introducidas para abrir y liberalizar el mercado y el proceso chileno de redemocratización: ¿hasta qué punto las transformaciones económicas facilitaron la transición política hacia un régimen democrático?

Cualquiera de estos temas puede ser objeto, por supuesto, de un ensayo por sí solo. Sin embargo, por economía de espacio, me limitaré a presentar las hipótesis básicas más que a desarrollar un completo análisis de ellas.

1. EL QUIEBRE DE LA DEMOCRACIA CHILENA

¿Por qué la ejemplar tradición democrática chilena se vio repentinamente interrumpida en 1973? Por cierto, el asunto ha sido analizado en profundidad y no es el objetivo de este trabajo hacer una revisión de la gran cantidad de literatura disponible al respecto. Los analistas y dentistas políticos tienden a concordar que Chile logró un grado significativo de "consenso social" durante los años 1940 y 1950, lo que facilitó el funcionamiento del sistema económico y político. Sin embargo, la situación comenzó a cambiar en la década de los años sesenta cuando la "polarización

política" condujo a una creciente frustración con el orden político y económico imperante.[1] Los partidos políticos comenzaron a proponer amplias reformas políticas y económicas; "soluciones globales" que abarcaban los más variados aspectos de la vida social.[2] Al parecer, esta polarización política llegó a su máxima expresión entre los años 1971 y 1973, durante el gobierno del Presidente Allende y su fallido intento por construir un sistema socioeconómico marxista-socialista.

1.1 El Estado redistributivo

Para nuestro propósito resulta importante especificar cuál fue la naturaleza del "consenso social" de las décadas de 1940 y 1950. Ese consenso, en mi opinión, se fundaba en el uso generalizado del proceso político para fines de redistribución de riqueza o ingresos.[3] No se trataba, sin embargo, de una distribución dirigida necesariamente hacia los más pobres, sino de un juego de influencias y presiones que originaba masivas transferencias entre los distintos grupos sociales y sectores económicos.[4]

Como afirma Valenzuela (1978), "la necesidad de acomodar las demandas particulares contribuyó a perpetuar una política acomodaticia y de transacciones" (p. 19). Estas demandas constituían básicamente las peticiones de los sindicatos de trabajadores, de las asociaciones profesionales y confederaciones gremiales por una participación mayor en el ingreso nacional. Dichas asociaciones eran articuladas por los partidos políticos, los que servían de "redes claves para procesar las demandas" (p. 9). De este modo "los representantes de las distintas agrupaciones y facciones políticas pasaban la mayor parte de sus momentos de lucidez consiguiendo pensiones de viudez, empleos para maestros de escuelas, reajustes de salarios para las asociaciones gremiales o sindicales, puentes para las

[1] Para un completo análisis del proceso chileno, véanse Valenzuela (1978) y Falcoff (1989).

[2] El carácter desestabilizador de la controversia "sistémica" fue planteado por Góngora (1981). Ffrench-Davis y Muñoz (1990) vinculan dicho debate a la distribución de la propiedad.

[3] La base teórica de esta perspectiva se puede encontrar en Downs (1957), Becker (1958), Stigler (1970, 1972), Peltzman (1976) y muchos otros economistas provenientes de la "Escuela de Chicago".

[4] Stigler (1970) argumenta que bajo reglas democráticas el patrón de transferencia del ingreso obedece a lo que él denomina la Ley de Director: la redistribución del ingreso desde los grupos de mayores y menores ingresos hacia las "clases medias". Este puede ser el caso, por ejemplo, cuando las transferencias son costosas y la participación política de los grupos de bajos ingresos (los "marginados") es baja.

municipalidades y un gran número de otros favores, ya sea directamente o actuando como intermediarios ante una compleja burocracia estatal" (p. 8). El Chile pre 1973 es un caso típico de la llamada *rent-seeking society*.[5]

En esencia, cumplir estas "demandas particularistas" implicaba reasignar las rentas en favor de los grupos más influyentes y ello constituyó la base de una expansión sostenida de la intervención estatal en la economía. El aumento de la intervención del Estado en Chile, como en la mayoría de los países menos desarrollados, fue especialmente notorio luego de que la Gran Depresión desacreditara el capitalismo, pero sus raíces históricas e intelectuales provenían de un pasado mucho más lejano.[6]

Algunas de las intervenciones estatales fueron decretadas por ley como resultado de una negociación política en el Congreso. Otras competían al Ejecutivo, como la política arancelaria. Otras eran administradas por un grupo de organismos "semi-autónomos" del sector público dominados por poderosas burocracias. Las directivas de varios de estos organismos estaban conformadas por representantes del sector privado (es decir, *lobbies* empresariales), del Ejecutivo y del Congreso. Ese era el caso, por ejemplo, del omnipotente Banco Central (que determinaba la asignación de créditos sectoriales, administraba las líneas de crédito subsidiadas y controlaba la totalidad de las transacciones de divisas); el Banco del Estado (a cargo de los créditos agrícolas subsidiados y, sorprendentemente, del monopolio de la distribución de fertilizantes), y la CORFO, la compañía de *Holding* estatal más importante.

El pensamiento económico se vio fuertemente influido por la "escuela estructuralista", la cual sostenía que en los países en desarrollo el comportamiento de los agentes económicos era relativamente inmune a los incentivos de precios.[7] Por consiguiente, se suponía que estas intervenciones eran inofensivas desde el punto de vista de la asignación eficiente de recursos. Las políticas económicas podían entonces orientarse libremente a la captación de las rentas generadas por el cobre y la agricultura para recanalizarlas hacia los grupos favorecidos.

Así, la meta principal de la llamada "política chilena del cobre" de los años cuarenta y cincuenta era aumentar la participación del Estado en

[5] El término fue acuñado por Krueger (1979).
[6] Véanse Encina (1911) y Veliz (1980).
[7] Para un análisis teórico de la escuela estructuralista, véase Little (1982). Lal (1983) proporciona una demolición teórica de los postulados estructuralistas.

las rentas generadas por las minas de cobre de propiedad extranjera.[8] Y, de hecho, la fracción del valor de la producción de cobre retenida por el Estado creció de 5% en 1925 a 40% en 1970.[9] Esto se logró a través de una gran variedad de mecanismos tributarios, incluida la obligación de liquidar en el Banco Central los retornos de las exportaciones a un tipo de cambio inferior al del mercado.

El caso de la política agrícola fue similar. Nuevamente la meta fundamental de la política estatal fue capturar y redistribuir las rentas agrarias. Con este propósito, los precios de los alimentos controlados por el Gobierno se mantuvieron bajos, transfiriendo así dichas rentas a los consumidores urbanos. Valdés *et al.* (1990) han calculado que en 1970 el precio relativo de los alimentos básicos (trigo, leche, carne) era 40% más bajo que en 1975, año para el cual se había levantado ya la mayoría de los controles de precios.[10] El Estado utilizó con el mismo fin, a su vez, el control del tipo de cambio, las restricciones a las exportaciones, los aranceles altos de importación para los fertilizantes y otros productos.

El sesgo de las políticas, en contra del cobre y la agricultura, se introdujo en nombre de la "industrialización". La producción nacional de bienes de consumo e intermedios fue fuertemente protegida mediante una estructura de aranceles altos y diferenciados, un tipo de cambio diferenciado, licencias y prohibiciones de importación y una gran cantidad de otras disposiciones y subsidios indirectos.[11] Obviamente detrás de la industrialización había también intereses económicos y votos que obtener. Los poderosos sindicatos industriales, las asociaciones gremiales y *lobbies* empresariales se beneficiaban de las políticas en favor del sector industrial.[12] Las políticas de industrialización generalmente favorecieron a la población urbana en desmedro de la población rural vinculada a la agricultura y a la minería.

[8] Véase Ffrench-Davis (1974) para un análisis de los múltiples instrumentos empleados entre 1950 y 1973 para gravar las ganancias procedentes del cobre.

[9] Banco Mundial (1980).

[10] Para un excelente análisis de las políticas agrícolas aplicadas en Chile antes de 1973, véanse Valdés y otros (1990).

[11] Para una descripción de las políticas comerciales aplicadas en Chile antes de 1973, véanse Cauas y De la Cuadra (1981) y Banco Mundial (1980).

[12] Véase Lavín (1980) para un mayor análisis de las intervenciones del Gobierno en el ámbito del comercio exterior que beneficiaron a los grupos captadores de rentas. En 1960, el 57% de los obreros sindicalizados pertenecían al sector manufacturero (Petras, 1969). En 1970, el 20% de la población, que representaba a los más pobres, no pertenecía al sector manufacturero (Méndez, 1980).

La intervención gubernamental también se hizo notar en los mercados de factores. El mercado de capitales estaba fuertemente controlado: límites máximos legales para las tasas de interés (frecuentemente inferiores a los índices de inflación existentes), estrictos controles en la asignación de créditos bancarios, altas exigencias de encaje sobre los depósitos, líneas de créditos subsidiadas administradas por el Banco Central, controles de intercambio, múltiples tipos de cambio fijados por el Banco Central, etc. Nuevamente, el objetivo de esta amplia gama de controles consistía en extraer las rentas, que en un sistema de libre mercado hubieran pertenecido a los depositantes, y trasladarlas a los usuarios de los créditos en ciertos sectores (por ejemplo, la industria). Entre 1940 y 1970 las tasas de interés de los préstamos alcanzaron un promedio negativo de 10,7% en términos reales y la intermediación financiera estaba dominada por organismos gubernamentales.[13]

El mercado laboral también fue un área fértil para una intervención gubernamental redistributiva. El Gobierno fijaba el salario mínimo, ordenaba los reajustes de salarios para los trabajadores no sindicalizados del sector privado, participaba en comisiones negociadoras de salarios en algunos sectores (con representantes de los empleados y de los empleadores), permitía practicas monopolísticas de sindicatos y, a menudo, intervenía a su favor en disputas laborales privadas, manejaba un costoso sistema de seguridad social, regulaba las condiciones de trabajo, penalizaba los despidos e imponía barreras de entrada a una gran cantidad de ocupaciones.[14]

Nuevamente, la lógica de estas intervenciones era inclinar la distribución del ingreso a favor de unos (los trabajadores) y en contra de otros (los dueños del capital). Naturalmente el ámbito de control gubernamental era más limitado de lo que se pretendía; de hecho, sólo alcanzaba a un subsector del mercado laboral, los trabajadores urbanos sindicalizados y los empleados del sector público.[15] Para el resto —los trabajadores rura-

[13] Para una descripción de las políticas aplicadas en el mercado de capitales en Chile antes de 1973, véanse Banco Mundial (1980), Gregoire y Ovando (1974), y otros artículos publicados en *Estudios monetarios III*, Banco Central.

[14] Véase Alamos (1987).

[15] Como Foxley y Muñoz (1974) afirmaran, se había creado una nueva fuente de privilegios para ciertos sectores sociales, la que se traducía en un acceso diferenciado a los productos y servicios escasos debido, únicamente, a que dichos sectores estaban bien organizados. Esto sucedía, por ejemplo, con algunos grupos laborales que se las arreglaban para influir en los instrumentos administrados por el Estado, tales como los regímenes de seguro social, las políticas de precios y salarios, las concesiones arancelarias o tributarias para ciertas empresas o regiones —o, más recientemente, un acceso al área de la propiedad social— (p. 386).

les, trabajadores urbanos no sindicalizados, trabajadores informales—, estas intervenciones gubernamentales disminuían las oportunidades de trabajo y los salarios. Pero, como veremos más adelante, éstos no formaban parte de los grupos políticamente más poderosos. Además, componían los estratos más pobres de la población. Hacia 1970 la mitad de la población que vivía en la extrema pobreza la constituían trabajadores independientes. La otra mitad se componía de trabajadores poco calificados, a menudo empleados en empresas pequeñas o informales, generalmente fuera del alcance de las autoridades del Ministerio del Trabajo.[16]

Entre las intervenciones gubernamentales más importantes del mercado laboral se encontraba el régimen de seguridad social. Este consistía en alrededor de treinta diferentes "cajas" de seguro social que funcionaban bajo un sistema de reparto. Cada una de ellas servía a un tipo o clase de trabajadores, requería diferentes contribuciones de los empleadores y empleados y prestaba distintos beneficios. Las cajas se financiaban mediante impuestos sobre las planillas, con diferentes cotizaciones, dependiendo de cada caja. Las cotizaciones aumentaron gradualmente y llegaron a su punto máximo entre 1973 y 1974, cuando alcanzaron al 60% de los salarios.[17] El sistema de seguridad social era una gigantesca maquinaria de redistribución del ingreso. Pero como los empleados independientes y los de pequeñas empresas (sector informal) no pertenecían al sistema, el papel redistributívo se limitaba a redistribuciones internas entre trabajadores de ingresos medios y altos.

1. 2 El consenso se desmorona

¿Por qué se desmoronó el consenso acerca de este proceso político? ¿Por qué se abrió paso una "creciente polarización de la sociedad chilena"? ¿Por qué los líderes políticos pensaron que debían ofrecer a los votantes "soluciones globales", una transformación completa de las estructuras socioeconómicas?

Durante los años sesenta, las condiciones económicas y políticas bajo las cuales se desarrollaba el juego redistributivo reseñado anteriormente sufrieron un cambio significativo. Por un lado, el poder político relativo se vio modificado por el aumento masivo de la participación

[16] Méndez (1980).
[17] Cheyre (1991) y Pinera (1991).

electoral que tuvo lugar en la década de 1960. Por otra parte, y contrariamente a las opiniones del pensamiento estructuralista, la intervención gubernamental no fue inofensiva. A medida que las distorsiones introducidas por las políticas redistributivas disminuyeron el crecimiento económico y estimularon la inflación, las propuestas políticas se fueron haciendo más radicales. El consenso se vino abajo.

No dedicaremos demasiado tiempo al primer factor. Un rasgo indiscutido del sistema político chileno previo a 1973 es que, a pesar de encontrarse abierto a un significativo grado de competencia política, mostraba una baja participación. Dahl, por ejemplo, en su famosa caracterización bidimensional de los sistemas democráticos, clasificó al sistema chileno dentro de los más competitivos, aunque había otros 56 sistemas (de un total de 114) que mostraban una mayor participación.[18]

Hasta comienzos de los años cincuenta, el electorado correspondía sólo al 10% de la población, puesto que el sufragio femenino recién se permitió en 1950 y la población analfabeta no estaba facultada para sufragar. Pero incluso entre aquellos formalmente facultados para votar, la participación política era baja: la población registrada constituía apenas el 40% de quienes podían sufragar. Ello era, probablemente, consecuencia de niveles de educación relativamente bajos, comunicaciones deficientes y el limitado desarrollo de las organizaciones políticas. La participación política era menor en las áreas rurales que en las áreas urbanas.

La diferencia que había en la participación electoral de los distintos sectores de la población influyó sobre el patrón de transferencia de ingresos generado por el proceso político. Puesto que la participación política era menor en las áreas rurales que en las urbanas, no resulta sorprendente que las políticas redistributivas fueran sesgadas, en contra de las primeras. Como hemos visto, las políticas agrícolas, industriales y laborales tenían un sesgo pro-urbano. El gasto social del gobierno también se inclinaba a favor de los grupos urbanos de ingresos medios.[19] Esto puede explicar por qué los indicadores de distribución del ingreso no mostraron un avance durante los años sesenta y por qué la mortalidad infantil —un indicador razonable de los niveles absolutos de pobreza— se encontraba por sobre el promedio de los países latinoamericanos en 1965.[20]

[18] Dahl (1971), apéndice A.; véanse también Valenzuela (1978) y Petras (1969).

[19] Véanse Méndez (1980), Kast (1984) y Castañeda (1990).

[20] Los coeficientes de Gini de la desigualdad del ingreso permanecieron constantes o se deterioraron durante la década de 1960, según se considere el

Sin embargo, dicha situación tenía que cambiar. Al mejorar los niveles de educación y la calidad de las comunicaciones, la conciencia política de los grupos menos favorecidos debía aumentar y el patrón de la transferencia de ingresos tenía que verse afectado. Además, los agentes políticos —dirigentes y partidos políticos— veían un claro incentivo en llegar a estos grupos menos favorecidos y en intentar ganar su lealtad. Los partidos políticos ajustaron sus estrategias y apoyaron cambios legislativos para aumentar la participación política.

De hecho, eso fue lo que sucedió. La participación política aumentó sustancialmente con las reformas electorales de 1958 y 1962, las que eliminaron la exigencia de la inscripción periódica en los registros electorales que obligaba a registrarse y penaba con prisión la abstención electoral. En 1970, otra reforma otorgó derecho a voto a los analfabetos. Los efectos de estas reformas fueron drásticos.[21] La población inscrita llegó a constituir el 70% de las personas facultadas para votar en un lapso de 5 años y el 40% del total de la población. En términos absolutos, el electorado creció de 1,28 millón en 1957 a 3,24 millones en 1969; un aumento de 350% en sólo 12 años.

Las reformas de 1958 y 1961 incorporaron a miles de nuevos votantes al sistema. La mayoría de ellos provenían de las zonas rurales donde la participación electoral había sido menor. Los partidos políticos debieron modificar sus estrategias y realizar amplios esfuerzos para conseguir la preferencia de estos nuevos votantes. Por consiguiente, dirigieron sus estrategias a aumentar la sindicalización de la fuerza laboral y otras formas de movilización social.[22] Durante el Gobierno de Frei, en particular, la sindicalización rural y otros medios de promover la conciencia política (como el programa de "promoción popular", por ejemplo) fueron en gran medida el resultado de una política gubernamental deliberada.[23] En mi opinión, esto reflejó básicamente los esfuerzos de la Democracia Cristiana

ingreso familiar o el individual (Heskia, 1980). La mortalidad infantil se mantuvo en 107 por cada mil niños nacidos en 1965, mientras que el promedio en América Latina fue de 96 (Castañeda, 1990).

[21] Estas reformas se describen en Valenzuela (1978); véanse también Bitar (1979) y Petras (1969).

[22] Durante la década de 1960 se registró un aumento tanto en la sindicalización de obreros urbanos como en el número de huelgas. Sin embargo, como lo afirma Valenzuela (1978), esos hechos constituyeron una recuperación en cierta medida de los niveles alcanzados a principios de los cincuenta.

[23] Valenzuela (1978), p. 30.

y de los partidos de la izquierda para lograr el apoyo de los nuevos votantes incorporados al sistema por las reformas electorales ya mencionadas.

Las consecuencias políticas de la mayor participación, como se ha señalado, no fueron obvias, en el sentido de que "el aumento de la participación política no benefició a ningún partido en particular en desmedro de otros".[24] Sin embargo, la apertura del sistema a nuevos grupos debe haber desestabilizado el equilibrio anterior. Grupos que habían sido previamente descuidados obtuvieron repentinamente poder para exigir una porción de la torta. Los partidos políticos no tuvieron más alternativa que ajustar sus estrategias y ofrecer sus servicios también a esos grupos. Las reformas electorales fueron probablemente endógenas, fruto de la competencia entre los partidos políticos por captar más electores. Si esta hipótesis es válida, entonces la ya mencionada neutralidad política de los nuevos votantes (el hecho que sus preferencias partidarias no fueran diferentes a las de los antiguos votantes) es endógena: es decir, la consecuencia de las estrategias de optimización adoptadas por los partidos políticos en competencia.

La segunda razón del desmoronamiento del consenso social es netamente económica. A pesar de las suposiciones del enfoque estructuralista, el comportamiento económico de los productores y consumidores chilenos demostró ser bastante consecuente con los postulados de la teoría económica ortodoxa. El crecimiento económico se vio afectado por las distorsiones provenientes de las intervenciones gubernamentales en el sistema de precios. Entre 1950 y 1970 el PIB per cápita aumentó en una tasa promedio real de 1,4% anual, comparado con un promedio de 3,1% en los países en desarrollo con un nivel de ingresos comparable, y 3,3% en los países industrializados.[25] Los sectores más damnificados fueron los que soportaron el peso de las políticas redistributivas: la minería del cobre (no se descubrieron nuevos yacimientos desde principios de siglo y la participación de Chile en la producción mundial cayó desde 21 a 13%)[26] y la agricultura. La creciente brecha entre el nivel chileno de ingreso per cápita y el de los países más ricos debe haber provocado gran frustración.

El lento crecimiento de la producción y el empleo, comparado con las expectativas, hizo que la lucha política se intensificara. El problema resultó agravado por la expansión de la participación política: más personas deseaban compartir la misma torta. El debate político comenzó a

[24] Valenzuela y Valenzuela (1986), p. 196. Véase también Falcoff (1989).
[25] Banco Mundial (1980).
[26] Banco Mundial (1980).

subrayar la "fatiga" del sistema imperante y a resaltar el hecho de que "todo" tenía que "cambiar".[27] Se comenzaron a proponer y a desear soluciones radicales y globales.

Paradójicamente, pero siguiendo las tendencias ideológicas de la época, la insatisfacción con el rendimiento económico originó una mayor intervención gubernamental. El bajo crecimiento de la producción fue atribuido a una reticencia a invertir en el sector privado, y, por lo tanto, se crearon más empresas estatales o se expandieron las ya existentes. La dirección de la economía debía estar en manos del Gobierno para superar las deficiencias de un sector privado sobrerregulado. Además, según las enseñanzas keynesianas, la política fiscal se hizo cargo de promover el empleo. Se estima que durante la segunda mitad de los años sesenta el empleo en el sector privado sólo creció en 1% anual, mientras que en el sector público aumentó en 4,9% anual. Puesto que los partidos políticos se sentían obligados a ofrecer cada vez mayores transferencias de ingresos a sus electores, éstos se volcaron hacia políticas fiscales y monetarias excesivamente expansivas y "populistas".[28] El "realismo mágico" ha tenido un papel importante en la literatura latinoamericana contemporánea, pero también puede encontrársele en la política económica.

La causa inmediata de la historia inflacionaria de Chile (la tasa anual promedio era de 30% entre 1940 y 1970) fue la excesiva expansión monetaria para financiar el presupuesto fiscal.[29] Pero la causa última debe buscarse más atrás: en la lucha redistributiva.[30]

La inflación y las crisis de balanza de pagos se convirtieron en el tema central de la política chilena. Los cuatro gobiernos anteriores a 1973 intentaron aplicar algún plan de estabilización. Ninguno lo logró; no pudieron quebrar la dinámica inflacionaria de la lucha redistributiva. De hecho, estos planes a menudo se basaban en el control de precios y salarios, en la sobrevaluación del peso y en un aumento masivo de la deuda externa pública. Pero apenas se lograba algo de estabilidad temporal, resultaba necesario volver a las políticas expansionistas.[31] El control de los precios

[27] De ese modo, Pinto (1959) pudo proclamar que Chile constituía un caso de desarrollo "frustrado", y en la campaña presidencial de 1964 del candidato Frei pudo emplear el lema "todo tiene que cambiar".

[28] El término "populista" se utiliza aquí en el sentido dado por Dornbusch y Edwards (1989). Véase también Larraín y Meller (1990).

[29] La historia de la inflación en Chile ha acaparado una gran atención. Véanse Harberger (1959), Lüders y Arbildua (1969) y Sierra (1970).

[30] Véase Hirshman (1963).

[31] La inestabilidad política de los planes de estabilización ha sido analizada por Sjaastad (1974) en un excelente trabajo. El tema ha recuperado última-

y de las importaciones les aseguraban un respiro político antes de que las presiones inflacionarias se descontrolaran, pero toda expansión terminaba en una crisis de la balanza de pagos, en renegociaciones de la deuda externa, aumento de los controles a las importaciones, devaluación e inflación. La cantidad de promesas electorales insatisfechas y de planes fallidos de estabilización terminaron por desacreditar tanto a la democracia como a la empresa privada.

1. 3 Las nacionalizaciones y la crisis política

El objetivo principal de las intervenciones gubernamentales se desplazó gradualmente desde una mera apropiación de una parte de las rentas generadas por las distintas actividades económicas hacia la expropiación de los activos que producían esas rentas. Durante la segunda mitad de los años sesenta y a comienzos de los setenta, el centro del debate fue la distribución de la propiedad. La proposición económica fundamental del Gobierno de Allende fue una expropiación masiva de los medios de producción.[32]

Al quedar de manifiesto el fracaso de las políticas agrícola y del cobre imperantes surgió un consenso político respecto de la necesidad de nacionalizar los yacimientos de cobre y las tierras agrícolas. La nacionalización del cobre se inició durante la presidencia de Frei. En 1971, el Presidente Allende completó el proceso al nacionalizar sin compensación alguna todos los yacimientos de cobre de propiedad extranjera, de acuerdo a una reforma constitucional aprobada unánimemente por el Congreso.[33]

La atención política también se volcó hacia la propiedad privada en la agricultura. La Reforma Agraria fue propuesta como un remedio contra la ineficiencia de "terratenientes ausentes". De hecho, la falta de incenti-

mente vigencia en la literatura económica como el "problema de la inconsistencia temporal".

[32] El programa de la campaña de Allende postulaba la expropiación de todas aquellas actividades que condicionen en general el desarrollo económico y social del país, tales como la producción y distribución de la energía eléctrica; transporte por aire, agua y tren; las comunicaciones; la producción, refinación y distribución de petróleo, incluido el gas licuado; la siderurgia, la industria petroquímica, la industria química pesada, la celulosa y el papel (Unidad Popular, diciembre, 1969). Véase Arturo Fontaine Talavera, Harald Beyer y Eduardo Novoa (1990).

[33] Falcoff (1989).

vos económicos era tal que probablemente convenía dejar las tierras sin trabajar y utilizarlas como colateral para los préstamos bancarios subsidiados. Pero la posición opuesta ganó fuerza y a principios de los sesenta, bajo el conservador Gobierno del Presidente Alessandri, se aprobó una ley de Reforma Agraria. La consolidación de tal proceso fue una de las principales metas del gobierno de Frei (para este fin el Congreso aprobó una reforma constitucional) y fue completada por el Presidente Allende. En resumen, en 1973 las tierras expropiadas alcanzaban el 49% del total de tierras agrícolas (y 61 % de las tierras irrigadas).[34]

Mientras tanto, las empresas del sector industrial, que habían prosperado gracias a una barrera arancelaria altísima, también fueron blanco político.[35] Fueron acusadas, con razón, de prácticas monopólicas (el pequeño mercado local estaba protegido de la competencia externa) y sus ganancias se convirtieron en una tentadora presa para los competidores políticos. Vinieron primero el alza en los impuestos, el aumento de las reglamentaciones y de los salarios. Finalmente, sin embargo, el sector industrial privado siguió el curso de la minería y la agricultura: uno de los objetivos básicos del Gobierno de Allende fue la nacionalización de las principales industrias, la creación de un "área de propiedad social". Este constituyó el principal campo de batalla política durante sus tres años en el poder.

Debido a las intervenciones gubernamentales en el mercado de capitales, los bancos privados (y el Banco Central) estaban encargados de racionar los escasos y baratos créditos. No resulta sorprendente, entonces, que surgieran poderosos grupos económicos en torno a los bancos y que explotaran su acceso preferencial a los créditos. Los bancos también se convirtieron en blanco político. No sin algo de razón, fueron acusados de tener demasiado poder.[36] El origen del problema no radicaba en que fueran privados, sino en el racionamiento artificial de los créditos creado por la fijación de la tasa de interés y otras regulaciones. El Presidente Allende pensaba de otro modo, y en su discurso de Año Nuevo de 1971 (habiendo asumido hacía tan sólo 60 días) anunció su propósito de nacionalizar todos los bancos privados. En menos de un año, y sin una oposición significativa, el Gobierno había cumplido su objetivo.

[34] Véase Banco Mundial (1980).

[35] Lagos (1961) elaboró un influyente análisis de la estructura oligárquica de la industria y la banca durante la década de 1950.

[36] Véase Lagos (1961).

En suma, en tres de las cuatro décadas anteriores al Gobierno de Allende, Chile desarrolló un sistema económico mixto con amplia y creciente intervención estatal. El objetivo era captar para el Estado ciertas rentas económicas y canalizarlas hacia ciertos grupos predilectos. Estas políticas eran consideradas inofensivas desde el punto de vista de la eficiente asignación de recursos porque se pensaba que las personas eran relativamente indiferentes a los incentivos económicos. Pero, desde un punto de vista político, dichas transferencias de ingresos fueron el instrumento clave utilizado por los distintos partidos políticos para ganarse el apoyo de un electorado que crecía rápidamente.

Cuando los costos económicos de las intervenciones redistributivas se hicieron evidentes, el énfasis de las políticas públicas se volcó desde la redistribución del ingreso hacia la nacionalización de la propiedad. Esta tendencia se inició con la "revolución en libertad" del Presidente Frei; continuó con el patrocinio del sector más izquierdista de su propio partido (cuyo líder, Radomiro Tomic, fue el candidato democratacristiano para las elecciones presidenciales de 1970), que buscaba una "forma no capitalista de desarrollo", y fue llevada a su conclusión lógica con "el camino chileno hacia el socialismo" que propiciaba el Presidente Allende, el que difícilmente era compatible con un régimen democrático normal. Y Allende no hizo ningún esfuerzo por esconder este hecho cuando le dijo a Regis Debray: "He llegado a este cargo para realizar la transformación económica y social de Chile, para abrir la senda del socialismo. Nuestro objetivo es el socialismo marxista, científico, total" (Debray, 1971, p.118).[37] Y también en esa otra sombría declaración que hizo al mismo autor: "Respecto del Estado burgués que tenemos en este momento, estamos tratando de superarlo. De derrocarlo." (p.82).

El Gobierno de Allende se apoderó fácilmente de las minas de cobre, de una gran parte de las tierras agrícolas y de la mayoría de los bancos. La batalla política en favor de la nacionalización de las empresas industriales fue ardua.

Las expropiaciones no sólo alienaron a los inversionistas extranjeros y a las grandes empresas, sino también a los pequeños y medianos empresarios. Las asociaciones de camioneros, de dueños de autobuses y de minoristas lideraron la movilización social en contra del Gobierno de Allende. Algunos poderosos sindicatos laborales de clase media, como los

[37] Debray (1971) p.118.

trabajadores del cobre, se sumaron. El Gobierno de Allende intentó recuperar algo del apoyo político de estos grupos a través de políticas monetarias y fiscales altamente expansivas y populistas. La prosperidad originada por las políticas populistas duró poco (nunca dura mucho). El consiguiente brote inflacionario y la crisis de la balanza de pagos siguieron su curso natural. El Banco Mundial ha resumido las consecuencias económicas del camino hacia el socialismo de Allende en el siguiente párrafo lapidario:[38]

> Durante el período de 1971-1973 se "tomaron" cerca de 500 empresas y se expropió más de un cuarto del total de tierras agrícolas. El período se caracterizó por una profunda crisis económica y política. Antes de su fin, el PIB real per cápita y los salarios en términos reales habían descendido a niveles inferiores a los de 1970; la producción agrícola se encontraba al nivel de comienzos de los años sesenta; el déficit del Gobierno central excedía al 20% del PIB; en el mercado negro el tipo de cambio tenía un valor diez veces mayor que el cambio oficial y las reservas internacionales netas eran negativas. (Banco Mundial, 1980, p. iv).

2. LA CONSTRUCCIÓN DEL MODELO ECONÓMICO CHILENO

El régimen militar que siguió al golpe de Estado de 1973 puso en marcha una profunda reforma económica y social, la que condujo finalmente a una economía de mercado. Como se ha dicho, en Chile el libre mercado nació con un "pecado original".[39]

Los militares, liderados por el general Pinochet, gobernaron el país durante dieciséis años y medio con mano dura. El Congreso fue disuelto y los poderes legislativos se transfirieron a la Junta de Gobierno; un comité formado por los cuatro Comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas (Ejército, Armada, Fuerza Aérea y Carabineros). Los partidos políticos fueron proscritos y se prohibió toda actividad de oposición al régimen. Las libertades civiles fueron restringidas y hubo numerosos casos de violación a los derechos humanos.

[38] Las políticas económicas del Presidente Allende han sido analizadas y debatidas ampliamente. Véanse, por ejemplo, Bitar (1979), Larraín y Meller (1990), Dornbusch y Edwards (1989).

[39] Arturo Fontaine Talavera (1991).

Por otra parte, el mismo Gobierno cambió drásticamente la geografía económica chilena al reducir la intervención del Estado en la actividad económica y aumentar en igual medida la esfera de libertad individual.

La contradicción entre ambas caras del régimen de Pinochet ha inquietado a numerosos observadores y analistas. No trataré aquí muchos de los temas que suscita esta tensión entre la libertad económica y el autoritarismo político. Sólo me propongo discutir cómo esta asociación funcionó, de hecho, en la aplicación del modelo chileno.

La discusión está organizada de la siguiente manera: una primera subsección narra cómo llegaron al poder los economistas de libre mercado. La segunda describe el rendimiento macroeconómico de Chile durante la época de las reformas. La tercera trata de la economía política de estas reformas: las transacciones políticas necesarias para llevarla a cabo.

2.1 El surgimiento de los economistas de libre mercado

Si bien el derrumbe de la democracia chilena tuvo lugar en septiembre de 1973, el colapso del enfoque económico estatista que había predominado hasta entonces tardaría bastante más. De hecho, a pesar de que el nuevo Gobierno militar comenzó rápidamente a suprimir el control de los precios, a desmantelar regulaciones, a reformar el sistema tributario y a devolver las empresas nacionalizadas a manos privadas, estas decisiones no constituían todavía una visión coherente del futuro económico chileno. Si hubiera que ubicar el comienzo de la transición chilena hacia una economía de libre mercado en una fecha precisa, ésta sería abril de 1975, cuando Jorge Cauas, entonces Ministro de Hacienda, anunció su draconiano "Plan de Reconstrucción Económica".[40]

La idea de aplicar en Chile un modelo de libre mercado no era nueva, y los economistas que asumieron la responsabilidad estaban ligados a intentos anteriores. A mediados de los sesenta, una joven generación de economistas, graduados en universidades chilenas y en la Universidad de Chicago (cuyo Departamento de Economía mantenía un importante programa de apoyo a la Escuela de Economía de la Universidad Católica de Chile) pasaron a ejercer gran influencia intelectual.[41] Rápidamente es-

[40] Reimpreso en Méndez (1979).

[41] El modelo chileno constituye, de hecho, el resultado de una valiente y visionaria empresa a nivel intelectual. Un ejercicio de persuasión mediante el cual se capacitó a una élite intelectual a fin de remodelar el país. Pinera (1992)

tablecieron lazos con los hombres de negocios chilenos más modernos y con la ayuda de éstos formaron el primer centro de estudios de libre mercado en Chile. Ganaron influencia en la prensa, particularmente en el diario *El Mercurio*, que comenzó a publicar periódicamente sus "revolucionarias" opiniones en favor del libre mercado. Algunos de ellos fueron reclutados como tecnócratas por el equipo económico del Presidente Frei, otros fueron asesores económicos del Presidente Alessandri durante su candidatura presidencial en 1970. Estos dos grupos de economistas, que trabajaron para distintos partidos políticos, compartieron una experiencia frustrante en lo que respecta al *establishment* político y económico de la época. La política redistributiva descrita en la primera parte estaba bien enraizada, y tanto los políticos de izquierda y de derecha como los hombres de negocios se mostraban renuentes a abandonar las prácticas tradicionales.

Los economistas a favor del libre mercado se opusieron tenazmente a las políticas económicas del Presidente Allende y, de hecho, predijeron con bastante exactitud sus funestos resultados.[42] Debido a ello, posiblemente, recibieron el encargo de preparar un plan económico alternativo. Poco después del golpe los autores de este documento fueron llamados al Gobierno como asesores del equipo económico recientemente nombrado por el general Pinochet.[43]

El hecho de que un grupo de economistas partidarios del libre mercado, más tarde denominados "Chicago boys", se encontrara en puestos importantes de asesoría en el Gobierno chileno no significaba que los militares hubieran aceptado su programa económico de mercado libre. Fueron llamados principalmente en reconocimiento de su alto nivel profesional. La magnitud de la crisis económica exigía profesionales altamente capacitados y éstos no se encontraban, por cierto, entre los militares. Además los economistas de Chicago, considerados como tecnócratas apolíticos, podrían analizar los problemas económicos chilenos con una "visión fresca". En eso se parecían a los militares, quienes también consti-

describe este proceso bajo el título de "el poder de una idea". Desafortunadamente, aún no existe una descripción completa de dicha iniciativa. En Valdés (1989) se entrega una detallada pero muy sesgada visión de la sociedad que formaron la Universidad de Chicago y las universidades chilenas. Valdés ve en esta asociación algo así como como una conspiración imperialista.

[42] Bardón y otros (1972).

[43] Para una vivida narración de estos hechos, véase Arturo Fontaine Talavera (1988).

tuían un grupo "marginal" en relación al *establishment* político y económico de la época.[44] Los economistas de libre mercado tenían una visión verdaderamente revolucionaria. Pretendían derribar el sistema económico imperante y construir uno totalmente nuevo. Y no le temían a ningún grupo de interés opuesto a las reformas. El valeroso intento de comenzar una nueva etapa en la historia del país se ganó la simpatía de algunos militares, especialmente del general Pinochet.

Pero las simpatías se acababan ahí. Debido a su entrenamiento profesional, los militares tenían una visión nacionalista de la economía. Las políticas proteccionistas les parecían más propicias para la seguridad nacional que las propuestas de libre comercio. De modo similar, el estricto control gubernamental de las actividades económicas "estratégicas" parecía como la extensión natural, a la esfera económica, de su inclinación nacionalista. La retórica neoliberal de los economistas de Chicago provocaba no poca desconfianza. Y tal actitud no sólo estaba presente entre los militares sino también entre la mayoría de los partidarios civiles del Gobierno. El golpe había sido apoyado por los democratacristianos y los conservadores. Aunque formalmente disueltos, sus líderes tuvieron al comienzo gran influencia entre los militares. Por tradición y doctrina éstos estaban a favor del estatismo. Querían recrear el Estado redistributivo anterior a 1973.

Al final triunfaron los economistas de Chicago gracias a su contundente capacidad técnica —basada en la lógica aplastante de la teoría económica— y también en buena medida debido a factores exógenos. Una severa crisis de la balanza de pagos a principios de 1975 —consecuencia del alza de los precios internacionales del petróleo en 1973 y de la caída de los precios de los bienes en 1974— cambió el curso de los hechos. En una reunión histórica realizada en Viña del Mar, el general Pinochet y sus colaboradores más cercanos se abocaron a discutir dos planes de estabilización alternativos.[45] El primero, prudentemente gradual y basado en una creciente ayuda financiera internacional. El otro, un *shock* fiscal y monetario destinado a restaurar rápidamente la viabilidad de la balanza de pagos y a detener la espiral inflacionaria. El general —nada de amigo de las opciones tibias— escogió el tratamiento de *shock*. Intuía que la situación era extremadamente delicada y confiaba en la capacidad profesional de los tecnócratas que apoyaban la terapia de *shock*. En abril de 1975, Jor-

[44] Pinera (1990).
[45] Arturo Fontaine Aldunate (1988).

ge Cauas, Ministro de Hacienda, y Sergio de Castro, Ministro de Economía, con la ayuda de un amplio equipo de economistas jóvenes, comenzaron la construcción del modelo económico chileno.

2. 2 El entorno macroeconómico

Considerado en conjunto, el período comprendido entre 1975 y 1989 fue más bien pobre en lo que respecta a resultados macroeconómicos. En 1990 el PIB real per cápita sólo superaba en 20% el nivel de 1970 y el consumo real per cápita se encontraba 10% por debajo (véase Cuadro Nº 1).

Sin embargo, los resultados macroeconómicos debieran juzgarse considerando si políticas económicas alternativas hubiesen dado o no mejores resultados bajo las mismas circunstancias. Las circunstancias, en efecto, eran extremadamente adversas para la economía chilena durante el período en discusión, debido a i) la necesidad de recuperar el equilibrio macroeconómico luego de la aventura populista del Presidente Allende; ii) la fuerte caída de los términos de intercambio que, con algunas variaciones menores, prevaleció durante todo el período, y iii) los costos inevitables de echar a andar un modelo nuevo. Esto explica la gran volatilidad de los principales indicadores económicos durante el período (véase Cuadro Nº 2) y el consiguiente (bajo) promedio acumulativo.

CUADRO Nº 1 CHILE 1979-1990 INDICADORES MACROECONÓMICOS
(índices y porcentajes)

	1970	1975	1980	1985	1990
1 PGB real (per cápita)	100	81	108	95	120
2 Inflación* (%)	35	341	31	26	21
3 Consumo real (per cápita)	100	71	89	75	90
4 Tasa de inversión** (%)	20	15	18	15	20
5 Exportaciones totales** (%)	11	17	24	27	31
6 Términos de intercambio	100	55	52	34	50
7 Tasa de desempleo (%)	3,5	14,9	10,4	12,2	5,3
8 índice de salarios reales	100	66	122	113	128
9 Relación deuda externa/exportaciones***	2,2	2,4	1,6	4,0	1.5

* IPC de diciembre a diciembre.
** Como porcentaje del PGB.
*** Deuda de mediano y largo plazo en relación al total de las exportaciones.
Fuente: Banco Central de Chile.

CUADRO Nº 2 CHILE 1970-1980 AJUSTES Y RECUPERACIONES
(TASAS PROMEDIOS REALES EN PORCENTAJE, SALVO INDICACIÓN CONTRARIA)

	1974-75	1976-81	1982-83	1984-89
1 PGB real	-5,8	6,6	-8,3	6,4
2 Inflación*	358	26,5	21,9	20,3
3 Consumo real	12,7	6,8	-9,2	4,5
4 Inversión real	-4,0	14,5	-27,6	14,3
5 Exportaciones reales	22,2	10,7	2,4	9,0
6 Importaciones reales	-20,4	18,7	-26,5	11,3
7 Tasa de desempleo**	14,9	11,3	14,6	5,3
8 índice de salarios reales	-4,3	12,4	-5,0	0,6
9 Deuda externa	3,1	3,1	3,8	1.7
10 Términos de intercambio	-33,1	0,5	-3,4	1,7

*** Inflación anual promedio (IPC).**
**** Medida como porcentaje de la fuerza de trabajo al final de cada período.**
***** Como proporción de exportaciones al final de cada periodo.**

Uno de los rasgos más dramáticos (y a menudo pasado por alto) de la reciente historia económica chilena es el enorme deterioro que experimentaron sus términos de intercambio. Desde un índice de 100 en 1970, éstos cayeron a 55 en 1975, como consecuencia de la crisis, ya mencionada, del cobre y del petróleo. El índice mostró una leve recuperación en la segunda mitad de los años setenta, pero volvió al 52 en 1980 y bajó incluso a 34 en 1985. Durante la segunda mitad de 1980, los términos de intercambio se recuperaron parcialmente, pero en 1990 seguían por debajo de los niveles de 1970 (véase Cuadro Nº 1).

La crisis de 1975 fue enfrentada con un severo programa de estabilización que, aunque no oficialmente respaldado por el Fondo Monetario Internacional (FMI), tenía todos los ingredientes propios de una receta del organismo. Se disminuyó fuertemente el gasto fiscal (en 15% los realizados en moneda local y en 25% todos los correspondientes a moneda extranjera) y se aumentaron las tasas de impuesto. El resultado fue dramático: el gasto corriente del Gobierno descendió a 31% del PIB en 1975 comparado con 41% que alcanzaba dos años antes, y los ingresos públicos aumentaron en 7 puntos del PIB hasta alcanzar 27% en esos dos años. Por consiguiente, el déficit general del sector público se redujo de un nivel récord de 30% en

1973, a 2% del PIB en 1975. En 1976 el empleo del sector público era 30% menor a 1973. Otras medidas incluyeron una fuerte devaluación del peso (26% en términos reales sobre las devaluaciones anteriores de fines de 1973 y 1974), y una política monetaria contractiva que debió congelar algunos depósitos privados de gran liquidez en el sistema de ahorro y préstamo.[46]

Por supuesto que el ajuste tuvo un costo muy alto en términos sociales y políticos. En 1975, el PIB real cayó en 12,9% y el desempleo alcanzó al 14,9% de la fuerza laboral. Los salarios reales, sin embargo, disminuyeron sólo 2,7%, gracias al establecimiento de un régimen de reajustes trimestrales. El duro programa de estabilización fue fuertemente resistido por los empresarios y personalidades civiles cercanas al Gobierno militar. El ex Presidente Frei, hasta ese momento partidario del Gobierno militar, proclamó públicamente su oposición a las políticas económicas. La mayoría de sus seguidores en puestos oficiales comenzaron a abandonar el Gobierno.

La pregunta que cabría plantearse es si ese duro programa de estabilización hubiera sido posible bajo un régimen democrático. El ajuste era inevitable, una recesión mundial había reducido a la mitad los términos de intercambio chilenos, y Chile ya no disponía de reservas internacionales ni de créditos. Ningún régimen político puede ignorar sistemáticamente la realidad. Políticas económicas alternativas probablemente podrían haber pospuesto en algo las severas medidas, pero, tarde o temprano, la amarga medicina tendría que ser aceptada. La década de 1980 mostró en Argentina, Bolivia, Brasil, México y Perú que los costos sociales, de no someterse a programas de ajuste, pueden ser inmensos. El decenio de 1990 puede terminar demostrándonos que los gobiernos democráticos de América Latina, después de todo, también pueden aplicar políticas de ajuste exitosas.

La emergencia macroeconómica proporcionó también la oportunidad política para comenzar a aplicar importantes reformas estructurales. En 1975, por ejemplo, se levantó la mayoría de los controles a los precios, el peso fue devaluado, se restringió el gasto público, se eliminaron subsidios, se liberalizaron las tasas de interés, etc. El equipo económico explotaba rápidamente la emergencia para lograr que todas estas medidas fueran aprobadas por las autoridades políticas. La adopción de tales medidas estructurales durante la crisis macroeconómica ha sido más tarde criticada

[46] Véanse Cauas y De la Cuadra (1981), Harberger (1982), Edwards y Edwards (1987) y Larraín (1991).

debido a su potencial impacto desestabilizador, pero su adopción obedeció a razones de táctica política.[47]

El programa comenzó a mostrar resultados favorables hacia fines de 1975. La posición de la balanza de pagos mejoró y la inflación comenzó a disminuir. A mediados de 1976, el Banco Central pudo anunciar orgullosamente una revaluación de 10% del peso, decisión que señalaba claramente que la crisis había sido superada. A pesar de que aún vendría una severa crisis bancaria (a fines de 1976), la revaluación del peso marcó un vuelco en las expectativas del sector privado: el influyente diario *El Mercurio* se refirió a ella como el comienzo del "despegue" económico, y los futuros acontecimientos le dieron la razón.

Entre 1976 y 1979 la economía chilena vivió una saludable expansión liderada por las exportaciones, la que culminaría en el *boom* de inversión y consumo de los años 1980-1981. Entre 1976 y 1981 el PIB real creció a una tasa anual de 6,6% y las exportaciones lo hicieron al 10,7% anual en términos de volumen. La inflación, que en 1975 alcanzaba a un 370% anual, disminuyó gradualmente hasta llegar a 33% en 1979 y a 9% en 1981 como consecuencia de la persistente disciplina fiscal y monetaria (véase Cuadro Nº 2). Los salarios reales aumentaron en una tasa promedio anual de 12,4%. La deuda extema neta también bajó de un nivel equivalente a tres veces las exportaciones en 1975, a 1,6% en 1979 y posteriormente comenzó a crecer a pasos agigantados debido al endeudamiento del sector privado.[48]

A fines de este período el crecimiento económico se vio estimulado por políticas macroeconómicas que, quizás inadvertidamente, se hicieron expansionistas. Al mismo tiempo que se flexibilizaron las restricciones al flujo de créditos extranjeros, el tipo de cambio se mantuvo fijo. Esto tuvo como resultado una aguda apreciación real del peso, una fuerte expansión monetaria, un acelerado crecimiento de los salarios reales y un *boom* del mercado de valores. Incluso la política fiscal, piedra angular del ajuste de 1975, se tornó expansiva en 1980-1981. El cambio se debió probablemente a una combinación de factores: la percepción de que los términos de intercambio mejorarían, que siempre habría abundante financiamiento ex-

[47] Foxley (1983a) argumenta que el control de los precios bajo fuertes presiones inflacionarias alimentó expectativas inflacionarias y aumentó los costos de la estabilización.

[48] Un análisis de este período se puede encontrar en Edwards y Edwards (1987). Véanse también Balassa (1984), Mamalakis y otros (1984) y Juan Andrés Fontaine (1983).

terno y cierto optimismo excesivo acerca de las capacidades de autoajuste de una economía abierta. Pero también fue la consecuencia de cierto grado de fatiga política con las penurias del ajuste, las que se reflejaban aún en un alto desempleo y altas tasas de interés, en particular cuando se acercaba el crucial plebiscito constitucional de 1980.

De cualquier modo, lo que importa es que la mayoría de las más importantes reformas estructurales que crearon la economía de mercado en Chile fueron planificadas y ejecutadas en el marco de una economía en rápido crecimiento. Un efecto político del progreso económico fue el afianzamiento de la posición de los economistas de libre mercado dentro del Gobierno militar y frente a la opinión pública. Las reformas estaban rindiendo los primeros frutos. Además, los mayores ingresos fiscales brindaban la posibilidad de administrar ciertos subsidios —como veremos más adelante— y aminorar así la oposición a las reformas.

Las ideas del libre mercado se difundieron y discutieron ampliamente.[49] Las consiguientes reformas fueron públicamente respaldadas por economistas de renombre mundial que visitaban el país, por banqueros y funcionarios de organismos internacionales, llegando a ser reconocidas como la "modernización" de la sociedad chilena. El brote de optimismo provocado por el auge económico y la amplia propagación de ideas de libre mercado sorprendieron a los grupos opositores con la guardia baja. Por primera vez los intelectuales y políticos de tendencia izquierdista se encontraron en una posición conservadora: debían defender el antiguo orden.[50] Aparentemente, comenzaron a leer a autores liberales y a revisar sus posiciones anteriores.

El optimismo se acabó repentinamente cuando se desató la "crisis de la deuda". La sobrecalentada economía chilena de 1981, golpeada por el alza de las tasas de interés internacionales y una nueva caída en los términos de intercambio, se vio nuevamente sumergida en una depresión de la magnitud de la de 1975.[51]

[49] Gran influencia tuvieron *El Mercurio* (véanse sus suplementos "Semana Económica" y "Semana Política", publicados los sábados y domingos, respectivamente), y *Economía y Sociedad* (y su predecesor, *Informe económico CNV),* editado por José Pinera en los períodos 1976-1979 y 1982-1988. Además, pensadores liberales como Friedrich A. von Hayek y Milton Friedman fueron ampliamente leídos y celebrados.

[50] Vergara y Moulián (1980).

[51] El debate en torno a qué fue lo que falló en la economía chilena de principios de los ochenta ha sido largo y acalorado. Un buen ejemplo de ello se puede encontrar en la mesa redonda "¿Qué pasó con la economía chilena?", cuyos resultados se publicaron en *Estudios Públicos* 11 (1983). Ffrench-Davis

Dada la importancia política de esta nueva crisis y de sus consecuencias, volveremos a referirnos a ella en la siguiente sección. Cabe consignar aquí, sin embargo, que estuvo a punto de hacer naufragar el modelo chileno. Los economistas de oposición nunca previeron que la economía se recuperaría rápidamente de la depresión de 1982-1983 y sostuvieron que la raíz del problema estaba en una excesiva liberalización de la economía. Escribieron documentos y libros explicando "el porqué del fracaso", bajo títulos tales como: *Auge y caída del neoliberalismo en Chile* (Vergara, 1985) o *Después del monetarismo* (Foxley, 1983b), queriendo decir en realidad, "después del capitalismo". Recuerdo que uno de ellos, incluso, dijo una vez, en un debate sobre el tema, que la discusión era, de hecho, la "autopsia" del modelo chileno.

Lo sorprendente es que el modelo de libre comercio sobrevivió finalmente. Luego de habérsele declarado muerto durante los turbulentos años de 1982-1984, renació más fuerte y saludable entre 1985-1989. Durante esta época no sólo se reanudó el crecimiento en la producción y el empleo, sino que además se consolidaron y profundizaron las reformas de la economía de libre mercado.

2. 3 El proceso de reforma

Las reformas de libre mercado abarcaron todas las áreas de importancia económica. Su objetivo era desmantelar el régimen intervencionista creado durante tres o cuatro décadas de políticas redistributivas como las descritas en la primera sección. Estas reformas señalaban un quiebre radical con las políticas económicas previas, y en este sentido resultaban verdaderamente revolucionarias. Ellas se aplicaron, sin embargo, en forma gradual y en dos fases: 1975 a 1981 y 1985 a 1989.

Las reformas abarcaron esencialmente cinco áreas:[52] i) una redefinición del papel del Estado, que eliminó los déficit fiscales crónicos,

responsabilizaba de la crisis a la excesiva apertura y liberalización de la economía. El mismo Ffrench-Davis desempeñó un papel protagónico en la oposición al modelo chileno y actualmente es un cercano asesor del Ministro de Hacienda. Juan Andrés Fontaine argumenta que la mezcla de políticas macroeconómicas fue inadecuada, pero que dicho error no invalida la aplicación de las reformas de libre mercado. Para otros puntos de vista, véase también García y Wisecarver.

[52] Aún no se ha publicado una completa descripción de las reformas introducidas en Chile entre 1973 y 1989. El primer período (1973-1981) se puede estudiar en Edwards y Edwards (1987), Méndez (1980) y Banco Mundial (1980).

redujo el gasto fiscal y los impuestos, levantó los controles de precios, liberalizó los mercados y privatizó la mayor parte de las empresas estatales, el sistema de segundad social y (parcialmente) la educación y la salud; ii) la apertura de la economía al mundo exterior a través de la eliminación de todas las barreras no arancelarias a las importaciones, la sustitución de una estructura arancelaria alta y diferenciada por una tasa arancelaria baja y cuasi uniforme, la aplicación de una política cambiaria realista, la reducción de controles cambiarios y la abolición de todas las restricciones a las importaciones; iii) la creación de un mercado de capitales libre, mediante la supresión del límite máximo de las tasas de interés y los controles de crédito, la liberalización de la inversión extranjera y el establecimiento de un Banco Central independiente; iv) la flexibilización de los mercados laborales, mediante la reducción del poder monopólico de los sindicatos laborales y la eliminación de la mayoría de las barreras de entrada a las diferentes ocupaciones, la disminución de las restricciones a los despidos y eliminación virtual de la intervención gubernamental en la negociación de los salarios privados, y v) el fortalecimiento de una "red social" con el fin de mejorar las condiciones de los más pobres (y protegerlos de las penurias del ajuste económico) a través de varios programas gubernamentales eficientemente diseñados y cuidadosamente dirigidos.[53]

Sería muy extenso describir en detalle todas estas reformas, sus logros y debilidades. En esta sección me concentraré más bien en algunos puntos centrales del *proceso* de reforma.

Las reformas fueron aplicadas por un régimen autoritario. Muchas de ellas implicaron modificaciones a la legislación. Las leyes debían ser aprobadas unánimemente por los cuatro miembros de la Junta de Gobierno, luego de la opinión de comisiones legislativas que integraban personalidades designadas por la Junta. Entre éstas se encontraban dirigentes de partidos políticos conservadores, ex ministros, profesores universitarios y empresarios. Puesto que la actividad política estaba proscrita, las discusiones en las comisiones y la Junta constituían *el* filtro político de las propuestas que hacían los economistas del Gobierno. Como el campo de argumentos de política económica es bastante limitado, este proceso político "cerrado" reproducía, de hecho, muchos rasgos de los sistemas abiertos.

Por supuesto que el proceso legislativo difería mucho del de un proceso democrático normal. Sin embargo, de ninguna manera se encon-

[53] Por falta de espacio no abordaremos en este trabajo esa vital área de las políticas económicas y sociales. Castañeda (1990) y otros ya han emprendido esta tarea.

traba cerrado al debate o a la confrontación. La política económica era el único campo en el que el Gobierno militar toleraba la discusión abierta. Los diarios y radios (aunque no la televisión, controlada por el Estado) publicaban constantemente las críticas a la política económica que formulaban los empresarios, líderes sindicales, economistas y comentaristas políticos.[54] Los miembros de la Junta y de las comisiones legislativas eran sumamente sensibles al debate público. Durante el proceso legislativo, representaban a menudo las opiniones críticas publicadas en la prensa.[55]

De hecho, como suele ocurrir en los regímenes autoritarios, el debate más importante se produjo entre los partidarios del régimen militar. La "oposición interna" la conformaban algunos generales de importancia, líderes empresariales y políticos conservadores.[56] En lo que respecta a la "oposición externa", a cargo de los adversarios políticos del Gobierno, su influencia directa estaba limitada por el alto costo que implica ejercer la oposición política bajo condiciones autoritarias. No obstante, en la esfera de la política económica eran activos en sus "centros de estudio", tenían acceso a la prensa y a la radio y ejercían gran influencia sobre los ampliamente respetados obispos de la Iglesia Católica, que fueron bastante críticos de algunas de las reformas. Después de 1983, cuando se retomó la actividad política abierta, las organizaciones políticas de la oposición lideraron la resistencia contra las reformas.

Naturalmente, el proceso de reforma tomó en cuenta las restricciones políticas impuestas por las fuerzas de oposición internas y externas. La secuencia de las reformas no siguió un "plan maestro", que estableciera un camino óptimo para ellas. Las autoridades económicas sabían perfectamente hacia dónde deseaban llevar al país, pero el avance en esa dirección era determinado en gran medida por las circunstancias económicas y políticas. Las propias reformas fueron menos drásticas y radicales de lo que generalmente se piensa. En comparación con recientes ejemplos en Amé-

[54] Véase, por ejemplo, Arellano y otros (1982). En 1978 y 1980, el Gobierno militar convocó a una consulta electoral y a un plebiscito, respectivamente. En aquella época, a la mayoría de los grupos oficialistas les pareció adecuado dejar en claro que votarían a favor del Gobierno, a pesar de su fuerte rechazo a las políticas económicas implantadas por éste.

[53] Por ejemplo, me tocó asistir a todas las sesiones de las comisiones legislativas dedicadas a discutir la ley que otorgaba la independencia al Banco Central. El proyecto de ley fue duramente criticado por la oposición, y la mayoría de sus argumentos fueron seriamente analizados en dichas sesiones.

[56] Para lograr una apreciación de estos debates, véanse Arturo Fontaine Aldunate (1988) y Piñera (1990, 1991).

rica Latina y Europa del Este, fueron bastante graduales, demorándose en algunos casos, como en el proceso de privatización, alrededor de 15 años. Como se señaló en la sección anterior, algunas medidas de estabilización debieron actuar como una especie de "terapia de *shock"*, pero éstas no constituyen reformas estructurales sino decisiones monetarias o fiscales de emergencia como aquellas que debe enfrentar cualquier gobierno que sufre una crisis fiscal o de balanza de pagos. Las reformas estructurales, en cambio, se introdujeron poco a poco y en muchos casos incluyeron algunos elementos heterodoxos, cuidadosamente diseñados para facilitar la transición hacia una economía de mercado.

Con el fin de analizar cómo funcionaron específicamente esos rasgos del proceso de reforma, se describirán a continuación la reforma comercial, la privatización de las empresas estatales y las reformas del mercado laboral.

a) La apertura de la economía [57]

Hacia fines de 1973 la economía chilena estaba virtualmente cerrada al comercio exterior. Los aranceles de importación promediaban el 105% y variaban entre 0 y 105%. Las importaciones también estaban limitadas por amplias barreras no arancelarias (para 2.300 posiciones arancelarias se requería de licencias previas, mientras que otras 3.000 se encontraban prohibidas) y por diez distintos tipos de cambio oficiales fijados por el Banco Central para diferentes transacciones. Detrás de estas barreras había surgido una base manufacturera políticamente poderosa, pero económicamente débil. Por otra parte, la orientación hacia el interior de la economía había perjudicado el crecimiento de las exportaciones, concentrándolas en sólo algunos productos, especialmente el cobre (75% del total de las exportaciones).

La tarea de la reforma comercial era liberalizar las importaciones y reducir y unificar los aranceles con el fin de establecer las bases para un crecimiento económico liderado por las exportaciones. El equipo económico estaba convencido de la crucial importancia de esta reforma: ella estaba destinada a proporcionar la piedra angular de la nueva estrategia de desarrollo. Pero el ritmo óptimo de las reformas no estaba claro. Por una parte parecía prudente levantar gradualmente las restricciones a las importaciones, de acuerdo a un cronograma preanunciado: así, las industrias

[57] Véase Cauas y De la Cuadra (1981).

sustituidoras de importaciones dispondrían de tiempo para adecuarse a la competencia externa y las nuevas empresas de exportación para absorber la mano de obra liberada por aquellas incapaces de competir. Después de todo, incluso Adam Smith favoreció el enfoque gradualista en esta materia.[58] Por otra parte, ese mismo espacio temporal podría ser utilizado por grupos de interés vinculados a los sectores afectados para detener las reformas. En general, el camino escogido en Chile fue el de disminuciones arancelarias esporádicas, pero sorpresivas, repartidas a lo largo de un período de seis años.

Ya en 1973 se adoptaron los primeros pasos. En octubre de ese año se devaluó fuertemente el peso y en pocos meses el tipo de cambio fue virtualmente unificado. Casi todas las barreras no arancelarias se suprimieron entre 1974 y 1975. Pero el proceso de reducción de aranceles demoró mucho más.

El objetivo de la liberalización comercial fue tempranamente anunciado por el Gobierno militar, pero no se establecieron entonces metas o cronogramas específicos, excepto que el arancel máximo debía ser menor al 60%.[59] Más tarde las autoridades anunciaron un sistema diferenciado con aranceles que fluctuaban entre 10 y 35%. Esta vez se estableció un cronograma detallado para lograr gradualmente el objetivo. Pero en 1977 se determinó una nueva meta y otro cronograma para lograr en 1979 un arancel uniforme de 10%.

El proceso no termina aquí. La crisis de 1982-1983 provocó una regresión, y los aranceles fueron aumentados a 20% en 1983 y a 35% en 1984; luego volvieron a bajar esporádicamente y sin anuncio previo hasta llegar a 15% en 1988. El último capítulo de esta historia lo constituye la decisión de junio de 1991 del nuevo gobierno democrático, aprobada en el Congreso por todos los partidos políticos, de reducir los aranceles uniformemente a 11%.

La reducción de los aranceles a las importaciones habría sido políticamente mucho más difícil de aplicar si no hubiera ido acompañada por determinadas devaluaciones del peso. Esto cumplía un doble propósito: por una parte, las devaluaciones del peso aumentaban los precios en pesos de los bienes importados, lo cual neutralizaba parte del impacto negativo de la desgravación arancelaria sobre las empresas substituidoras de importaciones. Por otro lado, la devaluación aumentaba las ganancias de las

[58] Smith (1789), pp. 435-36.
[59] Cauas y De la Cuadra (1981).

industrias exportadoras, lo cual aseguraba su apoyo y les señalaba las áreas hacia las que debían destinarse las inversiones.

Gradualmente el sector exportador se convirtió en un poderoso aliado de las reducciones arancelarias. Se opuso, por ejemplo, al aumento de aranceles decretado por el gobierno en 1983-1984 para compensar la pérdida de ingresos fiscales causada por una baja en el precio internacional del cobre. En 1984 las principales asociaciones empresariales estaban controladas por los exportadores, incluida la que representaba al sector manufacturero, SOFOFA, que irónicamente había sido creada a fines del siglo pasado para abogar en favor de la protección.[60] Esto proporcionó el respaldo político necesario para continuar con las reducciones arancelarias en 1985 (nuevamente acompañadas por devaluaciones del peso). La última reducción arancelaria, en junio de 1991, fue, en general, apoyada por las asociaciones empresariales.

La estrategia de reducir los aranceles en forma gradual y a la par con devaluaciones del peso resulta menos popular para los consumidores que una sin esas devaluaciones compensatorias. Esto se debe a que en el primer caso los precios de las importaciones disminuyen menos que en el segundo. La disminución de los aranceles puede ser bastante popular si no va acompañada de una devaluación, porque contribuye a bajar la inflación y aumenta el poder adquisitivo de los salarios. En el caso chileno, y a pesar de que los precios de algunos bienes de consumo fuertemente protegidos cayeron sustancialmente (automóviles y productos electrónicos), la mayoría de los alimentos importables y exportables aumentaron sus precios por la devaluación del peso.[61] La estrategia chilena fue eficiente en términos de ganar el apoyo de los grupos empresariales, pero no de la población en general. Esto podría explicar por qué las recientes políticas de reducción arancelaria en Argentina, Bolivia, México y Perú —aplica-

[60] El año 1983 se produjo *en* la SOFOFA una confrontación histórica entre los proteccionistas y aquellos que apoyaban el libre comercio, controversia que fue ganada, aparentemente, por estos últimos. Otros grupos claves de apoyo al libre comercio fueron la Sociedad Nacional de Agricultura (en la cual los tradicionales productores de granos fueron sustituidos por los nuevos empresarios frutícolas orientados a los mercados exportadores), la Sociedad Nacional de Minería (este rubro constituye una industria exportadora en Chile) y la Cámara Nacional de Comercio (donde los importadores asumieron el liderazgo y, de ese modo, apoyaron al libre mercado). La oposición al libre comercio se redujo a algunos segmentos de la SOFOFA (sectores importadores sustitutivos de importaciones, tales como la industria textil y la de maquinaria) y a los representantes no demasiado influyentes de la pequeña empresa.

Valdés y otros (1990).

das quizás con la mirada puesta en futuras elecciones— han sido comparativamente más rápidas y sin una devaluación compensatoria.

b) La privatización de las empresas estatales

En 1973 no sólo el gasto fiscal y la carga tributaria eran muy altos en proporción del PGB (40 y 25%, respectivamente en 1973),[62] sino que además el Gobierno era propietario de empresas en todas las áreas claves. Algunas de ellas habían sido creadas por el Estado en décadas anteriores con el objetivo de promover ciertas actividades. Otras habían caído en manos del Estado a través de la expropiación a nacionales y extranjeros a principios de los años setenta. Y un tercer grupo de empresas había sido directamente confiscado por el Gobierno socialista. Se ha estimado que en 1973 las empresas del Estado proporcionaban el 85% del valor agregado del sector minero, 40% del área manufacturera, 70% del sector de transporte y comunicaciones y 85% del área de servicios financieros.[63]

La privatización de las empresas en manos del Gobierno fue un proceso complejo y lento. El primer paso fue la devolución de las empresas y tierras agrícolas a sus dueños, cuando éstos habían sido ilegalmente expropiados por el Gobierno socialista. La reprivatización de las tierras agrícolas, de los bancos y de la mayoría de las empresas industriales y comerciales nacionalizadas se efectuó entre 1974 y 1980, pero en 1981 la porción del PIB controlada por las empresas del Estado continuaba siendo superior a la de 1965, el primer año de la presidencia de Frei.[64] La crisis de 1982-1983 causó una seria regresión en el proceso de privatización cuando los bancos con problemas financieros y sus empresas fueron intervenidos por el Estado. El proceso de privatización continuó en 1985 y sólo entonces comenzó a afectar a las propiedades más importantes del Estado: minería, electricidad, telecomunicaciones, acero, líneas aéreas, etc. Pero a fines del Gobierno militar, en 1989, el Estado aún controlaba compañías clave, tales como CODELCO y ENAMI (que son responsables del 80% de las exportaciones de cobre), ENAP (la única refinería de petróleo), Banco del Estado (el principal banco comercial), EMPORCHI (que administra casi todos los puertos), ferrocarriles y una treintena de otras empresas.

El proceso de privatización se vio enfrentado a serios problemas políticos y económicos. El problema político estaba en que las empresas

[62] Larraín (1991).
[63] Larroulet (1984).
[64] Larroulet (1984).

estatales servían de proveedores de subsidios a los consumidores, a los proveedores o a sus empleados. Poderosos grupos de interés se oponían a todas las privatizaciones que realizaba el Gobierno. Los argumentos de seguridad nacional, las preocupaciones nacionalistas acerca de un eventual control excesivo de los inversionistas extranjeros y una cierta desconfianza en los empresarios privados tenían considerable peso, por cierto, entre militares y civiles conservadores.

Las consideraciones políticas, por consiguiente, tuvieron gran influencia en el camino que siguió el proceso de privatización. No se anunció ningún programa de privatización que contuviera una lista de las empresas en venta. Por el contrario, se prefirió un enfoque individual, caso por caso.[65] Un ejemplo de esto lo constituye la venta de las empresas tradicionales del Estado entre 1984-1989. Se aprobó una ley que permitía la venta de hasta un 30% de las acciones de cada empresa. Cuando el proceso hubo terminado en forma satisfactoria, se aprobaron y aplicaron los siguientes pasos para la privatización de las acciones restantes. Aparentemente no se fijaron prioridades claras respecto de cuáles empresas debían privatizarse primero. De modo que en 1989 se habían resuelto complejos casos de tarificación de monopolios naturales con el fin de privatizar las telecomunicaciones y la electricidad, mientras que áreas más obvias a ser privatizadas, como los yacimientos cupríferos, el banco comercial del Estado y la lotería estatal, aún se encontraban en manos del Gobierno. La explicación de esta aparente paradoja radica simplemente en que los grupos de presión contrarios a las privatizaciones fueron más poderosos en estos últimos casos que en los primeros.

El impulso privatizador debió encarar dificultades económicas no menos importantes. Por una parte, la mayoría de las empresas gubernamentales arrojaban pérdidas, y había que decidir entre venderlas tal como se encontraban o hacerlo después de que su situación hubiera sido saneada. La primera opción tenía la ventaja de la rapidez, pero la desventaja de dejar en manos de los nuevos dueños decisiones difíciles respecto de aumentos de precios y disminución de personal y de salarios. El riesgo consistía en que la incapacidad de aplicar tales medidas podría causar la quiebra de las nuevas empresas privatizadas y hacer necesario un rescate a través de nuevos subsidios gubernamentales. La opción alternativa era poner primero las empresas por privatizarse bajo la dirección de ejecuti-

[65] El proceso de privatización en Chile tiene algunas similitudes con el caso británico. Véase Walters (1987).

vos competentes y convertirlas en empresas rentables. Después se diseñarían y aplicarían disposiciones apropiadas, como la fijación de precios conforme al costo marginal para monopolios naturales; luego se pondrían en venta las acciones. Obviamente el riesgo de esta opción era que una vez que las empresas se hubieran convertido en una fuente de ingresos para el Gobierno, el siempre poderoso argumento presupuestario para la privatización perdería fuerza. En todo caso, en general, fue este segundo camino el que se siguió en Chile y eso también explica por qué el proceso de privatización demoró tanto.[66]

La otra decisión fundamental en un proceso de privatización es a quién vender. Esto depende en gran medida de si el propósito de la privatización es maximizar los ingresos del Gobierno o algún otro objetivo como, por ejemplo, diseminar la propiedad accionaria. A este respecto se pueden identificar dos fases claramente diferentes en el proceso de privatización chileno. Durante la primera, entre 1974 y 1980, prevalecieron las consideraciones presupuestarias fiscales.[67] Las privatizaciones efectuadas durante este período fueron muy criticadas, posteriormente, por haber concentrado demasiado poder en manos de algunos grupos económicos.[68] En la segunda fase, durante el programa de privatizaciones de 1985-1989, se tomó la decisión de repartir la propiedad lo más posible. Se aplicaron diversos mecanismos, algunos de los cuales implicaron subsidios. Se permitió que los trabajadores de las empresas a ser privatizadas (y más tarde todos los empleados de la Administración Pública) pudiesen exigir a sus empleadores un pago previo de la indemnización que recibirían para utilizarlo en la compra de acciones de las empresas. Se establecieron líneas de crédito subsidiadas con el fin de ayudar a los pequeños inversionistas a comprar acciones de las empresas en proceso de privatización, y las sociedades inversionistas creadas por algunos de ellos tuvieron acceso a créditos adicionales en el banco estatal para que pudieran adquirir más acciones.[69] En algunos casos se otorgaron exenciones al impuesto a la renta. Los nuevos fondos de pensiones también fueron importantes compradores de las acciones transadas en la Bolsa y gozaron de algunos

[66] Algunos de estos temas se discuten en Alé (1990) y Larroulet (1991).

[67] Hachette y Lüders (1992) han planteado la distinción entre estas dos fases del programa de privatización.

[68] Dahse (1979). Dichas privatizaciones también fueron criticadas por haber sido transadas a precios muy bajos. Véase Marcel (1989).

[69] Para una discusión de estos mecanismos en el caso de la privatización de las empresas de electricidad, véase Beyer (1988).

privilegios legales, tales como el derecho a vender las acciones nuevamente al Gobierno en algunos casos excepcionales.

La decisión de privatizar mediante la venta de acciones a los trabajadores y a pequeños inversionistas tuvo importantes consecuencias políticas. El programa de "capitalismo popular", como se le denominó, aumentó enormemente la cantidad de accionistas y creó, de ese modo, un influyente electorado a favor del proceso. Masiva y voluntariamente los trabajadores de las empresas privatizadas decidieron comprar acciones, a pesar de los reclamos de los dirigentes de los respectivos sindicatos laborales. Las reformas desplazaron a los dirigentes y apelaron directamente a las personas. El Gobierno actual, a pesar de haber anunciado una "revisión" de las privatizaciones debido a su supuesta falta de "transparencia", no ha podido o querido tomar medidas al respecto.[70]

c) Las reformas del mercado laboral

Las reformas al mercado laboral se comenzaron a introducir bastante tiempo después de iniciado el proceso, nuevamente debido a las dudas doctrinarias (¿debía dejarse entregada la subsistencia de los trabajadores a los avatares de la demanda y la oferta?) y a las realidades políticas (el temor a una ola de huelgas). Bajo condiciones de severo control político —las huelgas estaban prohibidas, los dirigentes sindicales eran nombrados por el Gobierno, la Central Unitaria de Trabajadores (CUT) estaba proscrita— no se aplicó ninguna medida de liberalización de los mercados laborales hasta el año 1979. Por el contrario, probablemente en un esfuerzo por conformar un "electorado" de líderes sindicales políticamente leales, se introdujo un mecanismo semiautomático de indexación de los salarios y pensiones de los trabajadores del sector público y privado. El salario mínimo fue aumentado significativamente en términos reales. El consiguiente crecimiento de los salarios reales durante la segunda mitad de los años setenta fue probablemente la causa de las persistentemente altas tasas de desempleo.[71] De este modo, la política tradicional de intervención gu-

[70] El programa de la campaña de Aylwin empleó el concepto ambiguo de una "revisión" de las privatizaciones, pero la percepción general fue de que algunas de ellas se revertirían. Una vez en el Gobierno, el Presidente Aylwin formó una comisión encargada de investigar las privatizaciones previas, pero dicha comisión no ha planteado ninguna denuncia específica. Por otra parte, el Gobierno ha resistido la presión que han ejercido los partidos opositores a fin de que reasuma el programa de privatizaciones.

[71] Para un análisis de esta materia, véase Edwards y Edwards (1987).

bernamental en el mercado laboral fue mantenida por el Gobierno militar durante los primeros seis años de gobierno.

Recién en 1979-1980, cuando la economía se encontraba en su punto máximo y la influencia de los economistas de libre mercado había crecido en forma considerable, comenzaron a ser abordadas las distorsiones del mercado laboral. Bajo la dirección de José Pinera, Ministro del Trabajo, se realizó una completa revisión de la legislación laboral y del sistema de seguridad social. Las presiones externas (la amenaza de un boicot laboral a las exportaciones chilenas en los puertos norteamericanos) convencieron al Gobierno militar de liberalizar el mercado laboral y levantar la prohibición de realizar huelgas. La intervención gubernamental en la fijación de los salarios fue severamente restringida, la afiliación a los sindicatos laborales se hizo voluntaria y las negociaciones colectivas quedaron limitadas al nivel empresarial.[72] También se eliminó la mayoría de las barreras legales de entrada a los diferentes gremios.[73]

Sin embargo, para superar la fuerte oposición interna a las reformas se incluyeron compensaciones cuidadosamente diseñadas. El aparentemente omnipotente Gobierno militar se sintió obligado a buscar una solución de transacción. La eliminación de restricciones en el mercado laboral no incluyó la supresión de los reajustes obligatorios de todos los salarios del sector privado por variaciones del costo de vida. Por el contrario, la nueva ley que reglamentaría las negociaciones colectivas estableció la reajustabilidad automática de los salarios como un derecho mínimo para los trabajadores, siguiendo una práctica similar a la aplicada en ese entonces a los trabajadores del sector público y privado que no se encontraban sujetos a negociación colectiva.[74] El mercado podría elevar los salarios en términos reales, nunca disminuirlos. Predeciblemente, cuando la recesión mundial de 1981-1982 debía causar una caída en los salarios reales en

[72] Véanse Alamos (1987) y Piñera (1990). En ocasiones, estas reformas han sido malinterpretadas, pues restringirían el derecho a la huelga. Por ejemplo, se dice que impondrían un límite de 60 días a la duración de las huelgas. El Gobierno de Aylwin aprobó una ley que elimina dicho "límite". Sin embargo, lo que la reforma hacía, de hecho, era solamente fijar un período último de 60 días durante el cual los huelguistas no podían ser despedidos. En los Estados Unidos los huelguistas no gozan de tal privilegio.

[73] Alamos (1987) señala 23 preceptos legales que restringían el desempeño de oficios tales como músico, actor, conductor de autobuses, electricista, peluquero, etc., los cuales se derogaron entre 1979 y 1980.

[74] Según Piñera (1990), esta restricción se agregó durante las discusiones legislativas de su proyecto de ley.

Chile, el desempleo creció a más de 20% de la fuerza laboral. Sólo entonces el Gobierno militar consideró que podía liberalizar los salarios privados reales al eliminar todos los reajustes obligatorios por variación del costo de vida. Desde ese momento el mercado laboral chileno ha funcionado notablemente bien, con escasa intervención gubernamental.

Las reformas laborales también incluyeron la supresión de barreras de entrada a ciertas ocupaciones. Entre las muchas restricciones eliminadas resulta interesante mencionar la relativa a los trabajadores portuarios (estibadores), quienes solían poseer permisos especiales estrictamente controlados por las autoridades portuarias. Los que poseían el permiso tenían acceso a un recurso artificialmente escaso, el derecho a trabajar en los puertos, y cobraban la renta monopólica correspondiente. Generalmente arrendaban sus permisos a terceros, de modo que ni siquiera tenían que molestarse con el trabajo físico. Este curioso estado de cosas sólo era posible debido a su enorme poder político: la posibilidad de cerrar todos los puertos chilenos durante alguna huelga. Esta distorsión elevó artificialmente los costos de transporte de las exportaciones chilenas. Para acabar con esa distorsión el Gobierno militar decidió previamente compensar en efectivo a los trabajadores portuarios por la pérdida de sus rentas monopólicas. Así el Gobierno compró los permisos antes de suprimirlos.[75] Resulta interesante que medidas similares hayan sido adoptadas por los gobiernos (democráticos) de Argentina y Perú, aunque en dichos casos los trabajadores portuarios no han recibido compensación alguna.

La reforma de la seguridad social debió enfrentar también una fuerte oposición por parte de los dirigentes laborales. Esta reforma fue crucial, puesto que, como se ha planteado en la primera parte, el sistema antiguo representaba la más grande maquinaria de redistribución de ingresos. La reforma al sistema de seguridad social llevada a cabo en 1980 creó un sistema de pensiones totalmente financiado y de administración privada y transfirió al Gobierno todos los otros programas anteriormente administrados por las Cajas privadas, como las asignaciones familiares. La reforma, por consiguiente, modificó drásticamente el equilibrio del poder entre el Estado y los mercados. Anteriormente, los fondos de seguridad social se obtenían de impuestos sobre las planillas de sueldos fijados por ley y asignados de acuerdo al deseo de organismos paraestatales. La reforma estableció una tasa mínima de contribución del 10% de los salarios y otorgó a cada trabajador completa libertad para escoger en cuál

[75] Wisecarver (1986).

fondo privado depositaría su abono. Los administradores de los fondos fueron facultados para invertir estos fondos en el mercado de capitales nacional bajo un conjunto de estrictas regulaciones.[76]

La estrategia de la reforma del sistema de seguridad social hizo a un lado a los dirigentes tradicionales y apeló en forma directa a los trabajadores. Estos tenían la opción de quedarse en el sistema antiguo o de cambiarse a los nuevos fondos de pensiones de administración privada. Para este propósito el Estado les prometió un certificado (el "bono de reconocimiento") que representaba el valor actualizado de sus contribuciones a las cajas, de modo que podían incorporarse al nuevo sistema con algo de capital acumulado. El Fisco asumió la deuda correspondiente. Además se les dio un incentivo pecuniario: como la contribución obligatoria al nuevo sistema de pensiones era menor que la imperante bajo el antiguo sistema, el salario líquido de los trabajadores que se incorporaron al nuevo sistema fue incrementado, por ley, en tal magnitud. Como resultado, el salario líquido de las personas que se incorporaron al nuevo sistema creció de una vez en 7%.[77] Por lo tanto, y para consternación de los dirigentes laborales, los trabajadores optaron masivamente por el nuevo sistema. Esto actuó como un plebiscito entre la empresa privada y la pública, el que fue ganado avasalladoramente por la primera. Y los trabajadores que participaron en dicho plebiscito actuaron sabiamente: no sólo recibieron el mencionado incentivo económico, sino que además sus fondos administrados por empresarios privados han producido un tasa real de retorno de 14% anual desde 1981.

En suma, a pesar de la naturaleza autoritaria del régimen, las reformas de mercado fueron cuidadosamente diseñadas para vencer la oposición política. Estas se aplicaron gradualmente y fueron complementadas con medidas compensatorias, transacciones políticas y algunos subsidios. Todo ello requirió de liderazgo, creatividad y pragmatismo. Estos atributos no son otros que los que se requieren para la determinación de políticas en un régimen democrático.

Había, sin embargo, una diferencia crucial: la ausencia de elecciones periódicas. El ingenio político exhibido por los reformistas chilenos

[76] El proceso de reforma del sistema de seguro social es detallado en Pinera (1991). Un completo análisis del nuevo sistema se encuentra en Cheyre (1991). La reforma fue atacada fuertemente por algunos de los economistas que hoy están en el Gobierno (Arellano, 1985, cap. 3), pero hasta ahora no se ha introducido ningún cambio de importancia.

[77] Cheyre (1991).

estuvo destinado a neutralizar la oposición dentro de las fuerzas políticas que apoyaban al Gobierno y a disminuir la oposición de grupos de presión empresariales y laborales que pudieran perjudicar las reformas. Como ya se ha dicho, esto se logró mediante la combinación de "mano dura", persuasión y compensaciones económicas. Pero esa estrategia no estaba destinada a ganar elecciones.

De hecho, la ausencia de elecciones periódicas tuvo dos consecuencias. Por una parte, permitió al Gobierno planificar para un plazo comparativamente mayor. Por la otra, disminuyó la necesidad de persuadir a la población en general de las ventajas de estas reformas.

Un rasgo distintivo del proceso de reforma chileno fue el aparentemente débil apoyo de la población, juzgado, por ejemplo, por las encuestas de 1988-89.[78] De acuerdo a una encuesta de opinión realizada en Santiago en 1987, el 55,5% consideraba que los precios debieran ser fijados por el Gobierno (el 28% estaba en desacuerdo) y 52% manifestaba tener más confianza en el antiguo sistema de pensiones que en el nuevo (27% pensaba de otra manera).[79]

De modo similar, en 1988, el 54,8% de la población de Santiago estaba a favor de políticas de redistribución del ingreso como la mejor manera de acabar con la pobreza, comparado con apenas un 37,6% que favorecía el crecimiento económico; 39,1% apoyaba la propiedad estatal de las grandes empresas (38,5% se oponía). El 49,4% prefería el sistema de pensiones antiguo (sólo el 22,2%, el nuevo sistema) y sólo 15,1% manifestó su preferencia por mantener las ideas políticas, económicas y sociales del Gobierno de Pinochet para el próximo período (contra un 35,5% que prefería las ideas de Frei, 22,5% las de Alessandri y 14% las de Allende).[80]

En cierta medida lo anterior resulta comprensible, en vista de los costos sociales de los ajustes macroeconómicos de 1975-1976 y 1982-1983.[81] En cualquier caso, las reformas chilenas de libre mercado han sido menos populares de lo que lo son ahora las reformas argentinas, por

[78] Véase nota 76.

[79] Centro de Estudios Públicos (1987).

[80] Centro de Estudios Públicos (1988).

[81] Se ha escrito bastante acerca de los "costos sociales" del modelo chileno. Dados los pobres resultados *promedios* del período 1970-1990 (véase Cuadro Nº 1), no resulta sorprendente que, de hecho, las condiciones de vida de los pobres hayan sido difíciles. Sin embargo, hay pruebas de que el segmento más bajo de la población se vio relativamente protegido por programas sociales cuidadosamente elaborados (Castañeda, 1990). Por otra parte, los críticos han destacado el deterioro en algunos indicadores de la distribución del ingreso.

ejemplo.[82] El modelo de libre mercado sólo recién parece estar siendo aceptado por la población chilena, bajo un nuevo Gobierno que ha adherido a sus postulados.

3. LA ECONOMÍA DE MERCADO Y LA TRANSICIÓN POLÍTICA

En marzo de 1990, después de 16 años y medio, el Gobierno militar entregó el poder a un Gobierno civil elegido democráticamente y apoyado por una coalición de partidos políticos de la oposición. Ello se efectuó conforme a un cronograma de transición que había sido aprobado diez años antes en un referéndum constitucional. Aunque desde un comienzo el Gobierno militar había manifestado su intención de restaurar las instituciones democráticas, pocos creyeron que dicho compromiso fuera a cumplirse de manera tan cabal y pacífica.

La Constitución de 1980 contemplaba un largo período de transición con un doble propósito: en primer lugar, dar el tiempo necesario para poner en práctica las profundas reformas económicas y sociales descritas en la sección precedente, y, segundo, permitir que esas reformas mejoraran gradualmente el estándar de vida de la población y, con ello, contribuir a la estabilidad del sistema político.[83]

Las reformas sociales y económicas no sólo eran un medio para incrementar la eficiencia de la economía, sino también para crear un nuevo equilibrio de poder entre el Estado y la ciudadanía. La idea consistía en que, al restringirse la esfera de acción del Estado a algunas funciones muy básicas, el nuevo orden democrático resultaría menos vulnerable. Todas las reformas económicas y sociales tenían como finalidad limitar el ámbito de las intervenciones gubernamentales y, de ese modo, la factibilidad de las políticas redistributivas, como aquellas aplicadas en el período democrático previo a 1973. Por esa razón, el retorno a la democracia tenía que esperar hasta que dichas reformas se pusieran plenamente en marcha durante el régimen autoritario.

Una transición prolongada permitía que las reformas tuviesen tiempo de producir palpables resultados positivos. De hecho, se pensaba que las reformas se traducirían en una mejora sustancial del nivel de vida de la

[82] Para el caso argentino, véase Mora y Araujo (1991).

[83] Los fundamentos de la transición y de la Constitución de 1980 fueron mejor explicados por su principal arquitecto, el senador Jaime Guzmán, asesinado en 1991. Véase Guzmán (1982) y muchos de sus otros artículos.

población. Como se señaló en la sección 2, el ajuste macroeconómico de 1975 y los inevitables costos iniciales de las reformas tuvieron un efecto fuertemente negativo en términos de producción y desempleo. Se esperaba que con el paso del tiempo se superarían estas dificultades iniciales y Chile iniciaría un período de crecimiento fuerte y sostenido. De esta manera, la decisión de prolongar el régimen autoritario hasta fines de la década de 1980 se vio influida por el argumento extraído de la ciencia política de que un mejoramiento general de las condiciones de vida —y la consecuente reducción de los niveles de pobreza— harían más estable la nueva democracia.

Entre 1980 y 1981 el plan funcionó bien. Como se dijo en la sección anterior, durante los cinco años previos la economía había tenido, de hecho, una rápida expansión. Las expectativas sobre el futuro de la economía chilena eran muy esperanzadoras, tanto en Chile como en el extranjero.[84] El clima de optimismo alcanzó su punto máximo a fines de 1980, después de que el referéndum constitucional convocado por el general Pinochet fuera aprobado con el 67% de los votos. Este hecho fue considerado, en general, como un masivo voto de confianza hacia el Gobierno militar. Aquella misma noche, en un discurso de celebración de la victoria, el general Pinochet realizó un detallado pronóstico del auge que se avecinaba (mayor disponibilidad de automóviles, equipos de televisión, líneas telefónicas, etc.), el que tendría lugar durante el período de ocho años que se iniciaba en virtud de la nueva Constitución.[85]

Todas estas expectativas llegaron a un abrupto fin en 1982, cuando la economía se sumergió en una nueva y grave recesión. Como se describe en la sección 2, el crecimiento excesivo del gasto nacional y la recesión mundial de 1982 condujeron a una caída de 14% en el PIB, elevaron la tasa de desempleo sobre el 25% de la fuerza laboral y llevaron a la mayoría de los deudores, grandes y pequeños, al borde de la quiebra. Las consecuencias derivadas de esta profunda recesión pudieron haber sido aun más graves, pues el descrédito del modelo de libre mercado entre los expertos, los empresarios, los políticos y la opinión pública alcanzó enormes proporciones. El modelo de libre mercado fue declarado muerto por la mayoría de los observadores.[86] El regreso a las antiguas prácticas intervencionistas parecía inevitable.

[84] Véase, por ejemplo, Banco Mundial (1980).

[85] Barandiarán (1983) describe este arranque de optimismo en términos kindlebergenrianos,

[86] Por ejemplo, Arellano y Cortázar (1982), Foxley (1983a, 1983b), Vergara (1985), Tironi (1990). Según estos observadores, la crisis de 1982-1983

Como siempre ocurre en tales circunstancias, las políticas económicas se volvieron algo populistas. A principios de 1983, la erupción de la crisis bancaria dio pie a que el Estado interviniese a los principales grupos empresariales, a los propietarios de muchos de los bancos y de las empresas recientemente privatizadas. El hecho de que esas empresas volvieran a quedar en manos gubernamentales y que los mismos empresarios que habían sido alabados por su eficiencia y su compromiso con el modelo fueran acusados ahora de prácticas temerarias e incluso de fraude por parte de funcionarios gubernamentales y la prensa, asestaron un fuerte golpe al prestigio del Gobierno militar y su modelo económico. Muy pronto los aranceles a las importaciones, los impuestos y el gasto fiscal comenzaron a ser moderadamente alzados. De igual modo, los límites máximos de las tasas de interés, los créditos subvencionados, los tipos de cambio preferenciales, los controles cambiarios y la reprogramación de la deuda extema oficial tuvieron una discreta reaparición.

La percepción general era que el Gobierno había fracasado y este retroceso no hacía más que confirmar dicha impresión. La legitimidad del Gobierno fue puesta en tela de juicio. Los grupos opositores, aunque formalmente proscritos de la actividad política, comenzaron a actuar. Se organizaron "jomadas de protesta" mensuales, en las que los grupos opositores marchaban al centro de la ciudad y se enfrentaban contra las fuerzas policiales. Violentos disturbios tenían lugar en los barrios de bajos ingresos, mientras que en los sectores medios y altos las dueñas de casa golpeaban las cacerolas al anochecer (lo hacían incluso a unas cuantas cuadras de la residencia del general Pinochet).[87] En un esfuerzo por calmar los ánimos, el Gobierno inició negociaciones con los líderes opositores, las que finalmente fracasaron cuando estos últimos exigieron la inmediata renuncia del general Pinochet como condición previa para continuar las conversaciones. En aquella época, no solamente parecía inminente el derrumbe del experimento chileno de libre mercado, sino también la caída del general Pinochet.

fue la prueba concluyente de los fracasos del modelo chileno de libre mercado. Después de la recuperación de la economía entre 1985 y 1989, éstos redefinieron el modelo que, a su juicio, había fallado, a saber, un particular enfoque macroeconómico, el denominado "enfoque monetario de la balanza de pagos" (Tironi, 1990). La confusión es comprensible, porque en América Latina las proposiciones de libre mercado a menudo han sido llamadas "monetarismo", probablemente debido a su vínculo con el FMI. De todas maneras, a mi juicio, resulta evidente que el modelo de libre mercado fue el tema principal entre 1982 y 1983, y no simplemente una doctrina monetaria.

[87] Véase Tironi (1990).

Sin embargo, nada de eso sucedió. A principios de 1985 se hizo cargo un nuevo equipo económico encabezado por Hernán Büchi, quien había sido un importante miembro del equipo de libre mercado. Se instauró un plan macroeconómico coherente y las reformas liberales no sólo se mantuvieron, sino que se consolidaron y se profundizaron. El nuevo plan incluía un nuevo y riguroso ajuste fiscal, esta vez principalmente en materia de gasto público; una fuerte devaluación del peso a fin de estimular las exportaciones y reequilibrar la balanza de pagos y una flexible y pragmática política monetaria que combinaba objetivos estabilizadores con la cuidadosa reactivación de la demanda agregada.[88] El resultado de estas medidas fue una fuerte y sana recuperación del producto y el empleo. Esta vez tomaron la delantera las exportaciones y la inversión, mientras el consumo y los salarios reales aumentaron lentamente. La inflación y los índices de la deuda extema declinaron gradualmente. Se reconstituyó la confianza nacional e internacional: el modelo de libre mercado había resucitado.

El éxito del programa se debió principalmente a su "ortodoxia pragmática", una hábil combinación de firmeza en el logro de los objetivos básicos y flexibilidad y creatividad para seleccionar los medios. El primer atributo necesitaba una dosis de mano dura y, de hecho, una de las primeras medidas del plan incluyó una disminución de 10% en las pensiones de los jubilados, la eliminación de una subvención cambiaria que beneficiaba a los grupos empresariales poderosos y la reanudación de las reducciones en los aranceles de importación. A pesar de haber sido perjudicada por estas medidas, la comunidad empresarial reaccionó bien. La creatividad y la flexibilidad del plan se reflejan en las medidas adoptadas para resolver el problema de la deuda externa (reprogramaciones, formas innovadoras de reunir "dinero fresco", conversiones de deuda en capital), recapitalizar los bancos nacionales, estimular las exportaciones no tradicionales y la inversión extranjera, modernizar el sistema tributario y proteger a los sectores más pobres de la población de algunos de los peores efectos del ajuste.[89]

[88] Para un análisis de las políticas aplicadas entre 1985-1989, véase J. A. Fontaine (1989, 1990).

[89] Las medidas macroeconómicas se discuten en J. A. Fontaine (1989, 1990). El impacto social de las mismas se analiza en Castañeda (1990), quien argumenta que los más pobres estuvieron comparativamente mejor en Chile que en otros países latinoamericanos durante los difíciles primeros años de la década de los ochenta.

La evolución política siguió, a su vez, una ruta muy diferente de la que cabía esperar en 1983. Pese a la creciente unidad, organización y fuerza política de la oposición, el Gobierno militar permaneció en el poder. Hubo una apertura política gradual, en la que el Gobierno permitió una creciente actividad. El cronograma de la Constitución de 1980 se cumplió estrictamente y el general Pinochet se retiró pacíficamente en marzo de 1990, después de perder el plebiscito de 1988. De ese modo, el sendero que finalmente siguió Chile fue de recuperación económica y apertura política, como lo anticiparan -o desearan- Fontaine, Guzmán, Pinera y otros.[90]

La interrogante que surge de este relato es qué fue lo que hizo que este plan tan improbable se concretara: ¿cómo se puede explicar la resurrección de las políticas de libre mercado?, ¿por qué el general Pinochet se ajustó, contra toda probabilidad, a la agenda económica previa y al cronograma político? En mi opinión, la respuesta a estas preguntas se encuentra en las traumáticas experiencias de 1982-1984.

A pesar de sus grandes costos sociales y económicos, la crisis de 1982-1984 y el interludio populista tuvieron una consecuencia política positiva: enseñaron al Gobierno militar, y también al futuro Gobierno civil, los límites de los poderes estatales en una economía abierta y competitiva. Cuando se asimiló esta lección, aumentó enormemente la probabilidad de una transición a la democracia ordenada y pacífica.

De hecho, como ya se dijo, la reacción inicial del Gobierno militar ante la crisis fue la de promover la intervención gubernamental. Por ejemplo, la aguda crisis bancaria de 1983 fue abordada con una masiva intervención de los bancos y sus empresas relacionadas. Esta decisión la anunció el Ministro de Hacienda en un discurso televisado que contenía claras alusiones políticas. Es obvio que la intención del Gobierno consistía en atribuirles a algunos empresarios la responsabilidad política de la recesión en marcha. Naturalmente, los mercados reaccionaron en forma muy adversa. En el curso de tres semanas el Banco Central perdió 1.000 millones de dólares en reservas; el peso cayó alarmantemente en el mercado paralelo, y el Gobierno no tuvo otra alternativa que reprogramar oficialmente la

[90] Arturo Fontaine Aldunate (1983) presentó varios escenarios y eligió uno —"la recuperación gradual de la economía y la apertura política"— como el más probable y conveniente. Su descripción de dicho escenario es sorprendentemente cercana a la forma en que se desarrollaron finalmente los hechos. Véase también Guzmán (1982) y varios artículos de José Pinera en *Economía y Sociedad.*

deuda externa privada. El efecto político de todo esto fue que el Gobierno militar perdió temporalmente la confianza de la comunidad empresarial, especialmente entre los industriales jóvenes que habían apostado a favor del éxito del modelo de libre mercado.

Los mercados volvieron a reaccionar de manera muy adversa, con una enorme especulación contra el peso, cuando el Gobierno intentó reconquistar a los empresarios, estableciendo un nuevo equipo económico de orientación claramente antirreformista, inclinado a políticas keynesianas y controles cambiarios, financieros y comerciales. Las medidas propuestas por el nuevo equipo no eran radicales, pero el mercado percibía que podía ser el inicio del desmantelamiento gradual del modelo de libre mercado. Los dirigentes empresariales, que inicialmente se mostraron favorables, finalmente tuvieron una actitud contraria al plan, bajo la fuerte influencia de los grupos proexportadores que habían aparecido en los años anteriores. En suma, este nuevo intento intervencionista (ojalá el último) fue frustrado por la que podría denominarse "la rebelión de las mesas de dinero".[91]

Las mesas de dinero de los bancos, los ejecutivos de los fondos de pensiones y los tesoreros de las grandes compañías constituyen un grupo bastante poderoso en una economía de mercado. A principios de la década de 1980 la mayoría de estos puestos eran ocupados por profesionales jóvenes y capaces, con estudios en economía y finanzas en los Estados Unidos o en universidades chilenas que habían seguido la tradición de Chicago. Podían detectar rápidamente las oportunidades para obtener beneficios y explotar cualquier incoherencia visible en las políticas gubernamentales. Cuando vieron que el gobierno adoptaba políticas monetarias y fiscales expansionistas, especularon contra el peso. Cuando se enteraron de los planes proteccionistas, aceleraron las importaciones. Aquellos que estaban relacionados con el negocio de las exportaciones e importaciones comprendieron rápidamente que ponían en peligro sus intereses e iniciaron, en consecuencia, su contraataque político.[92]

En suma, los mercados abiertos y sin restricciones brindaron un amplio espacio para especular en contra de un cambio en las políticas

[91] En aquella época yo era funcionario del Banco Central y recuerdo vividamente la exasperación del Ministro de Hacienda debida a la "falta de cooperación" por parte de los especuladores financieros, quienes constantemente apostaban en contra de sus políticas.

[92] *El Mercurio y Economía y Sociedad* encabezaron la oposición a cualquier desviación populista.

económicas. Así, el viraje populista acarreó costos políticos significativos para el Gobierno militar y éstos finalmente lo obligaron a volver al camino del libre mercado. Los costos políticos asociados con la desviación de dicho camino actuaron eficientemente como válvula de seguridad automática contra el populismo. El mercado se defiende a sí mismo.

El temor a la inestabilidad económica afectó la orientación económica y también política. Como en el resto de América Latina, el desempeño económico de la segunda mitad de los ochenta dependió fuertemente del financiamiento externo.[93] Se requirió un flujo sustancial de dichos recursos para lograr la estabilidad macroeconómica. Inicialmente, este financiamiento provino del FMI, el Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), como asimismo de la reprogramación oficial de las deudas con los bancos comerciales. Todas estas instancias estaban influidas por los gobiernos de los países acreedores, especialmente por el de los Estados Unidos. Aunque la disponibilidad de asistencia financiera nunca se vinculó formalmente con el progreso alcanzado en el programa de redemocratización, se entendía claramente que, por ejemplo, si se abandonaba el cronograma constitucional, ello traería graves consecuencias financieras.[94] Más tarde, las fuentes privadas de financiamiento —la inversión extranjera— se hicieron igualmente importantes, y éstas exigían, además, estabilidad económica y política.

Con esto no se pretende afirmar que los empresarios nacionales y extranjeros presionaron activamente para acelerar el paso de la transición política. Por el contrario, los líderes empresariales fueron muy críticos de las acciones emprendidas por los grupos opositores. La mayoría de ellos, por ejemplo, respaldó al general Pinochet en el plebiscito de 1988. Sin embargo, el punto es que su preocupación por la estabilidad económica los hizo preferir la mantención del cronograma constitucional. Cualquier modificación se habría percibido como un peligro para la estabilidad y habría sido extremadamente costosa, en términos económicos y políticos, para el Gobierno militar.

Algunos autores han planteado una explicación alternativa del proceso de transición en Chile. Según la hipótesis propuesta, el autoritarismo

[93] J. A. Fontaine (1989).

[94] El apoyo del Banco Mundial fue crucial. El representante de los Estados Unidos en la Junta de Gobernadores se abstuvo de aprobar préstamos vitales a Chile entre 1985 y 1986. Si hubiera votado en contra, los préstamos habrían sido rechazados. El Gobierno de los Estados Unidos adoptó una senda menos perjudicial, probablemente porque ya se estaba produciendo una apertura política en Chile.

se hizo incoherente, llegado cierto momento, con una economía de mercado.[95] Habiendo alcanzado ya la libertad económica, la ciudadanía exigió también libertad política. Aunque esta es una explicación teóricamente plausible, a mi juicio carece de suficiente sustentación empírica. En primer lugar, las reformas de libre mercado no gozaron de popularidad en Chile: todas las encuestas efectuadas antes de las elecciones de 1988 y 1989 mostraban claramente que ellas eran rechazadas por la mayoría de la población.[96] En segundo lugar, el apoyo político de los sectores opositores procedía, en parte, de su oposición sistemática y orquestada a todas y cada una de las políticas económicas del Gobierno militar. Como se afirma en la sección 2, los principales economistas opositores nunca previeron que la economía iba a recuperarse tan rápidamente de la depresión de 1982-1983 y afirmaban que la raíz del problema radicaba en la excesiva liberalización de la economía. En 1983 los economistas de la oposición propusieron un modelo económico alternativo de orientación corporativista, algunos de cuyos elementos estuvieron también presentes en sus respectivos programas en las campañas del plebiscito de 1988 y la elección de 1989.[97]

Finalmente, el papel de los sectores de opositores en el proceso de transición fue relativamente ambiguo. Como ya se dijo, en 1983 pensaron que podrían obligar al general Pinochet a dejar el poder. Más tarde, en 1985, organizaron el Acuerdo Nacional con el objetivo de negociar algunos cambios en el proceso de transición, especialmente la sustitución del plebiscito de 1988 por una elección competitiva. Aunque éste fue un paso importante, fallaron en ese intento específico. Los más radicales entre los grupos opositores optaron por la vía violenta.[98] Los partidos opositores moderados (el democratacristiano y los socialistas) comenzaron calmada y eficientemente a prepararse para las futuras elecciones. Sin embargo, se mostraban comprensiblemente escépticos acerca de la transparencia e imparcialidad del proceso. Sólo en enero de 1988, diez meses antes del plebiscito, llamaron a sus partidarios a inscribirse en los registros electorales.[99] Estos últimos respondieron acudiendo masivamente a los registros

[95] Véase, por ejemplo, Tironi (1990).

[96] Para un análisis de los resultados electorales de 1988 y 1989, véase Roberto Méndez (1989, 1990).

[97] Véanse, por ejemplo, Foxley y otros (1983b) y Boeninger (1985). Un comentario crítico de este último se puede encontrar en J. A. Fontaine (1983).

[98] En 1986 hubo un intento de asesinato contra el general Pinochet y se descubrió que ciertos grupos terroristas habían efectuado una internación masiva de armas.

[99] Para una discusión de la estrategia seguida por la oposición al general Pinochet, véase Tironi (1990).

electorales y los grupos opositores pudieron llevar adelante, bajo un mando unificado, una campaña muy eficaz por el "No" (vale decir, el rechazo al general Pinochet), y más tarde, en 1989, en pro del candidato a la presidencia, Patricio Aylwin. Si bien en sus críticas a las reformas económicas se habían mostrado ideológicamente atrasados, como organizadores de campañas políticas actuaron en forma moderna y pragmática.

Por eso, en mi opinión, no fue la oposición al general Pinochet la que encabezó la transición a la democracia. No eran los representantes políticos de un electorado que deseara sumar las libertades políticas a las libertades económicas recientemente adquiridas. Los líderes opositores más bien actuaron como hábiles políticos y aprovecharon el descontento generado por las políticas de austeridad económica.[100]

El plan político del Gobierno militar funcionó al fin, pero, irónicamente, lo hizo para beneficio de los partidos opositores. Los logros económicos fueron significativos y proporcionaron un clima de progreso económico estable, crucial para una transición política ordenada y pacífica. Sin embargo, los votantes no favorecieron al general Pinochet en 1988 ni al candidato presidencial Hernán Büchi en 1989, quien fuera uno de los arquitectos del modelo económico. No obstante, la ciudadanía fue lo suficientemente conservadora como para darles a los dos partidos de centroderecha una importante representación en las elecciones parlamentarias de 1989 (33% de los votos).

En mi opinión, el clima de progreso económico estable ha sido un factor clave en los primeros dos años de la nueva democracia chilena. La necesidad de preservar un clima de estabilidad y crecimiento económicos ha condicionado todas las decisiones del Gobierno actual. La experiencia chilena de 1983-1984 y los experimentos heterodoxos de los ex Presidentes Alan García, en Perú, y Raúl Alfonsín, en Argentina, han sido ejemplos útiles de lo que se debía evitar. El riesgo de una crisis de confianza, acompañado por una rebelión de las mesas de dinero, ha hecho que el equipo económico actúe cautelosamente, y lo ha llevado lentamente a dejar de lado sus promesas electorales. También se han extraído lecciones positivas de las experiencias en España y México. Naturalmente, las actuales tendencias ideológicas han influido también de manera muy favorable.[101]

[100] Arturo Fontaine Talavera, Harald Beyer y Eduardo Novoa (1990); R. Méndez (1989, 1990).

[101] El nuevo clima ideológico internacional ha sido estudiado y difundido por muchos centros de estudios independientes fundados durante el régimen militar. Para un análisis de su papel en la transición política, véase Arturo Fontaine Talavera (1991).

De ese modo, el nuevo Gobierno ha aplicado una política económica básicamente conservadora. Este ha adherido en forma estricta a la disciplina fiscal y ha apoyado al nuevo Banco Central (actualmente independiente) en sus esfuerzos por mantener la inflación por debajo del 20%, aunque se han introducido algunos cambios potencialmente perjudiciales: se aumentaron los impuestos a las empresas, a fin de financiar el gasto público adicional, y algunas reglamentaciones se han vuelto más rigurosas, especialmente en los mercados laborales. Sin embargo, estas reformas han sido moderadas. El debate se centra ahora en si aquéllas constituyen los primeros pasos de una lenta marcha que podría culminar en la demolición del modelo o si representan simplemente unas cuantas concesiones para asegurar su vigencia en democracia. De cualquier modo, al suscribir los elementos básicos del modelo, el Gobierno de Aylwin ha hecho una contribución fundamental para el futuro de Chile: le ha conferido un carácter no partidista a un modelo construido en las peculiares circunstancias que hemos descrito.

Paradójicamente, aunque encabezada por sus adversarios políticos, la emergente democracia chilena no parece diferir mucho de lo que preveían los arquitectos del plan de transición del Gobierno militar. En el Chile contemporáneo, el ámbito de las libertades individuales ha aumentado enormemente gracias a las reformas de libre mercado aplicadas en los años anteriores. La intervención estatal ha disminuido en forma significativa y las probabilidades de regresar a las políticas de redistribución anteriores a 1973 se ven cada día más lejanas. El país, al parecer, aprecia las ventajas que presenta una economía estable y en crecimiento. Las capacidades de autodefensa que exhibe el mercado no dan pie a las tendencias populistas. La nueva democracia se muestra mucho más eficiente y segura que la antigua. Por supuesto, es demasiado pronto para formular un juicio definitivo, pero los actuales signos son indudablemente muy alentadores.

Bibliografía

Alamos, Rodrigo (1987). "La modernización laboral". *Estudios Públicos* 26.

Alé, Jorge *el al.* (1990). *Estado empresario y privatización en Chile,* Santiago de Chile: Universidad Andrés Bello.

Arellano, José Pablo y Cortázar, René (1982). "Del milagro a la crisis: Algunas reflexiones sobre el modelo económico". *Apuntes Cieplan* 31.

——————— *el al.* (1982). *Modelo económico chileno: Trayectoria de una crítica.* Santiago de Chile: Aconcagua.

——————— (1985). *Políticas sociales y desarrollo: Chile 1924-1984.* Santiago de Chile. Cieplan.

Balassa, Bela (1984). "Experimentos de política económica 1973-1983." *Estudios Públicos* 14.

Banco Mundial (1980). *Chile: An Economy in Transition.* Washington D. C.: Banco Mundial.

Barandiarán, Edgardo (1983). "Nuestra crisis financiera". *Estudios Públicos* 12.

Bardón, A; Cauas, J; Molina, S; Sanfuentes, A. y Zavala, J. L. (1972). *Itinerario de una crisis.* Santiago de Chile: Editorial del Pacífico.

Becker, Garry (1958). "Competition and Democracy". *Journal of Law and Economics.* Octubre.

Beyer, Harald (1988). "La privatización de la distribución eléctrica: El caso de Chilectra Metropolitana". *Estudios Públicos* 33.

Bitar, Sergio (1979). *Transición, socialismo y democracia.* México: Siglo **XX.**

Boeninger, Edgardo (1985). "Desafíos económicos por la construcción de la democracia". En Boeninger *et al., Orden económico y democracia.* Santiago de Chile: Centro de Estudios del Desarrollo.

Castañeda, Tarsicio (1990). *Para combatir la pobreza: Política social y descentralización en Chile durante los '80.* Santiago de Chile: Centro de Estudios Públicos.

Cauas, Jorge y De la Cuadra, Sergio (1981). "La política económica de la apertura al exterior en Chile". *Cuadernos de Economía* 54-55.

Centro de Estudios Públicos (1987). "Estudio social de opinión pública en el Gran Santiago. Diciembre 1986-enero 1987".

——————— (1988). "Estudio social y de opinión pública en la población de Santiago". *Documento de Trabajo* N° 102.

Cheyre, Hernán (1988, 1991). *La previsión en Chile: Ayer y hoy.* Santiago de Chile: Centro de Estudios Públicos.

Corbo, Vittorio (1985). "Reforms and Macroeconomic Adjustement in Chile during 1974-1983". *World Development* 13. Agosto.

Dahl, Robert (1971). *Polyarchy: Participation and Opposition.* New Haven Londres: Yale University Press.

Dahse, Fernando (1979). *Mapa de la extrema riqueza.* Santiago de Chile: Aconcagua.

Debray, Regis (1971) *The Chilean Revolution: Conversations with Allende.* Nueva York.

Dornbusch, Rudiger y Edwards, Sebastián (1989). "Economic Crises and the Macroeconomics of Populism in Latin America: Lessons from Chile and Peru", *mimeo,* NBER.

Downs, Anthony (1957). *An Economic Theory of Democracy.* Nueva York: Harper and Row.

Edwards, Sebastián y Edwards C., Alejandra (1987). *Monetarism and Liberalization: The Chilean Experiment.* Cambridge: Ballinger.

Encina, Francisco (1911). *Nuestra inferioridad económica: Sus causas sus consecuencias.* Santiago: Editorial Universitaria (quinta edición: 1981)

Falcoff, Mark (1989). *Modern Chile: A Critical history.* New Jersey: New Brunswick.

Ffrench-Davis, Ricardo (1974). "La importancia del cobre en la economía chilena". En Ffrench-Davis y Tironi (eds.), *El cobre en el desarrollo nacional.* Santiago de Chile: Cieplan.

——————— y Muñoz, Osear. "Desarrollo económico, inestabilidad y desequilibrios políticos en Chile: 1950-1989". *Estudios Cieplan* 28.

Fontaine Aldunate, Arturo (1980). "Más allá del Leviatán". *Estudios Públicos* 1.

Fontaine Aldunate, Arturo (1983). "Mirando hacia el próximo futuro político de Chile". *Estudios Públicos* 12.

Fontaine Aldunate, Arturo (1988). *Los economistas y el Presidente Pinochet.* Santiago: Zig-Zag.

Fontaine, Juan Andrés (1980). "Democracy and Income Redistribution: The Case of LDCs". *Mimeo.*

——————— (1983a). "¿Qué pasó con la economía chilena?". *Estudios Públicos* 11.

——————— (1983b). "La planificación concertada". *Economía y Sociedad.*

——————— (1989) "The Chilean Economy in the Eighties: Adjustment and Recovery". En Edwards y Larraín (eds.), *Debt, Adjustment and Recovery.* Oxford: Basil Blackwell.

——————— (1990). "Observaciones sobre la experiencia macroeconómica chilena de 1985-1989". *Estudios Públicos* 40.

Fontaine Talavera, Arturo (1992). "Sobre el pecado original de la transformación capitalista chilena". Centro de Estudios Públicos. *Mimeo.* Santiago de Chile.

——————— Beyer, Harald y Novoa, Eduardo. "Democracy and Dictatorship in Chile". En Goodman y Morotz-Baden (eds.), *Fighting the War of Ideas: Latin America.* Dallas: National Center for Policy Analysis.

Foxley, Alejandro y Muñoz, Osear (1974). "Redistribución del ingreso, crecimiento económico y estructura social: El caso chileno". En Foxley (ed.), *Distribución del Ingreso.* México: Fondo de Cultura Económica.

Foxley, Alejandro (1983a). *Latin Experiments in Neo-Conservative Economics.* Berkely: University of California Press.

——————— *et al.* (1983b). *Reconstrucción económica para la democracia.* Santiago: Cieplan y Ed. Aconcagua.

Glade, William (1991). "Further Observations of Chile". En Glade (ed.), *Privatization of Public Enterprises in Latin America.* San Francisco: International Center for Economic Growth.

Góngora, Mario (1981). *Ensayo histórico sobre la noción del Estado en Chile.* Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

Gregoire, J. y Ovando, H. 1974. "El mercado de capitales en Chile". *Estudios Monetarios* III. Santiago de Chile: Banco Central de Chile.

Guzmán, Jaime (1980). "La definición constitucional". *Realidad* 2. [Incluido en Arturo Fontaine Talavera (1991), "El Pensamiento de Jaime Guzmán", *Estudios Públicos* 42.]

——————— (1982). "El sentido de la transición". *Realidad,* 38. [Incluido en Arturo Fontaine Talavera (1991), "El Pensamiento de Jaime Guzmán", *Estudios Públicos* 42.1

Hachette, Dominique y Lüders, Rolf (1992). "Privatizing the Economy: The Chilean Case". Banco Mundial (por publicarse).

Harberger, Arnold (1959). "The Dynamics of Inflation in Chile" *Measurement in Economics: Studies in Mathematical Economics and Econometrics.* California: Standford University Press.

——————— (1982). "The Chilean Economy in the 1970's: Grises Stabilization, Liberalization, Reform". En Brunner y Mettzer (eds.), *Economic Policy in a World of Change.* Carnegie-Rochester Series on Public Policy, vol. 17. Nueva York: North-Holland.

Heskia, Isabel (1980). "Distribución del ingreso en el Gran Santiago 1957-1979". Departamento de Economía, Universidad de Chile.

Hirschman, A. (1963), "Inflation in Chile". *Journeys Towards Progress.* The Twentieth Century Fund.

Kast, Miguel (1984). "Política económica y desarrollo social en Chile". *Estudios Públicos* 13.

Kruegger, Arme (1974). "The Political Economy of a Rent-Seeking Society". *American Economic Review,* Vol. 64, Nº 3.

Lagos Ricardo (1961). *La concentración del poder económico.* Santiago: Editorial del Pacífico.

Lal, Deepak (1983). *The Poverty of Development Economics.* Cambridge: Harvard University Press.

Larraín, Felipe y Meller, Patricio (1990). "La experiencia socialista-populista chilena: La Unidad Popular, 1970-73". *Cuadernos de Economía* 82.

Larraín, Felipe (1991). "Public Sector Behavior in a Highly Indebted Country: The Constrasting Chilean Experience". En Larraín y Selowsky (eds.), *The Public Sector and the Latin American Grises.* San Francisco: International Center for Economic Growth.

Larroulet, Cristian (1984). "Reflexiones en torno al Estado empresario en Chile". *Estudios Públicos* 14.

——————— (1991). *Soluciones privadas a problemas públicos* (Ed.). Santiago: Instituto Libertad y Desarrollo.

Lavín, Joaquín (1980). *El enriquecimiento de las personas en Chile.* Concepción: Ciencia y Tecnología.

Little, Ian (1982). *Economic Development: Theory, Policy and International Relations.* Nueva York: Basic Books.

Lüders, Rolf y Arbildua, Beatriz (1969). "Una evaluación comparada de tres programas antiinflacionarios en Chile". *Cuadernos de Economía* 14. Abril.

MAMALAKIS, M., MUÑOZ, O., FONTAINE, J. A. (1984). "Los últimos diez años de historia económica". *Estudios Públicos* 15.

Marcel, María V. (1989), "La Privatización de las empresas públicas en Chile 1985-1988". Cieplan, *Notas Técnicas,* 125.

Méndez, Juan Carlos (1979). *Chilean Economic Policy* (Ed.). Santiago de Chile.

——————— (1980). *Panorama socio-económico* de Chile. Santiago de Chile.

Méndez, Roberto *et al.* (1989). "¿Por qué ganó el 'No'?". *Estudios Públicos* 33.

Méndez, Roberto (1990). "La opinión pública y la elección presidencial de 1989". *Estudios Públicos* 38.

Moulian, Tomás y Vergara, Pilar (1980). "Estado, ideología y políticas económicas en Chile: 1973-1978". *Estudios Cieplan* 3.

Peltzman, Sam (1976). 'Towards a More General Theory of Regulation". *Journal ofLaw and Economics.* Agosto.

Petras, James (1969). *Politics and Social Forces in Chilean Development.* Los Angeles: UCLA Press.

Pinto, Aníbal (1959). *Chile: Un caso de desarrollo frustrado.* Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
Pinera, José (1990). *La revolución laboral.* Santiago de Chile: Zig-Zag.
———— (1991). *El cascabel al gato.* Santiago de Chile: Zig-Zag.
———— (1991). "The Path to Privatization in Chile". En Celade (ed.), *Privatization of Public Enterprises in Latin America.* San Francisco: Internacional Center for Economic Growth.
———— (1992). "Chile: el poder de una idea". En Levine (ed.), *El Desafío Neoliberal.* Barcelona: Editorial Norma S. A.
Sierra, E, (1970). *Tres ensayos de estabilización en Chile.* Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
Sjaastad, Larry (1974). "Why Stable Inflations Fail: An Essay in Political Economy". *Mimeo*
Smith, Adam (1776). *The Wealth of Nations.* Nueva York: Modern Library, the Cannon Edition.
Stigler, George (1970). "Director's Law of Public Income Redistribution". *Journal of Law and Economics.* Abril.
———— (1972). "Economic Competition and Political Competition". *Public Choice.* Agosto.
Tironi, Eugenio (1990). *Autoritarismo, modernización y marginalidad.* Santiago de Chile: Ediciones Sur.
Valdés, A., Hurtado, H. y Mulnick, E. (1990). "Trade, Exchange Rate and Agricultural Pricing Policies in Chile". Vol. 1 y 2. Banco Mundial *Comparative Studies.* [Reimpreso en Krueger, Schiff y Valdés (eds.), *Economía política de las internaciones de precios agrícolas en América Latina.* (CINDE,1990).]
Valdés, Juan Gabriel. (1989). *La Escuela de Chicago: Operación Chile.* Buenos Aires: Zeta S. A.
Valenzuela, Arturo (1978). *The Breakdown of Democratic Regimes: Chile.* Baltimore: The John Hopkins University Press.
———— y Valenzuela, Samuel (1986). "Party Oppositions under the Chilean Authoritarian Regime". En Valenzuela (eds.), *Military Role in Chile.* Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
Veliz, Claudio (1980). *The Centralist Tradition of Latin America.* Princeton: Princeton University Press.
Vergara, Pilar (1985). *Auge y caída del neoliberalismo en Chile.* Santiago de Chile: FLACSO.
Walters, Alian (1987), "Privatization". *Estudios Públicos* 27.
Wisecarver, Daniel (1986). "Regulación y desregulación en Chile: Septiembre 1973 a septiembre 1983." *Estudios Públicos* 22. □

ESTUDIO

ANÁLISIS DE LAS FUENTES DE FINANCIAMIENTO DE CODELCO*

Juan Carlos Méndez

Las regulaciones a que está sujeta CODELCO —tanto las relativas a las empresas del Estado en general como aquellas específicas a ésta—, señala el autor en este estudio, definen restricciones muy precisas para el financiamiento de sus inversiones. De acuerdo al análisis que realiza el autor, es necesario considerar seriamente la posibilidad de privatizar CODELCO —previa modificación de la Constitución—, pues los beneficios netos de dicha acción se traducirán en un fuerte impulso para el crecimiento del país y la minería nacional.

JUAN CARLOS MÉNDEZ. Ingeniero Agrónomo y Economista, Universidad Católica de Chile. Ph. D. (c), Universidad de Chicago. Entre septiembre de 1973 y 1982 desempeñó diversos cargos en el gobierno militar: fue asesor y miembro de las comisiones de Reforma Tributaria, Arancelaria y Municipalización, y, durante seis años, Director de Presupuestos de la Nación. Integró el grupo de profesionales que realizó los estudios del documento conocido como "El ladrillo", y posteriormente colaboró en su redacción final. *(El ladrillo,* editado por el Centro de Estudios Públicos, Santiago de Chile, 1992.) Actualmente es socio principal de Aninat y Méndez y profesor de economía en las universidades Católica de Chile, Finis Terrae y Los Andes.

* Agradezco la colaboración de don Roberto Frick del Villar, sin cuyo aporte no hubiese podido realizar este trabajo. Los juicios vertidos en él, sin embargo, son de mi exclusiva responsabilidad.

INTRODUCCIÓN

El presente documento aborda algunos aspectos relevantes, a nuestro entender, acerca del financiamiento de las inversiones de CODELCO. Los montos a financiar y las formas que tal financiamiento puede tomar no sólo dependen de las opciones de asignar los recursos, en otras palabras de la rentabilidad de estas inversiones, sino también de las disposiciones jurídicas que regulan el quehacer de la Gran Minería del Cobre.

A su vez, estas disposiciones jurídicas se traducen —en muchos de los casos que se analizarán en el capítulo siguiente— en severas restricciones en la obtención de los recursos necesarios para desarrollar el potencial total de crecimiento de dicho sector y el de CODELCO en particular.

El capítulo titulado "Requerimientos de inversión y fuentes de financiamiento" es un intento de análisis de los montos, destino y origen posible del financiamiento, acordes con lo que la actual normativa jurídica permite en la Gran Minería del Cobre y particularmente en lo que se denomina CODELCO. Dicho análisis se desarrolla en dos etapas que se yuxtaponen. La primera de ellas se dedica al análisis de lo que es posible con la actual normativa y, de paso, se señalan los costos que imponen algunas de las regulaciones que se aplican a la Gran Minería del Cobre y a las Empresas Públicas en general. La segunda etapa argumenta y da razones para tratar de convencer de la necesidad de cambios fundamentales que —creemos— potenciaría enormemente la capacidad de crecimiento del sector.

El trabajo entrega además tres anexos. El primero de ellos resume y sintetiza las principales disposiciones jurídicas que afectan a CODELCO o a las empresas en la que ésta tenga participación mayoritaria. El segundo de los anexos identifica y cuantifica los principales proyectos de inversión en la minería del cobre, clasificándolos en proyectos privados —empresa por empresa—; en proyectos cuyo origen y propiedad son de CODELCO, y finalmente en aquellos que pretende realizar ENAMI. Dicho anexo entrega los montos de inversión estimada total, el saldo por invertir y cubre hasta un período de término —de acuerdo a las fuentes de información— para fines de 1996. El tercer anexo entrega un análisis económico de CODELCO y de sus cuatro Divisiones Mineras, de su capacidad financiera y de la tendencia que dicha empresa y sus divisiones han tenido en los últimos años respecto de la competencia norteamericana. En la sección 2 de este anexo se detallan algunas de las oportunidades que ofrece la Ley 19.137.

II. REQUERIMIENTOS DE INVERSIÓN Y FUENTES DE FINANCIAMIENTO

Analicemos el tema desde dos ángulos. El primero, lo que se puede hacer dado el tema jurídico que regula la Gran Minería del Cobre. El segundo, lo que pudiéremos obtener al remover algunas de las principales normas que regulan la actividad de CODELCO.

1. Lo que permite la normativa actual

Es conveniente recordar que CODELCO —la Gran Minería del Cobre— está afecta a normas jurídicas de rango superior.[1] Así, por ejemplo, la disposición tercera transitoria de la Constitución Política de 1980 señala expresamente: "La Gran Minería del Cobre y las empresas consideradas como tales, nacionalizadas en virtud de lo prescrito en la disposición 17ª transitoria de la Constitución Política de 1925, continuarán rigiéndose por las normas constitucionales vigentes a la fecha de promulgación de esta Constitución". Así, la Constitución de 1980 no hace sino reiterar los efectos jurídicos que produjo la nacionalización de la Gran Minería impulsada por el Presidente Allende y ratificada por el Congreso, durante la administración del régimen de la Unidad Popular. De esta forma, no cabe duda que la Gran Minería y las empresas que la conforman, CODELCO esencialmente, son empresas ciento por ciento estatales y lo seguirán siendo en tanto dicha norma constitucional no sea alterada. En tales circunstancias, CODELCO no puede sino acceder a dos tipos de financiamiento. Endeudamiento vía emisión de pasivo exigible en cualquiera de sus formas —créditos, emisión de bonos o debentures, leasing— o financiamiento con recursos propios. Lo primero se contabiliza —y está bien que así sea— dentro de los límites de endeudamiento del Estado, que cada cierto tiempo se convienen con algunos organismos internacionales, tales como el FMI, Banco Mundial o BID. Su alteración se traduce en cambios consecuentes en los límites de endeudamiento de otros organismos y empresas del Estado, produciendo, en consecuencia, una disminución de la capacidad de financiamiento del Estado como un todo. Recordemos que las cifras anuales de inversión,[2] provenientes del programa de desarrollo quinquenal de CODELCO para los años 92 al 96, son del orden de los 500 millones de dólares promedio. Magnitudes

[1] Véase Anexo I.
[2] Véase Anexo II.

relevantes para nuestro país. La segunda fuente de financiamiento de las inversiones podrían ser recursos propios de CODELCO. Hasta el momento dicha empresa ha tenido la capacidad para generar utilidades después de impuestos (desde 1987 a 1991 dichas utilidades han sido de 267, 587, 756, 621 y 292 millones de dólares para cada uno de los años del pasado lustro),[3] capaces de financiar gran parte de estos requerimientos de inversión. Pero la contrapartida es un volumen equivalente de menores recursos para el erario nacional. Recordemos que las primeras estimaciones de la Reforma Tributaria de 1990 proyectaron ingresos fiscales adicionales del orden de los 600 millones de dólares anuales.

Es decir, el que CODELCO sólo se preocupare de su suerte se traduciría en la necesidad de mantener y tal vez de aumentar los requerimientos tributarios. De esta forma, CODELCO se ha movido entre estas dos fuentes de financiamiento, que es lo que permite la norma constitucional, es decir el endeudamiento y los recursos propios, pudiendo generar una suerte de erosión en las siguientes posibilidades: En las de endeudamiento del Estado para otros fines, en los años en que se fijen límites al endeudamiento estatal, y/o impedimentos de una reducción de la carga tributaria.

Definitivamente, CODELCO propiamente tal no puede, con las actuales normas constitucionales, proveerse de financiamiento vía emisión de pasivo no exigible en poder de terceros ajenos al Estado, de ninguna forma. Esto significa que no se puede configurar forma alguna de emitir acciones que generen derechos patrimoniales de terceros sobre ninguna de las cuatro Divisiones que forman la base de CODELCO: Chuquicamata, El Teniente, El Salvador y Andina. Podrá desprenderse de algunos activos, tales como pulperías, talleres, centrales termoeléctricas, pertenencias mineras que no estén en los programas de expansión y reposición de las Divisiones mencionadas, pero no podrá diseñarse mecanismo alguno de propiedad de los trabajadores, AFP, inversionistas nacionales o extranjeros en ninguna de las empresas que fueron expropiadas en virtud de la disposición 17ª transitoria de la Constitución de 1925.

En virtud de las disposiciones actuales, dentro de las cuales está la Ley 19.137: ¿Qué puede hacerse? CODELCO por sí misma puede financiar sus inversiones recurriendo al mercado de capitales vía emisión de bonos y debentures, por ejemplo, y su tasa de interés no sería muy diferente a la de los instrumentos del Banco Central de Chile, con los límites sobre diversificación que se imponen a algunos inversionistas institucionales, como

[3] Véase Anexo III. Sección 1: CODELCO en cifras.

las AFPs. La rentabilidad, como decíamos, no sería muy diferente de la de los títulos del Central. La diferencia sería, tal vez, que el emisor CODELCO tiene hoy una solvencia financiera superior que la del Banco Central.

¿Y qué permite la Ley 19.137? Permite —y es un claro avance— que activos dormidos e improductivos de CODELCO despierten. De hecho, CODELCO tiene 138.941[4] concesiones mineras constituidas o en trámite de constitución, que cubren 1.796.191 hectáreas, lo que representa el 17,8% de la propiedad minera total del país (minería metálica y no metálica) y un 19,4% de la propiedad minera constituida. Son estos activos —al menos parte importante de éstos— los que pueden ser aportados para formar sociedades con terceros. Esta es una de las grandes fuentes del crecimiento minero del país. Pero este no es un crecimiento de CODELCO: sólo toma parte de él. Sin embargo, el artículo 4° de la ley mencionada señala, como propósito a ejercer (es parte del artículo lº señalado), que CODELCO tenga una participación mayoritaria. ¿Qué significa ello? Tal como lo señala la Constitución de 1980, y lo recoge el artículo 1º del DL 1.350 (que dio origen a CODELCO), CODELCO es una "Empresa del Estado". Para dichas empresas, en virtud de la propia Constitución de 1980, en los números 21 y 22 del artículo 19, y aquellas en que el Estado sea mayoritario, se señalan las vías por las cuales se pueden desarrollar las actividades empresariales estatales y el principio de no discriminación que debe imperar en el quehacer empresarial nacional. Aún más, el artículo 60, número 9, señala que las empresas del Estado, y aquellas en que éste tenga participación, estarán sujetas a leyes para regular su acceso a la contratación de empréstitos y que jamás pueden efectuarse operaciones de dicha naturaleza con el Estado, sus organismos o empresas.

Así, para las empresas del Estado, cualquiera sea su forma jurídica, existen restricciones que emanan de la propia Constitución y, como veremos a continuación, son complementadas con otros cuerpos jurídicos.

En efecto, el DL. 1.263 (Ley de Administración Financiera del Estado) señala que las empresas en que el Estado tenga participación mayoritaria deben seguir procedimientos específicos en materias tales como: contratación de créditos internos o externos, mecanismos de traspasos de dividendos, autorizaciones de inversiones, autorizaciones presupuestarias, y otros aspectos de administración. Iguales y similares materias señalan las leyes 18.196, artículo 11; 18.842, artículo 24; 18.591, artículo 68; Oficios Circulares de Hacienda Nº 37/38, del 25 de junio de 1990, y DS de Hacienda Nº 551 de 1982 y Nº1.231 de 1989.

[4] Véase Anexo III. Sección 2: Ley 19.137.

A su vez, el DL 1.349 que creó la Comisión Chilena del Cobre le entrega a esta institución, en función del artículo 11, la potestad de revisar y controlar las cuentas, procedimientos, sistemas de venta de las empresas productoras del Estado o en que éstas tengan participación mayoritaria.[5]

Efectivamente, la Ley 19.137 es un avance... Pero su artículo 4° es borrar con el codo lo que pretende la propia ley señalada. La sugerencia que salta a la vista es que CODELCO, al formar asociaciones, evite el tener más del 50% para así regirse casi plenamente por la normativa privada. Y decimos casi plenamente, pues el artículo 2°, de la ya tantas veces citada ley, incorpora el veto de CODELCO para efectos de aplicar el artículo 67 de la Ley 18.046 (Ley de Sociedades Anónimas). Es decir, el veto para reformar los estatutos de la sociedad, así lo quiera más de los dos tercios o el 99% de la Junta General Extraordinaria de Accionistas. Esta es una restricción nada despreciable para efectos administrativos y de financiamiento, de estas sociedades o asociaciones que ya no son CODELCO sino personas jurídicas diferentes. En estas nuevas sociedades pueden surgir preguntas cuya respuesta no es evidente, como por ejemplo: ¿Será fácil ampliar el capital o CODELCO impondrá un veto? Si impone un veto, ¿qué avenidas de financiamiento deja abierta? Sólo dos: pasivo exigible y recursos propios. Con ello volvemos a los problemas originales de CODELCO.

En consecuencia, el problema no es de solución tan simple, como muchas veces se plantea, al señalar que todo se resuelve con esa palabra mágica de un *holding* de CODELCO o con el mero expediente de hacer de estas asociaciones de CODELCO con terceros sociedades anónimas, o de hacer de cada División de CODELCO una sociedad anónima, pues tanto en el *holding* como en la sociedad anónima de cada División Minera (diferente al gran avance que han producido los ejecutivos de CODELCO al crear la División Talleres, entregando concesiones comerciales de pulperías y creando la División Tocopilla), el Estado seguirá siendo ciento por ciento dueño, en conformidad a lo que la disposición 17ª transitoria de la Constitución de 1925 definió como Gran Minería y que enfatizó y recogió —desgraciadamente— la disposición tercera transitoria de la Constitución de 1980. En consecuencia —con las normas vigentes— no hay posibilidad de generar propiedad privada en las actuales Divisiones Mineras de CODELCO. La cirugía es —definitivamente— mayor. Es permitir el acceso a la propiedad de *CODELCO propiamente tal* a terceros ajenos al Estado..., lo cual requiere modificaciones jurídicas de rango superior.

[5] Véase Anexo I.

Pero volvamos a CODELCO. ¿Por qué invertir en CODELCO? Las razones son claras: Porque las rentabilidades de corte superan el 25%, después de impuestos. Ello según declaraciones de la propia autoridad y a precios del cobre de alrededor de 80 centavos de dólar la libra. Porque además (y como se señala en el Anexo 3) los costos de CODELCO versus los costos EE.UU. se han ido acercando peligrosamente, y lo que en 1982 era 45,72 centavos de dólar de costo CODELCO, versus 87,47 centavos de dólar de costo la libra en EE.UU. es en 1992 del orden de los 54 centavos de dólar CODELCO, versus 58 centavos de dólar EE.UU. Las líneas de costos se están cruzando..., si es que ya no lo han hecho. ¿Y qué tienen que ver los costos con las inversiones? Pues que gran parte de ellas son reducidoras de costos, permitiendo el acceso a mejores tecnologías que posibilitan extraer mineral a costos más bajos... en una empresa denominada CODELCO en que sus leyes de minerales se han ido reduciendo desde el año 1976 y se proyecta que tal fenómeno continúe hasta el año 2000. Eso es lo que señalan las propias autoridades de CODELCO en las Memorias de la compañía, así como en su Plan Quinquenal de Inversiones.

CODELCO, *propiamente tal*, es una empresa que en los últimos años ha experimentado una clara reducción de su rentabilidad, tanto sobre el patrimonio como sobre activos. Así, desde 1989 a la fecha, su rentabilidad sobre patrimonio se ha reducido desde el 33%, aproximadamente, al 13% en 1991. Su rentabilidad sobre activos desde el 15% en 1989 a 7% en 1991. Dichas rentabilidades son altas, pero para que sigan siéndolo hay que invertir para disponer de los recursos de inversiones; CODELCO tiene la solvencia financiera como para ser mirada, por el mercado, como una excelente emisora de deuda. Sus indicadores de cobertura son alrededor de 11. Es decir, su resultado operacional, más depreciación dividida por los intereses de todo su pasivo exigible, es que a veces, y si sustraemos el flujo de caja generado por la depreciación, obtenemos la impresionante cifra de 8,6 veces, en 1991. Su *leverage* (Total de Pasivos dividido por Patrimonio) es, en 1991, de 0,9 veces. Además, existe una clara subestimación del valor patrimonial de CODELCO, el que, en sus Memorias, está en alrededor de 2.267 millones de dólares. A nadie sorprendería que el valor patrimonial de *CODELCO propiamente tal* esté en alrededor de los 7 u 8 mil millones de dólares, con lo cual el *leverage* verdadero sería del orden de 0,29 a 0,26 veces. Definitivamente, CODELCO es un muy buen emisor de deuda.

Finalmente —y dentro del marco legal vigente—, es necesario señalar que los inversionistas institucionales (principalmente AFPs y Compañías de Seguros de Vida, que en conjunto manejan más de 15 billones de dólares de stock de inversiones financieras) verían limitado su potencial de

diversificación, en virtud de las normas que los rigen, si CODELCO fuese mayoritaria en las nuevas sociedades generadas al amparo de la Ley 19.137. Los límites que los acotarían se aplicarían al stock de inversiones, provenientes de la emisión de deuda de CODELCO más cualquier título emitido por las nuevas sociedades (tanto de capital como de deuda).

No hemos querido lucubrar sobre diferentes instrumentos específicos del mercado de capitales para financiar las inversiones de CODELCO y sus nuevas sociedades. El mercado es espontáneo y tales instrumentos y modalidades de financiamiento emergerán solos, pero... surgirán los que solamente puedan sobrevivir a las restricciones jurídicas que hemos señalado.

Hasta aquí el análisis de lo que se puede hacer y algunas sugerencias de acción bajo el marco jurídico actual.

2. Necesidades de cambiar el marco jurídico

La realidad señala que las empresas del Estado tienen diferentes funciones, objetivos, restricciones y realidades que las empresas del sector privado.

Muchas veces, en las decisiones que se han de tomar en una empresa del Estado se introducen restricciones relevantes que no se harían efectivas si las empresas fuesen privadas. Así por ejemplo, CODELCO "privada" no estaría argumentando sus necesidades financieras con la autoridad económica; lo haría con el mercado. Probablemente, el resultado sería la no existencia del problema para financiar su Plan Quinquenal y los 610 millones de dólares solicitados en 1993. El mercado los habría provisto, dados los indicadores financieros y la alta rentabilidad de los proyectos de CODELCO. Razones de orden superior del Estado —no del país, necesariamente— aconsejaron a las autoridades a recortar este presupuesto. Resultado: el máximo potencial obtenible fue cercenado, indiscutiblemente.

Las empresas del Estado tienen diferentes realidades e intereses, y ello en CODELCO se manifiesta en su Directorio, en el sentido de que "si fuese privada" sería muy lícito plantear la duda de por qué hay tantos Directores que no tienen representación directa del riesgo del capital envuelto en la empresa. En el Directorio existen los más variados intereses, y en conformidad a éstos, sanos y variados intereses, se toman las decisiones. Resultado: muchas veces una dotación excesiva de personal y aumento en demasía de sueldos y salarios.

A veces preocupa a las autoridades económicas el que el Tipo de

Cambio Observado tienda a subir, y entonces existe la tentación humana de hacer intervenir a las empresas del Estado. CODELCO es una de ellas. Es la más grande del país. No decimos que se haya sucumbido a la tentación, pero la facultad de liquidar retornos existe y la presión de la tentación sigue estando latente. Si fuese privada, poco de este intento de manejo podría hacerse.

Cuando las funciones objetivo, las restricciones y las variables relevantes son diferentes, la maximización resultante es diferente.

Sólo la privatización de CODELCO permitirá que el financiamiento de las inversiones, que requieren sus activos potenciales (pertenencias y yacimientos en explotación), generen toda su capacidad. Se podrán emitir acciones de tantas sociedades como se estime económicamente pertinente; se podrán emitir bonos convertibles en capital; se podrán emitir bonos y debentures que no copen la capacidad de diversificación de grandes inversionistas institucionales, y éstos, a su vez, podrán sostener en mejor forma las pensiones futuras y presentes.

Además, el financiamiento exclusivamente vía deuda es generalmente procíclico, en esta industria como en muchas otras. La tasa de interés internacional sube, se eleva la tasa interna en concordancia, y el precio del cobre baja en los mercados mundiales producto del alza en la tasa de interés internacional. Resultado: se pierde por partida doble. Porque hay que servir más interés y porque baja el precio del cobre. El financiamiento vía capital no genera la pérdida derivada del alza en la tasa de interés y sólo tiene que absorber la pérdida derivada de la reducción del precio del cobre.

Sin embargo, para acceder al capital —con el fin de privatizar— los cambios requeridos son profundos. A nuestro entender, se debe modificar la disposición tercera transitoria de la Constitución de 1980. Para ser preciso, derogarla. Se debe modificar la Ley 19.137 —dictada en mayo de 1992— y eliminar la pretensión de ser mayoritario como Estado y el veto de CODELCO establecido en el inciso segundo del artículo segundo. Obviamente, se debe modificar totalmente el DL 1.350 que creó la Corporación del Cobre. Con esas modificaciones —profundas— el mercado hará lo propio y el desarrollo minero chileno cambiará sustancialmente.

Finalmente, queda un aspecto que no ha sido mencionado y que requiere solución. La Ley 13.196, denominada Leyes Reservadas, entrega el 10% de los ingresos producidos, por la venta del cobre de la Gran Minería, a las tres ramas de las Fuerzas Armadas. Eso ha significado (según Memorias de CODELCO de público conocimiento)[6] —desde 1987 a 1991— 168, 272,

[6] Véase Anexo III. Sección 1: CODELCO en cifras.

314, 287 y 223 millones de dólares, respectivamente. En promedio, 253 millones de dólares anuales en el quinquenio pasado. Lo lógico es tratar dichos recursos como parte del Presupuesto de Defensa (que, por lo demás, siempre lo han sido) e incorporarlos a los recursos que tienen garantizados las Fuerzas Armadas a través de su ley orgánica constitucional. El financiamiento de lo anterior debería provenir de rentas generales de la nación.

Con todas estas modificaciones, la actividad de la minería del cobre quedaría en las mismas condiciones que cualquier otra actividad nacional, sujeta, eso sí, al régimen de concesiones y al Código de Minería nacional.

ANEXO I

PRINCIPALES DISPOSICIONES JURÍDICAS QUE AFECTAN A CODELCO O A EMPRESAS EN LAS QUE ESTA TENGA PARTICIPACIÓN MAYORITARIA

El presente Anexo contiene lo que son —*a* nuestro entender— las principales disposiciones jurídicas que afectan a CODELCO-Chile. Tales disposiciones se han ordenado a partir de la Constitución de 1980, siguiendo por Normas Jurídicas de Carácter General aplicables a las Empresas Públicas, y, finalmente, la legislación específica de CODELCO.

A. Constitución Política de la República de Chile

i) Artículo 19; números 21, 22 y 24, incisos sexto, séptimo y octavo.

-19 - 21: El Estado y sus organismos pueden desarrollar actividades empresariales y participar en ellas sólo si una ley de quorum calificado los autoriza. La Ley 18.971, del 10 de marzo de 1990, establece que cualquier persona podrá denunciar las infracciones a este artículo 19 número 21.

-19 - 22: Establece el principio de no discriminación que deben dar el Estado y sus organismos en materia económica.

- 24 - Incisos citados: Establecen el dominio absoluto del Estado, exclusivo e imperceptible de todas las minas. Establecen la potestad para otorgar concesiones, su régimen, tribunales que dirimen contiendas y regímenes de exploración y explotación por el Estado y los concesionarios.

ii) Artículo 60, número 9: Señala que son materias de ley "las que fijen las normas con arreglo a las cuales las empresas del Estado y en aquéllas en que éste tenga participación, pueden contratar empréstitos, los que, en ningún caso, podrán efectuarse con el Estado, sus organismos o empresas".

iii) Disposición Transitoria Tercera, señala: "La Gran Minería del Cobre y las empresas consideradas como tales, nacionalizadas en virtud de

lo prescrito en la disposición 17ª transitoria de la Constitución Política de 1925, continuarán rigiéndose por las normas constitucionales vigentes a la fecha de la promulgación de esta Constitución".

iv) Disposición Transitoria Quinta, señala que: "Las leyes actualmente en rigor sobre materias que conforman a esta Constitución deben ser objeto de leyes orgánicas constitucionales o aprobadas con quorum calificado, cumplen estos requisitos y seguirán aplicándose en todo lo que no sean contrarias a la Constitución, mientras no se dicten los correspondientes cuerpos legales".

B. Principales disposiciones de carácter general que afectan a las empresas públicas

Además de lo preceptuado por la Constitución existen leyes que afectan a empresas en que el Estado tenga más del 50% de participación directa o indirectamente.

i) Ley de Administración Financiera del Estado, conocida como DL 1.263. Esencialmente los artículos 44 y 29: el primero define restricciones y procedimientos para acceder al crédito interno y extemo. El segundo (artículo 29) señala un mecanismo de traspaso de dividendos en carácter de anticipo, con cargo a resultados, con destino a Rentas Generales de la Nación, de suerte que si tales anticipos fueren superiores a la utilidad del ejercicio (que le corresponderían al Estado), el exceso constituiría un crédito contra el Fisco.

ii) Ley 18.1%, artículo 11: señala un sistema presupuestario especial al cual deben someterse los presupuestos de operación, inversiones, contrataciones, desembolsos y amortizaciones de crédito. Todas estas disposiciones deben plasmarse en un presupuesto de caja y deben someterse a la aprobación de los ministros de Hacienda, de Economía y del ramo.

iii) Ley 18.482, artículo 24: señala que deben identificarse los proyectos de inversión, los cuales estarán sujetos a aprobación ministerial, tanto para incluirlos en sus programas como para comprometerse mediante el sistema de contratos de arrendamiento a largo plazo no revocables.

iv) Ley 18.591, artículo 68, señala que gastos superiores a los autorizados en los presupuestos originados deben sufrir el trámite de aprobación presupuestaria a nivel de los ministerios de Hacienda, de Economía y del ramo.

v) El DL 1.056 de 1975, en su artículo 3º (inciso 2º), señala que las empresas públicas (aquellas en que el Estado tenga más del 50% de participación directa o indirectamente) podrán hacer depósitos o adquirir instrumentos en el mercado de capitales, previa autorización del Ministro de Hacienda.

vi) Oficio Circular del Ministerio de Hacienda Nº 37/38 del 25 de junio de 1990, dictado en virtud de los Decretos de Hacienda N° 551 de 1982 y Nº 1.231 de 1989, señala los procedimientos para la negociación, autorización y contratación de préstamos externos por parte de las empresas públicas (es decir, deben recurrir al CACE: Comité Asesor de Créditos Externos).

vii) El Oficio Instructivo N° 70.490, del 6 de octubre de 1976, de la Contraloría General de la República, señala que las empresas que han sido objeto de aporte de capital del Estado o sus empresas serán fiscalizadas (en sus rendiciones de cuentas) además de los organismos pertinentes (Superintendencias, COCHILCO) por la Contraloría General de la República, de acuerdo a su Ley Orgánica (N° 10.336), inciso segundo del artículo 16.
Este oficio, si bien puede no aplicarse a CODELCO propiamente tal, en virtud del artículo 2° del DL 1.934 que interpretó que a CODELCO no le es ni le ha sido aplicable el DL 1.263, no es claro que a las empresas en que CODELCO tenga participación mayoritaria no se les aplique (es decir a aquellas empresas que se formen en virtud de la Ley 19.137).

C. Legislación específica para CODELCO

DL 1.350 y sus modificaciones: Por su intermedio se crea la Corporación Nacional del Cobre de Chile: CODELCO-CHILE.
Para los efectos de este trabajo (relacionado con el Financiamiento del CODELCO), citaremos "sólo" los artículos relevantes:

— Artículo 1°: señala que CODELCO es "una Empresa del Estado". Asunto importante, pues no da lugar a interpretaciones sobre su propiedad (independiente de si se esté o no de acuerdo en su privatización) y las consecuencias que se deriven, conforme a lo señalado en la letra B de este Anexo.

— Artículo 9º: letras d, i, m: señala la primera de estas letras que CODELCO debe elaborar y someter anualmente un presupuesto y sus modificaciones a la aprobación del Ministro de Hacienda y del Ministro de Minería. La segunda letra (i) señala que es el Directorio de CODELCO el que (de acuerdo a las normas vigentes en esta materia) puede disponer la emisión de bonos y debentures. La letra "m" señala que la contratación de empréstitos internos y externos, en cualquier moneda, debe ser autorizada por el Ministro de Hacienda.

— Artículo 13° letra b: señala los presupuestos que CODELCO debe informar —en particular el de inversiones y los de exploración y explotación— y que deben contar con la evaluación conjunta de MIDEPLAN y COCHILCO.

— Artículo 3°: En conformidad a la letra "g", a CODELCO le es permitido realizar en el país o en el extranjero toda clase de actividades civiles, comerciales o de cualquier naturaleza que se relacionen directa o indirectamente con la explotación, producción, manufactura, elaboración y comercialización del cobre y otros metales o minerales, productos o subproductos.

ii) Decreto Nº 37 de Minería: Estatutos de CODELCO-Chile. Estos precisan más claramente lo señalado en el DL 1.350 de 1976, en particular el artículo 12° (letra 1), que le permite constituir, participar o tomar interés en corporaciones y sociedades, cualquiera sea su naturaleza, dentro o fuera del país.

iii) Ley Nº 19.137: Establece normas sobre pertenencias mineras de CODELCO-Chile que no forman parte de yacimientos en actual explotación: Su artículo 1° autoriza para que CODELCO disponga de estas pertenencias, previo informe de COCHILCO y excluye aquéllos destinados a los planes de reposición o expansión.
Su artículo 2º permite que CODELCO aporte estas pertenencias a

sociedades, corporaciones o comunidades de cualquier naturaleza con personas jurídicas públicas o privadas nacionales o extranjeras. Se incorpora en dicho artículo el veto de CODELCO para efectos del artículo 67 de la Ley 18.046 (de Sociedades Anónimas). Es decir, Reforma de Estatutos de estas sociedades creadas.

El artículo 4° señala que CODELCO debe tender a tener una participación mayoritaria en estas sociedades, y la enajenación de los derechos en éstas, por parte de CODELCO, debe ser aprobada por el Presidente de la República vía DS de Minería. El artículo 5º señala que no se puede desprender de más de la mitad de los derechos originales.

El artículo 7° señala que las pertenencias, objetos de aporte, deben contar, a lo menos, con la exploración básica por parte de CODELCO-Chile, y además —y en virtud del artículo 1º de esta ley— con el informe favorable de COCHILCO.

iv) DS del 5 de julio de 1992 de Minería. Reglamenta el artículo 7º de la Ley 19.137 y define lo que se debe entender por exploración básica.

v) DL 1.349, del 28 de febrero de 1986: Crea la Comisión Chilena del Cobre: COCHILCO (se señalan sólo los artículos relevantes al financiamiento y toma de decisiones al proceso de invertir).

El artículo 2º, letras "o" y "ñ", señala el primero, la potestad de COCHILCO en materias de presupuestos de CODELCO; la letra "ñ" le otorga a COCHILCO el poder de sancionar a las empresas productivas del Estado en que éste tenga participación mayoritaria.

El artículo 11 entrega a COCHILCO el poder de revisar y controlar las cuentas, procedimientos, sistemas de ventas, realizar auditorías a empresas productoras del Estado o en las que éste tenga participación mayoritaria.

El artículo 12 permite a la Contraloría General de la República fiscalizar, a través de COCHILCO, a las empresas productoras del Estado o en las que éste tenga participación mayoritaria.

vi) Ley 13.196: mediante esta ley se dispone que el 10% de los ingresos producidos por las ventas de los productos de cobre, de la Gran Minería (CODELCO), se destinen a las tres ramas de las Fuerzas Armadas.

ANEXOII

CATASTRO DE PROYECTOS MINEROS CUPRÍFEROS
DESDE 1993 A 1996

Las páginas que se presentan a continuación señalan los proyectos de inversión por empresa del sector privado; de CODELCO por División y de ENAMI.

El total asciende a	5.104,8	millones de dólares
El total privado es	2.957,0	millones de dólares
CODELCO es	1.782,8	millones de dólares
ENAMI es	365,0	millones de dólares
Saldos por invertir		
Total país	4.709,0	millones de dólares
Total privado	2.838,0	millones de dólares
CODELCO	1.574,1	millones de dólares
ENAMI	296,9	millones de dólares

Fuentes de información de los antecedentes:
- Sociedad de Fomento Fabril: "Catastro de Proyecto de Inversión"
- Corporación de Bienes de Capital: "Banco de Proyectos de Inversión"
- Cámara Chilena de la Construcción: "Catastro de Proyecto de Inversión"

La elaboración es de A y M.

PROYECTO proyecto N MINERÍA PRIVADA	LOCALIDAD MAS CERCANA	PERIODO	PRODUCCIÓN TMF/AÑO	RESERVAS Millones de Toneladas	LEY %
1 Collahuasi Etapa I: Sondaje Vetas Rosario	Iquique, Pica, Pozo Almonte	1993	28.000	100,0	0,93
2 Quebrada Blanca	Iquique	93-95	75.000	85,0	1,40
3 Cerro Colorado (1ª Etapa): yacimiento para producción de cobre fino	Iquique	1994	50.000	70,0	1,40
4 Ampliación La Escondida (Pyto. Lixiviación aumentará 25% Prod. concentrados).	Antofagasta	1994	0	0,0	0,00
5 Las Luces. 40 km, Taltal	Taltal	1993	8.000	18,0	2,20
6 Expansión Carolina de Michilla	Antofagasta	1995	20.000	17,0	1,80
7 Lince	Antofagasta	1995	20.000	0,0	0,00
8 Estefanía (mina de cobre subterránea 450 mts, profundidad)	Antofagasta	IDEA	20.000	12,0	3,00
9 Leonor (Mina de cobre)	Calama	IDEA	0	0,0	0,00
10 Mina Julia	Antofagasta	1993	0	0,0	0,00
11 Refinería de cobre para tratar 600.000 tpa de concentrado	Antofagasta	IDEA	0	0,0	0,00
12 Zaldívar (lixiviación y otros proyectos)	Antofagasta	1994	80.000	135,0	1,75
13 Proyectos Iván y Zar	Antofagasta	93-94	10.000	3,0	4,00
14 AmpliaciónPelletII	Huasco	1993	0	0,0	0,00
15 Amolarías	Copiapó	93-95	15.000	7,0	1,60
16 La Candelaria	Copiapó	1995	100.000	390,0	1,14
17 Manto Verde (yacimiento de cobre) 50 km. Chañaral	Copiapó, Chañaral	1996	35.000	0,0	0,89
18 Pta. Lixiviación 2.500 tpa	Copiapó	1993	0	0.0	0,00
19 Pta. de Flotación 2.600 tpa	Copiapó	1993	0	0,0	0,00
20 Los Pelambres	Salamanca, Illapel	93-94	20.000	124,0	1,25
21 Cobre-Collo	La Serena, Andacollo	1993	0	500,0	0,45
22 Repulpeo de relaves mina Los Bronces	Santiago	1995	0	0,0	0,00
23 Planta de Molibdeno Los Bronces	Santiago	1994	0	0,0	0,00
TOTAL PRIVADOS					
24 Mina Tomic	Calama	93-96	95.000	0,0	0,00
25 Mansa Mina	Calama	93-96	150.000	0,0	0,00

PROYECTO Proyecto N MINERÍA PRIVADA	LOCALIDAD MAS CERCANA	PERIODO	PRODUCCIÓN TMF/AÑO	RESERVAS Millones de Toneladas	LEY %
26 Captación y tratamiento de gases	Calama	1993	0	**0,0**	0,00
27 Planta de ácido sulfúrico	Calama	1994	0	**0,0**	0,00
28 Reemplazo planta de ácido N° 1 por una de limpieza de gases	Calama	1993	0	**0,0**	0,00
29 Lixiviación sulfuros baja ley	Calama	1993	0	**0,0**	0,00
30 Refaccionamientos decloruradora	Calama	1995	0	**0,0**	0,00
31 Planta polvos fundición	Calama	1993	0	**0,0**	0,00
32 Secador 0,2% Concentrado CMTT	Calama	1993	0	**0.0**	0.00
33 Desconlam. en Plamen	Calama	1993	0	0.0	0.00
34 Captación Quebrada La Perdiz	Calama	1994	0	0.0	0,00
35 Proyectos Menores	Calama	1994	0	0,0	0,00
36 Óxidos Queb. M y Col de Cobre, Potrerillos	Copiapó	1994	0	0,0	0,00
37 Explotación Sector Inca	El Salvador, D. Almagro. Chañaral	1993	0	161,0	0,60
38 Altamira	El Salvador, D. Almagro, Chañaral	1993	0	0,0	0,00
39 Expansión A 60 TPD, Saladillo	Los Andes	93-96	0	0,0	0.00
40 Río Blanco Tercel Panel, Saladillo	Los Andes	1994	0	0.0	0,00
41 Plan mejoramiento conducción de relaves	Los Andes	1994	0	**0,0**	0,00
42 Línea 16-17	Los Andes	1994	0	0,0	0,00
43 Reemplazo cinta correa N° 5	Los Andes	1993	0	0,0	0,00
44 Pta. Acido Sulfúrico	Rancagua	93-96	0	**0,0**	0,00
45 Mina Sur II etapa	Rancagua	1995	0	**0,0**	0,00
46 Mina Norte II etapa	Rancagua	1995	0	0,0	0,00
47 Expl. Sector Quebrada Tte.	Rancagua	1994	0	**60,0**	1.17
48 Planta de Extracción por solventes	Rancagua	1995	0	**0,0**	0,00
49 Incremento suministro aguas	Rancagua	1993	0	**0,0**	0,00
TOTAL CODELCO					
50 Instalación Convertidor Modificado El Teniente en Paipote	Copiapó	1993	0	**0,0**	**0,00**
51 Expansión planta de acido	Copiapó	1993	0	**0,0**	**0,00**
52 Fundición Ventanas incrementar en 50% capacidad de fusión	Quintero	IDEA	0	**0,0**	**0,00**
53 Fundición Ventanas ampliación y mejora	Quintero	1994	0	**0,0**	**0,00**
TOTAL ENAMI					

	PROYECTO Proyecto N MINERA PRIVADA	EMPRESA	INVERSIÓN TOTAL MM US$	INVERSIÓN SALDO MM US$	REGIÓN
1	Collahuasi Etapa I: Sondaje Vetas Rosario	Cía. Explotadora Doña Inés Ltda. (Shell, Chevron, Falconbrídge)	50,0	40,0	01
2	Quebrada Blanca	Quebrada Blanca S. A. (COMINCO-ENAM)	280,0	280,0	01
3	Cerro Colorado (1ª Etapa): yacimiento para producción de cobre fino	Ríc-Algom	290,0	250,0	01
4	Ampliación La Escondida (Pyto. Lixiviación aumentará 25% Prod. concentrados)	BHP, RTZ, PLC, Mitsubishi, IFC	200,0	199,0	02
5	Las Luces. 40 km. Taltal	Cía. Min. Las Luces Ltda. (Min. Billiton. Inv. Min del Norte, Shell, Citibank)	25,0	13,0	02
6	Expansión Carolina de Michilla	Cía. Min. Carolina de Michilla (Antofagasta Holdings PLC)	50,0	50,0	02
7	Lince	Cía. Min. Carolina de Michilla y Northern Mines (Northern Group)	60,0	50,0	02
8	Estefanía (mina de cobre subterránea 450 mts. profundidad)	Cía. Minera Carolina de Michilla	0,0	0,0	02
9	Leonor (Mina de cobre)	Cía. Contractual Min. Leonor	70,0	70,0	02
10	Mina Julia	Emp. Min. Punta Grande	4,0	3,0	02
U	Refinería de cobre para tratar 600.000 tpa de concentrado	FUNDICIÓN Y REFINERÍA DEL PACIFICO S.A.	500,0	500,0	02
12	Zaldívar (lixiviación y otros proyectos)	Outokumpo Placer Dome	350,0	350,0	02
13	Proyectos Iván y Zar	Rayrock Resources Ltda., Discovery Minera	25,0	25,0	02
14	Ampliación Pellet II	C.M.P.	25,0	20,0	03
15	Amolarías	Cía. Min. JVL (Outokumpo-Mincar)	34,0	34,0	03
16	La Candelaria	Cía. Min. Ojos del Salado (Phelps Dodge, Sumitomo)	350,0	330,0	03
17	Manto Verde (yacimiento de cobre) 50 km. Chañaral	Mantos Blancos (Angloamencan)	140,0	120,0	03
18	Pta. Lixiviación 2.500 tpa	Soc. Punta del Cobre	8,0	8,0	03
19	Pta. de Rotación 2.600 tpa	Soc. Punta del Cobre	5,0	5,0	03
20	Los Pelambres	Antofagasta Holdings	70,0	70,0	04
21	Cobre-Collo	ENAMI-Placer-Dome	350,0	350,0	04
22	Repulpeo de relaves mina Los Bronces	Cía Min. Disputada de Las Condes (Exxon Minerals)	60,0	60,0	13
23	Planta de Molibdeno Los Bronces	Cía Min. Disputada de Las Condes (Exxon Minerals)	11,0	11,0	13
	TOTAL PRIVADOS		2.957,0	2.838,0	
24	Mina Tomic	CODELCO-Chuquicamata	450,0	450,0	02
25	Mansa Mina	CODELCO-Chuquicamata	263,0	263,0	02
26	Captación y tratamiento de gases	CODELCO-Chuquicamata	102,0	90,0	02

PROYECTO Proyecto N MINERÍA PRIVADA	EMPRESA	INVERSIÓN TOTAL MM US$	INVERSIÓN SALDO MM US$	REGIÓN
27 Planta de acido sulfúrico	CODELCO-Chuquicamata	62,0	42,0	02
28 Reemplazo planta de ácido N° 1 por una de limpieza de gas»	CODELCO-Chuquicamata	57,5	40,0	02
29 Lixiviación sulfuros baja ley	CODELCO-Chuquicamata	28,3	18,0	02
30 Refaccionamientoa decloruradora	CODELCO-Chuquicamata	12,7	9,0	02
31 Planta polvos fundición	CODELCO-Chuquicamata	10,0	6.6	02
32 Secador 0,2% Concentrado CMTT	CODELCO-Chuquicamata	12,0	6.0	02
33 Descontam. en Plamen	CODELCO-Chuquicamata	7,0	5,0	02
34 Captación Quebrada La Perdiz	CODELCO-Chuquicamata	6,0	5.0	02
35 Proyectos Menores	CODELCO-Chuquicamata	10,0	5.0	02
36 Óxidos Queb. M y Col de Cobre. Potrerillos	CODELCO-Salvador	30,0	22,0	03
37 Explotación Sector Inca	CODELCO-Salvador	28,7	14,0	03
38 Altamirá	CODELCO-Salvador	7,0	7.0	03
39 Expansión A 60 TPD. Saladillo	CODELCO-Andina	300,0	300.0	05
40 Río Blanco Tercel Panel, Saladillo	CODELCO-Andina	40,0	40,0	05
41 Plan mejoramiento conducción de relaves	CODELCO-Andina	11,6	9,0	05
42 Línea 16-17	CODELCO-Andina	9,7	7.0	05
43 Reemplazo cinta correa N° 5	CODELCO-Andina	2,3	1,5	05
44 Pta. Acido Sulfúrico	CODELCO-El Teniente	61,0	61,0	06
45 Mina Sur II etapa	CODELCO-El Teniente	70,4	50.0	06
46 Mina Norte II etapa	CODELCO-El Teniente	71.0	50.0	06
47 Expl. Sector Quebrada Tte.	CODELCO-El Teniente	48,0	30.0	06
48 Planta de Extracción por solventes	CODELCO-El Teniente	45,6	25.0	06
49 Incremento suministro aguas.	CODELCO-El Teniente	37,0	18.0	06
TOTAL CODELCO		1.782,8	1.574,1	
50 Instalación Convertidor Modificado El Teniente en Paipote	ENAMI	20.0	12.0	03
51 Expansión planta de acido	ENAMI	14.0	8.0	03
52 Fundición Ventanas incrementar en 50% capacidad de fusión	ENAMI	200,0	200.0	05
53 Fundición Ventanas ampliación y mejora	ENAMI	131.0	76,9	05
TOTAL ENAMI		365,0	296.9	
TOTAL PAIS		5.104,8	4.709,0	

	PROYECTO Proyecto N MINERÍA PRIVADA	OBSERVACIONES
1	Collahuasi Etapa I: Sondaje Vetas Rosario	Monto de inversión total US$ 750 milis.
2	Quebrada Blanca	Futuros socios: Minera Pudahuel, Teck Corporation
3	Cerro Colorado (1ª Etapa): yacimiento para producción de cobre fino	Vida útil 23 años, Inv. Total de US$ 500 milis.
4	Ampliación La Escondida (Pyto. Lixiviación aumentará 25% Prod. concentrados)	Aumentará producción concentrados de 35.000 tpd. a 43.500 tpd Planta de lixiviación c/Amoníaco en Coloso
5	Las Luces, 40 km. Taltal	Construcción no decidida, vida útil 10 años
6	Expansión Carolina de Michilla	Aumenta la producción de 20.000 a 40.000 tpa.
7	Lince	
8	Estefanía (mina de cobre subterránea 450 mts. profundidad)	
9	Leonor (Mina de cobre)	
10	Mina Julia	
11	Refinería de cobre para tratar 600.000 tpa de concentrado	
12	Zaldívar (lixiviación y otros proyectos)	D.L. 600 aprobado por US$ 400 mills. Fono 2310762
13	Proyectos Iván y Zar	Proyecto en estudio de factibilidad, no decidido. Fono 2321969
14	Ampliación Pellet II	Ampliación y aprovechamiento de minerales de baja ley
15	Amolarías	
16	La Candelaria	Inversión total US$ 520 milis. Inv.Extr.autoriz.=US$ 1.500 MM, vida útil 15 años.
17	Manto Verde (yacimiento de cobre) 50 km. Chañaral	
18	Pta. Lixiviación 2.500 tpa	
19	Pta. de Flotación 2.600 tpa	
20	Los Pelambres	
21	Cobre-Collo	Placer Dome desechó proyecto. Está paralizado.
22	Repulpeo de relaves mina Los Bronces	Mezclar con agua relaves existentes en Los Bronces y bombearlos por mineroducto a Colina.
23	Planta de Molibdeno Los Bronces	
	TOTAL PRIVADOS	
24	Mina Tomic	
25	Mansa Mina	
26	Captación y tratamiento de gases	

PROYECTO Proyecto N MINERÍA PRIVADA	OBSERVACIONES
27 Planta de ácido sulfúrico	
28 Reemplazo planta de ácido N° 1 por una de limpieza de gases	
29 Lixiviación sulfures baja ley	
30 Refaccionamientos decloruradora	
31 Planta polvos fundición	
32 Secador 0,2% Concentrado CMTT	
33 Descontam. en Flamen	
34 Captación Quebrada La Perdiz	
35 Proyectos Menores	
36 Óxidos Queb. M y Col de Cobre, Pouerillos	
37 Explotación Sector Inca	
38 Allamira	
39 Expansión A 60 TPD, Saladillo	
40 Río Blanco Tercel Panel, Saladillo	
41 Plan mejoramiento conducción de relaves	Reemplz. 1.500 mt. tuberías de conducción relaves de concentrado a embalse Los Leones
42 Línea 16-17	Infraestructura para explotación sectores remanentes 2° panel
43 Reemplazo cinta correa N° 5	
44 Ptt. Acido Sulfúrico	Planta a partir de gases, capacidad de 100 mn/hr
45 Mina Sur II etapa	Idem, en conjunto con Mina Norte
46 Mina Norte II etapa	Infraestructura para extracción y chancado de mineral primario
47 Expl. Sector Quebrada Tte.	Mina concentradora cuya producción llegará a 15.000 ton/día
48 Planta de Extracción por solventes	Colón en 1ª Etapa y Sewell en 2ª Etapa
49 Incremento suministro aguas.	De 2.400 l/s a 2.900 l/s
TOTAL CODELCO	
50 Instalación Convertidor Modificado El Teniente en Paipote	
51 Expansión planta de ácido	
52 Fundición Ventanas incrementar en 50% capacidad de fusión	
53 Fundición Ventanas ampliación y mejora	
TOTAL ENAMI	
TOTAL PAIS	

ANEXOIII

El presente Anexo contiene en primer lugar un análisis de CODELCO y luego un estudio de las oportunidades de negocios que ofrece la Ley 19.137.

I. CODELCO EN CIFRAS

1. Análisis

En la actualidad CODELCO está organizada en una Oficina Central y seis Divisiones: Chuquicamata, Tocopilla, El Salvador, Andina, El Teniente y Talleres de Rancagua. En la oficina central se administran la comercialización del cobre y subproductos, el manejo financiero, la asignación de recursos de inversión y el abastecimiento de algunos insumos y equipos corporativos y de origen importado, la exploración geológica corporativa no incluida en las divisiones y la planificación estratégica corporativa. Las Divisiones presentan una administración descentralizada de su gestión operativa y de los servicios asociados a ellas.

1.1 Análisis a nivel consolidado

Producción:

La producción de CODELCO en el año 1982 superó por primera vez el millón de Toneladas Métricas de Cobre Fino (T.M.F.); en efecto la producción de dicho año alcanzó a las 1.032.920 T. M. F., superior en 15,6% a la obtenida el año anterior. Esta mayor producción fue el resultado de las ampliaciones en las concentradoras de las Divisiones Chuquicamata y El Salvador.

Desde 1982 a la fecha, la producción se ha mantenido sobre el millón de toneladas anuales; hasta el año 1988 la producción se mantuvo relativamente constante con un promedio de 1.065.071 T. M. F., en el año 1989 se produce un aumento de 13,9% alcanzándose el récord histórico de 1.243.114 T.M.F., explicado fundamentalmente por aumento de producción en Chuquicamata y El Salvador.

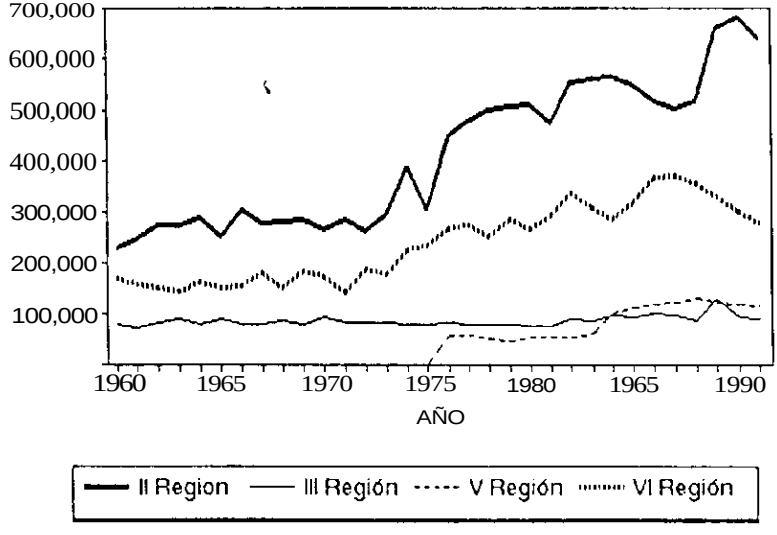
En el Gráfico N° 1 se aprecia la evolución de las producciones

anuales de CODELCO[1] por región, las cuales están asociadas a divisiones independientes:

II Región corresponde a la División de Chuquicamata,
III Región corresponde a la División El Salvador,
V Región corresponde a la División Andina, y
VI Región corresponde a la División El Teniente.

Alano 1991 la principal producción la aporta la División Chuquicamata con una 57% de la producción total, seguida de El Teniente con un 24,8% del total y la División Andina con un 10,1% (esta última División entró en operación sólo en el año 1976). El detalle de estos datos se encuentran en el Cuadro N° 1 de la sección estadística al final de este anexo.

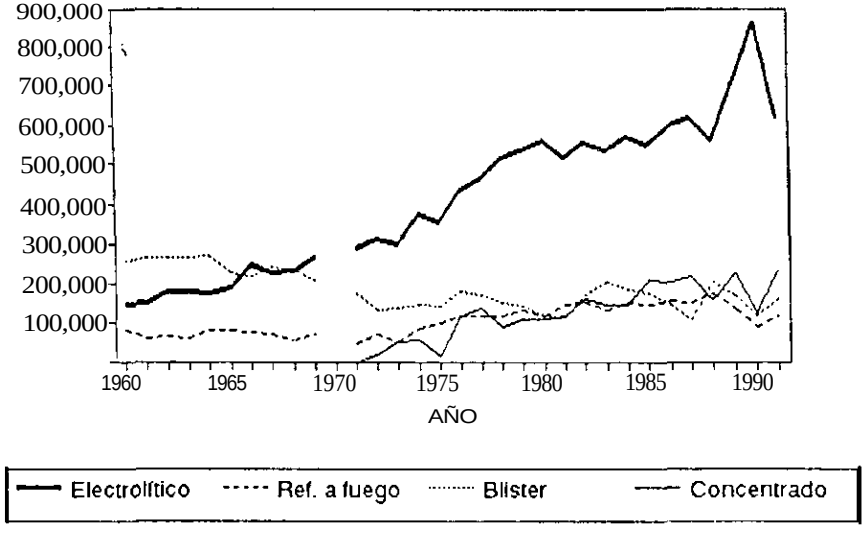
GRAFICO N° 1 PRODUCCION ANUAL DE CODELCO POR REGIÓN
(T. M. de cobre fino)



[1] Se ha considerado la serie de producción histórica de los yacimientos que hoy pertenecen a CODELCO, aun cuando CODELCO se creó sólo en 1976. Antes de esa fecha, estos yacimientos formaron parte del proceso de chilenización del cobre -a mediados de los años 60- y posteriormente en 1971 fueron expropiados.

En el Gráfico N° 2 se muestra la evolución de las producciones anuales de los yacimientos de CODELCO por tipo de producto, apreciándose que al año 1991 un 54,8% de la producción corresponde a cobre electrolítico, producto que empieza a ser el más importante desde mediados de la década del 60. Por otra parte, un 20,6% de la producción del año 1991 se realizó en forma de concentrado de cobre, un 14,3% de cobre blísler[2] y un 10,3% de cobre refinado a fuego. El detalle de estas cifras se encuentra en el Cuadro N° 2 del anexo estadístico.

GRAFICO Nº 2 PRODUCCION COBRE CODELCO POR PRODUCTO
(T. M. de cobre fino)



Desde el *peak* de producción alcanzado en 1989 se empieza a registrar una menor producción con caídas de -3,8% en 1990 y -5,8% en 1991, alcanzando ese año la producción a 1.125.478 T.M.F. Esta disminución se explica por una caída en las leyes de los minerales procesados (véanse Gráficos Nos. 3 y 4 con la evolución de las leyes de los minerales), por el cese de la producción del nivel Sub-6 de El Teniente, y por las huelgas registradas en las Divisiones de Chuquicamata y El Teniente. Sin embargo, esta disminución de producción debe analizarse en el contexto de una tendencia que se viene manifestando desde hace varios años y que es consecuencia, entre otros, de tres factores claves;

[2]Principalmente ánodos.

el agotamiento progresivo de las reservas de mejor calidad y la ausencia de una adecuada política de exploración;

los problemas técnico-operativos y mineros enfrentados por las Divisiones, en especial aquellos derivados del deterioro de las características mineralógicas de los yacimientos, los problemas geomecánicos y de explosión de roca en El Teniente, la mayor profundidad y atochamiento de los rajos, los mayores requerimientos de insumos e infraestructura, y la alta contaminación de las fases de fusión y conversión, y,

la rigidez en relación con el manejo de los costos fijos y las inversiones.

GRAFICO N° 3 LEY DE MINERAL CODELCO-CHILE
(Período 1976-2000)

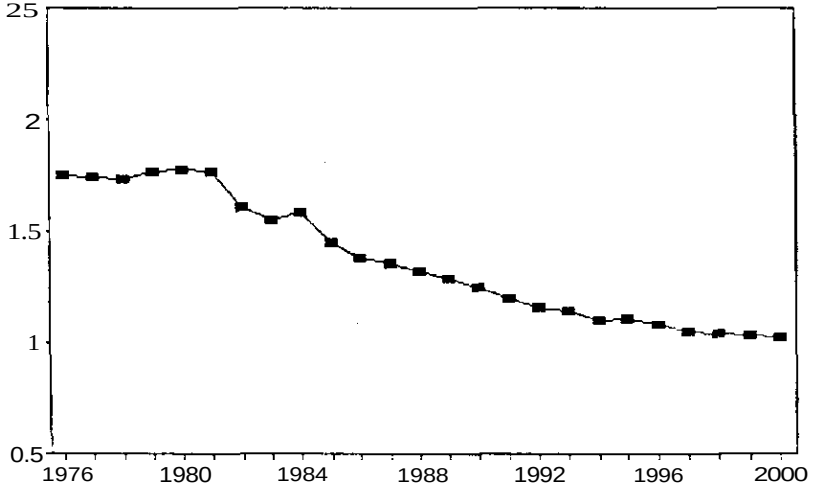
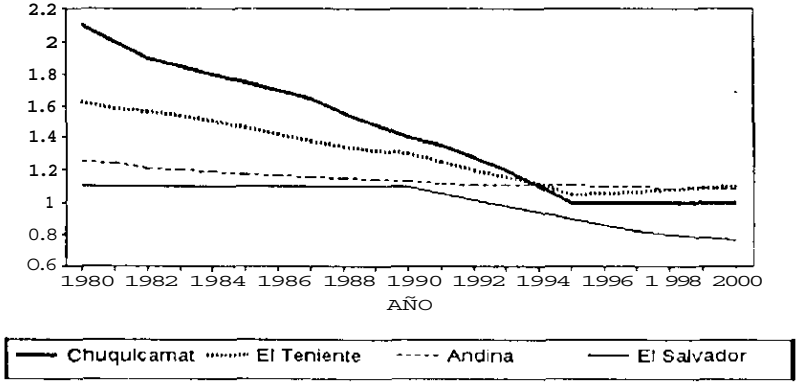


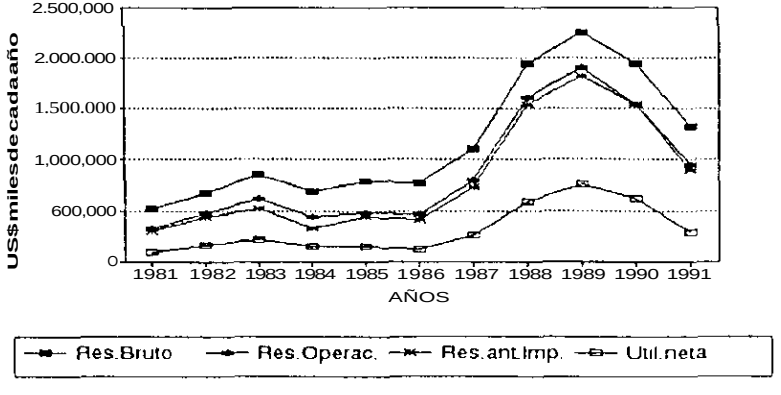
GRAFICO N° 4 LEY DE COBRE DE CODELCO POR DIVISIÓN
(Contenido de cobre. *%)*



Estados financieros e indicadores 1981 a 1991

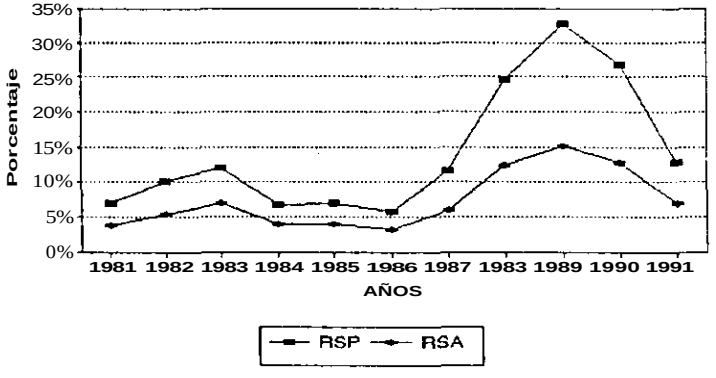
En esta parte del informe presentamos un breve análisis financiero de CODELCO, el cual ha sido efectuado con información financiera de carácter público. De los once años incluidos en este análisis (1981 a 1991), merece especial atención la evolución de la empresa durante los últimos 3 años (1989,1990 y 1991), período en el que se puede observar lo siguiente:

GRAFICO N° 5 RESULTADOS DE CODELCO
(Período 1981-1991)



i) Durante los tres últimos años, se nota un deterioro importante de los resultados de la empresa (Gráfico N° 5) que se debe, principalmente, a la caída experimentada por el precio del cobre, y también a la menor producción y al mayor costo de producción unitario. De acuerdo a antecedentes complementarios, existen elementos que permiten afirmar que se estaría en presencia de una escalación de costos asociados a los problemas de producción ya señalados, pero también a incrementos inducidos por la caída del tipo de cambio real (en este aspecto ha sido muy significativo el incremento de los costos asociados a la mano de obra).

GRAFICO Nº 6 INDICADORES DE RENTABILIDAD
(Retornos)

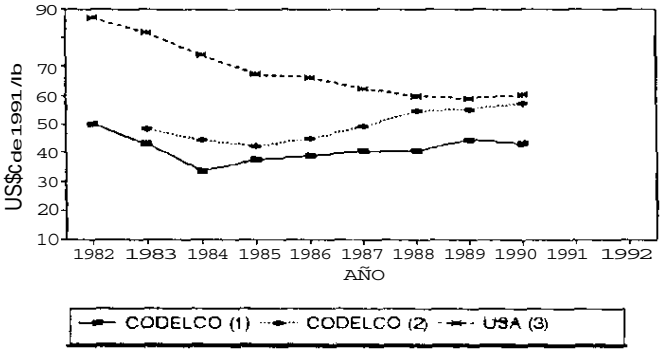


En el Gráfico Nº 6 se muestra la evolución de los indicadores de rentabilidad RSP (Rentabilidad Sobre Patrimonio) = Utilidad Neta/ Patrimonio) y RSA (Rentabilidad Sobre Activos = Utilidad Neta/Total Activos), donde se aprecia que la caída de los últimos tres años ha significado volver a los niveles del período 1981-1987.

En los Gráficos Nos. 7 y 8 siguientes se muestra la evolución de los costos promedio de producción de CODELCO en comparación con los costos promedio de los productores de cobre en EE.UU.. En ambos cuadros los datos se encuentran en centavos de dólar de 1991 y el detalle de las cifras se encuentra en el Cuadro Nº 3 del anexo estadístico.

En el Gráfico N° 7 se muestran dos curvas de costos de CODELCO; la curva CODELCO (1) corresponde a los promedios ponderados de los costos directos divisionales[3] según información proveniente de la Gerencia Contraloría de CODELCO y la curva CODELCO (2) corresponde a los promedios ponderados de los costos directos divisionales.[4] Según, estimaciones de CRU, International Limited (Londres), en dicho gráfico se muestra también una curva de costos directos promedio[5] de los productores en EE.UU. obtenida del estudio "La imprescindible modernización de CODELCO: un enfoque económico",[6] Cuadro N° 3A.

GRAFICO N° 7 COSTOS REALES DE PRODUCCIÓN
(CODELCO-Chile *versus* USA)



[3] Incluye remuneraciones, materiales, combustibles, energía y servicios de terceros; pero no crédito de subproductos, costos capitalizabas, variación inventarios, gastos de refinación, otros ingresos y gastos ni depreciación y amortizaciones.

[4] El costeo se realizó considerando hasta la etapa de refinado en bruto, neto de créditos de subproductos. Los costos directos aquí presentados excluyen los cargos financieros, depreciación, impuestos a las utilidades, exploración exterior e ítemes extraordinarios; pero incluyen gastos generales y pago de derechos y patentes.

[5] Que no incluirían ni depreciación y amortizaciones ni gastos financieros.

[6] Rolf J. Lüders. "La imprescindible modernización de CODELCO: Un enfoque económico". Instituto de Economía, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago 16 de noviembre de 1992.

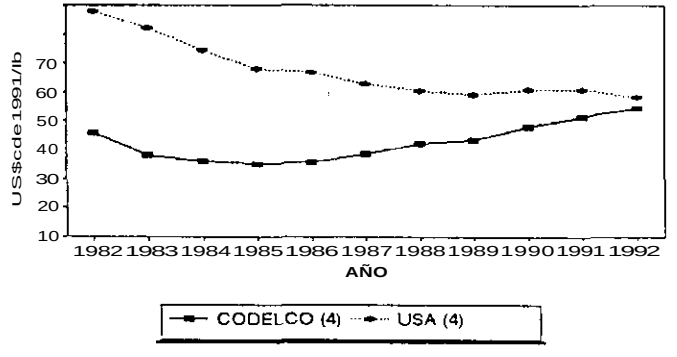
CUADRO Nº 3A

AÑO	CODELCO (1) (US$ c/lb)	CODELCO(2) (US$ c/lb)	USA(3) (US$ c/lb)
1982	49,81	nd	86,90
1983	43,44	48,34	81,71
1984	33,92	44,34	74,03
1985	37,67	42,40	67,64
1986	38,85	44,73	66,25
1987	40,83	49,13	62,45
1988	40,85	54,82	59,96
1989	44.48	55,02	58,76
1990	42,94	57,17	60,46
1991	nd	nd	nd
1992	nd	nd	nd

nd= no disponible

Por otra parte, en el Gráfico N° 8 se presentan dos series de costos de producción de cobre (una correspondiente a CODELCO y otra promedio de los productores de EE.UU), ambas proporcionadas por la Unidad Asesora de la Presidencia de CODELCO (que en adelante llamaremos APC). Según APC, estas series de costos son comparables entre sí y corresponden a costos directos netos de créditos de subproductos y no incluyen gastos financieros, depreciaciones ni amortizaciones; en el caso de los costos de EE.UU éstos habrían sido calculados por CODELCO a base de información proporcionada por un conjunto de consultores externos internacionales, entre los cuales se encontrarían CRU International y Brook, Hunt & Associates Ltd.

GRAFICO N° 8 COSTOS REALES DE PRODUCCIÓN
(CODELCO-Chile versus USA)



CUADRO Nº 3B

AÑO	CODELCO (4) (US$ c/lb)	USA (4) (US$ c/lb)
1982	45,72	87,47
1983	37,78	82,23
1984	35,88	74,46
1985	35.02	68,01
1986	35,39	66,59
1987	38,65	62,80
1988	42,07	60,27
1989	43,30	59,08
1990	47,81	60,74
1991	51,25	60,50
1992*	54,32	58,30

*** Promedio Enero Octubre 1992**

Hemos encontrado que existen algunas diferencias en los niveles de los costos directos señalados por una u otra fuente de las aquí incluidas y de otras no incorporadas en este informe. Probablemente, estas diferencias se deben a la inclusión o exclusión de ciertas partidas o componentes de costos en la medición del costo directo; sin embargo la señal que aquí se pretende entregar se refiere a la tendencia de los costos de CODELCO respecto de los de EE. UU. más que a los respectivos niveles.

ii) Durante el período 1989-1991 se observa un deterioro en la rentabilidad de la empresa, cuya magnitud se puede apreciar en casi todos los indicadores relevantes. Especial mención estimamos del caso formular al indicador de Margen Total (resultado operacional/ total de ingresos), que en el período señalado ha caído desde un 53 a un 34%. En el Gráfico N° 9, denominado Indicadores de Eficiencia, se muestra la evolución de los indicadores de eficiencia Margen de Contribución (Resultado Bruto/Total de Ingresos por Ventas) y Margen Total (Resultado Operacional/Total de Ingresos por Ventas), donde se aprecia que la caída de los últimos tres años ha significado volver a los niveles promedio del período 1983-86.

iii) Pese a la caída en la rentabilidad, la empresa mantiene una buena capacidad de generación de flujos de caja, y un amplio nivel de cobertura de gastos financieros. En efecto, en el año 1991, la empresa ha mostrado una cobertura de gastos financieros (Resultado Operacional + Depreciación/Gastos Financieros) de más de 11 ve-

ces, lo cual es un indicador de su solidez financiera. En el Gráfico Nº 10 se muestra la evolución de los indicadores de solvencia (Resultados Operacionales + Depreciaciones/Gastos Financieros), donde se aprecia un deterioro en los últimos tres años que se espera sea revertido en los próximos años con la reciente disminución del nivel de endeudamiento.

GRAFICO Nº 9 INDICADORES DE EFICIENCIA
(Margen)

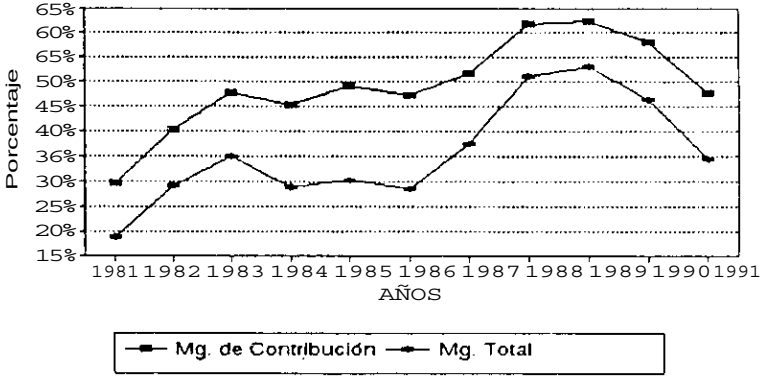


GRAFICO Nº 10 INDICADORES DE SOLVENCIA. COBERTURA DE INTERESES
(Veces)

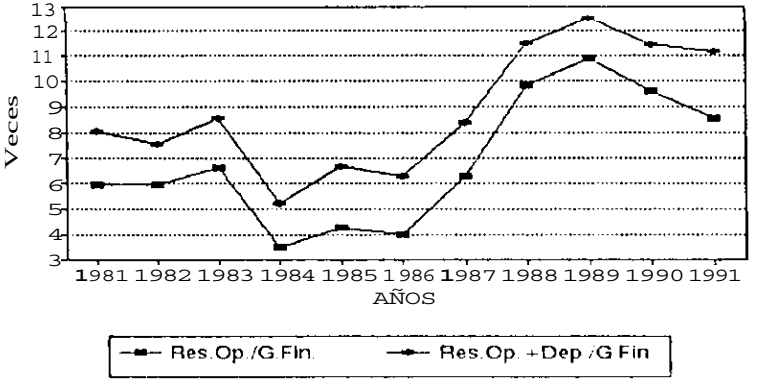
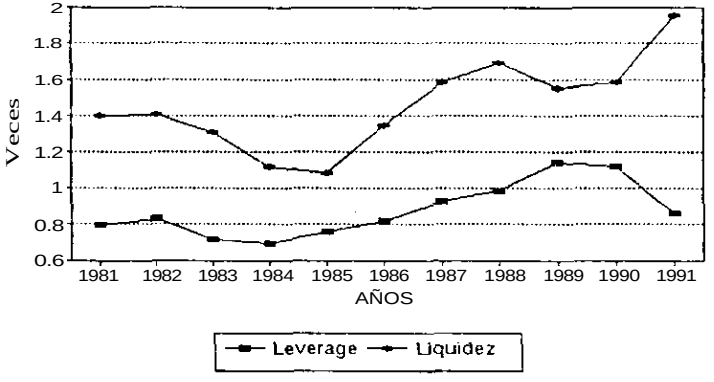


GRAFICO Nº 11 INDICADORES DE ENDEUDAMIENTO Y LIQUIDEZ
(Veces)



iv) Durante el año 1991, la empresa disminuyó en forma importante su nivel de endeudamiento —y mejoró su posición de liquidez— al disminuir una parte significativa de los depósitos a plazo que mantenía y los créditos bancarios de corto plazo. Esta disminución de *leverage* debería incidir a futuro en una mayor cobertura de gastos financieros. En el Gráfico Nº 11 se muestran dichos indicadores, los únicos de evolución favorable en el último trienio (disminución del *leverage y* aumento de la liquidez).

Como corolario, se puede señalar que CODELCO, pese a estar atravesando por un período de disminución significativa de su rentabilidad, presenta una sólida posición financiera. La evolución de ésta a futuro estará en parte determinada por la evolución del precio del cobre, y, por otra parte, por la capacidad de la empresa de limitar los incrementos de costo que ha sufrido en el pasado.

En los Cuadros Nºs 4 y 5 del Anexo Estadístico se presentan los estados financieros consolidados de CODELCO y sus respectivos indicadores, desde el año 1981 a 1991.

Es interesante analizar cuál sería el comportamiento de la empresa ante una situación de disminución sostenida en el precio del cobre. Si consideramos que el año 1991 el precio promedio fue del orden de los

US$ 1,05/lb, y que una caída en el precio del mismo no afectaría el de los otros subproductos vendidos por la empresa, ésta resiste una caída en el precio del cobre del orden del 40% (vale decir, que el cobre esté a US$ 0,63/lb), y aún mantendría un equilibrio financiero.

Año 1992:

En el período enero-octubre del presente año 1992 la producción acumulada de CODELCO alcanza a 964.083 toneladas finas de cobre, superando en un 4,5% lo obtenido a igual fecha en 1991 y en 5,1% lo considerado en el programa de producción. Dicha variación se explica fundamentalmente en una ley de mineral levemente superior a la programada en la División Chuquicamata; una mayor ley del material alimentado a la Concentradora en la División El Salvador; una mejor recuperación metalúrgica del cobre en la concentradora de la División Andina, y a que el tonelaje y la ley del material beneficiado fueron superiores a los valores estimados en el programa de la División El Teniente. En la proyección para el resto del año se espera alcanzar una cifra superior a 1.150.000 T.M., superior a la de 1.125.478 T. M. alcanzada en 1991. Junto con esta mayor producción, se observa también un aumento de productividad en relación a 1991, año en que se produjeron 41,8 toneladas finas de cobre por trabajador, mientras que en 1992 este indicador ascendería a 45,1 toneladas finas, lo que significa un incremento de 7,9%, el que estaría explicado pon

— la mayor producción
— un menor ausentismo[7]
— mejoras tecnológicas,
— reducciones de personal acogido a planes de retiro[8]
— reformas introducidas en la gestión

Por otra parte, la cartera de productos ha tenido en 1992 un mayor valor agregado en relación a 1991, al transformarse una mayor parte de la

[7] En el período enero-septiembre 1992 se observó una baja en la tasa de ausentismo (4,66%) respecto a igual período del año 1991 (6,07%), lo que equivale a haber contado con 371 personas más en el trabajo. La mayor baja de ausentismo se observó en El Teniente, donde disminuyó de 8 a 5,23%.

[8] La dotación total de la Corporación al 30 de septiembre de 1992 asciende a 26.186 trabajadores, en tanto la fuerza de trabajo a la misma fecha del año anterior era de 27.188 personas. Es decir, se produjo una disminución de 1.002 personas (3,7%)

cartera a cobre refinado, alcanzando a un 79% de la producción. Específicamente la producción de concentrado que en 1991 fue de 20%, en 1992 sería sólo cerca de 10%. Esto se explica principalmente por una mayor eficiencia productiva en las fundiciones con mayores usos de oxígeno industrial y una mejor recuperación alcanzada en los procesos. En cuanto al precio del metal, durante el período enero-octubre 1992, el precio real promedio de venta fue de US$ 0,992/lb., mientras que el precio para el mismo período del año pasado fue de US$ 0,9937/lb. Esto indica que la cartera de productos y el manejo comercial permitieron compensar en parte la caída del precio.

Por último, el conjunto de efectos anteriores ha permitido que la Corporación haya generado, durante el período de análisis (enero-octubre 1992), una utilidad antes de impuestos de US$ 784,8 millones, contra US$ 740,8 millones en el mismo período en 1991. Al 30 de noviembre de 1992, las utilidades antes de impuestos alcanzaron a US$ 856,2 millones (US$ 818,6 millones en 1991). La proyección de utilidades antes de impuestos al cierre del año es superior a US$ 920 millones (US$ 887,5 millones en 1991).

Programa de inversiones y medidas para superar problemas:

La suma de problemas que enfrenta CODELCO se resumen en el incremento de los costos de explotación, lo que trae como consecuencia la pérdida de liderazgo que había mantenido durante largo tiempo en términos de costo. La empresa está desarrollando un significativo programa de inversiones con el objetivo de revertir esta situación. Dicho plan, de carácter quinquenal, contempla inversiones del orden de US$ 500 millones anuales[9] y pese a que las actuales autoridades de CODELCO sostienen que han tenido una favorable acogida por parte del Gobierno, existen dudas de su completa materialización.

De hecho, si bien este año el presupuesto de inversión subió a los US$ 430 millones y se estima que para 1993 será todavía superior, no alcanzará a los US$ 610 millones que se estiman necesarios para la empresa. Por otra parte, el Ministerio de Hacienda no es proclive a permitir que la empresa se endeude más allá de los niveles actuales, con lo que no se

[9] Memoria Anual 1991. Según antecedentes posteriores, este plan habría sido aumentado en un promedio de US$ 100 millones anuales, a raíz de que se habría modificado el perfil de los proyectos más importantes que se señalan en el Cuadro Nº 3.1 siguiente.

vislumbra una posibilidad cercana para que las AFPs —dentro de las restricciones legales que imponen límites de inversión por instrumento y por emisor— puedan invertir en los grandes proyectos de CODELCO (cuya rentabilidad mínima es de 25% anual a un precio del cobre de US$ 0,8). Tampoco se permite que CODELCO se desprenda de sus activos que no forman parte de su giro de negocios (la Central Tocopilla, por ejemplo).

Sin embargo, de financiarse el programa de inversiones se podría revertir la tendencia decreciente de la producción gracias a diversos proyectos mineros, contribuir a balancear la producción de concentrados con la capacidad nacional de fundición y desarrollar los proyectos de descontaminación asociados.

CUADRO N° 1 PRINCIPALES PROYECTOS DEL PROGRAMA QUINQUENAL DE INVERSIONES DE CODELCO

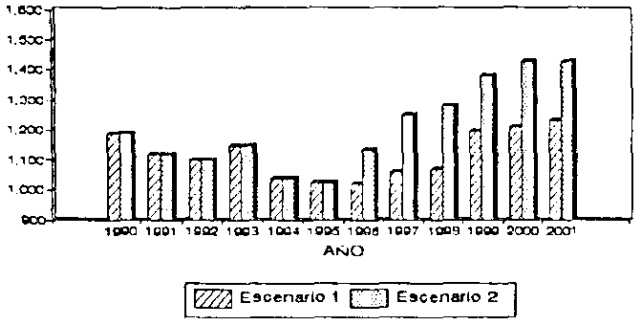
PROYECTOS	DIVISIÓN	CARACTERÍSTICOS	INVERSIÓN milis. US$	PRODUCCIÓN M.T.M.F/año
Radomiro Tomic Ripios	Chuquicamata	Lixiviación Sx-Ew	224	95
EtapaII Sulfuros	Chuquicamata	Lixiviación Sx-Ew	80	65
Baja ley Mansa	Chuquicamata	Lixiviación Sx-Ew	28	15
Mina Quebrada	Chuquicamata	Nueva Area Minera	263	150
Teniente Lixiviación	El Teniente	Nueva Area Minera	45	55
Cráter	El Teniente	Lixiviación Sx-Ew	48	24
Expansión	Andina	Mina y Concentradora	191	90
Óxidos	El Salvador	Lixiviación Sx-Ew	18	10

Los principales proyectos mineros contemplados en este programa se presentan en el Cuadro Nº 1.[10] De acuerdo al plan señalado en la Memoria Anual de 1991, la producción retomaría una tendencia ascendente a partir de mediados de la presente década, alcanzando un nivel algo superior

[10] Sin embargo, según información más reciente de APC, este programa habría tenido importantes cambios que llevarían la inversión anual promedio del orden de los US$ 600 a US$ 700 millones. Solamente la inversión del proyecto Radomiro Tomic habría aumentado a la cifra de US$ 450 millones (en lugar de US$ 224 millones) para una producción de 150 M.T.M.F./año en lugar de las 95 del proyecto original.

a 1,4 millón de T.M.F. hacia fines de la misma, con un valor medio en el período 1992-2001, de 1.226 millones de T.M.F Esto significaría alcanzar una producción superior en más de 200 mil T.M.F. a la que se lograría de mantenerse un volumen de inversiones como el histórico, de US$ 350 a 400 millones, escenario en el cual la empresa podría recuperar un nivel de producción como el de 1990 recién el año 1999. En el Gráfico Nº12 se presenta la producción proyectada con ambos escenarios de inversiones.

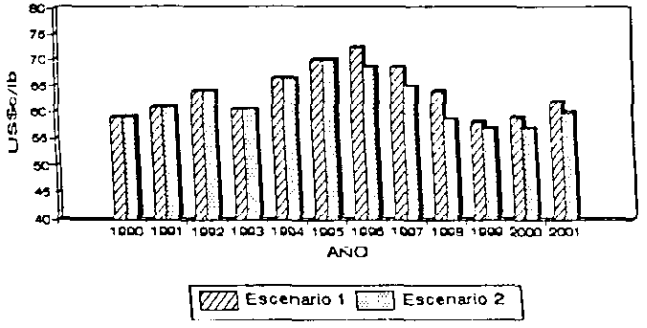
GRAFICO N° 12 CODELCO-CHILE: PRODUCCIÓN PROYECTADA
(Miles de toneladas métricas)



	Escenario 1 Producción (m.t.m.f)	Escenario 2 Producción (m.t.m.f)
1990	1,190	1,190
1991	1,120	1,120
1992	1,100	1,100
1993	1,145	1,145
1994	1,035	1,035
1995	1,025	1,025
1996	1,020	1,135
1997	1,060	1,250
1998	1,070	1,280
1999	1,195	1,380
2000	1,210	1,425
2001	1,235	1,425

En cuanto a los costos, el hecho de que el plan quinquenal se basa en la ejecución de proyectos de elevada rentabilidad y bajos costos, sumado al incremento de producción que resultaría del mismo, determina una trayectoria de costos de producción también más favorable que la del escenario de inversiones históricas. En el Gráfico Nº 13 siguiente se presentan los costos proyectados con ambos escenarios de inversiones.

GRAFICO Nº 13 CODELCO-CHILE: COSTOS PROYECTADOS
(Centavos de dólar por libra)



AÑO	Escenario 1 Costos (US$ c/lb)	Escenario 2 Costos (USS c/lb)
1990	59,0	59.0
1991	61,0	61,0
1992	64,0	64,0
1993	60,5	60,5
1994	66,5	66,5
1995	70,0	70,0
1996	72,5	68,7
1997	68,7	65,0
1998	64,0	58,7
1999	58,0	57,0
2000	59,0	57,0
2001	62,0	60,0

Cabe decir que los datos proyectados de los volúmenes de producción y niveles de costos, asociados a las dos alternativas señaladas, fueron obtenidos de la Memoria Anual 1991 de CODELCO en la cual no se entregan las cifras exactas, ya que se presentan solamente gráficos. Nosotros hemos interpretado dichos gráficos, y las cifras presentadas corresponden justamente a nuestra interpretación (estas cifras se reproducen también en el Cuadro N° 6 del anexo estadístico). Por otra parte, los costos señalados en el Gráfico N° 13, para los años 1990 y 1991 no coinciden con los mostrados en los Gráficos Nos. 7 y 8; creemos que esta diferencia se da porque los de los Gráficos Nos. 7 y 8 corresponden a costos directos, mientras que los del Gráfico Nº 13, a costos totales.

La necesidad de lograr un balance entre la producción de concentrados y la capacidad de fundición y refinación, obligada por los elevados excedentes de concentrado que existen, tanto a nivel mundial como nacional, exigen hacer inversiones importantes en proyectos de descontaminación, ya que los proyectos de ampliación de la capacidad de fusión están asociados a una alta contaminación de gases. En 1991, la inversión en descontaminación alcanzó al 14% del total de inversión de la Corporación; en 1992 se estaría llegando a cerca de un 20% y para el plan quinquenal se ha considerado un promedio de 15% para los proyectos ambientales. Entre los considerados en el corto plazo, destacan la Planta de Acido Nº 4, en la fundición de Chuquicamata; la incorporación de nuevas tecnologías de fusión en esta misma división, y la captación de gases fugitivos en la fundición Potrerillos.

Ley 19.137:

Un aspecto que cabe destacar es que para aumentar su capacidad operativa, recientemente ha sido aprobada por el Parlamento una modificación a la Ley de CODELCO, mediante la promulgación de la Ley Nº 19.137, la cual permite la asociación con entidades privadas —nacionales o extranjeras— para la exploración y/o explotación de las pertenencias que no forman parte de sus yacimientos en actividad ni están consideradas en sus planes de reposición o expansión a través de la explotación directa de yacimientos de su propiedad. Las primeras asociaciones para exploración,[11]

[11] A principios de 1993 se cursarían las invitaciones para los primeros *joint ventures* de exploración en cuatro prospectos de CODELCO (los pórfidos cupríferos de Mamiña, ubicados en la I Región, y Pastos Largos, en la II Región; y los prospectos auríferos de la III Región: Franja Aurífera y Purén).

en virtud de la Ley Nº 19.137 se concentrarían durante 1993, y como el negocio minero es de largo plazo sólo se verían frutos hacia el año 2000. Para el yacimiento El Abra, cuyas reservas alcanzan los 500 millones de toneladas, se harían invitaciones hacia finales de 1993, específicamente para explotación. Uno de los aspectos favorables de esta nueva legislación es que las sociedades que se constituyen son independientes, y, de ser minoritario, CODELCO pueden no sufrir los problemas presupuestarios de esta (véase capítulo II y sección 2 con información adicional de las oportunidades de negocios con el sector privado a base de la Ley Nº 19.137, al final de este anexo).

Otras medidas para superar problemas, adoptadas en 1992:

Un último aspecto destacable es respecto de las medidas adoptadas por CODELCO durante 1992 para compensar su pérdida de competitividad internacional:

— la sociedad que formó con la empresa canadiense CMS, para fabricar y comercializar equipos mineros,
— la creación de la División Talleres a partir del Departamento Talleres que operaba al interior de la División El Teniente,
— el traspaso de la Pulpería de Chuquicamata a Falabella y Ekono,
— el plan de egreso voluntario en El Teniente, que significó el retiro de unos 750 trabajadores, disminuyendo parte de la sobredotación de dicha División, y
— el convenio colectivo anticipado con dos sindicatos de El Teniente (20% de su fuerza laboral), superando situaciones confrontacionales ejecutivos-trabajadores.

El tema de la privatización:

Las medidas adoptadas en 1992, aun cuando las autoridades han señalado que no existe un plan formal de externalización, son un paso en la dirección correcta que permitiría un eventual proceso de privatización de la empresa, ya que el camino lógico y ordenado es convertir a cada División en sociedad anónima, permitiendo que sus trabajadores puedan adquirir parte de la propiedad a través de, por ejemplo, sus fondos de indemnización por años de servicio. En ese sentido, tanto la División Talleres de Rancagua como la Central Tocopilla presentarían las mayores facilidades para iniciar el proceso, por tratarse de actividades ajenas al giro propiamente minero.

Entre las razones que se han argumentado para llevar adelante la privatización de CODELCO, destacan principalmente dos:[12]

— La primera de ellas es que al tratarse de una empresa minera, se requiere de altos montos de inversión para su viabilidad y, en este sentido, los privados estarían en mejores condiciones para ejecutarlas, liberando, así para otros sectores que socialmente tienen más urgencia, los aproximadamente US$ 500 millones que anualmente al Estado le destina a CODELCO.

— La otra razón es que al privatizar CODELCO, el Estado recibiría un monto de US$ 7.000 a 8.000 millones (un 22% del PGB), esto sumado al flujo de impuestos que generaría anualmente.

Sin embargo, las actuales autoridades no han dado señales de impulsar o apoyar algún proyecto de privatizar todo o parte de CODELCO, sino que, por el contrario, se encuentran por ahora empeñadas en una tarea de modernización de la empresa orientada a la recuperación de su competitividad, razón por la cual no se vislumbran en el corto plazo medidas dirigidas a un proceso formal de privatización.

1.2 Análisis a nivel divisional

En el presente punto se entrega un análisis de la evolución de los resultados divisionales en los once últimos años (1981-1991), a base de los estados financieros divisionales y a información complementaria de producción y costos obtenidos en la empresa, cuyos datos están en los Cuadros Nos. 7 al 11 de la sección estadística, al final de este anexo.

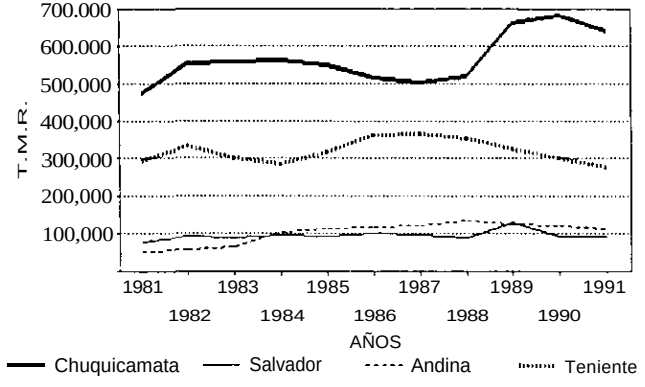
En términos de estados financieros, CODELCO registra centralizadamente los Ingresos por Ventas y los Deudores por este concepto, lo mismo que los Depósitos y los Préstamos Bancarios y de Proveedores, tanto a corto como a largo plazo, además, como consecuencia de ser una sola, presenta un patrimonio único. Asimismo, los impuestos a la renta y de la Ley 13.196 se calculan y se pagan en términos corporativos. La empresa posee bases internas de distribución por división de los ingresos, gastos y tributos controlados por la oficina central; sin embargo el presente análisis

no incorpora la asignación de los gastos financieros ni de los tributos, es decir, sólo se utilizan las cifras a nivel de Resultado Operacional Divisional y un detalle de los activos que en ellas operan.

Producción:

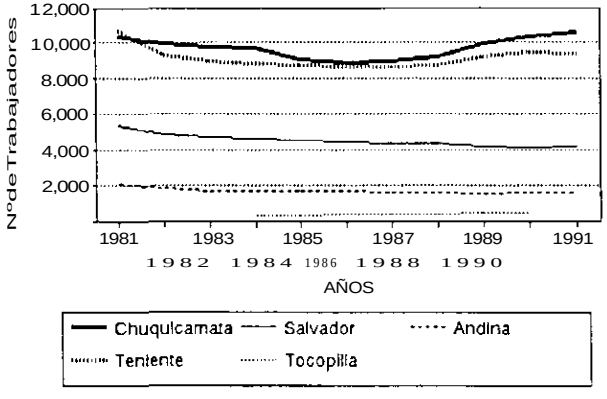
En el Gráfico Nº 14 se muestra la producción de cobre por División para los últimos once años.

GRAFICO N° 14 PRODUCCIÓN POR DIVISIÓN
(Toneladas métricas de cobre fino) (TMF)



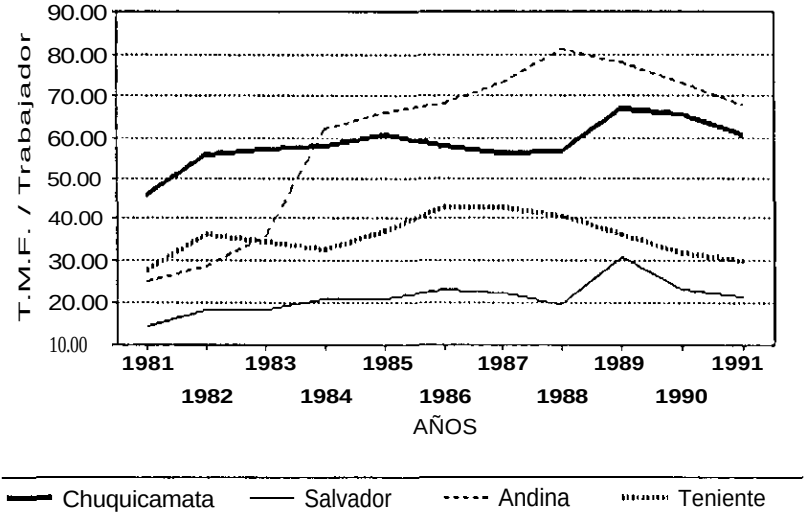
Por otra parte, en el Gráfico N° 15 se muestra la dotación de personal anual promedio por División para el mismo período.

GRAFICO N° 15 DOTACIÓN DE PERSONAL POR DIVISIÓN
(Número de trabajadores)



Con lo anterior, se obtiene la producción promedio anual de cobre por trabajador en cada División, y se muestra en el Gráfico Nº16.

GRAFICO N° 16 PRODUCCION DE COBRE/DOTACION PROMEDIO
(Por cada División)



Del gráfico anterior se desprende que el año 1991 la menor productividad individual está en la División El Salvador con poco más 20 T.M.F. anuales por trabajador, seguido de El Teniente con cerca de 30 T.M.F.; Chuquicamata con poco más de 60 T.M.F. y Andina, con la mejor productividad, alcanzando a 68 T.M.F. por trabajador; esta última División viene liderando la producción por trabajador desde el año 1984.

Gastos de administración y costos totales por División:

En el Gráfico N° 17 siguiente se muestran los gastos anuales de administración por tonelada de cobre despachada en cada División, donde se aprecia que los mayores gastos administrativos por libra de cobre despachada, al año 1991 se dan en la División El Salvador con US$ 0,21 por libra, seguido de El Teniente con US$ 0,16, Andina con US$ 0,15 y Chuquicamata, de mejor rendimiento de sus gastos administrativos, con US$0,11 por libra de cobre despachada.

En el Gráfico Nº 18 siguiente se muestran los costos totales por

tonelada de cobre producida en cada División.[13] Se aprecia que el mayor costo unitario, al año 1990, se da también en la División El Salvador con US$ 0,812 por libra producida, seguido de El Teniente con US$ 0,568, Chuquicamata con US$ 0,429 y Andina, con los menores costos de producción, con US$ 0,399 por libra de cobre producida. En general, se aprecia en todas las Divisiones una tendencia al alza de sus costos a contar de 1986, cuya explicación ya hemos expuesto.

GRAFICO Nº 17 GASTOS ADMINISTRATIVOS/DESPACHOS COBRE
(Por cada División)

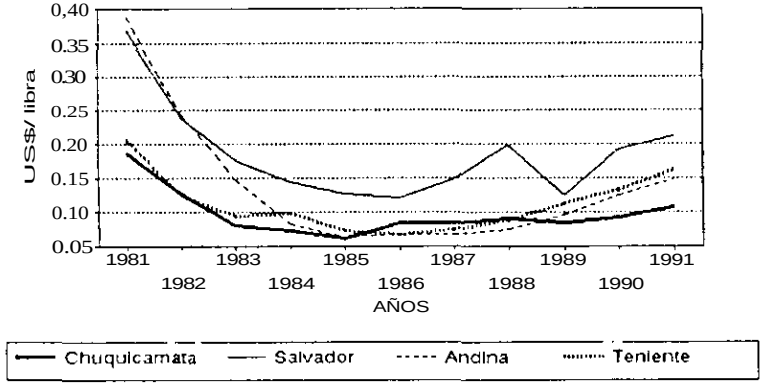
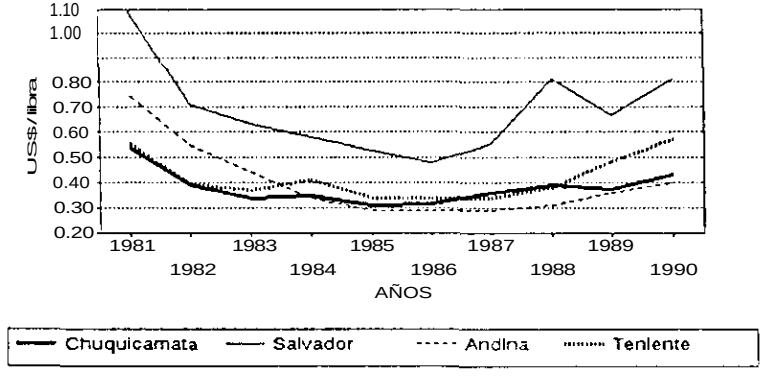


GRAFICO Nº 18 COSTOS POR DIVISIÓN
(US$ por libra de cobre)



[13] Según cálculos de la propia Corporación.

Resultados por División:

En el Gráfico Nº 19 siguiente se muestran los resultados operacionales anuales de cada división, en los que se aprecia que los mayores resultados al año 1991 los aportan las Divisiones Chuquicamata (US$ 698 millones) y El Teniente (US$ 173 millones). Las otras Divisiones aportan entre US$ 35 y US$ 55 millones cada una. Se aprecia en el gráfico que la caída de los resultados desde el año 1989 se ha dado en todas las Divisiones, excepto Tocopilla (división de naturaleza y giro diferentes al resto).

GRAFICO Nº 19 RESULTADO OPERACIONAL POR DIVISIÓN
(US$ miles comentes)

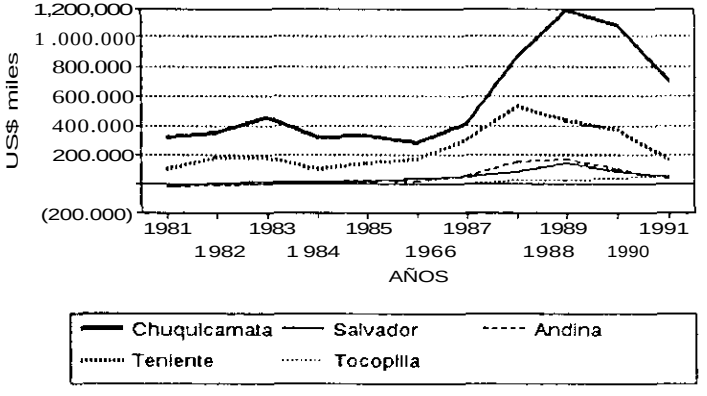


GRAFICO Nº 20 RESULTADO OPERACIONAL/TOTAL INGRESOS
(Por cada División)

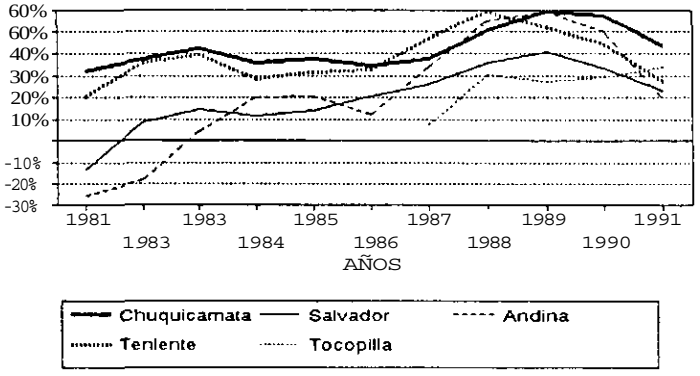
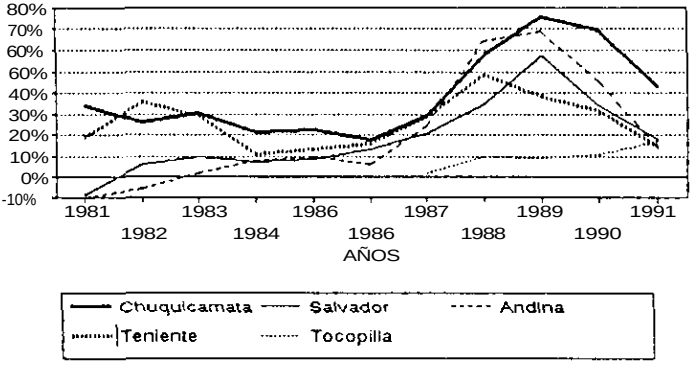


GRAFICO Nº 21 RESULTADO OPERACIONAL/TOTAL ACTIVOS
(Por cada División)



2. Sección estadística

CUADRO Nº 1 PRODUCCIÓN ANUAL DE CODELCO POR REGIÓN
(t. m. de cobre fino)

Año	REGIÓN				TOTAL
1960	231.074	79.191	0	169.216	479.481
1961	249.618	72.928	0	158.924	481.470
1962	275.739	82.841	0	151.946	510.526
1963	274.776	88.661	0	144.372	507.809
1964	288.133	76.911	0	163.061	528.105
1965	252.668	91.464	0	152.361	496.493
1966	303.925	78.297	0	155.254	537.476
1967	277.198	78.189	0	181.546	536.933
1968	279.466	86.265	0	154.118	519.849
1969	283.368	77.132	0	186.217	546.717
1970	269.045	93.085	0	173.822	535.952
1971	284.125	83.872	0	140.380	508.377
1972	265.468	82.893	0	190.295	538.656
1973	297.089	84.028	0	178.129	559.246
1974	388.987	79.998	0	225.528	694.513
1975	304.610	81.304	0	234.032	619.946
1976	445.588	82.782	56.874	268.847	854.091
1977	477.773	80.681	58.573	275.674	892.701
1978	500.635	77.529	47.702	250.629	876.495
1979	507.228	78.086	46.397	282.807	914.518
1980	510.870	74.782	52.806	266.054	904.512
1981	472.404	76.542	52.739	291.926	893.611
1982	552.830	89.821	54.345	335.924	1.032.920
1983	558.840	86.960	61.366	304.889	1.012.055
1984	562.948	96.342	103.689	286.776	1.049.755
1985	549.052	95.132	113.436	319.392	1.077.012
1986	515.803	102.845	118.087	365.329	1.102.064
1987	502.901	97.103	121.569	368.978	1.090.551
1988	519.022	86.293	131.651	354.177	1.091.143
1989	660.372	129.996	124.256	328.490	1.243.114
1990	682.780	95.058	119.051	298.485	1.195.374
1991	641.429	91.082	114.202	278.911	1.125.624

Notas: (1) Fuente: SERNAGEOMIN.
(2) A partir de 1975 empieza a regir la regionalización; para los años anteriores se juntaron las regiones según la configuración actual.

CUADRO Nº 2 PRODUCCIÓN ANUAL CODELCO POR PRODUCTO
(t. m. de cobre fino)

Año	Electrolítico	Ref. a fuego	Blíster	Concentrados	Total
1960	146.939	78.565	253.977	0	479.481
1961	153.430	62.285	265.754	0	481.469
1962	180.034	66.367	264.125	0	510.526
1963	178.885	61.800	267.124	0	507.809
1964	177.834	78.933	271.338	0	528.105
1965	191.065	77.433	227.995	0	496.493
1966	244.663	74.112	218.701	0	537.476
1967	224.852	70.157	241.924	0	536.933
1968	232.210	56.673	230.966	0	519.849
1969	268.403	68.427	209.887	0	546.717
1970	ND	ND	ND	N.D	535.952
1971	287.633	48.124	172.620	0	508.377
1972	314.098	72.051	132.362	15.756	534.267
1973	299.643	52.796	136.448	52.077	540.964
1974	373.643	85.158	146.912	56.814	662.527
1975	356.091	100.905	142.521	15.085	614.602
1976	436.512	116.686	178.918	114.796	846.912
1977	464.122	120.742	170.440	137.336	892.640
1978	519.247	117.265	151.632	88.351	876.495
1979	534.122	131.600	141.941	106.855	914.518
1980	557.872	115.751	121.022	109.867	904.512
1981	518.849	145.166	112.016	117.580	893.611
1982	553.199	150.348	167.398	161.975	1.032.920
1983	532.859	132.706	200.994	145.496	1.012.055
1984	567.257	153.256	185.096	144.146	1.049.755
1985	549.065	144.589	176.231	207.127	1.077.012
1986	600.444	154.117	146.060	201.443	1.102.064
1987	614.698	152.770	107.251	215.832	1.090.551
1988	558.760	174.136	201.143	157.104	1.091.143
1989	709.711	137.864	169.716	225.823	1.243.114
1990	861.271	89.738	117.491	126.874	1.195.374
1991	616.361	115.416	161.368	232.333	1.125.478

Notas: (1) Fuente: SERNAGEOMIN.
(2) Incluye la producción de ánodos y blíster.

CUADRO Nº 3 COSTOS REALES DE PRODUCCIÓN. CODELCO CHILE V/S EE.UU.

AÑO	CODELCO (1) (US$ c/lb)	CODELCO (2) (US$ c/lb)	USA (3) (US$c/lb)	AÑO	CODELCO (4) (US$ c/lb)	EEUU. (4) (5) (US$ c/lb)
1982	49,81		86,90	1982	45,72	87,47
1983	43,44	48,34	81,71	1983	37,78	82,23
1984	33,92	44,34	74,03	1984	35,88	74,46
1985	37,67	42,40	67,64	1985	35,02	68,01
1986	38,85	44,73	66,25	1986	35,39	66,59
1987	40,83	49,13	62,45	1987	38,65	62,80
1988	40,85	54,82	59,96	1988	42,07	60,27
1989	44,48	55,02	58,76	1989	43,30	59,08
1990	42,94	57,17	60,46	1990	47,81	60,74
1991				1991	51,25	60,50
1992				1992	54,32	58,30

Notas:

(1) Corresponde al costo promedio ponderado por producción de fino anual de cada División, usando como fuente la Gerencia Contraloría, *CODELCO*. Incluye remuneraciones, materiales, combustible, energía, servicios de terceros y costos de subproductos, los cuales no fue posible depurar.

(2) Corresponde al costo promedio ponderado por producción de fino anual de cada División, usando como fuente a CRU (Commodities Research Unit).

(3) Fuente: La imprescindible modernización de CODELCO: Un enfoque económico. Nov. 1992. No sabemos la descomposición de estos costos, por lo cual no hemos podido dilucidar si son absolutamente comparables con los costos de CODELCO.

(4) Según la fuente de información (Asesoría de la Presidencia de CODELCO), estos costos son comparables a los de CODELCO; sin embargo, estos costos provienen de distintas fuentes, por lo tanto existe un margen de error evidente pero aceptable.

(5) Según la APC este costo es calculado a base de empresas consultoras internacionales, entre las cuales figuran CRU, Brook, Hunt & Associates.

(6) Las cifras corresponden al costo promedio enero-octubre de 1992.

CUADRO Nº 4 ESTADOS FINANCIEROS DE CODELCO
(Cifras en US$ miles de cada año)

	1981	1982	1983	1984	1985	1986	1987	1988	1989	1990	1991
RESULTADOS OPERACIONALES											
Ingresos por venus de cobre	1.474.507	1.442.570	1.562.604	1.336.171	1.432.680	1.459.950	1.918.633	2.901.920	3.290.819	3.075.506	2.452.824
Ingresos por venus de subproductos	266.643	217.072	211.459	198.482	165.312	165.524	213.832	251.043	298.015	281.309	321.226
TOTAL INGRESOS POR VENTAS	1.741.150	1.659.642	1.774.063	1.534.653	1.597.922	1.625.474	2.132.465	3.152.963	3.588.834	3.338.815	2.774.050
Costo de productos vendidos	(1.224.162)	(990.384)	(925.220)	(839.735)	(812.809)	(857.479)	(1.029.782)	(1.209.102)	(1.348.894)	(1.396.744)	(1.449.298)
RESULTADO BRUTO	516.988	669.258	848.843	694.918	785.183	767.995	1.102.683	1.943.861	2.239.940	1.942.071	1.324.752
Depreciaciones y amortizaciones	(114.842)	(132.941)	(184.263)	(225.824)	(267.579)	(267.847)	(265.814)	(279.847)	(278.757)	(295.181)	(287.190)
Gastos de administración y ventas	(47.066)	(41.017)	(33.962)	(33.978)	(29.337)	(34.591)	(37.697)	(42.397)	(41.747)	(42.040)	(45.755)
Gastos de huelga	(16.591)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
Diferencias y ajustes de cambio	(12.402)	(10.999)	(10.241)	5.830	(5.843)	(2.693)	(925)	(10.414)	(14.435)	(56.197)	(37.547)
RESULTADO OPERACIONAL	326.087	484.301	620.377	440.946	482.424	462.864	798.247	1.611.203	1.905.001	1.548.653	954.260
RESULTADOS NO OPERACIONALES											
Ingresos financieros	24.957	21.629	50.110	59.655	62.298	56.313	64.051	89.767	122.210	156.174	103.011
Otras entradas	0	31.187	6.752	4.856	6.785	7.502	3.465	7.301	5.028	56.781	44.505
Gastos financieros	(54.706)	(81.820)	(94.165)	(127.552)	(112.990)	(116.703)	(127.034)	(164.329)	(174.481)	(160.966)	(111.438)
Otros gastos	(1.669)	(14.764)	(54.821)	(45.144)	(943)	(3.436)	(8.963)	(6.743)	(37.316)	(64.046)	(102.871)
RESULTADOS ANTES DE IMPUESTOS	294.669	440.533	528.253	332.761	437.574	406.540	729.766	1.537.199	1.820.442	1.536.596	887.467
Impuestos Ley N° 13.196	(148.103)	(136.939)	(148.497)	(126.956)	(138.786)	(135.713)	(168.237)	(272.306)	(313.769)	(286.990)	(223.513)
Impuestos a la renta:											
Impuesto primera categoría	(6.304)	(26.689)	(37.853)	(22.517)	(28.082)	(25.445)	(54.437)	(131.519)	(146.102)	(121.872)	(98.458)
Artículo N° 21 - D.L 2.398	(38.512)	(111.631)	(121.204)	(39.074)	(120.262)	(118.854)	(239.945)	(546.046)	(604.013)	(506.349)	(272.633)
Otros	(4.495)	(4.720)	0	(493)	0	0	0	0	0	0	0
UTILIDAD NETA DEL EJERCICIO	97.255	160.554	220.699	143.721	150.444	126.528	267.147	587.328	756.558	621.385	292.863
Activo Circulante	907.600	913.079	840.648	881.214	1.024.485	1.083.300	1.507.764	1.739.029	1.862.736	1.781.106	1.060.793
Toul Activos	2.517.067	2.939.202	3.152.657	3.569.639	3.757.955	3.924.823	4.423.554	4.715.054	4.956.632	4.898.790	4.228.747
Pasivo Circulante	650.418	648.457	642.463	788.190	946.046	802.833	954.538	1.027.506	1.201.190	1.125.312	541.943
Total Pasivos	1.113.823	1.331.529	1.315.191	1.458.496	1.623.817	1.767.903	2.126.276	2.335.901	2.641.874	2.588.977	1.961.569
Patrimonio	1.403.244	1.607.673	1.837.466	2.111.143	2.134.138	2.156.920	2.297.278	2.379.153	2.314.758	2.309.813	2.267.178
Flujo de caja (Antes de Impuestos)	409.511	573.474	712.516	558.585	705.153	674.387	995.580	1.817.046	2.099.199	1.831.777	1.174.657
Flujo de caja (Después de Impuestos)	260.308	258.258	449.846	384.183	476.247	488.937	654.541	947.001	1.135.957	1.053.006	737.421

Fuente: **Elaboración de Anmat y Méndez a base de las Memorias Anuales de CODELCO**

(CUADRO Nº 5 PRINCIPALES INDICADORES FINANCIEROS DE CODELCO

	1981	1982	1983	1984	1985	1986	1987	1988	1989	1990	1991
INDICADORES DE EFICIENCIA											
Margen de contribución (1)	30%	40%	48%	45%	49%	47%	52%	62%	62%	58%	48%
Margen tolal (2)	19%	29%	35%	29%	30%	28%	37%	51%	53%	46%	34%
INDICADORES DE RENTABILIDAD											
Retomo sobre patrimonio (RSP) (3)	7%	10%	12%	7%	7%	6%	12%	25%	33%	27%	13%
Retomo sobre activos (RSA) (4)	4%	5%	7%	4%	4%	3%		12%	15%	13%	7%
INDICADORES DE SOLVENCIA											
Cobertura de intereses (5) (veces)	6,0	5,9	6,6	3,5	4,3	4,0	6,3	9,8	10,9	9,6	8,6
Cobertura de intereses (6) (veces)	8,1	7,5	8,5	5,2	6,6	6,3	8,4	11,5	12,5	11.5	11.1
INDICADORES DE ENDEUDAMIENTO Y LIQ.											
Leverage (veces) (7)	0,8	0,8	0,7	0.7	0,8	0,8	0,9	1,0	1,1	1.1	0,9
Liquidez (veces) (8)	1,4	1.4	1,3	1,1	1,1	1,3	1.6	1,7	1,6	1,6	2,0

Ñolas:
(1) Resultado Bruto/Total de ingresos por venus
(2) Resultado operacional/Tolal de ingresos por ventas
(3) Utilidad neta/Patrimonio
(4) Utilidad neta/Total de activos
(5) Resultado Operacional/Gastos financieros
(6) Resultado Operacional + Depreciaciones/Gastos financieros
(7) Total Pasivos/Patrimonio
(8) Activo circulante/Pasivo circulante.
Fuente: Elaboración de Aninal y Méndez a base del Cuadro N° VI. 1 anterior

CUADRO Nº 6 ESCENARIOS DE INVERSIÓN.
PRODUCCIÓN Y COSTOS ASOCIADOS A CADA ESCENARIO

	ESCENARIO 1 (2)		ESCENARIO 2 (3)	
	Producción M.T.M.F.	Costos US$/lb	Producción M.T.M.F	Costos US$/lb
1990	1.190	59,0	1.190	59,0
1991	1.120	61,0	1.120	61,0
1992	1.100	64,0	1.100	64,0
1993	1.145	60,5	1.145	60,5
1994	1.035	66,5	1.035	66,5
1995	1.025	70,0	1.025	70,0
1996	1.020	72,5	1.135	68,7
1997	1.060	68,7	1.250	65,0
1998	1.070	64,0	1.280	58,7
1999	1.195	58,0	1.380	57,0
2000	1.210	59,0	1.425	57,0
2001	1.235	62,0	1.425	60,0

Notas:

(1) Fuente: Memoria Anual 1991 CODELCO-Chile. *Los* datos fueron obtenidos de la interpretación de los gráficos aparecidos en la página número catorce de la Memoria. A pesar de que las cifras no son exactas, reflejan en gran medida los escenarios en que se movería CODELCO en caso de llevar a cabo uno u otro nivel de inversiones.

(2) Escenario 1: Con nivel de inversiones históricas.

(3) Escenario 2: Con nivel de inversiones proyectadas.

CUADRO N° 7 ESTADOS FINANCIEROS DIVISIONALES DE CODELCO-CHUQUICAMATA
(Cifras en US$ miles de cada año) (M.T.M.F.= Miles de Toneladas Métricas de Cobre Fino)

CHUQUICAMATA	1981	1982	1983	1984	1985	1986	1987	1988	1989	1990	1991
INGRESOS DE LA EXPLOTACIÓN	1.007.423	942.983	1.068.236	890.269	884.556	821.864	1.104.489	1.705.537	1.996.779	1.907.475	1.591.679
COSTO DE LO VENDIDO	(426.483)	(416.007)	(396.197)	(361.008)	(354.919)	(320.954)	(468.226)	(630.039)	(599.593)	(588.750)	(625.100)
UTILIDAD (PERDIDA) BRUTA	580.940	526.976	672.039	529.261	529.637	500.910	636.263	1.075.498	1.397.186	1.318.725	966.579
OTROS GASTOS DIVISIONALES											
Depreciaciones	(52.741)	(58.996)	(107.061)	(132.212)	(127.305)	(126.616)	(107.591)	(114.838)	(121.218)	(124.052)	(113.798)
Depreciaciones act. en leasing							(657)	(2.051)	(2.398)	(7.177)	(8.847)
Amortizaciones	(1.332)	(2.514)	(3.503)	(997)	(667)	(604)	(519)	(656)	(1.298)	(1.840)	(1.729)
Gastos de Administración	(197.158)	(152.931)	(101.321)	(87.956)	(77.107)	(97.643)	(90.739)	(99.310)	(121.828)	(136.671)	(145.035)
Ingresos y gastos financieros											4.566
Diferencias y ajustes de cambio											215
	(5.444)	44.175	(6.869)	12.577	7.005	6.211	(18.594)	1.465	31.836	36.857	(3.840)
RESULTADO OPERACIÓN DIVISIONAL	324.265	356.710	453.285	320.673	331.563	282.258	418.163	860.108	1.182.280	1.085.842	698.111
PRODUCCIÓN											
Cobre T.M.F.	475.400	552.800	558.800	562.900	549.100	515.800	502.900	519.000	660.400	680.700	641.400
DESPACHOS											
Cobre propio M.T.M.F.	482.90	543.80	578.80	549.29	567.04	520.73	487.15	500.11	656.15	677.38	619.64
Molibdeno propio M.T.M.F.			12.22	13.34	11.35	11.76	11.20	10.25	10.30	9.63	10.90
TOTAL ACTIVOS	954.558	1.376.531	1.507.584	1.487.106	1.470.196	1.592.646	1.441.310	1.491.726	1.569.634	1.561.530	1.628.000
Activo circulante	228.226	203.946	182.537	197.006	173.102	186.291	221.228	223.718	236.254	254.714	265.600
Activo fijo	703.499	1.146.070	1.302.048	1.275.935	1.282.266	1.389.379	1.198.270	1.233.230	1.294.485	1.267.563	1.318.900
Otros activos	22.833	26.515	22.999	14.165	14.828	16.976	21.752	34.778	38.895	39.253	43.500
COSTOS											
Costo directo (1)	0.537	0.390	0.337	0.343	0.309	0.315	0.358	0.388	0.370	0.429	ND
Costo directo (2)	ND	ND	0.335	0.320	0.325	0.340	0.395	0.450	0.450	0.474	ND
DOTACIONES DE PERSONAL											
Dotación promedio anual (3)	10.365	9.934	9.763	9.695	9.063	8.902	8.978	9.189	9.895	10.375	10.563
INDICADORES											
Utilidad bruta/Ingresos de explotación	57,7%	55,9%	62,9%	59,4%	59,9%	60,9%	57,6%	63,1%	70,0%	69,1%	60,7%
Resultado operacional/Total de ingresos	32.2%	37,8%	42,4%	36,0%	37,5%	34,3%	37,9%	50,4%	59.2%	56,9%	43,9%
Resultado operacional/Total activos	34,0%	25,9%	30,1%	21,6%	22,6%	17.7%	29,0%	57,7%	75.3%	69.5	42,9
Gastos Administración/Despachos de cobre (4	0.19	0,13	0,08	0,07	0,06	0,09	0,08	0,09	0,08	0,09	0,11
Producción de cobre/Dotación promedio (5)	45,9	55,6	57,2	58,1	60.6	57,9	56,0	56,5	66,7	65,9	60,7

Notas:
(1) Costo según CODELCO. (2) Costo según CRU International Limited. (3) Corresponde a dotación inscrita. No incluye personal a plazo fijo.
(4) Medido en USS corrientes por libra de cobre. (5) Medido en Toneladas Métricas de Cobre Fino por Trabajador
Fuente: Elaboración propia a partir de información de CODELCO

CUADRO Nº 8 ESTADOS FINANCIEROS DIVISIONALES DE CODELCO - EL SALVADOR
(Cifras en US$ miles de cada año) (M.T.M.F. = Miles de Toneladas Métricas de Cobre Fino)

SALVADOR	1981	1982	1983	1984	1985	1986	1987	1988	1989	1990	1991
INGRESOS DE LA EXPLOTACIÓN	159.580	158.112	161.212	153.599	149.991	159.770	199.305	248.161	359.332	263.199	209.229
COSTO DE LO VENDIDO	(110.635)	(99.090)	(88.343)	(89.009)	(77.603)	(79.208)	(90.984)	(98.933)	(157.636)	(117.202)	(110.254)
UTILIDAD (PERDIDA) BRUTA	48.945	59.022	72.869	64.590	72.388	80.562	108.321	149.228	201.696	145.997	98.975
OTROS GASTOS DIVISIONALES											
Depreciaciones	(11.026)	(12.888)	(13.553)	(13.812)	(14.504)	(14.592)	(16.063)	(18.260)	(18.255)	(20.040)	(20.696)
Depreciaciones act. en leasing											(24)
Amortizaciones	(1.006)	(1.801)	(2.017)	(2.200)	(2.241)	(2.395)	(2.075)	(2.104)	(2.729)	(3.749)	(3.692)
Gastos de Administración	(63.489)	(46.867)	(33.463)	(31.646)	(26.336)	(28.003)	(31.842)	(34.002)	(36.538)	(40.225)	(42.330)
Ingresos y gastos financieros											1.487
Diferencias y ajustes de cambio											59
Otros ingresos y gastos	5.188	16.079	(442)	994	(8.074)	(2.065)	(5.942)	(6.567)	1.652	5.562	14.338
RESULTADO OPERACIÓN DIVISIONAL	(21.448)	13.545	23.394	17.926	21.233	33.507	52.399	88.295	145.826	87.545	48.117
PRODUCCIÓN											
Cobre T.M.F.	76.500	89.800	87.000	96.300	95.100	102.900	97.100	86.300	130.000	95.100	91.100
DESPACHOS											
Cobre propio M.T.M.F	77,90	89,30	86,60	98,81	94,31	105,08	97,11	78,23	32,97	95,77	91,36
Molibdeno propio M.T.M.F.			1,48	1,33	1,43	1.32	1,23	0,89	0,61	0,57	0,60
TOTAL ACTIVOS	251.441	236.974	242.198	244.091	248.969	254.294	253.307	256.490	251.572	259.444	267.500
Activo circulante	70.979	57.036	60.197	61.255	63.493	61.474	57.413	63.178	51.902	55.636	57.800
Activo fijo	169.079	164.331	164.224	166.135	168.277	174.625	170.702	169.654	165.175	170.995	178.400
Otros activos	11.383	15.607	17.777	16.701	17.199	18.195	25.192	23.658	34.495	32.813	31.300
COSTOS											
Costo directo (1)	1,085	0,709	0,633	0,578	0,527	0,479	0,552	0,809	0,666	0,812	ND
Costo directo (2)	ND	ND	0,610	0,540	0,525	0,480	0,560	0,705	0,710	0,744	ND
DOTACIONES DE PERSONAL											
Dotación promedio anual (3)	5.397	4.871	4.724	4.601	4.526	4.509	4.412	4.379	4.258	4.135	4.234
INDICADORES											
Utilidad bruta/Ingresos de explotación	30,7%	37,3%	45,2%	42,1%	48,3%	50,4%	54,3%	60,1%	56.1%	55,5%	47,3%
Resultado operacional/Total de ingresos	-13,4%	8,6%	14,5%	11,7%	14,2%	21,0%	26.3%	35.6%	40,6%	33,3%	23.0%
Resultado operacional/Total activos	-8,5%	5,7%	9,7%	7,3%	8,5%	13,2%	20,7%	34,4%	58,0%	33,7%	18,0%
Gastos Administración/Despachos de cobre (4)	0,37	0,24	0,18	0,15	0,13	0,12	0.15	0,20	0,12	0,19	0,21
Producción de cobre/Dotación promedio (5)	14,2	18,4	18,4	20,9	21,0	22,8	22,0	19.7	30.5	23,0	21.5

Notas: (1) Costos según CODELCO. (2) Costo según CRU International Limited. (3) Corresponde a dotación inscrita. No incluye personal a plazo fijo.
(4) Medido en US$ comentes por libra de cobre. (5) Medido en Toneladas Métricas de Cobre Fino por Trabajador.
Fuente: Elaboración propia a partir de información de CODELCO

CUADRO N° 9 ESTADOS FINANCIEROS DIVISIONALES DE CODELCO-ANDINA
(Cifras en US$ miles de cada año)(M.T.M.F. = Miles de Toneladas Métricas de Cobre Fino)

ANDINA	1981	1982	1983	1984	1985	1986	1987	1988	1989	1990	1991
INGRESOS DE LA EXPLOTACIÓN	73.100	59.471	72.920	112.945	130.559	124.135	168.651	277.308	289.411	216.114	178.507
COSTO DE LO VENDIDO	(35.685)	(31.666)	(37.083)	(53.701)	(52.408)	(55.984)	(58.672)	(69.418)	(67.589)	(70.438)	(76.828)
UTILIDAD (PERDIDA) BRUTA	37.415	27.805	35.837	59.244	78.151	68.151	109.979	207.890	221.822	145.676	101.679
OTROS GASTOS DIVISIONALES											
Depreciaciones	(8.876)	(12.463)	(11.963)	(16.280)	(30.208)	(31.674)	(31.095)	(30.531)	(22.209)	(20.046)	(26.650)
Depreciaciones act. en leasing									(318)	(1.049)	(1.095)
Amortizaciones	(1.870)	(1.550)	(856)	(1.846)	(3.109)	(1.909)	(1.762)	(2.326)	(1.848)	(1.517)	(1.340)
Gastos de Administración	(43.662)	(31.151)	(19.688)	(17.975)	(16.042)	(16.462)	(18.213)	(20.829)	(25.759)	(30.139)	(34.952)
Ingresos y gastos financieros											2.322
Diferencias y ajustes de cambio											(374)
Otros ingresos y gastos	(1.953)	6.336	(144)	(489)	(2.237)	(2.877)	(1.253)	(1.378)	(1.260)	14.556	(4.650)
RESULTADO OPERACIÓN DIVISIONAL	(18.946)	(11.023)	3.186	22.654	26.555	15.229	57.656	152.826	170.428	107.481	34.940
PRODUCCIÓN											
Cobre T.M.F.	52.700	54.400	61.400	105.100	113.400	118.100	121.600	131.700	124.400	119.100	114.200
DESPACHOS											
Cobre propio M.T.M.F.	51,00	57,80	60,10	100,16	115,85	113,82	125,18	127,92	121,21	109,46	106.21
Molibdeno propio M.T.M.F.			0,29	0,22	0,44	1,10	1.11	1.56	1,51	1,35	1,19
TOTAL ACTIVOS	192.630	196.938	217.720	298.966	282.322	263.297	241.057	236.758	247.399	236.452	247.500
Activo circulante	20.802	13.658	14.175	17.205	18.970	22.202	19.853	27.247	34.492	36.411	42.400
Activo fijo	168.111	181.270	184.507	261.282	246.023	220.765	201.740	192.316	195.158	181.796	188.000
Otros activos	3.717	2.010	19.038	20.479	17.329	20.330	19.464	17.195	17.749	18.245	17.100
COSTOS											
Costo directo (1)	0,744	0,547	0,438	0,333	0,289	0.286	0,289	0,306	0,354	0,399	ND
Costo directo (2)	ND	ND	0,685	0,515	0,470	0,480	0,505	0,605	0,647	0,747	ND
DOTACIONES DE PERSONAL											
Dotación promedio anual (3)	2.122	1.891	1.719	1.694	1.713	1.726	1.661	1.623	1.5%	1,633	1.686
INDICADORES											
Utilidad bruta/Ingresos de explotación	51,2%	46,8%	49,1%	52.5%	59,9%	54,9%	65,2%	75,0%	76,6%	67,4%	57,0%
Resultado operacional/Total de ingresos	-25.9%	-18,5%	4,4%	20,1%	20,3%	12,3%	34.2%	55,1%	58,9%	49,7%	19,6
Resultado operacional/Total activos	-9,8%	-5,6%	1,5%	7,6%	9.4%	5,8%	23,9%	64,5%	68,9%	45,5%	14.1%
Gastos Administración/Despachos de cobre (4)	0,39	0,24	0,15	0,08	0,06	0,07	0,07	0,07	0,10	0,12	0,15
Producción de cobre/Dotación promedio (5)	24,8	28,8	35,7	62,0	66,2	68,4	73,2	81,1	77,9	72,9	67,7

Notas: (1) Cosío según CODELCO. (2) Cosío según CRU International IJmiled. (3) Corresponde a dotación inscrita. No incluye personal a plazo fijo.
(4) Medido en US$ corrientes por libra de cobre. (5) Medido en Toneladas Métricas de Cobre Fino por Trabajador.
Fuente: Elaboración propia a partir de información de CODELCO

CUADRO Nº 10 ESTADOS FINANCIEROS DIVISIONALES DE CODELCO - EL TENIENTE
(Cifras en US$ miles de cada año) (M.T.M.F. = Miles de Toneladas Métricas de Cobre Fino)

EL TENIENTE	1981	1982	1983	1984	1985	1986	1987	1988	1989	1990	1991
INGRESOS DE LA EXPLOTACIÓN	501.047	499.076	471.695	377.840	432.886	519.705	653.014	905.263	833.546	823.956	633.630
COSTO DE LO VENDIDO	(196.119)	(204.886)	(169.772)	(160.748)	(156.906)	(198.048)	(193.065)	(204.823)	(231.340)	(279.651)	(274.397)
UTILIDAD (PERDIDA) BRUTA	304.928	294.190	301.923	217.092	275.980	321.657	459.949	700.440	602.206	544.305	359.233
OTROS GASTOS DIVISIONALES											
Depreciaciones	(32.017)	(37.658)	(44.636)	(57.486)	(87.790)	(89.562)	(89.343)	(87.792)	(89.666)	(89.070)	(86.581)
Depreciaciones act. en leasing									(125)	(366)	(408)
Amortizaciones	(5.139)	(3.269)		(500)	(1.382)		(406)	(544)	(970)	(1.342)	(1.637)
Gastos de Administración	(128.005)	(94.705)	(64.268)	(59.611)	(50.328)	(54.453)	(61.842)	(65.674)	(76.828)	(91.851)	(99.205)
Ingresos y gastos financieros											9.368
Diferencias y ajustes de cambio											(7)
Otros ingresos y gastos	(37.308)	20.329	(7.630)	8.837	2.146	(7.993)	(4.563)	(12.660)	(1.707)	6.117	(7.642)
RESULTADO OPERACIÓN DIVISIONAL	102.459	178.887	185.389	108.332	138.626	169.649	303.795	533.770	432.910	367.793	173.121
PRODUCCIÓN											
Cobre T.M.F.	291.900	335.900	304.900	285.400	319.100	365.300	369.000	354.100	328.600	300.500	278.800
DESPACHOS											
Cobre propio M.T.M.F.	284.20	343.60	307.40	276.46	310.69	371.61	377.76	341.06	308.32	310.68	278.91
Molibdeno propio M.T.M.F.			2,75	2,97	3,73	4,68	4,29	3,43	2,91	2,69	2,48
TOTAL ACTIVOS	543.779	504.588	629.842	972.096	1.045.442	1.066.185	1.076.873	1.092.687	1.133.104	1.162.812	1.177.700
Activo circulante	116.572	88.318	81.840	88.291	93.151	99.209	115.867	119.394	149.007	131.954	129.400
Activo fijo	413.704	408.011	539.353	869.733	924.642	920.844	913.634	920.451	931.783	978.887	994.900
Otros activos	13.503	8.259	8.649	14.072	27.649	46.132	47.372	52.842	52.314	51.971	53.400
COSTOS											
Costo directo (1)	0,549	0,3%	0,368	0,406	0,335	0,336	0,337	0,379	0,480	0,568	ND
Costo directo (2)	ND	ND	0,470	0,450	0.385	0,390	0,430	0,495	0,575	0,665	ND
DOTACIONES DE PERSONAL											
Dotación promedio anual (3)	10.626	9.287	8.958	8.759	8.654	8.597	8.598	8.717	9.161	9.458	9.364
INDICADORES											
Utilidad bruta/Ingresos de explotación	60,9%	58,9%	64,0%	57,5%	63,8%	61,9%	70,4%	77,4%	72,2%	66,1%	56,7%
Resultado operacional/Total de ingresos	20,4%	35,8%	39,3%	28,7%	32,0%	32,6%	46,5%	59,0%	51,9%	44,6%	27,3%
Resultado operacional/Total activos	18,8%	35,5%	29.4%	11,1%	13,3%	15,9%	28,2%	48,8%	38,2%	31.6%	14,7%
Gastos Administración/Despachos de cobre (4)	0,20	0,13	0,09	0,10	0,07	0,07	0,07	0,09	0,11	0,13	0,16
Producción de cobre/Dotación promedio (5)	27,5	36,2	34,0	32,6	36,9	42,5	42,9	40,6	35,9	31,8	29,8

Notas: (1) Costo según CODELCO. (2) Costo según CRU International Limited. (3) Corresponde a dotación inscrita. No incluye personal a plazo fijo.
(4) Medido en US$ comentes por libra de cobre. (5) Medido en Toneladas Métricas de Cobre Fino por Trabajador.
Fuente: Elaboración propia a partir de información de CODELCO

CUADRO Nº 11 ESTADOS FINANCIEROS DIVISIONALES DE CODELCO - TOCOPILLA
(Cifras en US$ miles de cada año)

TOCOPILLA	1981	1982	1983	1984	1985	1986	1987	1988	1989	1990	1991
INGRESOS DE LA EXPLOTACIÓN							71.588	97.352	109.766	128.071	161.005
COSTO DE LO VENDIDO							(46.251)	(44.854)	(58.130)	(69.807)	(81.798)
UTILIDAD (PERDIDA) BRUTA							25.337	52.498	51.636	58.264	79.207
OTROS GASTOS DIVISIONALES											
Depreciaciones							(15.829)	(20.297)	(17.317)	(18.578)	(20.331)
Depreciaciones act. en leasing										(2)	(4)
Amortizaciones											
Gastos de Administración							(3.342)	(3.852)	(4.634)	(5.355)	(5.713)
Ingresos y gastos financieros											1.279
Diferencias y ajustes de cambio											
Otros ingresos y gastos							(836)	1.114	460	2.919	823
RESULTADO OPERACIÓN DIVISIONAL							5.330	29.463	30.145	37.248	55.261
TOTAL ACTIVOS							293.703	307.056	346.173	347.019	332.000
Activo circulante							12.634	11.591	14.000	22.865	26.000
Activo fijo							279.559	293.508	330.125	322.171	303.700
Otros activos							1.510	1.957	2.048	1.983	2.300
DOTACIONES DE PERSONAL											
Dotación promedio anual (1)					375	369	395	400	417	**457**	469
INDICADORES											
Utilidad Bruta/ Ingresos de explotación							35,4%	53,9%	47,0%	45,5%	49,2%
Resultado operacional/Total de ingresos							7,4%	30,3%	27,5%	29,1%	34,3%
Resultado operadonal/Total activos							1,8%	9,6%	8,7%	10,7%	16,6%

Nota: (1) Corresponde a dotación inscrita. No incluye personal a plazo fijo.
Fuente: Elaboración propia a partir de información de CODELCO.

CUADRO N° 12 COSTO DE PRODUCCIÓN POR DIVISIÓN, CODELCO-CHILE
(Centavos de dólar de cada año, por libra de cobre fino)

AÑO	CHUQUICAMATA		EL SALVADOR		ANDINA		EL TENIENTE		USA
	US$c/lb(l)	US$c/lb(2)	US$c/lb(l)	US$c/lb(2)	US$c/lb(l)	US$c/lb(2)	US$c/lb(l)	US$c/lb(2)	US$c/lb(3)
1981	53,7		108,5		74,4		54,9		
1982	39,0		70,9		54,7		39,6		87,1
1983	33,7	33,5	63,3	61,0	43,8	68,5	36,8	47,0	81,9
1984	34,3	32,0	57,8	54,0	33,3	51,5	40,6	45,0	74,2
1985	30,9	32,5	52,7	52,5	28,9	47,0	33,5	38,5	67,8
1986	31,5	34,0	47,9	48,0	28,6	48,0	33,6	39,0	66,4
1987	35,8	39,5	55,2	56,0	28,9	50,5	33,7	43,0	62,6
1988	38,8	45,0	80,9	70,5	30,6	60,5	37,9	49,5	60,1
1989	37,0	45,0	66,6	71,0	35,4	64,7	48,0	57,5	58,9
1990	42,9	47,4	81,2	74,4	39,9	74,7	56,8	66,5	60,6
1991	n.d.	45,7	n.d.	71,6	n.d.	71,8	n.d.	65,6	n.d.

Notas:

(1) Fuente: Gerencia Contraloría, CODELCO-Chile. Incluye remuneraciones, materiales, combustibles, energía, servicios de terceros y costos de subproductos, los cuales no fue posible depurar.

(2) Fuente: Analysis of Copper Mine Cost Structure. Commodities Research Unit.

(3) Fuente: La imprescindible modernización de CODELCO: Un enfoque económico. Rolf Lüders, noviembre 1992. No sabemos la descomposición de estos costos, por lo cual no se puede saber si son comparables con los costos de cada una de las divisiones.

2. LEY 19.137
OPORTUNIDADES DE NEGOCIO

Con fecha 6 de mayo de 1992 y publicación en el Diario Oficial de la República de Chile Nº 34.264, de fecha martes 12 de mayo de 1992, páginas 1 y 2, entró en vigencia la Ley Nº 19.137 que modifica la Ley de CODELCO, en cuanto a permitir que esta última se asocie con entidades privadas —nacionales o extranjeras— para la exploración y/o explotación de las pertenencias que no forman parte de sus yacimientos en actividad ni están consideradas en sus planes de reposición o expansión. La ley, aunque establece que CODELCO debe propender a tener una participación mayoritaria de la propiedad, deja una clara capacidad de maniobra al sujetar esta directriz a los volúmenes de inversión requeridos, la rentabilidad esperada y las condiciones particulares de cada una de ellas.

La aplicación de la Ley Nº 19.137 permite a CODELCO la asociación con terceros, pero también el traspaso de pertenencias y concesiones a ENAMI, correspondientes a yacimientos que no se encuentran en explotación y cuyos recursos mineros potenciales y la eventual escala de producción de los mismos no están dentro de los rangos de explotación con que la Corporación opera normalmente.

En cuanto a los traspasos a ENAMI, actualmente se están tramitando 13 grupos de pertenencias, y lo aprobado o en vías de aprobación alcanza a aproximadamente a 150.000 hectáreas, de concesiones constituidas.

En cuanto al tema de la asociaciones, inicialmente se han seleccionado diez prospectos mineros susceptibles de contener mineralización de metales básicos o preciosos, cuyo potencial es lo suficientemente significativo para interesar a empresas mineras que, en asociación con CODELCO, permitan efectuar su exploración y, eventualmente, su explotación.

En términos generales, la intención de la empresa es proponer asociaciones que se hagan dentro del marco de contratos de opción, donde CODELCO aportará las propiedades mineras y los estudios geológicos realizados. La contraparte privada, en tanto, ajecutaría y financiaría un programa mínimo de trabajos de exploración *(work commitment),* que debería realizarse en un plazo determinado. Este aporte daría a la contraparte los derechos sobre un porcentaje específico de interés en el proyecto, el que variaría dependiendo de las características de cada proyecto y se podría incrementar en la medida de los aportes asociados a las etapas secuenciales propias de los proyectos mineros.

Para la selección de los eventuales socios, las invitaciones se cursan a aquellas empresas que, a juicio de CODELCO, son la más adecuadas para

cada proyecto; para ello se tienen en consideración aspectos como compatibilidad de la empresa con el tamaño relativo del proyecto, experiencia, capacidad financiera, alto nivel tecnológico y cercanía a otros yacimientos en explotación, entre otros.

Actualmente existen cerca de 50 empresas —nacionales y extranjeras— de las 85 compañías mineras existentes en el país, interesadas en asociarse con CODELCO para estos proyectos.

En cuanto a los diez prospectos señalados, para asociaciones con privados para exploración, lo aprobado o en vías de aprobación alcanza aproximadamente a 260.000 hectáreas, y las primeras de ellas se empezarían a gestar con invitaciones que se cursarían a principios de 1993. En los primeros *joint ventures* de exploración se incluyeron cuatro prospectos de CODELCO, con el objetivo de establecer contratos que permitan comprobar su potencial y posibilidades de explotación comercial. Estos corresponden a pórfidos y óxidos cupríferos, ubicados en las regiones I, II y III, que actualmente presentan un nivel de reconocimiento geológico relativamente avanzado (los pórfidos cupríferos de Mamiña, ubicados en la I Región, y Pastos Largos, en la II Región, y los prospectos auríferos de la III Región; Franja Aurífera y Purén). Las sociedades se constituirían a mediados o fines de 1993, y como el negocio minero es de largo plazo, sólo se verían frutos hacia el año 2000.

Para el yacimiento El Abra, cuyas reservas alcanzan los 500 millones de toneladas, se harían invitaciones hacia finales de 1993, tratándose de una invitación ya para explotación. Uno de los aspectos favorables de esta nueva legislación es que las sociedades que se constituyan son independientes, y si CODELCO fuese minoritario, en estas sociedades, pudiese no sufrir las actuales restricciones jurídicas que afectan a las empresas públicas y CODELCO.

Sin embargo, el aporte en cuanto a aumentar el volumen de inversión minera va más allá de las invitaciones hasta ahora aprobadas y que están por cursarse. De hecho, CODELCO tiene 138.941 concesiones mineras constituidas o en trámite de constitución, que cubren 1.796.191 hectáreas, lo que representa el 17,8% de la propiedad minera total del país y el 19,4% de la propiedad constituida.

La empresa poseía hace dos años el 31% de la propiedad minera constituida y en trámite del país, y en la actualidad esta cantidad ha bajado al porcentaje ya señalado, puesto que las demás compañías han aumentado sus superficies y CODELCO ha mantenido sólo las que considera necesarias, desprendiéndose del resto.

Del total de concesiones de CODELCO, 134.024 están ya constituí-

das y son equivalentes a 1.456.024 hectáreas. Las 4.917 restantes se encuentran en trámite de constitución.

La distribución geográfica del total de estas pertenencias mineras es la siguiente:

Primera Región	20,47%
Segunda Región	46,07%
Tercera Región	19,86%
Cuarta Región	0,19%
Quinta Región	4,35%
Sexta Región	6,90%
Región Metropolitana	2,16%
TOTAL: 1.796.191 Hás.	100,00%

La superficie que cubre las pertenencias de los actuales yacimientos (de reserva y/o reposición) alcanzan a 110.000 hectáreas.

La superficie que cubre las pertenencias que son concesiones de explotación ya constituidas y que pueden ser materia de la aplicación de la Ley CODELCO alcanza a 698.745 hectáreas.

En cuanto al programa global de exploración aplicado por la empresa, en 1992 se han invertido en estas actividades cerca de US$ 18 millones. Para 1993 se espera incrementar esta cantidad en aproximadamente un 30%, lo que significaría un monto cercano a los US$ 23 millones. En el año 1991 la cifra fue de US$ 11,3 millones y en 1990 de US$ 5,7 millones.

Las labores realizadas en los últimos años han hecho posible, entre otras cosas, detectar nuevas áreas mineralizadas que permitirán extender la vida útil de las Divisiones Andina y El Salvador.

En los proyectos de exploración para yacimientos nuevos, la acción se ha concentrado esencialmente en la "franja oligocena" y a través de la aplicación sistemática de técnicas de exploración modernas que incluyen geología estructural, geoquímica, geofísica aérea y terrestre y análisis de imágenes satelitales. Ello ha permitido detectar un número importante de blancos de exploración, los que se encuentran en este momento en proceso de seguimiento y comprobación.

En cuanto a las acciones prioritarias que está desarrollando CODELCO en exploración, éstas se centran en la búsqueda de pórfidos de cobre que posean zonas de enriquecimiento secundario, de oxidación o con mineralización primaria de alta ley. Los yacimientos de cobre estratoligados de dimensiones mayores del tipo El Soldado o Candelaria y, probablemente, los pórfidos de oro también están siendo considerados, pero en segunda prioridad.

Los objetivos centrales de la política de exploración de CODELCO son renovar las reservas de los yacimientos que actualmente están en explotación (cuyos recursos se agotan a razón de 110 millones de toneladas de mineral al año); buscar e identificar nuevos proyectos mineros con énfasis en cobre y metales preciosos; evaluar la propiedad minera propia; formar sociedades con terceros, e iniciar eventualmente actividades de exploración fuera del país. Esta última iniciativa está planteada como una segunda etapa del programa global y debería iniciarse antes del año 2000.

BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES DE INFORMACIÓN

Asesoría de la Presidencia Ejecutiva de CODELCO (APC).
Brook, Hunt and Associates. "Cost comparisons in copper industry".
Cámara Chilena de la Construcción. "Catastro de Proyectos de Inversión", 1992.
CODELCO-CHILE, Memorias Anuales, 1981 a 1991.
"Plan Quinquenal de Inversiones de CODELCO". Memoria Anual 1991.
Commodities Research Unit, A División of CRU International Ltd. "Analysis of Copper Mine Cost Structure". Londres, 1992.
Constitución Política de la República de Chile 1980. Versión actualizada. Ediciones Publiley, 1992.
Contraloría General de la República, Oficio Instructivo Nº 70.490. "Imparte instrucciones sobre rendiciones de Cuenta.
Corporación de Bienes de Capital. "Banco de Proyectos de Inversión". 1992.
DL 1.263: Ley de administración financiera del Estado.
DL 1.056: Participación del sector público en el mercado de capitales.
DL 1.934: Decreto interpretativo de que a CODELCO no le es ni ha sido aplicable la Ley de Administración Financiera (DL 1.263).
DL 1.350: Crea la Corporación Nacional del Cobre de Chile: CODELCO-CHILE.
DL 1.349: Crea la Comisión Chilena del Cobre: COCHILCO.
D. S. Nº 96 de Minería del 5 de julio de 1992: Reglamenta el artículo 7º de la Ley 19.137 y define lo que debe entenderse por exploración básica.
Gerencia de Contraloría de CODELCO.
Ley 18.196: Normas presupuestarias para las empresas públicas.
Ley 18.482: Normas presupuestarias para las empresas públicas.
Ley 18.591: Normas presupuestarias para las empresas públicas.
Ley 19.137: Establece normas sobre pertenencias mineras de CODELCO-CHILE.
Ley 13.196: Dispone que el 10% de los ingresos producidos por las ventas de los productos del cobre, de la Gran Minería (CODELCO-CHILE), se destinen a las tres ramas de las Fuerzas Armadas.
Lüders, Rolf: "La imprescindible modernización de CODELCO: un enfoque económico". Pontificia Universidad Católica de Chile, 16 de noviembre de 1992.
Ministerio de Hacienda. Oficios 37/38 (25 de junio de 1990): Procedimientos para negociación, autorización y contratación de préstamos externos.
SERNAGEOMIN (Servicio Nacional de Geología y Minería). "Información sobre producción y pertenencias".
Sociedad de Fomento Fabril. "Catastro de Proyectos de Inversión", 1992. □

ENSAYO

EL OTRO OCCIDENTE

Jorge Edwards

En estas páginas se plantea la existencia de un nexo manifiesto entre la identidad latinoamericana y la literatura. Específicamente, Jorge Edwards propone entender el fenómeno de América Latina dilucidando el proceso, ajeno a los esquemas ideológicos habituales, del "conquistador conquistado".

¿Quién es más latinoamericano, el español Alonso de Ercilla y Zúñiga o el criollo Pedro de Oña, autor de *Arauco domado,* réplica al poema épico *La Araucana?* A su manera —responde Edwards—, todos lo son, porque la guerra es el comienzo del mestizaje que nos une a todos en la cultura.

¿Cuál es la literatura latinoamericana: la de la selva o la ciudad; la de Borges o Neruda, Vargas Llosa o Arguedas? Aplicando la dicotomía centro (Occidente) y periferia (Iberoamérica), se afirma que "la ventaja de la periferia cultural es esta apertura, esta disponibilidad y esta voracidad heterogénea, este hecho de no estar encasillado en una tradición rígida". Así, la condición latinoamericana "es la conciencia de ser otro y de formar parte, sin embargo, de Occidente".

La búsqueda de las Indias Occidentales llevó al descubrimiento del último Occidente; más bien, quizás, del otro Occidente. Lo supo tarde

JORGE EDWARDS. Escritor y ensayista. Columnista en varias publicaciones nacionales, ha ejercido diversas profesiones y desempeñado diferentes cargos diplomáticos. Autor de las novelas *El peso de la noche; Persona* non grata; *El museo de cera* y *Convidados de piedra.* Entre sus libros de cuentos cabe destacar *Las máscaras; Temas y variaciones* y *Fantasmas de carne y hueso* (1992), su obra más reciente.

Cristóbal Colón, y nosotros también lo sabemos tarde, o todavía no lo sabemos. La expresión "otro Occidente" es un oxímoron, una contradicción esencial, un par de nombres que no pueden ir juntos, que se repelen. Porque el Occidente, por definición o por autodefinición, es central, y el otro es todo lo que no le pertenece, todo lo que se encuentra fuera de sus límites. El latinoamericano, en consecuencia, por estar fuera del centro, en la periferia, en territorios marginales, es el excéntrico, el pariente colateral, el sobrino de Occidente. No es en ninguna circunstancia el hijo, el continuador legítimo o, por lo menos, natural de la tradición.

Lo curioso es que el simple hecho de salir del centro, el desplazamiento geográfico, produce un efecto de marginación irresistible. El que llega a América, como en la mitología homérica del país de los lotófagos, olvida muy pronto su filiación europea, a menudo sin saberlo, y adquiere, para bien y para mal, la mirada de la periferia. América, la del Norte y la del Sur, está llena de europeos americanizados que no se dan cuenta de que han experimentado esa transformación: alemanes del sur de Chile que creen sinceramente que hablan "alto alemán", cuando utilizan, en realidad, un idioma casi enteramente inventado; italianos de la "Pequeña Italia" de Nueva York y que hemos conocido en las películas de Hollywood; holandeses del Brasil; yugoslavos e ingleses del extremo sur del continente. Bruce Chatwin, en su libro *En Patagonia,* describió bien estas metamorfosis de los tiempos modernos. Un hacendado inglés de Tierra del Fuego en 1950, un ex coronel escocés del barrio de San Isidro de Lima en 1920, un capitán extremeño de la frontera de la Araucanía en el siglo XVIII, son apariciones nuevas en la historia, seres humanos de una especie diferente. No son colonizadores puros y simples. La dialéctica tan manoseada y manipulada del imperialismo y el Tercer Mundo no los explica en forma suficiente. Para entenderlos, y para entender el fenómeno de América Latina en su conjunto, es necesario entender el proceso, ajeno a los esquemas ideológicos habituales, del conquistador conquistado.

Cristóbal Colón fue el primero de ellos, el primer latinoamericano. Es por eso que al regresar a Europa ya nunca se adaptó del todo. Sus relaciones fueron escuchadas con asombro, con algo de admiración y con notable recelo. Ese hombre que creía haber llegado cerca del paraíso terrenal, que había visto sirenas y hombres con caras de perro, se hacía eminentemente sospechoso. Uno puede ser perdonado y hasta festejado si entrega esas fantasías con licencia poética, pero no si pretende darles un valor testimonial e incluso moral.

El nexo entre la palabra poética y la identidad latinoamericana se da de una manera sorprendente, instructiva, en los comienzos de la conquista

de Chile. El Reino de Chile es el único territorio colonial donde se producen dos fenómenos opuestos y conectados: una verdadera y prolongada guerra entre nativos y conquistadores, un conjunto de poesía épica. Pues bien, el poeta soldado que llega de España, Alonso de Ercilla y Zúñiga, canta con apasionada exaltación, en octavas reales de solidez y de lujo renacentistas, las virtudes de los guerreros araucanos. Estará poco tiempo en el sur de Chile, dos o tres años, pero ese breve lapso marcará todo el resto de su vida. Continuará en España durante largo tiempo la escritura de *La Araucana* y después será perseguido en la corte y hasta el final de sus días por García Hurtado de Mendoza, el jefe de su expedición y la "bestia negra" de su poema.

Pedro de Oña, el autor del gran poema épico de respuesta a Ercilla, *Arauco domado,* es el primer poeta criollo, nacido *allá,* en Angol de los Confines, y a la vez, paradójicamente, el primer creador de una leyenda negra de los indios. *Los* araucanos del texto suyo —octavas reales más barrocas, más sombrías, a veces más perfectas que las de Ercilla— son indios bárbaros, supersticiosos, sanguinarios. La leyenda del "imbunche", que después adquirirá una enorme difusión en la literatura chilena, que se encuentra, por ejemplo, en *El obsceno pájaro de la noche,* la novela de José Donoso, aparece por primera vez en el Canto II del *Arauco domado.* Es un probable invento denigratorio, pero significativo. Da origen a la leyenda de que los araucanos escogían al niño mejor dotado de la tribu para transformarlo en un monstruo provisto de poderes adivinatorios. Es la explicación en la mitología criolla de la envidia y del odio a la belleza y al éxito: tema hispánico e hispanoamericano. Pero es revelador que el tema lo invente el poeta de Angol de los Confines, no el soldado cortesano llegado de España, que elabora el mito inverso, el del araucano como émulo de los héroes de la antigüedad griega. El resultado en la conciencia colectiva también es revelador: Ercilla, el español, es el poeta oficial de Chile, el dueño de calles, plazas, estatuas; pero Oña, el chileno, olvidado, más o menos acusado de traición, a la manera de la Malinche mexicana, aunque con menos énfasis, es el creador de imágenes que han perdurado, como la del imbunche y el imbunchismo.

¿Quién es más americano: Ercilla, el español que escribe la alabanza del hombre de América y que vive el resto de su vida perseguido por esa memoria; Pedro de Oña, el chileno que teme y odia a sus vecinos indígenas, o algún indígena de las tribus de Nahuelbuta y de Carahue? Todos lo son, a su manera, ya que la guerra es el inicio del mestizaje, y el mestizaje, que los une y nos une a todos, si no siempre de una manera física, por lo menos en la cultura, es nuestra historia y nuestra cultura latinoamericanas. La primera

novela conocida escrita en América en castellano se ha descubierto hace poco y es una historia de amor entre las dos razas: *Los amores de Carilab y Rocamila,* obra de un sacerdote mercedario del siglo XVI que vivía en la ciudad chilena de Concepción, a la orilla del gran río de la frontera, el Bío-Bío. Cuenta el idilio del hijo de un cacique mapuche con una joven española raptada en un "malón", es decir, en un asalto de los indígenas. El tema es recurrente. El capitán Pineda y Bascuñán, en el siglo XVIII, contará su fascinación por la vida araucana en su novela *El cautiverio feliz.* Había sido hecho prisionero por los indios y había conocido durante largos años las dulzuras de la vida primitiva.

Son casos excepcionales, desde luego, pero son excepciones constantes y que tienen un sentido. A lo largo de la guerra de Arauco, que se prolongó hasta el final del siglo XIX, en pleno período republicano, hubo partidarios de la mano dura y hubo amigos de la negociación. Al parecer, por ambos lados. Pocos saben ahora, por ejemplo, que en el Santiago de fines de la época colonial había embajadores araucanos. Es un dato que se encuentra en más de un texto y sobre todo en la extensa crónica de Carvallo y Goyeneche, citada un siglo después por el historiador Diego Barros Arana. Ambrosio O'Higgins, gobernador y padre del héroe de la independencia Bernardo O'Higgins, había sido coronel de ejército en el sur y estaba convencido de que los llamados "Parlamentos", tratados entre poderes soberanos, eran la única forma posible de pacificar esa difícil e impenetrable región. Son hechos casi desconocidos hasta ahora, elementos de una historia verdadera, secreta y que ya es tiempo de sacar a la superficie. El español corriente es indiferente y desdeñoso; el latinoamericano, racista o resentido. En ambos casos, por ignorancia de la historia propia, que es común a unos y a otros. Aunque nos pese.

¿Cuál es la literatura latinoamericana, la de la selva o la de la ciudad? ¿Quién es más latinoamericano, Borges o Neruda, Vargas Llosa o Arguedas? No podemos tener una respuesta sana, equilibrada, creativa, si no salimos del nacionalismo estrecho, uno de los lastres más graves de nuestra época, una de las resurrecciones más peligrosas que se han producido después de los derrumbes ideológicos de este fin de siglo. La condición latinoamericana consiste en poder recibir la totalidad de la herencia cultural europea, sin limitación alguna, y en poder añadirle una zona de experiencias, sabidurías, tradiciones diferentes. Es la conciencia de ser otro y de formar parte, sin embargo, de Occidente. Es, en los mejores casos, una voracidad, un canibalismo, una libertad que puede llegar a ser mareadora. Joaquín María Machado de Assis, el gran narrador brasileño de fines de siglo XIX, ha descrito esa condición en un cuento maestro, *Un hombre célebre.* Lo ha he-

cho con una ironía entre amable y despiadada, con una gracia única. El protagonista es un músico que compone polcas con asombrosa facilidad, piezas que tienen un éxito inmediato y que toda la ciudad de Río de Janeiro baila y escucha cada noche, pero que aspira con pasión ardiente y contrariada a componer una gran obra musical a la europea. Para conmemorar el aniversario de la muerte de su mujer, se encierra en su despacho, entre estatuas de músicos célebres de Europa —Vivaldi, Juan Sebastián Bach, Mozart, Beethoven—, y compone con gran trabajo una misa de réquiem. Cuando la misa se ejecuta el día del aniversario, una lágrima rueda por las mejillas del compositor. No es una lágrima provocada por el recuerdo de su esposa, explica Machado: es una lágrima por su réquiem, ya que el autor ha comprendido que es un bodrio. Sin embargo, en esos mismos días se le ocurren ideas de polcas, las lleva al piano y obtienen un éxito fulminante. El "hombre célebre" se paseará por las calles de Río, en noches de calor tropical, escuchando su música que sale por todas las ventanas abiertas, bailada en todos los salones, y amargado porque no puede emular a un Mozart o a un Brahms. Morirá en la suma tristeza, "bien con los hombres, pero mal consigo mismo".

La fascinación frente al gran arte europeo, en contraste con el talento natural para producir un arte popular, más simple, aunque de gran eficacia, parece descrita aquí como un fenómeno intrínsecamente sudamericano, como parte de una insatisfacción, de una impotencia inherente a nuestro mundo. Es, sin embargo, como sucede siempre en lo mejor de la obra de Machado, una descripción irónica, tramposa. El personaje no consigue llegar al arte a la europea, pero el autor, al jugar con ese personaje, sí lo consigue. Las páginas machadianas no son inferiores a las de su contemporáneo y corresponsal portugués Eça de Queiros. En pocas líneas brota todo el universo carioca, imagen sintética del Nuevo Mundo: densidad tropical, creatividad, tristeza. ¿Y quién más *latinoamericano* que el contradictorio Machado de Assis, mulato, hijo de un pintor de paredes y de una lavandera de las "favelas" de Río de Janeiro, autodidacta, seguidor en sus años maduros de los novelistas ingleses del siglo XVIII, presidente en su vejez de la Academia de Letras, alto funcionario del Imperio y después de la República de los generales positivistas?

Pierre Menard, autor del Quijote, el célebre cuento de Jorge Luis Borges, puede ser analizado como la versión rioplatense y más moderna de *Un hombre célebre.* Hombre de letras, autor de algunos fascículos, de versos de circunstancias, de comentarios excéntricos, Pierre Menard, doble irónico de Borges, sólo se contenta, en último término, sólo acepta su "destino sudamericano", si consigue escribir el "Quijote". Para eso inventa un méto-

do delirante, que el narrador del relato describe con parsimonia, con humor cruel. La estimulante contradicción consiste aquí en que Menard-Borges, a través de textos breves, ensayos, cuentos, poemas, llega a construir una gran suma literaria contemporánea. No es menos latinoamericana por comentar sagas islandesas o dramas de William Shakespeare. Casi se podría sostener lo contrario. La ventaja de la periferia cultural es esta apertura, esta disponibilidad y esta voracidad heterogénea, este hecho de no estar encasillado en una tradición rígida. Sólo pude conversar con Borges una vez en mi vida, pero durante una tarde entera y sin interferencias, en su departamento del centro de Buenos Aires. Hablamos de los comienzos del tango argentino, de poetas chilenos secundarios como Alberto Rojas Giménez y Angel Cruchaga Santa María, de María Luisa Bombal y Vicente Huidobro, y también del poema "Los gatos" de Charles Baudelaire y del *Macbeth* de Shakespeare, que él había empezado a traducir. Nos movimos en esa conversación por un espacio literario variado, pero, a pesar de las apariencias, continuo, reconocible, enteramente inteligible. El universo baudelaireano no es esencialmente diferente del de *Altazor* de Huidobro, uno de los grandes textos de la vanguardia latinoamericana. Y los orígenes arrabaleros del tango, con sus pasiones y sus cuchillos, pueden ser comprendidos a partir de la ferocidad dinástica descrita en *Macbeth.*

Claro está, Europa espera de América, y sobre todo de Iberoamérica, que le entregue determinados mitos, determinadas imágenes. Comprende tarde la sutileza de Borges, con su lado de humor delirante, y no se toma el trabajo de comprender la de Machado de Assis. América, de acuerdo con la invención europea, tiene que ser una enorme reserva natural habitada por buenos salvajes. Y existe, desde luego, una poderosa novela de la naturaleza americana o latinoamericana. Hace poco he comentado el caso apasionante de Guimaráes Rosa y de su *Gran sertón, veredas.* Ahora bien, esa novela de un enorme territorio virgen, de espacios naturales que determinan las acciones humanas, no se entiende sin apelar a un conjunto de referencias que pertenecen a la tradición occidental. Para citar un solo ejemplo, el tema del pacto con el diablo. *Gran sertón, veredas* es una novela deliberadamente fáustica, donde la contemplación casi religiosa, profundamente poética, de la naturaleza está ligada al tema de su dominación y de su destrucción, que implica también la destrucción de los seres humanos. El texto, historia de interminables guerras civiles, de actos de bandidaje y de generosidad, de amores y odios que transcurren dentro de un escenario natural imponente, es medieval y a la vez contemporáneo. Como si la Edad Media persistiera en el interior y como si la época contemporánea penetrara desde el mar y las grandes ciudades, lo cual nos remitiría, quizás, a los viejos dilemas de

civilización y barbarie. Pero esos "jagunços", esos mercenarios y bandidos de comienzos de siglo, eran bárbaros extremadamente refinados, y ese Guimarâes Rosa que movía todos los hilos era un gran personaje de la cultura universal y moderna. De modo que la prosa de Guimarâes, con su amplitud, con su enorme registro, se alimenta de la lucidez, la sonrisa, la síntesis machadiana, así como se dijo en su tiempo que todo el universo de Dostoiesvski salía de debajo del capote de Nikolai Gogol. La comparación no es del todo gratuita, puesto que los grandes escritores eslavos del pasado describieron otro sistema de relaciones entre la periferia y el centro. Salimos de la sonrisa de Machado, de la biblioteca fantástica de Borges, y entramos en un sistema de vasos comunicantes que nos llevan de la periferia al centro y del centro a la periferia. El Occidente satisfecho está obligado, aunque no le guste, a comprender estos procesos. España, sin ir más lejos, tiene un "destino sudamericano", como el personaje del poema de Borges, y no saca nada con eludirlo, aun cuando ahora haga un descubrimiento más o menos eufórico de lo europeo, así como nosotros, incorporados, a pesar de todas las recriminaciones, en el sistema de la lengua, no podemos eludir lo que eso implica como identidad de cultura y de historia.□

ANTOLOGIA DE *LA POLITICA* DE ARISTOTELES

Oscar Godoy Arcaya

INTRODUCCION

La Política de Aristóteles es uno de los clásicos fundamentales de la filosofía política universal. Junto con *La república* de Platón son los textos inaugurales de la reflexión sobre la política en Occidente. Desde la traducción que iniciara Guillermo de Moerbeke en el siglo XIII, y que permitió su reaparición en la cultura occidental y los comentarios de San Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino,[1] jamás se ha interrumpido un incesante retorno a su texto, tanto para fijar críticamente su versión griega original o establecer nuevas versiones técnicas, en distintos idiomas, como para reinterpretar su contenido a la luz de los tiempos y servirse del mismo como un instrumento hermeneútico de análisis de los fenómenos políticos.

A modo de ejemplo, basta comprobar que entre 1940 y 1990 se han hecho dos ediciones críticas del texto griego, siete ediciones con traduccio-

Oscar Godoy Arcaya. Doctor en Filosofía, Universidad Complutense de Madrid. Profesor Titular de Teoría Política y Director del Instituto de Ciencia Política de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Miembro de la Academia de Ciencias Sociales, Políticas y Morales del Instituto de Chile. Consejero del Centro de Estudios Públicos. Autor de numerosos ensayos; entre los más recientes publicados en *Estudios Públicos* cabe mencionar "Analítica del poder: En torno a Michael Foucault", "Liberalismo, Ilustración y dignidad del hombre" y "La amistad como principio político", en los números 40, 45 y 49 respectivamente.

[1] S. Thomae Aquinatis, *Octo Libros Politicorum Aristotelis expositio.*

nes directas del griego, y que se han revisado y editado nuevamente, o, vuelto a publicar, otras tres.[2] Entre 1980 y 1990 sólo la bibliografía en alemán, francés e inglés anota 75 títulos, con un predominio enorme de este último idioma (60 títulos).[3] El torrente de trabajos aristotélicos producidos en el mundo anglosajón, especialmente en Estados Unidos, constituye un fenómeno interesante, que demuestra la presencia contemporánea insoslayable de Aristóteles. Solamente me limito a destacar la riqueza del acervo intelectual que se ha ido creando alrededor de *La política* y la fuerza con que ese despliegue creativo sigue vigente en nuestros días.

En esta antología de *La política* voy a intentar recoger los temas fundamentales que preocuparon a Aristóteles. A modo de palabra inicial hay que subrayar que el título mismo de la obra *Politika*, "asuntos o cosas políticas", nos indica una variedad temática, elaborada en forma dispersa, en distintos momentos de la vida de su autor, y sin la unidad y articulación que caracterizan a un tratado. En este sentido es fácil hacer un constraste con la *Politeia* o *República* de Platón, que se desarrolla como un continuo argumental cuyas partes están cuidadosamente articuladas entre sí. *La política*, en cambio, reúne una serie de ensayos escritos en épocas distintas y reunidos posteriormente. Es evidente que todos ellos están unidos entre sí por la coherencia intelectual de su autor, pero contienen pasajes oscuros e incluso aparentemente contradictorios; quiebres y caminos truncos, que revelan que no fue un proyecto que se concretó en un movimiento ininterrumpido de creación intelectual. Los temas se retoman y repiten, reciben matices que indican cambios en la perspectiva y el proceso intelectual de su autor y el paso del tiempo en el itinerario del mismo.

---

[2] J. Aubonnet, *Aristotle: Politique*, texto, traducción francesa y notas, 3 volúmenes (París: Budé, 1968). E. Baker, *The Politics of Aristotle*, traducción inglesa, introducción y notas (Oxford, 1946). A. Dreizehnter, *Aristoteles Politik*, texto (Munich, 1970). A. Everson, *The Politics*, traducción original de Jowett, revisada por J. Barnes (Cambridge, 1988). Lord C., *Aristotle: The Politics*, traducción y notas (Chicago, 1984). W. L. Newmann, *The Politics of Aristotle*, texto, introducción notas críticas y explicativas, 4 volúmenes (Oxford, 1887-1902; reeditado en 1973). J. Marías y M. Araujo, *Aristóteles Política*, texto, traducción española e introducción (Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1951). R. Robinson, *Politics Books III and IV*, traducción introducción y cometarios; (Oxford, 1962). T. A. Sincler, *Aristotle: The Politics* (Harmondsworth, 1983). F. Susemihl y R. D. Hicks, *The Politics of Aristotle*, texto, traducción y comentario de los libros I-V [I-III-VII-VIII] (Londres, 1984; reeditado en 1976).

[3] D. Keyt y F. D. Miller, *A Companion of Aristotle's Politics* (Oxford y Cambridge: Blackwell, 1991) pp. 381 a 389.

Los distintos tópicos de *La política* fueron desarrollados en un lapso de treinta años. Existen suficientes evidencias para suponer que su edición, como texto unificado, fue hecha después de la muerte de Aristóteles. Así, entonces, el montaje de las distintas partes no caería bajo su responsabilidad. Algunos dudan que Aristóteles hubiese aprobado reunirlas bajo la forma del tratado que hoy conocemos. Este hecho plantea una serie de problemas bastante complejos, que han provocado una interminable discusión acerca de la estructura externa e interna de la obra. Problemas que afectan tanto al orden de sus diferentes partes, como a la filiación de cada una de ellas a distintas etapas de la evolución intelectual de su autor. Situación que por lo demás se repite en el caso de otros escritos de Aristóteles.

Las etapas de la vida de Aristóteles

Aristóteles nació el año 384 a. C. en Estagira, al norte de Grecia, en Macedonia. Su padre era médico del rey Amyntas, padre de Filipo II y abuelo de Alejandro Magno. Una parte importante de su vida transcurre durante el reinado de Filipo II, bajo cuyo gobierno Macedonia inicia la conquista de Grecia y su política de expansión, dominación y conquista imperial, que culminará con su hijo Alejandro. A la edad de 17 años se traslada a Atenas, donde se incorpora a la Academia de Platón. Allí recibe su formación intelectual y moral en un lapso de 20 años; o sea, entre los años 317 y 347 a. C. hasta la muerte de Platón. En este último año, abandona la Academia y deja Atenas para instalarse en Assos, en el noroeste de Asia Menor. Entre los años 347 y 343 a. C. vive entre esta ciudad y en Mytilene, situada en la isla de Lesbos.

El año 343 a. C. Filipo II invita a Aristóteles a hacerse cargo de la educación de su hijo Alejandro. Esta tarea de orientación y supervisión pedagógica dura 7 años, entre los 13 y los 20 años de su pupilo; hasta la muerte del padre de éste. En efecto, Filipo II es asesinado en el 336 a. C, y Alejandro debe ascender al trono y asumir la conducción del proyecto político iniciado por su padre.

Aristóteles retorna a Atenas ese mismo año del 336 a. C. Allí funda una institución similar a la Academia de Platón, bajo el nombre de Liceo. Esa estancia es bastante prolongada; se extiende desde el año 336 hasta el 323 a. C., cubriendo todo el período de su madurez intelectual (entre los 47 y los 61 años de edad). Mientras Alejandro realizaba la conquista de Asia, deja como regente en Macedonia a Antipater, amigo de Aristóteles. La

temprana muerte de Alejandro produce en la península helena un período de inestabilidad política que altera la vida de Aristóteles en Atenas. El hecho de que no tuviese la nacionalidad ateniense echaba sombras sobre su lealtad a la ciudad; situación a la que se sumaba su amistad con Antipater y sus vínculos con la familia real de Macedonia. La incertidumbre política y la desconfianza ateniense lo indujeron a abandonar Atenas el año 323 a. C. e instalarse en Calcis (isla de Eubea), lugar originario de su madre, donde muere al año siguiente, a la edad de 62 años.

Composición y estructura de los *Politiká*

De acuerdo a esta breve biografía, los estudiosos de Aristóteles distinguen etapas en el desarrollo de su vida intelectual. Es evidente que hay un período platónico, como no podía ser menos, si consideramos su larga permanencia en la Academia. A esta fase de su pensamiento político corresponderían *El protréptico* (donde se exhorta al rey de Chipre a convertirse a la filosofía, para gobernar de acuerdo al saber político, fundado en la idea de Justicia), dos libros denominados *El político* y cuatro *De la justicia*. Estas obras reflejarían el influjo idealizante de Platón sobre su discípulo. Durante su permanencia en Assos y Mytilene, Aristóteles habría escrito *Alejandro* o *Sobre la colonización*. Esta fase estaría caracterizada por el rompimiento intelectual con las ideas de Platón. Mientras Aristóteles orientaba la educación de Alejandro, habría elaborado un texto sobre la monarquía.

La obra política madura de Aristóteles está constituida por los ocho libros reunidos bajo el título *Politiká* y una colección de estudios sobre 158 constituciones. Estos últimos, al parecer, se ciñeron al modelo que el mismo filósofo estableció, y es el único que ha llegado hasta nosotros, "La Constitución de Atenas". Ellos corresponden a una fase intelectual que está en las antípodas del período platónico de Aristóteles, y que algunos intérpretes de Aristóteles han llamado "empíricos".

Ahora bien, como ya se dijo antes, *La política* está compuesta de varios libros elaborados en distintos momentos de la vida de su autor. Entre las hipótesis más verosímiles se sostiene que los libros II y III son los más cercanos al período post-platonizante de su autor, cuando aún los temas platónicos y la necesidad de refutar a su maestro estaban vivos.[4] El libro II parece ser una introducción a los libros VII y VIII; allí Aristóteles revisa y

[4] W. Jaeger, *Aristóteles: Bases para la historia de su desarrollo intelectual* (México: F. C. E. 1946).

critica las teorías sobre el Estado ideal que existían en su época, incluyendo aquella de su maestro. En el libro III su autor analiza 6 formas constitucionales y ofrece una abundante conceptualización acerca de la constitución (*politeía*) y las constituciones; el elemento gobernante (*politeuma*); la ciudadanía (*tò politikon*) y el ciudadano (*polítes*). Según Werner Jaeger, en este libro, el aparato teórico demuestra el influjo de Platón, aun cuando la construcción intelectual está muy alejada de este autor.

Respecto de los libros VII y VIII, ellos pertenecerían a un período ligeramente más alejado de la fase más polémica del post-platonismo de Aristóteles. Sigue vigente la agenda de los intereses filosófico políticos de Platón, tal como las encontramos en la *República*, el *Político* y *Las leyes.* Pero el giro que el filósofo le da al tratamiento del tema del Estado ideal es fuertemente crítico del platonismo, a la luz de la dirección segura que ya había tomado su propio pensamiento. Los libros IV al VI, por su parte, son claramente expresivos de la filosofía madura de Aristóteles y ponen en evidencia un arduo trabajo de recolección de información empírica acerca de las realidades políticas de la época. Estos libros, según Jaeger, provienen de una metodología que no puede derivarse de la especulación acerca del Estado ideal.[5]

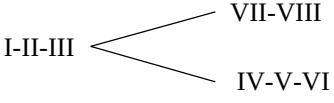
El libro I, según Jeager, sirve de enlace entre los dos cuerpos principales de los *Politiká*, o sea de vínculo entre los libros escritos en la fase cercana a los temas y planteos platónicos y los que pertenecen al período más estrictamente aristotélico, y que este intérprete llama “empirista”.[6] Se supone que si Aristóteles reunió los diferentes libros en un solo tratado, lo habría hecho en Calcis, durante el último año de su vida.

El ordenamiento que tradicionalmente mantienen las versiones de la obra es el siguiente:

I.	Nociones básicas sobre la *pólis* o Estado.
II.	Análisis crítico de las teorías sobre la constitución o el régimen político (especialmente de *La república* y *Las leyes* de Platón).
III.	Teoría general sobre las constituciones. Tipología de las constituciones.
IV.	Sub-divisiones de la tipología de las constituciones.
V.	Estudio de las causas de los cambios y las revoluciones políticas.
VI.	La democracia y la oligarquía.
VII-VIII.	La constitución ideal.

[5] W. Jaeger, *op. cit.*, p. 303.
[6] W. Jaeger, *op. cit.*, p. 312.

Distintos autores, sin embargo, ordenan los libros de un modo diferente. Franz Susemihl, editor alemán de *La política* en el siglo pasado, propone la articulación I-II-III-VII-VIII-IV-VI-V. Newman, autor de la gran edición de la Universidad de Oxford, publicada a fines del XIX y comienzos del presente siglo, plantea en cambio otra ordenación: I-II-III-VII-VIII-IV-V-VI. Más allá de esta discusión, es más interesante comprobar la tesis de Newman sobre la centralidad del libro III, al cual se refieren todos los demás libros, con excepción del primero y el último. El libro III constituye el centro de entrecruce de la obra entera, tanto por la fuerza de su construcción especulativa, como por la concurrencia de los otros libros en torno a su contenido. A partir de este núcleo, dos consideraciones adicionales llevan a David Keyt y Fred D. Miller a otra configuración.[7] Esas consideraciones se basan también en las mutuas referencias entre los libros. Estos autores, en primer término, señalan que los libros IV a VI se refieren al III y se relacionan entre sí, pero no hacen menciones explícitas o claramente no ambiguas al resto de la obra. Ello indica una unidad interna, con cierta autonomía, y una clara articulación con el núcleo central del libro, o sea, con el III. En segundo término, la inexistencia de referencias entrecruzadas entre el grupo anterior (IV-VI) y los libros VII-VIII también permite darles un carácter unitario y separado del resto. La conclusión de estos dos autores se expresa en la siguiente configuración:



Textos de la presente antología

En la presente antología he escogido textos de los libros I, III, IV, VII y V, en el orden expuesto. La antología intenta concentrarse en las ideas de Aristóteles y, por lo mismo, en lo posible, deja afuera la discusión del autor con Platón. Por esta razón, está excluido el libro II y gran parte del conjunto formado por los libros VII-VIII. El hilo argumental que siguen los textos antologados es bastante claro. Se inicia con el análisis de los fundamentos de la teoría política de Aristóteles (libro I), o sea, con la exposición sobre la naturaleza política del hombre (*zoon politikón*) y la noción de la

[7] D. Keyt y F. D. Miller, *op. cit.* pp. 4 y 5.

ciudad (*pólis*) o Estado como comunidad autosuficiente para hacer posible la realización de todos los fines humanos. En seguida, toca todos los temas centrales de la teoría sobre la constitución (*politeía*) o régimen político, la ciudadanía (*tò politikón*), el ciudadano (*polítes*) y sus definiciones esenciales, distintas formas y variedades (libro III). De allí se pasa al libro IV, porque es una ampliación del tópico de las distintas constituciones tratado en forma inicial y temática en el libro III. En el libro IV se profundizan las distintas variedades que abarcan las tres modalidades constitucionales básicas: el gobierno de uno, de la minoría y de la mayoría. Y se aplican en su estudio no solamente los criterios de la extensión del soberano y del bien común, sino otros más específicos, que explican, por ejemplo, la existencia de 5 clases de democracia y 4 de oligarquía. El penúltimo capítulo está dedicado a la constitución ideal (libro VII), que para Aristóteles es el régimen mixto, y el último a las causas que explican por qué las constituciones cambian a través del tiempo o simplemente desaparecen (libro V). La antología termina, así, con la teoría del cambio y la revolución.

Hay que indicar también que todas las ediciones críticas, por razones metodológicas, para facilitar las citaciones y tener un texto de referencia universal, se remiten a la edición de I. Bekker (1831-1870) de la Academia de Berlín. Por esta razón, en el margen derecho de esta antología se reproduce la paginación y el sistema de numeración y de literales que se usa en esa edición.

En la antología, con ligeros cambios, hemos recurrido a la traducción de Julián Marías y María Araujo, publicada por el Ex-Instituto de Estudios Políticos (1951) y actual Centro de Estudios Constitucionales de Madrid, España.

Algunas claves del pensamiento político aristotélico

Aristóteles nos expone su noción de pólis en el libro I. Para caracterizar a la comunidad política por excelencia, y que en nuestra tradición moderna, a partir de Maquiavelo, llamamos Estado, el filósofo hace converger varias líneas argumentativas.

Por de pronto, nos remite el fundamento primero de la ciudad, que es la naturaleza comunal o social del hombre.[8] En efecto, el ser humano es un *zoon koinonikón* y no puede existir sino en comunidad (*koinonía*). La vida

[8] *Politiká*, I, 2, 1253 a 1-20.

fuera de una comunidad con otros hombres solamente es posible si se es dios o bestia. Lo común (*koinón*) se define básicamente como un ámbito de suficiencia (*autarkeía)* para realizar fines individuales y sociales. O, dicho en otras palabras, como una red de relaciones interindividuales, en cuyo interior el individuo realiza actos que no podrían llevarse a cabo sin el concurso de los demás.

La suficiencia o autarquía ofrece una vía discursiva para ir pasando de la comunidad humana elemental, que es la pareja humana,[9] a otras más complejas, hasta llegar a la ciudad. Para cada fin humano cuya realización requiera necesariamente al otro, Aristóteles va a definir un grado o nivel de suficiencia, o sea, un tipo de comunidad adecuado para realizarlo. El argumento se cierra con la ciudad, que viene a ser el extremo de toda suficiencia, porque es la comunidad completa la que ofrece la posibilidad de que sus miembros realicen todos sus fines; en ese estadio comunitario el hombre puede alcanzar el *eu zeen*, el bien vivir o felicidad (*audaimonía*).[10] En la *pólis*, desde otro ángulo la naturaleza social encontraría la plenitud de su expresión, porque en definitiva el hombre no es solamente un *zoon koinonikón*, un animal comunitario, sino más que eso, un *zoon politikón*,[11] un animal avocado a llevar una vida política o ciudadana, un *bíos politikós*. O sea, una vida en la comunidad más completa, que es la *polis.* Por eso, interpretando fielmente a Aristóteles, Tomás de Aquino llamó *societas perfecta* a su versión latina, la *civitas*.

Entre los argumentos que convergen a esa definición esencial de la ciudad hay que destacar los principales. La índole social del hombre descansa sobre tres grandes argumentos. El primero trata acerca de la posesión de la palabra. En efecto, el hombre es comunal porque es un animal que posee palabra racional (*zoon lógon ejon*).[12] La palabra racional expresa las ideas básicas de la relación con los demás. Si el hombre, a través de la palabra articulada, declara lo justo y la justicia, por ejemplo, es para enunciar una relación entre los hombres. Y si no fuera así, ¿qué sentido tendría la actividad comunicativa? El segundo se refiere al hombre como un animal que es social y político, *katá physin*, según la naturaleza (*physis*).[13] En esta línea Aristóteles nos quiere decir que es la naturaleza, y no una convención humana, la que codifica o prescribe la índole social y política del hombre.

---

[9] *Politiká*, I, 2, 1252 a 25-30.
[10] *Politiká*, I, 2, 1253 a 1.
[11] *Politiká*, I, 2, 1253 a 8.
[12] *Politiká*, I, 2, 1253 a 10.
[13] *Politiká*, I, 2, 1253 a 2.

Esta línea demostrativa se va a prolongar para sostener que la comunidad llamada *pólis* es también un producto de la naturaleza, "una de las cosas naturales"[14] (y si en lugar de usar la palabra latina *natura* como base, acudimos a la palabra originaria, o sea, a la griega *physis*, podríamos traducir "la ciudad es una de las cosas *físicas* que existe"). El tercer argumento está relacionado con la ética. En efecto, toda la discusión sobre la ciudad está permeada por la idea de que si la naturaleza es un universo de fines (*teloi*)[15] y ellos se definen como bienes, forzosamente el hombre, como una realidad natural, también lo es. En este horizonte teleológico, el fin o bien último a que aspira el hombre es la felicidad (*eudaimonía*). Y ese es justamente el fin para el cual se constituye esa comunidad llamada *pólis*. La dialéctica de las esferas de autosuficiencia, en última instancia, busca congregar una comunidad de individuos adecuados para que cada cual pueda, si quiere, ser feliz.

De este modo, la ciudad aparece como un todo (*to hólon*),[16] cuyas partes son las comunidades inferiores y los individuos. Ese todo es anterior a las partes.[17] Dicho de otro modo, la ciudad como un fin último (*télos téleion*), establecido por la naturaleza, es anterior al individuo y las comunidades inferiores, aun cuando su realización o puesta en la realidad histórica sea posterior. En ese todo, el hombre, en su condición individual, se articula con la comunidad perfecta y alcanza, por decirlo así, su vinculación esencial con la humanidad.

Toda *pólis* es una ordenación (*taxis*) de sus partes. A esa dimensión de la ciudad Aristóteles la llama *politeía*, o sea, constitución o régimen político. De este modo, no hay ciudad sin constitución, toda ciudad es constitutivamente constitucional. Por esta razón, el filósofo define inicialmente la constitución como "cierta ordenación de los habitantes de la ciudad".[18] El recurso a la noción de *táxis*, orden u ordenamiento, nos expresa que la ciudad es un todo compuesto, y, por lo mismo, un ser dotado de una unidad de composición, cuyas partes últimas son los individuos, en tanto ciudadanos.[19] En una segunda definición, Aristóteles nos va a decir que la constitución es el "ordenamiento de todas las magistraturas, especialmente de la suprema, que es el gobierno".[20] Al elemento gobernante (*politeuma*) se

[14] *Politiká*, I, 2, 1253 a 2-3.
[15] *Politiká*, I, 2, 1252 b 33.
[16] *Politiká*, I, 1, 1252 a 20-13.
[17] *Politiká*, I, 2, 1253 a 19-21.
[18] *Politiká*, III, 1, 1274 b 38.
[19] *Politiká*, III, 1, 1274 b 39-40.
[20] *Politiká*, III, 6, 1278 b 7-10; IV, 1, 1289 a 15; 2, 1290 a 15.

lo llama supremo (*kúrion*),[21] en clara alusión a lo que nosotros entendemos por soberano, aquel que detenta la soberanía, la potestad última para tomar decisiones gobernantes.

Un retorno al tópico de las partes de la ciudad nos permite mirarla ahora bajo la especie de ordenamiento constitucional o régimen. En esa perspectiva, las partes son básicamente dos: los gobernantes y los gobernados, los que mandan y los que obedecen. Esta premisa permite desarrollar la teoría del ciudadano (*polites*). En efecto, los que tienen o detentan el principio de mando (*arjé*) son los gobernantes (*arjontoi*) y los que obedecen o reciben las órdenes son los *arjomenoi*. Entre estos últimos hay algunos que tienen un estatuto especial, que les confiere la facultad de participar en los asuntos de la ciudad,[22] ellos son los ciudadanos. La participación es una clave importante, porque ella define la pertenencia al cuerpo de personas que pueden tratar los asuntos públicos o políticos, ejerciendo magistraturas, deliberando, tomando decisiones, eligiendo y siendo elegidos autoridades. La definición de ciudadanía que maximiza ese estatuto es propia del régimen democrático, porque ella consagra la plenitud de los derechos ciudadanos fundados en la libertad y la igualdad. Pero Aristóteles nos da otras, que se refieren a distintas especies de ciudadanía. En efecto, cada constitución define su propio estatuto ciudadano. Así, la monarquía, la aristocracia, la república o democracia moderada, la tiranía, la oligarquía y la democracia corrupta tienen sus ciudadanías específicas. Sin embargo, y esto es lo sustantivo, cada una de ellas se va a caracterizar por consagrar algún tipo o nivel de participación de los ciudadanos en los asuntos públicos, con la excepción de la tiranía.

Tanto el esclarecimiento de la constitución como de la ciudadanía da paso al tratamiento de la clasificación de los regímenes o constituciones políticas. Hay dos criterios fundamentales que permiten esa tipología. Ellos son la cantidad del soberano (criterio cuantitativo), o sea, si es uno (*monós*), algunos (minoría, los *oligoi*) o muchos (la mayoría, *el plethos*).[23] Y el otro es la realización del bien común (*tò koinon sympherom*). La aplicación de estos dos criterios permite la determinación de tres regímenes rectos y tres corruptos:

	Realización del Bien Común	Transgresión del Bien Común
Uno	Reinado o monarquía	Tiranía
Algunos	Aristocracia	Oligarquía
Muchos	*Politeía* (democracia recta)	Democracia corrupta

[21] *Politiká*,III, 6, 1278 b 11.
[22] *Politiká*,III, 1, 1275 a 22-23.
[23] *Politiká*,III, 1, 1274 b 34.

Hay que anotar que la democracia recta es denominada en griego con el mismo vocablo *politeía* que se traduce como constitución. Así, la misma palabra designa a la vez un género y una especie. Por esa razón, los latinos tradujeron a ese tipo específico de régimen como *res publica*, y Tomás de Aquino y los medievales como *politia* y también como *regimene politicum*. En el siglo XVIII y XIX se asocia esta modalidad de democracia a la idea de "república".

Esta división en dos cuerpos tripartitos se abre, a su vez, en subdivisiones de los regímenes políticos. En esta antología (libro IV) se reproducen los textos que contienen aquellas atingentes a la democracia y la oligarquía.[24] A raíz del estudio de ambas especies de constituciones, Aristóteles analiza minuciosamente ciertas cuestiones sobre las relaciones entre la mayoría y la minoría, entre los pobres y los ricos,[25] que tienen extraordinaria relevancia para entender la naturaleza y las posibilidades de diversificación de la democracia y la oligarquía.

El estudio de los regímenes políticos y su relación con la justicia siempre ha suscitado el interés por la constitución ideal o más perfecta. Para Aristóteles ese régimen no puede dilucidarse sino a la luz de una decisión acerca de cuál es la vida humana más perfecta.[26] De este modo, el filósofo relaciona su teoría acerca de la felicidad con la construcción de un régimen donde se practique la vida moderada o media.[27] Aquí se produce un encuentro entre la ética y la política, en el sentido que la primera nos define la felicidad como la perfección de la actividad humana superior, que es la vida iluminada por la razón, y la segunda porque determina el ámbito donde la felicidad puede alcanzarse, que es la ciudad, como ya hemos visto. La felicidad, por una parte, consiste en desplegar la actividad humana práctica según su perfección, como un término medio entre excesos y defectos. Y, por otra, en la contemplación o *theoría*. La comunidad suficiente que hace posible la felicidad es preferentemente un régimen mixto, temperado, donde los equilibrios de poder están dosificados de tal modo que ella se asemeja a la vida del hombre virtuoso.

La última parte de la antología está dedicada a la teoría del cambio político y las revoluciones. A Aristóteles no se le escapó la importancia del estudio de las causas que explican por qué los regímenes políticos sufren cambios o modificaciones e incluso desaparecen. Hay dos conceptos funda-

[24] *Politiká*, IV, 1, 1289 b 13-15.
[25] *Politiká*, IV, 4, 1290 a 35-37.
[26] *Politiká*, VII, 1, 1323 a 14-16.
[27] *Politiká*, VII, 2, 1224 a 25-32.

mentales que sirven de ilación a los textos que se ocupan de este tema: *metabolé* y *stasis*, cambio y revolución. El primero fue traducido al latín medieval por Guillermo de Moerbeke, y usado por Tomás de Aquino, con la palabra *trasmutatio*. Indicaría, por lo mismo, la acción transitiva de mudar desde una realidad a otra. Pero, como Wheeler sostiene, abarca tanto la creación de un régimen, como su transformación o su revisión y modificación.[28] Como teoría general, sirve de marco de referencia al análisis de Aristóteles sobre las enfermedades y corrupciones de la democracia y otros regímenes. Si el cambio afecta a la totalidad de su estructura, puede generar una real mutación, pero si solamente toca a una parte de la misma, puede producir modificaciones o reformas.[29] Aristóteles detalla las causas de unos y otros cambios.

La noción de *stasis* es lingüísticamente más compleja. Algunos autores la han traducido como revolución, otros, siguiendo a Tomás de Aquino, como sedición. Quizás esta última acepción es más adecuada, porque se ciñe al contenido que esta palabra tiene hoy día. No ocurre lo mismo con la connotación de revolución. En efecto, sedición significa "disensión, división, partido formado con propósitos sediciosos, banda, facción". En Aristóteles, *stasis* es una especie de cambio político producido por una discordia entre facciones o partidos de ciudadanos. En general, su causa es la desigualdad entre los miembros de la ciudad.[30] El pueblo (*démos*), por ejemplo, se subleva contra la oligarquía por esa razón. Considera intolerable que la parte minoritaria de los iguales (la igualdad se define por la posesión de la libertad, y ese estatuto, en Atenas y otras ciudades-estados de la Hélade, corta verticalmente a una mayoría de pobres como a los ricos) monopolice el poder político y restrinja la participación ciudadana. Tanto el cambio como la sedición, tomados como categorías generales, enmarcan el estudio aristotélico de los procesos de transformación de los regímenes políticos, sean ellos radicales o puramente accidentales.

---

[28] M. Wheeler, "Aristotle's Analysis of the Nature of Political Struggle", en J. Barnes, Schofield, y R. Sorabji, (ed.), *Articles on Aristotle* (Nueva York: St. Martin's Press, 1978) p. 161.

[29] *Politiká*, V, 1, 1301 b 5-10.

[30] *Politiká*, V, 2, 1301 b 25.

TEXTOS ESCOGIDOS DE *LA POLITICA*

La ciudad y la vida humana superior
(Libro I, capítulos 1 y 2)

1. Vemos que toda ciudad (*pólis*) es una comunidad (*koinomía*) y 1252 a
que toda comunidad está constituida en vista de algún bien (*agathon*),[1] porque los hombres siempre actúan mirando a lo que les parece bueno; y si todas tienden a algún bien, es evidente que más que ninguna, y al bien más principal, la principal entre todas y que comprende todas las demás, a saber, la llamada ciudad y comunidad civil.

No tienen razón, por tanto, los que creen que es lo mismo ser gobernante de una ciudad, rey, administrador de su casa o amo de sus esclavos, pensando que difieren entre sí por el mayor o menor número de subordinados, y no específicamente; que el que ejerce su autoridad sobre pocos es amo, el que la ejerce sobre más, administrador de su casa, y el que sobre más aún, gobernante o rey. Para ellos en nada difiere una casa grande de una ciudad pequeña, y en cuanto al gobernante y el rey, cuando la potestad es personal, el que la ejerce es rey; y cuando, según las normas de la ciencia política, alternativamente manda y obedece, es gobernante.

Pero esto no es verdad, como resultará claro considerando la cuestión según el método que nosotros seguimos; porque de la misma manera que en las demás ciencias es menester dividir lo compuesto hasta llegar a sus simples, pues éstos son las últimas partes del todo, así también considerando de qué elementos consta la ciudad veremos mejor en qué difieren unas de otras las cosas dichas, y si es posible obtener algún resultado científico sobre cada una de ellas.

2. Observando el desarrollo de las cosas desde su origen y evolución natural[2] se obtendrá en esta cuestión, como en las demás, la visión más

---

[1] En la *Etica Nicomaquea*, I, capítulo 1, 1.094 a 1-15, Aristóteles define el bien (*agathon*) como "aquello a lo que todas las cosas aspiran"; en el mismo texto identifica el bien con el fin (*telos*).

[2] Origen, desarrollo natural y necesidad articulan la concepción aristotélica de la *pólis* como una comunidad fundada en la naturaleza (*physis*) y no en las convenciones humanas. Si se analiza el principio (*arjé*) de las cosas naturales (*tà physiká ónta*) se puede descubrir que hay en ellas relaciones que no pueden ser de otro modo, o sea, que son necesarias, como la relación macho y hembra para la

clara. En primer lugar se unen de modo necesario los que no pueden existir el uno sin el otro, como la hembra y el macho para la generación (y esto no en virtud de una decisión, sino de la misma manera que los demás animales y plantas, que de un modo natural aspiran a dejar tras sí otros semejantes), y el que por naturaleza manda y el súbdito, para seguridad suya. En efecto, el que es capaz de prever con la mente es naturalmente jefe y señor por naturaleza, y el que puede ejecutar con su cuerpo esas previsiones es súbdito y esclavo por naturaleza; por eso el señor y el esclavo tienen los mismos intereses.

La naturaleza, sin embargo, ha establecido una diferencia entre la 1252 b
hembra y el esclavo, porque la naturaleza no hace nada con mezquindad, como los forjadores el cuchillo de Delfos, sino cada cosa para un solo fin; y cada órgano puede llevar a cabo su función de la mejor manera si no sirve para muchas, sino para una sola. Pero entre los bárbaros la hembra y el esclavo tienen el mismo puesto, y la razón de ello es que no tienen el elemento que mande por naturaleza, y su comunidad resulta de esclava y esclavo. Por eso dicen los poetas que "es justo que los griegos manden sobre los bárbaros", entendiendo que bárbaro y esclavo son lo mismo por naturaleza.

De estas dos sociedades procede en primer lugar la casa, y Hesíodo dijo bien en su poema:

> "Lo primero casa, mujer y buey para el arado"[3]

pues el buey es el criado del pobre. Por tanto, la comunidad constituida naturalmente para la satisfacción de las necesidades cotidianas es la casa, a cuyos miembros llama Carondas "de la panera", y Epiménides de Creta "del mismo comedero"; y la primera comunidad constituída por varias casas en vista de las necesidades no cotidianas es la aldea, que en su forma más natural aparece como una colonia de la casa: algunos llaman a sus miembros "hijos de la misma leche" e "hijos de hijos". Esta es también la razón de que al principio las ciudades fueran gobernadas por reyes, como todavía hoy los bárbaros: resultaron de la unión de personas sometidas a rey, ya que

---

procreación. La necesidad se opone a la contingencia, que admite ser de otro modo, o sea, de muchas maneras (*hoos epì to polú*), que es justamente el estatuto de las relaciones creadas por la convención humana. La *pólis*, según Aristóteles, es "una de las cosas naturales" que existen (1253 a 2). Véase Met., *Libro Delta*, 5, 1015 a 20 - 1015 b 15.

[3] Hesíodo, *Los trabajos y los días*, 405.

en toda casa reina el más anciano, y, por lo tanto, también en las colonias, cuyos miembros están unidos por el parentesco. Y eso es lo que dice Homero:

> "Cada uno es el legislador de sus hijos y mujeres"

pues en los tiempos primitivos vivían dispersos. Igualmente dicen todos los hombres que los dioses se gobiernan monárquicamente, porque así se gobernaban también ellos al principio, y aun ahora algunos asemejando a la suya, lo mismo que la figura, la vida de los dioses.

La comunidad perfecta de varias aldeas es la ciudad, que tiene, por así decirlo, el extremo de toda suficiencia, y que surgió por causa de las necesidades de la vida, pero existe ahora para vivir bien.[4] De modo que toda ciudad es por naturaleza, si lo son las comunidades primeras; porque la ciudad es el fin de ellas, y la naturaleza es fin. En efecto, llamamos naturaleza de cada cosa a lo que cada una es, una vez acabada su generación, ya hablemos del hombre, del caballo o de la casa.[5] Además, aquello para lo cual existe algo y el fin es lo mejor, y la suficiencia es un fin y lo mejor. 1253 a

De todo esto resulta, pues, manifiesto que la ciudad es una de las cosas naturales, y que el hombre es por naturaleza un animal político,[6] y que el no político por naturaleza y no por azar o es mal hombre o más que hombre, como aquel a quien Homero increpa:

> "sin tribu, sin ley, sin hogar"

porque el que es tal por naturaleza es además amante de la guerra, como una pieza aislada en los juegos.

---

[4] El bien vivir (*eú zoon*) es equivalente a felicidad (*eudaimonía*), o sea, a la vida humana según su perfección, que Aristóteles concibe como la actividad del alma racional ejercida de acuerdo a la perfección que le es propia, durante una vida completa (*Etica Nicomaquea*, I, 7, 1098a 15-18).

[5] Las diferentes acepciones de *physis* son analizadas en la *Física*, II, 1. La naturaleza de una cosa se identifica con el fin, y, por lo mismo con su bien, porque el fin es aquello que la cosa alcanza una vez que culmina el proceso de su generación, o sea, cuando ha alcanzado la plenitud de su forma. Véase también *physis* en Met., *Libro Delta*, 4, 1014b 16-1.015a 19.

[6] El hombre es un animal político (*zoon politikón*) porque por naturaleza pertenece a la *pólis*, que es la forma de comunidad en que puede realizar la plenitud de sus fines. El término *zoon politikón* es más comprehensivo que social —como traduce Marías y Araujo— porque el hombre es inicial, originaria y primariamente un *zoon koinomikón*, o sea un animal social, pero esa sociabilidad culmina en el ejercicio de la pertenencia y participación en la *pólis*.

La razón por la cual el hombre es, más que la abeja o cualquier animal gregario, un animal político es evidente: la naturaleza, como solemos decir, no hace nada en vano, y el hombre es el único animal que tiene palabra.[7] La voz es signo del dolor y del placer, y por eso la tienen también los demás animales, pues su naturaleza llega hasta tener sensación de dolor y de placer y significársela unos a otros; pero la palabra es para manifestar lo conveniente y lo dañoso, lo justo y lo injusto, y es exclusivo del hombre, frente a los demás animales, el tener, él sólo, el sentido del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, etc., y la comunidad de estas cosas es lo que constituye la casa y la ciudad.

La ciudad es por naturaleza anterior a la casa y a cada uno de nosotros, porque el todo es necesariamente anterior a la parte;[8] en efecto, destruido el todo, no habrá pie ni mano, a no ser equívocamente, como se puede llamar mano a una de piedra: una mano muerta será algo semejante. Todas las cosas se definen por su función y sus facultades, y cuando éstas dejan de ser lo que eran no se debe decir que las cosas son las mismas, sino del mismo nombre. Es evidente, pues, que la ciudad es por naturaleza y anterior al individuo, porque si el individuo separado no se basta a sí mismo será semejante a las demás partes en relación con el todo, y el que no puede vivir en sociedad, o no necesita nada por su propia suficiencia, no es miembro de la ciudad, sino una bestia o un dios. Es natural en todos la tendencia a una comunidad tal, pero el primero que la estableció fue causa de los mayores bienes; porque así como el hombre perfecto es el mejor de los animales, apartado de la ley y de la justicia es el peor de todos: la peor injusticia es la que tiene armas, y el hombre está naturalmente dotado de armas para servir a la prudencia y a la virtud, pero puede usarlas para las cosas más opuestas. Por eso, sin virtud, es el más impío y salvaje de los animales, y el más lascivo y glotón. La virtud de la justicia (*dikaiosyne*), en

---

[7] *Phoné*: sonido o voz emitida por un ser viviente (*emphytón*). La voz articulada del hombre toma la forma de lenguaje hablado (*dialektós*) y este es sinónimo de una de las acepciones de *lógos*.

A través de la palabra, en su sentido de *lógos*, el hombre expresa lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto, y otros conceptos binarios, que incluyen de suyo la relación con el otro, o sea un carácter comunal. Este carácter comunal del lenguaje pone de manifiesto la naturaleza de *zoon koinomikón*, de animal social, propia del hombre.

[8] La anterioridad del todo (tò *hólon*) a las partes que incluye el ser compuesto —como el mundo, la ciudad o el hombre— es un principio esencial de la filosofía primera de Aristóteles. Véase Met., *Delta*, 26, 1023 b 26-1024 a 10.

cambio, es cosa de la ciudad, ya que la Justicia (*diké*)[9] es el orden de la comunidad civil, y consiste en el discernimiento de lo que es justo.

La ciudad, la ciudadanía y los regímenes políticos básicos
(Libro III, capítulos 1-8)

A. Teoría del ciudadano
Capítulos 1-5

1. El que estudia los regímenes políticos (*politeías*), qué es cada uno 1274 b 32
y cuáles son sus cualidades, debe tratar de ver en primer término qué es la ciudad. Pues actualmente las opiniones están divididas, y unos hablan de que la ciudad ha llevado a cabo tal acción, mientras otros dicen que no ha sido la ciudad, sino la oligarquía o el tirano. Por otra parte, toda la actividad del político y del legislador gira, como vemos en torno a la ciudad; y la constitución (*politeia*) es cierta ordenación (*taxis*) de los habitantes de la ciudad (*polis*).[10] Puesto que la ciudad consta de los elementos que la componen, como cualquier otro todo compuesto de muchas partes, es evidente que primero se debe estudiar el ciudadano. La ciudad es, en efecto, cierta multitud de ciudadanos, de manera que hemos de considerar a quién se debe llamar ciudadano y qué es el ciudadano. Pues también el ciudadano es 1275 a
frecuentemente objeto de discusión, y no están todos de acuerdo en llamar ciudadano a la misma persona. El que es ciudadano en una democracia, a menudo no lo es en una oligarquía. Dejemos de lado a los que obtienen este

---

[9] La *diké*, lo justo o la justicia, es un principio ordenador de la sociedad civil. La *dikaiosyne*, la virtud de la justicia, es la virtud del ciudadano.

[10] La palabra *politeia* designa al régimen político o constitución. Esta última traducción debe tomarse en el sentido que toda *pólis* tiene una *constitución*, o sea, una forma, e incluso podríamos decir una cierta estructura, como es el caso del cuerpo humano, por ejemplo. *Politeía* tiene además una acepción específica, pues se aplica al régimen democrático temperado o moderado (también mixto). De este modo, en un sentido nombra a un género de régimen político, y en otro a un tipo específico de régimen político, la democracia recta moderada (los latinos la denominaron *res publica*, y, de ahí, pasó a español como "república").

En el texto se nos da una primera definición de *politeia*: si la ciudad es una comunidad y la comunidad una pluralidad de ciudadanos, la constitución es el ordenamiento u orden (*táxis*) de esta pluralidad. Más adelante nos va a decir que esa pluralidad es de ciudadanos y que el orden es un principio que define la composición o el modo de ser compuesto de la ciudad (1276b 1-10).

título de un modo excepcional, como los que adquieren la ciudadanía. El ciudadano no lo es por habitar en un sitio determinado (pues también los metecos y los esclavos participan de la misma residencia), ni por participar de ciertos derechos en la medida necesaria para poder ser sometidos a proceso o entablarlo (pues este derecho lo tienen también los que participan de él en virtud de un tratado; en efecto, éstos lo tienen, pero en muchos lugares ni siquiera los metecos gozan de él plenamente, sino que tienen que nombrar un patrono, de suerte que participan imperfectamente de la comunidad). De tales personas, como de los niños que por su edad aún no han sido inscritos, o de los ancianos que han dejado ya de serlo, se podrá decir que son ciudadanos en cierto modo, pero no en un sentido demasiado absoluto, sino añadiendo alguna determinación como "imperfectos" o "excedentes por la edad", o cualquiera otra semejante (lo mismo de una que otra: está claro lo que queremos decir).

Buscamos, pues, al ciudadano a secas[11] y que no necesita la corrección de ningún apelativo de esa clase; problema que también existe y hay que resolver a propósito de los privados derechos de ciudadanía y de los desterrados. El ciudadano sin más por nada se define mejor que por participar en la administración de justicia y en el gobierno. De las magistraturas, unas tienen el tiempo limitado, de modo que la misma persona no puede desempeñarlas dos veces, o sólo con determinados intervalos, y otras se ejercen por un tiempo ilimitado, como las de juez y miembro de la asamblea. Podría alegarse que ésos no son gobernantes ni participan con ello del poder, pero es ridículo considerar privados de poder a los que ejercen el mundo supremo. Pero no demos importancia a esto, pues se trata de un nombre, ya que no existe denominación para lo que es común al juez y al miembro de la asamblea y no sabemos cómo debemos llamar a ambos. Digamos, para distinguir, magistratura indefinida. Damos por sentado, pues, que los que participan de ella son ciudadanos. La definición de ciudadano que mejor se adapta a todos los llamados así viene a ser ésta.

No debemos olvidar que las realidades cuyos supuestos difieren específicamente, y uno de ellos es primero, otro segundo y otro tercero, o no tienen absolutamente nada común en cuanto tales, o escasamente. Y vemos que las formas de gobierno difieren específicamente entre sí, y que unas son

---

[11] La primera definición de ciudadano (esencial o *haplós*) nos dice que ella es el estatuto de los que participan en la "administración de la justicia y en el gobierno" de la ciudad, sin especificar las modalidades de tal participación, porque ellas solamente pueden determinarse a partir de cada régimen político. Es distinta la ciudadanía en una monarquía que en una aristocracia o en una democracia.

inferiores y otras superiores, pues las defectuosas y pervertidas serán necesariamente inferiores a las perfectas (más adelante se pondrá en claro cómo entendemos esta perversión). Por consiguiente, también el ciudadano tendrá que ser distinto en cada régimen.[12] Por eso el que hemos definido es sobre todo el de una democracia; en los demás regímenes es posible, pero no necesariamente. En algunos no tiene función el pueblo, ni existe normalmente una asamblea, sino la que se convoca expresamente, y los procesos se reparten entre los distintos magistrados; así, en Lacedemonia los éforos juzgan los relativos a contratos, los gerontes los de asesinato, y análogamente otros magistrados los demás procesos. Lo mismo ocurre en Cartago: algunas magistraturas juzgan todos los procesos. 1275 b

Pero nuestra definición del ciudadano puede corregirse; en efecto, en los otros regímenes, no hay una magistratura indefinida para las funciones de miembro de la asamblea y juez, sino que corresponden a una magistratura determinada; pues a todos estos magistrados o a algunos de ellos se concede la facultad de deliberar y juzgar sobre todas las cuestiones o sobre algunas. Con esto resulta claro cuál es el ciudadano: llamamos, en efecto, ciudadano al que tiene derecho a participar en la función deliberativa o judicial de la ciudad,[13] y llamamos ciudad, para decirlo en pocas palabras, una muchedumbre de tales ciudadanos suficiente para vivir con autarquía.

2. Prácticamente, sin embargo, suele definirse el ciudadano como aquel cuyos padres son ambos ciudadanos,[14] y no solamente uno, el padre o la madre; algunos retrotraen más esta exigencia, por ejemplo a dos, tres o más antepasados. Cuando se da esta definición, sencilla y breve, se pregun-

---

[12] Véase nota 11. Aquí precisa que la definición esencial se aplica en toda su extensión en el régimen democrático, porque allí se maximiza la participación en la administración de la justicia y en el gobierno. En cambio en los demás regímenes esa participación es limitada y desaparece o es anulada en la tiranía, que es el polo opuesto, la no participación.

[13] En sentido más restringido la ciudadanía no es un estatuto permanente y general, sino temporal y especial. La ejercen aquellos que han recibido la facultad de deliberar sobre los asuntos públicos, en general, o bien, sobre una agenda restringida de ellos, y ello por el tiempo que defina el régimen. La referencia a la pertenencia a la *Ekklesia* ateniense es obligada, porque ella caracterizaba al ciudadano, que deliberaba y decidía el contenido de la ley, dirimía conflictos y escogía a las autoridades políticas.

En otros regímenes, en cambio, esas funciones son entregadas a funcionarios del poder real o aristocrático, con poderes limitados.

[14] Definición de la ciudadanía por el origen libre de los padres o los ancestros.

tan algunos cómo será ciudadano ese tercer o cuarto antepasado. Gorgias de Leontinos, quizá por estar en un apuro y también con ironía, dijo que así como son morteros los objetos hechos por los fabricantes de morteros, son también lariseos los hechos por sus fabricantes, pues hay algunos que son hacedores de lariseos. La cosa, sin embargo, es sencilla: si participaban de la ciudadanía según la definición que hemos dado, eran ciudadanos, ya que tampoco puede aplicarse la definición de "hijo de ciudadano y ciudadana" a los primeros habitantes o fundadores de una ciudad.

La cosa es más difícil cuando se trata de los que participaron de la ciudadanía a causa de una revolución, como los que hizo ciudadanos en Atenas Clístenes después de la expulsión de los tiranos; introdujo en las tribus, en efecto, muchos extranjeros y esclavos metecos. Pero lo que se discute en este caso no es quién es ciudadano, sino si lo es con justicia o sin ella. También podría uno preguntarse si en el caso de que alguien sea ciudadano injustamente, no dejará también por eso de ser ciudadano, puesto que injusto equivale a falso. Pero puesto que vemos que algunos gobiernan 1276 a
injustamente y decimos que gobiernan, aunque no con justicia, y hemos definido al ciudadano por cierto ejercicio de poder (pues, como hemos dicho, el que participa de tal poder es ciudadano), es evidente que debemos llamarlos ciudadanos.

3. La cuestión de si esa denominación es justa o injusta está relacionada con la mencionada antes. Algunos, en efecto, se preguntan si un acto determinado es o no es un acto de la ciudad; por ejemplo, cuando una oligarquía o una tiranía se convierte en democracia.[15] Entonces hay quienes incluso se niegan a cumplir los contratos y otras muchas obligaciones semejantes, so pretexto de que no fue la ciudad, sino el tirano, quien las contrajo, y de que algunos regímenes existen por la fuerza y no por ser convenientes para la comunidad. Y si existen también democracias que están en el mismo caso, los actos de tal régimen serán actos de la ciudad en la misma medida en que lo son los de la oligarquía y la tiranía. Esta cuestión parece conexa con el problema de cuándo se ha de decir que la ciudad es la misma o que ha dejado de ser la misma para ser otra.

El modo más trivial de resolver el problema es apelar a los habitantes y al lugar, pues el lugar y los habitantes pueden estar separados y habitar unos en un lugar y otros en otro. Esta dificultad, sin embargo, no es grave, pues el que la palabra ciudad tenga varios sentidos facilita la solución.

---

[15] En este capítulo *demokratia* es sinónimo del sentido específico de *politeia*, o sea, democracia moderada o limitada y justa. Véase nota 10.

Igualmente podemos preguntarnos cuándo, habitando la población el mismo lugar, se ha de juzgar que la ciudad es una. No lo será, ciertamente, por las murallas, ya que se podría rodear el Peloponeso con una sola muralla. Tal es quizá el caso de Babilonia y toda agrupación cuyo ámbito es más bien el de un pueblo que el de una ciudad; de Babilonia se dice que al tercer día de haber sido tomada, no se había enterado una parte de la población. La consideración de esta dificultad será, sin embargo, más oportuna en otra ocasión.

El político no debe olvidar la cuestión del tamaño de la ciudad y de si conviene que esté constituída por un solo pueblo o por más; y en el caso de que unos mismo habitantes residan en el mismo lugar, ¿debe decirse que la ciudad es la misma mientras sea la misma la raza de los que la habitan, aunque se renueven continuamente por las muertes y los nacimientos, así como solemos decir que los ríos y las fuentes son los mismos aunque su corriente nazca y pase continuamente? ¿O, por el contrario, debe decirse que los hombres son los mismos por esa razón, pero que la ciudad es otra?

Pues si la ciudad es una cierta comunidad, y es una comunidad de 1276 b
ciudadanos en un régimen, si se altera específicamente y se hace diferente el régimen político, parecerá forzoso que la ciudad deje también de ser la misma, de igual modo que decimos de un coro que es uno cuando es cómico y que es otro cuando es trágico, aunque con frecuencia esté constituído por las mismas personas. Igualmente, de cualquier otra comunidad y composición decimos que es distinta cuando es distinta la forma de su composición; por ejemplo, decimos que es distinta la armonía de los mismos sonidos cuando es doria y cuando es frigia. Si esto es así, es evidente que al decir de una ciudad que es la misma se ha de tener sobre todo en cuenta el régimen y puede dársele el mismo nombre u otro, tanto si los que la habitan son los mismos como si son otros hombres completamente distintos[16]. En cuanto a si las obligaciones contraídas deben o no cumplirse cuando la ciudad cambia de régimen, esto es otra cuestión.

4. Debemos considerar a continuación si ser hombre bueno y ciudadano excelente consiste en lo mismo o no. Pero si esto debe investigarse, hay que comprender primero mediante un bosquejo la virtud del ciudadano.

[16] Lo esencial del razonamiento es que la unidad de la composición —que define al régimen— es la forma de la ciudad. Si la forma cambia, su antigua composición varía y deja de ser lo que era, para cobrar otro modo de ser. Toda substitución de la constitución, en conclusión, significa que la comunidad tiene otra forma de soberanía o gobierno, es una ciudad distinta.

Así como el marino es un miembro de una comunidad, lo decimos también del ciudadano. Pues bien, aunque los marinos tienen distintas funciones[17] (uno es remero, otro piloto, otro vigía, y otros tienen otras denominaciones semejantes), es evidente que la noción más exacta de cada uno será propia de su facultad, pero al mismo tiempo cierta noción común convendrá a todos: la seguridad de la navegación es obra de todos ellos, pues cada uno de los marinos la desea. Análogamente, los ciudadanos, aunque sean desiguales, tienen una obra común que es la seguridad de la comunidad, y la comunidad es el régimen; por tanto, la virtud del ciudadano ha de referirse necesariamente al régimen. Ahora bien, puesto que hay varias formas de régimen, es evidente que no puede haber una virtud perfecta única del buen ciudadano; en cambio, del hombre bueno decimos que lo es por una virtud perfecta única. Es claro, pues, que un buen ciudadano puede no poseer la virtud por la cual es bueno el hombre.

Este problema puede abordarse también de otro modo discutiéndolo desde el punto de vista del régimen mejor. Es imposible que la ciudad se componga exclusivamente de hombres buenos, pero cada uno debe cumplir bien su función (*érgon*), y esto requiere virtud; por otra parte, como es imposible que todos los ciudadanos sean iguales, no será una misma la virtud del ciudadano y la del hombre bueno. En efecto, la virtud del buen 1277 a
ciudadano han de tenerla todos (pues así la ciudad será necesariamente la mejor), pero es imposible que tengan la del hombre bueno, ya que no es menester que sean hombres buenos los ciudadanos que viven en la ciudad perfecta. Además, la ciudad consta de elementos distintos: así como el viviente consta de alma y cuerpo, y el alma de razón y apetito, y la casa de marido y mujer, y la propiedad de amo y esclavo, de igual modo también la ciudad se compone de todos estos elementos y además de otros específicamente distintos; y por tanto es imposible que sea una misma la virtud de todos los ciudadanos, como no puede serlo en un coro la del corifeo y la del que está a su lado. Resulta, por tanto, claro que no se trata absolutamente de la misma.

---

[17] La idea de *érgon* nos remite a la función propia de cada actividad. De este modo Aristóteles aplica esa idea a la determinación de una función propia del ciudadano.

Esta cuestión antecede al problema de la virtud. En efecto, para Aristóteles toda actividad se realiza según la capacidad espontánea de quien la realiza o según su perfección, o sea, de acuerdo a la virtud. La virtud es la perfección de un acto. Si existe la actividad del ciudadano como tal, también es posible la perfección de la misma, y por lo mismo, la virtud ciudadana.

Pero ¿es posible que coincidan en alguien la virtud del buen ciudadano y la del hombre bueno? Decimos que el gobernante recto debe ser bueno y prudente y que el político tiene que ser prudente. Incluso la educación del gobernante dicen algunos que debe ser distinta y así vemos que los hijos de los reyes se adiestran en la equitación y en la guerra; y Eurípides dice también: "No me interesan los refinamientos, sino lo que requiere la ciudad", suponiendo que hay una educación propia del gobernante. Si la virtud del buen gobernante y la del hombre bueno es la misma, pero también es ciudadano el gobernado, no puede ser la del ciudadano absolutamente la misma que la del hombre, aunque pueda serlo la de algún ciudadano; porque la virtud del gobernante no es la misma que la del ciudadano, y quizá por esto dijo Jasón que tenía hambre cuando no era tirano, dando a entender que no sabía ser un particular.

Pero, por otro lado, se elogia el ser capaz de mandar y de obedecer, y la virtud de un ciudadano digno parece consistir en ser capaz tanto de mandar como de obedecer bien.[18] Por tanto, si afirmamos que la virtud del hombre bueno es de mando y la del ciudadano de mando y obediencia, no pueden ser ambas igualmente laudables. Si parece, pues, que el gobernante y el gobernado deben aprender cosas distintas y no las mismas, y el ciudadano debe entender y participar de unas y otras, la consecuencia es fácil de comprender.

Existe, en efecto, un gobierno propio del amo, y llamamos así al que se ejerce acerca de los servicios necesarios, que el que manda no necesita saber hacer, sino más bien utilizar; lo otro sería servil. Llamo lo otro a ser capaz de desempeñar los trabajos de servicio. Decimos que hay varias clases de esclavos, pues sus oficios son varios. Una parte de ellos la constituyen los trabajadores manuales; éstos son, como da a entender su nombre, los que viven del trabajo de sus manos, a los cuales pertenece el artesano. 1277 b
Por eso antiguamente los artesanos no participaron en algunas ciudades de las magistraturas hasta que vino la democracia extremada.

Indudablemente, el hombre bueno, el político y el buen ciudadano no deben aprender los trabajos de esa clase de subordinados, a no ser para utilizarlos de un modo completamente personal; pero hay un cierto mando en virtud del cual se manda a los de la misma clase y a los libres, y ése decimos que es el imperio político, que el gobernante debe aprender siendo gobernado, como se aprende a ser general de caballería sirviendo a las órdenes de otro, y general de infantería sirviendo bajo el mando de otro y

[18] La perfección de la participación en los asuntos públicos consiste en saber ser gobernado y en saber gobernar.

siendo jefe de regimiento y compañía. Por eso se dice con razón que no puede mandar bien quien no ha obedecido. La virtud de éstos es distinta, pero el buen ciudadano tiene que saber y poder tanto obedecer como mandar, y la virtud del ciudadano consiste precisamente en conocer el gobierno de los libres desde ambos puntos de vista.[19]

Las dos cosas son propias del hombre bueno; y si la templanza y la justicia tienen forma distinta en el que manda y en el que obedece pero es libre, es evidente que la virtud del hombre bueno, por ejemplo su justicia, no puede ser una, sino que tendrá formas distintas según las cuales gobernará o será gobernado, así como son distintas la templanza y la fortaleza del hombre y de la mujer (el hombre parecería cobarde si fuera valiente como es valiente la mujer, y la mujer parecería habladora si fuera modesta como lo es el hombre bueno); pues también es distinta la administración del hombre y la de la mujer (la función del primero es adquirir, la de ésta guardar). Sólo la prudencia del gobernante es una virtud peculiar suya; las demás parecen ser necesariamente comunes a gobernados y gobernantes; pero en el gobernado no es virtud la prudencia, sino la opinión verdadera, pues el gobernado es como el que fabrica la flauta y el gobernante como el flautista que la usa.[20]

Estas consideraciones ponen de manifiesto si la virtud del hombre bueno y la del ciudadano cabal son la misma o distintas, y en qué sentido son una misma y en cuál son distintas.

5. Queda todavía una cuestión pendiente acerca del ciudadano. El verdadero ciudadano ¿es sólo aquel que puede participar del poder, o deben considerarse ciudadanos también los obreros? Si debemos considerar ciudadanos a los que no participan de las magistraturas, no es posible que aquella virtud mencionada pertenezca a todo ciudadano, puesto que éstos serían también ciudadanos. Y si ninguno de ellos es ciudadano, ¿en qué clase deberemos colocar a cada uno? No son, en efecto, metecos ni extranjeros. Pero ¿no hemos de contestar que de ese argumento no se sigue ningún absurdo? Pues tampoco los esclavos, ni los libertos, pertenecen a ninguna de las clases mencionadas. La verdad es que no debemos conside- 1278 a

[19] Se repite la idea subrayada en la nota 18.

[20] La acción gobernante también sigue el canon de su perfectibilidad. La virtud o perfección de la actividad gobernante se denomina prudencia. La *phrónesis*, prudencia o sabiduría práctica, en el campo de los asuntos públicos, consiste en la virtud del gobernante para aplicar la recta razón en la consecución del bien público. La razón no se aplica para saber o conocer la verdad teórica, sino la opinión verdadera y ésta se refiere a aquello que es probable, y, por lo mismo, verosímil.

rar ciudadanos a todos aquellos sin los cuales no podría existir la ciudad, ya que ni siquiera los niños son ciudadanos en el mismo sentido que los hombres, sino que éstos lo son en absoluto y los niños en virtud de un supuesto, pues son ciudadanos, pero imperfectos. En los tiempos antiguos y en algunos lugares, los obreros eran esclavos o extranjeros, y por esto también hoy lo son la mayoría. La ciudad más perfecta no hará ciudadano al obrero; y en el caso de que lo considere ciudadano, la virtud del ciudadano que antes se explicó no habrá de decirse de todos, ni siquiera de los libres solamente, sino de los que están exentos de los trabajos necesarios. De los que realizan los trabajos necesarios, los que los hacen para servicio de uno sólo son esclavos, y los que sirven a la comunidad, obreros y labradores. Llevando un poco más adelante esta consideración pondremos de manifiesto la situación en que se encuentran, pues se aclara con sólo explicar un poco lo que ya hemos dicho.

6. Puesto que existen varios regímenes políticos, tiene que haber también necesariamente varias clases de ciudadanos, y especialmente de ciudadanos gobernados, de suerte que en algún régimen tendrán que ser ciudadanos el obrero y el campesino, y en algunos esto será imposible, por ejemplo, en uno de los llamados aristocráticos, en que las dignidades se conceden según las cualidades y los méritos; no es posible, en efecto, que se ocupe de las cosas de la virtud el que lleva una vida de obrero o campesino. En las oligarquías, el campesino no puede ser ciudadano (ya que la participación en las magistraturas corresponde a las grandes propiedades), pero el obrero sí puede serlo, porque la mayoría de los artesanos se enriquecen. En Tebas había una ley que prohibía participar del poder al que no llevase diez años retirado del comercio, pero en muchos regímenes la ley llega hasta a admitir a los extranjeros; en algunas democracias basta ser hijo de una ciudadana para ser ciudadano, y en el mismo caso están en muchos sitios los hijos ilegítimos. Pero como sólo por falta de ciudadanos legítimos conceden a ésos la ciudadanía (pues usan de tales leyes por escasez de población), cuando la muchedumbre aumenta los van eliminando poco a poco, primero a los hijos de esclavo o esclava, después a los de mujeres ciudadanas, y por último sólo consideran ciudadanos a aquellos cuyos padres lo son ambos.

Esto pone, pues, de manifiesto que hay muchas clases de ciudadanos y que se llama principalmente ciudadano al que participa de los honores; así dice Homero “como un extranjero a quien no se honra”; pues el que no participa de los honores es como un meteco. Cuando esto se hace de un modo encubierto, es con el fin de engañar al resto de la población.

Lo dicho pone en claro si se deben considerar la misma o distintas la

virtud del hombre bueno y la del ciudadano cabal, que en algunas ciudades 1278 b
el hombre bueno y el buen ciudadano coinciden y en otras no, y que este último no es cualquiera, sino el político y que tiene autoridad o puede tenerla, por sí mismo o con otros, en la dirección de los asuntos de la comunidad.

B. Los regímenes o constituciones políticas básicas (Capítulos 6-8)

6. Una vez determinadas estas cuestiones, hemos de considerar después si debemos admitir un sólo régimen o más, y si más, cuáles y cuántos, y qué diferencias hay entre ellos. Una constitución es una ordenación de todas las magistraturas, y especialmente de la suprema, y es supremo en todas partes el gobierno de la ciudad, y ese gobierno es el régimen.[21] Por ejemplo, en las constituciones democráticas es soberano el pueblo, y por el contrario, la minoría en las oligarquías, y así decimos también que su régimen es distinto, y lo mismo argumentaremos respecto de los demás.

Tendremos que determinar primero con qué fin se constituye la ciudad y cuántas son las formas de gobierno relativas al hombre y a la vida en comunidad. En los primeros capítulos, en los que definimos la administración doméstica y la autoridad del amo, hemos dicho entre otras cosas que el hombre es por naturaleza un animal político y, por tanto, aun sin tener ninguna necesidad de auxilio mutuo, los hombres tienden a la convivencia, si bien es verdad que también los une la utilidad común, en la medida en que a cada uno corresponde una parte del bienestar. Este es, efectivamente, el fin principal, tanto de todos en común como aisladamente; pero también se reúnen simplemente para vivir, y constituyen la comunidad política, pues quizá en el mero vivir existe cierta dosis de bondad si no hay en la vida un predominio excesivo de penalidades.[22] Es evidente que la mayoría de los hombres soportan muchos padecimientos por afán de vivir, y parecen encontrar en la vida misma cierta felicidad y dulzura natural.

También es fácil exponer las distintas clases de gobiernos que hemos definido muchas veces en los tratados exotéricos. El gobierno del amo, aunque en verdad la conveniencia del esclavo y del amo por naturaleza es

---

[21] Esta segunda definición de *politeia* es más completa: ordenación de las instituciones gubernativas, en especial del gobierno mismo. Véase más atrás 1275 a y nota 9.

[22] Sobre *zeen*, vivir, y *eu zeen*, bien vivir, véase 1252 b 27-30 y nota 4.

una misma, no deja por eso de ejercerse, sin embargo, según la conveniencia del amo, y sólo accidentalmente según la del esclavo; pues si el esclavo perece no puede subsistir el señorío del amo. El gobierno de los hijos, de la mujer y de toda la casa, que llamamos administración doméstica, o persigue el interés de los gobernados o un interés común a ambas partes, pero esencialmente el de los gobernados, como vemos también en las demás artes, por ejemplo, la medicina y la gimnasia, aun cuando accidentalmente puedan perseguir el interés de los mismos que las ejercen, pues nada impide 1279 a
que el maestro de gimnasia también sea en ocasiones uno de los que hacen gimnasia, lo mismo que el piloto es siempre uno de los navegantes. El maestro de gimnasia o el piloto se proponen el bien de los dirigidos, pero cuando se convierten en uno de éstos, participan accidentalmente de la utilidad, pues entonces el uno se convierte en navegante, y el otro, aun siendo maestro de gimnasia, en uno de los que se ejercitan. Igualmente, cuando se trata del gobierno de la ciudad, siempre que esté constituído a base de la igualdad y semejanza de los ciudadanos, se considera justo que éstos gobiernen por turno, por estimarse justo que sirvan primero turnándose, como es natural, y que después otros atiendan a su interés, lo mismo que antes ellos, al gobernar, miraban por el interés de los otros.[23] Ahora, por las ventajas que se obtienen de los cargos públicos y del ejercicio del poder, los hombres quieren mandar continuamente, como si los gobernantes fuesen enfermizos y sólo disfrutasen de salud mientras están en funciones; ciertamente no perseguirían entonces los cargos con más afán.

Es evidente, pues, que todos los regímenes que se proponen el bien común son rectos desde el punto de vista de la justicia absoluta, y los que sólo tienen en cuenta el de los gobernantes son defectuosos y todos ellos desviaciones de los regímenes rectos, pues son despóticos y la ciudad es una comunidad de hombres libres.

7. Una vez precisadas estas cuestiones, hay que considerar a continuación cuántas y cuáles son las formas de gobierno, y en primer lugar las rectas, ya que después de definir éstas, resultarán claras también sus desviaciones. Puesto que régimen y gobierno significan lo mismo y gobierno es el

[23] En el régimen democrático ateniense las magistraturas políticas y judiciales, en su gran mayoría, eran ocupadas por sorteo y duraban un período corto, con el objeto de producir una amplia votación de los cargos públicos entre los ciudadanos. Como excepción se elegían por voto mayoritario los mandos militares y las judicaturas encargadas de conocer asuntos relacionados con el comercio exterior.

elemento soberano de las ciudades,[24] necesariamente será soberano o un individuo, o la minoría, o la mayoría; cuando el uno o la minoría o la mayoría gobiernan en vista del bien común, esos regímenes serán necesariamente rectos,[25] y aquellos en que se gobierne atendiendo al interés particular del uno, de los pocos o de la masa serán desviaciones; porque, o no se debe llamar ciudadanos a los miembros de una ciudad, o deben participar de sus ventajas.

De los gobiernos unipersonales, solemos llamar monarquía al que mira al interés común; al gobierno de unos pocos, pero más de uno, aristocracia, sea porque gobiernan los mejores (áristoi), o porque se propone lo mejor (áriston) para la ciudad y para los que pertenecen a ella; y cuando es la masa la que gobierna en vista del interés común, el régimen recibe el nombre común a todas las formas de gobierno: república (politeia); y con razón, pues un individuo o unos pocos pueden distinguirse por su excelencia; pero un número mayor es difícil que descuelle en todas las cualidades; en cambio puede poseer extremadamente la virtud guerrera, porque ésta se da en la masa. Por ello, en esta clase de régimen el poder supremo reside en 1279 b
el elemento defensor, y participan de él los que poseen las armas. Las desviaciones de los regímenes mencionados son: la tiranía de la monarquía, la oligarquía de la aristocracia, la democracia de la república. La tiranía es, efectivamente, una monarquía orientada hacia el interés del monarca, la oligarquía busca el de los ricos, y la democracia el interés de los pobres; pero ninguna de ellas busca el provecho de la comunidad.

8. Hay que decir un poco más ampliamente en qué consiste cada uno de estos regímenes. En efecto, la cuestión tiene algunas dificultades, y es propio del que la estudia desde todos los puntos de vista y no mira únicamente a la práctica de no pasar por alto ni dejar de lado ningún aspecto, sino poner en claro la verdad sobre cada uno de ellos.

La tiranía es, como se ha dicho, una monarquía que ejerce un poder despótico sobre la comunidad política; hay oligarquía cuando ejercen sobe-

---

[24] Tercera definición de *politeia*. Se enfatiza el carácter soberano del elemento gobernante (*políteuma*), que es aquel que en último término detenta y ejerce la autoridad. En este sentido *politeuma* designa el principio gobernante, y, en este sentido, el régimen (*politeia*) es el gobierno (*políteuma*). Véase la famosa fórmula *políteuma d'estìn e politeia*, el gobierno (o el elemento gobernante soberano) es el régimen o constitución, en 1276 b11 y nota 21.

[25] Se expresa en este texto el criterio cualitativo para determinar la bondad, legitimidad y legalidad de un régimen político: la realización del bien común (*tò koinòn symphéron*).

ranía en el régimen los que tienen fortuna; y, por el contrario, democracia cuando la ejercen los que no poseen gran cantidad de bienes, sino que son pobres. Una primera dificultad se refiere a la definición. Si ejerciese la soberanía en la ciudad la mayoría, pero ésta fuese rica, y, recíprocamente, si se diera el caso de que los pobres fuesen menos que los ricos y al mismo tiempo ejercieran la soberanía en un régimen, podría parecer que no se han definido bien los regímenes, puesto que hemos dicho que la democracia consiste en la soberanía de la masa, y la oligarquía en la de un número pequeño. Si, por otra parte, se definen los regímenes combinando la prosperidad con la minoría y la pobreza con el gran número, y se llama oligarquía al régimen en que tienen las magistraturas los ricos, que son pocos en número, y democracia aquel en que la tienen los pobres, que son muy numerosos, tropezamos con otra dificultad: pues ¿cómo llamaremos a los regímenes que acabamos de mencionar, a aquel en que los ricos sean más numerosos, y aquel en que haya menos pobres, pero unos y otros sean, respectivamente, soberanos, si no hay ningún otro régimen fuera de los mencionados?

Este razonamiento parece poner de manifiesto que el que sean pocos o muchos los que ejercen la soberanía es un accidente, en el primer caso de las oligarquías, en el segundo, de las democracias, porque en todas partes los ricos son pocos y los pobres muchos (y por esto sucede que las causas citadas no lo son de esa diferencia); lo que constituye la diferencia entre la democracia y la oligarquía es la pobreza y la riqueza, y necesariamente, cuando el poder se ejerce en virtud de la riqueza, ya sean pocos o muchos, 1280 a
se trata de una oligarquía; cuando mandan los pobres, de una democracia; pero acontece, como dijimos, que unos son pocos y otros muchos, pues pocos tienen prosperidad, aunque de la libertad participan todos; y éstas son las causas por las que unos y otros reclaman el poder.

Los regímenes políticos y sus variedades

(Libro IV, capítulos 1-12)

A. El método para clasificar los regímenes políticos

1. En todas las artes y ciencias que no son parciales, sino que abarcan por completo un género de objetos, corresponde a una sola considerar lo referente a cada género; por ejemplo, qué ejercicio conviene a qué cuerpo, cuál es el mejor (pues necesariamente el mejor ejercicio será adecuado para el que tenga mejor naturaleza y esté mejor dotado), y qué ejercicio concreto

conviene a la mayoría (pues también esto es misión de la gimnástica); más aún: si hay alguien que no desea la constitución física ni el conocimiento de que es capaz en lo relativo a la gimnasia, será igualmente misión del maestro de gimnasia y del entrenador proporcionarle la capacidad inferior que desee. Y lo mismo vemos que ocurre con la medicina, la construcción de barcos, la fabricación de vestidos y todas las demás artes.[26]

Es evidente, por tanto, que también cuando se trata del régimen político corresponde a una misma ciencia considerar cuál es el mejor y qué cualidades debería tener para responder mejor a nuestros deseos si no existiera ningún obstáculo exterior, y qué régimen es adecuado a quiénes; porque para muchos es quizá imposible lograr el mejor, de modo que al buen legislador y al verdadero político no se les debe ocultar cuál es el régimen mejor en absoluto ni cuál es el mejor dadas las circunstancias, ni un tercero, el fundado en un supuesto previo, pues también debe poder considerar, en un régimen dado, como se estableció en un principio, y de qué modo, una vez establecido, podría conservarse más tiempo. Me refiero, por ejemplo, a una ciudad que no se gobierne por el régimen mejor, esté desprovista de los recursos necesarios y tampoco tenga el mejor régimen posible dadas sus circunstancias, sino alguno inferior.

Además de todo esto debe conocer el régimen que se adapta mejor a todas las ciudades, pues la mayoría de los que han tratado de política, aunque acierten en lo demás, fallan en lo práctico. En efecto, no hay que

---

[26] Aristóteles hace una analogía entre el arte gimnástico y el estudio de los regímenes políticos o constituciones. En efecto, existen cuatro modalidades de la gimnasia:

1) los mejores ejercicios en sí, o absolutamente;
2) los ejercicios que se adaptan a determinado tipo de cuerpo humano;
3) los ejercicios que se adaptan a la obtención de una determinada destreza física;
4) los ejercicios que mejor se adaptan a la mayoría de los hombres.

De este modo se establece un analogado principal que permite establecer la analogía con los estudios constitucionales:

1) Análisis del mejor régimen en sí.
2) Estudio de la mejor constitución, dada una realidad determinada, o sea, un fundamento real (*hypokeiménon*) que actúa como circunstancia condicionante.
3) Estudio de las constituciones construidas sobre una idea o supuesto previo (*hypothesis*).
4) Análisis de la constitución que conviene a la mayor parte de las ciudades.

considerar exclusivamente el mejor régimen, sino también el posible e igualmente el que es relativamente fácil de alcanzar y adecuado para todas las ciudades. Pero el hecho es que los unos buscan exclusivamente el régimen más elevado, que requiere abundancia de recursos, y los otros, proponiendo alguna forma más común, suprimen los regímenes existentes y alaban el de Lacedemonia o algún otro; y el legislador debería introducir un 1289 a
régimen tal que los ciudadanos pudieran fácilmente ser inducidos a aplicarlo y vivir de acuerdo con él partiendo de los existentes, porque no es menor empresa reformar un régimen que organizarlo desde el principio, como no es menos desaprender que aprender desde el principio. Por eso, además de reunir las condiciones mencionadas, el legislador debe poder remediar las faltas de los regímenes existentes, como se dijo también antes. Esto le será imposible si ignora cuántas formas de régimen hay. Hay quienes piensan que existe una sola democracia y una sola oligarquía, pero esto no es verdad; de modo que al legislador no deben ocultársele cuántas son las variedades de cada régimen y de cuántas maneras pueden componerse. Esta misma prudencia le hará ver también las mejores leyes y las más adecuadas a cada régimen, pues las leyes deben ordenarse, y todos las ordenan, a los regímenes, y no los regímenes a las leyes. Régimen político (*politeia*) es la organización de las magistraturas en las ciudades, cómo se distribuyen, cuál es el elemento soberano y cuál es el fin de la comunidad en cada caso;[27] las leyes, por su parte, son independientes de las características del régimen, y según ellas deben mandar los gobernantes y vigilar a los transgresores. De modo que es evidente que el legislador debe conocer las variedades de cada régimen y su número incluso para establecer las leyes, porque no es posible que las mismas leyes convengan a todas las oligarquías o a todas las democracias, ya que existen varias y no una sola democracia u oligarquía.

2. En la primera investigación sobre las distintas formas de gobierno hemos distinguido tres regímenes justos, la monarquía, la aristocracia y la república, y tres perversiones de los mismos: la tiranía de la monarquía, la oligarquía de la aristocracia, y la democracia de la república; hemos hablado también de la aristocracia y de la monarquía (porque el considerar el régimen mejor equivale a hablar de los regímenes así llamados, pues ambos pretenden estar constituídos sobre la base de la virtud provista de recursos), y hemos determinado además las diferencias entre la aristocracia y la monarquía, y cuándo debe adoptarse la monarquía. Réstanos hablar de la

[27] Cuarta definición de *politeia*.

república (*politeia*), que lleva el nombre común a todos los regímenes, y de los demás; la oligarquía, la democracia y la tiranía.

Es evidente cuál es la peor y cuál la segunda de estas perversiones: necesariamente la peor será la perversión del régimen mejor y más divino; ahora bien, la monarquía, o lo es únicamente de nombre, o se funda necesa- 1289 b
riamente en la gran superioridad del que reina; de modo que la tiranía, siendo la peor perversión, es la más distante de una constitución; en segundo lugar, la oligarquía (pues la aristocracia dista mucho de esta forma de gobierno), y la más moderada es la democracia.

Otro autor anterior[28] ha hecho la misma clasificación, pero su punto de vista es distinto, pues juzga que si todos estos regímenes son buenos, por ejemplo, si es buena la oligarquía y los demás, la democracia es el peor, pero en cambio es el mejor si son malos. Nosotros, por el contrario, afirmamos que estas formas son completamente defectuosas, y que no es exacto decir que una oligarquía es mejor que otra, sino menos mala.

Pero dejemos por ahora esta discusión y distingamos, en primer lugar, cuántas variedades existen de cada régimen, puesto que hay varias formas de democracia y de oligarquía; en segundo lugar, cuál es la más universal y cuál la preferible después del régimen mejor, y en el caso de que exista algún otro régimen aristocrático y bien constituido, pero adecuado para la mayoría de las ciudades, cuál es éste; y en tercer lugar, cuál de los otros es preferible y para quiénes, pues quizá algunos necesitarán más bien una democracia que una oligarquía, y otros más bien ésta que aquélla. Después habrá que considerar cómo deben establecerse estos regímenes, es decir, las distintas formas de democracia y de oligarquía; y finalmente, cuando hayamos estudiado brevemente estos puntos en la medida de lo posible, intentaremos exponer en qué estriban la destrucción y la conservación de los regímenes, tanto en general como de cada uno en particular, y cuáles suelen ser las causas de ello.[29]

[28] Platón, *Político*, 302 c-303 c, sostiene que la oligarquía y la democracia son buenas o malas según que en ellas se gobierne de acuerdo o no con la ley.

[29] El tema de los cambios institucionales y las revoluciones son analizados por Aristóteles en el libro V, Cap. 1 a 12. Los textos que están recogidos en la parte final de esta antología abarcan los capítulos 1 al 4, donde se expone la teoría general.

B. Tipología de los regímenes políticos
Capítulos 3-10

3. La causa de que existan diversos regímenes es que toda ciudad tiene varias partes. En primer lugar, vemos que todas las ciudades están compuestas de familias; después, de esta muchedumbre forzosamente unos son ricos, otros pobres y otros de condición intermedia, y los ricos están armados y los pobres sin armas. Del pueblo, vemos que unos son campesinos, otros comerciantes y otros obreros. Aun entre los ciudadanos distinguidos se establecen diferencias según su riqueza y la magnitud de su hacienda, por ejemplo, por la cría de caballos; esto, en efecto, no pueden hacerlo fácilmente sino los ricos, y por eso en los tiempos antiguos todas las ciudades cuya fuerza consistía en la caballería estaban gobernadas por oligarquías, y utilizaban los caballos en las guerras contra sus vecinos; así los eritreos, los calcidios y los magnesios de las orillas del Meandro, y otros muchos pueblos de Asia. Además de las diferencias fundadas en la riqueza existen las que se fundan en el linaje o en la virtud, o en cualquier otra condición de las que hemos dicho, al hablar de la aristocracia, que constituyen un elemento de la ciudad. Allí explicamos cuántos son los elementos necesarios de toda ciudad. 1290 a

Pues bien, de estas partes, unas veces participan todas en el gobierno y otras un número mayor o menos; es evidente, por tanto, que tiene que haber varios regímenes, diferentes entre sí por su forma, puesto que estas partes suyas tienen también diferentes formas. En efecto, el régimen es una ordenación de las magistraturas, que todos distribuyen según el poder de los que participan de ellas o según alguna igualdad común a todos ellos (quiero decir, por ejemplo, a los pobres o a los ricos o a ambas clases).[30] Por consiguiente, es forzoso que existan tantos regímenes como ordenaciones según las superioridades y las diferencias de las partes.

Sin embargo, parecen existir principalmente dos, y lo mismo que los vientos se llaman vientos del norte y vientos del sur y los otros se consideran como modificaciones de éstos, así también se establecen dos formas de

[30] El texto quiere decir lo siguiente: la constitución es un ordenamiento de las posiciones de poder. Estas posiciones se distribuyen según el criterio establecido por cada régimen. Así, en la oligarquía se privilegia a los ricos, en la democracia a los pobres y en el régimen llamado *politeia* se sigue un principio distributivo de igual libertad, a partir del cual pobres y ricos participan equitativamente de las posiciones y funciones de poder.

gobierno; la democracia y la oligarquía.[31] Pues la aristocracia la clasifican como una forma de la oligarquía por considerarla como una cierta oligarquía, y la llamada república como una democracia, lo mismo que el viento del oeste se considera como una modificación del viento norte y el del este como una modificación del viento sur. Algo semejante ocurre también con las armonías, según dicen algunos. También ahí se establecen dos modos, el dorio y el frigio, y las otras combinaciones se llaman unas dorias y otras frigias. Este es, pues, el punto de vista que suele adoptarse acerca de los regímenes; pero nuestra división es más verdadera y mejor: una o dos formas están bien constituidas, y las otras son desviaciones: en un caso, de la armonía bien combinada; en el otro, del régimen mejor; las formas oligárquicas son las más estridentes y despóticas; las democráticas, las más lánguidas y blandas.

4. No debe considerarse la democracia de un modo absoluto, como algunos suelen hacerlo actualmente, como el régimen en el cual el elemento soberano es la multitud, pues también en las oligarquías y en todas partes ejerce la soberanía el elemento más numeroso; ni tampoco la oligarquía como el régimen en el cual ejercen la soberanía unos pocos. Pues si el número total de ciudadanos fuera de mil trescientos y de éstos mil fueran ricos y no diesen participación en el gobierno a los trescientos pobres pero libres e iguales a ellos en todos los demás respectos, nadie diría que su gobierno era democrático; y análogamente, si hubiera unos pocos pobres, pero más fuertes que los más numerosos ricos, nadie llamaría a tal régimen una oligarquía si los ricos no participaban de los honores. Debe decirse más bien que hay democracia cuando son los libres los que tienen la soberanía, y oligarquía cuando la tienen los ricos; pero da la coincidiencia de que los 1290 b primeros constituyen la mayoría y los segundos son pocos, pues libres son muchos, pero ricos pocos.[32] Y si las magistraturas se distribuyeran según la estatura, como dicen algunos que se hace en Etiopía, o según la belleza, el régimen sería oligárquico, pues el número de los ciudadanos hermosos y de gran estatura es reducido. Pero no bastan estas notas para distinguir estos regímenes; puesto que tanto en una democracia como en una oligarquía hay varios elementos, hemos de proseguir nuestro análisis diciendo que ni los

[31] Hay dos formas muy difundidas de régimen político: el régimen popular y el oligárquico.

[32] Definiciones de democracia y oligarquía. En ambos regímenes los ciudadanos son los individuos varones libres, pero en el primero son mayoría (*pléthos*) los pobres y ellos tienen mayor gravitación en la Asamblea; en cambio, con el segundo, el poder está radicado en la minoría de los ricos.

libres constituyen una democracia si son pocos y ejercen el poder sobre un número mayor de hombres no libres (como en Apolonia del mar Jónico y en Tera, donde tenían los honores los que se distinguían por su nobleza y habían sido los primeros colonos, que eran poco numerosos y ejercían la soberanía sobre muchos); ni los ricos constituyen una oligarquía si ejercen el poder en virtud de su número, como antiguamente en Colofón (donde la mayoría de los ciudadanos poseían grandes haciendas antes de la guerra contra los lidios), sino que el régimen es una democracia cuando los libres y pobres, siendo los más, ejercen la soberanía, y una oligarquía cuando la ejercen los ricos y nobles, siendo pocos.

Hemos dicho que hay diversos regímenes, y por qué causa. Digamos ahora por qué son más de los mencionados, y cuáles, y por qué razón, tomando como principio el antes enunciado. Hemos convenido en que toda ciudad tiene no una, sino varias partes. Si nos propusiéramos establecer las clases de animales definiríamos primero las partes que necesariamente ha de tener todo animal, por ejemplo, algunos órganos de sensación, otros para recibir y digerir el alimento, como la boca y el vientre, y además las partes con que cada uno de ellos se mueve; dando por sentado que sólo fueran éstas, existirían diferencias dentro de cada una de ellas, por ejemplo, habría varias clases de boca, de vientre y de órganos de sensación, así como de partes motoras, y el número de las posibles combinaciones daría lugar necesariamente a varias clases de animales (pues no es posible que el mismo animal tenga varias bocas diferentes, ni orejas), de suerte que una vez recogidas todas las combinaciones posibles, constituirían las distintas clases de animales, y tantas clases de animales como combinaciones de las partes necesarias existieran.

Lo mismo ocurre con los regímenes mencionados; también las ciudades constan, no de una sino de muchas partes, como hemos dicho muchas veces. Una está constituída por la muchedumbre de ciudadanos dedicados a la alimentación: los llamados campesinos; la segunda por los llamados obreros (ésta es la dedicada a los oficios sin los cuales la ciudad no puede 1291 a
administrarse; de estos oficios unos tienen que existir necesariamente y otros son de lujo o para el bienestar); una tercera es la de los mercaderes (quiero decir los que se dedican a comprar y vender y al comercio al por mayor y menor); la cuarta es la de los braceros; la quinta, la de los defensores, que no es menos necesaria que las otras si la ciudad no quiere ser reducida a la esclavitud por los que la ataquen, y ¿no sería imposible que mereciera llamarse ciudad la que fuera por naturaleza esclava? Pues la ciudad se basta a sí misma, y el esclavo no se basta a sí mismo. Por eso esta cuestión, si bien está tratada en la *República* con ingenio, no lo está de un

modo suficiente.[33] Sócrates afirma que la ciudad consta de cuatro elementos absolutamente necesarios, y dice que éstos son un tejedor, un labrador, un zapatero y un albañil; después, considerando que éstos no se bastan, añade un herrero, los pastores que se requieran para el ganado necesario y además un comerciante al por mayor y otro al por menor; y esto constituye para él la plenitud de la ciudad primaria, como si toda ciudad se constituyera en vista de las necesidades de la vida, y no preferentemente por causa del bien, y necesitara por igual de zapateros y campesinos. El elemento defensor no lo concede hasta que la ciudad ha acrecentado su territorio y, al echar mano al del vecino, se ve reducida a la guerra. Sin embargo, aun entre los cuatro elementos, o cualquiera que sea su número, que participan del gobierno tiene que haber necesariamente alguno que haga justicia y juzgue, y lo mismo que el alma debe considerarse por parte del animal más que el cuerpo, también debe considerarse que partes tales como la clase guerrera, la que desempeña la administración de justicia y la deliberativa, que es obra de la prudencia política, pertenecen más a la ciudad que las ordenadas a la satisfacción de las necesidades. Y nada importa para nuestro razonamiento que estas funciones estén a cargo de clases separadas o de las mismas, pues ocurre con frecuencia que los que llevan las armas y los que trabajan la tierra son los mismos. De suerte que si unas y otras han de considerarse partes de la ciudad, es evidente que el elemento armado es necesariamente una parte de la ciudad. Una séptima clase es la de los que sirven a la ciudad con su patrimonio, la que llamamos los ricos; la octava es la que sirve en los servicios públicos y las magistraturas, puesto que sin magistrados no puede existir la ciudad. Tiene que haber, por tanto, algunos ciudadanos capaces de ejercer las magistraturas y desempeñar los servicios públicos, de un modo permanente o por turno. Quedan las clases que acabamos de definir: la deliberativa y la que juzga en caso de litigio. Si la ciudad, pues, tiene que contar con todos estos elementos y todos han de desempeñar sus funciones bien y justamente, tendrá que haber algunos ciudadanos que participen de la 1291 b
virtud de los políticos. Muchos opinan que las demás capacidades pueden darse en los mismos ciudadanos, por ejemplo, que los mismos pueden ser a la vez guerreros, campesinos y artesanos, o también los que ejercen las funciones deliberativa judicial: todos pretenden tener la virtud necesaria y creen ser capaces de desempeñar la mayoría de las magistraturas; pero es imposible que los mismos ciudadanos sean a la vez pobres y ricos. Por eso éstos parecen constituir principalmente las partes de la ciudad: los ricos y los pobres. Además, como generalmente los ricos son pocos y los pobres

[33] *República*, II, 369 b -371 e.

muchos, estas partes de la ciudad aparecen como contrarias, de modo que la preponderancia de una u otra constituye los regímenes, y éstos parecen ser dos: la democracia y la oligarquía.

Ya hemos dicho que hay diversos regímenes y por qué causa. Digamos ahora que también hay varias clases de democracia y de oligarquía. También esto resulta evidente por lo que hemos dicho, pues hay varias clases dentro del pueblo y de los ciudadanos distinguidos. Así, entre las del pueblo una es la de los campesinos, otra la que se dedica a los oficios, otra la de los mercaderes, dedicados a la compra y a la venta, otra la de los marinos, y, dentro de ella, los marinos de guerra, los mercantes, los piratas, los pescadores. (En muchos lugares cada una de estas clases comprende una gran masa de población, como los pescadores en Tarento y Bizancio, los tripulantes de trirremes en Atenas, los mercantes en Egina y Quíos, los piratas en Tenedos.) Además de estas clases existe la de los jornaleros y la de aquellos que tienen una hacienda tan pequeña que no les permite ningún ocio, y la de los libres cuyos padres no son ambos ciudadanos, y quizá otras. Entre los ciudadanos distinguidos se dan diferencias según su riqueza, nobleza, virtud, educación y otras condiciones análogas. La primera forma de democracia[34] es la que se funda principalmente en la igualdad. Y la ley de tal democracia entiende por igualdad que no sean más en nada los pobres

[34] En este parágrafo se expone una tipología de los regímenes democráticos, que se repite parcialmente en el capítulo 6. Estas se exponen aquí en forma comparativa:

Capítulo 4	**Capítulo 6**
1. Democracia fundada en la igualdad completa de ricos y pobres. (125 1b-30-39.)	
2. Democracia censitaria (con requisitos moderados de bienes). (1291 b 39-41.)	1. Democracia censitaria moderada. (1292 b 32-39.)
3. Democracia basada en pertenencia estricta al linaje de los libres, como requisito para acceder a la ciudadanía. Supremacía de la ley. (1292 a 1-2.)	
4. Democracia abierta a todos los los ciudadanos. Supremacía de la ley.	2. Democracia abierta a todos. Supremacía de la ley. (1292 b 39-41.)
5. Democracia extrema, donde la mayoría se impone arbitrariamente sobre la minoría. No hay bien común, ni régime legal. (1292 a 4-37.)	3. Democracia extrema: gobierno de las masas y ausencia de la ley. (1292 b 41-1293 a10.)

que los ricos, ni dominen los unos sobre los otros, sino que ambas clases sean semejantes. Pues si la libertad, como suponen algunos, se da principalmente en la democracia, y la igualdad también, esto podrá realizarse mejor si todos participan del gobierno por igual y en la mayor medida posible. Y como el pueblo constituye el mayor número y prevalece la decisión del pueblo, este régimen es forzosamente una democracia. Esta es, pues, una forma de la democracia. Otra es aquella en que las magistraturas se fundan en las categorías tributarias, pero siendo bajo el nivel de éstas, el que posee algún patrimonio puede participar en el gobierno, y el que lo ha perdido no. Otra forma es aquella en la cual todos los ciudadanos no descalificados participan del gobierno, pero la soberanía corresponde a la ley. Otra, aquella 1292 a
en que todos participan de las magistraturas, con la única condición de ser ciudadanos, pero el poder supremo corresponde a la ley. Otra coincide en todo con ésta, excepto que el soberano es el pueblo y no la ley: esto tiene lugar cuando tienen la supremacía los decretos y no la ley. Y ocurre esto por causa de los demagogos, sino que son los mejores ciudadanos los que tienen la preeminencia, pero donde las leyes no tienen la supremacía surgen los demagogos. Pues el pueblo se convierte en monarca, constituyendo uno con muchos, porque los muchos tienen el poder no como individuos, sino en conjunto. Homero dice que no es bueno el gobierno de muchos, pero no está claro a qué gobierno de muchos se refiere, si a éste o al gobierno de muchos individuos. Un pueblo así, como monarca, trata de ejercer el poder monárquico no obedeciendo a la ley, y se convierte en un déspota, de modo que los aduladores son honrados y esta clase de democracia es, respecto a las demás, lo que la tiranía entre las monarquías. Por eso el espíritu de ambos regímenes es el mismo, y ambos ejercen un poder despótico sobre los mejores, los decretos del pueblo son como los edictos del tirano, y el demagogo y el adulador son una y la misma cosa; unos y otros son los más poderosos en sus regímenes respectivos, los aduladores con los tiranos, y los demagogos con los pueblos de esa condición. Ellos son los responsables de que los decretos prevalezcan sobre las leyes, trayendo todos los asuntos al pueblo; pues deben su importancia al hecho de que todo está al arbitrio del pueblo y la opinión popular lo está al suyo, porque el pueblo los obedece. Además, los que tienen alguna queja contra los magistrados dicen que el pueblo debe juzgar la cuestión, y el pueblo acepta la invitación complacido, de modo que todas las magistraturas se disuelven. Podría parecer justa la objeción del que dijera que tal régimen será una democracia, pero no una república, porque donde las leyes no tienen autoridad no hay república. La ley debe estar por encima de todo, y los magistrados y la república deben decidir únicamente de los casos particulares. De suerte que

si la democracia es una de las formas de gobierno, una organización tal que en ella todo se hace por medio de decretos no es tampoco una verdadera democracia, pues ningun decreto puede ser universal. Queden, pues, así definidas las formas de la democracia.

5. En cuanto a las formas de oligarquía,[35] una hace depender las magistraturas de la propiedad, y ésta tal que los pobres no participan de aquéllas aunque sean más numerosos, pero si adquieren una propiedad pueden participar del gobierno. Otra es aquella en que las magistraturas se 1292 b
fundan en las grandes propiedades, y los mismos propietarios eligen a los magistrados (cuando los eligen entre todos ellos el régimen parece ser más bien aristocrático, y cuando los eligen entre algunos determinados, oligárquico). Otra forma de oligarquía es aquella en que el hijo sucede al padre en las magistraturas. Una cuarta cuando se da la condición últimamente mencionada y el poder no reside en la ley, sino en los gobernantes. Esta es el equivalente, entre las oligarquías, de la tiranía entre las monarquías, y de la última forma de democracia de que hemos hablado, entre las democracias. Tal género de oligarquía recibe el nombre de dinastía.

Todas éstas son, pues, las formas de la oligarquía y de la democracia. No debe ocultarse que muchas veces el régimen legal no es democrático,

---

[35] Tipología de los regímenes oligárquicos, que se repiten en el capítulo 6. Estas se exponen en paralelo:

Capítulo 5	**Capítulo 6**
1. Oligarquía fundada en un censo elevado. (1292 a 39-41.)	1. Oligarquía moderada. Muchos ricos y fortuna intermedia. Supremacía de la ley. (1293 a 12-20.)
2. Oligarquía con censo elevado y elección de autoridades por cooptación. (1292 a 41-1292 b 4.)	2. Oligarquía de pequeña minoría. Ricos con grandes fortunas. Participación restringida de los no-ricos. Supremacía de la ley orientada por la minoría. (1293 a 21-26.)
3. Oligarquía con cargos de autoridad hereditarios. (1292 b 4-5.)	3. Oligarquía de pequeñas minorías de ricos con grandes fortunas. No hay participación fuera de ese círculo y las posiciones de poder son hereditarias. (1293 a 26-30.)
4. Oligarquía con cargos hereditarios y ausencia de ley. (1292 b 5-10.)	4. Oligarquía de ultra minoría con fortunas gigantescas No hay imperio de la ley. (1293 a 30-34.)

pero las costumbres y la formación hacen que se gobierne democráticamente, y a la inversa, en otros casos el régimen legal es democrático, pero por las costumbres y la formación se administra más bien como una oligarquía. Esto ocurre principalmente después de los cambios de régimen, porque los ciudadanos no cambian inmediatamente, sino que se contenta al principio con pequeñas exigencias recíprocas, de modo que las leyes siguen siendo las antes existentes, pero ejercen el poder los que han hecho la revolución.

6. Que hay todas estas formas de democracia y de oligarquía resulta evidente por lo que hemos dicho, pues necesariamente todas las partes mencionadas del pueblo participarán en el gobierno, o unas sí y otras no. Cuando los campesinos y los que poseen un patrimonio moderado tienen la soberanía del régimen, se gobiernan de acuerdo con las leyes, porque, por tener que vivir de su trabajo, no pueden disponer de ocio,[36] y así establecen la autoridad de la ley y sólo se reúnen en asamblea cuando es necesario; los demás ciudadanos podrán participar en el gobierno cuando adquieran la propiedad fijada por las leyes. El que de un modo absoluto no sea lícito a todos participar en el gobierno es propio de la oligarquía, y el que sea lícito a todos participar en él es propio de la democracia; por eso pueden participar en el gobierno todos los que han adquirido una propiedad, pero les es imposible disponer de tiempo libre por no tener ingresos. Esta es, pues, una de las formas de la democracia y por estas causas. Una segunda forma es aquella a que da lugar la diferencia inmediata: en ella pueden participar del gobierno todos los de linaje intachable, pero de hecho participan de él los que disponen de tiempo libre. Por eso en una democracia de esta clase el poder supremo reside en las leyes porque no hay holgura económica. La tercera forma es aquella en que se permite participar en el gobierno a todos los ciudadanos libres, pero no participan por la causa ya mencionada, de modo que también en ella el poder supremo reside necesariamente en la ley. La cuarta forma de democracia es la que cronológicamente ha aparecido la 1293 a
última en las ciudades. Por haberse hecho las ciudades mucho mayores de lo que fueron en un principio y disponer de ingresos en abundancia, todos tienen parte en el gobierno a causa de la superioridad numérica de la multitud, y participan en él y en la administración incluso los pobres, que disponen de tiempo libre porque reciben un salario. Una multitud de esta clase es incluso la que de más ocio dispone, porque no se ve embarazada lo más mínimo por el cuidado de sus intereses privados, como los ricos que, a

[36] El patrimonio moderado de la gente común o del pueblo los obliga a trabajar, no tienen el ocio necesario para atender los asuntos públicos.

causa de esto, muchas veces no toman parte en la asamblea ni en la administración de justicia. Esto hace que el elemento soberano en este régimen sea la multitud de los pobres, y no la ley.[37]

Tantas y tales son, pues, las formas de la democracia, y por las necesidades indicadas. En cuanto a las de la oligarquía, la primera es aquella en que la mayoría de los ciudadanos tiene propiedad, pero relativamente pequeña y no demasiada; se confiere al propietario el derecho de participar en el gobierno, y por ser grande el número de los que en él participan, la soberanía recae necesariamente no sobre los hombres, sino sobre la ley, pues a medida que se alejan de la monarquía y no tienen la propiedad suficiente para disponer de su tiempo sin otras preocupaciones, ni tan poca como para que los mantenga la ciudad, hemos de pensar que es la ley la que ejerce el poder y no ellos mismos. Si los que tienen la propiedad son menos que en el caso anterior, pero la propiedad es mayor, tenemos una segunda forma de oligarquía, pues teniendo más fuerza, se creen con derecho a dominar; y así ellos mismos eligen entre los demás los que han de entrar en el gobierno, pero no siendo aún tan fuertes como para ejercer el poder sin la ley, promulgan la ley en estos términos. Si se fuerza más aún la situación por ser menos los propietarios pero mayores las propiedades, se produce el tercer estadio de la oligarquía, en que ellos mismos se confieren las magistraturas y la ley ordena que los que van muriendo sean sucedidos por sus hijos. Cuando llevan esta situación aún más lejos con sus propiedades y numerosas amistades, una dinastía semejante está cerca de la monarquía, y ejercen la soberanía los hombres y no la ley. Esta es la cuarta forma de la oligarquía, que corresponde a la última de la democracia.[38]

7. Hay aún dos regímenes además de la democracia y la oligarquía; uno de ellos es reconocido y considerado por todos como una de las cuatro formas de gobierno, que se denominan monarquía, oligarquía, democracia y, en cuarto lugar, la llamada aristocracia; una quinta forma es la que se denomina con el nombre común de todas ellas (ya que se llama *politeia*),[39] pero por no encontrarse con frecuencia, pasa inadvertida a los que se proponen enumerar las clases de régimen, los cuales mencionan únicamente las cuatro primeras, como Platón en la *República*. El nombre de aristocracia 1293 b
puede aplicarse legítimamente al régimen que hemos estudiado en los pri-

[37] Esta es la peor forma de democracia.

[38] Esta es la peor forma de oligarquía.

[39] En los capítulos 7 a y 9 se analizan variedades de aristocracia y *politeia* (régimen mixto).

meros libros (pues el régimen constituído por los mejores en virtud, hablando en términos absolutos, y no por hombres buenos según un supuesto determinado es el único que en justicia puede denominarse aristocracia, ya que sólo en él la misma persona en absoluto es a la vez hombre bueno y buen ciudadano, mientras que en los demás los ciudadanos son buenos sólo desde el punto de vista de su propio régimen). Sin embargo, hay algunos regímenes que presentan algunas diferencias tanto respecto de las oligarquías como respecto de la llamada república, y que se llaman aristocracias, puesto que en ellos las magistraturas se eligen no sólo de acuerdo con la riqueza, sino también con la virtud. Tal régimen difiere de los dos mencionados y se llama aristocrático y, en efecto, en los regímenes que no se cuidan públicamente de la virtud hay, sin embargo, quienes son estimados y tenidos por hombres de bien. Así, cuando el régimen tiene en cuenta la riqueza, la virtud y el número, como en Cartago, es aristocrático, y lo es también cuando sólo tiene en cuenta dos de esas condiciones, la virtud y el número, y es una mezcla de las dos, de democracia y virtud. Estas dos formas hay, pues, de aristocracia además de la primera —el régimen mejor—, y una tercera es la de las llamadas repúblicas que tienden más bien a la oligarquía.

8. Réstanos hablar de la denominada república (*politeia*) y de la tiranía. Colocamos a la república (*politeia*) en este orden, no siendo una desviación, como tampoco las aristocracias que acabamos de mencionar, porque en realidad todas ellas yerran respecto del régimen mejor, y en consecuencia se enumeran con las desviaciones, que son en rigor desviaciones de ellas, como dijimos al principio. Es lógico mencionar a la tiranía en último lugar porque de todas las formas es la que menos puede llamarse una constitución, y nosotros estamos tratando de las constituciones. Queda dicho, pues, por qué causa seguimos este orden. Ahora tenemos que considerar la república. Su naturaleza resulta más clara una vez definidas la oligarquía y la democracia, pues la república es, en términos generales, una mezcla de oligarquía y democracia: las que se inclinan a la democracia suelen llamarse repúblicas, y las que tienden más bien a la oligarquía, aristocracias, porque la educación y la nobleza suelen acompañar de preferencia a los más ricos. Además, los ricos parecen tener aquello cuya carencia hace que los delincuentes delincan; por eso los llamamos selectos y distinguidos; y lo mismo que la aristocracia concede la supremacía a los mejores ciudadanos, también se dice que las oligarquías están constituídas principalmente por los selectos.

Parece imposible que esté bien ordenada una ciudad que no esté 1294 a

gobernada por los mejores sino por los malos, y lo es igualmente que esté gobernada por los mejores una ciudad mal ordenada. Pero una buena legislación no consiste en que las leyes estén bien establecidas y no se las obedezca. Por tanto, se ha de considerar que la buena legislación tiene dos aspectos: uno, la obediencia a las leyes establecidas, y otro, que las leyes a que se obedece sean buenas (pues puede darse el caso de que se obedezca a leyes malas). Y aquí hay dos posibilidades: las leyes pueden ser las mejores posibles para ellos o las mejores en absoluto.

La aristocracia parece consistir especialmente en la distribución de los honores de acuerdo con la virtud, pues el principio de la aristocracia es la virtud, el de la oligarquía la riqueza y el de la democracia la libertad. La opinión de la mayoría prevalece en todas ellas, ya que tanto en una oligarquía, como en una aristocracia, como en la democracia, tiene fuerza de ley lo que opina la mayor parte de los que participan del gobierno. En la mayoría de las ciudades existe la forma llamada república (*politeia*): la mezcla alcanza únicamente a ricos y pobres, riqueza y libertad, ya que en la mayoría de los casos los ricos parecen llenar el lugar de los selectos. Pero como son tres los elementos que se disputan la igualdad en la ciudad —la libertad, la riqueza y la virtud—(porque la cuarta, llamada nobleza, acompaña a las dos últimas, pues la nobleza es riqueza y virtud antiguas), es evidente que la mezcla de dos de estos elementos, de ricos y pobres, debe llamarse república (*politeia*), y la de los tres, aristocracia en más alto grado que todas las demás, excepto la verdadera y primera. Queda dicho, pues, que hay otras formas de gobierno junto a la monarquía, la democracia y la oligarquía, y cuáles son, y en qué difieren unas de otras las aristocracias, y las repúblicas de la aristocracia, y es evidente que las dos formas últimamente citadas no están lejos una de otra.

9. Digamos a continuación de qué manera surge, junto a la democracia y la oligarquía, la llamada república (*politeia*), y cómo se la debe establecer.[40] La cuestión se aclarará inmediatamente si se definen la democracia y la oligarquía, pues hay que hacerse cargo de la diferencia entre ellas y después tomar, por decirlo así, una característica de cada una y combinarlas. Hay tres modos de hacer esta combinación y mezcla: tomar lo que una y otra disponen en sus leyes, por ejemplo, en la administración de justicia: en las oligarquías se impone una multa a los ricos si no la ejercen; en las democracias se paga un salario a los pobres y no se impone multa alguna a

[40] El régimen político denominado *politeia* es estudiado en este capítulo como una forma mixta de democracia y oligarquía.

los ricos; un término medio común consistirá en hacer las dos cosas, y será propio de una república, puesto que es una mezcla de ambas. Este es un modo de combinación. Otro consiste en tomar el término medio de lo que unos y otros disponen. Por ejemplo, las democracias no exigen propiedad 1294 b alguna, o muy pequeña, para participar en la asamblea; las oligarquías exigen una gran propiedad. El término común no será ni uno ni otro, sino el medio entre ambas propiedades. El tercer modo es una combinación de las dos instituciones, parte de la oligárquica y parte de la democrática. Por ejemplo, parece propio de la democracia el que las magistraturas se distribuyan por sorteo, y propio de la oligarquía que sean electivas; propio de la democracia, que no se basen en la propiedad, y de la oligarquía, que se basen en ella; por tanto, lo propio de una aristocracia y de una república será tomar un elemento de cada régimen: de la oligarquía, el que las magistraturas se provean por elección; de la democracia, el que no se basen en la propiedad.

Tales son los distintos modos de mezcla. La democracia y la oligarquía están bien mezcladas cuando el mismo régimen puede ser llamado democracia y oligarquía; es evidente que esto ocurre por estar bien mezcladas; lo mismo ocurre en el término medio, en que aparecen los dos extremos. Esto es lo que sucede con el régimen de los lacedemonios. Muchos pretenden decir que es una democracia, porque su ordenación tiene muchos rasgos democráticos; por ejemplo, en primer lugar, la educación de los niños; los de los ricos se educan igual que los de los pobres, y de tal manera, que los niños de los pobres pueden educarse como ellos, y lo mismo en la edad inmediata y cuando se hacen hombres, no hay distinción ninguna entre el rico y el pobre. Así el alimento es el mismo para todos en las mesas comunes, y el vestido de los ricos es tal como se lo puede procurar cualquier pobre. Es también democrático porque de las dos magistraturas más importantes, una la elige el pueblo y de la otra participa: eligen a los gerontes y participan del eforado. Otros lo llaman oligarquía por tener muchos rasgos oligárquicos; por ejemplo, que todas las magistraturas sean electivas y ninguna se sortee, que unos pocos tengan poder para imponer la pena de muerte o de destierro y otros muchos semejantes.

Una república (*politeia*) bien mezclada debe parecer ser a la vez ambos regímenes y ninguno, y conservarse por sí misma y no por el exterior, y por sí misma no porque sean mayoría los que quieren ese régimen (pues esa condición podría darse en un régimen malo), sino por no querer otro régimen ninguna de las partes de la ciudad en absoluto. Queda dicho ahora de qué modo debe establecerse la república e igualmente las llamadas aristocracias.

10. Nos falta hablar en último lugar de la tiranía,[41] no porque haya mucho que decir sobre ella, sino para que reciba la parte que le corresponde de nuestra investigación, puesto que la consideramos como una parte de los regímenes. Acerca de la monarquía, determinamos en los primeros libros, al tratar especialmente de ella, si es inconveniente o conviene a las ciudades, qué clase de monarquía y con qué elementos debe establecerse, y cómo; y al tratar de la monarquía distinguimos dos clases de tiranía, porque su naturaleza coincide en parte con la de la monarquía, ya que son conformes a la ley estos dos poderes: los monarcas absolutos que eligen algunos bárbaros, y algunos monarcas de la misma clase que hubo antiguamente entre los primitivos helenos, y a los que éstos daban el nombre de *aisymnetas*. Estas monarquías tienen entre sí algunas diferencias, pero eran ambas regias por ser legales y ejercerse con el asentimiento de los súbditos, y tiránicas por ejercer el poder despóticamente y al arbitrio del monarca. Y hay una tercera forma de tiranía, que es la que más propiamente parece serlo, por corresponder a la monarquía absoluta. Es necesariamente una tiranía de esta clase la monarquía que ejerce el poder de un modo irresponsable sobre todos, iguales o superiores, en vista de su propio interés y no del de los súbditos; por tanto, contra la voluntad de éstos, porque ningún libre soporta de grado un poder de esta naturaleza. Estas son, pues, y en este número las formas de tiranía, y por las causas mencionadas. 1295 a

C. El mejor régimen político: La constitución media (Capítulo 11)

11. Consideraremos ahora cuál es la mejor forma de gobierno y cuál es la mejor clase de vida para la mayoría de las ciudades y para la mayoría de los hombres, sin asumir un nivel de virtud que esté por encima de personas ordinarias, ni una educación que requiera condiciones afortunadas de naturaleza y recursos, ni un régimen a medida de todos los deseos, sino una clase de vida tal que pueda participar de ella la mayoría de los hombres y un régimen que esté al alcance de la mayoría de las ciudades. Porque las llamadas aristocracias, de que acabamos de hablar, unas caen fuera de las posibilidades de la mayoría de las ciudades y otras son próximas a la llamada república (*politeia*), y por ello debe hablarse de ambas como de una sola. La decisión sobre todas estas cuestiones se funda en los mismos

[41] La tiranía, según Aristóteles, es el peor de todos los regímenes. Este capítulo está dedicado a su análisis.

principios elementales. En efecto, si se ha dicho con razón en la *Etica* que la vida feliz es la vida sin impedimento de acuerdo con la virtud, y que la virtud consiste en un término medio, necesariamente la vida media será la mejor, por estar el término medio al alcance de la mayoría.[42] Y estos mismos criterios serán necesariamente los de la virtud o maldad de la ciudad y del régimen, porque el régimen es la forma de vida de la ciudad. 1295 b

Ahora bien, en toda ciudad hay tres elementos: los muy ricos, los muy pobres y, en tercer lugar, los intermedios entre unos y otros; y puesto que hemos convenido en que lo moderado y lo intermedio es lo mejor, es evidente que también cuanto se trata de la posesión de los bienes de la fortuna la intermedia es la mejor de todas, porque es la que más fácilmente obedece a la razón. Los que son demasiado hermosos, fuertes, nobles, ricos, o por el contrario, los demasiado pobres, débiles o despreciados, difícilmente se dejan guiar por la razón, pues los primeros se vuelven soberbios y grandes malvados, y los segundos malhechores y capaces de pequeñas maldades, y de los delitos unos se cometen por soberbia y otros por maldad. Además la clase media ni apetece demasiado los cargos ni los rehúye, y ambas cosas son perjudiciales para las ciudades. Por otra parte, los que están provistos en exceso de los bienes de la fortuna, fuerza, riqueza, amigos y otros semejantes no quieren ni saben ser mandados, y esto les ocurre ya en casa de sus padres siendo niños, pues a causa del lujo en que viven, ni siquiera en la escuela están acostumbrados a obedecer, mientras los que viven en una indigencia excesiva están degradados; de modo que los unos no saben mandar, sino sólo obedecer a una autoridad propia de esclavos, y los otros no saben obedecer a ninguna clase de autoridad, sino sólo ejercer ellos una autoridad despótica; la consecuencia es una ciudad de esclavos y de amos, pero no de hombres libres, y una ciudad donde los unos envidian y los otros desprecian, lo cual está muy lejos de la amistad y la comunidad política. Porque la comunidad implica la amistad: los enemigos no quieren compartir ni siquiera un camino. La ciudad debe estar constituída de elementos iguales y semejantes en el mayor grado posible, y esta condición se da especialmente en los elementos medios de modo que una ciudad así será necesariamente la mejor gobernada por lo que se refiere a los elementos de

[42] En la *Etica a Nicómaco*, II, 5, 1106 a 26 y siguientes, Aristóteles desarrolla la teoría de la virtud, como la perfección de los actos, que consiste en desarrollar, a la luz de la razón práctica, el hábito de escoger permanentemente para cada acción el justo medio entre un exceso y un defecto. En esto consistiría la perfección de la vida práctica. La idea de *mésotes*, medianía, se aplica a la vida humana bajo la forma de vida media o *mése bíos*, y también como se explica en este capítulo, a la vida constitucional, pues existe a la vez un régimen medio, o *mese politeia.*

que hemos dicho que se compone. Además, los ciudadanos medios son los más estables en las ciudades, porque ni codician lo ajeno como los pobres, ni otros desean lo suyo, como los pobres lo que tienen los ricos, y al no ser objeto de conspiraciones ni conspirar, viven en seguridad. Por eso era acertado el deseo de Focílides: "muchas cosas son mejores para los de en medio; quiero tener una posición media en la ciudad".

Queda claro, pues, que también la mejor comunidad política es la constituída por el elemento intermedio, y que están bien gobernadas las ciudades en las cuales este elemento es muy numeroso y más fuerte que los otros dos juntos, o por lo menos que cada uno de ellos, pues su adición produce el equilibrio e impide los excesos contrarios. Por eso es una gran fortuna que los ciudadanos tengan una hacienda mediana y suficiente, porque donde unos poseen demasiado y otros nada, surge o la democracia 1296 a
extrema o la oligarquía pura o la tiranía, por exceso de una o de otra, porque la tiranía nace tanto de la democracia más desatada como de la oligarquía, pero con mucha menos frecuencia de los regímenes intermedios y de los próximos a ellos. La causa la expondré más adelante al tratar de las revoluciones. Que el régimen intermedio es el mejor, es evidente, puesto que es el único libre de sediciones. En efecto, donde el elemento intermedio es numeroso es donde menos sediciones y disensiones civiles se producen, y las grandes ciudades están más libres de sediciones por la misma razón, porque la clase media es numerosa; en cambio, en las pequeñas es fácil que se dividan entre los dos extremos sin dejar ningún término medio, y casi todos son o pobres o ricos. Las democracias son también más firmes y duraderas que las oligarquías por las clases medias, que son más numerosas y participan más de los honores en las democracias que en las oligarquías, pues cuando aquéllas faltan y los pobres alcanzan un número excesivo, surgen los fracasos y pronto desaparecen. Debe considerarse como prueba de esto el hecho de que los mejores legisladores han sido ciudadanos medios. Solón (como lo pone de manifiesto su poesía), Licurgo (pues no fue rey), y Carondas, y la mayoría de los otros son ejemplos.

De aquí resulta también clara la razón de que la mayoría de los regímenes sean democráticos o bien oligárquicos; por ser generalmente poco numeroso en ellos el elemento intermedio, cualquiera de los dos extremos que predomine, sea el de los acaudalados o el del pueblo, desplaza al medio y lleva por sí solo el gobierno, con lo que surge o una democracia o una oligarquía. Además, como se producen disensiones y luchas entre el pueblo y los ricos, aquéllos que más dominan y sus contrarios no establecen un régimen común ni igual para todos, sino que consideran como el premio de su victoria su propio predominio en el gobierno, y unos establecen una

democracia y otros una oligarquía. Por otra parte, los que tuvieron la hegemonía en la Hélade, mirando sólo a su propio régimen, establecieron en las ciudades unos democracias y otros oligarquías, sin tener en cuenta la conveniencia de esas ciudades, sino la suya propia. De modo que, por estas causas, el régimen intermedio no ha existido nunca, o pocas veces y en pocas ciudades. Un solo hombre de los que en tiempos pasados obtuvieron el mando accedió a implantar ese régimen; pero en las ciudades se ha hecho ya costumbre que los ciudadanos no se interesen siquiera por la igualdad, sino procuren ejercer el poder o se sometan si son vencidos. 1296 b

Resulta claro con estas consideraciones cuál es el régimen mejor y por qué causa. De los demás regímenes (puesto que hemos dicho que existen varias clases de democracia y varias clases de oligarquía) no es difícil ver cuál se ha de considerar el primero, el segundo o el inmediato por su superioridad o inferioridad, una vez definido el régimen mejor. Forzosamente será mejor el que más se aproxime a éste, y peor el que diste más del régimen intermedio, a no ser que se juzgue en vista de ciertas circunstancias; digo en vista de ciertas circunstancias, porque con frecuencia, aun siendo preferible un régimen, nada impide que a algunos les convenga más otro régimen.

El mejor régimen y la felicidad

(Libro VII, capítulos 1-3)

1. El que se proponga hacer un estudio adecuado del régimen mejor 1323 a 14
tendrá que definir primero necesariamente cuál es la vida más preferible, pues mientras esto no esté en claro tampoco podrá estarlo, forzosamente, el régimen mejor. Es, en efecto, natural que les vaya lo mejor posible a los que se gobiernan mejor dadas sus circunstancias, si no ocurre nada anormal. Por eso tenemos que ponernos de acuerdo ante todo acerca de cuál es la vida más preferible, por decirlo así, para todos; y después, acerca de si es la misma para la comunidad y para el individuo o no. Considerando, pues, que hemos hablado suficientemente sobre la vida mejor en los tratados exotéricos, echaremos manos de ello también ahora.

En verdad, nadie discutirá aquella clasificación de los bienes según la cual son de tres clases: los externos, los del cuerpo y los del alma,[43] y

[43] Esta clasificación es un antecedente para determinar en qué consiste la felicidad, que va a ser la perfección de la actividad propia del hombre según su perfección. Véase nota 4.

todos ellos tienen que poseerlos los hombres felices.[44] Pues nadie podría considerar feliz al que no participa en absoluto de la fortaleza, ni de la templanza, ni de la justicia, ni de la prudencia, sino que teme hasta a las moscas que pasan volando junto a él, no se abstiene de los mayores crímenes para satisfacer su deseo de comer o de beber, sacrifica por un cuarto a sus más queridos amigos, y es además tan insensato y tan falso como un niño pequeño o un loco.

En esto todos estarían de acuerdo, pero difieren cuando se trata de la cantidad y superioridad relativa de los distinos bienes: creen que basta tener una cierta dosis de virtud, pero buscan una superabundancia infinita de riqueza, de dinero, de poder, de gloria y de todos los bienes semejantes. Pero nosotros diremos a ésos que sobre este punto es fácil la comprobación por medio de los hechos, puesto que vemos que no se adquieren y preservan las virtudes mediante los bienes exteriores, sino éstos mediante aquéllas, y 1323 b
que la vida feliz, ya consista en el placer, en la virtud o en ambos, es patrimonio de los hombres cuya superioridad está en su carácter y en su inteligencia, aunque estén moderadamente provistos de bienes exteriores, más bien que de los que poseen de éstos más de lo necesario, pero están faltos de los otros. También es fácil de comprender si lo examinamos teóricamente: los bienes exteriores, en efecto, tienen un límite, como todo instrumento, y todas las cosas útiles son de tal índole que su exceso perjudica necesariamente, o no sirve de nada, a sus poseedores; en cambio, si se trata de los bienes del alma, cuanto más abundan más útiles son, si es que hemos de atribuirles no sólo la belleza, sino también la utilidad.

En general, es evidente que —diremos— el mejor estado de una cosa, en cuanto a su superioridad, comparado con el de otra, guarda la misma distancia existente entre las cosas de las que decimos que son estados. De modo que si el alma es más valiosa que la propiedad y que el cuerpo, tanto en absoluto como para nosotros, forzosamente estarán en la misma relación sus mejores estados. Además, todas estas cosas son apetecibles por causa del alma, y por ella deben elegirlas los que piensan sensatamente, y no el alma por causa de ellas. Convengamos, pues, que cada uno participa de la felicidad en la misma medida que de la virtud y de la prudencia, y actúa de acuerdo con ellas. Nos dan testimonio de ello los dioses, que son sin duda felices y bienaventurados, pero no por ninguno de los bienes exteriores, sino por sí mismos y por tener cierta naturaleza. En

---

[44] El texto original usa el término *makarios* para referirse al hombre feliz. *Makarios* y *eudaímon* son sinónimos, aunque la primera palabra maximiza el sentido de la felicidad de la cual es sujeto el hombre feliz.

eso tiene que distinguirse necesariamente la buena suerte de la felicidad, pues la causa de los bienes exteriores al alma es el azar y la suerte; en cambio, nadie es justo ni prudente por suerte ni mediante la suerte. De esto se sigue, y en virtud de los mismos argumentos, que la ciudad mejor es a la vez feliz y próspera. Ahora bien, es imposible que les vaya bien a los que no obran bien, y no hay obra buena ni del individuo ni de la ciudad fuera de la virtud y la prudencia. La fortaleza, justicia y prudencia de la ciudad tienen la misma eficacia y la misma forma que las que hacen que el hombre que participa de ellas sea llamado justo, prudente y morigerado.

Contentémonos con esta breve introducción a estas cuestiones, ya que ni es posible dejar de tocarlas, ni recorrer detenidamente todos los argumentos que con ellas se relacionan, obra que requeriría demasiado tiempo. Dejemos sentado, por el momento, que la vida mejor, tanto para el individuo aislado como en común para los ciudades, es la que va acompañada de una virtud suficientemente dotada de recursos para participar en acciones virtuosas. En cuanto a las objeciones, las dejaremos de lado en 1324 a
nuestra investigación actual, y las examinaremos más adelante, si a alguno no le convence lo que hemos dicho.

2. Falta por decir si debe afirmarse que la felicidad de cada uno de los hombres es la misma que la de la ciudad o que no es la misma. También esto es claro: todos estarán de acuerdo en que es la misma. En efecto, todos los que hacen consistir en la riqueza la vida dichosa del individuo, consideran también feliz a la ciudad entera cuando es rica; los que aprecian más que ninguna otra la vida de un tirano declararán que la ciudad más feliz es la que gobierna sobre mayor número, y el que considera feliz al individuo por su virtud dirá que es más feliz la ciudad más virtuosa.

Dos cuestiones hay que considerar, sin embargo: una, si es preferible la vida de participación en la política y en la comunidad civil o la extraña y desligada de la comunidad política; y otra, qué régimen y qué organización de la ciudad deben considerarse mejores, sea preferible para todos participar de la ciudad o no lo sea para algunos, aunque sí para la mayoría. Esta segunda cuestión es propia de la meditación y consideración política, a la que no interesa, en cambio, lo que es preferible para cada uno, por lo cual nosotros nos hemos propuesto considerar esa cuestión, propia de nuestra investigación actual, y dejar la otra, que es accesoria. Pues bien, es evidente que el régimen mejor será forzosamente aquel cuya organización permita a cualquier ciudadano prosperar más y llevar una vida feliz; pero se discute, incluso por los que están de acuerdo en que la vida más preferible es la virtuosa, si es preferible la vida política y práctica, o más bien la desligada

de todas las cosas exteriores, por ejemplo, una vida teorética que según algunos es la única filosófica. Estas vienen a ser, en efecto, las dos clases de vida que parecen preferir los hombres más ambiciosos respecto a la virtud, tanto antiguos como modernos, a saber, la vida política y la filosófica. De qué lado está la verdad, es cuestión de no poca importancia, ya que si se piensa bien, necesariamente se ordenará tanto la vida individual como la vida colectiva en vista de lo mejor. Unos piensan que el gobierno despótico sobre los vecinos va acompañado de la mayor injusticia, y que el gobierno político, si bien está libre de injusticia, es un obstáculo para el bienestar personal. Otros, por el contrario, opinan que sólo es digna de un hombre la vida práctica y política, y que ninguna virtud puede ejercitarse mejor en la vida privada que en la pública y política;[45] y mientras unos piensan así, 1324 b otros afirman que el único régimen feliz es el despótico y tiránico, y algunos incluso consideran que la meta tanto del régimen como de las leyes es dominar a los vecinos.

Por eso, aunque la legislación de la mayoría de las ciudades, por decirlo así, es caótica, con todo, si tienen un blanco, todas apuntan a la dominación. Así en Lacedemonia y en Creta la educación y la mayoría de las leyes están ordenadas casi exclusivamente a la guerra; y en todos los pueblos capaces de dominar a otros se honra esa capacidad, como entre los escitas, los persas, los tracios y los celtas. En algunos incluso hay leyes que incitan a esta virtud; por ejemplo, dicen que en Cartago el distintivo compuesto de brazaletes indica en cuántas campañas se ha tomado parte; en Macedonia hubo también una ley que ordenaba que el hombre que no hubiese matado ningún enemigo fuera ceñido con un ronzal; entre los escitas no podía beber de la copa que se pasaba de mano en mano en cierta fiesta el que no hubiese matado ningún enemigo; entre los iberos, raza guerrera, se clavan en el suelo, alrededor de la sepultura de un hombre, tantos obeliscos como enemigos haya destruido; y en otros pueblos hay otras muchas distinciones parecidas, establecidas en unos casos por leyes y en otros por las costumbres.

Sin embargo, probablemente parecería demasiado absurdo a los que quieren examinar las cosas que la misión del político consista en poder ver cómo dominar y mandar a los vecinos, quieran o no quieran. ¿Cómo, en efecto, podría ser político o legal lo que ni siquiera es legítimo? Pues es ilegítimo gobernar de un modo no exclusivamente justo, sino también injus-

---

[45] Aristóteles sintetiza la posición de los sofistas, que estaba generalizada en Atenas, y que sostiene que en la vida pública culmina el ejercicio de la libertad, el que sólo les corresponde a los ciudadanos. Véase Tucídides, II, 40.

tamente, y es posible someter a otros sin justicia. En las demás ciencias no vemos esto; la misión del médico o del piloto no consiste en persuadir o forzar a sus pacientes o a sus pasajeros, respectivamente. Pero la mayoría parecen considerar político el gobierno despótico y no tienen reparo en practicar respecto a los demás lo que declaran justo e inconveniente para ellos mismos: para sí mismos buscan un gobierno justo, pero si se trata de otros no se cuidan para nada de la justicia. Esto es absurdo, a no ser que unos sean por naturaleza dominables y los otros no dominables, y si es así no se debe intentar dominar a todos, sino a los dominables, de la misma manera que tampoco se deben cazar hombres para un banquete o un sacrificio, sino los animales que suelen cazarse para ese fin, y suelen cazarse los animales salvajes y comestibles.

Es evidente que una ciudad sola puede ser feliz por sí misma si está 1325 a
bien gobernada, siempre que sea posible que una ciudad se administre por sí misma sirviéndose de leyes buenas, y en ese caso la organización de su régimen político no estará orientada hacia la guerra ni hacia la dominación de los enemigos, ya que suponemos que nada de esto existe. Es evidente, por tanto, que todas las disposiciones orientadas hacia la guerra deben considerarse buenas, pero no como el fin supremo, sino como medios para ese fin, y corresponde al buen legislador considerar cómo la ciudad, el género humano y cualquier otra comunidad participará de la vida buena y de la felicidad que está a su alcance. Las disposiciones legislativas diferirán en algunos casos, y al legislador corresponde, en el caso de que haya vecinos, ver qué relaciones deben ejercerse respecto de ellos y cómo adoptar frente a cada uno la actitud adecuada. Más adelante consideraremos más en detalle a qué fin debe tender el régimen mejor.

3. Pasemos ahora a responder a los que, de acuerdo en que la vida con virtud es la preferible, discrepan en cuanto al uso que debe hacerse de ella, pues unos rechazan los cargos políticos por creer que la vida del hombre libre es distinta de la del político y preferible a todas, y otros que esta última es la mejor, ya que es imposible que al que nada actúa le vaya bien, y la prosperidad y la felicidad son lo mismo. A unos y a otros hemos de decir que tienen razón en parte y en parte no: los primeros, en que la vida del hombre libre es mejor que la del amo; esto es verdad, pues no implica ninguna dignidad especial el servirse de un esclavo en tanto que esclavo, ya que el mando relativo a las necesidades de la vida no participa de ninguna clase de nobleza. Pero en cambio no tienen razón al juzgar que toda autoridad es despótica, porque la autoridad que se ejerce sobre hombres libres difiere tanto de la que se ejerce sobre esclavos como difieren entre sí

el naturalmente libre y el esclavo por naturaleza, cuestión de que hemos hablado suficientemente en los libros anteriores. Tampoco está de acuerdo con la verdad alabar más la inactividad que la actividad, porque la felicidad es una actividad y en las actividades de los hombres justos y prudentes se consuman muchas obras nobles.

Pero quizá alguien, en vista de estas definiciones, podría pensar que el poder supremo es lo mejor de todo, puesto que tiene a su alcance más numerosas y más nobles actividades, y que, por tanto, el que es capaz de mandar no debe ceder al vecino, sino más bien arrebatarle el poder. Y desde este punto de vista, ni el padre debe pensar en los hijos, ni los hijos en el padre, ni en general el amigo en su amigo, ni tener consideración ninguna, porque lo mejor es lo más preferible, y la prosperidad es lo mejor. Tendrían quizá razón al hablar así si admitiéramos que los ladrones y salteadores están en posesión de lo preferible entre todas las cosas; pero esto es imposible, y así la hipótesis de aquéllos es falsa; porque no pueden ser nobles las acciones de uno que no se distinga tanto de los demás como el varón de la mujer, o el padre de los hijos, o el amo de los esclavos, de modo que el transgresor no puede luego realizar una reparación proporcionada a su transgresión de la virtud. Cuando se trata de iguales, lo bueno y lo justo es que tengan partes iguales y semejantes; pero que los iguales no las tengan iguales ni los semejantes semejantes es contrario a la naturaleza, y nada antinatural es bueno. Por eso, siempre que un individuo sea mejor en virtud y en capacidad para realizar las mejores acciones, será bueno seguirle y justo obedecerle; pero debe tener no sólo virtud, sino capacidad de ejecución. 1325 b

Si lo que acabamos de decir es verdad y hemos de afirmar que la felicidad consiste en la prosperidad, la vida práctica será la mejor, tanto en común para la ciudad como para el individuo. Pero la vida práctica no se refiere necesariamente a otros, como algunos piensan, ni el pensamiento es práctico únicamente cuando se ejercita en vista de los resultados que se obtienen de la actuación, sino que lo son mucho más la contemplación y la meditación que tienen su fin en sí mismas y se ejercitan por sí mismas.[46] En efecto, el éxito es un fin, luego también es una actividad, y decimos que actúan de modo supremo, aun en el caso de las actividades exteriores, los

[46] Aristóteles sostiene que así como hay una actividad del hombre orientada a los otros, hay un género de actividades relacionadas con su propia interioridad; esa actividad en grado eminente es la *theoria*, la actividad de la razón pura "que sólo piensa". El curso de esa actividad especulativa tiene su fin en sí misma. Más adelante, Aristóteles les atribuye esa actividad en grado eminente a las divinidades, pensamiento puro.

maestros que las dirigen con su inteligencia. Tampoco es necesario que las ciudades aisladas de las demás y que han elegido esa clase de vida no tengan ninguna actividad, pues la actividad puede ser también parcial, y las partes de la ciudad tienen muchas relaciones unas con otras. Y lo mismo ocurre con cada individuo humano; de no ser así, difícilmente podrían ser perfectos los dioses y el universo entero, puesto que no tienen actividades exteriores, aparte de las que les son propias. Es manifiesto, pues, que necesariamente la vida mejor será la misma para cada uno de los hombres y, en común, para las ciudades y para los hombres todos.

Cambio político y revoluciones

(Libro V, capítulos 1-4)

1. Hemos tratado ya casi todos los puntos que nos propusimos, y nos toca considerar a continuación cuáles, cuántas y de qué índole son las causas de los cambios de régimen, cuáles son las corrupciones propias de cada uno, de qué regímenes se suele pasar a cuáles, qué medios hay de preservarlos, tanto en general como para cada régimen, y por qué medios podría conservarse mejor cada uno de ellos.[47]

En primer lugar, hemos de establecer el principio de que los regímenes son muchos y están todos ellos de acuerdo sobre la justicia y la igualdad relativa, aunque no las consiguen, como ya dijimos anteriormente. Así la democracia resultó de creer los hombres que por ser iguales en un aspecto cualquiera son iguales en absoluto (porque todos son de un modo semejante libres, piensan que son iguales absolutamente), y la oligarquía de suponer que siendo desiguales en un solo aspecto, son por ello desiguales en absoluto (porque son desiguales en bienes suponen que son desiguales sin más). Después, los unos, creyéndose iguales, exigen una participación igual en todas las cosas; y los otros, creyéndose desiguales, procuran tener más que los restantes, porque el tener más es una desigualdad. Así, pues, todos tienen cierta justicia, pero en términos absolutos yerran. Por esto, cuando unos u otros no participan del poder según sus ideas preconcebidas, se sublevan..., se sublevarían con más justicia que todos los demás, pero son

[47] Este libro V tiene 12 capítulos. Aquí se antologan aquellos que se refieren a la teoría general de los cambios y las revoluciones. En el resto (desde el 5 al 12) se aplica esta teoría a los regímenes democráticos, oligárquicos, aristocráticos (capítulos 5, 6 y 7) y monárquicos (capítulos 10 y11). Los capítulos 8 a 9 tratan sobre la estabilidad de los regímenes y el capítulo 12 sobre la posición de Platón respecto de la *stasis* .

los que menos suelen hacerlo, aquellos que sobresalen por su virtud, pues es muy razonable que sólo ellos sean absolutamente desiguales. Algunos que 1301 b
descuellan por su linaje rechazan para sí la igualdad de derechos a causa de esta desigualdad, y se considera como nobles a aquellos cuyos antepasados se distinguieron por su virtud y riqueza.

Estos son, en términos generales, los principios y las fuentes de donde nacen las sublevaciones (por eso también los cambios se producen de dos maneras: unas veces afectan al régimen y tienen por fin sustituir el establecido por otro; por ejemplo, la democracia por la oligarquía, o la oligarquía por la democracia, o éstas por la república y la aristocracia, o la república y la aristocracia por aquéllas; otras veces no afectan al régimen establecido, sino que los sublevados son partidarios del mismo, por ejemplo, de la oligarquía o la monarquía, pero quieren ser ellos mismos quienes lo administren; otras veces las sublevaciones son motivadas por cuestión de grado; por ejemplo, para que la oligarquía existente sea más oligárquica o menos, o la democracia existente sea más democrática o menos, y lo mismo si se trata de los demás regímenes, para que se intensifiquen o se relajen; otras veces tienen por fin alterar algún elemento del régimen; por ejemplo establecer o suprimir alguna magistratura, como, según afirman algunos, Lisandro intentó suprimir los reyes en Lacedemonia, y el rey Pausanias el eforado; también en Epidamno cambió parcialmente el régimen y se estableció una asamblea en lugar de los jefes de tribu; no obstante, todavía, de todos los que tienen acceso a los cargos públicos, sólo para los magistrados es obligatorio acudir a la Heliea cuando se vota un nombramiento para una magistratura, y también es oligárquico en este régimen el que haya únicamente un magistrado supremo).

Las sublevaciones tienen, pues, siempre por causa la desigualdad, pero no si los desiguales tienen lo que les corresponde (pues la monarquía hereditaria sólo es desigual si existe entre iguales), y en general los que se sublevan lo hacen buscando la igualdad. Pero la igualdad es de dos clases: igualdad numérica e igualdad según los merecimientos. Llamo igual numéricamente a lo que es igual e idéntico en cantidad o en tamaño, y según los merecimientos a lo que lo es proporcionalmente; por ejemplo, numéricamente el exceso de tres sobre dos es igual que el de dos sobre uno, y proporcionalmente es igual el de cuatro sobre dos que el de dos sobre uno, pues en ambos casos es la mitad. Ahora bien, todos están de acuerdo en que lo absolutamente justo es la igualdad según los merecimientos, pero discrepan, como antes se ha dicho, porque los unos, si son iguales en algún aspecto, creen ser completamente iguales, y los otros, si son desiguales en algún aspecto, reclaman para sí la desigualdad en todas las cosas.

Por eso también los regímenes son principalmente dos: la democracia y la oligarquía; porque mientras la nobleza de sangre y la virtud se encuentran en pocos, los atributos en que se fundan la democracia y la 1302 b
oligarquía se encuentran en más; en efecto, los nobles y los buenos no llegan en ninguna parte a ciento, pero ricos hay en todas partes. No es bueno que la ordenación de un régimen se funde absoluta y completamente en una sola clase de igualdad; los hechos lo ponen de manifiesto, ya que ninguno de tales regímenes es duradero, y la causa de ello es la imposibilidad de que de un principio inicial erróneo no resulte al cabo algún mal; por eso se debe aplicar unas veces la igualdad numérica, y otras la igualdad según los merecimientos. Con todo, es más segura y menos susceptible de sublevaciones la democracia que la oligarquía, pues en la oligarquía se pueden producir de dos clases: de unos oligarcas contra otros y de los oligarcas contra el pueblo; y en las democracias se producen sólo contra la oligarquía, pero ninguna digna de mención del pueblo contra sí mismo. La república de la clase media está más cerca de la democracia que de la oligarquía, y es el más seguro de los regímenes de esta índole.

2. Puesto que estamos considerando cómo se originan las sublevaciones y los cambios políticos, hemos de empezar por hacernos cargo de un modo general de sus principios y causas. Vienen a ser en número de tres, y tenemos que definirlos primero esquemáticamente. Tenemos que averiguar, en efecto, qué disposición de ánimo mueve a los rebeldes, por qué causa se sublevan, y en tercer lugar cuáles son los principios de los disturbios civiles y de las disensiones entre ciudadanos.

Debe considerarse como la causa más general de la disposición de espíritu favorable a la revolución aquella de que ya hemos hablado. Los unos se sublevan por aspirar a la igualdad si creen que, siendo iguales, tienen menos que otros que tienen más que ellos; los otros, por aspirar a la desigualdad y a la supremacía, si creen que, siendo desiguales, no tienen más sino igual o menos (estas aspiraciones pueden ser justas o injustas). Los inferiores se sublevan para ser iguales, y los iguales para ser superiores. Queda dicho, pues, qué disposición de espíritu los mueve a sublevarse. Las causas por las que se sublevan son el lucro, el honor y sus contrarios, pues también se sublevan en las ciudades por escapar a la deshonra o al castigo, ya propios o de los amigos.

Las causas y principios de esos movimientos, y que producen en los sublevados el estado de ánimo de que hemos hablado por las causas que también dijimos, en un sentido son siete y en otro sentido más. Dos de ellos son los mismos que ya hemos mencionado, pero no del mismo modo, pues

los hombres se excitan unos contra otros por el lucro y el honor, pero no con el fin de adquirirlos para sí mismos, como se ha dicho antes, sino al ver a otros que, justa o injustamente, los disfrutan en mayor abundancia. Otras 1302 b causas son la soberbia, el miedo, el afán de superioridad, el desprecio, el crecimiento desproporcionado. Y causas de otra clase la intriga, la negligencia, las minucias y las disparidades.

3. La influencia que tienen la soberbia y el deseo de lucro y cómo son causa de las sublevaciones son cosas suficientemente claras: al ensoberbecerse los que desempeñan las magistraturas y apoderarse de ellos la ambición, se sublevan tanto unos contra otros como contra el régimen que les da el poder, y su avaricia se lucra unas veces de bienes privados y otras de los de la comunidad. Es evidente también la fuerza del honor y cómo viene a ser causa de sedición: los hombres se sublevan tanto por ser privados de los honores ellos mismos como al ver a otros disfrutarlos; esto puede ser injusto, cuando son honrados o deshonrados contra sus merecimientos, o justo, cuando lo son de acuerdo con sus merecimientos. La supremacía origina sublevaciones cuando alguien -sea uno o varios- tiene más poder del que le corresponde según la ciudad y la fuerza del gobierno, pues en tales circunstancias suele surgir una monarquía o una dinastía. De ahí que en algunas partes se practique el ostracismo, como en Argos y en Atenas; pero es mejor tomar desde el principio las medidas necesarias para que no haya quienes sobresalgan tanto, que dejarlos descollar y poner después el remedio. Por miedo se sublevan los que han faltado a la ley y temen el castigo, y también los que están a punto de ser víctimas de una injusticia y quieren adelantarse a ella, como se sublevaron en Rodas contra la democracia las clases superiores por los procesos que entablaban contra ellas. El desprecio es también causa de sublevaciones y de ataques, por ejemplo, en las oligarquías, cuando son más los que no participan del gobierno y se creen más fuertes; y en las democracias cuando los ricos desprecian el desorden y la anarquía; así en Tebas, después de la batalla de Enofita, la democracia se derrumbó por causa de la mala administración, y en Megara después de una derrota ocasionada por el desorden y la anarquía, y en Siracusa antes de la tiranía de Gelón, y en Rodas antes de la insurrección.

Las revoluciones políticas se producen también a causa de un crecimiento desproporcionado, pues lo mismo que un cuerpo se compone de miembros y debe crecer proporcionalmente para que la simetría permanezca, y si no ésta se destruye, si por ejemplo el pie mide cuatro codos y el resto del cuerpo dos palmos, y en ocasiones hasta podría transformarse en otro animal si se desarrollara desproporcionadamente en sentido no sólo cuanti-

tativo sino también cualitativo, así también la ciudad está compuesta de partes, y muchas veces pasa inadvertido el crecimiento de alguna de ellas, 1303 a
por ejemplo, el de la muchedumbre de pobres en las democracias y repúblicas, esto ocurre a veces por un azar, como en Tarento, donde a consecuencia de una derrota en que perecieron muchos ciudadanos distinguidos a manos de los yápigas, poco después de las guerras médicas, la república fue sustituída por la democracia, y en Argos, donde después de las pérdidas ocasionadas por Cleomenes el Laconio en la batalla del día 7 se vieron obligados a admitir a algunos periecos en el número de los ciudadanos, y en Atenas, donde las derrotas de la infantería fueron causa de que disminuyera el número de ciudadanos de las clases superiores, porque los soldados se reclutaban de la lista de ciudadanos durante la guerra del Peloponeso. Esto ocurre también en las democracias, pero con menos frecuencia; en ellas, al aumentar el número de los ricos o acrecentarse su fortuna, se pasa a la oligarquía y la dinastía.

Los regímenes cambian también, aun sin sublevaciones, a causa de las intrigas, como en Herea (donde dejaron de nombrar por elección a los magistrados para nombrarlos por sorteo, porque se elegía a los intrigantes); y por negligencia, cuando permiten el acceso a las magistraturas supremas de los que no son amigos del régimen, como en Oreo, donde se disolvió la oligarquía al llegar a desempeñar una de las magistraturas Heracleodoro, que transformó la oligarquía en república y democracia. Cambian también por no darse importancia a las minucias, quiero decir con esto que muchas veces no se advierte que el desdeñar una pequeñez trae consigo una gran revolución en las leyes y las costumbres; así en Ambracia se exigía una pequeña propiedad a los ciudadanos para ejercer las magistraturas, y se acabó por no exigirles ninguna, por pensarse que lo poco estaba muy cerca o era lo mismo que nada. Otra circunstancia propicia a las disensiones es la falta de homogeneidad hasta que los grupos se funden, pues lo mismo que no se constituye una ciudad por una muchedumbre cualquiera, tampoco se constituye en un espacio de tiempo cualquiera; por eso en la mayoría de los casos en que los fundadores de una colonia admitieron como vecinos suyos a hombres de otra raza, ya al fundarla o después como colonos, se produjeron disensiones entre ellos; así los aqueos que colaboraron con los troizenios en la fundación de Síbaris, al llegar a ser más numerosos, expulsaron a los troizenios, lo cual atrajo sobre los sibaritas la maldición; también en Turios se produjeron disensiones entre los sibaritas y los que con ellos se habían establecido en la ciudad, y los primeros, que pretendían la supremacía por considerar que la tierra era suya, fueron expulsados. Los bizantinos descubrieron una conspiración de sus colonos y los expulsaron por la fuerza de

las armas; los de Antisa, que habían acogido en su ciudad a los desterrados de Quíos, los expulsaron después por la violencia; los habitantes de Zancle, que habían acogido a los de Samos, fueron expulsados por éstos; los habitantes de Apolonia en el Ponto Euxino, que habían traído colonos, lucharon con ellos; los siracusanos, después de expulsar a sus tiranos, hicieron ciudadanos a los extranjeros y a los merceranos, con los que se enemistaron y 1303 b
llegaron a las manos; los ciudadanos de Anfípolis, que habían recibido a colonos de Calcis, fueron expulsados por éstos en su mayoría. En las oligarquías se subleva la mayoría por creer que son tratados injustamente porque no tienen los mismos derechos, como se ha dicho antes, siendo iguales, y en las democracias se sublevan las clases superiores porque tienen los mismos derechos no siendo iguales. También se producen a veces disensiones en las ciudades a causa de su emplazamiento, cuando el terreno no tiene una configuración natural propicia para asegurar la unidad de la ciudad; así en Clazomenas los de Quitro se llevaban mal con los de la isla, y los de Colofón con los notios; tampoco en Atenas hay unanimidad, sino que los habitantes del Pireo son más demócratas que los de la ciudad. Porque lo mismo que en las guerras la interposición de un canal, por pequeño que sea, corta la formación; así toda la diferencia parece producir una división en la ciudad. La división más grande es quizá la que separa la virtud de la maldad, después la que separa la riqueza de la pobreza, y así otras más o menos graves, a las que pertenece la que hemos mencionado.

4. Así pues, las discordias civiles nacen de minucias, pero no versan sobre minucias: los intereses que en ellas luchan son grandes. Sobre todo es grande la influencia de las cosas pequeñas cuando se producen entre los que ocupan los puestos más altos, como ocurrió en Siracusa en los tiempos antiguos: el régimen político cambió a consecuencia de una disputa entre dos jóvenes magistrados por una causa amorosa. Durante la ausencia de uno, un compañero suyo conquistó a su amado, y el primero, irritado a su vez con su compañero, sedujo a la mujer de éste. Tal fue el origen de que suscitan una revolución, anexionando a sus respectivos bandos a todos los miembros de la clase gobernante. Por eso hay que estar en guardia contra los principios de tales males y poner fin a las disensiones de los jefes y de los poderosos; porque la falta se comete en el principio, y el principio es, como suele decirse, la mitad del todo, de suerte que una pequeña falta en él guarda la misma proporción respecto del todo. En general, las disensiones en las clases superiores arrastran a la ciudad entera; así ocurrió en Hestiea, donde, después de las guerras médicas, dos hermanos discutieron a propósito de la repartición de la herencia paterna; uno de ellos rehusó dar cuenta de

la fortuna del padre y del tesoro que éste había encontrado; el más pobre llevó tras sí al pueblo, y el otro, que era muy acaudalado, a los ricos. También en Delfos una diferencia que surgió en una boda fue origen de todas las discordias ulteriores; el novio, que había ido a casa de la novia, se 1304 a
marchó sin tomarla por haber interpretado un accidente como un presagio funesto; los parientes de la novia, considerándose agraviados, pusieron parte del tesoro sagrado entre sus prendas mientras él sacrificaba, y después lo mataron so pretexto de sacrilegio. En Mitilene, una disputa que surgió por causa de una heredera, fue origen de muchos males y de la guerra contra los atenienses en la que Paques tomó la ciudad: un ciudadano rico llamado Timófanes dejó dos hijas, y Dexandro, que las quería para sus hijos y fue rechazado, se puso al frente de una sublevación y, como era próxeno de Atenas, incitó a los atenienses a tomar parte en ella. En Focia, otra disputa a propósito de una heredera que surgió entre Mnaseas, padre de Mnasón, y Eutícrates, padre de Onomarco, fue origen de la guerra sagrada. En Epidamno una boda originó un cambio de régimen: un ciudadano había prometido a su hija, y el padre del prometido obtuvo una magistratura e impuso una multa a aquél, el cual, sintiéndose ultrajado, conspiró con los que no tenían parte en aquel régimen.

Cambian también los regímenes y pasan a la oligarquía, a la democracia o la república por aumentar el prestigio o el poder de los magistrados o de otro elemento de la ciudad; así el prestigio que adquirió durante las guerras médicas el consejo del Areópago aumentó el rigor del régimen, y por otro lado la muchedumbre del servicio de la flota, al ser causante de la victoria de Salamina, y mediante ella de la hegemonía que trajo consigo el poderío marítimo, robusteció la democracia. En Argos el prestigio que adquirieron las clases superiores en la batalla de Mantinea contra los lacedemonios las llevó a intentar derribar la democracia. En Siracusa el pueblo, al ser el causante de la victoria en la guerra contra Atenas, cambió la república en democracia. En Calcis el pueblo, uniéndose a las clases superiores, derrotó al tirano Foxo e inmediatamente tomó las riendas del régimen. En Ambracia, igualmente, el pueblo se unió a los que conspiraban contra el tirano Periandro y, después de expulsarlo, transfirió a sí mismo el poder. En general, pues, no debe pasar inadvertido que los que han sido causantes de poderío, sean particulares, magistrados, tribus o en general cualquier elemento de la ciudad, y en cualquier número, suscitan rebeliones, pues o bien se ponen al frente de la rebelión los envidiosos de sus honores, o bien ellos mismos se consideran superiores y no quieren seguir siendo iguales a los demás.

Se producen también revoluciones cuando las partes de la ciudad que

se consideran contrarias, por ejemplo, los ricos y el pueblo, están igualadas y no hay ningún elemento intermedio o es muy escaso; pues si una cualquiera de las partes contrarias predomina mucho, las demás no quieren arriesgarse contra un adversario manifiestamente superior. Esta es también la razón de que los que descuellan en virtud no susciten casi nunca contiendas, pues suelen ser pocos contra muchos. Estos son, pues, en general los principios y las causas de las sediciones y de las revoluciones en todos los regímenes. 1304 b

Las revoluciones se hacen unas veces mediante la fuerza y otras mediante el engaño. La fuerza puede aplicarse desde el comienzo mismo de la rebelión o más adelante. El engaño es también doble: unas veces los ciudadanos son engañados al principio, de modo que el cambio de régimen se hace con su asentimiento, y después se los sujeta contra su voluntad por la fuerza; así, los Cuatrocientos engañaron al pueblo diciendo que el rey suministraría dinero para la guerra contra Esparta, y después de engañarlo intentaron retener el poder. Otras veces se persuade a los ciudadanos al principio y se sigue utilizando después la persuasión, con lo que aquéllos prestan su adhesión al nuevo régimen. Estas son, en general, las causas de las revoluciones que afectan a todos los regímenes. □